PUPUL JAYAKAR

KRISHNAMURTI
BIOGRAFÍA

PREFACIO

A fines de 1950, Krishnaji -así se conoce a J. Krishnamurti en la India y es como le conocen sus amigos de todo el mundo me sugirió que escribiera un libro sobre su vida, basado en las notas que yo había conservado desde la primera vez que me encontré con él en 1948. Comencé a escribir este libro en 1978.

He intentado escribir acerca de Krishnamurti el hombre, el maestro, y sobre su relación con los muchos hombres y mujeres que formaron parte del panorama de la India. El libro se concentra en la vida que Krishnaji pasó en la India entre 1947 y 1985, pero ciertos relatos de sus primeros años se hicieron necesarios como telón de fondo para desarrollar la historia del joven Krishnamurti. También se ha incluido algún material nuevo jamás publicado hasta la fecha.

El lector advertirá pronto que Krishnamurti es llamado en este libro con varios nombres diferentes. Me he referido a Krishnamurti como Krishna cuando era un muchacho, porque así se le conocía; como Krishnaji desde 1947, porque por entonces fue para mí el gran maestro y profeta. *Ji* es un término de respeto que, en el norte de la India, se agrega a los nombres tanto masculinos como femeninos; en familias chapadas a la antigua, aun el nombre de los niños lleva añadido el sufijo, pues se considera signo de descortesía dirigirse a una persona, hombre o mujer por su primer nombre. En el sur de la India no se añade ningún sufijo, y el *ji* es desconocido. Es probable que Annie Besant, debido a sus estrechas relaciones con Varanasi, agregara el *ji* al nombre de Krishna como un término de cariño y respeto.

La mayoría de los maestros religiosos en la India, tienen un prefijo agregado a sus nombres, tal como Maharshi, Acharya, Swami o Bhagwan. Krishnaji jamás aceptó ningún título semejante. Se refería a sí mismo en los diálogos o en sus diarios, ya sea como "K" o con el impersonal "nosotros", para sugerir la ausencia del "yo", del sentido egocéntrico de la individualidad. Por lo tanto, cuando en este libro me refiero al hombre o al maestro de una manera impersonal, lo hago como "Krishnamurti" o como "K".

Krishnaji accedió a sostener diálogos conmigo, y estos forman parte del libro. Casi todo lo escrito proviene de notas tomadas por mí durante o inmediatamente después de las conversaciones o diálogos. Desde 1972 en adelante, algunos de los diálogos fueron grabados en cinta magnetofónica y se transcribieron de ahí.

Ciertos acontecimientos que se discuten en el libro -los encuentros de Krishnaji con Indira Gandhi, su relación con Annie Besant podrían llegar a ser polémicos. Estos capítulos se los leí en voz alta a Krishnaji para que los comentara. También envié a Indira Gandhi el capítulo que describe sus encuentros con él; ella sugirió algunos cambios menores, los que han sido incorporados.

Deseo testimoniar mi profunda gratitud a Sri Rajiv Gandhi por permitirme incluir las cartas de Indira Gandhi; a la Krishnamurti Foundation de Inglaterra por permitir la publicación de los diálogos que sostuve con Krishnaji en Brockwood Park; a la Krishnamurti Foundation de la India por el permiso concedido para publicar los diálogos y las pláticas en la India; a Smt. Radha Burnier, Presidenta de la Sociedad Teosófica, por toda su bondad y su ayuda al hacer asequible el material guardado en los archivos de la Sociedad Teosófica; a Sri Achyut Patwardhan por sus numerosas conversaciones, a Smt. Sunanda Patwardhan por permitirme el acceso a sus notas y grabaciones personales; a mi hija Radhika y a su esposo Hans Herzberger por sus comentarios críticos; a Sri Murli Rao por ciertos manuscritos que puso en mi conocimiento; y a los muchos otros amigos que han compartido sus experiencias conmigo. También me gustaría agradecer a Sri Asoke Dutt su amistad y la inmensa ayuda que prestó para hacer posible la publicación; a Mr. Clayton Carlson de Harper & Row por sus valiosas sugerencias, su interés y su apoyo; a Sri Benoy Sarkar por su inapreciable ayuda en elegir y cotejar las fotografías; al Instituto Nacional de Dibujo en Ahmedabad; a los herederos de Mitler Bedi; a Asit Chandmal, Mark Edwards y A. Hamid por permitirme el uso de sus fotografías; a A.V. José por su completo apoyo y supervisión; y a M. Janardhanan por acompañarme pacientemente en la preparación del manuscrito.

“CANTO PARA UN PAJARO AMARRADO”

Despierta, levántate, estando cerca
el gran maestro, aprende.
El camino es difícil, cruzarlo
es como andar sobre el agudo
filo de una navaja.
KATHA UPANISHAD III

Conocí por primera vez a Krishnamurti en enero de 1948. Yo tenía treinta y dos años y había venido a vivir a Bombay después de casarme con mi esposo, Manmohan Jayakar, en 1937. Mi hija única, Radhika, nació un año más tarde.

Hacía cinco meses que la India era independiente, y yo veía extenderse por delante un grato futuro. Mi entrada en la política era inminente. En esa época, los hombres y mujeres comprometidos en la lucha por la libertad, se volcaban también hacia lo que por entonces se conocía como los programas sociales o constructivos iniciados por el Mahatma Gandhi. Esto abarcaba todos los aspectos concernientes al establecimiento de la nación, particularmente aquellas actividades relacionadas con la India de las aldeas. Desde 1941 yo me había vuelto muy activa en cuestiones de organización vinculadas al bienestar de las mujeres aldeanas, de las cooperativas y de las industrias del campo. Para mí fue una iniciación ardua y rigurosa. Con la libertad, las consecuencias de la partición me vieron en el centro mismo de la principal organización de ayuda establecida en Bombay para los refugiados que, a montones, ingresaban al país desde Pakistán.

Una mañana de domingo fui a ver a mi madre, que vivía en Malabar Hill, Bombay, en un viejo “bungalow” de estructura irregular techado con tejas de la región. La encontré acompañada por mi hermana Nandini, ambas listas para salir. Me dijeron que Sanjeeva Rao, que había estudiado con mi padre en el King’s College de Cambridge, había venido a ver a mi madre. Él observó que, aun después de varios años de luto, ella seguía sumida en un gran dolor por la muerte de mi padre. Se había sugerido, entonces, que un encuentro con Krishnamurti podía ayudarla. Una imagen acudió de súbito a mi mente: la escuela de Varanasi (*Benarés*), donde yo era estudiante diurna a mediados de 1920. Rememoré la visión de un Krishnamurti muy joven, una figura delgada, hermosa, vestida de blanco; estaba sentado con las piernas cruzadas, mientras uno de los cincuenta niños ponía flores delante de él...

Esa mañana yo no tenía nada que hacer, de modo que acompañé a mi madre. Cuando llegamos a la casa de Ratansi Morarji en Carmichael Road, donde estaba alojado Krishnamurti, vi a Achyut Patwardhan parado fuera de la entrada. En años recientes él se había convertido en un combatiente revolucionario por la libertad, pero yo le conocía desde que éramos niños y vivíamos en Varanasi, en 1920. Conversamos por unos momentos antes de entrar en el salón para esperar a Krishnamurti.

Krishnamurti penetró en la habitación silenciosamente, y mis sentidos estallaron; tuve una súbita e intensa percepción de inmensidad y resplandor. Él llenó la estancia con su presencia, y por un instante me sentí arrasada. No podía hacer otra cosa que mirarlo fijamente.

Nandini presentó a mi madre, de cuerpo frágil y diminuto, y luego se volvió y me presentó a mí. Nos sentamos. Con cierta vacilación, mi madre comenzó a hablar de mi padre, de su amor por él y de la tremenda pérdida que ella había experimentado y que parecía incapaz de aceptar. Le preguntó a Krishnamurti si se encontraría con mi padre en el otro mundo. Por entonces, la acrecentada intensidad de percepción que su presencia había evocado al principio, comenzaba a desvanecerse, y me acomodé en la silla para escuchar lo que yo esperaba iba a ser una respuesta consoladora. Sabía que muchas personas acongojadas le habían visitado, y estaba segura de que él conocería las palabras con las cuales confortarlas.

Abruptamente, habló: “Lo siento, señora. Usted ha acudido al hombre equivocado. Yo no puedo darle el consuelo que busca”. Me enderecé en el asiento, perpleja. “Usted quiere que yo le diga que se encontrará con su esposo después de la muerte, ¿pero qué esposo desea usted encontrar? ¿El hombre que se casó con usted, el hombre con quien estaba cuando usted era joven, el hombre que murió, o el hombre que hoy sería él si hubiera vivido?” Se detuvo y permaneció en silencio por unos instantes. “¿Qué esposo desea encontrar? Porque, seguramente, el hombre que murió no era el mismo que se casó con usted”.

Percibí un restallido de atención en mi mente; yo acababa de escuchar algo extraordinariamente retador. Mi madre parecía muy perturbada. No estaba preparada para aceptar que el tiempo pudiera establecer alguna diferencia en el hombre que ella amó. Dijo: “Mi esposo no habría cambiado”, Krishnamurti replicó: “¿Por qué quiere encontrarse con él? Usted no echa de menos a su esposo, sino el recuerdo de su esposo”. Hizo una nueva pausa, permitiendo que las palabras calaran profundamente.

“Señora, perdóneme”. Él entrelazó sus manos y yo tomé conciencia de la perfección de sus gestos, “¿Por qué mantiene usted vivo su recuerdo? ¿Por qué desea recrearlo en su mente? ¿Por qué trata de vivir en el dolor y

continuar con el dolor?" Sentí que mis sensaciones se intensificaban. Su negativa a ser benévolo en el sentido aceptado de la palabra, era demoledora. Mi mente saltaba para aproximarse a la claridad y precisión de sus palabras. Yo sentía que estaba en contacto con algo inmenso y totalmente nuevo. Aunque las palabras sonaran crueles, en sus ojos había dulzura y, de su ser fluía una cualidad curativa. Mientras hablaba, sostenía él la mano de mi madre.

Nandini vio que mi madre estaba alterada. Entonces cambió la conversación y empezó a hablarle a Krishnamurti del resto de la familia. Le dijo que yo era una trabajadora social interesada en la política. Él estaba serio cuando se volvió hacia mí y me preguntó por qué hacía trabajo social. Le respondí diciéndole que ello daba plenitud a mi vida. Sonrió. Eso me hizo sentir incómoda y nerviosa. Luego dijo: "Somos como el hombre que trata de llenar con agua un cubo agujereado. Cuanta más agua vierte dentro, tanta más se derrama fuera, y el cubo permanece vacío".

Él me miraba sin presionarme. Dijo: "¿De qué trata usted de escapar? Trabajo social, placer, vivir en el dolor... ¿no son todos escapes, intentos de llenar el vacío interno? ¿Puede este vacío llenarse? Y sin embargo, llenar este vacío es todo el proceso de nuestra existencia".

Yo encontraba sus palabras muy perturbadoras, pero sentía que debían ser exploradas. Para mí, la acción era vida; y lo que él decía resultaba incomprensible. Le pregunté si lo que quería era que yo me sentara en mi casa sin hacer nada. Él escuchaba; y tuve la peculiar sensación de que su escuchar era diferente de todo cuanto yo había jamás percibido o experimentado. Entonces sonrió ante mi pregunta, y su sonrisa llenó la habitación. Poco después de eso nos marchamos. Krishnamurti me dijo: "Nos encontraremos nuevamente".

La reunión me había dejado muy alterada. No podía dormir, sus palabras seguían surgiendo en mi mente. Con el paso de los días, comencé a asistir a las pláticas que él estaba ofreciendo en los jardines de Sir Chunilal Mehta, el suegro de Nandini. Yo encontraba difícil comprender lo que Krishnamurti decía, pero su presencia me resultaba arrolladora y continuaba yendo. Él hablaba del caos del mundo como la proyección del caos individual. Nos decía que todas las organizaciones y los "ismos" habían fracasado, y que en nuestra búsqueda de seguridad formábamos nuevas organizaciones que a su vez nos traicionaban.

Yo tenía la sensación de no encontrarme en el nivel desde el cual él nos hablaba. Después de unos días solicité una entrevista.

Me movía el impulso de estar con él, de ser observada por él, de sondear en el misterio que impregnaba su presencia. Estaba asustada de lo que podría ocurrir, pero no podía impedirlo. Durante los dos días anteriores a nuestra entrevista, estuve planeando lo que le diría y cómo se lo diría. Cuando entré en la habitación, lo encontré sentado en el piso, con la espalda erecta y las piernas cruzadas, vestido con un inmaculado *kurta* blanco que se extendía hasta debajo de sus rodillas. Se levantó de un salto, y sus largos dedos semejantes a pétalos se plegaron en el saludo. Me senté frente a él. Vio que yo estaba nerviosa y me pidió que me tranquilizara.

Después de un rato comencé a hablar. Siempre había estado segura de mí misma, de modo que, aunque vacilaba, pronto descubrí que estaba hablando normalmente y que aquello que había planeado decir brotaba a raudales. Hablé de toda mi vida y de mi trabajo, de mi interés por los desamparados, de mi deseo de entrar en la política, de mi labor en el movimiento cooperativo, de mi interés en el arte. Estaba completamente absorta en lo que tenía que decir, en la impresión que trataba de crear. Sin embargo, después de unos momentos tuve la incómoda sensación de que él no escuchaba. Levanté la vista y vi que me estaba mirando con intensidad; sus ojos me interrogaban y sondeaban profundamente. Titubeé y me quedé silenciosa. Luego de una pausa, dijo: "La he observado durante las discusiones. Cuando se encuentra en reposo, hay en su rostro una gran tristeza".

Olvidé lo que me proponía decir, lo olvidé todo excepto el pesar que había dentro de mí. Yo siempre me había negado a permitir que el dolor me venciera. Estaba tan profundamente enterrado, que muy raras veces hacía impacto en mi mente consciente. Me horrorizaba la idea de que otros pudieran mostrarme piedad y simpatía, y había ocultado mi dolor bajo capas de agresión. Jamás había hablado de esto con nadie -ni siquiera para mí misma había admitido mi sentimiento de soledad; pero ante este silencioso desconocido cayeron todas las máscaras. Miré dentro de sus ojos, y lo que vi reflejado fue mi propio rostro. Como un torrente largamente contenido, acudieron las palabras.

Me recordé a mí misma siendo una niña pequeña, una entre cinco, tímida y dulce, herida ante la más leve aspereza. De piel oscura en una familia donde todos eran hermosos, pasando inadvertida, niña cuando debía haber sido un muchacho, viviendo en una gran casa de construcción irregular, sola durante horas, leyendo libros que rara vez entendía. Me recordé sentada en una terraza poco frecuentada que daba frente a árboles añosos; escuchando leyendas de ogros y héroes, de Hatim Tai y Alí Babá los relatos de este antiguo país contados por Immamuddin, el sastre musulmán de barba blanca, quien se sentaba durante todo el día en la terraza con su máquina de coser. Me recordé escuchando el *Ram Charir Manas* de Tulsida, cantado por Ram Khilavan, el ciego "coolie" *punkah* que nos abanicaba, y recordé la fragancia de las frescas, húmedas esteras de *khus* en un día de verano. (*Ram Charir Manas* es la historia de Ram y Sita, de la epopeya *Ramayana*, compuesta en dialecto local por el poeta Tulsidas en una cuarteta insertada en el texto. Antes de que la electricidad llegara a la India, cada "bungalow", tenia una larga vara de madera colgada horizontalmente del alto cielo raso, la cual llevaba atado un pesado lienzo ornamental. Una cuerda conectaba la vara a través de un agujero en el muro de la terraza exterior, donde un hombre se sentaba tirando de la cuerda y moviendo de esta manera el abanico para crear una ligera brisa en el espantoso calor que

impera durante los meses del verano en el norte de la India. Las fragantes esteras de *khus* colgaban en puertas y ventanas. Cuando estaban húmedas, el viento caliente que soplaba a través de ellas se transformaba en una brisa fresca y perfumada). Recordé los paseos con mi institutriz irlandesa, aprendiendo acerca de plantas y del nombre de las flores, deleitándome con la historia de los reyes y reinas de Inglaterra, Arturo y Ginebra, Enrique VIII y Ana Bolena; jamás jugando con muñecas y muy raras veces con otras niñas. Recordé lo atemorizada que estaba de mi padre, aunque secretamente lo adoraba.

Me recordé a la edad de once años, los brotes abriéndose en mi matriz, el primer flujo de sangre, y con éste un milagroso florecer. Era embriagador madurar y ser joven, ser admirada, vivir intensamente -cabalgar, nadar, jugar tenis, bailar. Con un desenfreno desbordante, yo corría deprisa para encontrarme con la vida.

Me recordé yendo a Inglaterra, el colegio y la estimulación de la mente; el encuentro con mi esposo, el regreso a la India, el matrimonio y el nacimiento de mi hija Radhika.

Inevitablemente, pronto rechacé el papel de ama de casa. Me sumergí en el trabajo social, jugaba bridge y póquer por apuestas altas, vivía en el corazón de la vida social e intelectual de Bombay. Después otro embarazo; al séptimo mes un ataque de eclampsia trajo consigo violentas convulsiones y una ceguera total.

Recordé la azorada angustia de las tinieblas y las explosivas tormentas de color: azul oscuro, el color del pájaro neelkantha, el color del fuego azul. El cerebro sufriendo estragos con las convulsiones del cuerpo; luego el fin de los latidos en el vientre y la muerte del bebé jamás visto; el pesado y mortal silencio de las entrañas. La vista retornando a través de una neblina, como puntos grises que convergían para crear la forma.

Mi mente se detuvo, las palabras terminaron, y miré nuevamente al bello desconocido. Pero la atormentadora pena ocasionada por la muerte de mi padre pronto despertó en mí, y otra vez hubo lágrimas, angustia insoportable.

Las palabras no habrían de terminar. Hablé de las múltiples cicatrices del vivir, de la lucha por la supervivencia, de la crueldad creciente, del lento endurecimiento, de la agresión y la ambición, de mi apremio interno con las exigencias de éxito. Después, el otro embarazo, el nacimiento de una niñita, hermosa de rostro pero deforme. Y el sumergimiento en la angustia, y otra vez la muerte de la niña. Ocho años de esterilidad de la mente, del corazón y de las entrañas; y después la muerte.

En presencia de él, el pasado oculto en la oscuridad del largo olvido encontró forma y despertó. Él era un espejo que reflejaba. Había ausencia de personalidad, del evaluador que pudiera sopesar y deformar. Proseguí tratando de ocultar algo de mi pasado, pero él no me lo permitía. En el campo de la compasión había ahora una cualidad de fuerza inmensa. Dijo: "Yo puedo ver si usted lo desea". Y entonces, las palabras que por años me habían estado destruyendo, finalmente se expresaron. Decirlas me trajo un dolor inmenso, pero el escuchar de él era como el escuchar de los vientos o la vasta expansión del mar.

Había estado con Krishnaji durante dos horas. (Ver el Prefacio con la explicación de las diversas forman del nombre de Krishnamurti que se emplean en este libro). Cuando dejé la habitación, mi cuerpo se sentía destrozado, y no obstante una energía curativa había fluido a través de mí. Yo había percibido una nueva manera de observar, una nueva manera de escuchar, sin reacción, un escuchar que surgía de la distancia y la profundidad. Mientras yo hablaba, él parecía atento no sólo a lo que se decía -las expresiones, los gestos, las actitudes sino también a lo que estaba sucediendo alrededor de él -el pájaro cantando en el árbol que se veía por la ventana, una flor cayendo de un vaso. En medio de mi clamor, me dijo: "¿Vio caer esa flor?", mi mente se detuvo confundida.

Yo había estado escuchando a Krishnamurti durante varios días. Fui a sus pláticas, asistí a las discusiones, reflexioné, discutí con mis amigos lo que él decía. En la tarde del 30 de enero, cuando todos nos habíamos reunido alrededor de él en la casa de Ratansi Morarji, llamaron a Achyut por teléfono. Cuando regresó, su rostro estaba pálido.

"Gandhiji ha sido asesinado", dijo. Por un instante el tiempo se detuvo. Krishnaji se había quedado muy silencioso. Parecía estar atento a cada uno de nosotros y a nuestras reacciones. Entre nosotros surgió un solo pensamiento: ¿El asesino era hindú o musulmán? Rao, el hermano de Achyut, preguntó: "¿Hay noticias del matador?" Achyut contestó que no lo sabía. Las consecuencias que seguirían si el asesino fuera un musulmán, estaban claras para todos. Nos levantamos silenciosamente, y uno a uno dejamos la habitación.

Las noticias de que Gandhi había sido asesinado por un brahmin de Poona, recorrieron la ciudad; en Poona estallaron disturbios contra los brahmines. Uno podía oír el suspiro de alivio de los residentes musulmanes. Escuchamos la angustiada voz de Jawaharlal Nehru dirigiéndose a la nación. El país parecía paralizado. Lo inconcebible había sucedido, y por un breve momento hombres y mujeres exploraron en sus corazones.

El 1º de febrero, un auditorio más apaciguado se reunió para escuchar la plática de Krishnaji. Se le formuló una pregunta difícil: "¿Cuáles son las causas reales de la extemporánea muerte del Mahatma Gandhi?

Krishnamurti replicó: "Me pregunto cuál fue la reacción de ustedes cuando escucharon las noticias. ¿Cuál fue la respuesta? ¿Ello les afectó como una pérdida personal, o como una indicación del curso tomado por los acontecimientos mundiales? Los sucesos del mundo no son incidentes desconectados unos de otros; están relacionados entre sí. La causa real de la extemporánea muerte de Gandhiji radica en ustedes. La verdadera causa son ustedes. Debido a que son comunales, fomentan el espíritu de división a través de la propiedad, de la casta, de

la ideología, de las diferentes religiones que profesan, de las sectas, de los líderes. Cuando alguno de ustedes se titula a sí mismo hindú, musulmán, parsi o Dios sabe qué otra cosa, está obligado a producir conflicto en el mundo".

Después de esto, durante días discutimos la violencia, su origen y su terminación. Para Krishnaji, la no-violencia como ideal era una ilusión. La realidad era el hecho de la violencia, el surgimiento de la percepción capaz de comprender la naturaleza de la violencia y la terminación de la violencia en el "ahora" -el presente de la existencia, único ámbito en que era posible la acción.

En las pláticas que siguieron, habló de los problemas cotidianos que afronta la humanidad -el miedo, la ira, los celos, la feroz embestida de la posesión. Al referirse a las relaciones como el espejo para el descubrimiento propio, usó el ejemplo del marido y la esposa, la relación más íntima y, no obstante, a menudo la más insensible e hipócrita. Los hombres miraban con ojos embarazados a sus esposas. Algunos hindúes tradicionales abandonaron las pláticas, incapaces de entender qué tenía que ver la relación de marido y mujer con el discurso religioso. Krishnaji rehusaba apartarse de "lo que es", de lo real. Se negaba a discutir abstracciones tales como Dios o la eternidad, mientras la mente fuera un remolino de lujuria, odio y celos. Fue por esta época que algunas personas de su auditorio comenzaron a sentir que él no creía en Dios.

A mediados de febrero fui a verle nuevamente. Me preguntó si yo había advertido algo distinto en mi proceso de pensar. Le dije que no tenía tantos pensamientos como antes, que mi mente no estaba tan intranquila como acostumbraba estar.

Él dijo: "Si usted ha estado experimentando con el conocimiento propio, habrá notado que su pensar ha disminuido la velocidad, que su mente ya no divaga sin descanso". Estuvo callado por un rato; yo esperé que continuara. "Trate de agotar cada pensamiento hasta el fin, llévelo hasta su término. Descubrirá que esto es muy difícil, porque apenas surge un pensamiento, éste ya es perseguido por otro pensamiento. La mente se niega a completar un pensamiento; escapa de pensamiento en pensamiento". Es así. Cuando yo he tratado de seguir un pensamiento, siempre he advertido lo rápidamente que éste elude al observador.

Le pregunté entonces cómo podría uno completar un pensamiento. Contestó: "El pensamiento sólo puede llegar a su fin cuando el pensador se comprende a sí mismo, cuando ve que pensador y pensamiento no son dos procesos separados; que el pensador es el pensamiento, y que el pensador se separa a sí mismo del pensamiento para su propia protección y continuidad. De modo que el pensador esta constantemente produciendo pensamientos que se transforman y cambian". Hizo una pausa".

"¿Está el pensador separado de sus pensamientos?" Había largas pausas entre sus frases, como si él esperara que las palabras viajaran lejos y profundamente. "Elimine el pensamiento y, ¿dónde está el pensador? Descubrirá que el pensador no existe. Así, cuando usted completa cada pensamiento, bueno o malo, hasta el final -lo cual es extremadamente arduo la mente se mueve con mayor lentitud. Para comprender el yo, el yo debe ser observado mientras opera. Ello puede ocurrir sólo cuando la mente se aquieta y esto puede usted hacerlo únicamente si sigue cada pensamiento, a medida que surge, hasta su terminación. Verá entonces que sus condenaciones, sus deseos, sus celos, se revelarán ante una conciencia que está vacía y completamente silenciosa".

Escuchándolo por más de un mes, mi mente se había vuelto más flexible; ya no estaba cristalizada y sólida en sus incrustaciones. Le pregunté: "Pero cuando la conciencia está llena de prejuicios, deseos, recuerdos, ¿puede comprender al pensamiento?"

"No", contestó, "porque está actuando constantemente sobre el pensamiento -escapando de él o confiando en él". Se quedó callado nuevamente. "Si usted sigue cada pensamiento hasta su consumación, verá que al final de ese pensamiento hay silencio. A causa de ello existe una renovación. El pensamiento que surge desde este silencio ya no contiene más al deseo como fuerza motriz: emerge desde un estado no obstruido por la memoria.

"Pero si luego el pensamiento que así surge no se completa, deja un residuo. Entonces no hay renovación, y la mente está presa otra vez en una conciencia que es memoria, que está atada por el pasado, por el ayer. Cada pensamiento que sigue entonces, es el pasado -el cual no tiene realidad.

"La nueva manera de abordar esto, es terminar con el tiempo", concluyó Krishnaji. Yo no comprendí, pero me retiré con las palabras vivas dentro de mí.

Nandini y yo llevábamos a veces con nosotras a Krishnaji para paseos nocturnos en automóvil a los Jardines Colgantes de Malabar Hill, o a la playa de Worli. En ocasiones solíamos caminar con él, encontrando difícil seguirle el paso con sus largas zancadas. Otras veces acostumbraba caminar solo, y al regresar después de una hora era un desconocido. Durante los paseos con nosotras, solía hablar ocasionalmente de su juventud, de su vida en la Sociedad Teosófica y de sus primeros años en Ojai, California. Nos contó acerca de su hermano Nitya, de sus compañeros Rajagopal y Rosalind y de la Happy Valley School (Escuela del Valle Feliz). A menudo, cuando hablaba del pasado, su memoria solía ser precisa, exacta. Otras veces se volvía vago y decía que no recordaba. Era rápido para sonreír, y su risa era profunda y resonante. Compartía bromas y nos formulaba preguntas acerca de

nuestra infancia y nuestra madurez. También hablaba de la India, ansiosamente interesado en nuestro parecer sobre lo que estaba ocurriendo en el país. Nos sentíamos tímidas e indecisas; una sensación de misterio y su arrolladora presencia tornaban difícil para nosotras ser informales con él o hablar de trivialidades estando él presente. Pero su risa lo aproximaba más a nosotras.

Durante unos días discutimos el pensamiento. Él solía preguntar: "¿Ha observado usted cómo nace el pensamiento? ¿Ha observado su terminación?" Otro día habría de decir: "Tome un pensamiento, permanezca con él, reténgalo en la conciencia; verá qué difícil resulta sostener un pensamiento tal como es hasta que el pensamiento se termina".

Le conté a Krishnaji que, desde que lo había conocido, me estaba despertando en las mañanas sin pensamientos, sólo con el sonido de los pájaros y las voces distantes de la calle fluyendo a través de mi mente.

Para los hindúes, el extraño de espalda recta, el mendicante que se detiene y aguarda en los portales de las casas con la mente conteniendo una invitación a "lo otro", es un símbolo de poder. Evoca en el dueño de casa -hombre o mujer anhelos apasionados, angustias, un tratar de alcanzar física e internamente aquello que es inalcanzable. Pero este profeta reía y bromeaba, paseaba con nosotras, estaba cerca y, no obstante, muy lejos. Con mucha vacilación, le invitamos a cenar en la casa de mi madre.

Llegó sonriente, vistiendo un dhoti un largo kurta y un angavastram (Un *dhoti* es una tela de algodón tejido a mano, no cosida, de cuarenta y cinco pulgadas de ancho y cinco yardas de largo, con un dobladillo simple de color rojo oscuro o negro. Va atado alrededor del talle, plegada en el frente, y se dobla entre las piernas para asegurarse en la espalda y caer hasta los tobillos. Es una prenda elegante para vestir en ocasiones ceremoniales. El *kurta* es una camisa suelta, cosida, sin cuello, con mangas largas, y llega hasta debajo de las rodillas. Un *angavastram* es un chal de algodón tejido a mano, sin blanquear, con un dobladillo de color rojo oscuro, índigo o negro, y tiene un dibujo tejido en color dorado. Plegado y echado sobre el hombro, se usa en todas las ocasiones ceremoniales, particularmente en el sur de la India) y fue recibido con flores por mi menudita madre. Ella jamás había tenido una educación formal, pero el natural refinamiento de su mente, su gracia y dignidad, hacían posible para ella encontrarse y hablar con Krishnaji. Era la viuda de un antiguo funcionario civil de la India. Mientras vivía con mi padre, había participado en su vida intelectual y social, actuando junto a hombres de letras y trabajadores sociales, siendo ella misma una trabajadora social. Tenaz y despierta, mi madre se había desprendido tempranamente de la tradición en su vida marital. Hablaba el inglés con facilidad, tenía donaire para recibir a los invitados, cocinaba deliciosamente. En mi infancia teníamos dos cocineras, una para comidas Gujarati vegetarianas, y otra adiestrada en el arte culinario occidental; un mayordomo Goan aguardaba junto a la mesa. La muerte de mi padre la había destrozado, pero la casa materna continuaba resonando con risas, a las cuales se unió la de Krishnaji. Pronto se sintió él como en su casa, y vino frecuentemente a cenar. A fines de marzo ya podíamos hablarle con naturalidad; sin embargo, después de cada una de sus pláticas y discusiones, percibíamos intensamente las distancias que nos separaban del misterio que no podíamos alcanzar ni comprender.

Hacia fines de marzo, le hablé a Krishnaji del estado de mi mente y de los pensamientos que me perseguían. Le hablé de los momentos de quietud y de los estallidos de actividad frenética; de los días en que mi mente estaba presa en el dolor de no realizarse. Me aturdían estos constantes saltos de la mente hacia atrás y hacia adelante.

Él tomó mi mano y nos sentamos en silencio. Finalmente, dijo: "Usted está agitada. ¿Por qué?" Yo no lo sabía, y me quedé callada. "¿Por qué es usted ambiciosa? ¿Quiere ser como alguien que usted conoce y que ha avanzado más?"

Vacilé y luego dije: "No".

"Usted tiene un buen cerebro", continuó, "un buen instrumento que no ha sido correctamente usado. Posee un impulso interno que ha sido mal dirigido. ¿Por qué es ambiciosa? ¿Qué es lo que desea llegar a ser? ¿Por qué quiere malgastar su cerebro?"

Estuve súbitamente alerta. "¿Por qué soy ambiciosa? ¿Puedo evitar ser lo que soy? Estoy atareada trabajando, realizando cosas. No podemos ser como usted". Su mirada era inquisitiva. Por un rato permaneció sin hablar, permitiendo que lo que estaba latente dentro de mí se revelara a sí mismo. Luego preguntó: "¿Ha estado alguna vez sola, sin libros, sin la radio? Trate de hacerlo y vea lo que ocurre".

"Enloquecería, yo no puedo estar sola". "Inténtelo y vea. Para que la mente sea creativa, tiene que haber quietud. Una quietud profunda que sólo puede existir cuando uno se ha enfrentado a su soledad.

"Usted es una mujer, y sin embargo tiene dentro de sí mucho de hombre. Ha descuidado a la mujer. Mire dentro de usted misma". Sentí removerse algo muy profundo en mi interior, el desmenuzamiento de múltiples costras de insensibilidad. Y otra vez la desgarradora angustia.

"Usted necesita afecto, Pupul, y no lo encuentra. ¿Por qué extiende su escudilla limosnera?"

"No lo hago", dije. "Es una cosa que jamás he hecho. Antes moriría que pedir afecto".

"Usted no lo ha pedido. Lo ha sofocado. No obstante, la escudilla del mendigo está siempre ahí. Si su escudilla estuviese llena, no necesitaría extenderla. Es porque se encuentra vacía que está ahí"

Por un instante me miré a mí misma. Cuando niña lloraba a menudo. De adulta, no permitía que nada me lastimara. Rechazaba eso furiosamente y atacaba. Él dijo: "Si usted ama a alguien, no exige nada. Entonces, si encuentra que ese alguien no le ama, usted le ayudará a amar, así sea a alguna otra persona". Me vi a mí misma con claridad -la amargura, la dureza. Me volví hacia él. "Eso es demasiado horrible para mirarlo. ¿Qué he hecho de mí?"

"Criticándose no resuelve el problema. No hay riqueza fluyendo en su interior, de otro modo no necesitaría simpatía y afecto. ¿Por qué no tiene usted riqueza? Vea, esto es lo que usted es. Uno no condena a un hombre que está enfermo. Esta es su enfermedad; mírela con calma y sencillamente, con compasión. Sería estúpido condenarla o justificarla. El acto de condenar es otro movimiento del pasado para fortalecerse a sí mismo. Mire lo que ocurre en su mente consciente. ¿Por qué es usted agresiva? ¿Por qué desea ser el centro de cualquier grupo?

"Cuando mire usted la mente consciente, la inconsciente lanzará poco a poco sus insinuaciones -en sueños, en el estado de vigilia del pensamiento".

Habíamos estado hablando por más de una hora, pero ese lapso nada significaba. En su presencia uno perdía el sentido del tiempo como duración. Le hablé de los cambios que estaban ocurriendo en mi vida. Yo ya no estaba segura de mí misma ni de mi trabajo. Si bien los deseos e instintos aún surgían, carecían de vitalidad.

Le dije que me había dado cuenta de que gran parte del trabajo que estaba haciendo se basaba en el engrandecimiento propio. Ya no me parecía posible ingresar en la vida política. También mi vida social estaba cambiando radicalmente. Entre todas las cosas, ya no podía jugar más al póquer. Había tratado de jugar, pero encontré que me estaba faltando la intención de ser más lista que los otros jugadores. Espontáneamente, tenía momentos de percepción lúcida en medio del juego de póquer que hacían imposible el "bluff". Krishnaji echó la cabeza hacia atrás y rió y rió y rió.

Le expliqué que a veces sentía un inmenso equilibrio interno, como el de un pájaro jugando con el viento. Todo deseo se disolvía en esta intensidad, se consumía a si mismo. Otras veces me hundía en las realizaciones personales. Mis amarras se iban soltando y yo estaba a la deriva. No sabía qué había por delante. Jamás me había sentido tan insegura de mí misma.

Krishnaji dijo: "La semilla ha sido plantada, permítale que germine -déjela en barbecho por un tiempo. Esto ha sido completamente nuevo para usted. Al llegar a ello sin preconceptos ni nociones ni creencias, hubo un impacto directo; ahora la mente necesitará descanso. No ejerza presión sobre ella".

Permanecimos callados. Krishnaji dijo: "Obsérvese a sí misma. Usted tiene un empuje que pocas mujeres poseen. En este país, los hombres y mujeres se agotan muy fácilmente, muy tempranamente en la vida. Es el clima, el modo de vivir, el estancamiento. Vea que ese empuje no se pierda. Al librarse de la agresión, no se vuelva inocua y blanda. Librarse de la agresión no es volverse débil o sumiso".

Repetidamente habría de decirme: "Vigile su mente, no deje que se escape ni un sólo pensamiento, por feo, por brutal que sea. Observe sin elegir, sin sopesar ni juzgar, sin dar una dirección al pensamiento ni dejar que éste eche raíces en la mente. Sea completamente implacable en la vigilancia".

Cuando yo dejaba la habitación, él se incorporó para acompañarme hasta la puerta. Su rostro estaba en reposo, su cuerpo delgado se elevaba como un cedro de la India. Por un instante abrumada por su belleza, pregunté: "¿Quién es usted?" Contestó: "No importa quién soy yo. Lo único que importa es lo que usted piensa y hace, y si puede usted transformarse".

Mientras viajaba hacia mi casa, de pronto advertí que en las muchas conversaciones que había tenido con Krishnaji, él jamás había dicho una palabra acerca de sí mismo. No se había referido nunca a ninguna experiencia personal, ni un sólo movimiento del yo se había manifestado. Esto era lo que hacía de él un desconocido, por mucho que pudiera uno conocerle. En medio de un gesto de amistad, de una conversación casual, uno percibía eso -una súbita distancia, silencios que emanaban de él, una conciencia que no tenía un punto focal. Y no obstante, en su presencia uno sentía la generosidad de un interés infinito.

PRIMERA PARTE

EL JOVEN KRISHNAMURTI
1895-1948

Capítulo I

"UNO NACE EN EL ESPACIO Y NACE HACIA EL ESPACIO"

Alumbradas por el sol ardiente, rocas esculpidas que se cuentan entre las más antiguas del mundo, protegían la aldea de Madnapalle, en el distrito de Chittoor, perteneciente a Andra Pradesh en el sur de la India. Desde la sagrada región de Tirupati, a través del Valle de Rishi hasta Anantpur se extendían, coronadas por grandes peñascos, colinas que se entremezclaban con pequeños valles. Las lluvias eran mínimas, la población escasa. Tamarindos y árboles dorados como el mohúr (Mohúr, antigua moneda de la India y de Persih) suministraban sombra y estallidos de color. Era una tierra sagrada, *punyasthal*, donde místicos y santos habían vivido y enseñado durante siglos, y sus cuerpos estaban enterrados ahí para santificar el suelo. Fue aquí, el 12 de mayo de 1895, treinta minutos después de la medianoche, que un hijo le nació a Sanjeevamma, la mujer de Jiddu Naraniah, un funcionario público de menor jerarquía.

Los antepasados de Jiddu Krishnamurti, fueron un brahmin de la subasta Velanadu, que originalmente vino de Giddu o Jiddu, una aldea que se encuentra en medio de los arrozales en la costera Andhra. El abuelo paterno de Krishnamurti, Gurumurti, también fue un funcionario civil de menor importancia; pero el abuelo de éste, Ramakrishna, célebre por su gran erudición, su conocimiento del sánscrito y de los Vedas, tenía una posición responsable en el departamento judicial de la Compañía Británica East India.

La casa de Naraniah en Madnapalle, una de las áreas más propensas a la sequía en el sur de la India, era muy pequeña; de dos pisos y mal ventilada, tenía un frente angosto que daba a un callejón, a lo largo del cual corría un desagüe abierto. Toda el agua para la casa de Naraniah se extraía de un pozo cercano, y transportada por aguateros se almacenaba dentro de la casa en grandes vasijas de cobre pulido o en marmitas de barro.

Sanjeevamma dio a luz a Krishnamurti en la habitación que en la casa destinaban al *puja*[1]. La significación de esto no ha sido entendida por los biógrafos de Krishnamurti. Para un hindú tradicional, ya sea que viva entre los picos nevados de los Himalayas o en Kanyahumari que está en el profundo sur de la India, en una residencia urbana o en la choza de una aldea, la habitación del *puja* era el lugar sagrado, el corazón de la casa donde se veneraba a los *griha devaras*, los dioses domésticos; era una habitación de buen auspicio gracias a las flores y al incienso y a la recitación de mantras sagrados. A la habitación destinada a los dioses sólo podía entrarse después de un baño ritual y vistiendo ropas recién lavadas. El nacimiento, la muerte y el ciclo menstrual eran los focos de la contaminación ritual. En el nacimiento y la muerte, el dueño de casa y su familia participaban en la contaminación y se abstenían de practicar el *puja* cotidiano; en lugar de eso, se invitaba a un brahmin del templo local para que efectuara los rituales diarios. Que un bebé pudiera nacer en esta habitación, era algo inconcebible.

La esposa y prima de Naraniah, Sanjeevamma, era una mujer devota y caritativa. Se le consideraba psíquica, experimentaba visiones y podía ver los colores en las auras de la gente. Al igual que el oído de un músico se afina perfectamente para un instrumento de cuerda, así, como madre, el oído de ella estaba afinado para los latidos del corazón del bebé que esperaba en el crisol de su cuerpo, pronto para iniciar su pasaje por los portales de la vida. Ciertos indicios de la singularidad de este nacimiento deben haberle infundido una visión profética y mucho valor; de lo contrario, no hubiera podido desafiar de ese modo a los dioses.

Temprano en la noche del 11 de mayo, Sanjeevamma percibió indicios del inminente nacimiento del bebé. Este sería su octavo hijo, y ella conocía muy bien los preparativos de rutina necesarios para la ocasión. De modo que preparó la habitación, cantó con su melodiosa voz canciones Telugu (Telugu es un idioma dravidiano hablado por la gente de Andhra Pradesh en la India. Incluye un gran número de palabras en sánscrito) para su esposo, y se echó sobre una estera en el piso superior de la casa. Los dolores comenzaron en medio de la noche. Ella despertó a Naraniah, fue a la habitación que había preparado, y se acostó sobre una estera para el nacimiento. Una mujer local, pariente muy versada en la experiencia del alumbramiento, vino para ayudarla mientras su marido esperaba afuera. Sanjeevamma tuyo pocos dolores. Durante ese período, las únicas palabras que pronunció fueron. "*Rama, Rama, Anjaneya*", otro nombre para Hanuman (Hanuman, el mono devoto del héroe divino Rama en la epopeya del *Ramayana*, es un dios popular ampliamente adorado en toda la India. En el sur se le conoce también como Anjaneya). A las 0:30 hs., en la madrugada del 12 de mayo, la mujer que ayudaba abrió la puerta y le dijo a Naraniah: "*Sirsodayam*, la cabeza está visible". Conforme a la tradición, éste es el momento exacto del nacimiento.

En esta pequeña habitación alumbrada con lámparas de aceite, en presencia del *ishta devaca*, el dios doméstico, Krishnamurti respiró por primera vez. Desde los protegidos espacios de la matriz, el bebé penetró en los espacios del mundo.

"Uno nace en el espacio y nace hacia el espacio"[2].

El horóscopo del niño fue hecho a la mañana siguiente por Kumara Shrowthulu, un renombrado astrólogo de esa región, quien le dijo a Naraniah que este nuevo hijo habría de ser un gran hombre. La carta astrológica era compleja; el niño tropezaría con muchos obstáculos antes de madurar hasta llegar a ser un gran Maestro.

Durante once días del período prescrito, el bebé permaneció en una atmósfera que recreaba el ambiente de la matriz. Yacía en la semioscuridad, dulcemente mecido en una cuna de lienzo, próximo a su madre. Como en todos los nacimientos de hindúes ortodoxos, el ingreso de Krishnamurti en la deslumbrante luz del sol y en el mundo, fue gradual.

En el sexto día posterior al nacimiento, tuyo lugar la ceremonia en que se otorga el nombre. Era inevitable en esta familia atada a las tradiciones, que al octavo hijo se le diera el nombre de Krishnamurti, simbólico de Krishna, el dios-pastor que fuera el octavo hijo.

Tres años más tarde, en 1898, Sanjeevamma dio a luz otro niño. Se le llamó Nityananda, "bienaventuranza eterna".

Cuando Krishna cumplió seis años, se realizó el *upanayanama*. Esta es una ceremonia de iniciación en el *brahmacharya*, el período de casto discipulado, que es la primera etapa en la vida de un brahmin. La ceremonia tuyo lugar en Kadiri, adonde fue destinado Naraniah.

Se colocó alrededor de los hombros de Krishna "el hilo sagrado", y su padre susurró en el oído del niño el mantra secreto *gayatri*, la invocación al sol. Se le enseñó a recitar el mantra con la entonación, el acento y el gesto correctos. Debe haber aprendido a recitar el mantra *gayatri* al sol en el amanecer, y a realizar los rituales Sandhya durante la puesta del sol, a tomar los baños rituales, y a estar libre de cualquier forma de contaminación ritual. También deben haberle enseñado a recitar los Vedas.

Según la descripción de Naraniah: "Es una ceremonia por la que pasan los muchachos brahmines cuando es tiempo de lanzarlos al mundo de la educación. Tiene lugar entre la edad de cinco y siete años, de acuerdo con la salud y capacidad del niño. Así, cuando Krishna hubo alcanzado esa edad, se reservó un día para esta ceremonia. Es nuestra costumbre hacer de ello una fiesta familiar, y se invita a cenar a amigos y parientes".

Cuando toda la gente estuvo reunida, se bañó a Krishna y se le vistió con ropas nuevas. Luego el niño fue introducido y se le colocó sobre las rodillas de su padre, mientras la mano extendida de Naraniah sostenía una bandeja de plata con granos de arroz diseminados. Su madre, sentada junto a Naraniah, tomó después el dedo índice de la mano derecha del niño, y con él trazó en el arroz la palabra sagrada AUM, que en su pronunciación sánscrita consta de una sola letra -la primera letra del alfabeto sánscrito y de todas las lenguas vernáculas.

"Después", cuenta Naraniah, "me sacaron mi anillo del dedo y lo colocaron entre el índice y el pulgar del niño; y mi esposa, sosteniendo la manita, con el anillo trazó otra vez la palabra sagrada en carácter telugu. Luego, sin el anillo, trazó de nuevo la misma letra tres veces. Después de esto, el sacerdote oficiante recitó mantrams y bendijo al niño a fin de que fuera dotado intelectual y espiritualmente. A continuación, mi esposa y yo nos trasladamos con Krishna al templo de Narasimhaswami para adorar y rezar por el éxito futuro de nuestro hijo. Desde allí seguimos a la escuela más cercana, donde Krishna fue entregado al maestro, quien llevó a cabo la misma ceremonia trazando la palabra sagrada en arena. Mientras tanto, numerosos escolares se habían reunido en el salón de clases, y nosotros distribuimos entre ellos, a modo de regalo, muchas cosas buenas. Así iniciamos a nuestro hijo en su carrera educativa conforme a nuestras costumbres. Después regresamos a la casa y compartimos la cena con nuestros parientes y amigos"[3].

Krishna y su hermano Nitya eran muy íntimos, pero por naturaleza eran totalmente distintos. Nitya era extraordinariamente inteligente. Aun "antes de que pudiera hablar, cuando veía a otros niños que iban a la escuela, solía tomar una pizarra y un lápiz y los seguía"[4]. Krishnamurti era un niño débil y experimentaba penosos ataques de malaria. En una etapa sufrió de convulsiones, y por todo un año estuvo alejado de la escuela debido a que sangraba por nariz y boca.

Krishnamurti se interesaba poco en la escuela y en el trabajo académico, pero pasaba largas horas contemplando las nubes, las abejas, hormigas e insectos, y fijando la mirada en la vasta distancia. Ha sido descrito como enfermizo y poco desarrollado mentalmente. Su vaguedad, sus pocas palabras, su falta de interés en los asuntos mundanos, y sus ojos que miraban el mundo viendo más allá de los horizontes, fueron confundidos por sus maestros con retardo mental.

El joven Krishnamurti, pese a su aparente vaguedad, se interesaba grandemente en todos los artefactos mecánicos. Un día faltó a la escuela. Buscándolo, su madre lo encontró solo en una habitación, totalmente absorto en abrir un reloj. No se movería de la habitación y rehusaría todo alimento y bebida hasta no haber desarmado el reloj y, habiendo entendido cómo funcionaba, hubiera repuesto la maquinaria en su lugar.

El niño Krishna estaba profundamente apegado a su madre, quien parecía darse cuenta de la naturaleza singular de su hijo[5]. Sanjeevamma murió en 1905, y su muerte dejó al niño Krishna confundido y desolado. Años más tarde, en el verano de 1913, cuando él estaba en Europa, decidió empezar a escribir su autobiografía. La tituló: "Cincuenta años de mi vida", teniendo el propósito, a medida que pasaran los años, de "añadir nuevos acontecimientos, y por el año 1945 habré justificado el título"[6]. Pero, ¡ay!, el relato habría de ser abandonado después de las primeras páginas. Sin embargo, el corto manuscrito arroja una luz muy interesante sobre sus

sentimientos y los primeros años vividos con su madre. A la edad de dieciocho años sus recuerdos eran todavía muy vívidos, y es muy conmovedora la descripción que hace de las visiones que tuyo de su madre después de que ella muriera:

Los recuerdos más felices de mi niñez se concentran alrededor de mi madre, quien nos prodigaba todo el cuidado amoroso por el que tan bien conocidas son las madres de la India. Yo no puedo decir que me sintiera particularmente feliz en la escuela, ya que los maestros no eran muy amables y me daban tareas muy difíciles para mí. Gozaba con los juegos en tanto no fueran demasiado rudos, pues tenía una salud muy delicada. La muerte de mi madre en 1905 nos privó a mis hermanos y a mí del ser que más nos amaba y cuidaba, y mi padre estaba muy ocupado en sus asuntos para prestarnos mucha atención. Yo llevaba la existencia usual de un joven indio corriente, hasta que llegué a Adyar en 1908 [en realidad, fue en enero de 1909].

Adyar tenía para mí un interés especial, puesto que mi padre acostumbraba asistir ahí a las convenciones de la Sociedad Teosófica. También en Madnapalle celebraba él reuniones para el estudio de la Teosofía, y yo aprendí acerca de Adyar gracias a mi madre y a él. Mi madre tenía una habitación para el *puja*, donde practicaba regularmente su culto; en la habitación había cuadros de deidades Indias y también una fotografía de Mrs. Besant vestida con ropas indias y sentada con las piernas cruzadas sobre un *chowki*, una pequeña plataforma en la que había una piel de tigre.

Yo generalmente me encontraba en casa mientras mis hermanos estaban en la escuela, porque sufría mucho de fiebre -de hecho, casi todos los días y con frecuencia entraba en la habitación del *puja* cerca del mediodía, cuando mi madre practicaba sus ceremonias cotidianas. Entonces solía hablarme acerca de Mrs. Besant, del karma y de la reencarnación, y también me leía cosas del *Mahabharata*, del *Ramayana* y de otras escrituras hindúes. Yo tenía solamente unos 7 u 8 años, de modo que no podía entender mucho, pero creo que sentía en gran manera aquello que no podía realmente comprender.

El escribir acerca de mi madre, trae a mi memoria algunos acontecimientos que tal vez valga la pena mencionar. Ella era hasta cierto punto psíquica, y a menudo veía a mi hermana que había muerto unos dos o tres años antes. Ambas conversaban, y había un lugar especial en el jardín al cual mi hermana acostumbraba venir. Mi madre sabía siempre cuándo mi hermana estaba ahí, y en ocasiones me llevaba con ella hasta el lugar y me preguntaba si yo también la veía. Al principio yo solía reírme ante le pregunta, pero ella me pedía que mirara nuevamente, y entonces, a veces, veía a mi hermana. Más tarde, siempre pude verla. Debo confesar que eso me asustaba muchísimo, porque la había visto muerta y su cuerpo incinerado. Por lo general, me pegaba precipitadamente a mi madre, y ella me decía que no había razón alguna para temer. Yo era el único miembro de mi familia, excepto mi madre, que tenía esas visiones, si bien todos creían en ellas. Mi madre podía asimismo ver las auras de las personas, y yo también las veía a veces. No creo que ella supiera qué significaban los colores. Hay muchos otros acontecimientos de similar naturaleza que ahora no recuerdo. Hablábamos a menudo de Krishna, por quien yo me sentía especialmente atraído, y una vez le pregunté a mi madre por qué lo representaban siempre de color azul. Me dijo que su aura era azul, pero no sé cómo podía ella saberlo.

Mi madre era muy caritativa. Se mostraba afectuosa con los niños pobres, y entregaba comida regularmente a los que eran de su propia casta. Cada niño venía a nuestra casa un día especial de la semana, y a otras casas iba en otros días. Teníamos cotidianamente un número de mendigos que a menudo acudían desde una distancia considerable para recibir arroz, *dal*, y de vez en cuando ropas.

Antes de venir a Adyar, mis hermanos y yo asistimos a muchas escuelas, de las cuales la más agradable fue la de Madnapalle. Esta fue mi primera escuela cuando era muy niño, puesto que nací en Madnapalle. Siendo mi padre un funcionario gubernamental, lo transferían continuamente de un lugar a otro, de modo que nuestra educación se interrumpía muchísimo.

Después de la muerte de mi madre las cosas empeoraron, porque realmente no había nadie que nos cuidara. En relación con su muerte, puedo mencionar que la veía frecuentemente después de que murió; recuerdo haber seguido una vez la forma de mi madre subiendo las escaleras. Extendí la mano y me pareció que tocaba su vestido, pero ella se desvaneció tan pronto llegamos al último escalón. Hasta hace poco tiempo, acostumbraba oír a mi madre siguiéndome cuando iba a la escuela. Esto lo recuerdo particularmente, porque oía el sonido de los brazaletes que las mujeres indias llevan en las muñecas. Al principio miraba hacia atrás medio asustado, y veía la forma vaga de su vestido y parte de su rostro. Esto ocurría casi siempre cuando yo salía de la casa.

Capítulo II

LA SOCIEDAD TEOSÓFICA Y LA JERARQUIA OCULTA

Madame Helena Petrovna Blavatsky (1831-1891), llamada frecuentemente H.P.B. fue en todo respecto una mujer extraordinaria. Con su visión psíquica, sus penetrantes ojos hipnóticos, y con una personalidad que provocaba controversias, apareció en la escena de la India en 1879. Rusa de nacimiento, afirmaba haber vivido por varios años en el Tíbet, en contacto estrecho con los Mahatmas (*Mahatma* es un término sánscrito que significa "gran espíritu", "adepto", o "maestro") o Maestros de la Hermandad oculta. Fue ahí donde aprendió de su *gurú*, de su maestro, las bien guardadas doctrinas de los sabios tibetanos. Mientras estuvo en Europa, en 1873, sus Maestros le pidieron que se pusiera en contacto con el Coronel Henry Steel Olcott, un investigador psíquico de los EE.UU. Obedientemente, ella viajó hacia allá, conoció al Coronel Olcott, y por el año 1875 surgió la idea de la Sociedad Teosófica. Pronto habrían de viajar juntos -primero a Bombay y luego a Ceilán, donde tomaron la iniciación budista, y más tarde fueron a Madrás. En 1882, la Sede Central de la Sociedad Teosófica se había establecido en Adyar, Madrás.

La Sociedad Teosófica se basaba en los principios de una Hermandad Universal de la Humanidad, que procuraba el estudio de la antigua sabiduría y la exploración de los misterios secretos de la naturaleza y de los poderes latentes en el hombre. Estableció una jerarquía oculta extraída de las tradiciones hindúes y budistas, en particular de los textos y enseñanzas tántricas tibetanas.

A la cabeza de la jerarquía estaba Sanat Kumar, mencionado en los Tantras, en el Bhagvat y en los primeros escritos alquímicos, como un muchacho de dieciséis años, eternamente joven, libre de todo tiempo como pasado, presente y futuro; en la jerarquía teosófica se le consideraba como el Señor del mundo. Below Kumar era el Buda. Y debajo del Buda estaban los tres jefes del logos del sistema solar: el bodhisattva Maitreya, que luego sería el Buda; el Mahachohan, una figura que no se encuentra en ninguna de las escrituras hindúes o budistas; y el Manú, uno de los padres de la humanidad según el *Rig Veda*. Ellos simbolizaban respectivamente el corazón como compasión, la cabeza como intelecto y las manos como destreza en la acción. Debajo de ellos estaban los Mahatmas o Maestros que en los años futuros evolucionarían para ser bodhisattvas y Mahachohan. El Maestro Kut Humi (o Maestro K.H. como se le conocía) tenía el cuerpo de un brahmin Kashmiri, mientras que el Maestro Morya (Maestro M.) tenía el cuerpo de un príncipe de Rajput. Estos dos Maestros guiaban los asuntos de la Sociedad Teosófica y de los discípulos que pasaban por las diversas iniciaciones bajo la benigna conducción de ellos.

Hacia fines del siglo diecinueve, se habían esparcido entre las comunidades ocultas, murmullos acerca de la venida del Mesías o Instructor del Mundo. Antes de su muerte en 1891, H.P.B. había escrito que el verdadero propósito de la Sociedad Teosófica era la preparación para el advenimiento del Instructor del Mundo.

En 1889, Annie Besant (l847-1933) leyó por casualidad la Doctrina Secreta de Blavatsky, y más tarde conoció a la fundadora de la Sociedad Teosófica. Annie Besant o A.B. había sido una rebelde, una librepensadora y luchadora ardiente por las causas que ella consideraba justas. Elocuente y consagrada a su labor, tenía una capacidad organizativa de muy alto nivel. Era una vehemente cruzada de la libertad de pensamiento, de los derechos de la mujer, del sindicalismo, del socialismo fabiano y del control de la natalidad. Pero la obra de la Blavatsky la transformó por completo. Apartó sus enormes energías del materialismo y del ateísmo para dedicarlas a la búsqueda de lo oculto y lo sagrado. Sus amigos y admiradores -entre ellos Bernard Shaw, Sydney y Beatrice Webb y Charles Bradlaugh se sintieron pasmados cuando ella se afilió a la Sociedad Teosófica. Al separarse de sus anteriores asociados, y consciente del cinismo que su nuevo papel despertaría en sus admiradores, escribió:

> Pero aquí, como otras veces en mi vida, no me atrevo a ganar la paz con una mentira. Una necesidad imperiosa me obliga a decir la verdad tal como la veo, guste o no guste lo que diga, traiga ello alabanzas o censuras. Esa lealtad única hacia la Verdad debo mantenerla inmaculada, cualesquiera que sean los amigos que me abandonen o los lazos humanos que hayan de romperse. Ella puede conducirme a la soledad y, no obstante, tengo que seguirla; puede privarme de todo amor, y aun así tengo que buscarla con afán; aunque me mate yo confiaré en ella; y no pido otro epitafio sobre mi tumba que:
>
> "Ella trató de seguir la Verdad"[1].

Con el arribo de A.B. a la India en 1893 a la edad de cuarenta y seis años, había comenzado el apasionado diálogo y el compromiso con la India que habría de continuar a lo largo de toda su vida.

Ella percibía la falta de interés que había en la India por lo que, en su sentir, era la verdadera misión de ésta en el mundo -el don que el país poseía para las religiones y el conocimiento espiritual. Hizo hincapié en esto durante uno de sus primeros discursos:

Si la religión sucumbe aquí, sucumbirá en todas partes, y en manos de la India está la sagrada tarea de mantener encendida la antorcha del espíritu entre las brumas y las tormentas del materialismo creciente. Si esa antorcha cae de sus manos, la llama será pisoteada por las multitudes apresuradas, ansiosas de provecho mundano; y la India, privada de su espiritualidad, no tendrá futuro, sino que acabará en las tinieblas, tal como Grecia y Roma han acabado[2].

Annie Besant estudió los libros sagrados de la India, aprendió sánscrito, sostuvo discusiones con los líderes religiosos del país. Inspirados por la pasión de sus palabras, muchos intelectuales y jóvenes aspirantes afluían hacia ella y se afiliaban a la Sociedad Teosófica. Escuchándola con atención absorta, e inflamado por su elocuencia, estaba un joven muchacho de doce años, Jawaharlal Nehru. Había venido para oír a Mrs. Besant influido por su tutor belga-irlandés, Ferdinand T. Brooks, un ardiente teósofo.

Fascinado por la doctrina y por la elocuencia de la Besant, fue a ver a su padre, Motilal Nehru (el próspero abogado nacionalista que más adelante formaría el Partido del Congreso) y le pidió permiso para afiliarse a la Sociedad Teosófica. Motilal Nehru se echó a reír. El también había sido miembro de la Sociedad Teosófica en los días de Madame Blavatsky. El permiso fue concedido, y un Jawaharlal Nehru de trece años se convirtió en miembro y recibió la iniciación por parte de la propia Mrs. Besant. Asistió a una convención en Varanasi y vio al Coronel Olcott con su blanca barba. Al partir el joven Nehru hacia Harrow, la teosofía se desvaneció rápidamente de su conciencia. Pero los tres años de su contacto con la misma, dejarían en él y en su carácter una impresión que más tarde confirmaría con su admiración por Annie Besant[3].

Con la muerte del Coronel Olcott en 1907, Annie Besant se convirtió en Presidenta de la Sociedad Teosófica. Una maraña de intrigas y una feroz división de fuerzas dentro de la Sociedad Teosófica habían precedido este evento. Poco después de que Mrs. Besant asumiera el cargo, entró en contacto estrecho con Charles Webster Leadbeater o C.W.L. (1847-1934), un ex clérigo anglicano con reputados poderes de clarividencia. Unos años antes, ciertos incidentes que lo vinculaban a relaciones homosexuales con jóvenes, habían llevado a su expulsión de la Sociedad; pero Mrs. Besant, conocedora de sus percepciones psíquicas y rehusando aceptar los cargos que había contra él, lo había readmitido en la Sociedad apenas se convirtió en presidenta de la misma. Leadbeater pronto habría de llegar muy alto en la jerarquía de la Sociedad Teosófica.

Naraniah se retiró del servicio gubernamental en 1908. Con su magra pensión de 125 rupias al mes, encontraba imposible mantener a su incrementada familia -aparte de sus hijos, también tenía la responsabilidad de sostener a su hermana y a sus sobrinos. Se había afiliado a la Sociedad Teosófica en 1882, y ahora le escribió a Annie Besant solicitándole un puesto en Adyar. Al principio ella lo había rechazado, consciente de los problemas que su gran familia plantearía a la paz y quietud que imperaban en los terrenos de la Sociedad Teosófica. Pero Naraniah perseveró, y pronto estuvo en Adyar trabajando como asistente secretario en la Sección Esotérica (S.E.). Ocupó una pequeña casa fuera del complejo residencial de Adyar; su hermana dirigió los arreglos domésticos.

Krishna y su hermano Nitya tenían que caminar todos los días para asistir a la escuela de Mylapore, donde la inatención de Krishna daba por resultado severos castigos. Él seguía con su vaguedad y su indiferencia por los estudios; su maestro lo consideraba medio loco. Pero la tía de Krishnamurti estaba sumamente encariñada con el joven y espiritual Krishna de los ojos soñadores y, percibiendo en él una incipiente sabiduría, lo llamó Dronachari, en honor a Drona, el gurú de los Pandavas y los Kauravas en la epopeya *Mahabharata*.

Los hijos de Naraniah acostumbraban ir a la playa de Adyar para bañarse en el mar, y allí fue donde los vio Leadbeater. En 1899, el tema de la conferencia de Mrs. Besant en Adyar, fue "Los Avatares". En 1908, durante el torbellino de su recorrido por los EE.UU., ella habló incesantemente de la inminente venida del Instructor del Mundo. Por días estuvo Leadbeater observando a Krishnamurti, advirtiendo la presencia del muchacho y de su aura singular que no contenía egoísmo alguno.

Una tarde, al volver Mr. Leadbeater a su habitación después de nadar como habitualmente lo hacía, le contó a Ernest Wood, un joven que ayudaba a Leadbeater en sus estudios ocultos, que uno de los muchachos tenía un aura notable; era Krishnamurti. Wood expresó sorpresa -él conocía a los muchachos, y Krishnamurti no era ciertamente de los brillantes. Pero Mr. Leadbeater insistió en que era Krishnamurti el que un día habría de convertirse en un maestro espiritual y un gran orador. Wood preguntó: "¿Cuán grande? ¿Tan grande como Mrs. Besant?" Se dice que Leadbeater respondió: "Mucho más grande"[4].

Krishnamurti describió su encuentro con Leadbeater -que muy posiblemente era el primer europeo que había conocido en su autobiografía:

Cuando por primera vez vinimos a Adyar, vivíamos en una casa próxima a la nueva imprenta. Todos los días caminábamos hasta la escuela de segunda enseñanza en Mylapore. Temprano en las mañanas y por las noches, preparábamos nuestros deberes escolares. Después de un tiempo comenzamos a chapotear en el mar junto con otros niños que vivían cerca. Durante

una de estas ocasiones, en el año 1909, conocimos por primera vez a mí querido amigo y hermano mayor, C.W. Leadbeater. El encuentro fue completamente casual.

Hasta donde puedo recordarlo, él (Leadbeater) estaba bajando hacia el mar con Mrs. Van Manen y otros a fin de nadar. No me acuerdo de ninguna conversación en particular, especialmente porque yo no conocía nada bien el inglés. Después de esto, nos encontramos con frecuencia, y a veces él nos invitaba a su casa, o preferentemente al bungalow. En la época que estoy describiendo, él vivía en lo que se conoce como el bungalow del río.

Cuando por primera vez pasé a su aposento, yo estaba muy asustado, pues la mayoría de los niños en la India temen a los europeos. No se cuál es el origen de este temor; pero una de las causas era que, siendo yo un niño, había mucha agitación política y nuestra imaginación estaba muy impresionada por las murmuraciones que nos rodeaban. También debo confesar que, generalmente, los europeos en la India de ninguna manera son amables con nosotros, y uno acostumbraba ver muchos actos de crueldad que nos amargaban más todavía. Yo quisiera que los ingleses en la India pudieran comprender que los muchachos indios sienten un amor tan profundo por la India como el que los ingleses sienten por su propio país, y que les afecta muy profundamente cualquier insulto, por involuntario que sea.

Por lo tanto, para nosotros fue una sorpresa descubrir lo diferente que era el inglés, quien también resultó ser un teósofo. Pronto nos hicimos muy amigos con Mr. Leadbeater, y él nos ayudaba regularmente en nuestras lecciones. Poco tiempo después llegó a Adyar un joven ingeniero, Mr. R.B. Clarke, y se convino con mi padre en que mi hermano Nitya y yo dejaríamos la escuela y recibiríamos instrucción en Adyar por parte de Mr. Leadbeater y Mr. Clarke. Pronto empezamos a progresar mucho mejor de lo que nunca lo habíamos hecho antes. La vida se volvió muy metódica. Llegábamos al bungalow de Mr. Leadbeater temprano en la mañana, estudiábamos hasta lo que podría llamarse el desayuno, que tomábamos en casa, y luego volvíamos con él. Por las tardes jugábamos al tenis o íbamos al mar para aprender a nadar. Mi padre estaba muy complacido con el progreso que hacíamos, y el 14 de agosto se decidió finalmente que no debíamos ir a la escuela nunca más[5].

Krishnamurti había llamado la atención de Leadbeater durante la época en que éste se encontraba emprendiendo una investigación clarividente en las vidas anteriores de sus asociados. Pronto comenzó a indagar en las anteriores encarnaciones de Krishnamurti. Estas incursiones en el pasado oculto de Krishna, se publicaron más tarde con el título, “Las Vidas de Alcyone”. El nombre Alcyone se derivaba de “alción”, la estrella más brillante de las Pléyades. Las investigaciones revelaron una ordenación luminosa en las vidas pasadas, donde Krishna había sido discípulo del Buda, y en otras vidas prodigiosas donde su compasión y sabiduría habían sanado e iluminado a los seres humanos.

Por la época en que los muchachos fueron descubiertos, ambos tenían afeitada la parte anterior de sus cabezas (como era costumbre en el sur de la India); Krishnamurti llevaba el cabello largo hasta las rodillas. Estaba flaco y mal alimentado. Pronto él y su hermano Nitya comenzaron sus estudios en Adyar. Al principio se mantuvieron las estrictas reglas de casta, pero éstas se fueron suavizando a medida que crecía la impaciencia de Leadbeater, quien comenzó a apartar a los muchachos de la influencia de su padre. Naraniah, a su vez, empezó a crear dificultades. Inmediatamente, Leadbeater escribió a Mrs. Besant diciéndole que el hombre había perdido el juicio y había caído bajo el influjo de “los poderes negros”. Fue por entonces que Leadbeater “recibió” instrucciones del Maestro Kut Humi. El mensaje era el siguiente:

> Ellos han vivido largo tiempo en el infierno; traten de mostrarles algo del paraíso. Deseo para ellos que tengan todo lo opuesto de las condiciones anteriores. En vez de hostilidad, de desconfianza, miseria, escualidez, anormalidad, descuido e inmundicia, quiero que estén rodeados por una atmósfera de amor y felicidad, de confianza, normalidad, perfecta limpieza física y pureza mental Manténgalos, hasta donde sea posible, dentro de su aura y de la de Annie, de modo que puedan estar protegidos de pensamientos perversos y carnales... Quiero que los civilicen; que les enseñen a usar cucharas y tenedores, cepillos de uñas y de dientes, a sentarse cómodamente en sillas en lugar de acuclillarse en el suelo, a, dormir racionalmente en una cama y no en un rincón como un perro[6].

Es inconcebible que un Maestro de sabiduría -que también era un brahmín kashmiri pudiera haber escrito esta carta cargada de alusiones coloniales con sus obvios prejuicios victorianos. Resulta evidente en esta carta el desprecio con que los británicos en la India juzgaban la cultura y las costumbres de vida del país. La carta fue escrita en una época en que hombres, mujeres y niños del sur de la India, ricos o pobres, se sentaban y dormían sobre una estera que se colocaba en el piso, y cuando el grupo familiar estaba unido por un sentimiento de calidez y correspondencia mutua, raros en Occidente.

Es también difícil de creer que los hermanos fueran sucios en sus hábitos; como brahmines, tenían que haberse bañado varias veces al día. El baño ritual, precedido por un baño de aceite, era una disciplina que se seguía con minuciosidad. Los dientes se limpiaban regularmente con una ramita de “neem”, tal vez el mejor desinfectante que existe; el lavado cotidiano de las ropas también debe haber formado parte de las habituales tareas domésticas.

En la primera mitad del siglo veinte, los hindúes eran considerados por los gobernantes británicos de la India como una parte inevitable del paisaje -había que mantenerlos a suficiente distancia, en el mejor de los casos se les podía tolerar pero bajo ninguna circunstancia debía alentarse familiaridad con un hindú, y una actitud de condescendiente superioridad invadía la mayoría de las relaciones. Fue en este ambiente que el niño Krishna,

nacido como brahmín pero perteneciente a una familia muy inferior en la jerarquía oficial, fue reconocido por un excéntrico místico británico, en un destello de percepción psíquica, como un gran ser, y más tarde como el vehículo para el advenimiento del Bodhisattva Maitreya.

Krishna y Nitya fueron sacados del confinamiento de su pequeña casa e introducidos en la grandiosidad del edificio y de los inmensos terrenos que ocupaba la sede central de la Sociedad Teosófica. Quedaron a cargo de C.W.L., un hombre blanco de larga barba y aspecto venerable, que hablaba en lenguaje esotérico de luminosos Maestros e Iniciados, de vidas pasadas y espléndidas reencarnaciones. El supersensible sistema nervioso de Krishna y sus percepciones, se afinaron para un estado de expectativa, posiblemente en contacto con tesoros del inconsciente racial. Su trasfondo brahmínico con su iconografía, suministró la urdimbre para que pudieran tejerse las imágenes de la Sociedad Teosófica. Formas de pensamiento e imágenes visuales que circulaban en la atmósfera de Adyar, cargadas con verdades ocultas e ilusiones, se revelaban a los jóvenes neófitos. Del mismo modo que el joven Krishnamurti había tenido, en la devota casa de su madre, visiones del divino niño Krishna, así veía ahora a los maestros, al Buda y a Sanat Kumar -el sonriente muchacho lleno de luz, jefe de la jerarquía establecida por la Sociedad Teosófica. Las fuerzas esotéricas -si es que existían y ciertamente Leadbeater, requerían para su vehículo un cuerpo de brahmin con su herencia de sensibilidad, vegetarianismo y pulcritud, con un cerebro que durante siglos se hubiera interesado en "lo otro", con la sutileza, fuerza y percepción necesarias para penetrar en el interior de la mente y de la materia, con capacidad para recibir y contener las cantidades inmensas de energía que serían convocadas.

Irónicamente, una vez que ambos fueron aceptados en el redil teosófico, se hizo todo lo posible para conseguir que Krishna y Nitya se despojaran completamente de su origen indio. Es casi seguro que los tutores de Krishnamurti decidieron que él y su hermano hablaran solamente el inglés, de modo que la melodiosa lengua telugu fue prontamente olvidada; se borraron los *Vedas* y los himnos aprendidos en la niñez. Se les cortó el cabello dividiéndolo con una raya en el medio. Se les enseñó el inglés; aprendieron a comer con cuchara y tenedor y a mantener los codos cerca del cuerpo cuando llevaban el tenedor a la boca; a vestir con comodidad ropas occidentales; a cuidar que el pliegue de los pantalones estuviera bien planchado y a lustrarse los zapatos hasta que brillaran. Se les enseñó a bañarse según el estilo británico. "Los muchachos tenían que convertirse en caballeros ingleses, porque en el esquema evolutivo de Leadbeater, el caballero inglés representaba el pináculo del desarrollo humano"[7].

Por fortuna, el barniz exterior y la educación no dejaron huellas en la mente, que se mantuvo expectante e incontaminada. Tal vez era correcto que el muchacho, destinado a ser un Instructor que viajaría por el mundo, fuera liberado del condicionamiento impreso por el nacimiento y el país. Para que pudiera cumplir con su destino, ninguna frontera debía detenerlo o limitarlo.

De acuerdo con C. Jinarajadasa, quien más tarde sería Presidente de la Sociedad Teosófica, el adiestramiento estaba estrictamente regimentado. Comidas, estudios y juegos respondían a un horario absoluto cuya finalidad era despertar en los muchachos una conciencia alerta al tiempo y a las circunstancias. Se les enseñaba a andar en bicicleta, no por diversión sino para que adquirieran confianza en sí mismos y resistencia a la fatiga. En una ocasión se les hizo ir en bicicleta hasta Chingelpet y volver del mismo modo, un total de 64 millas. Para eliminar de ellos el temor, Leadbeater les leía espeluznantes historias de fantasmas[8].

Setenta y cinco años más tarde, al relatarnos este período de su vida, Krishnamurti nos habló del niño Krishna y de su relación con Leadbeater. "El niño siempre había dicho, 'Haré todo lo que usted quiera'. Había un elemento de servilismo, de obediencia. El niño era vago, inseguro, impreciso; no parecía importarle nada de lo que ocurría. Era como un recipiente con un gran agujero en el fondo -todo lo que se ponía en él lo atravesaba, no quedaba nada". Ellos lo llamaban el vehículo, y él aceptaba eso sin hacer ninguna pregunta. No había resistencia ni dudas ni cuestionamientos Krishnamurti también nos habló de los poderes psíquicos del niño. Podía leer el contenido de una carta cerrada, leía los pensamientos de la gente, veía hadas. Pero parecía ignorar por completo el significado de estas facultades extrasensorias; para él no tenían importancia alguna.

Los Maestros habían instruido a Mrs. Besant y a Leadbeater para que protegieran por dos años el cuerpo de Krishnamurti a fin de prepararlo para la manifestación. Se hizo de todo para asegurar esto; más tarde Krishnaji diría que, si bien Leadbeater y otros determinaban las condiciones en que debía desarrollarse la vida exterior de Krishnamurti, no se hizo ningún intento para interferir con la psique de los muchachos o para moldear sus cerebros, porque decían: "El Señor está preparando eso".

Leadbeater se impacientaba a menudo con Krishna -la vaguedad del muchacho lo irritaba, particularmente su hábito de permanecer con la boca abierta. En una ocasión golpeó abruptamente a Krishna en la barbilla para forzarlo a cerrar la boca. Krishnaji contaría más adelante que este acto de violencia rompió toda relación entre él y Leadbeater.

Justo antes de que Mrs. Besant regresara a la India, Krishna fue puesto a prueba por los Maestros. Cuando Mrs. Besant llegó a Madrás en noviembre de 1909, vio junto a Leadbeater a "un ansioso muchacho de grandes ojos"

que se adelantaba tímidamente para colocar una guirnalda alrededor de su cuello. La voz de Leadbeater dijo: “Este es nuestro Krishna”[9].

Con la llegada de Mrs. Besant, un muro protector se fue construyendo lentamente alrededor del muchacho. Se seleccionó a un grupo especial de jóvenes para que jugaran con él; a ninguno se le permitía sentarse en su silla o usar su raqueta de tenis. Todo lo que él hacía, se verificaba minuciosamente.

Para asegurar que Naraniah no interfiriera en el aprendizaje, pronto se “recibió” de los Maestros un mensaje, según el cual los muchachos debían ir lo menos posible a la casa de su padre. Mrs. Besant persuadió al padre para que la tutoría de los muchachos quedara a cargo de ella. Pronto todas las visitas de Krishna y Nitya a la casa de Naraniah, habían terminado.

Mientras Mrs. Besant estuvo en Adyar, se encontraba con Krishna todos los días. Fue durante este período que se sembraron las semillas de su relación con él, basada en el amor y en una confianza infinita. En los meses anteriores al regreso de Mrs. Besant a la India, Leadbeater afirmaba haber llevado consigo a Krishna todas las noches en el plano astral para que recibiera instrucciones de los Maestros. El muchacho había sido puesto en contacto con la vida esotérica de la Sociedad Teosófica tal como era vista por Leadbeater, y con el lenguaje que rodeaba los misterios ocultos. Retratos de los Maestros y de los Mahatmas colgaban en las paredes de la capilla -la sala de meditación de la Sección Esotérica. Rostros y nombres eran absorbidos por Krishna para fusionarse y unirse con su realidad cotidiana. Mrs. Besant conoció por primera vez a Krishna el 27 de noviembre de 1909, y el 5 de diciembre él había sido admitido en la Sección Esotérica de la Sociedad Teosófica.

Poco tiempo después, ella abandonaría Adyar para dirigirse a Varanasi.

Capítulo III

EL SUEÑO: "¿ERES TU, MI SEÑOR?"

¿Cuál era la tarea que en Varanasi emprendió Mrs. Besant para esa época, el momento más crucial de su vida? ¿Por qué no estuvo en Adyar durante la primera iniciación? ¿Se encontraba ella misma bajo la guía de místicos y sabios, buscando una garantía acerca de Krishnamurti por parte de la jerarquía oculta? ¿Tenía que pasar por iniciaciones yogas a fin de proteger al niño que habría de llegar a ser el Instructor del Mundo?

Más de setenta años después, hablando con doctos eruditos y con los pandits brahmines de Varanasi, recogí datos de que en esos primeros años Mrs. Besant, estando en Varanasi, se había puesto en contacto con el Swami Vishudhanand y con el discípulo de éste, Gopinath Kaviraj. El Swami Vishudhanand era un renombrado maestro tántrico que poseía muchos *siddhis* o poderes místicos. También afirmaba tener vínculos directos con un culto y una doctrina secreta del Tíbet; originaria de la India, esta doctrina había sobrevivido en su forma primitiva, en un centro con fuerte carga psíquica que se encontraba más allá del Lago Mansarovar en el Tíbet. Se decía que en este centro se reunían muchos grandes sabios y bodhisattvas, no en su forma física, sino tal vez como núcleos de energía. Una de sus doctrinas más protegidas que sólo se murmuraba secretamente al oído, se relacionaba con el eterno ciclo del tiempo -con prácticas de yoga o kundalini y con la transmigración de la conciencia. Este yoga, cargado de inmensos peligros, se había originado en la India mucho antes del Buda y su enseñanza. Más tarde desapareció de la India, pero sobrevivió entre los adeptos en ese centro secreto del Tíbet.

Es posible que por intermedio del Swami Vishudhanand, Mrs. Besant tomara conocimiento de la doctrina del "ciclo completo" o transmigración de la conciencia, y sus estrechos vínculos con el *kundalini* yoga. El Pandit Jagannath Upadhyaya de Varanasi, que había encontrado una copia del texto original del *Kala Chakra Tantra*, y que estaba emprendiendo investigaciones en el mismo, le dijo a Krishnaji que el Pandit Gopinath Kaviraj sostenía que era de esta doctrina secreta que la Sociedad Teosófica había sacado mucho de su enseñanza oculta. Siguió diciendo que el Swami Vishudhanand y Gopinath Kaviraj, en los primeros años del siglo XX, le habían hablado a Mrs. Besant de la inminente venida del Bodhisattva Maitreya y de su manifestación en un cuerpo humano; de acuerdo con el swami, el cuerpo elegido era el de Krishnamurti. La respuesta de Krishnaji había sido rápida: "El Maitreya no puede manifestarse, sería como el cielo manifestándose. Es la enseñanza la que se manifiesta". Otro día, hablando del mismo tema, como a través de una grieta en el tiempo Krishnaji vio de pronto una imagen. Dijo: "Amma [A.B.] visitó a Kaviraj montada en un caballo"[1].

Cuando escuché esto me quedé intrigada. La imagen de Mrs. Besant cabalgando, a principios del siglo XX, en un blanco corcel a través de las diminutas callejuelas de Varanasi para visitar *sadhus*, ascetas mendicantes, era pura magia; averigüé más y descubrí que Mrs. Besant era muy aficionada a cabalgar, y es probable que hubiera ido cabalgando a sus encuentros con los gurús de Varanasi. Toda esta área de investigación arrojó una nueva luz sobre la manera en que muchas percepciones y doctrinas secretas se introdujeron en la Sección Esotérica de la Sociedad Teosófica. Es posible que la fe total que Mrs. Besant tenía en que el Bodhisattva Maitreya se manifestaría a través del cuerpo de Krishnamurti, se debiera a estos primeros contactos con los gurús de Varanasi y a los vínculos que ellos tenían con la jerarquía oculta. Leadbeater, con sus evidentes dones psíquicos, estaba frecuentemente cargado con la simbología oculta occidental; los elementos originales que suministró la corriente india al mundo oculto de la teosofía, sólo podían provenir de fuentes empapadas en las tradiciones de la India y del Tíbet.

Cerca de tres semanas después de que Krishna ingresara en la Sección Esotérica, Leadbeater había telegrafiado a Mrs. Besant diciéndole que el muchacho había sido aceptado por el Maestro Kut Humi como su discípulo. Habían transcurrido solamente cinco meses desde que Leadbeater descubriera a Krishna.

Al escribir a Mrs. Besant con una hermosa letra, posiblemente el resultado de una intensa práctica de caligrafía, Krishna describió la ceremonia de aceptación el 3 de enero de 1910:

Mí querida madre:

Fue muy hermoso Cuando llegamos a la casa de nuestro Maestro, lo encontramos a Él, al Maestro Morya y al Maestro Djwal Kul, todos de pie con versando, y lo hacían muy bondadosamente. Todos nos postramos a sus pies, y el Maestro me acercó a sus rodillas y me preguntó si me olvidaría por completo de mi mismo sin tener jamás un pensamiento egoísta y si sólo pensaría en cómo ayudar al mundo, y yo le dije que verdaderamente lo haría y que sólo deseaba ser como Él algún día. Entonces me besó y pasó su mano sobre mi y de alguna manera yo parecía ser parte de Él, y me sentí completamente distinto y muy, muy dichoso, y desde entonces siempre he tenido ese sentimiento. Pero a la mañana siguiente, cuando en la capilla volvía a darle las gracias, sentí otra vez su mano apoyarse fuertemente sobre mi cabeza, igual que a la noche.

Hoy he cabalgado 254 millas, y disfruto muchísimo los paseos a caballo. ¿Cuándo volverá usted con nosotros? Le envío mucho amor numerosas veces al día.

Su amante hijo
Krishna[2]

El período de prueba fue corto, y pronto le siguieron acontecimientos extraordinarios. Un astrólogo eminente, G.E. Sutcliff, había predicho posiciones muy inusuales de los planetas para el día 11 de enero Leadbeater y Mrs. Besant intercambiaron telegramas, y finalmente ella fue informada de que la primera iniciación de Krishna tendría lugar durante la noche del 11 al 12 de enero Mrs. Besant no podía estar presente, pero envió instrucciones de que se cerraran las puertas de la capilla en la Sección Esotérica y también el balcón que se abría a su habitación, y que Krishna y Leadbeater ocuparan la habitación de ella durante esta ocasión trascendental.

Más tarde se dijo que Krishna y Leadbeater se salieron de sus cuerpos durante dos noches y un día, regresando ocasionalmente a ellos para ingerir algún alimento. Krishna estaba acostado en la cama de Mrs. Besant, Leadbeater sobre el piso. El 12 de enero salieron de la habitación para encontrarse con algunos de los miembros más antiguos de la Sociedad que los aguardaban. Entre ellos estaban el padre de Krishna, Naraniah, y su hermano Nitya. Krishna escribió inmediatamente a Mrs. Besant, relatándole los misteriosos acontecimientos:

Cuando dejé mi cuerpo la primera noche, fui inmediatamente a la casa del Maestro, y lo encontré ahí con el Maestro Morya y el Maestro Djwal Kul. El Maestro me habló muy bondadosamente por largo tiempo, y me dijo todo acerca de la Iniciación y de lo que yo debía hacer. Luego fuimos todos juntos a la casa del Señor Maitreya, donde yo ya había estado antes una vez, y allí encontramos a muchos de los Maestros -el Maestro Veneciano, el Maestro Jesús, el Maestro El Conde, el Maestro Serapis, el Maestro Hilarión y los dos Maestros Morya y K.H. El Señor Maitreya se sentó en el centro y los otros permanecían de pie alrededor de Él en un semicírculo [Aquí Krishnamurti dibujó un diagrama para aclarar las posiciones que ocupaban los miembros de la Hermandad en la reunión]. Entonces el Maestro tomó mi mano derecha y el Maestro Djwal Kul mi mano izquierda, y me condujeron ante el Señor Maitreya; tú [Mrs. Besant] y tío [Leadbeater] estaban de pie cerca y detrás de mí. El Señor me sonrió, pero dijo al Maestro: "¿Quién es éste que traes ante mí?" Y el Maestro contestó: "Este es un candidato que solicita su admisión en la Gran Hermandad".

[Los Maestros que se habían reunido accedieron a su admisión en la Gran Hermandad].

Luego el Señor se apartó de mí y volviéndose hacia Shamballa exclamó: "¿Hago esto, Oh Señor de la Vida y de la Luz, en Tu Nombre y por Ti?" En el acto la gran Estrella de Plata brilló sobre Su cabeza, y a cada lado de ella había en el aire una figura una era la del Señor Buda Gautama y la otra el Mahachohan. Y el Señor Maitreya se volvió y me llamó por el verdadero nombre de mi Ego; puso Su mano sobre mi cabeza y dijo: "En nombre del Iniciador Unico, cuya Estrella brilla sobre nosotros, te recibo en la Hermandad de la Vida Eterna". [A la noche siguiente fueron llevados a visitar a Sanat Kumar].

...porque Él es un niño no mucho mayor que yo, pero es el más hermoso que haya visto jamás, todo resplandeciente y glorioso, y cuando Él sonríe es como la luz del sol. Es fuerte como el mar, de modo que nada puede oponérsele ni por un instante; y, sin embargo, Él es todo amor, así que yo no podía de ninguna manera sentirme atemorizado ante Él[3].

No ha podido obtenerse la respuesta de Mrs. Besant a Krishna, pero ella le escribió a Leadbeater confirmando, con palabras entusiastas, el acontecimiento. La correspondencia entre Mrs. Besant y Krishna revela la intensidad del amor y del interés que ella sentía por el niño. He aquí las palabras que Mrs. Besant le dirige:

31 de marzo de 1910

Mi amado Krishna, bendito pequeño hijo, no sé si tú me ves o me sientes en la meditación matutina cuando vengo a ti; *tú* lo haces en tu astral, ¿pero lo sientes en tu cerebro aquí abajo? Y muy a menudo, durante el día te envío una forma de pensamiento para que te envuelva con sus alas.

Hubo una reunión muy grande en Calcuta destinada a los animales, y yo le hablé a la gente acerca del Petirrojo que intentó arrancar el clavo de la mano de Cristo en la Cruz. No se trata de una fábula, sino de una verdad real, como el relato de Shri Rama acariciando a las ardillas... Una vez, estando en Sarnath donde el Buda predicó su primer sermón, yo miré hacia atrás y lo vi; se presentó un pequeño gamo y puso el hocico en su mano. El Señor era todo amor, de modo que los animales no le temían. Dile a Nitya que beso su cabeza todas las mañanas, y que también le envío una forma de pensamiento. Tú sabes lo mucho que te amo, mi Krishna, y que siempre soy

Tu amante madre[4].

Krishna contestó el 5 de abril de 1910.

Por supuesto mi cerebro físico recuerda cuando usted me rodea con sus brazos, porque yo estoy tratando de hacer que mi conciencia sea la misma todo el tiempo, pero todavía no estoy completamente seguro de que sea siempre así. Trabajo permanentemente en lo que se necesita para el segundo paso, pero ello tomará algún tiempo. Creo que no tengo muchas dudas ni supersticiones, pero es muy difícil librarse de la ilusión del yo; no obstante, lo haré. Todavía no sé muy bien cuándo, pero de algún modo se hará.

He leído “Nidos de nuestro país”, y en unos tres días más habremos terminado “La Historia de la Gran Guerra”. He escuchado los relatos acerca del “Petirrojo y la Ardilla”, pero todavía no he visto un Petirrojo. Han pasado 1250 años desde que estuve por última vez en Sarnath, pero espero ir allá también en esta vida. Hay allá un gran pedestal gris sobre el que se encuentra un león, y otros pedestales más pequeños forman un semicírculo alrededor. ¿Cuándo regresará usted con nosotros? Le envío muchísimo amor todos los días.

Su afectuoso hijo, Krishna[5].

Una fotografía que se le tomó a Krishna inmediatamente después de su primera iniciación, a los tres meses de haber sido “descubierto” por Leadbeater, muestra al joven *brahmacharín* envuelto en un *angavastram*. Es un rostro frágil con sugerencias de una fuerza ilimitada. De perfil, el cabello le cuelga justo hasta debajo de los hombros; sus ojos reflejan la infinitud del *akasha*. La boca está ligeramente entreabierta, ni sonriente ni severa; un tierno retoño de mango sin deseos propios, con sólo la energía de la vida; un rostro sin defensas, completamente desprovisto de astucia: “De las aguas la savia recién nacida, del mismo modo que la savia de los árboles del bosque”[6].

Muchos de los biógrafos de Krishna, al describirlo en la época en que fue descubierto por Leadbeater, hablan de él como de un retardado, hasta de un imbécil, sucio, desgreñado, con sólo sus grandes ojos destacándose en el rostro. Asombrosamente, no hay comentarios sobre su pasmosa belleza.

En septiembre de 1910, Mrs. Besant, que se encontraba en Adyar, llevó a los hermanos consigo a Varanasi Fue aquí que Krishna envió a buscar las notas que se dice había escrito en Adyar, las cuales habrían de formar el material para su primer libro, *A los Pies del Maestro*.

La aparición del libro suscitó una gran controversia. Especialmente encuadernado en cuero azul y autografiado por Krishna, un ejemplar destinado al Maestro Kut Humi y puesto bajo la almohada de Krishna, habría de desaparecer en la mañana. Se vendieron un gran número de ejemplares. En esa época el inglés de Krishna era flojo, y muchos críticos sostuvieron que el libro había sido escrito por Leadbeater. El libro era lúcido, combinaba la enseñanza teosófica con ciertos principios básicos del hinduismo.

Existen pocas dudas de que, aun si las notas hubieran sido escritas originalmente por Krishna bajo la guía del Maestro K.H., la versión final lleva un definido sello de Leadbeater. Se cuenta que, cuestionado por su padre, Krishna negó haber escrito el libro.

Unos cincuenta años más tarde, el físico George Sudarshan interrogó a Krishnaji sobre la autoría de *A los Pies del Maestro*. Krishnaji contestó. “El hombre que escribió el libro ha desaparecido”[7]. Se negó a decir nada más al respecto.

En 1911 Mrs. Besant viajó a Inglaterra con sus dos pupilos. Sus antiguos amigos y admiradores en la India, se habían mostrado muy críticos acerca de todo eso que ellos llamaban “El negocio del Mesías”, y ella había sido implacablemente atacada por *The Hindu*, un influyente diario inglés que se publicaba en Madrás. Pronto muchos miembros de la Sociedad Teosófica en toda la India, algunos de los cuales eran íntimos amigos suyos, se rebelaron abiertamente contra su adoración por el pequeño muchacho hindú que ella llamaba Alcyone”[8]. A pesar de la ridícula y abierta oposición, y de la deserción de muchos miembros eminentes de la Sociedad Teosófica, Mrs. Besant se erguía como una roca, inconmovible en su fe, ateniéndose firmemente a las instrucciones de los Maestros en la certidumbre de que Krishna habría de ser el vehículo para el Buda Maitreya.

Antes de partir hacia Inglaterra, Mrs. Besant encargó a los mejores sastres de Bombay un vestuario occidental completo para los muchachos. Cuando llegaron a la estación de Charing Cross donde fueron recibidos por un grupo de teósofos, Krishna vestía un conjunto de saco y pantalón de Norfolk.

Mrs. Besant se alojó con los muchachos en la casa de su amiga Miss Bright. En su libro, *Viejos recuerdos y cartas de Annie Besant*, Esther Bright describió a los dos pupilos hindúes de Mrs. Besant:

Fue a esta casa que A.B. trajo a sus dos jóvenes pupilos hindúes, los hermanos Krishnamurti y Nityananda. Ellos se sentían con nosotros como en su propia casa. Era interesante observar sus reacciones a nuestra vida occidental; aunque muy tímidos y reservados, estaban intensamente atentos a lo que ocurría en nuestro peculiar mundo occidental; y sin duda alguna, con gran frecuencia se mostraban muy críticos con nosotros. ¡Especialmente en la cuestión del Arroz! “Yo no creo que Miss Bright entienda del todo” dijo una vez muy gravemente Nitya, “lo mucho que nos gusta el arroz”. Era él un muchachito encantador, con un rostro muy serio y ojos penetrantes, amistosos e inquisitivos, una grande y bella naturaleza en ese pequeño cuerpo de indio. A.B. estaba consagrada a estos muchachos y les dedicaba todo el afecto y la amorosa atención de que era capaz Resultaba hermoso verlos juntos[9].

Separada por poco tiempo de Krishna, Mrs. Besant escribía el 29 de noviembre de 1911:

Estoy enviándote grandes ondas de amor, como esas que entran tumultuosamente a través de la puerta abierta del mar; sólo que ellas no te golpean, sino que envuelven y protegen el precioso cuerpo que el Señor habrá de ocupar.

Amo a mi querido Krishna, el ego que he amado por tantos años. ¿Cuántos? No lo sé ¿Desde que éramos animales saltarines y custodiábamos la cabaña de nuestro Maestro? Quizá desde mucho antes todavía, tal vez desde que éramos plantas y extendíamos zarcillos delicados el uno hacia el otro bajo la luz del sol y en medio de las tormentas. Y es posible que fuéramos minerales -¡Oh, hace tantísimo tiempo! que yo fuera un trocito de cristal y tú un pedacito de oro dentro de mí[10].

En diciembre de 1921, Krishna y Nitya regresaron con Mrs. Besant a la India por un corto período. Los ataques contra Mrs. Besant continuaban. Los hermanos acompañaron a Mrs. Besant a Varanasi. De acuerdo con Mrs. Besant y Leadbeater, fue aquí donde habría de producirse el primer despertar del espíritu, después de lo cual Mrs. Besant proclamó que ya no podía haber duda alguna de que Krishnamurti había sido elegido por el Bodhisattva Maitreya como su vehículo. Pero esto fue años más tarde.

En 1912, Mrs. Besant y los dos muchachos regresaron a Europa. Naraniah había permitido a regañadientes que sus hijos volvieran allá, entendiendo que así se mantendrían fuera de todo contacto con Leadbeater. Por entonces se hablaba libremente en la comunidad inglesa de Madrás sobre las inclinaciones sexuales de Leadbeater, y era natural que el padre se resintiera ante cualquier contacto de sus hijos con él. Cuando Mrs. Besant estaba a punto de dejar la India con sus pupilos, los temores de Naraniah volvieron a despertarse y amenazó con entablar juicio para recuperarlos. Pero ella persuadió al padre de que permitiera a los muchachos acompañarla a fin de que se prepararan para su ingreso en Oxford. Sin embargo, cuando Naraniah se enteró de que al llegar a Europa Mrs. Besant había llevado a los muchachos a Taormina en Italia, donde los esperaba Leadbeater para ayudar a Krishna en su segunda iniciación, finalmente entabló un pleito para recuperar la custodia de sus hijos. Mrs. Besant regresó a la India y peleó el juicio con su enorme energía, su diligencia y toda su fuerza de voluntad; se presentó personalmente en las Cortes y arguyó con gran habilidad contra algunos de los mejores expertos legales del país.

Perdió el caso en la Cámara Baja y en el Tribunal Superior de Madrás; pero más adelante triunfó ante el Consejo del Rey.

Krishna y Nitya no vieron la India desde 1912 a 1921.

El contacto entre Mrs. Besant y Krishna podía mantenerse solamente por correspondencia Krishna le escribía todas las semanas relatando sus estudios, sus sueños, sus problemas. Comenzó a reunir dinero para la labor de Mrs. Besant en la India, y prometió contribuir con una suma semanal deducida de sus gastos personales. Durante una visita a un dentista en la última semana de agosto de 1912, una suave aplicación de cocaína en su muela del juicio indujo esa noche un sueño extraordinario en relación con el Señor Maitreya. Describió el sueño en una carta a Mrs. Besant -la escritura se desparrama a través de la página, las palabras están cortadas, las líneas torcidas:

Recordé que me encontraba con Clarke en una habitación que estaba sobre una de las salas de la S.E. [Sección Esotérica]. Había una reunión de la S.E. que presidía Madre. La reunión terminó, y Clarke y yo subimos las escaleras y entramos en la habitación. Mi ventana daba a la sala de la S.E. Fui hasta la ventana por casualidad y vi a una persona dentro de la sala. Al principio me sobresalté bastante, porque había visto salir a todos después de la reunión y yo mismo había cerrado la puerta. Por eso me sentí inquieto y estaba un poco asustado, pero me dije: "¿Qué hay aquí que sea motivo de temor?" Por lo tanto, llamé a Clarke y bajamos. (Russel B. Clarke (Dick) era un ingeniero y un teósofo que vino a parar en Adyar en 1910 y estaba ayudando a C.W. Leadbeater en su trabajo. Cuando los muchachos Krishna y Nitya fueron descubiertos. Clarke se convirtió en el tutor de ambos). Yo descendí con bastante rapidez, y cuando llegué al final de la escalera miré hacia arriba para ver a Clarke, pero él no estaba ahí. Escuché una especie de ruido y vi lo que sigue: Una forma parecía emerger del cuadro que representaba al Señor Maitreya y a los Maestros. Vi las piernas de un hombre y el cuerpo hasta la altura del cuello, pero no podía ver de quién era el rostro, puesto que estaba cubierto con una especie de tela dorada. Sabía quién era la persona, porque llevaba el cabello largo y una barba puntiaguda, y quise estar seguro, y hablé muy humildemente y las palabras son exactas. Dije: "¿Eres Tú, mi Señor?"... Él descubrió Su rostro y yo supe con certeza que era el Señor Maitreya. Después, me postré a Sus pies y Él extendió Su mano sobre mí y me bendijo. Entonces Él se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y yo también me senté con las piernas cruzadas sobre el piso. Después comenzó a hablar y me dijo cosas que no recuerdo. Luego me prosterné y Él se había ido.

Pocas horas más tarde, yo y un amigo hindú estábamos paseando por un camino y a ambos lados había montañas y ríos, y vi a un hombre caminando hacia nosotros; era alto y bien formado. Cuando la forma se aproximaba supe quién era y le pedí a mi amigo que se marchara. Mi amigo dijo que quería ver de quién se trataba. En este momento, la forma se encontraba muy cerca de nosotros y yo iba a prosternarme cuando Él puso Su mano sobre mí y me dijo que no lo hiciera. Mi amigo estaba detrás de mí. Él Señor se volvió hacia mi amigo y le dijo: "¿Qué es lo que quieres aquí?" Mi amigo no le contestó. Entonces el Señor le dijo otra vez: "Si nada quieres, mejor harías en marcharte". Mi amigo siguió parado ahí sin contestar. Entonces el Señor levantó su mano y la apuntó hacia mi amigo, y como yo estaba cerca de Su mano, escuché una especie de ruido retumbante, como si un tren hubiera pasado junto a nosotros. Me volví hacia mi amigo y vi que caía lentamente. Mi amigo estaba inmóvil como si estuviera muerto. Entonces me prosterné, y el Señor Maitreya dijo. "Ese muchacho amigo tuyo es bastante inquisitivo", y yo no pude responder nada y lamenté haber traído a mi amigo.

P R I VADO

El Señor dijo, creo que esto es lo que dijo: "Raja [C. Jinarajadasa] ha de ir a América después de que George [Arundale, tutor de Krishna entre 1912 y 1914] haya venido el año próximo, y Clarke deberá quedarse". Él me dijo que yo progresaba bien y alguna otra cosa que no *recuerdo*. Recuerdo al Señor muy claramente. Su rostro era como un cristal recubierto con una delgada pieza de oro; en otras palabras, tal como Madre dijo, igual que el trigo maduro. Era un rostro radiante y luminoso.

Él fue muy bondadoso conmigo. Una o dos veces puso Su mano sobre mi hombro. Habló acerca de Madre y de George. Hablamos durante un tiempo muy largo. Al final, le pregunté: "¿Hay alguna orden, mi Señor?" y Él contestó: "No necesitas ser tan formal". Después me prosterné una vez más Él dijo: "Nos encontraremos con frecuencia".

Sentí como si pudiera hablar con Él eternamente, y vi desaparecer la forma del Señor Maitreya. Entonces desperté y eran las cinco y media. También entonces, expresé por escrito todo esto... Krishna[11].

Durante los años en que estuvieron separados, Mrs. Besant continuó escribiéndole a Krishna regularmente relatándole su vida, enseñándole a escribir con corrección y así sucesivamente. Sus cartas reflejan su interés por él y sus notables cualidades de maestra. El 9 de octubre de 1912, ella reparó en la espantosa ortografía de Krishna y le escribió:

Me alegra que estés haciendo tus tareas regularmente. Por favor, trata de prestarles atención mientras las realizas, y haz que tu mente sea constante y piensa, como lo hacías conmigo. Es muy importante que domines estas cosas comunes y lo digas todo a favor de nosotros en Oxford. Me gustaría que las barras paralelas de la "doble r" fueran mejores; tus "elles" son correctas. Una de las palabras complicadas que a menudo se dan en el estudio de la ortografía es unparalleled [inigualado]. No creo que haya ninguna regla acerca de la "r" simple o doble, pues escribimos "*harass*" [acosar] con una, y "*embarrass*" [avergonzar] con dos. Leyendo libros aprendemos a conocer el aspecto que tiene una palabra, y si está erróneamente escrita se ve como un hombre lisiado.

Saldré para Adyar en la media noche del día 20, y va a haber una recepción que me dará la gente de Madrás para demostrarme que ellos no simpatizan con *The Hindu*.

Con inmenso amor para ti y el querido Nitya,

Vuestra amante Madre[12].

Un año después, en respuesta a un comentario sobre su indisciplinada escritura, Krishna le escribía a Mrs. Besar: "Yo lamento mucho que el Señor Maitreya haya debido hablar tres veces acerca de mi caligrafía"[13].

Mrs. Besant, ocupada en el pleito por la custodia de los muchachos y atrapada en la vorágine de la vida política en la India, puso a Krishna y a Nitya bajo el cuidado de C. Jinarajadasa y más tarde de George Arundale. Derivados como eran ambos de un sitio a otro, de tutor en tutor, muy poca educación o discusión espiritual parece haber tenido lugar durante este período. Por un tiempo, se envió a los hermanos a una escuela cerca de Rochester. Sus vidas eran desdichadas por obra de los otros muchachos, que decían chistes obscenos y llamaban a los hermanos, "demonios negros".

En los primeros años, mientras Krishna estaba en la India, mantuvo un contacto activo con los Maestros; pero en Inglaterra pronto se volvió escéptico y mostró poco interés en cualquier actividad esotérica. Le contó a un amigo que en una ocasión, cuando el Maestro K.H. de pie delante de él estaba hablándole, se acercó al Maestro y pasó a través de él. De acuerdo con Krishna, los Maestros nunca habrían de aparecérsele nuevamente.

El 15 de abril de 1913, el juez Blackwell del Tribunal Superior de Madrás, dictó sentencia en el juicio entablado por Naraniah para la recuperación de la custodia de sus hijos Krishna y Nitya.

El honorable juez concluía que, si bien la evidencia de Naraniah, el padre, no era confiable, el demandante no tenía conocimiento, cuando firmó el acuerdo de tutoría, de que a su hijo iban a educarlo como un "vehículo de poderes sobrenaturales" y, por tanto, tenía el derecho de cambiar de opinión al enterarse de eso.

Su señoría rehusó aprobar las órdenes de custodia, puesto que los muchachos eran residentes de la India Británica y sólo temporariamente residían en Inglaterra. Por lo tanto, los declaró bajo tutela de la Corte y ordenó que fueran devueltos a su padre el 26 de mayo de 1913 o alrededor de esa fecha.

Sin embargo, se concedió a Mrs. Besant un diferimiento de ejecución del fallo, y ella decidió apelar al Consejo del Rey. Mrs. Besant había telegrafiado a Krishna, recibiendo en respuesta un cable de Raja, Nitya y Krishna, quienes le expresaban la total confianza que tenían en ella.

A.B. le escribió a Krishna el 17 de abril:

Mí amado hijo:

Tu gentil telegrama, firmado por ti, Raja y Nitya, me produjo una gran alegría. Tú y Nitya están perfectamente a salvo. Nadie puede tocarlos "Yo los protejo". Y sobre todos nosotros brilla la Estrella del gran rey, y la mano del Señor Maitreya los defiende ¿Acaso no me ordenó Él mismo que yo los protegiera? Es mi privilegio y mi, orgullo hacerlo, bendito muchacho mío.

Estoy disfrutando mucho y recuerdo cómo tú y yo galopábamos por los valles del Himalaya cuando descendimos al interior de la India.

Tu amante madre.

¿Cómo crees que se ve mejor, “galloped” o “gallopped”? La gente lo escribe de ambos modos. Yo pienso que las dos “p” se ven más como los saltos de un caballo[14].

Al estallar la guerra en 1914, George Arundale se alistó como voluntario en la Cruz Roja y consiguió un alto puesto en el Hospital King George’s. Krishna y Nitya, ansiosos de trabajar, también habían ofrecido sus servicios, pero en vano. Pese al hecho de que un gran número de tropas indias estaban combatiendo para los británicos, el prejuicio racial se hallaba en su punto culminante. La presencia de hindúes de piel oscura en un hospital de hombres blancos, fue desaprobada por las autoridades. Después de grandes presiones ejercidas desde sectores in fluyentes, Krishna encontró ocupación en un hospital cercano a la Sociedad Teosófica, pero sólo se le permitía fregar los pisos. El 1º de julio de 1915 escribía a Mrs. Besant:

Mi queridísima Madre:

Le agradezco muchísimo su carta. Por supuesto, haré lo que usted desea y no tocaré la carne ni nada que se le parezca. Ahora estamos trabajando con el Dr. Guest en un hospital cercano a la Sociedad Teosófica. Me gusta trabajar ahí y estoy ocupado desde la mañana hasta cerca de las 7 de la noche. Creo que a George también le gusta su trabajo, y pienso que es más feliz. Desde luego, estamos trabajando bajo la dirección del Dr. Guest y eso me agrada muchísimo.

Pienso que todo sigue muy bien.

Su devoto hijo,
Krishna[15]

Pero el 15 de julio se les pidió que dejaran el hospital. En otra carta a Mrs. Besant, escrita desde Greenwood Gate, Withyham, Sussex, Krishna dice:

... he estado trabajando realmente duro para que haya un cambio en el hospital, porque hay demasiados teósofos y, siendo yo un hindú, no soy querido por el Comité. Ellos tampoco quieren trabajadores honorarios. Son todos muy celosos y muy mezquinos. Lady Williamson, que es la esposa del Presidente, Sir Archibald Williamson, desea dirigir a todos, incluso al Dr. Guest, y él está designado como Director del Hospital por la Oficina de Guerra. El Dr. Guest es ahora el Mayor Guest, y está un poco enfermo de todo esto. El Comité me ha pedido a mí y a otros que nos marchemos, de modo que no he estado trabajando ahí, desde ayer. Lo lamento, porque el trabajo me gustaba muchísimo y justamente me estaba habituando a él. Ahora voy a encontrar alguna otra cosa en qué ocuparme, y pensaré en otra gente para alejarme de mí mismo. Haré lo que usted dice y seré útil...[16]

Los hermanos trataron desesperadamente de encontrar trabajo, pero se les rechazaba. El 18 de agosto de 1915, Krishna escribía:

... He tratado muy intensamente de encontrar trabajo en cualquier parte, pero es realmente muy difícil. En primer lugar, soy un hindú y nadie parece gustar de ellos... De veras quiero trabajar; usted me dice que me olvide de mí mismo, y pienso que es el único modo, trabajar. Espero que todo salga muy bien[17].

El hecho de que él fuese un hindú y, por lo tanto, inaceptable, se volvió un estribillo recurrente en sus cartas a Mrs. Besant.

Las respuestas de Mrs. Besant no pueden obtenerse, pero las testarudas viejas señoras que rodeaban a Krishna, sentían que él era demasiado frívolo y deben haberse quejado a Mrs. Besant. El 7 de octubre, Krishna escribió a Mrs. Besant:

Sé que hasta ahora no he tomado mi vida en serio, pero voy a hacerlo a partir de aquí. Empezaré mis estudios el lunes próximo. Me he resuelto a estudiar después de la carta que usted le ha escrito a Lady De La Warr. Voy a estudiar sánscrito, inglés, matemáticas, historia y francés. Tengo preceptores para cada materia y espero ingresar en Oxford tan pronto como pueda. Estudiaré con todas mis fuerzas, y después de Oxford está el trabajo que han planificado para mí los Maestros y usted misma. Me propongo honestamente hacer esto, y *lo haré* a toda costa[18].

A pesar de estas cartas, los hermanos se sentían muy solos, desdichados y totalmente rechazados. Cada vez más desilusionados, parecían haber perdido interés en las enseñanzas teosóficas. Krishna escribió a Leadbeater acerca de Nitya:

Se siente muy solo, como la mayoría de nosotros, y no hay nadie que le agrade o a quien ame especialmente, y eso hace que las cosas sean doblemente difíciles. Está amargado, se le ve duro, indiferente. Sufre muchísimo, y temo no poder ayudarle mayormente. Necesita de alguien que antes que nada le ame a él, y en quien él pueda descargar todas sus penas. Necesita una madre a quien amar, como yo tengo a Lady Emily[19].

La única amiga de Krishna en Inglaterra era Emily Lutyens, esposa de Edwin Lutyens, el visionario arquitecto que había diseñado Nueva Delhi. Tenía treinta y seis años cuando por primera vez conoció a Krishna; ella estaba presente, junto con una enorme multitud, en la plataforma de Charing Cross Road, para recibir a Mrs. Besan y al misterioso jovencito Alcyone. Cuando ella vio al muchacho indio de los grandes ojos y largo cabello, quien entonces tenía dieciséis años, quedó profundamente impresionada. Lady Emily se convirtió en una gran amiga de Krishna, quien se encontraba confundido y solo en un ambiente extraño. Al principio esto divirtió al marido de Lady Emily, Edwin Lutyens. Más tarde, quedó hondamente perturbado cuando se dio cuenta de que su esposa lo estaba descuidando a él y a sus hijos. Mrs. Besant sentía mucha angustia, porque intuía que cualquier atmósfera emocional en torno a Krishna era perjudicial para la futura misión que él tenía asignada. Sin embargo, en las cartas que Krishna siguió escribiéndole a Mrs. Besant y en las que se refería a Lady Emily, se le notaba mucho mejor, más serio y esforzándose mucho más en lo suyo.

Los nombres de los hermanos se habían inscripto para ingresar en el Colegio Balliol de Oxford Pero el director del Balliol, preocupado por las controversias que habían surgido en torno a Krishna, lo rechazó basándose en el "principio general de que este colegio no quiere tener nada que ver con el moreno Mesías"[20].

Todos los intentos de Mrs. Besant para disponer la admisión de ellos en cualquier otro colegio de Oxford o de Cambridge, también fracasaron. Además, Krishna era incapaz de aprobar cualquiera de los exámenes de ingreso a la Universidad de Londres. Estudiaba por muchos días, pero cuando se enfrentaba a un examen, solía retirarse dejando un papel en blanco.

Los hermanos estaban viviendo con Miss Dodge en Wimbledon Miss Dodge era una muy rica y caritativa dama norteamericana. Inválida por la artritis, había financiado muchas actividades de la Sociedad Teosófica. Era amiga de Emily Lutyens, quien la presentó a Mrs. Besant y la introdujo a la teosofía. Krishna y Nitya viajaban diariamente a Londres donde estaban estudiando, con inmensa dificultad, para aprobar los exámenes de ingreso a la Universidad de Londres. "Fue por esta época que ellos aprendieron a vestir bien y a sentirse cómodos en medio de una familia rica y aristocrática"[21]. Habían empezado a ir a sastres costosos y a asistir al teatro. Krishna mostraba pocos signos de cumplir con el compromiso planeado para él por Leadbeater y Mrs. Besant. Tiempo después, Mrs. Besant habría de decirle "Mi querido, ¿qué va a pasar contigo?" Ella veía que Krishna se interesaba solamente en ropas y automóviles. Pero su fe en el papel que los Maestros habían previsto para Krishna, permaneció inconmovible.

Mientras tanto, en la Convención Teosófica que tuyo lugar en Varanasi en diciembre de 1913, C.W. Leadbeater había descubierto a un joven brahmín de trece años, natural de Madrás, llamado D. Rajagopal. Atraído por su aura, C.W.L profetizó para él un brillante futuro -incluso llegó a decir que en una vida futura, sería el próximo Buda en el planeta Mercurio. Adoptado por Leadbeater, Rajagopal fue enviado a Inglaterra con C. Jinarajadasa en 1920. Pronto habría de ingresar en Cambridge, donde estudió leyes y aprobó sus exámenes brillantemente.

Cuando Krishna y Rajagopal se encontraron por primera vez, hubo un cierto retraimiento, y los amigos de Krishna trataron a Rajagopal con ligereza y descuido. Rajagopal, hondamente lastimado por sus actitudes, intentó encubrir sus sentimientos. Sin embargo, en 1922, la relación entre Krishna, Nitya y Rajagopal había mejorado considerablemente

Después de la guerra, habiendo fracasado todos sus intentos para ingresar en la Universidad, Krishna viajó a París y se alojó con sus amigos los Manziarly. Estos formaban una familia grande y cálida, y lo introdujeron en la vida de París. Krishna conoció a bailarines, escritores, pintores, músicos. Estaba despertando a un nuevo mundo creativo y fascinante. Por un tiempo, el papel de Mesías descansó con levedad sobre sus hombros.

Una noche Krishna asistió a una recepción organizada para él. Entre las numerosas personalidades presentes había algunos generales con uniformes de gala; muchos se habían reunido por la curiosidad de ver a este hermoso joven destinado a ser un mesías. Algunos se mostraban cínicos, otros llenos de admiración.

"Muchos esperaban que apareciera el nuevo mesías como una figura oriental" con la "voz de un Elías". El "mesías" demostró ser "un joven elegante en pantalones de franela". Sus gestos eran indiferentes e incluso un poco aburridos. Cuando se le preguntó acerca de la pesada carga que implicaba ser considerado la encarnación de una deidad, él contestó riendo en voz alta: "¡Yo diría que es bastante carga! La cosa que más me interesa en este momento es si Suzanne Lenglen será capaz de mantenerse firme frente a Helen Wills [en Wimbledon]"[22].

En diciembre de 1921, después de una ausencia de nueve años, Krishnamurti y su hermano Nityananda regresaron a la India. Krishnamurti veía a la India nuevamente; durante esta visita haría amigos, observaría el ambiente que le rodeaba y restablecería el contacto con los Maestros.

Los hermanos decidieron visitar a su padre, Naraniah, que no había tenido contacto alguno ni noticias de ellos por nueve años. Su nuera G. Sharada, que se había casado con el hermano mayor de Krishna cuando ella tenía

quince años, estaba profundamente dolorida y lloraba cuando habló conmigo años después, en 1984, de los relatos que habían circulado acerca de la reunión entre Naraniah y sus dos hijos. Imposibilitado de visitar la Sociedad Teosófica, él había procurado obtener noticias de ellos desde fuera de la Sociedad. Ninguno de los muchachos le había escrito a través de los años, y cuando recibió un telegrama anunciando que ellos venían a visitarle, había llorado. A instancias de él, su nuera pasó dos días preparando las comidas especiales que él sabía les habían gustado a sus hijos.

Era de noche cuando los hermanos llegaron. G. Sharada contó que ella era muy tímida, y que esperó afuera en la galería cuando Krishnamurti y Nitya llegaron a visitarlos. Describiendo a Krishnamurti dijo: "Se veía más allá de toda descripción, muy brillante lleno de luz. Tenía un extraño paso rápido, y era más alto que los otros". Ella inclinó la cabeza en reverencia cuando lo vio. Para hacerle una broma, él se cubrió el rostro con las dos manos, como si no la hubiera visto. Nitya lo reprendió y le dijo: "¿Por qué haces eso? Ella es naturalmente tímida, como una muchacha hindú".

Naraniah se sintió abrumado cuando vio a sus hijos, y se levantó para darles la bienvenida. Krishnamurti y Nitya se postraron ante él y tocaron sus pies con la frente. Naraniah los abrazó y comenzó a llorar. Krishnamurti se sentó con él y, según G Sharada, "lo consoló". Después hablaron de Mrs. Besant. El padre y sus hijos no hablaron en telugu sino en inglés. Se ofreció a los hermanos los dulces y postres especialmente preparados para ellos. Los muchachos se mostraban tímidos y vergonzosos, y no estaban seguros de cómo debían comportarse. En consecuencia, comieron muy poco. Krishnamurti rehusó, pero Nitya aceptó una naranja.

Naraniah sufría de diabetes y tenía problemas de vejiga. La excitación emocional de ver a sus hijos le impulsó a ir al baño; y, como lo exigía el ritual, lavó sus pies. Esto fue interpretado más tarde como que Naraniah se había lavado los pies porque habían sido tocados por sus hijos a quienes él consideraba parias[23].

Los hermanos se quedaron solamente media hora en su primera visita. Según G. Sharada, vinieron a ver al padre tres días seguidos, después de lo cual sus visitas habrían de cesar. (En el Diario de Krishnamurti, hay un relato que difiere del de G. Sharada. Yo le leí a Krishnaji la versión de mi manuscrito. Dijo que no recordaba. A veces, cuando él hablaba del pasado, sus propios recuerdan solían fundirse con lo que atrás le habían contado). Naraniah quiso ir a la Sociedad Teosófica para ver a los muchachos antes de que dejaran la India, pero fue disuadido por su hijo mayor. Hasta su muerte en 1924, Naraniah nunca más en la vida volvió a ver a sus hijos[24].

Capítulo IV

"MADRE, POR FAVOR TOCA MI ROSTRO. ¿ESTA AHÍ TODAVÍA?"

A principios de 1922, Krishnaji y Nitya viajaron por barco de Colombo a Sydney, Australia, para asistir a la Convención Teosófica que iba a realizarse allí. Krishna y C.W.L. iban a encontrarse después de diez años, y él parecía feliz de reunirse con su viejo tutor. En Sydney surgieron otra vez cargos de homosexualidad contra Leadbeater, y entre los teósofos serios estalló una preocupación que Krishna hizo todo lo posible por aliviar.

Fue en Sydney que Krishna habría de conocer también a James Wedgwood. Para entonces, Wedgwood había sido ordenado obispo de la Iglesia Liberal Católica. (La Iglesia Liberal Católica emergió de un grupo de católicos germanos que en 1870 se rebelaron contra la Iglesia de Roma y la doctrina de la infalibilidad papal. Se asoció con la antigua Iglesia Católica de Holanda que, aunque muy extendida entre sacerdotes católicos y anglicanos, tenia pocos seguidores). En 1916, él a su vez había consagrado a C.W.L. como Obispo Regional de la Iglesia Liberal Católica para Australia C.W.L. estaba encantado, porque esto implicaba no sólo los rituales y las espléndidas vestiduras ligadas a la Iglesia, sino también una nueva liturgia en idioma inglés.

Como Nitya seguía mal de salud, después de la Convención se decidió que los hermanos viajaran de nuevo a Europa vía San Francisco y los Estados Unidos. A.P. Warrington, Secretario General de la Sociedad Teosófica en los EE.UU. se encontraba en Sydney para la Convención. Invitó a Krishna y a Nitya a pasar un tiempo en Ojai, California, una antigua área nativa norteamericana próxima a Santa Bárbara, que tenía un clima seco excelente para la tuberculosis. Cuando el momento de abandonar Sydney se acercaba, C.W.L. recibió un mensaje del Maestro K.H. para Krishna, quien se sintió profundamente conmovido por el realismo.

Fue un largo viaje, durante el cual la enfermedad de Nitya progresó desesperadamente. Pero al finalizar el viaje, recobró las fuerzas y arribaron a California. Era su primera visita, y Krishna estaba encantado con la belleza del campo. Después de una excursión a un bosque de secoyas, aludió él a la majestad de los árboles y a la semejanza que tenían con inmensas catedrales.

Krishna y Nitya llegaron finalmente a Ojai, donde se alojaron en una cabaña rodeada por seis acres de terreno. Más tarde la propiedad sería comprada por Annie Besant para los hermanos, y se le pondría el nuevo nombre de Arya Vihara, el monasterio de los nobles.

Krishnamurti había empezado a meditar con regularidad todas las mañanas, y se sorprendió de la facilidad con que le respondía la mente. Encontró que podía sostener la imagen del Señor Maitreya en la conciencia durante todo el día. Como él decía, estaba "cada vez más calmado y más sereno". Toda su perspectiva de la vida estaba cambiando. Las puertas internas se abrían. Desde Ojai, Krishnamurti le escribió a Leadbeater:

> Como usted bien sabe, en muchos años no he sido lo que se dice "feliz"; todo cuanto tocaba me producía descontento; mi condición mental, como usted sabe, querido hermano mío, ha sido deplorable. He cambiado considerablemente en relación con lo que era en Australia. Naturalmente, he estado pensando y meditando acerca del mensaje que el Maestro K.H. me comunicó mientras estuve en Australia[1].

En agosto de 1922, Krishnamurti iba a sumergirse en el intenso despertar espiritual que cambió el curso de su vida. En la tradición hindú, el yogui que ahonda en los laberintos de la conciencia, despierta las energías explosivas del *kundalini*. (El principio de la energía *kundalini*, dormido hasta que es despertado por el yogui, se asemeja a una serpiente; surge en la base de la espina dorsal, detrás de los órganos reproductores, y asciende por el *sushumna nadi* atravesando y despertando *chakra* por *chakra* hasta que sale por el centro del cuero cabelludo, la apertura de Brahma. Los seis *chakras* del *kundalini* yoga, se consideran como seis centros de energía cósmica, explosiva pero dormida, de la naturaleza del fuego. La ruta a lo largo de la cual están situados estos centros es la columna vertebral. Los *chakras* se asemejan a la flor del loto; despertados por el ascendente *kundalini* o poder serpentino, se abren y miran hacia arriba. A cada lado del *sushumna* o nervio mediano, están los canales solar y lunar, *ida* y *pingala*, enroscados como serpientes alrededor del *sushumna*. El punto entre las cejas, es el sexto *chakra* o punto nodal de la energía. Con la apertura del loto de mil pétalos en el cuero cabelludo, el yogui se libera; contiene en su interior una fuente inagotable de energía que no se disipa jamás). Y campos enteramente nuevos de fenómenos físicos, al penetrar en su viaje dentro de áreas desconocidas de la mente. A un yogui que alcanza estas energías primordiales y pasa por la iniciación mística, se le reconoce como un ser vulnerable a peligros inmensos; el cuerpo y la mente afrontan peligros que podrían llevar a la locura o a la muerte.

El yogui aprende las doctrinas secretas, y bajo la dirección de un gurú experimenta el despertar de la energía dormida. Una vez que el yogui llega a ser un adepto, estas transformaciones de la conciencia se manifiestan en el campo de la misma en la forma de un drama místico. El cuerpo y la mente deben ser sometidos a un viaje sumamente peligroso. El adepto está rodeado y protegido por sus discípulos; una gran reserva y un silencio protector impregnan la atmósfera.

En Ojai, Nitya y Rosalind Williams, una muchacha norteamericana, estaban presentes cuando Krishnamurti experimentó la mayor parte del fenómeno[2]. Ambos, Nitya y Krishnamurti, enviaron a Annie Besant relatos de los

acontecimientos. El relato de Nitya describe vívidamente la agonía de su hermano. Krishna padecía fuertes dolores, se desmayaba, llamaba en telugu a su madre, pedía que lo llevaran a los bosques de la India, se quejaba de la suciedad pidiendo a Nitya y Rosalind que no lo tocaran. Krishna habló de la presencia de seres poderosos; era evidente un vaciado de la conciencia de Krishna, y con ello se percibía por momentos una gran presencia. Finalmente, Krishna salió de la casa y se sentó bajo un pimentero. La descripción de Nitya, aunque condicionada por la terminología teosófica, revela azoramiento, ansiedad y una honda preocupación por su hermano mayor. Krishnamurti también escribió un relato de los acontecimientos a Mrs. Besant:

El 17 de agosto sentí un dolor agudo en la base de la nuca y tuve que reducir mi meditación a quince minutos. El dolor, en vez de mejorar como había esperado, empeoró. El clímax fue alcanzado el día 19. Yo no podía pensar, no era capaz de hacer nada, y mis amigos de aquí me obligaron a permanecer en cama. Luego quedé casi inconsciente, aunque me daba cuenta muy bien de lo que sucedía a mí alrededor. Volvía en mí diariamente cerca del mediodía. Ese primer día, mientras estaba en tal estado y más consciente de las cosas que me rodeaban, tuve la primera y más extraordinaria experiencia. Había un hombre reparando la carretera; ese hombre era yo mismo, yo era el pico que él sostenía, la piedra misma que él estaba rompiendo era parte de *mí*, la tierna hoja de hierba era mi propio ser y el árbol junto al hombre era yo. Casi podía sentir y pensar como el hombre que reparaba la carretera, podía sentir el viento pasando a través del árbol, y a la pequeña hormiga sobre la hojita de pasto. Los pájaros, el polvo, y el mismo ruido eran parte de mí. Justo en ese momento pasaba un auto a cierta distancia; yo era el conductor, la máquina y las llantas. Conforme el auto se alejaba, yo también me alejaba de mí mismo. Yo estaba en todas las cosas o, más bien, todas las cosas estaban en mí, las inanimadas así como las animadas, las montañas, el gusano y toda cosa viviente. El día entero permanecí en esta bienaventurada condición. No podía comer nada, y otra vez cerca de las seis empecé a perder mi cuerpo físico y, naturalmente, el elemental físico hizo su gusto; yo estaba semiconsciente.

En la mañana del día siguiente [el 20] ocurrió casi lo mismo que el día anterior. No comí nada y no podía tolerar a demasiadas personas en la habitación. Podía sentirlas de una manera más bien curiosa, y sus vibraciones irritaban mis nervios. Esa tarde casi a la misma hora, las seis, me sentí peor que nunca. No quería a nadie cerca de mí, ni que nadie me tocara. Me sentía extremadamente cansado y débil. Creo que sollozaba de puro agotamiento y falta de control físico. Mi cabeza estaba bastante mal y en la coronilla era como si me clavaran innumerables agujas. Mientras me hallaba en ese estado, sentí que la cama en la cual descansaba, la misma del día anterior, estaba sucia e inmunda más allá de toda imaginación y que no podía permanecer acostado en ella. De súbito me encontré sentado sobre el piso mientras Nitya y Rosalind me pedían que volviera a la cama. Les rogué que no me tocaran y grité que la cama no estaba limpia. Continué así por algún tiempo hasta que, finalmente, salí a la galería y me senté por unos momentos exhausto y algo calmado. Empecé a volver en mí y, al cabo de un tiempo, Mr. Warrington me pidió que fuera bajo el pimentero que está cerca de la casa. Allí me senté con las piernas cruzadas en la postura de meditación. Cuando había estado así por un rato, me percibí a mí mismo saliendo del cuerpo, y me vi sentado abajo con las tiernas y delicadas hojas del árbol encima de mí. Me encontraba de cara al oriente.

Frente a mí estaba mi cuerpo y sobre mi cabeza vi la Estrella brillante y clara. Pude entonces sentir las vibraciones del Señor Buda; contemplé al Señor Maitreya y al Maestro K.H. Era muy dichoso, estaba en calma y en paz. Aún podía ver mi cuerpo, y yo flotaba suspendido cerca de él. Había una calma muy profunda tanto en el aire como en mi mismo, la calma que existe en el lecho de un lago profundo e insondable. Como el lago, yo sentía que mi cuerpo físico con su mente y sus emociones, podía ser agitado en la superficie, pero que nada, absolutamente nada, podría ya turbar la quietud de mi alma. La presencia de los poderosos Seres permaneció conmigo por algún tiempo y después Ellos desaparecieron. Yo era supremamente bienaventurado por haberlos visto. Nada podría ya jamás ser igual. He bebido en las puras y transparentes aguas que manan de la fuente de la vida y mi sed fue aplacada. Nunca más podría estar sediento, nunca más podría hallarme en la total oscuridad. He visto la Luz. He tocado la compasión que cura todo dolor y sufrimiento; ello no es para mí mismo sino para el mundo. He estado en la cumbre de la montaña y he contemplado fijamente a los poderosos Seres. Nunca puedo ya estar en completa oscuridad, he visto la gloriosa Luz que cura. Me ha sido revelada la fuente de la Verdad y las tinieblas se han disipado. El amor en toda su gloria ha embriagado mi corazón; mi corazón jamás podrá cerrarse. He bebido en la fuente de la Felicidad y de la eterna Belleza. ¡Estoy embriagado de Dios![3].

Por los siguientes diez días el cuerpo de Krishna permaneció quieto, recuperándose. Sin embargo, el 3 de septiembre hubo signos de que se despertaban las sensaciones en la espina dorsal y de que su conciencia abandonaba el cuerpo. Pronto comenzaron períodos de dolor agudo. Tres testigos estaban presentes: Nitya, Rosalind y Mr. Warrington. Nitya tomó notas detalladas, pero ninguno de ellos pudo comprender lo que significaban los sucesos. Las notas con la firma de Nitya y con fecha 11 de febrero de 1923, fueron enviadas a Mrs. Besant. Sólo recientemente redescubiertas, permanecieron por años dentro de una heterogénea carpeta en los archivos de Adyar Nitya escribió: "Es difícil para mí decidir si escribir sobre ello como si fuera un proceso científico, o como si se tratara de una ceremonia sagrada en un templo. Los sucesos se concentraban y comenzaban todas las tardes alrededor de las 6. Continuaban por un período regular y terminaban al mismo tiempo tarde en la noche a las 8 -unos pocos días duraron hasta las nueve de la noche"[4].

La secuencia de los sucesos parece haber sido la siguiente: Todas las tardes Krishna meditaba bajo el pimentero. El 3 de septiembre, después de que hubo finalizado sus meditaciones, entró en la casa en un estado semiconsciente y se acostó. Empezó a gemir y a quejarse de un gran calor; tuyo unos cuantos estremecimientos y se derrumbó sobre el lecho. Cuando recuperó su plena conciencia, no recordaba lo que había ocurrido, aunque sentía una incomodidad general. En la tarde siguiente hubo una recurrencia de los síntomas. El 5 de septiembre bajó a

Hollywood para ver una dramatización de la vida de Cristo. Había dispuesto hacerlo mucho tiempo atrás y no quería romper el compromiso. Más tarde, Krishna le contó a Nitya que mientras veía la función en la tarde, sintió que gradualmente perdía conciencia de sí mismo, y que fue con un gran esfuerzo que logró despertarse. Regresó a Ojai en la tarde del día 6. En la noche del 7 de septiembre, un día después de la luna llena, ésta se veía aún muy brillante Nitya continuaba:

> Cuando Krishna se levantó y se apartó del árbol, pudimos verlo claramente. Parecía una figura espectral en sus ropas hindúes, mientras caminaba arrastrando pesadamente los pies y ladeándose un poco, casi incapaz de mantenerse parado. Cuando se acercó más, pudimos ver sus ojos, y estos tenían una mirada curiosamente muerta, y aunque nos veía no reconocía a ninguno de nosotros; aún podía hablar coherentemente, pero muy pronto cayó en la inconsciencia. Parecía tan peligroso verle caminar tambaleándose, que Rosalind o Mr. Warrington trataron de acercarse a él para sostenerlo, pero él gritó: "¡Por favor, no me toquen, Oh por favor, eso me lastima!" Después pasó por el porche, entró en la casa y se acostó en la cama. Habíamos cerrado todas las celosías para que adentro estuviese oscuro a pesar de que había una luna brillante. Rosalind se sentó cerca. Después de un rato él se levantó y dijo a alguien que ninguno de nosotros podía ver: "¡Qué! Sí, ya voy", y comenzó a salir y Rosalind trató de detenerlo, pero él dijo: "Estoy muy bien, por favor no me toquen, estoy perfectamente bien", y su voz sonaba normal aunque algo irritada. Engañada por esto Rosalind lo dejó estar, y apenas él había dado dos pasos hubo un estrépito terrible; Krishna había caído a todo lo largo sobre su rostro, olvidado de dónde o cómo caía. Afuera, en el porche, había cajas sobresaliendo desde debajo de un largo banco que ocupa toda la extensión del porche; pero él estaba en absoluto inconsciente de todo esto y caería dondequiera que se encontrara, caería espontáneamente como si estuviera desmayándose. A veces solía incorporarse sentado en la cama, y después de murmurar algo caía hacia atrás ruidosamente sobre la cama, y otras veces caía hacia adelante sobre el piso. Necesitaba una rigurosa atención en todo momento, y sin embargo, cuando él se daba cuenta de esto parecía molestarse y afirmaba con voz clara: "Estoy muy bien, por favor créanme, estoy perfectamente bien". Pero al mismo tiempo que decía esto, su voz solía desvanecerse. Todo este tiempo gemía y se sacudía, incapaz de permanecer quieto, murmurando incoherentemente y quejándose de su espina dorsal.

Cualquier ruido, incluso una conversación en voz baja, solían perturbarlo y les rogaba a sus acompañantes que no hablaran de él, que lo dejaran tranquilo; porque cada vez que ellos hablaban de él, eso le hacía daño. Y esto continuaba así hasta las ocho. Poco después de las ocho solía serenarse y quedarse más tranquilo, y a veces se dormía; gradualmente retornaban la conciencia y la normalidad.

En la noche del diez de septiembre, Krishna empezó llamando a su madre. La llamó varias veces, y luego dijo: "Nitya, ¿tú la ves?" Cuando recuperó la conciencia normal le dijo a Nitya que cuando sus ojos se posaban en Rosalind, el rostro de la madre de ellos se interponía, y que el rostro de Rosalind solía fusionarse con el de la madre. Surgían recuerdos de su primera infancia y él volvía a vivir sus experiencias de la niñez.

Nitya y Warrington pronto se dieron cuenta de que Krishna estaba experimentando muy peligrosas transferencias de conciencia o el despertar del *kundalini*, y percibían que la atmósfera estaba "cargada con" electricidad; sentían como si ellos fueran los guardianes de un templo donde se practicaban ceremonias sagradas. A veces, los que se encontraban con Krishna sentían la presencia de un Ser que estaba dirigiendo las operaciones, aunque no podían verlo ni identificarlo. Pero el cuerpo de Krishna, entre espasmos de dolor, solía conversar con la presencia invisible, que parecía ser un amigo y un Maestro. Krishna no podía soportar ni la luz ni el sonido; a veces gritaba ante el menor contacto; no podía tolerar demasiadas personas alrededor de él; el cuerpo y la mente parecían estar afinados para un alto nivel de sensibilidad. Un sordo dolor solía concentrarse súbitamente en un lugar del cuerpo para luego volverse agudo, y entonces él apartaba a todos y se quejaba del calor.

El 18 de septiembre comenzó una nueva fase. El dolor era más intenso. Krishna formulaba preguntas a la presencia invisible. Su inquietud había aumentado; sus ojos estaban abiertos pero nada veían; tiritaba y gemía: a veces gritaba en medio del dolor "¡Por favor, oh, por favor, concédanme un minuto!" Después llamaba a su madre.

Ese día, a las 8,10 p.m., Krishna estaba sentado en el lecho, despierto y plenamente consciente, hablando y escuchando; pero pocos minutos después perdió nuevamente el conocimiento. El cuerpo, que era como una herida abierta, empezó a pasar por el mismo dolor espantoso. El dolor parecía haberse trasladado a una nueva parte del cuerpo no habituada al extremo calor, y el sollozo de Krishna habría de terminar en un impresionante y sofocado alarido. Krishna estaba en la oscuridad, y Nitya oía "al cuerpo hablar, sollozar, gritar de dolor e incluso rogar por un momentáneo respiro". Pronto aprendieron ellos a reconocer dos voces: una, "el elemental físico", el cuerpo, como Nitya lo describe, y la otra era la voz de Krishna. A las nueve y cuarto Krishna recuperaría finalmente la conciencia para toda la noche. El tiempo para el proceso parecía medido, como si cierta cantidad de trabajo hubiera de ser ejecutada todas las tardes, y si ésta fuera de algún modo interferida en el principio, tendría que completarse al final.

Cada noche, por las siguientes quince noches, él preguntaría en medio de su sufrimiento qué hora era. Invariablemente, al minuto, eran siempre las 7,30 p.m. Cuando recuperaba la conciencia normal, el dolor había desaparecido totalmente. Escuchaba a Nitya y a Rosalind que le contaban lo que había sucedido, pero era como si estuvieran hablando de otra persona.

El 19 de septiembre el dolor pareció empeorar más que nunca. Comenzó sin ninguna clase de preliminares inmediatamente después de que Krishna quedó inconsciente, y fue aumentando y aumentando hasta que súbitamente él se puso de pie y echó a correr a toda velocidad. Ellos lo retuvieron con dificultad, aterrados de que pudiera caer sobre las piedras. Él luchaba por salir. Después de un rato comenzó a sollozar y lanzó un grito espantoso: "¡Oh, Madre, ¿por qué me engendraste, por qué me engendraste para esto?!" De acuerdo con el relato de Nitya, sus ojos, "que mostraban una extraña inconsciencia, se veían fieros e inyectados de sangre, y no reconocían a nadie más que a su madre". Se quejaba de que un fuego ardía en su interior, y sus sollozos se volvieron tan terribles que comenzó a ahogarse y a gorjear; pero esto terminó pronto. "Y nuevamente, cuando ya no pudo soportar más, súbitamente se puso de pie y echó a correr y nosotros tuvimos que rodearlo. Tres veces trató de zafarse, y cuando veía que estábamos alrededor de él se calmaba un poco. A intervalos, cuando el dolor era intenso, solía implorar por unos minutos de reposo, y entonces empezaba a hablarle a su 'Madre', o si no, escuchábamos que les hablaba a 'Ellos'. A veces decía, con una gran certidumbre: 'Si, puedo soportar muchísimo más; no se preocupen por el cuerpo, no puedo impedir que llore'".

En la noche del 20 de septiembre el dolor fue aún más agudo, y Krishna trató de escapar cinco o seis veces. Su cuerpo se contorsionaba en posiciones inconvenientes y peligrosas a causa del espantoso dolor. Nitya escribió que en una ocasión, encontrándose Krishna sobre el piso, puso de pronto la cabeza en sus rodillas y la dio vuelta de tal modo que estuvo cerca de romperse el cuello; por suerte Rosalind estaba ahí y volvió a enderezarla. El se quedó totalmente quieto, y por un momento ellos casi no pudieron percibir el latido de su corazón.

El 21 de septiembre Rosalind tuyo que irse por unos días. Durante su ausencia el proceso disminuyó en intensidad, pero él continuó quejándose de un extraño dolor abajo, en el lado izquierdo de la espina dorsal.

En una ocasión Krishna se mostró perturbado sintiendo que alguien se movía furtivamente alrededor de la casa. Insistió en ir hasta el muro bajo que la circundaba, y dijo en voz alta: "Vete, ¿qué pretendes al venir aquí?" Luego volvió en sí y se acostó. Pronto comenzó a llamar: "¡Por favor, Krishna, regresa!" Siguió llamando a Krishna hasta que cayó en la inconsciencia. Esta era la primera vez que él había llamado pronunciando su propio nombre. Esa noche hubo un incremento del dolor en la parte posterior del cuello.

Con el regreso de Rosalind el dolor empeoró; él se quejaba de un ardor en la espina dorsal y no podía tolerar demasiada luz, ni siquiera la luz del amanecer. Nuevamente, en medio del proceso se levantó para ahuyentar a alguna persona que nadie veía. Parecía enojado, y la presencia invisible no regresó. Tan pronto como la luz se volvía insoportable, ellos tenían que introducirlo en la casa. Una tarde, hacia las 5 p.m., la atmósfera de la casa cambió; él se había quedado más quieto, más sereno. Y pronto pudieron percibir que una gran Presencia se había hecho cargo de todo. Nitya dijo que era como si "Grandes máquinas estuvieran funcionando, y por unas cuantas horas vibró toda la casa".

Para el 2 de octubre empezó una nueva fase. El dolor se había trasladado al rostro y a los ojos de Krishna. El sentía que 'Ellos' estaban trabajando en sus ojos, y exclamó: "Madre, por favor toca mi rostro, ¿está ahí todavía?", y poco después: "Madre, mis ojos se han ido, pálpalos, se han ido". Apenas dijo esto, comenzó a sollozar y a gemir. Esto prosiguió hasta las 8 p.m. Cerca de las 9 p.m., estaba temblando y estremeciéndose y casi no podía respirar.

Parecía como si "el verdadero Krishna" encontrara intensas dificultades en regresar a su cuerpo. Según Nitya: "Cada vez que trataba de despertarse, ello traía como consecuencia estos temblores".

El 3 de octubre, Krishna le dijo a Rosalind: "Madre, ¿tú me cuidarás? Voy a irme muy lejos", después de lo cual cayó en la inconsciencia. Un poco más tarde comenzó a hablarle a Rosalind y le preguntó dónde estaba Krishna. Le dijo que él [Krishna] la había dejado a cargo, y ahora ella ignoraba dónde estaba Krishna y entonces empezó a llorar por haber perdido a Krishna. Se negó a dormir hasta que Krishna regresara, lo cual ocurrió después de una hora y media.

Una mañana, mientras estaban en casa de Mr. Warrington, Krishna se salió de su cuerpo. Le había dicho a Rosalind que tenía que irse muy lejos y que ella debía cuidar de él. Dos horas después, comenzó a hablar. Al ver la mano de Rosalind pareció asombrado y preguntó: "Madre, ¿por qué tienes la piel blanca?" Después la miró y dijo: "Has rejuvenecido, ¿qué sucedió?" Luego: "Madre, Krishna está entrando, mira, está parado ahí". Y cuando Rosalind le preguntó qué aspecto tenía, él le dijo: "Es un hombre alto y hermoso, muy digno. Me asusta un poco". Después agregó: "¿Pero no lo conoces, Madre? Es tu hijo, él te conoce".

En la noche del 4 de octubre, Krishna sufrió más que de costumbre, la agonía se concentraba en su rostro y en sus ojos. Decía continuamente: "Oh, por favor, tengan misericordia de mí", y "no quiero decir eso, por supuesto, ustedes son misericordiosos".

Luego le dijo a Nitya que "Ellos" estaban limpiando sus ojos para que pudiera verlo a "ÉL". Era, según dijo: "Como estar amarrado en el desierto, con el rostro vuelto hacia el sol deslumbrante y con los párpados cortados".

Más tarde, en la noche, Nitya encontró a Krishna sentado en meditación, y otra vez percibió la vibrante presencia de un gran Ser inundando la estancia. Todo sufrimiento había sido eliminado. "Krishna", escribió Nitya, "no vio Su rostro, únicamente Su cuerpo de un blanco radiante".

A la mañana siguiente, Krishna estaba en una disposición de ánimo rebelde, se hallaba semiconsciente pero insistía en salir. Ellos tuvieron que detenerlo Más tarde dijo que, al sentir un ardor terrible en la espina dorsal, había querido encontrar el arroyo del desfiladero para sumergir su cuerpo en él y así aliviar el ardor.

Poco tiempo después, sus acompañantes percibieron nuevamente la gran Presencia. "Los ojos de Krishna estaban extraordinariamente brillantes, y todo su rostro se veía transfigurado. Con su entrada, la atmósfera experimentó un cambio maravilloso. Percibimos la presencia de un Ser supremamente majestuoso, y Krishna tenía en su rostro una expresión de gran bienaventuranza". Les dijo a Nitya, Rosalind y Warrington que se prepararan, porque un gran Visitante vendría esa noche. Pidió que la pintura del Señor Buda fuera colocada en su habitación.

Más tarde, cuando Krishna salió de su meditación, les dijo que el Gran Ser se había ido apenas la meditación había terminado.

Esa noche fue una espantosa noche de sufrimiento, y cuando pienso en ella me parece que fue la noche más angustiosa por la que Krishna haya pasado jamás. Sufrió terriblemente en las noches que siguieron y que parecieron mucho peores, pero pienso que esto se debió a la lastimosamente debilitada condición causada por esta noche. Antes de que el sufrimiento comenzara realmente, oímos que le hablaba al Maestro que estaba a cargo. Se le dijo a Krishna que no revelara nada de lo que se estaba haciendo con él, y él lo prometió, después se le dijo que el visitante regresaría más tarde, a las 8,15 Krishna dijo: "Él vendrá a las 8,15, comencemos, pues, rápidamente". Antes de que ello comenzara, él había estado poniéndose de pie, y le oímos caer con un estrépito espantoso, y entonces escuchamos a Krishna que se disculpaba: "Lo siento, me caí, se que no debo caerme". Durante toda la noche estuvo más consciente que nunca de su cuerpo físico. Ellos le dijeron que no tenía que hacer ningún movimiento, porque generalmente se retorcía y contorsionaba con el dolor. Pero ahora 'Les' prometió que no se movería y una y otra vez dijo: "No me moveré, prometo que no me moveré". Entonces cerró apretadamente los dedos, y con las manos anudadas debajo de él se acostó de espaldas, mientras el terrible dolor continuaba. Le resultaba muy difícil respirar esa noche, y jadeaba continuamente y se ahogaba una y otra vez, y cuando el dolor se volvió insoportable y él ya no podía respirar, se desmayó. Tres veces se desmayó esa noche, y la primera vez que lo hizo no sabíamos qué había ocurrido; le habíamos escuchado ahogarse y jadear y sollozar con el dolor, y súbitamente, después de un largo jadeo, hubo un silencio mortal. Cuando lo llamamos no hubo respuesta, y cuando entramos en la habitación fuimos a tientas hacia él porque la habitación estaba totalmente oscura y no sabíamos dónde estaba acostado. Le encontramos tendido sobre la espalda, muy quieto y con los dedos tan fuertemente cerrados que parecía de piedra. Le hicimos volver en sí rápidamente y esto ocurrió tres veces. Cada vez que volvía en sí se disculpaba ante 'Ellos' por la pérdida de tiempo y Les decía que había tratado de hacer lo mejor que podía para controlarse, pero que había estado fuera de todo control. A veces Ellos le daban una ligera tregua y el dolor cesaba, y en los espacios que dejaban las agonías del sufrimiento, solía bromear con Quien estaba a cargo, y a veces reía como si toda la cosa fuera un chiste. Y eso continuó así por una hora y cuarto. Hacia las 7,45 Krishna comenzó a llamar a su Madre, y cuando Rosalind iniciaba suavemente su entrada, él se puso terriblemente nervioso y gritó: "¿Quién es ésa, quien es ésa, quién es ésa?"; y cuando ella hubo ingresado en la habitación, se desmayó. El ingreso de cualquier persona en la habitación mientras él estaba en este estado de sensibilidad, parecía trastornarlo. Ella estuvo con él por algún tiempo, y al cabo de un rato él le pidió que saliera de la habitación porque "Él iba a venir". De modo que Rosalind y yo nos quedamos afuera en la galería y Krishna se sentó adentro, con las piernas cruzadas y como en meditación. Entonces, al anochecer, percibimos como anteriormente la habíamos percibido, la Gran Presencia.

Después, cuando Rosalind y yo estábamos en la habitación, Krishna comenzó a hablar con personas que nosotros no podíamos ver. El éxito del trabajo a realizarse estaba asegurado, y aparentemente Ellos lo estaban felicitando, y la habitación se encontraba llena de visitantes, todos deseosos de alegrarse junto con Krishna; pero eran demasiados para su comodidad. Le escuchamos decir: "No hay nada de qué felicitarme, ustedes hubieran hecho lo mismo".

Luego Ellos deben haberse ido, porque él lanzó un profundo suspiro y permaneció quieto por largo tiempo, demasiado cansado para moverse. Después empezó a hablar. "Madre", dijo, "ahora todo será diferente, después de esto la vida ya nunca será la misma para ninguno de nosotros". Y agregó "Le he visto, Madre, y nada importa ahora". Una y otra vez repitió esto, y todos nosotros percibimos la verdad de ello, que la vida ya nunca sería la misma para ninguno de nosotros.

Esa noche, cuando nos fuimos a la cama justo antes de que nos durmiéramos, Krishna comenzó a hablarle a alguien que yo no podía ver. Escuché el final de la conversación. Al parecer, el Maestro D.K. había enviado a un hombre para que vigilara el cuerpo durante la noche; Krishna comenzó diciéndole lo mucho que lamentaba haberle causado toda esa molestia. Esta fue una de las cosas más dignas de atención entre todas las que sucedieron. La cortesía y consideración de Krishna eran extraordinarias, ya sea que estuviera por completo consciente o que fuera sólo el elemental físico el que hablara. Después de esto, el hombre vino a vigilarlo cada noche por cinco o seis noches. Krishna habría de decir. "Ahora Le he visto. Nada importa".

Por esta época, el cuerpo se había debilitado mucho y caía constantemente en la inconsciencia.

El sitio donde el dolor se localizaba iba cambiando constantemente. Pocos días después, el 6 de octubre, la agonía se había trasladado al cuero cabelludo. Algo que parecía haberse abierto en su cabeza, le causaba una tortura indescriptible. En un momento gritó: "Por favor, ciérrenlo, por favor ciérrenlo". Chillaba con el dolor, pero Ellos siguieron abriéndolo gradualmente. Cuando ya no podía tolerar más el dolor, Krishna profería unos gritos y después se desmayaba. Al cabo de cuarenta y cinco minutos, se quedaba tendido sin el más leve aleteo de movimiento. Lentamente, retornaba la conciencia. Para su estupefacción, los acompañantes de Krishna encontraban que le estaban hablando como a un niño, un niño de unos cuatro años de edad o menos aún. Él volvía a vivir ciertos episodios de su primera infancia. Veía tres escenas distintas. En la primera, su madre daba a luz un

bebé. Presenciar los tormentos de la madre constituía para él una conmoción terrible, y gemía y gritaba y seguía gritando: "¡Oh, pobre Madre, pobre Madre, qué valiente eres, Madre!"

En la escena siguiente, Krishna y su hermano, como niños pequeños, yacían seriamente enfermos de malaria.

La última escena era la de la muerte de su madre. Él no podía entender qué estaba sucediendo. Cuando veía a los médicos darle medicinas, él le rogaba a su madre que no las tomara. "No la tomes, Madre, no la tomes, es una droga detestable, y no te hará ningún bien. Los médicos no saben nada Él es un hombre deshonesto, por favor, no la tomes, Madre". Poco después, en un tono horrorizado, decía: "¿Por qué estás tan quieta, Madre? ¿Qué ha sucedido y por qué padre se cubre el rostro con su *dhoti*? ¡Respóndeme, Madre, respóndeme, Madre, respóndeme!" La voz del niño continuaba gritando hasta que él volvía en sí y Krishnamurti había regresado. Esa noche, la presencia volvió otra vez para cuidarlo mientras dormía.

A la noche siguiente, según relata Nitya: "Ellos aparecieron otra vez para operar nuevamente sobre su cuero cabelludo". Él estaba desesperado y gritaba de dolor -aun desmayándose ocho veces cuando éste se volvía demasiado severo. "Les rogaba que abrieran lenta y gradualmente, de modo que pudiera acostumbrarse a ello poco a poco. "Se ahogaba y tenía dificultades para respirar. Un poco más tarde, se volvió otra vez un niño, y uno podía sentir su aversión por la escuela. "Madre, hoy no necesito ir a la escuela, ¿verdad? Estoy terriblemente enfermo, Madre". Y después de un rato: "Madre, deja que me quede contigo, haré todo lo que quieras, tomaré aceite de castor si lo deseas, pero déjame quedarme contigo". Y luego: "Madre, tú sabes, escondiste de nosotros la caja de bizcochos; bueno, los hurté de esa caja. He estado haciendo eso por mucho, mucho tiempo". Cuando Rosalind rió, Krishna se sintió muy lastimado y dijo: "Madre, siempre estás riéndote de mí, ¿por qué te ríes de mí?"

Más tarde aún, después de hablar muchísimo acerca de serpientes, perritos y mendigos, "él habló de ir a la capilla donde había visto la pintura de una dama sentada, con las piernas cruzadas, sobre una piel de venado". Nitya tenía un vago recuerdo de que podía haber ahí un cuadro de A.B. y sugirió esto. Krishna no conocía el nombre de ella y preguntó: "¿Quién es ésa?" Agregando: "Ella se parece a alguien que conozco, sólo que no es igual, se ve muy diferente".

Pronto se hizo patente un cambio. Para entonces él podía dejar su cuerpo con extraordinaria facilidad y rapidez, y el regreso ya no ocasionaba más estremecimientos. Más tarde, esa misma noche, dijo que 'Ellos' habían dejado abierto el centro de su cabeza. (Esta es posiblemente una referencia a la apertura en el cuero cabelludo, que en el *kundalini* yoga se considera como el *Sahasrara* o el *Brahmarandhra* -la flor de loto de los mil pétalos totalmente abierta, reposando en el supremo vacío. Con esta apertura vienen la unión y liberación final para el yogui). El hombre que ellos no podían ver, vino nuevamente para estar de guardia.

A medida que avanzaba el día, Krishna hablaba menos; continuaba desmayándose en las noches, pero despertaba pronto y tenía una gran vitalidad.

Había aún períodos en que se convertía en un niño. En cierta ocasión habló de un viaje en una carreta de bueyes, que duró tres o cuatro días.

El 18 de octubre, el dolor se derivó en frecuentes espasmos cuyas ondas habrían de dejarlo exhausto. "Fuimos bendecidos nuevamente con la visita del Gran Ser. El día 19 hubo una experiencia muy curiosa cuando él salió de su meditación. Comenzó a llamar una y otra vez a Krishna. Gritaba: 'Krishna, por favor Krishna, no me abandones'".

Después habló con Nitya y Rosalind y les pidió que "cuidaran con esmero a Krishna, que nunca lo despertaran demasiado rápidamente, que no lo sobresaltaran, porque eso era muy peligroso"; "las cosas podrían estallar" si algo salía mal. Los episodios disminuyeron su frecuencia, y en noviembre de 1923, habían terminado.

El proceso, que no podían explicarse ni Leadbeater ni Mrs. Besant, habría de continuar intermitentemente en los meses que siguieron. Su cuerpo se quebrantaría y sacudiría con el dolor, y a veces golpearía contra el piso. Krishnamurti a menudo tenía que enviar a su hermano y a quienquiera que estuviese presente, fuera de la habitación, porque les resultaba difícil presenciar su agonía. Él solía desmayarse repetidamente, y al final de ello se le veía excesivamente cansado.

En 1924, Krishna y algunos acompañantes viajaron al extranjero, donde las experiencias prosiguieron. Hacia el fin de sus terribles dolores, el tuyo visiones del Buda, de Maitreya y de otros Maestros de la jerarquía oculta. El 24 de marzo, Nitya, profundamente perplejo, escribió a Annie Besant desde Ojai cuando regresaron de Pergine, Italia:

El proceso de Krishna ha dado ahora un definitivo paso adelante. La otra noche empezó como es habitual, y ninguno de nosotros esperaba nada fresco o nuevo. De repente, todos sentimos un inmenso embate de poder en la casa, mayor que el que yo haya sentido jamás desde que hemos estado aquí; Krishna vio al Señor y al Maestro; pienso que también vio la Estrella (La Orden de la Estrella de Oriente, una organización internacional, fue fundada por Annie Besant y C.W. Leadbeater en 1911. Mrs. Besant y C.W.L. fueron nombrados Protectores de la Nueva Orden y se declaró a Krishna como el Jefe de la misma. Se designaron representantes y se establecieron oficinas para cada país. La insignia de la Orden era una estrella de plata de cinco puntas. Se imprimía en Adyar un periódico trimestral con el nombre de *Heraldo de la Estrella*, que tenia a Krishna como editor. La primera edición apareció en 1911. Hacia 1914, la oficina de publicaciones se trasladó a Inglaterra). brillando afuera esa noche, porque todos nosotros experimentamos una intensa sensación de reverente temor, y era casi como el temor que yo había sentido cuando la Estrella se reveló anteriormente. Después Krishna me dijo que la corriente comenzó como de costumbre en la base de su espina dorsal y alcanzó la base

posterior de su cuello, luego una parte pasó al lado izquierdo y la otra al lado derecho de la cabeza, y por fin se encontraron ambas en la frente; cuando se encontraron, desde su frente surgió una llama. Ese es el desnudo resumen de lo que ocurrió; ninguno de nosotros sabe lo que ello significa, pero el poder era tan inmenso esa noche, que parece señalar una etapa definitiva. Presumo que debe significar la apertura del tercer ojo.

Excepto por la visión del 'Señor', el resto es una clásica descripción del despertar del *kundalini*.

Capítulo V

"NUESTRA VIDA AQUÍ ES UNA VIDA DE INTENSA ACTIVIDAD INTERNA"

Un grupo de sus amigos más íntimos acompañó a Krishna a Pergine en Italia. Estaba ahí Lady Emily con sus hijas Betty y Mary; también estaba Helen Knothe, una joven norteamericana; una íntima amiga de Krishnaji, la Dra. Shivakamu, hermana de Rukmini Arundale; Malati, la esposa de Patwardhan; otra estrecha amiga de K, Ruth Roberts; John Cordes, el representante australiano de la *Estrella*, quien había estado en Adyar en 1910 y 1911 y durante la época en que fue el responsable de los ejercicios físicos de Krishna, de su adiestramiento y bienestar. También se encontraban en el grupo, Rama Rao y Jadunandan Prasad, estrechos asociados de K en la India, y D. Rajagopal. Este anónimo relato acerca de K en Pergine, se encontró entre los papeles de Shiva Rao después de su muerte. Es posiblemente un diario llevado por Nitya o Cordes. Aunque la identidad del autor es desconocida, el documento parece auténtico.

Agosto 29, 1924: Nuestra vida aquí es una vida de intensa actividad interna y casi completa inactividad externa. Eso es lo que tiene que ser y lo que Krishnaji desea.

En anteriores períodos de vacaciones como éste, cuando Krishnaji había reunido a su alrededor a aquellos a quienes él deseaba enseñar y ayudar, retirándose con ellos a algún tranquilo lugar lejos de la civilización, no había existido un plan concertado de acción. Krishnaji, por supuesto, ha hablado individualmente con cada uno de sus acompañantes, pero jamás antes los Maestros habían hablado para todos nosotros colectivamente como en nuestro grupo actual, de modo que todos los grados y también aquellos que todavía estaban aparte, pudieran escuchar y hablar abiertamente de ellos.

Estamos aquí con un sólo propósito, dar 'pasos' definidos y, con eso, llegar a ser directamente útiles para Ellos. Cada uno de nosotros tiene su oportunidad; cada uno se encuentra en una etapa diferente y, por lo tanto, es capaz de servir a aquellos que están arriba y de ayudar a los que están abajo (Términos tales como 'arriba' y 'abajo' pueden ser engañosos, los uso sin implicar con ellos superioridad e inferioridad, sino sólo una diferencia)

El régimen para el día es: meditación a las ocho y cuarto, desayuno a las ocho y media. Un paseo a un campo abierto de rastrojos donde jugamos 'rounders' (Juego de pelota parecido al béisbol) por una hora, y luego una hora de plática bajo los árboles acerca de los Maestros y de cómo servirlos. Almuerzo a las doce y media -descanso o trabajo individual, si se desea, bajo un árbol; juegos en los terrenos del Castillo, baño, y cena a las seis. Después de lo cual nos separamos todos para la noche, algunos van a la Torre Cuadrada donde por una hora prosigue cierta preparación intensiva. A las 8,30 nos vamos a dormir.

Krishnaji, desde luego, es la figura central de cada día; tanto en los juegos como en el trabajo. Todo se concentra alrededor de él; la vida de Krishnaji es de una absoluta devoción al señor, una apasionada adoración de lo idealista y lo bello y, no obstante, ¡es tan perfectamente humano y tan próximo a sus semejantes! No hay palabras que puedan describir su carácter, pero él parece más una criatura humana que se ha perfeccionado a sí misma en alto grado, que un ser divino en una forma humana imperfecta. Seguramente, lo que el señor deseará es un instrumento humano perfecto, de modo que Él pueda establecer contacto con la humanidad en el propio nivel de ésta. La divinidad, Ella misma, se manifestará a través del instrumento. Jamás, excepto con el advenimiento de un Instructor del Mundo, hay una unión semejante entre aquellas cosas que son Divinas y las que son humanas. Porque habitualmente la humanidad se eleva hasta alcanzar la Divinidad, y en el momento que la alcanza se vuelve una con ella; pero en este caso, la Divinidad desciende hasta un instrumento humano, lo utiliza, trabaja a través del instrumento como si estuviera aparte y separada de él, y se retira nuevamente dejando que el instrumento siga siendo un instrumento humano. Ciertamente, la evolución del instrumento humano es a menudo estimulada hasta tal punto, que éste se vuelve inmediatamente suprahumano (a través de este servicio) pero éste es un proceso separado. El hombre puede elevarse y volverse Divino, pero no puede usar los poderes Divinos mientras todavía es humano. En cambio, lo Divino puede descender y usar los poderes humanos, aun cuando aquel a quien usa haya dejado de ser humano.

Hoy Krishnaji estuvo muy animado durante el desayuno, y frecuentemente nuestra conversación no era publicable. Después de una plática muy seria en la mañana o de un arduo trabajo por la tarde, Krishnamurti se mostraba a menudo muy frívolo, haciendo chistes y riéndose de ellos ruidosamente, con súbitos estallidos tonantes de hilaridad o con prolongadas y contagiosas risitas entrecortadas. Estas son dos cosas extrañas a su respecto -primero, su capacidad para pasar instantáneamente de la más seria, verdadera y gloriosa disposición de ánimo, a otra poblada de chistes y de risas, segundo que ninguno de los chistes que dice, por vulgar que sea, influye en la atmósfera que habitualmente rodea una conversación de éstas. Parece como si su belleza, la absoluta claridad de su ser, limpiara todo lo que hay por delante, de modo tal que él pueda tocar a cualquier persona, a cualquier objeto o sujeto, e impartirle su propia timidez, dotándolo con el aire puro de su presencia. Krishnaji intentó recordar sus propias experiencias. Cuando él y Nitya vieron por primera vez a C.W.L. éste les mostró pinturas del Maestro M. y

del Maestro K.H. y les preguntó cuál preferían. Cuando ellos eligieron la del Maestro KH, dijo que eso era lo que él esperaba.

Cuando Krishnaji era joven, los Maestros eran muy reales para él; fue por entonces que escribió "A los Pies del Maestro"; después vino un período en que esa realidad ya no era para él tan intensa, y sólo creía en ellos por lo que C.W.L. y A.B. decían. Ahora, nuevamente había vuelto la intensa realización. Nitya dijo que nuestro grupo debía crear una atmósfera que 'atrajera' la atención de Ellos. Habló de las diversas influencias en Ojai -la del Maestro M. como un poder que le hace a uno sentirse capaz de cualquier cosa. La del Maestro K.H. como la bondad perfecta -era como la miel que penetraba en uno cuando él hablaba, era la pureza absoluta, la claridad perfecta. Después habló de la más grande de todas las influencias, la del Señor, como también nosotros la percibimos en Ehrwald (Krishna, Nitya y algunos de sus amigos habían visitado Ehrwald en Austria, antes de su viaje a Pergine) paz "la paz que sobrepasaba toda comprensión".

Krishnaji habló de Adyar como de una casa con un poder extraordinario, donde uno se volvía un santo, enloquecía o era rechazado por un guardián infalible.

Jamás le he visto tan radiantemente hermoso como en estos tiempos se le ve por las noches. Sus ojos ríen con un extraño júbilo no terrenal, que es exultante y, sin embargo, muy tierno. Está investido de bondad y de una dulce y penetrante alegría, que se muestra en las líneas y curvas de su rostro, y lo rodea y envuelve un aroma de rosas. A veces se estremece como si tuviera frío, y en otras ocasiones está muy agotado; pero en estas noches, estas noches particulares de las que hablo, el verdadero Krishna -con todo eso que hace de él lo que es en el más profundo sentido llega y se transparenta a través de sus ojos.

1° de septiembre, 7924: Lady Emily compara a Rajagopal con St. Peter. Parece como si fuera el Payaso entre los discípulos presentes; ama profundamente su posición de Bufón del Superior Tribunal. Para conocer a Krishnaji, uno tiene que conocer a sus seguidores Rajagopal fue una vez St. Bernard de Clairveaux, y otras veces ha sido un venerable sacerdote, y ambos, el santo y el sacerdote, se asoman en él una y otra vez. Quizás especialmente el último. Habla perpetuamente, y cuando su discurso se hace prolongado y tedioso, de hecho él sermonea. Es, o más bien pretende ser, muy aficionado a la comida, siendo éste el tema principal para sus chistes, etc. Cuando Krishnaji está tenso o cansado, o el grupo en general se siente deprimido, Rajagopal siempre tiene a mano un chiste o alguna frase divertida, y se ríe para sí mismo de manera tan persistente que uno está obligado a acompañarle. Se dice que una cualidad que poseen todos los Maestros y sin la cual es imposible que el discípulo pueda progresar, en un sentido del humor. Y que cuanto más lejos se lleva la vida espiritual, tanto más esto se manifiesta. Un sentido del humor aliviará la tensión de los sentimientos y pensamientos bajo las más difíciles circunstancias, y a menudo es justamente eso lo que evita una ruptura definitiva en el trabajo, o individualmente en una persona. Por cierto que la gracia de Rajagopal no es del tipo más claro y agudo, pero entonces eso permite que Krishnaji y los otros tomen parte y agreguen su propia cuota. Huelga decir que Rajagopal importuna muchísimo, pero entonces lo mismo puede decirse de cada uno que se acerca a Krishnaji, siendo éste uno de los modos por los cuales él influye sobre la gente, en especial sobre cierto tipo de personas.

Una de las teorías de Krishnaji, es que la gente debe sin duda evolucionar sólo a través de la felicidad, y llegar a Dios tan naturalmente como una flor se abre al sol. En un tiempo parecía casi atormentarlo el hecho de que todo aquel con quien se encontraba había evolucionado hasta ahí por tortuosos y largos caminos de dolor, y que pocos habían tomado la sencilla senda de la felicidad. Creo haberle escuchado decir incluso que nunca se había encontrado con nadie que evolucionara sólo a través de la felicidad, y que no obstante, ello era posible y se volvería muy común con que sólo nuestra actual civilización no fuera tan compleja. "Sean naturales, sean felices". De modo que Rajagopal juega un gran papel en este drama superior, en el cual Krishnaji es el primero en reír y el más fácil de divertir. "Sé un Dios, y ríete de ti mismo".

Hablando de sus dos años de ejercitación con Leadbeater, Krishnaji dijo literalmente que estaba "cansado de lágrimas". Todos los deseos eran agotados; por ejemplo, K y N pidieron bicicletas (probablemente, como eran niños pequeños, importunaron con ellas a C.W.L.); se consiguieron las bicicletas y se hizo un viaje de diez millas, no sólo una vez, sino que tuvieron que hacerlo todos los días durante dos años. También expresaron el deseo de comer un plato de avena cocida con leche; lo tuvieron -pero nuevamente todos los días por un año. Si tenían los pies sucios, o como una vez en que Nitya le arrojó una piedra a una rana, se les decía que: "Los discípulos del Maestro no hacen estas cosas". Pero ello debe haber resultado duro por entonces para el pequeño niño moreno que habría de convertirse en el Krishnaji de hoy y el Jesús de mañana.

Él ha tenido muchas vidas como mujer, y éstas han dejado una fuerte huella en su carácter, su excepcional poder de intuición lo hace diferente a la mayoría de los hombres. A veces puede ser muy cruel, como otras veces puede ser lo contrario, pero esto es siempre con un propósito. Una frase corta y aguda que sus relampagueantes ojos acentúan a un grado intolerable, eso es todo. Krishnaji jamás ofrecerá hablar con nadie, a menos que alguien se le aproxime para hacerlo, y entonces por las primeras dos o tres veces que se inicia una conversación, él se muestra terriblemente tímido.

Septiembre 8, 1924: Lady Emily, Cordes y yo estábamos sentados en la habitación de Krishnaji, quien se encontraba en la habitación que estaba debajo. Eran cerca de las siete menos cuarto, y todo estaba igual que en las noches habituales, excepto por un mágico silencio que descendió sobre nosotros. En algún lugar de la torre, Nitya, (Lo anotado en este día, parece descartar por lógica que este texto pertenezca a Cordes o Nitya, como se señala en el principio del Capítulo), Rama Rao y Rajagopal estaban cantando, y por las hendeduras de la puerta penetraba flotando el olor del incienso. Todos percibimos Su Presencia; ni el más torpe hubiera dejado de reconocer la paz inefable que llenaba la casa. Permanecimos "silenciosos y extasiados" por una hora.

Después, cuando estuvimos todos juntos y Krishnaji estaba sentado en medio de nosotros, fue como si sólo ahora nos hubiéramos descubierto el uno al otro; y cuando hablamos de lo que había sucedido, una risa suave y dulce propia del más grande e inexpresable de los júbilos, parecía acudir a nuestros labios. "Si ahora es así, ¿cómo será cuando el momento llegue?".

Septiembre 14, 1924: Esta tarde, en vez de jugar el habitual voleibol, nos tendimos sobre las rocas que rodean la Torre Cuadrada. Krishnaji se acuclilló sobre las rocas con Rama Rao, examinando con gran interés un pequeño caracol amarillo. Una vez, hace algunos años, recuerdo haber estado con Krishnaji cuando él descubrió una colonia de hormigas y se pasó toda la mañana alimentándolas con azúcar, revolviéndolas, y observando después cómo transportaban los huevitos y reconstruían su hormiguero. Al cabo de un rato, Krishnaji y Rama Rao encontraron otro caracol, e hicieron que treparan el uno sobre el otro arriba y abajo una y otra vez por los escarpados peñascos. El último año, en Ehrwald, él estaba acostado entre altos pastos y flores, cuando una mariposa se posó sobre su mano, y pronto tuyo una o dos suspendidas de un dedo. Su deleite era ilimitado. Él siente amor por todas las criaturas grandes y pequeñas; en realidad, todo lo que es bello y natural le interesa; perseguirá a un saltamontes siguiendo sus movimientos y reparando en el color de sus alas; o con su acostumbrado "¡Caramba!" se detendrá casi arrobado ante una escena hermosa. "Sólo miren ese lago, es tan sereno, como de hielo y verde oscuro. ¿Ven los reflejos en él? 'Oh-ee' ustedes deben ver el lago de Ginebra -tan azul".

Krishnaji lee en meditación todas las mañanas un breve pasaje de "El Evangelio de Buda". Es verdaderamente un devoto, y el sonido mismo del nombre de Buda casi parece hacerlo temblar con un sentimiento de suma admiración. Hoy hubo una frase en que el Señor Buda decía que el discípulo que vive en el mundo debe ser como el loto. En la India, el loto simboliza la pureza suprema. Su capacidad de florecer plenamente mientras sus raíces se hallan en un estanque turbio y fangoso, significa la capacidad humana de florecer en pureza y elevarse desde cualquier condición, por oscura y sucia que sea.

Krishnaji estaba hablándome esta tarde. Hablaba del Señor Buda y de ese estado de existencia en que el yo está por completo ausente. Él piensa mucho en estos días acerca de ser absolutamente impersonal, y ya parece haberse sumergido profundamente en ese claro manantial inmaculado libre del fango del yo. Cuando habla del Señor Buda, un nuevo mundo se extiende delante de uno, un mundo en el que se extinguen todo amor personal y toda ambición, y uno se vuelve como la nada; sólo llegó a Krishnaji mientras él estuvo en Ojai, y aún encuentra casi imposible describir aquello. Cuenta cómo, cuando todos los Maestros estuvieron reunidos, la venida del Señor Buda fue como el viento del norte, libre de cosa alguna que siquiera se pareciera al yo. Dijo: "Toda vez que veo la pintura del Señor Buda, me digo a mí mismo: 'Yo seré así'".

La imagen del Señor Maitreya se le ha estado apareciendo en diversas ocasiones. En Pergine, durante la última aparición, Él le transmitió a Krishnamurti un mensaje "La felicidad que buscas no está lejos; se encuentra en cada piedra común". En otro mensaje, Él comunicó: "No busques a los Grandes Seres cuando ellos pueden estar muy cerca de ti". Por las tardes siguientes, Krishna habría de reír a menudo y contar cuentos cómicos -muchos miembros del grupo se sintieron escandalizados por su conducta.

Capítulo VI

"YO Y MI HERMANO SOMOS UNO"

Mrs. Besant hizo su entrada en la escena política de la India en 1913, justo antes de que estallara la Primera Guerra. Bajo la guía y las bendiciones del Rishi Agastya (quien, según la Sociedad Teosófica, tenía a su cargo, en la jerarquía oculta, el destino de la India), ella fue lanzada al centro del creciente fermento político.

Mrs. Besant era ya famosa en todo el país. Famosa por su brillante oratoria, se le reconocía como educadora del más alto nivel y se le admiraba por su valentía como reformadora social. Interesada como estaba en los nuevos valores, y con su inmenso orgullo por la cultura y el pensamiento de la India, su ingreso en la política fue recibido con beneplácito por sus muchos amigos intelectuales y sus admiradores. Con su temperamento era inevitable que se viera profundamente involucrada. Pronto perdió contacto con la jerarquía oculta; sus percepciones en lo sagrado y sus poderes psíquicos comenzaron a menguar, y debió confiar en C.W. Leadbeater para la recepción de los mensajes provenientes del mundo oculto de los Maestros.

Hacia 1925, al ir envejeciendo Mrs. Besant, sus facultades mentales empezaron a declinar, y con ello el control de hierro que ejercía sobre los asuntos de la Sociedad. Fueron ganando impulso las intrigas y maquinaciones para ganar poder sobre ella y, de ese modo, sobre la Sociedad. Conscientes de su fracaso en volver a despertar los *kundalini shakti chakras* (o sea, los seis centros de energía psíquica dormida a lo largo de la columna vertebral) y de las aspiraciones que tenía de recuperar el contacto con los Mahatmas, muchos de sus asociados alegaban poseer poderes clarividentes y la capacidad de 'recibir' instrucciones de los Maestros. Jugando a lo oculto, afirmando haber despertado la serpiente del *kundalini* buscando el poder, dando rienda suelta a la ilusión, vinculando a menudo lo que no encajaba en el esquema que ellos tenían de las cosas, con una emanación de los poderes oscuros, las acciones de algunos de sus principales miembros habrían de convertir a la Sociedad Teosófica en un objeto de burla.

En Sydney, Australia, vistiendo indumentaria de color púrpura, con un báculo y una cruz de piedras preciosas, Leadbeater estaba ocupado en crear la atmósfera y la energía para el surgimiento de la sexta raza raíz. (En la Teosofía. la sexta raza raíz seguiría a la quinta raza raíz -nuestra actual raza; algo similar al advenimiento de la Era de Acuario). Al rodearse él mismo de muchachos y chicas jóvenes que eran sus discípulos selectos, los poderes ocultos de C.W.L. y los usos que hacía de los mismos, habían alcanzado niveles extravagantes. Magnetizaba gemas para las hadas en el Parque Nacional de Sydney, a cambio del permiso para devolver algunas hadas al 'Manor', donde él y sus discípulos vivían. Para agregarlo a sus recursos ocultos, mientras cruzaba en transbordador el puerto de Sydney, Leadbeater afirmó haber creado redes invisibles en las cuales atrapaba sílfides del mar; atándolas a su aura, luego las enviaba con la orden de auxiliar a personas en peligro[1].

En Europa, George Arundale y Wedgwood aseguraban haber establecido un canal directo de comunicación con la jerarquía oculta y haber sido aceptados como discípulos del Mahachohan. La atmósfera estaba cargada de excitación cuando Mrs. Besant anunció un número de nuevas iniciaciones que fueron transmitidas por medio de Arundale.

Habiendo sido ordenados Obispos de la Iglesia Liberal Católica, Arundale y Wedgwood, en sus ropajes púrpura, alcanzaban su grado de Arhat (*Arhat* es un término *sramánico* (Budista/Jain) que indica la más alta realización espiritual por abajo del estado de Buda/Jina. En la jerarquía espiritual teosófica, los adeptos eran maestros o Mahatmas. Miembros de la Gran Fraternidad Blanca, habían alcanzado la perfección, pero continuaban en la forma humana para ayudar en su evolución a los que buscaban el sendero del Discipulado), al pasar en rápida sucesión por las iniciaciones tercera y cuarta. La esposa de Arundale, Rukmini, (Rukmini, esposa de George Arundale, era natural del sur de la India. Provenía de una destacada familia de teósofos. De gran personalidad cultural, estableció una renombrada academia de música y danza, Kalakshetra, en Madrás. Rukmini murió en 1986) pasó tres iniciaciones en tres días[2]. Mrs. Besant y Leadbeater ya eran Arhats, habiendo pasado la cuarta iniciación. Krishnamurti, que en Ojai estaba cuidando a su hermano Nitya seriamente enfermo, ignoraba la agitación oculta que tenía lugar en Huizen, Holanda, y más tarde en el Campamento de la Estrella en Ommen, una Convención anual a la que concurrían los miembros de la Orden de la Estrella. Sin su conocimiento, se hizo el anuncio de que su cuerpo astral desde Ojai y el de Jinarajadasa desde Adyar, habían viajado apareciéndose ante la magnificencia de la jerarquía oculta reunida, para así recibir sus bendiciones en el viaje a través de la cuarta iniciación. Después, cuando el Campamento hubo concluido, Mrs. Besant reunió en Huizen a Lady Emily, Miss Bright y Shiva Rao en su habitación, y les dijo que ella, Leadbeater, Krishnaji, Arundale y Wedgwood habían pasado la quinta y última iniciación. Todos ellos eran ahora no sólo Arhats sino Adeptos y, por lo tanto, estaban libres de la cadena causal del karma y el renacimiento.

Un relato que apareció en el periódico teosófico *El Heraldo de la Estrella*, da cierta idea de lo ocurrido en el Campamento de Ommen, donde estas nuevas fueron anunciadas por Mrs. Besant. Con el título "Bajo el mando del Rey" el Heraldo publicó las palabras de Mrs. Besant:

El nuevo Instructor del Mundo escogerá, como antaño, a sus doce Apóstoles. Yo solamente tengo el mandato de mencionar a siete que han alcanzado el grado de Arhat... Los dos primeros, mi hermano Charles Leadbeater y yo misma, pasamos esa gran iniciación al mismo tiempo. Los otros Arhats son, C. Jinarajadasa, George Arundale, cuya consagración como Obispo era necesaria como último paso de su preparación para el gran cuarto paso de la iniciación, Oscar Kollerstron, Mrs. Rukmini Arundale, Krishnaji, y el Obispo Wedgwood[3].

Más tarde, al darse cuenta Mrs. Besant del importante error que había cometido al incluir el nombre de Krishnamurti, que era el vehículo, en la lista de los Apóstoles, corrigió su declaración. Existían varias otras listas que incluían los nombres de Lady Emily, Nitya, Rajagopal y Theodore St. John, un rubio muchacho de quince años protegido de Leadbeater.

Mrs. Besant enunciaría más tarde las tres líneas de actividad que seguirían desarrollándose en el futuro. Debía establecerse una nueva religión mundial con Annie Besant como su Jefe. Debía fundarse una nueva Universidad mundial con la Besant como rectora, Arundale como principal y Wedgwood como director -porque, según Mrs. Besant, "él conoce ambos aspectos, el ordinario y el oculto". Ella continúa diciendo que "ustedes no deben oponerse a ellos puesto que son parte del trabajo del Rey". Mientras tanto Arundale, afirmando su poder de profetizar, decía:

> Pienso que no hay nadie en el mundo que tenga una capacidad tan magnífica, tan maravillosa para la humildad, como mi hermano Nitya. El modo como él se concentra en su hermano es una de las cosas más bellas que yo haya visto jamás. Y quiero recordarles lo que hoy les digo, porque me aventuro a pensar que ello está en la naturaleza de la profecía. Pienso que, a medida que los años pasen, no sólo veremos a nuestro Krishnamurti llevando la vida para la cual está tan supremamente consagrado, sino que también veremos, como su brazo derecho, a su gran hermano reconocido por todo el mundo como uno de sus más grandes estadistas.

Nitya murió menos de cuatro meses después de que se dijeran estas palabras[4].

Mientras tanto, la enfermedad de Nitya había empeorado. Arundale le había entregado a Rajagopal -que estuvo presente en el Campamento y había sido nombrado diácono de la Iglesia Liberal Católica un amuleto especialmente magnetizado por el Mahachohan para que se lo llevara a Nitya. Los Grandes Seres de la jerarquía habían determinado que Nitya viviría y sería uno de los principales sostenedores en el trabajo del Instructor del Mundo. Según Arundale, "la vida de Nitya era la dádiva que Krishna recibía al convertirse en un Arhat"[5].

Krishna, al escuchar los informes sobre apóstoles y arhats, sobre rápidas iniciaciones, religiones y universidades mundiales, se sintió perplejo y hondamente angustiado. Dejando a Nitya bajo la protección de los Maestros, partió para Europa con Rajagopal. Lady Emily, que había estado presente en el campamento y había pasado ella misma por su segunda iniciación, acudió para recibirlo en el desembarcadero. Krishnamurti le expresó sus puntos de vista en términos nada dubitativos. Rehusó aceptar las iniciaciones o a los apóstoles. Se mostró profundamente escéptico con respecto a la religión y a la Universidad mundial. No quería lastimar a Mrs. Besant en su vejez, y por eso se abstuvo de manifestar abiertamente su protesta; pero le comunicó a Mrs. Besant sus recelos.

Ella se sintió destrozada por el rechazo de Krishnamurti a las iniciaciones, a los apóstoles, a la religión y a la Universidad mundial. Su condición mental comenzó a deteriorarse rápidamente. "Ella mostraba signos de senilidad, pérdida de memoria y una tendencia a concentrarse en el pasado"[6]. Pero esto de ningún modo redujo sus actividades ni su entrega total a Krishnamurti como Instructor del Mundo.

A principios de noviembre de 1925, Mrs. Besant, Krishnaji, Rajagopal, Rosalind, Wedgwood, Shiva Rao, Rukmini y George Arundale, partieron hacia la India para participar en las celebraciones del Jubileo que iban a realizarse en Adyar. La fe de Krishnamurti en los Maestros y en la garantía que los mismos habían dado de velar por el bienestar de Nitya, era incuestionable. Al comenzar 1925, encontrándose en Adyar, Nitya había estado terriblemente enfermo. El 10 de febrero de 1925, Krishnamurti había escrito una carta a Mrs. Besant describiendo un sueño en el cual él había visitado a la Gran Hermandad y les había suplicado por la vida de su hermano:

> Con respecto a mi sueño, recuerdo haber ido a la casa del Maestro, y haber pedido y suplicado para que se permitiera a Nitya curarse y vivir. El Maestro dijo que yo tenía que ir a ver al Señor Maitreya, y fui allá e imploré, pero tuve la impresión de que eso no era asunto de Él y que yo debía acudir al Mahachohan. Fui, pues, allá. Todo esto lo recuerdo muy claramente. Estaba Él sentado en su silla, con gran dignidad y magnífica comprensión, y con ojos graves y bondadosos mi inútil descripción es tan absurda, pero es imposible transmitir la inmensa impresión de todo esto. Le dije que yo sacrificaría mi felicidad y todo lo que fuera necesario para que a Nitya se le permitiera vivir, porque sentía que era esto lo que se había decidido. Él me escuchó y contestó: "El estará bien". Esto fue un alivio tan grande que toda mi ansiedad ha desaparecido completamente y me siento feliz.
>
> En cuanto a mi propia preparación, no sé qué es lo que se ha decidido, pero estoy dispuesto a hacer cualquier cosa. Ello ha sido muy doloroso y me siento muy cansado y bastante débil, pero es algo que no puede evitarse.

Gracias al cielo usted estará aquí madre mía, y yo la amo con todo mi corazón y mi alma.

Su Krishna[7]

Este encuentro directo con los Maestros había convencido a Krishnaji de los poderes que los Grandes Seres tenían para prolongar la vida de Nitya. Si nos detenemos un instante para examinar el contacto de Krishnaji con los Maestros y sus manifestaciones, y la comunicación de Krishnaji con ellos, se vuelve evidente que sus encuentros con el Maestro K.H. el Mahachohan, Maitreya y el Buda, fueron visiones, a menudo durante el estado de sueño. Esto había ocurrido así cuando él era un niño; con su tierna conciencia expuesta a la imaginería esotérica y a las formas de pensamiento de Leadbeater, era natural que viera a los Maestros a semejanza de las pinturas que había en la Sección Esotérica de la Sociedad Teosófica. Así fue cuando describió sus encuentros con el Maestro K.H. en sus primeras cartas a Mrs. Besant, y rastros de ello habrían de hallarse en el proceso de Ojai, aunque por entonces él ya se estaba liberando de las visiones, de las manifestaciones físicas y de las imágenes visuales. En los primeros años, no existía para Krishnaji una división definida entre los estados de sueño y de vigilia. Visiones, sueños y manifestaciones efectivas de formas de pensamiento, parecían tener para él la misma realidad. Más tarde, diría que todas las imágenes y manifestaciones, por profundas que fueran, eran proyecciones de la mente. Con la muerte de Nitya y el dolor explosivo que le puso frente a frente con lo real, llegaron a su fin todas las referencias físicas a los Maestros.

Aun antes de eso, a bordo del barco que los llevaba de regreso a la India, Arundale comenzó a 'transmitir' mensajes del Mahachohan que reprendían a Krishnamurti por su escepticismo e implicaban sutilmente que, a menos que aceptara las revelaciones 'transmitidas' por Arundale en Huizen y Ommen y confirmara los nombres de las personas que habían sido convertidas en Adeptos, Nitya moriría. Krishnamurti rehusó hacerlo.

Mientras se encontraba en el Canal de Suez, Krishnaji recibió un telegrama de Nitya diciendo que había contraído influenza. Al día siguiente llegó otro cable en el que Nitya decía: "Influenza agravada. Rueguen por mí". Krishna, inconmovible en su fe, le dijo a Shiva Rao que los Maestros no le hubieran permitido abandonar Ojai si su hermano estuviera destinado a morir. El 13 de noviembre, en medio de una tempestad, se recibió un cable que anunciaba la muerte de Nitya.

Shiva Rao, que compartía el camarote con Krishnamurti, ha dejado un vívido relato de lo que siguió:

Mrs. Besant me pidió que la llevara al camarote de Krishnamurti. Entró sola para hablarle. Las noticias lo habían quebrantado completamente: hicieron más, como pude verlo por mí mismo durante el resto del viaje. Toda su filosofía de la vida la fe implícita en el futuro trazado por Mrs. Besant y Mr. Leadbeater, la parte vital que Nitya iba a desempeñar en el mismo, todo quedó destrozado en ese momento. En la noche sollozaba y gemía y lloraba a gritos por Nitya, a veces en su nativa lengua telugu, que no podía hablar estando despierto y consciente. Día tras día parecía cambiar, asiéndose firme mente a sí mismo en un esfuerzo por afrontar la vida pero ya sin Nitya[8].

Krishna y Nitya habían compartido su soledad en un mundo extraño; reían juntos; contaban cuentos cómicos; viajaban juntos -planeaban juntos el trabajo futuro y toda la vida. (En una carta enviada desde Ojai el 21 de febrero de 1923. Nitya había escrito a Mrs. Besant: "Krishna y yo estabamos llenos de proyectos que vamos a realizar en la India: y queremos hablarle de ellos y ambos deseamos regresar. Jamás en mi vida he sentido tantas nostalgias de la India: California ha hecho de mí un hindú. Comienzo a comprender en pequeña escala, desde luego, lo que usted siente por la India.

Con todo mi amor, Nitya"[9].

Escribiendo después de la muerte de su hermano, Krishnamurti decía: "Un viejo sueño ha muerto y uno nuevo ha nacido. Está surgiendo una nueva visión y está desplegándose una conciencia nueva he llorado pero no quiero que otros lloren; y si lo hacen, sé lo que eso significa. Ahora lo sé, sé que ahora somos inseparables. El y yo trabajaremos juntos, porque yo y mi hermano somos uno".

Por la época en que Krishnamurti y la Dra. Besant llegaron a Adyar, Krishnamurti había emergido de su batalla con el dolor, inmensamente sereno, radiante y libre de todo sentimiento y emoción. Pero su creencia en los Maestros y en la jerarquía oculta, había experimentado una revolución total. Ya raramente habría de referirse otra vez a los Maestros en su forma física. En años posteriores, hablando con vacilación de este período, Krishnamurti aceptaba que tal vez la intensidad del dolor había desencadenado una inmensa e inexpresable percepción. Una inteligencia que había tardado largos años en madurar, que había permanecido en estado latente, había funcionado en el momento de mayor agudeza del sufrimiento. (En un mensaje al Grupo Internacional de Preparación Propia, poco después de la muerte de Nitya. Krishnaji escribía: "Por ejemplo, cuando mi hermano murió, yo me sentí completamente perdido. Ustedes no tienen idea de cómo me sentí durante dos o tres días -por más que eso, por una semana tal vez. Todavía le echo de menos; siempre le echaré de menos físicamente, pero siento que él y yo estamos trabajando juntos, que recorremos el mismo sendero del mismo lado de la montaña, viendo las mismas flores, las mismas criaturas, el mismo cielo azul, las mismas nubes y los mismos árboles. Es por eso que siento como si fuera parte de él mismo; y sólo cuando me siento muy cansado, empiezo a decir: 'Mi hermano no está ahí'. Pero enseguida mi mente me detiene y me dice lo absurdo que es un pensamiento semejante"[10].

Capítulo VII

"LA PERSONALIDAD DE J. KRISHNAMURTI HA SIDO DEVORADA POR LA LLAMA"

Antes de que la Convención del Jubileo comenzara en Adyar, Mrs. Besant trató de resolver las tensiones que había entre Krishnaji y los mentores principales de la Sociedad Teosófica. Llevó al joven maestro a la habitación donde se habían reunido Leadbeater, Jinarajadasa, Arundale y Wedgwood, y preguntó a K si él aceptaría a los escogidos como sus apóstoles y discípulos. K replicó que sólo aceptaría a Mrs. Besant.

En el Congreso de la Estrella que siguió a la Convención del Jubileo, K habló bajo la higuera de Bengala; el sol se filtraba a través de las ramas extendidas y de las numerosas raíces que transformaban el árbol en una mágica floresta de luces y sombras. Súbitamente, en medio de la plática, electrizó al auditorio cambiando su alocución y pasando de la tercera persona a la primera. Refiriéndose al Instructor del Mundo que habría de venir, dijo: "Él viene solamente a aquellos que lo necesitan, que lo desean, que lo anhelan..." y entonces cambió súbitamente: "Yo vengo a aquellos que desean simpatía, que desean la felicidad, que anhelan encontrar la felicidad en todas las cosas. Vengo a reformar y no a demoler, no vengo a destruir sino a edificar". Muchas de las que se hallaban presentes percibieron un cambio en el timbre de su voz, y una fuerza y un poder que penetraban las palabras. Más tarde, Mrs. Besant diría: "El acontecimiento marca la consagración del vehículo elegido"[1].

Desde Adyar, Krishnamurti fue a visitar Varanasi en febrero. Ofreció pláticas a muchachos y niñas de las escuelas de Kamaccha. Regresó con una fiebre muy alta provocada por intoxicación alimenticia. Se le aconsejó descanso, y subió a Ootacamund. Mientras estaba ahí escribió:

> He estado experimentando conmigo mismo, no con mucha fortuna al principio, tratando de descubrir cómo puedo desprenderme de mi cuerpo. Y verlo tal cual es. He experimentado con ello dos o tres días -tal vez una semana y encontré que por un cierto lapso podía permanecer muy fácilmente fuera de mi cuerpo y mirarlo. Yo estaba parado junto a mi cama, y ahí estaba el cuerpo en la cama -un sentimiento de lo más extraordinario. Y desde ese día ha habido una sensación distinta de separación, de división entre el que gobierna y el gobernado, de modo tal que el cuerpo, aunque tiene sus ansias, sus deseos de vagabundear y vivir y gozar separadamente por sí mismo, de ninguna manera interfiere con el verdadero Yo[2].

En la primavera de 1926, Mrs. Besant acompañó a Krishnaji de regreso a Inglaterra. Él estaba proponiéndose seriamente tomar votos de *sannyasa* (*Sannyasa* es un estado del ser, un estado de morir para el mundo y la sociedad. El *sannyasin* toma votos de *sannyas*. Iniciado por un *gurú*, se le da la túnica azafranada, deja de ser un miembro de la sociedad y está fuera de su estructura, sin tener casi ningún interés en leyes sociales, ritos, rituales, sacramentos, etc. El *sannyasin* renuncia a la casta, a la familia y adopta un nuevo nombre, que significa un renacimiento). y hablaba de ello con algunos amigos.

Más tarde, en julio, K fue a Ommen. Aunque Annie Besant estaba presente, fue él quien ofreció las pláticas junto a la hoguera en el campamento de Ommen. Krishnamurti expresó una desbordante alegría y un sentimiento de unidad con el universo. Sus palabras no dejaron conforme a la enseñanza teosófica ortodoxa, y Wedgwood, que estuvo presente, se sintió muy perturbado. Le susurró a Mrs. Besant que no era el Señor Maitreya el que estaba hablando a través de Krishnamurti, sino un poderoso mago negro. Después, Annie Besant misma habló de esto con el joven Instructor. Sacudido por sus manifestaciones, Krishnamurti le dijo que si ella creía esta historia, él jamás volvería a hablar nuevamente. Ella retiró sus comentarios, y en la noche siguiente Krishnamurti habló a los asistentes del campamento: "Paseando por los cerros de la India durante el último invierno, se apareció delante de mí un Ideal, mi Bienamado, mi Gurú, mi Gran Maestro, y desde que tuve esa visión, me parece ver a través de Ella todos los árboles, todas las montañas, todos los pequeños estanques, todos los minúsculos insectos; y desde que tuve tal visión, esa comprensión de las cosas se ha mantenido"[3]. Esta unidad con el *gurú* y con el misterio de la vida, continuó siendo el tema de sus pláticas.

En la última plática Krishnamurti dijo "He cambiado mucho durante las dos últimas semanas -tanto interna como externamente, mi cuerpo, mi rostro, mis manos, todo mi ser ha cambiado. El único modo de respirar el aire puro de la vida es por medio de este cambio constante, de la constante agitación, de la constante inquietud"[4].

Al escribir acerca del Campamento de Ommen de 1926, Esther Bright decía:

> Así, A.B. se sentaba junto a él durante las Hogueras del Campamento, con un cálido afecto en el corazón, maravillándose, amándolo, admirándolo, no siempre comprendiéndolo, pero con la fe más admirable de que él era el Heraldo de la Nueva Era y de que, con el tiempo, todo se aclararía. Y juntos atravesaban la gran multitud de hombres y mujeres, descendiendo por el sendero que conducía al centro, donde se habla dispuesto la hoguera -grandes cantidades de ramas, pilas de troncos y varillas, y juntos les prendían fuego la magna y anciana cabeza blanca y la cabeza negra con las finas, pensativas facciones de Krishnaji, inclinándose ambas al mismo tiempo. Las llamas se elevaban de un salto, y por un rato todos permanecían en silencio...
>
> "*Pero tú eres un instructor*", le dijo un día en Ommen su fiel amigo Rajagopal, cuando un grupo de nosotros se había reunido discutiendo difíciles problemas. Krishnaji permaneció un rato en silencio, y después simplemente dijo: "Yo extiendo una luz para ustedes"[5].

Annie Besant y Krishnamurti permanecieron juntos en Ojai desde agosto de 1926 hasta abril de 1927. Fue quizás el tiempo más largo que pasaron juntos desde la juventud de él. Intuyendo que su presencia era de algún modo necesaria, Annie Besant canceló su regreso a la India y los numerosos compromisos que le aguardaban allá. Mientras estuvo en Ojai, ella y Krishnamurti plantaron árboles, y ella se ocupó personalmente de adquirir tierras en el Valle de Ojai para lo que después fue la Happy Valley Foundation (Fundación del Valle Feliz). Viviendo en estrecha proximidad con Krishnamurti, ella pudo advertir cuánto se había alejado él de la ortodoxia teosófica.

Mrs. Besant veía a un nuevo Krishnamurti. Se daba cuenta cada vez más de que la primitiva profecía acerca de que el cuerpo de Krishnamurti iba a ser el vehículo a través del cual se manifestaría un fragmento de la conciencia de Maitreya, era incorrecta, y que probablemente la conciencia de Krishnamurti y la del Señor Maitreya habrían de fusionarse. Confirmó esto en una carta del 12 de octubre dirigida a Arundale: "J.K. está cambiando todo el tiempo, pero no es como si él saliera y el Señor entrara; es más como si hubiera una fusión armoniosa de ambas conciencias"[6].

Se estaba haciendo más y más evidente que ni los años formativos en la Sociedad Teosófica bajo la guía de Leadbeater, ni los rigores de su vida en Gran Bretaña durante los años de la guerra, ni el tiempo que había pasado en el corazón de la aristocracia británica, habían moldeado el cerebro de Krishnamurti. El no podía ser programado; permanecía vacío, observando, escuchando.

Después de una larga gestación, la mente de Krishnamurti dejó caer las capas superficiales que habían aceptado y respondido vagamente al ritual y a la jerarquía teosófica, y emergió prístina, sin una sola cicatriz. Se necesitaba una conciencia volcánica para poner al descubierto la raíz de la mente humana -para cuestionar, percibir y negar la estructura de la conciencia humana, para penetrar en el corazón profundo del pensamiento y del sentimiento mientras estos operaban, para romper con todo conocimiento y percibirlo todo de nuevo. La austeridad y una vida de ascetismo no sólo eran esenciales para su persona sino que, como él mismo diría, eran "necesarias para conservar la energía"[7].

Su despertar fue luminoso Sus palabras tenían una sencillez asombrosa. El 9 de febrero Krishnamurti escribió a Leadbeater:

> Conozco mi destino y mi trabajo. Sé con certeza que estoy fundiéndome en la conciencia del Maestro y que Él ha de ocupar completamente mi ser. Percibo y también sé que mi copa está casi llena hasta los bordes y que pronto se derramará. Hasta entonces debo aguardar serenamente y con anhelante paciencia. Deseo fervientemente hacer a todos felices y lo haré[8].

Antes de abandonar los Estados Unidos Mrs. Besant hizo una declaración a la Associated Press: "El Espíritu Divino ha descendido una vez más en un hombre, Krishnamurti, quien en su vida es literalmente perfecto, como pueden atestiguarlo quienes le conocen. El Instructor del Mundo está aquí"[9].

Al inaugurarse en 1927 el Campamento de la Estrella en Ommen, Krishnamurti habló un lenguaje diametralmente opuesto al de la enseñanza teosófica. El 30 de junio dijo: "Por muchas vidas y por toda esta vida, especialmente en los últimos meses, he luchado para liberarme -liberarme de mis amigos, de mis libros, de todos mis vínculos. Deben ustedes luchar por la misma libertad. En lo interno tiene que haber un constante torbellino"[10]. Krishnamurti se rebelaba. Ningún Maestro, ninguna autoridad le satisfacían. "¿Quién trae la verdad?", preguntaba.

Se cuestionaba así mismo para descubrir la verdad tras la forma del Instructor del Mundo. Cuando era un niño -les decía a sus oyentes había visto al Señor Krishna con una flauta; en la Sociedad Teosófica, con Leadbeater vio al Maestro K.H. y después al Señor Maitreya con la forma en que los concebía la creencia de sus compañeros. En los últimos años, durante la intensidad de sus sufrimientos, había visto a Buda, para su deleite y gloria.

El Bienamado de quien él hablaba, eran Sri Krishna, los Maestros, el Buda y mucho más que todos ellos. "El Bienamado es el cielo abierto, la flor, cada ser humano. Krishnamurti no está fuera sino dentro de ellos A causa de su dolor, él se ha vuelto uno con su Bienamado"[11].

Jinarajadasa habría de arribar pronto al campamento, y rápidamente se puso a cuestionar las declaraciones de Krishnamurti. De éstas se desprendía claramente que Krishnamurti rechazaba toda autoridad, aun las más fundamentales, como la creencia en los Maestros y en el Sendero Esotérico. El 23 de julio, K le respondió a Jinarajadasa: "Yo y mi Bienamado somos uno. La visión es total. Para mí, eso es la liberación". Y agregaba: "La personalidad de Krishnamurti ha sido devorada por la llama; lo que ocurre después de eso no importa -si la chispa permanece dentro de la llama o si emerge fuera"[12].

Al año siguiente, en el verano de 1928, Krishnamurti estaba en Eerde, Holanda Comenzó a hablar con sus amigos sobre la posibilidad de disolver la Orden de la Estrella.

Una enorme asamblea de más de tres mil personas aguardaba a Krishnamurti en el campamento de Ommen, que duró desde el 2 hasta el 12 de agosto. El habló con gran claridad a sus oyentes sobre la necesidad de abandonar

todas las bases de autoridad, especialmente la del Instructor del Mundo. Cada cual debía vivir solamente de su propia luz interior. Más tarde, hablando a un representante de la Agencia Reuter que estaba presente, le dijo: "Ni Buda ni Cristo han afirmado jamás su divinidad; fueron los discípulos quienes, con su adoración, otorgaron la divinidad al maestro"[13]. Para asombro del corresponsal, el Instructor del Mundo prosiguió luego hablando de golf y de su 'handicap', que era más 2. Krishnamurti había jugado golf en algunos de los más famosos campos de golf del mundo.

Las nuevas acerca de la fisura producida entre Krishnamurti y la Sociedad Teosófica se extendieron rápidamente. Annie Besant no asistió al campamento de Ommen y, al enterarse de lo que Krishnamurti había dicho, se sintió seriamente enferma. Según una versión tuyo un colapso nervioso, se desmayó y quedó inconsciente. Estuvo enferma por largo tiempo. Sus facultades mentales fueron decayendo lentamente; perdió la memoria y nunca volvería a recobrarla por completo. Le habían dicho que Krishnamurti había rehusado aceptar el papel de Mesías en los términos establecidos por la Sociedad Teosófica.

Cuando ella regresó a la India, se había recobrado lo suficiente como para cerrar de manera definitiva la Sección Esotérica, el corazón de la enseñanza oculta dentro de la Sociedad, declarando que el Instructor del Mundo estaba aquí y nadie más tenía el derecho de enseñar. El 30 de noviembre de 1928 ella escribió a Krishnamurti, que se encontraba viajando hacia Adyar:

Querido,

Estoy enviando por intermedio de Mr. Varma una nota remitida a todas las Secretarías correspondientes de la S.E., ya que estoy segura de que es mejor que todos nuestros estudiantes se consagren al estudio de tus anhelos e ideales, y dejen por ahora de lado todas las viejas enseñanzas. Por lo tanto, estoy suspendiendo por completo e indefinidamente la S.E. dejando en tus manos toda la enseñanza. Lamento estar fuera cuando llegues, pero eso no puede evitarse.

Te envío todo mi amor,

Madre

Sin embargo, pocos meses después Mrs. Besant sucumbía a las presiones de otros miembros y reabría la Sección Esotérica. También le dijo a Krishnamurti que ella quería renunciar como Presidenta de la Sociedad Teosófica y sólo anhelaba sentarse a los pies de él y escuchar la enseñanza; pero él rehusó dejarle que hiciera eso.

El 3 de agosto de 1929, en el Campamento de Ommen, con la presencia de Mrs. Besant y de tres mil miembros de la Orden de la Estrella, Krishnamurti anunció su determinación de disolver la Orden de la Estrella, de la cual era el presidente. Su plática dirigida a los miembros, fue una suma de las percepciones que habían surgido en su interior durante los años que siguieron a la muerte de su hermano. La plática fue posiblemente una declaración germinal de su posición, la cual permaneció invariable durante toda su vida:

"Yo sostengo que la Verdad es una tierra sin caminos, y no es posible acercarse a ella por ningún sendero, por ninguna religión, por ninguna secta. Ese es mi punto de vista y me adhiero a él absoluta e incondicionalmente. La Verdad, al ser ilimitada, incondicionada, inabordable por ningún camino, no puede ser organizada; ni puede formarse organización alguna para conducir o forzar a la gente por algún sendero particular. Si desde el principio entienden eso, entonces verán lo imposible que es organizar una creencia. Una creencia es un asunto puramente individual, y no pueden ni deben organizarla. Si lo hacen se torna en algo muerto, cristalizado; se convierte en un credo, una secta, una religión que ha de imponerse a los demás. Esto es lo que todo el mundo trata de hacer. La Verdad se empequeñece y se transforma en un juguete para los débiles, para los que están sólo momentáneamente descontentos. La verdad no puede rebajarse, es más bien el individuo quien debe hacer el esfuerzo de elevarse hacia ella. Ustedes no pueden traer la cumbre de la montada al valle. Si quieren llegar a la cima de la montada, tienen que atravesar el valle y trepar por las cuestas sin temor a los peligrosos precipicios. Tienen que ascender hacia la Verdad, ésta no puede 'descenderse' ni organizarse para ustedes..."

"Yo no quiero pertenecer a ninguna organización de tipo espiritual; por favor, comprendan esto..."

"Por otra parte, sostengo que ninguna organización puede conducir al hombre a la espiritualidad. Si se crea una organización para este propósito, ella se convierte en una muleta, en una debilidad, en una servidumbre que por fuerza mutila al individuo y le impide crecer, establecer su unicidad que descansa en el descubrimiento que haga por sí mismo de esta Verdad absoluta e incondicionada. Por lo tanto, ésa es otra de las razones por las que he decidido, ya que soy el Jefe de la Orden, disolverla. Nadie me ha persuadido para que tome esta decisión".

"Esta no es ninguna magnífica proeza, porque yo no deseo seguidores, y esto es lo que quiero significar. En el momento en que siguen a alguien, dejan de seguir la Verdad. No me preocupa si prestan o no prestan atención a lo que digo. Deseo hacer cierta cosa en el mundo y voy a hacerla con resuelta concentración. Sólo estoy interesado en una cosa esencial: hacer que el hombre sea libre. Deseo liberarlo de todas las jaulas, de todos los temores, y no fundar religiones, nuevas sectas, ni establecer nuevas teorías y nuevas filosofías. Entonces, naturalmente, me preguntarán por qué recorro el mundo hablando continuamente. Les diré por qué lo hago: no es porque desee que me sigan, ni porque desee un grupo especial de discípulos selectos. (¡Cómo gustan los hombres de ser diferentes

de sus semejantes, por ridículas, absurdas o triviales que puedan ser sus distinciones! No quiero alentar ese absurdo). No tengo discípulos ni apóstoles, ya sea en la tierra o en el reino de la espiritualidad..."

"Un periodista que me ha entrevistado, consideraba un acto grandioso disolver una organización en la cual había miles y miles de miembros. Para él esto era una gran acción porque dijo: "¿Qué hará usted después, cómo vivirá? No tendrá seguidores, la gente no lo escuchará". Con que sólo haya cinco personas que escuchen, que vivan, que tengan sus rostros vueltos hacia la eternidad, será suficiente..."

"Como he dicho, tengo solamente un propósito: hacer que el hombre sea libre, impulsarlo hacia la libertad, ayudarle a romper con todas sus limitaciones, porque sólo eso habrá de darle la felicidad eterna, la realización no condicionada del ser".

"Porque yo soy libre, no condicionado, completo -no una parte, no lo relativo, sino la Verdad total que es eterna deseo que aquellos que buscan comprenderme sean libres, que no me sigan, que no hagan de mí una jaula que se tornará en una religión, una secta. Más bien deberían librarse de todos los temores: del temor de la religión, del temor de la salvación, del temor de la espiritualidad, del temor del amor, del temor de la muerte, del temor de la vida misma. Así como un artista pinta un cuadro porque se deleita en esa pintura, porque ella es la expresión de él mismo, su bienestar, su gloria, así hago yo esto, y no porque quiera nada de nadie. Ustedes están acostumbrados a la autoridad, o a la atmósfera de autoridad que piensan va a conducirlos a la espiritualidad. Creen y esperan que otro, por sus extraordinarios poderes -un milagro podrá transportarlos a ese reino de libertad eterna que es la Felicidad. Toda la perspectiva que tienen de la vida se basa en esa autoridad".

"Me han estado escuchando durante tres años sin que ningún cambio se operara en ustedes, salvo en algunos pocos. Ahora, analicen lo que estoy diciendo, sean críticos para que puedan alcanzar una comprensión profunda, fundamental. Cuando buscan una autoridad que los conduzca a la espiritualidad, se obligan ustedes automáticamente a crear una organización alrededor de esa autoridad. Por la creación misma de esa organización que piensan ha de ayudar a esta autoridad para que les guíe hacia la vida espiritual, quedan ustedes atrapados en una jaula..."

"En lugar de las viejas distinciones espirituales, tienen ustedes nuevas distinciones, en lugar de los viejos cultos, tienen cultos nuevos. Todos ustedes dependen de algún otro para su espiritualidad, para su felicidad, para su iluminación; y aunque se han estado preparando para mí durante dieciocho años, cuando yo digo que todas estas cosas son innecesarias, cuando digo que deben descartarlas todas y mirar dentro de sí mismos para la iluminación, para la gloria, para la purificación e incorruptibilidad del ser, ninguno de ustedes quiere hacerlo. Puede que haya unos pocos, pero son muy, muy pocos".

"¿Para qué, pues, tener una organización?"

"¿Por qué las personas falsas, hipócritas, me han seguido a mí, la encarnación de la Verdad? Recuerden, por favor, que no estoy diciendo cosas duras o crueles, sino que hemos llegado a una situación en que deben ustedes enfrentarse a las cosas tal como son. El año pasado dije que no transigiría. Muy pocos me escucharon entonces. Este año he puesto eso absolutamente en claro. No sé cuántos miles en el mundo -miembros de la Orden han estado preparándose para mí durante dieciocho años; sin embargo, ahora no están dispuestos a escuchar incondicionalmente, totalmente, lo que digo".

"¿Para qué, pues, tener una organización?"

"Como dije antes, mi propósito es hacer que el hombre sea incondicionalmente libre, porque yo sostengo que la única espiritualidad es la incorruptibilidad del propio ser que es eterno, que es la armonía entre la razón y el amor. Esta es la absoluta, incondicionada Verdad que es la Vida misma. Deseo, por lo tanto, que el hombre sea libre, que se regocije como el pájaro en el cielo claro -libre de toda carga, independiente, extático en esa libertad. Y yo, por quien ustedes se han estado preparando durante dieciocho años, digo ahora que deben liberarse de todas estas cosas, liberarse de sus complicaciones, de sus enredos. Para eso no necesitan tener una organización basada en la creencia espiritual. ¿Por qué tener una organización para cinco o diez personas en el mundo que comprenden, que luchan, que han desechado todas las cosas triviales? Y para los débiles no puede haber organización alguna que les ayude a encontrar la Verdad, porque la Verdad está en cada uno de nosotros; no está lejos ni cerca; está eternamente ahí".

"Las organizaciones no pueden hacerlos libres. Ningún hombre puede, desde afuera, hacerlos libres; ni un culto organizado, ni la propia inmolación a una causa puede hacerlos libres, ni el formar parte de una organización, ni el lanzarse a una actividad puede hacerlos libres. Ustedes utilizan una máquina de escribir para su correspondencia, pero no la ponen en un altar para adorarla. Sin embargo, eso es lo que están haciendo cuando las organizaciones se convierten en la principal preocupación de ustedes. "¿Cuántos miembros hay en ella?" Esta es la primera pregunta que me hacen todos los reporteros. "¿Cuántos seguidores tiene usted? Por su número juzgaremos si lo que usted dice es verdadero o falso". Yo no sé cuántos son. No estoy interesado en eso. Aunque hubiera un solo hombre que haya podido liberarse, sería suficiente".

“Asimismo tienen ustedes la idea de que sólo ciertas personas poseen la llave para entrar en el Reino de la Felicidad. Nadie la posee. Nadie tiene la autoridad para poseerla. Esa llave es el propio ser de cada uno, y sólo en el desarrollo y la purificación y la incorruptibilidad de ese ser, está el Reino de la Eternidad”.

“Verán, pues, qué absurda es toda la estructura que han edificado buscando la ayuda externa, dependiendo de otros para el propio bienestar, para la propia felicidad, para la propia fortaleza. Estas cosas sólo pueden encontrarlas dentro de sí mismos”.

“¿Por qué, pues, tener una organización?”

“Se han acostumbrado a que se les diga cuánto han avanzado, cuál es el grado espiritual que poseen. ¡Qué niñería! ¿Quién sino ustedes mismos puede decir si son hermosos o feos por dentro? ¿Quién sino ustedes mismos puede decir si son incorruptibles? Ustedes no son serios en estas cosas”.

“¿Por qué, pues, tener una organización?”

“Pero aquellos que realmente deseen comprender, que traten de descubrir lo que es eterno, sin principio ni fin, marcharán juntos con mayor intensidad y serán un peligro para todo lo que no es esencial, para las irrealidades, para las sombras. Y ellos se reunirán y se volverán la llama, porque habrán comprendido. Un cuerpo así es el que debemos crear y tal es mi propósito. Gracias a esa verdadera comprensión habrá una verdadera amistad. A causa de esa verdadera amistad -que al parecer ustedes no conocen habrá verdadera cooperación de parte de cada uno. Y esto no por motivo de la autoridad, ni por la salvación, ni por la inmolación a una causa, sino porque ustedes realmente han comprendido y, en consecuencia, son capaces de vivir en lo eterno. Esto es algo más grande que todo placer y que todo sacrificio”.

“Estas son, pues, algunas de las razones por las que, después de haberlo considerado cuidadosamente por dos años, he tomado esta decisión. No proviene de un impulso momentáneo. Nadie me ha persuadido a ello -no me dejo persuadir en tales cosas. Durante dos años he estado pensando en esto, despacio, cuidadosamente, pacientemente, y he decidido ahora disolver la Orden, puesto que soy su Jefe. Pueden formar otras organizaciones y esperar por algún otro. Eso no me concierne, como tampoco me concierne crear nuevas jaulas y nuevas decoraciones para esas jaulas. Mi único interés es hacer que el hombre sea absolutamente, incondicionalmente libre”[14].

Tiempo después, se liquidaron los diversos fideicomisos y los fondos, y las grandes propiedades y terrenos volvieron a sus donantes originales. Se estableció una pequeña oficina, con Rajagopal como el principal organizador, para emprender la publicación de las pláticas de Krishnamurti. Por entonces, Krishnamurti comenzaba a ser considerado como un filósofo secular, absolutamente hostil a todas las creencias religiosas, y muchos partidarios fieles y leales de la Sociedad Teosófica sostenían que se había invalidado la venida del Instructor del Mundo.

Capítulo VIII

KRISHNAMURTI EN OJAI:
LOS AÑOS OLVIDADOS, 1938-1947

Krishnamurti renunció a la Sociedad Teosófica en 1930. Escribiendo ese año en el *Boletín Internacional de la Estrella*, había dicho: "Mi enseñanza no es oculta ni mística, porque considero ambas cosas como limitaciones que se le ponen al hombre en su búsqueda de la Verdad". La única inquietud de Mrs. Besant al escuchar las noticias sobre esta renuncia, fue su ansiedad con respecto al futuro de Krishnamurti. Era consciente de la total ausencia de valores mundanos en él, y se preguntaba cómo subsistiría en este mundo cruel sin la protección de la Sociedad. Se me dijo que Mrs. Besant persuadió a B. Sanjeeva Rao y a su esposa Padmabai, educadores eminentes y estrechos colaboradores de ella, para que renunciaran a la Sociedad Teosófica a fin de que pudieran unirse a la labor de Krishnaji y así acompañarlo y protegerlo.

El no regresó a la India hasta noviembre de 1932. Desde Bombay fue directamente a Adyar para ver a Mrs. Besant. Ella se había vuelto muy frágil, había perdido la memoria y estaba viviendo en el pasado. Pero reconoció a su hijo profundamente amado. Era trágico verla, y Krishnamurti sintió una congoja muy honda. A su regreso de Varanasi, habría de visitarla nuevamente. El se había dejado crecer la barba, y Mrs. Besant hizo un comentario acerca de sus bellas facciones y le dijo que lo veía débil y que debía cuidarse. Esta fue la última vez que se encontraron.

La plática de Krishnamurti en la Convención Teosófica realizada en Adyar en 1932, se topó con los comentarios críticos de los miembros más viejos de la Sociedad. Muchos años más tarde, Krishnaji me contó que ellos lo habían puesto en un aprieto, interrogándolo implacablemente y pidiéndole que afirmara o negara la existencia de los Maestros. Él había rehusado responder.

En su viaje de regreso a Europa conoció a Bernard Shaw en la casa de Sir Chunilal Mehta. Hablaron de Mrs. Besant. Shaw preguntó cómo estaba ella. "Muy bien", dijo Krishnamurti, "pero a su avanzada edad no puede pensar consecutivamente". "Nunca pudo", murmuró Shaw. Krishnamurti meramente sonrió.

Más adelante Shaw habría de describir a Krishnamurti ante Heskith Pearson como "el más bello ser humano que él hubiera conocido jamás"[1].

Annie Besant murió en Adyar el 20 de septiembre de 1933. Medio siglo después interrogué a Krishnaji acerca del impacto que la muerte de Mrs. Besant había tenido sobre él. Sus ojos se veían afectados por una mirada de intensa gravedad cuando respondió: "Leí la noticia de su muerte en el *New York Times* -ellos jamás me informaron".

A lo largo de sus vidas tan estrechamente entrelazadas, Mrs. Besant y su hijo adoptivo Krishna pasaron muy poco tiempo juntos. Pero desde las primeras cartas de Mrs. Besant a Krishna, una intensa onda de amor fluye desde ella para alcanzar y envolver al niño, sosteniéndolo y protegiéndolo.

Los lazos entre ella y Krishna se fusionaron trascendiendo el tiempo y el espacio cuando era un muchacho, él le escribía toda las semanas relatándole sus sueños, contándole acerca de sus estudios, de su vida cotidiana y de sus pequeños problemas. Primero fue una madre ansiosa de que nada pudiera dañarlo; luego fue la maestra; a medida que pasaban los años, a veces adoptaba el papel de una discípula y se sentaba a los pies de él para escuchar sus palabras. Cuando se debilitó su intelecto, sus poderes mentales disminuyeron y sus cartas a Krishna se volvieron descoloridas; las de él eran afectuosas, aunque formales. Pero el profundo amor y el respeto que sentía por ella, no mermaron durante toda la vida de Krishna.

Ella fue una influencia no en el sentido de moldear o de imprimir una dirección a la mente y a la enseñanza de Krishna, sino en el de proveer la base de una total seguridad de amor. Él había visto cómo el fuego ardía en ella y luego quedaba reducido a brasas, pero el cálido y abnegado amor de Mrs. Besant fue tal vez el único factor constante en la juventud de Krishna.

Con la disolución de la Orden de la Estrella, el grupo de jóvenes que siempre había rodeado a Krishna se dispersó. La organización de sus planes de viaje y de sus pláticas estuvo por un tiempo dividida entre Jadunandan Prasad, un joven y muy querido colaborador, y Rajagopal. La súbita muerte de Jadu en 1931 a la edad de treinta y cinco años, dejó a Krishna con pocos compañeros. Muchos de los que habían abandonado con él la Sociedad Teosófica se sintieron perdidos y desesperados; la Sociedad había provisto albergue, consuelo y un propósito en la vida. El dinero era escaso.

Jadu había sido un íntimo amigo Krishna escribió a Padmabai Sanjeeva Rao, en Varanasi, compartiendo su pena. Estas cartas descubren la mente de Krishna en los días que siguieron a su ruptura con la Sociedad Teosófica. El 30 de agosto de 1931, escribió:

Mi muy querida Akkaji:

¿No es terrible que Jadu se haya ido? Es algo realmente trágico, y puedo imaginar, querida Padmabai, qué es lo que usted debe estar sintiendo y lo deprimida que debe estar. Apenas si puedo creer que una cosa así sea posible. Jadu estaba recién asentándose en su trabajo, y no tiene usted idea de cuánto le encantaba su gira y del éxito que había logrado en ella. Me enteré durante el campamento al recibir un cable de John Ingleman: Jadu sufría un golpe de calor y su presión sanguínea era de 220; unos pocos días después, un nuevo cable decía que estaba mejorando firmemente. Nos sentíamos naturalmente ansiosos al respecto, pero él no pensaba que se estuviera preparando nada serio. Cuando vine aquí recibí un cable del cual usted ya tiene conocimiento. Akkaji, debe usted haber experimentado un choque muy doloroso y desearía estar a su lado, pero...

En su carta -se la agradezco muchísimo usted fue profética al preguntarse cuántos de nosotros estaríamos vivos cuando todos volviéramos a encontrarnos. Nitya se ha ido y así lo ha hecho Jadu. ¡Jadu era tan ingenioso, tan querido por todos! Y era muy inteligentemente crítico. Lo echaremos mucho de menos y, mi queridísima Padmabai, todo mi amor está con usted.

Todos ustedes están abatidos, y éste será otro golpe terrible Akka, somos tan pocos que hemos de trabajar juntos y en armonía y tenemos que cambiar y comprender que existe algo infinitamente más grande que el nacimiento y la muerte. Tenemos que comprenderlo, y el esfuerzo es colosal. Desearía estar con usted, pero así son las cosas. La vida es así, y es cruel si no somos los amos de ella.

Quisiera estar a su lado, queridísima Akka[2].

La respuesta de Padmabai debe haber expresado la profunda angustia que sentía, porque en otra carta del 29 de septiembre, Krishna se refiere a su propio dolor por la muerte de Nitya, a su investigación en la causa del dolor y al deslumbrante despertar:

Mi queridísima Padmabai:

Muchísimas gracias por su carta. Yo sé, Padmabai, la lucha que debe usted estar sosteniendo, Akkaji, porque nosotros deseamos el amor a través de una persona solamente, y la muerte oscurece nuestro amor. Siempre existirá la muerte en tanto nuestra comprensión esté limitada por una perspectiva personal y egotista. Yo le digo, querida Akkaji, que mientras exista la conciencia de uno mismo, existirán la muerte, la soledad y el dolor. Pasé por esto cuando murió Nitya, y comprendí qué es lo que está detrás del dolor, la causa de él. He defraudado a la muerte. Por lo tanto, Akkaji, es el momento de comprender en medio de este dolor y de esta desolación. Usted tiene que comprender, ahonde en lo más profundo y verá, Padmabai querida, que hay algo más permanente, más eterno que todas las personas. Todos hemos de morir, y mientras se encuentra usted en medio de este dolor, es éste el momento de comprender. No lo posponga, Akkaji. Tiene que buscar la salida en medio de la penumbra, y no esperar o dejar que el dolor devore su corazón y la soledad oscurezca su sonrisa. Esté, pues, ansiosa de comprender, Padmabai, aunque ello lastime. Desprenda su mente de la soledad y del dolor y examínelos; verá que al librar su propia conciencia, estará usted más allá del nacimiento y la muerte. Inténtelo, querida Padmabai, y no diga que éstas son meras palabras.

Desearía estar con usted, tal vez pudiera ayudarla. Oh, Padmabai, no tiene usted idea de la felicidad que implica el verdadero amor impersonal.

Está usted en mis pensamientos y en mi corazón.

Todo mi amor, mi queridísima Padmabai. Mi amor para todos.

Krishna

Sus cartas expresan añoranza por la India; poco a poco se estaba alejando de sus íntimos amigos en Occidente, a los que había conocido desde que era un muchacho. En la carta que escribió desde Ojai decía que estaba solo, descansando y entrando en estados de *Samadhi*. (*Samadhi*: Un estado de liberación final, en el que la entidad del ego ha cesado de existir y el buscador ha desaparecido. Es un estado de unión con el cosmos).

Mi queridísima Padmabai:

Le agradezco muchísimo su carta del 29 de octubre. Lamento profundamente que esté pasando por estos malos momentos, y desearía estar ahí para ayudarla. Sería bueno hablar sobre algunas cosas, pero eso ha de esperar hasta que volvamos a encontrarnos, lo cual no será sino hasta fines del año próximo. He estado solo conmigo mismo por las últimas dos semanas, repasando los pensamientos de los años pasados. Desearía poder tener con usted una buena conversación, que es mucho mejor que escribir.

Este lugar es magnífico, y un día (?) usted tiene que venir aquí. Estoy tomando un descanso completo y entro en estados de *samadhi*. Sólo veo a la gente los domingos, y los demás días los dedico a la reflexión Rajagopal y Rosalind se encuentran en Hollywood, puesto que Rajagopal debe atender su reumatismo que está bastante mal.

Me entero de que Amma está muy enferma y que no se espera que viva mucho. Rama Rao me escribió que está sorda como una tapia y que apenas si puede reconocer. Eso es trágico, y me pregunto qué va a pasar con la Sociedad Teosófica...

Con todo mi amor,
Krishna

Rama Rao, el amigo de Krishna, había perdido la vista y estaba seriamente enfermo. Con la muerte de Jadu, Krishna se volvió hacia Rajagopal y la esposa de éste, Rosalind (se habían casado en 1927) que seguían a su lado y estaban libres para viajar con él a través de los continentes.

Mientras Nitya vivía, el papel de Rajagopal en la vida del joven profeta fue periférico -Nitya se había hecho cargo de todos los asuntos organizativos relacionados con la labor de Krishnamurti. La muerte de Nitya creó un vacío funcional que debía ser llenado. Inevitablemente, primero Jadu y después Rajagopal, se encargaron de ello, planificando conferencias y giras y estableciendo la infraestructura para sostener su futuro trabajo. El casamiento de Rajagopal con Rosalind, una amiga muy intima de Nitya, hizo que Rajagopal se acercara más a Krishnamurti. Pronto Arya Vihar en Ojai se convirtió para ellos en el hogar permanente.

Una relación nacida de un acto de amistad destinado a proteger al joven y vulnerable Krishnamurti -cuya falta de mundanalidad hacía necesaria la protección poco a poco fue experimentando un cambio inmenso. En el período más temprano de su vida, protegido por Mrs. Besant, él era el 'esperado Instructor del Mundo', y las actitudes de los camaradas de Krishnaji reflejaban la conciencia de este hecho y un estado de reverencia. Siempre había una distancia entre el Instructor del Mundo y sus discípulos.

Sin embargo, con la disolución de las organizaciones y la negación de toda jerarquía espiritual por parte de Krishnamurti, eran inevitables actitudes nuevas. Lentamente, la distancia entre el maestro y sus colaboradores se acortó. Pronto Rajagopal y Rosalind asumieron el papel de guardianes, *sarvadhikaris*, poseedores de la autoridad en torno al joven profeta, haciéndose cargo de todas las decisiones que debían tomarse en la vida personal de Krishnamurti y en el trabajo relacionado con la enseñanza. El tímido y vacilante joven que tentaba el camino en el iridiscente océano de energía que se liberaba en su interior, buscando a tientas las palabras que pudieran contener sus observaciones y percepciones, estaba totalmente desinteresado de los asuntos del mundo. Se sentía feliz de poder dejarlo todo en las competentes manos de Rajagopal. K parecía vago, pasivo, cándido e incluso inmaduro. Sus primeros discípulos, viviendo en la estrecha proximidad de Krishnamurti, lo encontraban ansioso de realizar los quehaceres más humildes, y esto les empañaba la visión. Perdieron así contacto con la inmensidad, y más adelante empezaron a tratarlo como un niño al que podían regañar, ignorar, intimidar y decirle qué debía hacer y con quién debía encontrarse.

Forma parte de la mística de Krishnamurti que, una y otra vez, él permitió esto. Su misma naturaleza imposibilitaba cualquier respuesta o acción agresiva o de afirmación propia. Jamás perdió esa disposición de ánimo. Su mente dúctil, su ausencia de ego y su total confianza en quienes le rodeaban, hacían factible que los otros dieran por hecho que él lo aceptaba todo. Firmaría cualquier papel que le pusieran delante sus íntimos aliados, e incluso a veces haría eco a las irracionalidades de ellos. Esto condujo a declaraciones y acciones aparentemente contradictorias que confundían a sus amigos. Sin embargo, cuando parecía estar totalmente rodeado y dominado, la situación estallaba dejando a Krishnamurti intacto, libre para seguir su propio camino; mientras que aquellos que lo dominaban, solían quedar enojados, confundidos y a menudo quebrantados.

Entre 1933 y 1939, Krishnamurti viajó varias veces a la India, ofreciendo pláticas ante auditorios bastante numerosos. Con la muerte de Mrs. Besant en 1933 y la elección, en 1934, de George Arundale como presidente de la Sociedad Teosófica, se interrumpió todo contacto entre Krishnamurti y la Sociedad. Krishnamurti se había referido a la Sociedad Teosófica como una creencia organizada, "y la idea de un Maestro conduciendo al hombre hacia la Verdad, no es creíble para mí"[3].

El mundo y los medios de prensa habían perdido interés en el 'Instructor del Mundo' después de que éste rechazara el papel que la Sociedad Teosófica había concebido para él. Por largo tiempo su nombre desapareció de los periódicos y él llevó una vida de anonimato.

Hacia fines de aquellos años, una nueva fundación, la Krishnamurti Writings Inc. (K.W.I.), se estableció con sede central en Ojai. Krishnamurti fue su Jefe nominal, pero Rajagopal jugaba el papel de pivote, determinando quiénes serían los miembros del nuevo cuerpo y fijando las áreas de operaciones. Sin embargo, había un área donde el joven profeta, por vacilante que pudiera ser, se negaba a permitir cualquier intromisión. Era en el desarrollo y florecimiento de la mente nueva, y en el campo silencioso de percepción que estaba naciendo.

Krishnamurti se encontraba en Ojai cuando estalló la Segunda Guerra Mundial en Europa. Por casi ocho años vivió en Ojai en un relativo aislamiento. La guerra restringió sus movimientos, y ya no fue posible que siguiera viajando. Había sido citado por la Junta de Reclutamiento de los Estados Unidos, y tuyo que dar explicaciones detalladas de por qué no podía combatir y unirse al ejército. La Junta sugirió que regresara a la India. El estuvo de acuerdo y pidió que lo enviaran de regreso, pero no había transportes. De modo que le dejaron quedarse, pero se le prohibió ofrecer pláticas y tenía que presentarse regularmente a la policía.

Al cabo de un tiempo, Krishnamurti habría de referirse a estos años olvidados en Ojai. Él apreciaba sus paseos en el silencio de las montañas que rodean el Valle de Ojai. Caminaba "enormemente" por millas inacabables, pasando días enteros en la soledad, olvidado de la comida, escuchando y observando, sondeando el mundo interior y el que le rodeaba. Narró episodios de encuentros con osos salvajes y serpientes de cascabel que él enfrentaba sin movimiento alguno del cuerpo y de la mente. La bestia salvaje solía detenerse, con sus cautelosos y vigilantes ojos

enfrentándose por varios minutos a los quietos ojos de K; el animal, percibiendo una total ausencia de temor, daba la vuelta y se alejaba.

La mente observadora de Krishnamurti, libre de cualquier tendencia o presión interna, florecía; y con ello una elemental percepción, una conciencia mente-cuerpo a través de la cual el suelo, las rocas, los árboles, las tiernas hojas, los insectos, los reptiles, los pájaros, los animales comunicaban la historia de la tierra y el misterio de un insondable abismo de tiempo. Él dijo: "Cuando paseo no pienso, no hay pensamiento. Sólo observo... Considero que mis paseos solitarios tienen que haber servido para algo".

Krishnamurti se recordaba cuidando el jardín en Arya Vihar, cultivando rosas y vegetales, ordeñando vacas, lavando platos. Su intenso interés en las cosas mecánicas, que él había desarrollado desde la niñez, habría de continuar; disfrutaba desarmando relojes y motores de automóviles para entender su funcionamiento, y armándolos después nuevamente. Algunos de sus amigos le habían obsequiado un automóvil. La gasolina era escasa, pero toda vez que podía, Krishnamurti gozaba manejando a una velocidad tremenda por los caminos del valle llenos de curvas.

Informaciones de la guerra y de la devastación ocasionada por las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, lo llenaron de un horror inexpresable, pero despertaron intensas percepciones sobre la naturaleza de la violencia y el mal. Esto se hizo especialmente vívido para él un día en que llegó hasta las proximidades de Santa Bárbara. Se le acercó una mujer ofreciéndole recuerdos del Japón. Krishnamurti rehusó, pero ella insistió mostrándole lo que llevaba en su caja -la abrió poniendo al descubierto una oreja y una nariz humana disecadas.

Miss Muriel Payne, que afirmaba haber cuidado a Krishnamurti en Ojai cuando estuvo muy enfermo, me contó que la respuesta de él a la devastación y crueldad de la guerra, había sido traumática. Preguntaba repetidamente: "¿Para qué sirve lo que hablo?" Y buscaba refugio en la soledad de las montañas, con los árboles y los animales. Pasó varias semanas sólo, en una choza en Wrightwood, en las montañas de San Gabriel cerca de Los Angeles, y en Sequoia, más al norte. Se había dejado crecer la barba.

Krishnaji rememoraba la rutina de su vida en la escasamente amueblada cabaña en medio del bosque. Solía despertarse temprano en la mañana, daba un largo paseo, se preparaba el desayuno, lavaba los platos y aseaba la casa, y por una hora todos los días meditaba escuchando la Novena Sinfonía de Beethoven (la única grabación que pudo conseguir). No había libros. Por las tardes cantaba himnos en sánscrito que recordaba de su temprana infancia. El favorito era uno dedicado a Daksinamunti-Shiva como el gurú supremo. El sonido del sánscrito surgía desde las profundidades de su vientre; era un sonido virgen que llenaba los bosques y que escuchaban los pinos y las antiguas secoyas, el zorrillo, el oso y la serpiente de cascabel. Una araña compartía la choza con él. Todas las mañanas Krishnamurti deshacía la telaraña, en la que estaban atrapadas moscas y otros insectos. Recogiendo cuidadosamente a la araña la colocaba fuera de la choza, pero cada mañana aquella había regresado y estaba otra vez hilando su tela[4]. Un verso de los *Upanishads*, aprendido en la niñez, puede haber acudido a su mente: "Como una araña emerge desde sus propios hilos/ así también desde este ser toda vida alienta/ y todos los mundos, todos los dioses y todas las criaturas contingentes/ surgen y se expanden en todas las direcciones"[5].

Por días continuó el ritual entre la araña y Krishnamurti, una comunicación sin palabras; entonces un día Krishnamurti le dijo a la araña: "Paz, compartamos la choza".

Krishnamurti tenía visitantes ocasionales. Aldous Huxley, que se había establecido en California y estaba perdiendo la vista, paseaba con Krishnamurti por largas horas. A veces hablaban de los sentidos y de la ceguera. Krishnamurti ayudó a Huxley; el poder de curar estaba activo. Lo usó parcamente y en secreto; se mostraba más bien tímido al respecto y se disculpaba aun antes de hablar de ello.

Muchos años después, al preguntársele qué quería decir cuando hablaba de todos los sentidos operando simultáneamente, Krishnaji habló de un amigo ciego a quien conoció mientras estuvo viviendo en los cerros. Ellos habían tratado el tema de los sentidos. Luego, solo en la choza, Krishnamurti pasó una semana con los ojos vendados para ver qué sucedía cuando un sentido de los que uno dependía era negado. Contó que, al estar plenamente alerta cada poro de su cuerpo, y todos los sentidos operando intensamente, ello compensaba el sentido faltante. Habló de que todo tenía que estar en su justo lugar, interna y externamente.

Hay también indicaciones de que en esa época estuvo experimentando con muchas de las rígidas austeridades del yoga -ayunando por largos períodos; observando completo silencio durante días; clausurando con las dos manos los órganos de los sentidos para tapar la visión, el sonido y la respiración, despertando así a las vastas reverberaciones del sonido interno. Pero desechó estas posturas del yoga, considerándolas un juego superficial e insignificante.

La luminosa belleza y la dramática y legendaria juventud de Krishnamurti, habían despertado la curiosidad y el interés de un número de escritores, actores e investigadores que, además de Huxley, se habían asentado en y alrededor de Los Angeles. Gerald Heard, que estaba ahondando en la investigación religiosa de la India, fue uno de los primeros místicos occidentales que se estableció en California. Era amigo de Huxley, Krishnamurti, Christopher Isherwood y Prabhavanand, un monje de la misión Rama Krishna. Huxley y Heard habían llegado a ser íntimos amigos de Krishnamurti. Fue una relación curiosa. Krishnamurti, a fines de la década del 30 y a

comienzos de la del 40, era muy tímido, y quizá no había permitido que lo infinito que había dentro de él se revelara. De otro modo, es imposible entender el comentario que María Huxley hizo a su respecto. Dijo él durante los años 1938 a 1939: "Es encantador y divertido y tan sencillo ¡Cómo debe sufrir cuando lo tratan como a un profeta!"[6].

Aldous Huxley y su primera esposa, María, gustaban de los picnics, igual que Krishnamurti. Anita Loos, escribiendo sobre Los Angeles a fines de los años 30; relata un incidente que, como ella lo expone, "podía haber tenido lugar en 'Alicia en el País de las Maravillas'" En uno de tales picnics, los invitados incluían a los Huxley y a Krishnamurti; a Greta Garbo, vistiendo un desaliñado par de pantalones masculinos y un maltratado sombrero; a Charlie Chaplin y a su bella esposa Paulette Goddard vestida con un conjunto mexicano de prendas campesinas; a Bertrand Russell (que es descrito por Anita Loos, como "un espíritu travieso de parranda"); y al escritor Christopher Isherwood.

No pudiendo encontrar un sitio adecuado para el picnic, finalmente descendieron hasta el polvoriento lecho del río Los Angeles. Mientras procedían a preparar sus comidas especiales -Greta Garbo portando manojos de vegetales crudos, Goddard con su champaña y su caviar, Krishnamurti con su arroz de pronto apareció un fornido policía y preguntó: "¿Qué diablos está pasando aquí?"

Ellos interrumpieron todos los preparativos, "pasmados y silenciosos". Se presentó un sheriff portando un rifle. "¿Nadie en esta pandilla sabe leer?", le preguntó a Aldous Huxley, señalándole un letrero que decía: "Se prohibe intrusos". Huxley se excusó con el sheriff prometiendo asear el lugar y dejar el lecho del río más limpio que como lo encontraron. El sheriff se estaba enojando y le dijo a Huxley "¡Andando! y eso significa ¡ya!" Huxley, pensando que podría apaciguar al sheriff mencionando a algunas de las celebridades, lo hizo señalando a Charlie Chaplin y Greta Garbo".

"¡No me salga con eso!" gruñó el sheriff. "He visto a estos astros en las películas y ninguno de ellos pertenece a este grupo. ¡Váyanse de aquí, vagos, o arrestaré a todo el montón!" Y así, cuenta Anita Loos, "plegamos nuestras carpas como los árabes, y nos escabullimos..."[7]

A mediados de los años 40, Krishnamurti y Huxley se habían vuelto íntimos amigos. Se encontraban a menudo y daban largos paseos. Huxley hablaba y Krishnamurti escuchaba. Huxley estaba perplejo; su formidable intelecto encontraba difícil comprender la dúctil fuerza de una mente nacida de la percepción no contaminada por el pensamiento. A su vez, Huxley escuchaba y aprendía a estar en silencio cuando Krishnamurti hablaba de la percepción, del tiempo y del estado de alerta. Que la mente de Krishnamurti interesaba a Huxley es obvio. En uno de los paseos, le dijo a Krishnamurti "que lo daría todo por una percepción directa de la verdad, pero que su mente era incapaz de tenerla. Estaba demasiado llena de conocimientos". Christopher Isherwood relata una conversación que sostuvo con Huxley. Isherwood le había estado hablando a Huxley de las instrucciones para la meditación que le había entregado su gurú, Swami Prabhavanand, "lo cual impulsó a Aldous a decirme que Krishnamurti nunca meditaba sobre 'objetos' como flores de loto, luces, dioses y diosas, y que incluso creía que hacer eso podía conducir a la demencia"[8].

Rememorando su relación con Huxley y Gerald Heard, Krishnamurti dice: "Yo era terriblemente tímido. Todos ellos eran tremendamente intelectuales. Yo los escuchaba, interpolando una o dos manifestaciones"[9]. Gran parte de la correspondencia entre Krishnamurti y Huxley, y las notas tomadas por Huxley, se quemaron en un incendio que destruyó la casa de éste y todas sus grabaciones. Más adelante, Huxley escribiría la Introducción al libro de Krishnamurti '*La Libertad Primera y Última*'. En 1961, justo antes de su muerte, Huxley escuchó hablar a Krishnamurti en Saanen, Suiza. En una carta a un amigo, describe eso como "algo que está entre las cosas más impresionantes que yo haya escuchado jamás... era como escuchar el discurso del Buda -tal poder, tal autoridad intrínseca, tan inflexible rechazo a permitir al hombre medio sensual cualquier tipo de escapes o sustitutos, cualquier tipo de gurús, salvadores, führers, iglesias". Yo les muestro el dolor y la terminación del dolor, y si ustedes no satisfacen las condiciones para terminar con el dolor, estén preparados, cualesquiera que sean los gurús, las iglesias, etc. en que puedan creer, para la indefinida continuación del dolor"[10].

Krishnamurti recordaba que en Ojai, durante los años de la guerra, había visitado a Gerald Heard en 'Trabuco', "un club para místicos" edificado a cinco millas de Los Angeles por Gerald Heard y Félix Green, un sinólogo inglés que también se interesaba en la investigación religiosa de la India. Gerald Heard, que había sido elocuentemente descrito por Christopher Isherwood como "uno de los pocos grandes constructores [en el mundo] de mitos mágicos y reveladores del prodigio de la vida"[11], había edificado un retiro con una sala de meditación que daba sobre el Océano Pacifico. Krishnamurti visitó 'Trabuco' por una semana a invitación de Gerald Heard. Describiendo a 'Trabuco' para nosotros, Krishnamurti habló del parecido que tenía con un monasterio trapense -excepto que aquí las personas podían venir para un retiro y no quedaban atrapadas por el resto de sus vidas. Las sesiones de meditación tenían lugar unas seis veces al día. A los residentes se les permitía conversar en las mañanas, pero después del almuerzo se imponía un silencio estricto. Krishnaji se unió a las sesiones de meditación; sentado con las piernas cruzadas sobre el piso durante cuatro horas en la oscurecida sala de

meditación, percibía los agitados pensamientos en las mentes de quienes meditaban alrededor de él. La intensa oscuridad era usada como una ayuda para crear la mente silenciosa. La atmósfera misteriosa y los caóticos, excitados pensamientos de los otros invitados, perturbaron grandemente a Krishnamurti, quien no volvió a visitar 'Trabuco' nunca más.

Tal vez el más perspicaz de los comentarios provenientes de 'extraños' que vivieron en la costa del Pacífico en los años 40 y 50, fue el de Henry Miller, el obsceno, tempestuoso escritor de algunas de las más bellas prosas surgidas en Norteamérica durante el siglo veinte. En sus últimos años Miller se convirtió en un recluso y vivió en el Gran Sur, sobre la costa meridional de San Francisco. Jamás había conocido a Krishnamurti; pero después de leer un libro sobre Krishnamurti escrito por Carlo Suarez, Miller expresó:

> Krishnamurti ha renunciado más que ningún hombre en quien yo pueda pensar excepto Cristo. Fundamentalmente, él es tan sencillo de entender, que es fácil comprender la confusión que sus claras, directas palabras y acciones han ocasionado. Los hombres son renuentes a aceptar lo que puede captarse con facilidad.
>
> Jamás he conocido personalmente a Krishnamurti, aunque no existe ningún hombre viviente a quien más privilegiado me sentiría de conocer.
>
> Su trayectoria, única en la historia de los líderes espirituales, recuerda la de la famosa epopeya de Gilgamesh. Aclamado en su juventud como el futuro Salvador. Krishnamurti renunció al papel que habían preparado para él, desdeñó a todos los discípulos, rechazó a todos los mentores y preceptores. No inició una nueva fe o un nuevo dogma, lo cuestionó todo, cultivó la duda (especialmente en los momentos de exaltación) y, a pura lucha heroica y perseverancia, se liberó a sí mismo de la ilusión y el hechizo, del orgullo, de la vanidad, y de toda forma sutil de dominio sobre otros. Llegó hasta la fuente misma de la vida para encontrar sustento e inspiración. El resistir los ardides y acechanzas de aquellos que buscaban esclavizarlo y explotarlo, le exigió eterna vigilancia. Él liberó su alma, por así decirlo, de la tierra y del cielo, abriendo de ese modo para ella "el paraíso de los héroes".
>
> ¿Es, acaso, necesario definir este estado?[12]

En 1945, cuando terminó la guerra, Krishnamurti tenía que ir a Nueva Zelandia, pero cayó muy enfermo. Padecía dificultades urinarias, tenía fiebre alta y permanecía inconsciente por largos períodos. Es posible que algunos de sus inmensos cambios psíquicos ocurrieran en él durante esta enfermedad. Él había de haberse recuperado por sí mismo, de que el cuerpo fue dejado solo. Los médicos lo vieron, pero parecían incapaces de diagnosticar su enfermedad y no le prescribieron medicina alguna

SEGUNDA PARTE

KRISHNAMURTI EN LA INDIA
1947-1949

Capítulo IX

LOS AMIGOS SE REUNEN

El 15 de agosto de 1947, la India se declaró independiente, y Jawaharlal Nehru fue nombrado primer ministro. Tumultuosa aunque de carácter no violento, la lucha por la independencia había sido conducida, desde los primeros años del siglo XX, por el Mahatma Gandhi. En 1944, el denuedo de una lucha no violenta contra el poderío del Imperio Británico, había servido de inspiración a un mundo que luchaba por rehabilitarse después de la guerra más violenta de la historia.

Pero la independencia de la India trajo también consecuencias amargas. Para alcanzarla, el vasto subcontinente había sido seccionado; territorios en el norte, en el oeste y en el este se cercenaron separándolos del área estratégica central, a fin de formar el nuevo Estado Islámico de Pakistán. Las familias quedaron divididas, las amistades se rompieron. Estalló la violencia; matanzas, violaciones e incendios intencionales se registraron a lo largo de las fronteras y en el interior del país. Se produjeron vastas migraciones de personas; los hindúes se movieron hacia el este, los musulmanes hacia el oeste. Los nuevos dirigentes de la India, la mayoría de los cuales había pasado la mitad de su vida en prisión, fueron súbitamente convocados para poner orden en un continente en llamas y para encarar un problema de refugiados como nunca antes se había presentado.

La llegada de K a la India dos meses después de la independencia, no pudo haberse producido en un momento más propicio. Una vieja era en la India estaba muriendo, y el nacimiento de la era nueva se hallaba rodeado de dolores y desilusiones. Las matanzas que habían hecho erupción con la libertad y la partición de la India, resultaron traumáticas para mentes nutridas en ideas de no-violencia. Había existido poco tiempo para la pausa, para reflexionar, para mirar en la distancia, para ponderar las cosas y formularse preguntas fundamentales. Para los líderes y constructores de la India, las actividades basadas en lo inmediato habían frenado la posibilidad de una acción nacida de la visión de largo alcance.

El cuerpo sorprendentemente joven de Krishnamurti y su mente, habían mantenido en reserva inmensas riquezas energéticas. En 1947 su rostro aparecía cualitativamente distinto del que mostraban las primeras fotografías de los años 20 y 30. Era evidente que el largo período de retiro en Ojai, originado en fuerzas que estaban más allá de su control, había provisto los espacios en los cuales pudieron converger energías explosivas. Estaba naciendo una inteligencia, una perfección de mente, corazón y cuerpo, el cual se veía sumamente bello, majestuoso y alerta. Cuando se le preguntó acerca de los años en Ojai, K dijo: “Pienso que fue un período sin retos, sin exigencias, sin nada sobresaliente. Fue como si todo hubiera permanecido encerrado, contenido; y cuando dejé Ojai, todo eso estalló”.

Un esplendor y una incandescencia interna habían transformado el rostro de K -antiguo, y sin embargo no tocado por el tiempo. Los ojos, de color azul oscuro, reflejaban la visión de largo alcance del profeta. Profundamente vacíos y, no obstante, fundados en la compasión, eran ojos proféticos que habían viajado a distancias inmensas. Su cabello, ligeramente agrisado y recogido hacia atrás, revelaba la majestad de su frente. Los lóbulos de las orejas eran largos, la cabeza y la columna vertebral erectas, el talle delgado, los hombros ligeramente inclinados. Avanzaba dando grandes pasos, los pies presionaban la tierra y se hundían en ella creando espacios dentro de los cuales él caminaba. Los largos brazos descansaban a los costados, las palmas de las manos abiertas y dirigidas hacia adentro. Desde mi primer encuentro con él me di cuenta de la profunda quietud de su cuerpo. En reposo, había poco movimiento de la cabeza, de los hombros o la columna; y cuando surgía la necesidad de actuar, ningún movimiento era superfluo; el cuerpo respondía con gracia y dignidad naturales, con precisión y un gasto mínimo de energía.

Cuando dialogaba, las manos asumían gestos simbólicos, se abrían, interrogaban, sondeaban, abarcaban, señalaban el camino. Cuando estaba relajado, las manos descansaban.

Por primera vez llegaba solo a la India. Se había desprendido de todos los lazos y las coacciones externas. Durante toda su vida lo habían sostenido, protegido. Al principio fue el afecto y el interés de su padre, luego fue la Sociedad Teosófica con sus expectativas acerca del papel que iba a desempeñar como Instructor del Mundo. Cuando dejó la Sociedad Teosófica y los rituales y jerarquías de la misma, su vida exterior quedó a cargo de Rajagopal y Rosalind. Los nueve años en Ojai lo habían separado de sus amigos de la India. Lentamente, los viejos y leales amigos fueron muriendo o fueron apartados de él. Sin embargo, ahora no había nadie que lo cuestionara, que planeara sus días, que decidiera a quién debía ver o adónde debía ir. Estaba totalmente libre, tanto en lo externo como en lo interno.

A través de los años, siempre que tenía que regresar a la India, su primer acto consistía en despojarse de las ropas occidentales y ponerse vestiduras hindúes. Con este cambio de ropas, su personalidad, sus actitudes y respuestas también cambiaban. En Occidente era más formal, con los exquisitos modales del viejo mundo. Vivía una existencia recluida, viendo a pocas personas. Las largas discusiones y exploraciones que aquí se suscitaron en los

desayunos y almuerzos, íntimamente vinculadas con su vida en la India, allá no existieron. Estas percepciones surgidas en los paseos o en las conversaciones aparentemente casuales, no han sido grabadas.

Con las vestiduras hindúes, cuya longitud le daba el aspecto de un monje mendicante, K asumía con naturalidad el papel de maestro. Los siglos de meditación y de interés en 'lo otro', que se conservaban latentes en la tierra india, penetraron en él. Pareció adquirir altura, y la forma de su indumentaria revelaba la inclinación de los hombres. Su paso tenía la majestad del elefante rey de la selva.

Los jóvenes, hombres y mujeres, que se reunieron en torno a Krishnaji en Bombay (muchos de los cuales, como yo misma, habrían de permanecer con él por más de treinta años) provenían de distintas disciplinas -política, literaria, académica, social. Muchos de ellos habían participado en la lucha por la libertad, y habían sido proclamados héroes políticos. Llenos de horror por los acontecimientos que siguieron a la partición de la India, carecían de la visión profética necesaria para ver el caos que habría de afrontar la India del futuro. Eran, sin embargo, lo bastante sensibles como para no compartir la bulliciosa euforia de la libertad que llevó a creer, a un gran número de personas, que con la retirada del reinado británico en la India había amanecido una Edad de Oro basada en los valores éticos del secularismo y del socialismo, y que había llegado el fin de la pobreza.

Ellos habían vislumbrado el páramo de ambición, amargura y codicia que se esconde tras los slogans y las palabras grandiosas. Los ideales que los habían sostenido durante años de lucha política, se habían desmoronado bajo sus pies. Y con ellos, las estructuras verbales que los habían alimentado. Estaban enfrentándose a la confusión, a la contradicción y a lo que parecía ser un muro en blanco.

Se reunieron a causa del radiante resplandor y la compasión que emanaban de la presencia de K; y también debido a las aflicciones y desesperaciones personales, al dolor que no podían afrontar ni disipar; y a la incapacidad que tenían para imprimir una dirección significativa a sus vidas. Buda había ordenado a sus monjes con el llamado: "*Ehi Etha*", Vosotros venid. El silencioso llamado de Krishnamurti era de idéntica naturaleza.

Entre las personas que recibieron a K en el aeropuerto estaba Sir Chunilal Mehta, un distinguido industrial que había servido como miembro del Consejo de Gobernadores en lo que después fue la presidencia de Bombay. (Los actuales estados de Maharashtra y Gujerat). Ardiente admirador de K, Sir Chunilal estaba en éxtasis cuando, al regresar a su casa, le habló a su joven nuera Nandini de "este prodigioso y joven ser que descendió deprisa los escalones del avión, y como un rayo de luz vino hacia nosotros". K se alojaba en la casa de Ratansi Morarji en Carmichael Road. En las mañanas era una casa abierta para todos, y se habían reunido muchas personas cuando Chunilal Mehta y Nandini entraron. Lo que sucedió está mejor narrado en las propias palabras de Nandini:

"Fui y me senté en el piso en un rincón, sintiéndome un poco nerviosa. Divisé a la distancia una figura en un largo *kurta* blanco, sentada con la espalda erecta. La estancia estaba llena de gente, y K se encontraba en medio de una discusión. Kakaji [Sir Chunilal] se encontraba sentado frente a K, y pronto intervino en la conversación. Un minuto después K, cuyo rostro miraba hacia otro lado lejos de mí, giró y me miró fijamente por unos segundos. Para mí el tiempo se detuvo. El se volvió y continuó con la discusión. Un rato después, giró otra vez la cabeza y miró profundamente dentro de mis ojos, y el tiempo se detuvo nuevamente. K prosiguió con la discusión. Pero yo ignoraba por completo lo que se estaba diciendo.

"La discusión terminó y la gente comenzó a levantarse para irse. Me incorporé y encontré a K de pie frente a mí. Viendo que K se había acercado a mí, Kakaji se levantó apresuradamente y me presentó como 'Nandini, mi hija política'; Krishnaji había empezado a reír, no a sonreír sino a reír -yo jamás había escuchado reír de manera tan profunda y tan resonante. El sonido de un torrente del Himalaya cayendo de roca en roca para unirse con otro torrente. Él preguntó: '¿Por qué ha venido?' Las lágrimas habían empezado a fluir incontrolablemente por mis mejillas. Él continuaba riendo y mis lágrimas continuaban fluyendo. Tomó mi mano y la retuvo fuertemente. Volvió a preguntar. '¿Por qué ha venido?' Y al final pude hablar, aunque las lágrimas no disminuían. 'He esperado treinta años para verle, [Nandini tenía en esa época treinta años]. La risa de K continuó. Luego, soltando mi mano, puso su palma sobre mi cabeza y la dejó ahí por unos segundos. Mis *pranams* (*Pranam* y *namaskara* tienen el mismo significado. excepto que *pranam* contiene un elemento de mayor respeto. Es la tradicional forma de saludo, levantando las manos con las palmas unidas como en una plegaria) para él, lo fueron a través de mis lágrimas.

"En el automóvil, Kakaji parecía un poco confundido; volteó la cabeza y me dijo: '¿Lo has visto? Que él haya reparado en ti es un gran privilegio. No dejes que se te suba a la cabeza'. Empecé por acompañar a Kakaji todos los días para visitar a K. Una mañana K dijo: '¿No quisiera usted venir a verme?' No le contesté. No sabía que para mí era posible ir a verle".

K habría de dejar Madrás por poco tiempo, y fue solamente a su regreso que Nandini comenzó a visitarlo.

Maurice Friedman, un ingeniero polaco, también estaba en Carmichael Road para recibir a K. Un hombrecito menudo, de espalda encorvada, vestía un *kurta* y un pijama holgado que le quedaba muy mal. Era imposible determinar su edad. Teósofo desde su pubertad, había venido a la India como ingeniero para trabajar en Bangalore. Pronto perdió interés en su trabajo, vistió una túnica azafranada, tomó los votos y se convirtió en un mendicante tomando el nombre de Bharatanand. Desde el punto más septentrional de la India hasta Kanniyakumari en el

extremo sur, recorrió la senda de los peregrinos -con los pies desnudos, comiendo lo que le daban, residiendo en *marhs* (monasterios) o bajo los árboles, discutiendo con yoguis y faquires. Conoció a hombres sabios y mantuvo conversaciones con maestros religiosos, pero descubrió que el despertar no se encuentra en la apariencia exterior o en la túnica o en la escudilla del mendigo. Abandonando, pues, la túnica, vino a parar en el *ashram* de Ramana Maharshi, en el extremo sur. A Ramana Maharshi se le considera un hombre liberado; un santo que rompió con todas las ataduras y trascendió el yo.

Un relato apócrifo cuenta cómo Friedman llegó un día hasta el río desbordado. Meditando sobre la vida y el proceso causativo, se dijo a sí mismo: "Si he de morir, seré llevado por las aguas; si he de vivir, las aguas me salvarán". De modo que se arrojó a las aguas torrenciales y fue devuelto a la orilla. Tres veces se arrojó, y tres veces las aguas rehusaron aceptarlo. Así, golpeado en cuerpo pero intrépido en espíritu, dijo: "El destino quiere que viva". Y regresó al *ashram*. A mitad de camino se encontró con Ramana Maharshi, quien lo miró y le dijo amable pero severamente: "Deja de jugar al tonto contigo mismo".

Mientras era un *sannyasin*, Friedman había vivido por algunos años en Sevagram, el *ashram* de Gandhiji cerca de Wardha, en Maharashtra. Usó sus habilidades de ingeniero para ayudar al desarrollo del *ambar charkha*, el torno de hilar manual de husos múltiples, y había participado en muchos de los programas de desarrollo iniciados por Gandhiji. Profundamente interesado en K y en su enseñanza, había venido a Bombay para estar con él. Friedman tomó parte en las discusiones con mucha energía, asumió por sí mismo el papel de intérprete, y prologaba sus comentarios con la frase: "En otras palabras..." Cálido, afectuoso, inteligente, intensamente curioso, se hacía trizas contra sus propias ataduras, incapaz de penetrar más allá de las limitaciones de las palabras e ideas que él mismo se había creado.

Jamnadas Dwarkadas, otro asiduo visitante, era una figura rotunda que vestía un inmaculado *dhoti*, un blanco birrete Gandhi y un *kurta.* Dwarkadas provenía de una opulenta familia de Kutch. Establecidos desde hacía mucho tiempo en Bombay, los varios hermanos se habían distinguido en diversos campos. Jamnadas Dwarkadas, político y hombre de negocios, había sido un estrecho colaborador y amigo de Annie Besant. Generoso de corazón y profundamente devoto de K, había donado una gran parte de sus riquezas. Con los años perdió su fortuna familiar, pero su generosidad no disminuyó ni los contratiempos agriaron su naturaleza magnánima.

Abrazaría a K, lloraría de emoción, y se sentaría durante las discusiones con los ojos cerrados y una expresión extática en su querúbico rostro. Solía contarnos historias de la niñez de K; Jamnadas tenía una memoria notable y un gran caudal de anécdotas. Los niños de nuestra familia se reunían alrededor de él, porque los tenía hechizados con los relatos sobre K y Annie Besant. Un *vaishvava* (Un *vaishnava* es un devoto del dios Krishna. Pero la palabra también comunica una cierta conducta ética, como el vegetarianismo, la caridad, la bondad y la devoción) le trajo a K exquisitas guirnaldas de jazmines entrelazadas con pétalos de rosa que se asemejaban a perlas y rubíes, e insistió en que K se pusiera esta fragante guirnalda después de las discusiones y las pláticas. Yo recuerdo haber estado parada con Nandini a los pies de la escalera que conduce a la terraza donde K sostenía las discusiones. K estaba de pie en lo alto de la escalera, una figura esbelta vestida de blanco con jazmines alrededor del cuello, una guirnalda que caía hasta sus rodillas. Las discusiones terminaban siempre bien avanzado el anochecer, y el resplandor de las luces estaba dando en el cabello de K, recogido hacia atrás desde la frente, mientras sus ojos nos sonreían mirando hacia abajo donde ambas nos encontrábamos.

Entre las personas que se reunieron en Madrás para encontrarse con K en octubre de 1947, se encontraba también un joven químico llamado Balasundaram, quien había estado enseñando en el Instituto de Ciencias de Bangalore. K estaba parando en Sterling Road, Madrás, donde ofrecía pláticas y sostenía discusiones públicas. Su anfitrión era R. Madhavachari, el representante en la India de la Krishnamurti Writings Inc., e ingeniero en la Southern Railwais.

La concurrencia a las pláticas era escasa; componían el auditorio (unos pocos viejos teósofos, algunos escritores y profesores, y unos cuantos jóvenes. Entre estos se encontraba Shanta Rao, la bailarina de *bharat natyam* (*Bharat Natyam*: Danzas originadas en los rituales de adoración en los templos del sur de la India. Fue a mediados del siglo XX que las *bharat natyams* comenzaron a ser bailadas por mujeres de las castas más altas, y fueron trasladadas del templo al escenario, del ritual al arte y al entretenimiento); ella pasó el día en Sterling Road, llevándole a K su jugo de naranjas, ayudando a servir la comida y actuando como una *dwarpal*, una guardiana, a las puertas de K.

Eran años previos al esplendoroso surgimiento de Shanta Rao en el panorama de la India, como una de las más brillantes bailarinas de *bharat natyam* que actuarían en la India libre. Shanta entró en el ambiente de K con la misma elocuencia y seguridad en sí misma con que salía a un escenario. Habría de pasar largos períodos en Madrás escuchando las pláticas de K, entrevistándolo o simplemente estando cerca. Joven, con un cuerpo de pantera, fuerte, de mente arrogante, había estudiado los *Natya Sastras* (Los *natya sastras*, escritos entre 200 a.C. y 200 d.C. por el sabio *Bharat Muni* era un tratado de artes dramáticas, mímica, danza, arte teatral. El elemento básico del libro lo constituía una teoría de la Estética) y había aprendido a bailar bajo la disciplina de grandes gurús de *bharat natyam* y *kathakali* (*Kathakali* es danza mímica y teatro. Acompañada por un poderoso tamboreo y canto, se desarrolló en las cortes de los reyes Nayar y Kerala. Los relatos se basaban en las epopeyas Mahabharata y Ramayana. Los Nayars eran una clase militar. La sociedad era matriarcal. Los brahmines

(Namboodries) eran estudiosos y tenían mucho poder. Trajes típicos, máscaras pintadas y gestos altamente estilizados, integraban la forma *Kathakali* de danza). La suprema confianza que tenía en sí misma era evidente en su aplomo y en sus palabras. Interrogó a K acerca de la índole de la belleza -si era externa o interna, y cuál era su patrón de medida.
Tal vez fue por influencia de ella que K escribió sobre una bailarina en sus *Comentarios sobre el Vivir*:

Ella era bailarina, no de profesión sino por vocación. Debía sentirse orgullosa de su arte, porque había en ella arrogancia -no sólo la arrogancia de la realización, sino la de cierto reconocimiento interno de su propio valor espiritual. Como otro se sentiría satisfecho con el éxito exterior, ella se sentía complacida con su progreso espiritual. No sólo bailaba, sino que también daba charlas sobre arte y sobre la realización espiritual[1].

Otra visitante que estuvo estrechamente vinculada con K durante los años que pasó él en la India, era la frágil Sunanda de los ojos de gamo, hija de un viejo teósofo. Sunanda, graduada en la Universidad de Madrás, tenía un intelecto finamente pulido y estaba estudiando leyes y preparándose para rendir examen a fin de ingresar en el servicio exterior. Ella también pasó un tiempo con K yendo todos los días a Sterling Road -hablándole de sus sueños con respecto al futuro, de sus problemas personales, o bien observándolo cuando él se lustraba los zapatos, o sentándose quietamente mientras K escribía cartas. K bromeaba con ella, cantaba con ella, le decía que ella era demasiado joven aún para echar raíces, y la invitaba a que saliera y conociera el mundo. Con sus sentidos ardiendo, ella respondía apasionadamente a la presencia de K y fue arrebatada y absorbida en el torrente de atención que él le dedicaba.

En aquellos años K era muy accesible. Mukund Pada, un joven que más tarde vestiría la túnica azafranada, me escribió muchos años después de su encuentro con K en l947:

De regreso en Madrás, asistí por primera vez en diciembre de 1947 a una plática de un teósofo llamado J. Krishnamurti, como lo describió una persona de edad avanzada. La plática me pasmó y me sacudió hasta sacarme de mi centro. Estando yo ahí de pie, perdido e indefenso. Krishnaji, que pasaba a mi lado, súbitamente se detuvo y rodeándome con un brazo le pidió a Sri Madhavachari que me concediera algún tiempo para una entrevista. La entrevista, entre un guijarro insignificante y los Himalayas, fue una ráfaga de lo Eterno, un hálito cósmico. Me dejó destrozado y con los miembros temblando. Mientras Krishnaji hablaba, quedé estupefacto al percibir que las semillas de su mensaje estaban ya ahí en mi cerebro. Era la voz de la verdad la que me había hablado. Las últimas palabras que me dedicó al partir, cuando llegábamos a la puerta: "Señor, dos flores o dos cosas pueden ser similares, pero no son lo mismo", abrieron de pronto un espacio inmenso. Las palabras emergieron serenas en mi mente: "Sí Señor, usted es la Bienaventuranza que camina en medio de la humanidad. Dos flores pueden ser similares. Usted es la flor sin espinas yo, yo soy más espinas que flor". ¡Oh, cómo se rió! su risa era como un relámpago en una nube de tormenta.

El Dr. Balasundaram encontró que los antiguos asociados teosóficos de Krishnaji habían envejecido. C. Jinarajadasa, por entonces presidente de la Sociedad Teosófica, acostumbraba visitar a Krishnaji vistiendo una capa de color púrpura. Sostenían largas charlas, pero Krishnaji nunca ingresaba al complejo residencial de la Sociedad Teosófica -aun cuando hacía largas caminatas por la playa de Adyar. Sanjeeva Rao, un antiguo colaborador de la Dra. Besant y educador eminente que había establecido las instituciones educacionales de K en Varanasi, y su esposa Padmabai, amiga de Krishnaji y también educadora renombrada por derecho propio, eran visitantes asiduos.

Se había iniciado un pequeño grupo de discusión, pero la mayoría de los participantes eran viejos, estaban cansados y tenían poco contacto con la inmensa enseñanza nueva. K les dijo: "Ustedes están aferrados a lo conocido. Suéltenlo". Ellos se notaban confundidos, trataban de parecer intensos, pero se generaba poca energía.

Balasundaram me describió un momento punzante durante una discusión sobre "la terminación de lo conocido". Un viejo teósofo llamado Marhari Rao levantó las manos y con voz trémula le dijo a Krishnaji: "¡Espere, señor, espere -lo desconocido se aproxima!".

B. Sanjeeva Rao acompañó a Krishnaji en su regreso a Bombay desde Madrás, a principios de enero de 1948. Se alojaron con Ratansi Morarji en Carmichael Road. Todas las mañanas y las tardes, Krishnaji se sentaba en el salón principal, el cual estaba amueblado con objetos de estilo chinesco, sillas cinceladas y mamparas decoradas con joyas. Las personas que querían ver a Krishnaji entraban y se sentaban con él formulando preguntas, discutiendo problemas o comunicándole las novedades del día.

Se destacaban entre los visitantes dos hombres jóvenes vestidos con inmaculados *khadis* blancos tejidos e hilados a mano: Rao Sahib Patwardhan y Achyut Patwardhan. El padre de ambos había sido un respetado y rico residente de Ahmadnagar en Maharashtra; miembro de la Sociedad Teosófica había sido un ardiente seguidor de Annie Besant. Murió joven, dejando la carga de una gran familia a su hijo primogénito Rao Sahib Patwardhan. Antes de su muerte, les había dicho a sus dos hijos mayores que debían dedicar sus vidas a Krishnaji y su obra. Cualquier cosa que ocurriera en el futuro, ellos jamás debían negar al gran maestro.

Bien parecidos, intensamente masculinos, austeros, con una inviolable integridad Rao Sahib y Achyut eran hermanos devotos. Dentro de su familia, Rao Sahib era un patriarca dominante. Profunda mente apegado al estudio, impaciente con las mujeres excepto con aquellas pocas y raras que se elevaban a su propio nivel de mente y corazón, estableció para sí mismo patrones morales y practicaba una austeridad que hacia la vida desdichada para su familia y ponía límites a su propio potencial humano. Estaba profundamente comprometido en trabajos para el alivio de la pobreza y de la necesidad, y se hallaba estrechamente vinculado con el Sarva Seva Sangh, una organización de ayuda establecida en torno a Gandhiji; pero le atraía más bien la idea que la parte operativa del trabajo. No era un constructor ni tampoco un organizador. Tal vez la lección de que nada es trivial, lo había esquivado. El escenario de la lucha por la libertad era vasto, y los actores habían asumido el papel de héroes. La lucha no había preparado a estos combatientes por la independencia para una tecnología operativa que hubiera requerido un entendimiento acerca de las tuercas y tornillos del desarrollo. Una lúcida percepción en lo que parecía trivial, era parte del genio de Gandhiji y de su doméstica concepción de la economía. Pasarían dos décadas de independencia antes de que esta verdad esencial se hiciera evidente.

Rao Sahib era intenso, pero también vulnerable y sensible a la belleza. Romántico, lo austero y lo sensorio luchaban en su interior y le hacían vacilar y retraerse ante el más ligero signo de un florecimiento físico de los sentidos. Las únicas áreas en que se permitía un abandono eran las de su relación con K, y en el cultivo de las rosas y del arbusto *parijataka*.

Que nunca se hubiera abierto paso por las limitaciones de su autoimpuesta austeridad, y que hubiera restringido de ese modo sus condiciones externas, era una tragedia personal. Dentro de él había un depósito de vida capaz de recibir y transmitir en abundancia. Su arrogancia brahmínica y su rechazo a reclamar lo que por derecho le pertenecía, conjuntamente con una incapacidad para llevar cualquier cosa hasta sus límites, generaban conflictos y lo mantenían condicionado y confinado.

Su hermano Achyut era un intelectual, palabra que en la India tiene connotaciones muy especiales. Vivía en una época que aclamaba a Carlos Marx como el profeta del nuevo hombre despierto, y Achyut, conjuntamente con sus amigos Jai Prakash Narain y Acharya Naren dra Deo, se impacientaba con el más viejo y tradicional liderazgo de la India, que se interesaba fundamentalmente en mantener el "statu quo". Juntos fundaron el Partido Socialista de la India. En total contraste con Rao Sahib, Achyut no era emocional, en él la mente dominaba la acción. Era un conductor de hombres, un luchador, y por largos períodos de su vida los fines determinaron los medios. Pero Su incapacidad de llevar máscaras o de encubrir sus sentimientos, lo inhibía. Tenía un carácter violento y raras veces podía tolerar que lo contrariaran.

En 1929, cuando la lucha por la libertad de la India estaba en su apogeo, los hermanos habían ido a ver a Krishnamurti. Achyut le preguntó: "¿Realmente quiere usted dar a entender eso cuando dice 'nieguen toda autoridad'?" K contestó: "Sí, la mente tiene que negar la autoridad y examinarlo todo". La respuesta de Achyut fue que, para él, la única libertad que importaba era la libertad de la India. Con este comentario dejó a Krishnamurti, y él y Rao Sahib se sumergieron en la lucha por la independencia combatiendo al gobierno colonial británico, yendo a prisión por largos períodos, haciendo amigos dentro de los muros de la cárcel, dedicándose a la lectura y a la contemplación.

En 1938, la última vez que Krishnamurti estuvo en la India antes de 1947, Achyut lo visitó en el Valle de Rishi. (El Valle de Rishi, a diez millas de Madnapalle, lugar de nacimiento de Krishnaji, recibió ese nombre por el Rishi Konda, el cerro de forma cónica que se encuentra al oeste del valle. Buscando un lugar apropiado para la escuela, Krishnaji, con algunos amigos, notó la enorme higuera de Bengala que está a la orilla del camino. Detuvo el automóvil y dijo: "Este es el sitio"). Madrid había caído en la Guerra Civil Española y Achyut se sentía destrozado. Hablando con Achyut, K le dijo que en esta derrota veía el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Comentó que no encontraba mucha diferencia entre el fascismo y el comunismo. Achyut negó vehementemente esto. K repitió: "Ambas son tiranías". Era una verdad fundamental que Achyut habría de comprender años más tarde.

El movimiento de liberación de la India de 1942 (El 16 de julio de 1942, hubo en Bombay una Reunión de todos los Comités del Congreso. La principal intención era hacer saber al Gobierno Británico acerco de la "India Liberada". La resolución fue saludada con aplausos tumultuosos. Esa noche, Mahatma Gandhi, Jawaharlal Nehru y un gran número de líderes del Congreso fueron arrestados en Bombay y en otras partes de la India.) encontró a Rao Sahib en la cárcel, mientras que Achyut había pasado a la clandestinidad y el anonimato, buscando refugio a todo lo largo y ancho de la India. El y Jai Prakash Narain habrían de convertirse en héroes revolucionarios en aquellos días oscuros, terribles y, no obstante, embriagadores. A diferencia de Jai Prakash, Achyut nunca fue arrestado, escapando de la red policial una y otra vez -buscando refugio como paciente en un hospital, disfrazándose de mísero amanuense, dejándose crecer la barba y vistiendo un fez.

Cuando en 1947 vino a ver a Krishnamurti, estaba cansado y desilusionado. Con la libertad, los mezquinos impulsos por el poder que habían permanecido latentes entre los líderes del Congreso, estaban aflorando a la superficie. Durante la lucha, el sentimiento anti-brahmín en Maharashtra tenía poca vitalidad. Los líderes, los que trabajaban en la construcción, los intelectuales de Maharashtra, eran principalmente brahmines. Con la independencia, los apremios por la distribución de, cargos públicos estimularon la formación de grupos dentro del

Congreso. Muy perturbado por las intrigas y con una vida emocional quebrantada, Achyut regresó a sus raíces y buscó consejo en Krishnamurti.

Achyut expresó sus conflictos, y K lo llevó a dar un paseo. Señalando un árbol, se volvió hacia Achyut y dijo: "Mire ese árbol -la hoja era de un verde tierno y se ha vuelto amarilla. La hoja nada tiene que ver con ello. Nace, se seca y cae. Cualquier decisión de permanecer en la política o de abandonarla, cualquier decisión que surja de una opción, será errónea. Las cosas tienen su propio curso de acción. Deje de preocuparse".

Achyut visitó a Gandhiji por última vez a fines de 1947. Le dijo que por unos cuantos meses iba a dejar la política. Gandhiji le preguntó qué iba a hacer. Cuando escuchó que iba a pasar el tiempo con Krishnamurti, Gandhiji se mostró muy feliz. Le habló a Achyut de los terribles acontecimientos ocasionados por la partición. Le dijo que estaba pasando por una gran oscuridad. No podía vislumbrar ninguna luz.

Achyut pasó el año siguiente con K en Bombay, Ootacamund, Poona, Delhi y Varanasi. Al finalizar el año, Achyut le dijo a Krishnamurti que, cuando estaba con él, todas sus facultades se despertaban intensamente. La respuesta de K fue: "Tenga cuidado, no tome un poco de esto para darle brillo a lo que ya conoce. Lo que usted piensa que percibe, es sólo una teoría. De ninguna manera permita que su mente se sienta estimulada por mí". A principios de 1949, Achyut regresó a Delhi para editar un semanario socialista; pero sus camaradas advirtieron que dentro de él se habían producido cambios profundos, cambios que iban a llevarlo a su ruptura definitiva con el Partido Socialista y con la política.

Rao Sahib era miembro del Comité Laboral del Congreso. Amigo de Jawaharlal Nehru y de Sardar Patel (Vallabhai Patel y Sardar Patel eran la misma persona. Vallabhai era el nombre bautismal y Patel el nombre de casta. Sardar, que significa líder, era un término de cariño y respeto.), su futuro en la política parecía asegurado. Pero él también sentía la asfixia y la oscuridad de las luchas por la posición y el poder que habían hecho erupción entre sus antiguos amigos. La Asamblea Constituyente estaba a punto de reunirse. Se esperaba que Rao Sahib fuera uno de los participantes, pero sus amigos íntimos persuadieron a Vallabhai Patel y a Jawaharlal Nehru para que lo excluyeran. Rao Sahib se sintió hondamente lastimado, pero su orgullo y su obstinación le imposibilitaban luchar contra sus amigos o apelar a Nehru. La decepción personal fue olvidada entre las secuelas de la partición; el odio, los derramamientos de sangre y la crueldad generada por la transferencia de población, habían sacudido los cimientos de Rao Sahib, formado en los valores e ideales de Gandhi. Se encontró con Krishnamurti, discutió sus conflictos con él, asistió a sus pláticas. Su impecable y almidonado *khadi kurta*, el birrete Gandhi que llevaba en un ángulo ligeramente inclinado, y su rostro con una cálida y cautivante sonrisa, solían verse por las mañanas y por las tardes cerca de Krishnamurti.

Criados en una atmósfera que lanzaba retos inmensos y exigía igualmente respuestas inmensas, Rao Sahib y Achyut no se permitieron jamás ningún dolor, ninguna frustración o desesperación personal. Para ellos, lo personal era estrecho y trivial. El cuadro de su interés tenía que incluir grandes abstracciones -el hombre, las masas la pobreza. El dolor que experimentaban tenía sentido solamente cuando se relacionaba con el inmenso dolor del hombre. Muchos años después, Achyut me diría: "Esa era la gran ilusión" que mantenía prisionero a Rao.

Sin embargo, la intensidad y luminosidad de Krishnamurti conmovieron fuentes profundas. El Instructor llegó a ellas con una llama apasionada. Krishnamurti sonreía, y Rao sonreía con él. Las lágrimas brotaron de los ojos de Rao, porque el *bhakti* (*Bhakti*: Un credo basado en la devoción a Krishna) que también era parte del carácter distintivo de los naturales de Maharashtra, se había despertado. Rao Sahib, con el amor que lo desbordaba y las palmas de las manos unidas, diría: "Señor, había en Maharashtra un poeta, Saint Tukaram, que dijo: 'Cuando *vithal* (Otro nombre para Krishna, el divino pastor de vacas.) entra en el hogar de un padre de familia, toda tranquilidad se hace añicos'". En los atardeceres, Rao y Achyut cantaban los '*Abhangas*' de Tukaram. El '*Adi Beja Ekle*' era el favorito de Rao. Tenía una voz profunda, cargada de emoción. En otras ocasiones se unían a Krishnamurti para cantar el *'Purusha Shukra*' del Rig Veda. Se sentaban con la espalda erecta, y los agudos 'staccatos' del sánscrito reverberaban y llenaban ojos y oídos. Las vocales eran fuertes y resonantes, con cada sonido pronunciado muy claramente. Los cantos védicos se entrelazaban con el fuego y con los vientos en el corazón y en la respiración del cantor y del oyente. Nos reuníamos y escuchábamos, aun los pocos que éramos -mi hija Radhika de diez años, y mi sobrino Asit, de nueve. Con los ojos muy abiertos, ellos se sentían arrebatados por la deslumbrante presencia de Krishnamurti, un hombre inflamado de intensidad. La belleza del sonido, de la forma, lo iluminaba todo. Cada poro del cuerpo respondía. Fueron momentos hechizados los de entonces.

Capítulo X

"UNO ES EL MUNDO"

Años después, Krishnamurti diría de sí mismo: "El despertar completo llegó en la India, entre 1947 y 1948". Durante aquellos años se estaban desplegando las cinco vías de comunicación integral de la enseñanza: las pláticas públicas, los diálogos y discusiones, las entrevistas personales, las percepciones aparentemente casuales que se revelaban en los paseos o en la mesa durante la cena, y los silencios. Krishnamurti lanzaba a sus colaboradores y oyentes al río del conocimiento propio en un viaje de "descubrimiento de uno mismo sin comienzo ni final", un viaje que en su movimiento rompía las limitaciones de la mente abriendo nuevas fronteras de percepción. Era una enseñanza austera, no en su exigencia de renunciación exterior o de sacrificio (aunque en realidad, la austeridad y una vida de rectitud constituían la base desde la cual emanaba la enseñanza), sino en su total negación de todos los soportes, de todas las muletas y los rituales, por sutiles que pudieran ser.

La negación del gurú como el centro de la búsqueda religiosa, era en la India la negación última de toda autoridad espiritual; porque en ausencia de un revelador libro sagrado, el gurú era el iniciador, el preceptor, el portal hacia la verdad. Con Su rechazo a concederle cualquier lugar de intermediario entre el buscador de la verdad y la realidad misma, Krishnamurti lanzaba toda la responsabilidad sobre el buscador. A éste le decía: "Lo Real está cerca, uno no tiene que buscarlo. La Verdad está en 'lo que es' y ésa es su belleza". Pero para el aspirante que interiormente seguía siendo un discípulo, eso creaba perplejidad, porque no había a dónde ir, ni meta que alcanzar, ni cumbre que escalar. No había un gurú que prometiera éxtasis o explosiones de luz, ni visiones, ni *siddhis* (poderes extrasensorios) para sustentar una búsqueda; todos los fenómenos extrasensorios debían observarse y desecharse a medida que iban surgiendo. Sólo interesaba el despertar de una percepción viviente; ver y escuchar lo real en lo externo tal como se revelaba en la relación del hombre con la naturaleza; y en lo interno, como se revelaba en pensamientos y sentimientos que eran el verdadero contenido de la mente.

Esta percepción sin fronteras, percepción directa y libre de obstáculos, era el principio del conocimiento propio, el conocimiento del "yo" tal como es. Observar el pensamiento cuando éste aparecía en la conciencia, y retenerlo por la cola sin soltarlo cuando desaparecía, implicaba tener percepciones en la naturaleza del pensamiento y observar "lo que es".

Pero "lo que es", en su rápido movimiento estaba cambiando constantemente, fluyendo, transformándose. Una observación que brotara de los sentidos amarrados a una mente perezosa y estática, retenida en el pensamiento nacido del pasado, no tenía la energía o la flexibilidad necesarias para proseguir la búsqueda y ser una con el presente -el "ahora" de la existencia y actuar, entonces, desde esa percepción. El hombre estuvo siempre buscando moldear el movimiento del pensar, proyectando la acción en el futuro -el "yo seré" y bloqueando, por eso, la acción en el presente. Krishnamurti preguntaba: ¿Quién es el que busca moldear o cambiar el pensamiento o imprimirle una dirección? "Eliminen el pensamiento y, ¿dónde está el pensador? Si el pensador es el pensamiento, entonces no puede actuar sobre el pensamiento o cambiarlo. El pensamiento tiene que terminar"[1].

Cuando se le preguntaba: "¿Cómo se conoce uno a sí mismo? ¿Qué hay ahí que deba conocerse? ¿Por qué ha de buscar uno? ¿Por dónde tiene uno que empezar?", él contestaba: "Cuanto más complejo es el problema, cuanto más abrumadora es la confusión, más sencillo e inocente ha de ser el modo de abordarlos. El hombre no conoce el modo, así que lo único que puede hacer es dejar de luchar, y con todos los instrumentos y la energía que posee, observar las cosas que lo esclavizan"[2].

Muchas personas acudían a él en busca de curación física. Les decía: "En un tiempo yo también practicaba curaciones; pero descubrí que es mucho más importante curar la mente, el estado interno del ser. Concentrarse meramente en la cura física puede contribuir a la popularidad, a arrastrar grandes multitudes, pero no conduce al hombre a la felicidad"[3].

En 'Comentarios sobre el Vivir', escribe: "Somos un pueblo antiguo; vagamos buscándolo todo en lugares remotos, cuando ello está tan cerca de nosotros. Creemos que la belleza está siempre 'allá', pero nunca aquí, que la verdad nunca está en nuestras casas sino en algún sitio distante. Vamos al otro lado del mundo para encontrar al maestro, y no reparamos en el sirviente; no comprendemos las cosas comunes de la vida, las luchas y las alegrías cotidianas y, no obstante, intentamos captar lo misterioso, lo oculto"[4].

Las pláticas públicas de Krishnamurti en Bombay, se realizaron en los prados de la espaciosa residencia de Sir Chunilal Mehta en Ridge Road. Krishnamurti ingresó en los terrenos vistiendo un *dhoti* ribeteado de rojo, un largo, inmaculado *kurta* blanco y un *angavastram*. Quitándose las sandalias se sentó con las piernas cruzadas en un estrado, la espalda erecta y sin hacer un solo movimiento. Girando la cabeza miró a las quinientas personas sentadas frente a él en sillas o en el suelo. Entre ellas había *sanyasis*, viejos teósofos, algunos profesores, y se notaba un pequeño número de birretes *khadi.* Había muy poca gente joven; pero estaban presentes los ricos príncipes comerciantes de Bombay, amigos de Sir Chunilal Mehta.

En aquellos primeros años, Krishnamurti criticaba severamente a los ricos. Decía: "Ustedes no pueden mezclar a Dios con Mammon. La Realidad no es para el hombre que tiene su mano en el bolsillo del prójimo -que explota y

que llena su corazón con las riquezas de la tierra”[5]. La penetrante mirada de Krishnamurti atraía a sus oyentes hacia un campo unificado de atención. Pero no era una mirada que clasificara a la gente como grupo. La comunicación directa que emanaba de Krishnamurti, establecía contacto con el individuo, hombre o mujer; cada persona sentía que Krishnamurti le estaba hablando a ella sola. El papel de Krishnamurti era el de un amigo, un amigo que tomaba de la mano al hombre que sufría y caminaba con él por los caminos apartados y las profundidades de la mente, del pensamiento y del sentimiento. Se movía paso a paso, con paciencia infinita, descubriendo el problema, ahondando, cuestionando, bloqueando todos los escapes que alejaran del hecho. Enseñando al oyente a observar, como en un espejo, el dolor, la ira, el miedo, la soledad. Enseñándole a morar en el espacio entre pensamientos moviéndose de pensamiento en pensamiento; a ver que, cuando el pensamiento era obligado a retroceder hasta sus raíces, se disolvía en el suelo mismo donde se había originado.

Mientras hablaba, Krishnamurti no sólo percibía a las personas que escuchaban las palabras que pronunciaba, sino que estaba atento a lo que ocurría a su alrededor -el gorjeo de los pájaros, la caída de una hoja, el sonido de una flauta que alguien tocaba en la distancia. Había simultaneidad de percepción, un ver y un escuchar inclusivos que no desechaban ni lo externo ni lo interno, sino que los dejaban fluir a través de la mente, de modo que nada quedara excluido, que no hubiera distracción alguna -sólo el fluir de la existencia, de “lo que es”.

Un gran número de personas le escuchaba por primera vez. Su vocabulario había cambiado completamente, y aun personas como Sanjeeva Rao, que habían estado con él por muchos años, encontraban difícil comprenderle. Lo que decía parecía sencillo. “Voy a hablar de ‘lo que es’ y seguiré el movimiento de ‘lo que es’”. Luego le decía al auditorio: “No sigan mis palabras, sino el movimiento del pensar que está activo en ustedes”[6]. Aceptar la vida ‘como es’, pone fin al conflicto. “Ver ‘lo que es’ implica librarse de ‘lo que es’“[7].

Atascadas en las palabras y en las ideas, y presas en la trampa del devenir, las mentes de quienes escuchaban a K, que jamás habían ‘visto’ directamente al pensamiento mientras operaba -su movimiento, su complejidad y los espacios que crea mientras se mueve se esforzaban por comprender. “¿Puedo yo, que soy el producto del pasado, puedo salirme del tiempo?”, preguntaba Krishnamurti. “Uno se sale del tiempo cuando está vitalmente interesado. Da un gran paso -no cronológicamente sino psicológicamente en esa existencia intemporal”.

En aquellos años, Krishnaji raramente postulaba una posición de confrontación directa con el ‘yo’, la entidad del ego. Nunca formulaba la pregunta, “¿Quién soy yo?”; más bien abordaba al ‘yo’ mediante la negación de las acreciones, o sea, de las cualidades que, al juntarse, forman el ‘yo’ y le confieren realidad. Esta negación, esta disolución de la naturaleza y de las cualidades del ‘yo’, apagaban la volición del pensamiento a través del cual el ‘yo’ se manifestaba y se perpetuaba a sí mismo. La percepción y negación de todo el devenir psicológico, implicaba la terminación del pensamiento, del tiempo y de la causa del ‘yo’.

Viendo uno la naturaleza de la mente, su estructura, y las fuerzas que operaban en la conciencia humana, surgían las percepciones: La naturaleza misma de la mente y del pensamiento nos limita y es la causa de nuestro cautiverio y de nuestro dolor. Para Krishnamurti, todos los esfuerzos por sustituir cosas o cambiarlas, realizados en el nivel del contenido de la conciencia y que implicaran un movimiento dentro del campo de los opuestos, eran, en el mejor de los casos, una respuesta parcial incapaz de resolver los extraordinariamente complejos y primitivos impulsos que descansan en las profundidades de la mente.

Los problemas a que se enfrenta el hombre podían llegar a su fin, no por medio de ideales que proyectaran un cambio gradual del dolor en felicidad, de la codicia en amor, sino mediante una transformación en la naturaleza del suelo psicológico en el cual el dolor echa raíces. El cambio o transformación, por lo tanto, no lo es en la cualidad o categoría, sino en la naturaleza, estructura y dimensión de la mente.

La enseñanza de Krishnamurti alteraba, como tal, las dimensiones mismas del problema humano. Se interesaba en una revolución en el núcleo de la conciencia humana, y en el descubrimiento de una nueva relación espacio/pensamiento -de modo que la mente, moviéndose en un espacio/tiempo lineal, en la dimensión causa/efecto, se volvía sobre sí misma y surgía así una simultaneidad de percepción sensoria. Esta simultaneidad, por su propio modo de operar, negaba la existencia de cualquier entidad egocéntrica. Despertaba nuevas capacidades e instrumentos de investigación, y una energía nueva se ponía en funcionamiento disolviendo las limitaciones.

“Es sólo la verdad la que nos libera completamente del condicionamiento”, decía Krishnaji. “Para percibir la verdad, tiene que haber un enfoque de la atención. Esto no significa negar la entrada a la distracción. No existe tal distracción, porque la vida es un movimiento y tiene que comprenderse como un proceso total”[9].

K se dirigía a un auditorio que durante un siglo había sido educado en escuelas de habla inglesa y se había nutrido en los ideales occidentales de democracia, con el énfasis puesto en el sufragio universal y en una sociedad igualitaria. Los principios sobre los cuales se formuló la Constitución de la India habrían de conducir a una gran agitación dentro de todos los sectores de la sociedad. Los necesitados se darían cuenta lentamente del poder que ejercían. Con esto llegó una transformación rápida y un endurecimiento de las estructuras sociales. Las presiones habrían de aumentar en los años futuros.

La mente india, retenida en siglos de mitos, símbolos e interés por "lo otro", se encontraba en la mitad del siglo veinte afectada por las teorías de los filósofos sociales indios de los siglos diecinueve y veinte; rebelándose contra las supersticiones y las tinieblas que habían, corroído la psique de la India, ellos habían adoptado un barniz de condicionamiento occidental para recubrir los tumultuosos siglos de tradición. Fuerzas y energías del pasado arcaico, con la sabiduría y su violencia, yacían latentes e inexploradas. Con la libertad, todos acudían a los líderes, tanto políticos como religiosos, para que les mostraran el camino; no podían abarcar el ritmo del cambio y las explosivas fuerzas que pronto habrían de destrozar sus tradicionales estilos de vida y sus valores. La exigencia de cambios sociales en la India, generaba un loable interés por el 'más' en ciertos sectores de la sociedad. Y dentro de este interés e integrándolo, había una distribución de la riqueza. Pero, en una estructura democrática, el empuje por el 'más' no podía quedar limitado a las legítimas necesidades de los menesterosos, sino que saturaba la condición humana; condujo inevitablemente a una liberación de fuerzas que anteriormente se mantenían refrenadas por las relaciones tradicionales con sus explotaciones, pero también con sus responsabilidades inherentes. Vinculadas con esto, se generaron presiones ocasionadas por una población en rápida escalada y por el aumento acelerado de los bienes materiales, posible gracias a los avances en la tecnología. Un cambio evidente hacia los valores y las actitudes materialistas, habría de saturar a la sociedad de la India y a las relaciones humanas. El nuevo rico -el propietario y el industrial los emergentes grupos de poder del subdesarrollo, y una organización antisocial en rápido crecimiento, combatían por los postulados de la riqueza y del poder.

El occidente de la posguerra también estaba agitado; la guerra había generado vastos recursos de conocimiento material y científico, y los tecnócratas adiestrados en crear artefactos de destrucción, tenían que encontrar nuevas vías para ejercer sus habilidades. La cibernética habría de alcanzar pronto su mayoría de edad, y las herramientas de la automatización fueron tomando forma en los tableros de dibujo. A fines de la década del 40, uno podía ver los primeros movimientos de lo que iba a venir. En el nivel material, el hombre parecía estar listo para dominar el mundo -todos los problemas parecían tener solución.

Un aspecto llamativo del fenómeno de la posguerra era la producción de armamentos y una avalancha de bienes de consumo (fundamento de las economías adaptadas a los consumidores) y de artefactos que se construían para enseguida volverse obsoletos. Con ello vino el énfasis en la producción de una ascendente industria del entretenimiento, con artefactos y mecanismos que inundaron los mercados y las mentes del hombre, la mujer y el niño.

En 1947, el impacto que sobre la India ejerció el occidente con su explosiva tecnología, aún era mínimo. El trauma de las particiones y las secuelas del mismo, habían sacudido los cimientos de toda persona pensante. Pero éstos eran solamente murmullos de superficie que revelaban el caos y la violencia que aguardaban en el futuro. Krishnamurti, con la visión de largo alcance del profeta, percibía la inquietud hirviente. Tanteaba su camino en el panorama de la India, ahondando en las mentes de hombres y mujeres, observando, interrogando, sondeando el ambiente, palpando las tensiones y los conflictos que habrían de corroer la mente y el corazón. "La casa está ardiendo", les decía apasionadamente a los que escuchaban, pero éstos carecían de la intensidad y la urgencia indispensables.

De su apasionado interés y de su inmensa percepción, nacieron los más lúcidos descubrimientos que constituyen el núcleo central de la enseñanza. "Uno es el mundo" era un principio fundamental. La acción política y social jamás podrán transformar el mundo en sus raíces a menos que el individuo mismo se transforme radicalmente. "Los sistemas nunca podrán transformar al hombre, es el hombre el que transforma siempre el sistema", decía K. Cuando lo interrogaban sobre la impotencia del individuo aislado para transformar la sociedad y el mundo, Krishnamurti contestaba que el formidable caudal de agua que constituía el Ganga (El río Ganges) en creciente, al nacer era una simple gota, y que todas las acciones fundamentales que habían cambiado al hombre, se originaron en el ser humano individual.

La transformación del individuo no era un proceso gradual. La transformación era inmediata, ocurría en el instante en que el hombre se veía en el espejo de la relación -con otros hombres, con la naturaleza, consigo mismo. Al hablar de la relación, Krishnamurti utilizaba los ejemplos más íntimos: la relación de la esposa y el marido; del empleador y el empleado. Aunque muchos de sus oyentes se sentían perturbados por la persistencia de K en hablar de la hipocresía que sustentaba estos vínculos, se daban cuenta de la verdad que contenían sus percepciones. Él decía que 'ver' sin ningún movimiento que distorsionara o cambiara lo que se estaba viendo, sólo era posible cuando había terminado la actividad dirigida del 'veedor'. Este es el instante de la transformación; es el nacimiento de las percepciones que, a su vez, transforman la sociedad y dan origen a una generación nueva. La verdadera transformación no es el resultado de ninguna revolución de la derecha o de la izquierda, sino una revolución que transforma los valores sensorios en aquellos valores que no son producto de la influencia ambiental.

Las percepciones de Krishnamurti en el tiempo, estaban fundadas en la necesidad primordial de la transformación. Él percibía que el "llegar a ser" y el "dejar de ser", o el arbolito desarrollándose hasta convertirse en la higuera de Bengala -lo cual implica el tiempo lineal integran el proceso de la vida. La energía contenida en la

materia y sujeta a las leyes del tiempo (como la de una flecha), es entrópica -ha de disiparse, deteriorarse y llegar a su fin. Krishnamurti decía: "Están el tiempo cronológico y el tiempo de la mente -el tiempo que es la mente misma. Existe una confusión entre ambos tiempos. El tiempo psicológico es el proceso del devenir"[10]. Este tiempo como el devenir, el "yo seré", nacía de la ilusión y era una manifestación del "yo"; se afirmaba y sustentaba a sí mismo a través de su propia ignorancia y por medio de este proceso, almacenaba su propia energía potencial como conciencia. Esta conciencia era percibida por el individuo mediante la operación de los sentidos.

El "yo" como producto del tiempo psicológico, y manifestándose como pensamiento, no podía actuar para transformarse o liberarse a sí mismo. Era sólo a través de un enfoque negativo, de la percepción y negación de todo el pensamiento psicológico -como el deseo de cambiar "lo que es" en lo que "debería ser" que podía haber una percepción directa de "lo que es" y una liberación con respecto al tiempo originado en la psique.

En este estado de percepción, la mente no está usando al pensamiento para revitalizarse a sí misma. No hay ni pensador ni pensamiento, ni experimentador ni experiencia. La mente que está atrapada en el devenir es el resultado del tiempo, el cual se ha transformado a sí mismo. De este enfoque, que se origina en la negación de lo falso a medida que aparece, emerge la gran verdad de que ver y escuchar el hecho directamente -inocentemente, sin que el pensamiento busque cambiar o alterar el hecho, una no-operación del pensamiento en las profundas raíces del odio, de la ira, la codicia y el temor disuelve el estado de ignorancia. Hay una transformación en la naturaleza de la materia -la materia como odio o temor y la liberación de una energía retenida en estos estados, una energía no contaminada por el tiempo y, en consecuencia, no sujeta a las leyes del tiempo. Este estado no se relaciona con, ni es el opuesto de la ira, el odio o el temor. Postular el problema en términos de opuestos tales como el ideal, es la treta que el pensamiento emplea para perpetuarse a sí mismo; porque el ideal contiene en sí la semilla de su propio opuesto. Sólo una percepción total, no fragmentada, puede negar tanto al observador como a lo observado. El ver "lo que es" implica la transformación de "lo que es".

El pensamiento separa la mente del corazón. La mente, con sus raíces en la actividad egocéntrica, conduce a un incremento de los valores materiales, y a un lento marchitarse de las esencias y respuestas que nutren la auténtica condición humana.

La negación del amor es la tendencia destructiva en el hombre. La humanidad puede florecer sólo cuando la mente se asienta en el corazón, y hay una negación completa de la actividad egocéntrica.

El descubrimiento de los secretos de la mente y la aparición del discernimiento lúcido y directo de la realidad, llegaron naturalmente a Krishnamurti. Por eso pudo abrir la puerta con facilidad, con gracia, y decir: "Mírenlo. Tómenlo. Está ahí. ¿Por qué vacilan?"

Fue durante los meses que estuvo en Bombay, que nació el diálogo como instrumento principal de exploración en la enseñanza de Krishnamurti. A través de los años, este diálogo habría de florecer en sutileza y lucidez de discernimiento. En los primeros tiempos, las discusiones de grupo se hacían en la forma de preguntas y respuestas. La precisión y el sondeo perceptivo en las ocultas profundidades de la psique, estaban ausentes.

Las primeras discusiones en Bombay, en 1948, fueron confusas y dispersas. A K se le formulaba una pregunta. Su fluida mente recibía la pregunta y la devolvía estimulando al interlocutor y al grupo para que buscaran la respuesta dentro del campo del conocimiento propio. K hablaba lentamente, con muchas pausas, inclinándose hacia adelante y como si cada respuesta surgiera por primera vez. Escuchaba sus propias respuestas con el mismo interés y receptividad que dedicaba a la voz del interlocutor. La energía de las respuestas de Krishnaji se enfrentaba a mentes en conflicto que luchaban con la confusión, mentes condicionadas para responder desde la memoria y para buscar la solución en una autoridad superior, interna o externa, espiritual o temporal. A nosotros, el estilo de Krishnaji nos resultaba difícil de entender. Nos esforzábamos por comprender sus palabras y ajustarlas a nuestras propias mentes. Intentábamos aproximarnos a él, llegar mas allá de las palabras con los únicos instrumentos de investigación que poseíamos -la memoria y el pensamiento. Pero éstos eran los mismos instrumentos que él ponía en tela de juicio, y eso despertaba en nosotros un sentimiento de perplejidad. Perdíamos la pista, y nuestra mente, aferrándose a las palabras, era un campo de batalla donde imperaban la desesperación y el conflicto.

Krishnaji hablaba una y otra vez de ver "lo que es" (lo real) y no "lo que debería ser" (la ilusión); de que el hombre necesitaba transformarse a sí mismo antes de que pudiera transformar a la sociedad; hablaba de la memoria, que contrarresta, deforma e impide la comprensión del presente, la memoria que es la conciencia del "yo"; y también se refería a la naturaleza del "ser" y del "devenir". En las discusiones, Krishnaji rehusaba dar una respuesta inmediata, una solución fácil. Para él, cualquier contestación a una pregunta fundamental, ponía fin al examen tentativo de la pregunta. K exigía una investigación, un ver y un penetrar en la pregunta misma; no como un proceso externo y dual, sino como una percepción directa en la naturaleza de la respuesta y en la base desde la cual surgían tanto la pregunta como la respuesta. Detenerse en la pregunta, examinarla, era despertar la mente que escucha, que ve y así aniquila la ilusión de lo externo y lo interno, originando un estado que puede entonces habérselas con la pregunta.

Las discusiones proseguían lentamente. K se movía de pensamiento en pensamiento, impulsando, bloqueando, retrocediendo, avanzando. En el movimiento mismo de esta observación paso a paso de la mente, el proceso del pensamiento disminuía su velocidad hasta que, en un instante dado, despertaban las percepciones de los participantes y había un contacto perceptivo directo con la mente y sus fluctuaciones. El primer "ver" de la mente, era el punto de partida de la investigación. Era el indicio que aclaraba y descubría y, en el descubrimiento mismo, iluminaba la pregunta y la respuesta.

Las personas que investigaban con K, iban descubriendo la estructura y naturaleza de la conciencia y la inmensa fuerza y adaptabilidad que tenía el proceso del pensar. Observar el movimiento de la mente presa en el pensamiento, y advertir su insuficiencia, era excitante y contenía cierto temor reverente ante el descubrimiento, ante un viaje por terrenos inexplorados.

El pensamiento, retenido en sus hábitos, no podía librarse de su propio cautiverio. Mediante la discusión, mediante el ver, el observar, el cuestionar y el dudar, se hacían añicos los hábitos arraigados dentro de los cuales se movía el pensamiento y en los que tenía origen el proceso del devenir.

Se estaba desarrollando una nueva metodología nacida del ver y el escuchar, y despertaban nuevas percepciones. Se establecía una base de observación e investigación, No se permitía que la energía generada por la pregunta, se disipara en respuestas reflexivas y en reacciones que surgían del depósito de la memoria. K retaba las mentes de los participantes. Cada célula del cuerpo y de la mente de K estaba despierta. Su implacable cuestionamiento ponía al descubierto la psique; y cuando el vigor y el tono de los oyentes se fortalecía, la mente de K era, a su vez, profundamente retada. En ese reto mismo, surgían en K extraordinarias percepciones respecto de la condición humana.

Como una antena, la mente de K se extendía para percibir las mentes de los participantes. Cuando el diálogo se empantanaba o el grupo entraba en una estéril dialéctica y la discusión se volvía improductiva, la mente de K solía dar un salto sacando la discusión fuera del cauce que había tomado. Introducía en la discusión la naturaleza del amor, de la muerte, del miedo y del dolor; los sentimientos y trances de la piel y del corazón; y súbitamente, la discusión solía entrar en contacto directo y tangible con el problema.

La ruptura en las discusiones comenzó una mañana de 1948, cuando Rao Sahib Patwardhan dijo que los ideales y las creencias que lo habían llevado a la lucha política, se habían desmoronado bajo sus pies. Que se enfrentaba a un muro en blanco y sentía que para él había llegado el momento de reexaminar sus creencias fundamentales. Luego se volvió hacia Krishnaji y le preguntó qué entendía por "pensar creativo". Krishnaji, que había permanecido sentado en silencio y escuchando con mucha atención a Rao, se levantó de un salto y se sentó junto a él. Inclinándose hacia adelante, le preguntó: "¿Quiere usted investigarlo, señor, y ver si puede experimentar el estado de pensar creativo ahora?" Rao estaba perplejo y miraba a K, incapaz de entender lo que éste le decía.

"¿Cómo piensa uno?", empezó K. Rao contestó: "Surge un problema, y el pensamiento aparece para enfrentarse al problema".

K preguntó: "¿Cómo trata usted de resolver un problema?" "Encontrando una respuesta", dijo Rao.

¿Cómo puede encontrar una respuesta y cómo sabe que ésa es la respuesta correcta? Ciertamente, usted no puede ver el contenido total del problema; ¿cómo puede entonces su respuesta ser la correcta?"

"Si no encuentro la respuesta correcta la primera vez, intento otros modos de encontrarla", contestó Rao.

"Pero cualquiera que sea el modo en que trate de encontrar una respuesta, sólo será una respuesta parcial, y usted quiere una respuesta completa. ¿Cómo, pues, encontrara una respuesta completa?" K estaba bloqueando todos los movimientos de la mente -rehusando disipar la energía contenida en la pregunta.

"Si no puedo ver el problema completamente, no puedo encontrar la respuesta correcta", respondió Rao.

"De modo que ya no está esperando una respuesta".

"No".

"Ha cerrado todas las vías de búsqueda de una respuesta".

"Sí".

"¿Cuál es el estado de su mente cuando usted ya no está buscando una respuesta?"

Mi mente estaba por completo en blanco, pero no era esto lo que él quería dar a entender. Algo se nos estaba escapando[11].

Durante una discusión que tuvo lugar unos días más tarde, K se refirió a la memoria como la conciencia del "yo", el factor que deforma e impide la comprensión del presente. Él separaba la memoria factual de la memoria psicológica ("yo seré", "yo debo ser"). Luego preguntó: "¿Podemos vivir sin la memoria psicológica?"

La discusión prosiguió lentamente, y yo perdí interés. Mi mente voló lejos persiguiendo algún deseo. Cuanto más trataba de concentrarme en el tema, tanto más inquieta se ponía la mente. Yo estaba tan hastiada que la dejé que vagabundeara. Pronto descubrí que se había calmado, y que por primera vez esa mañana yo escuchaba lo que se estaba diciendo. El profesor Chubb, del Colegio Elphinstone, había entrado en la discusión con un argumento, y

presté atención. ¿Podía suprimirse la memoria?, me pregunté a mí misma. No quería estar libre del principio del "yo". Lo habla construido muy esmeradamente, ¿por qué debería librarme de él? Estaría perdida.

Entonces sentí curiosidad por descubrir si uno podía prescindir de la memoria. Hubo una inmediata claridad. Comencé por vigilar la mente. K estaba diciendo: "¿Qué pueden ustedes hacer, señores? Se enfrentan a un muro en blanco. No pueden dejarlo simplemente ahí, algo tienen que hacer". Hablé como en un relámpago: "Prescindir de la memoria". De pronto mi mente se había aclarado. K miraba directamente hacia mí. La claridad se intensificó.

"Prosiga", dijo. "¿Cuál es el estado de su mente cuando usted prescinde de la memoria?" Fue como si las cincuenta personas se hubieran ido y sólo estuviéramos K y yo. "Mi mente está quieta", dije. Súbitamente sentí aquello -una cualidad tan poderosa, tan flexible, tan dulce y enérgica. Él sonrió y dijo: "Déjelo, vaya despacio, no lo pisotee". Los otros trataron de intervenir para averiguar lo que yo había experimentado, pero K dijo: "Dejen eso en paz, no lo asfixien, es algo muy delicado". Cuando abandoné la reunión, él vino hasta la puerta conmigo y dijo: "Usted tiene que venir a verme, debemos hablar de ello". Tuve la sensación de que mi mente había sido lavada y purificada.

Cuando la intensidad y claridad generada en el diálogo se hizo evidente, estábamos ansiosos por continuar. Y durante los días en que no había pláticas públicas, nos reuníamos y discutíamos con K. Casi todas las preguntas que se suscitaban concernían a la urgencia de una acción ética en medio de una sociedad caótica, y fue solamente más adelante que los problemas humanos fundamentales -la envidia, la ambición, el miedo, el dolor la muerte, el tiempo y la agonía del querer realizarse y no conseguirlo salieron a la superficie y buscaron expresarse.

Años después, K escribió: "Quedarse quieto después de labrar y sembrar, es dar nacimiento a la creación"[12].

A medida que las discusiones proseguían a través de los años, se hicieron de manera tentativa y exploratoria diversas investigaciones analíticas. Formulábamos preguntas sin buscar una solución inmediata; antes bien, desarrollábamos, paso a paso, una observación del proceso del pensamiento y del modo en que éste se desenvolvía -penetración y retirada, cada movimiento sumergiendo la atención más y más profundamente en los escondrijos mentales. Tenía lugar una delicada comunicación sin palabras; se exponía el movimiento de negación tal como éste se enfrentaba al movimiento positivo del pensar. Existía el "ver" del hecho, de "lo que es", y la liberación de la energía contenida en "lo que es" -que implica la mutación de "lo que es". Además, esto era percibido desde distintas direcciones a fin de examinar su validez.

La naturaleza de la dualidad y la no-dualidad, se revelaba en lenguaje sencillo. En ese estado interrogativo -un estado donde el "interrogador", el experimentador había dejado de existir la "verdad" se revelaba en un destello. Era un estado de total no-pensamiento, era el fin de la dualidad. Al terminar la discusión, muchos de nosotros sentíamos que nuestras mentes habían recibido un baño de frescura.

Años más tarde, Krishnamurti diría de estas discusiones: "La mente es el vaso del movimiento, y cuando el movimiento no tiene forma, cuando no tiene "yo" ni visiones ni imágenes, la mente está por completo quieta. En esa mente no hay memoria. Entonces las células cerebrales experimentan un cambio. Las células del cerebro son usadas para el movimiento en el tiempo. Son el residuo del tiempo, y el tiempo es movimiento; un movimiento dentro del espacio que el tiempo crea a medida que se mueve... Cuando no hay movimiento, existe una tremenda concentración de energía. De modo que la mutación es la comprensión del movimiento y la terminación del movimiento en las propias células cerebrales"[13].

La revelación del instante de mutación de "lo que es", proporcionaba una dimensión totalmente nueva a todo el campo de la investigación intelectual y religiosa.

Unos años después le dije a Krishnamurti: "Al tener una discusión personal con usted, uno se expone a la nada. Es como enfrentarse a algo totalmente vacío. No hay nada excepto 'lo que es' reflejándose en uno mismo. Usted refleja sobre la persona exactamente 'lo que es'".

K respondió. "Es lo que Aldous acostumbraba decir. Pero cuando K lo refleja, eso que él refleja es de usted".

Capítulo XI

"VAYA Y TRABE AMISTAD CON LOS ÁRBOLES"

Krishnaji regresó a Madrás a principios de abril de 1948. Se alojó en Vasanta Vihar, sede oficial de las actividades de Krishnaji en la India. Su anfitrión era R. Madhavachari.

Vasanta Vihar era unan sólida edificación con columnas y galerías; las puertas, las ventanas y los muebles eran de lujosa teca de Burma. En la planta baja la casa tenía un despacho y una gran sala para reuniones, pero había muy pocos dormitorios la habían construido deliberadamente así para que muy pocas personas pudieran vivir en ella. Aunque la planta baja contaba con una serie de habitaciones, Krishnaji dormía en una galería cubierta. Concedía entrevistas en un salón que daba al césped del frente, y las discusiones públicas se realizaban bajo los árboles. La casa estaba rodeada por higueras de Bengala, mangos y 'árboles de lluvia'; florecientes 'bersali', casias, mohures dorados y laburnos, daban fragancia y color a los distintos verdes; y cerca de la entrada había un lago artificial cubierto de lirios acuáticos.

Madhavachari era un brahmín austero, seguidor de la secta Madhava. Era cándido, devoto, obstinado, y estaba empapado en una tradición monumental. Moreno, de piel suave y tersa producto de numerosos baños de aceite habituales en la India del sur, y con un cuerpo delgado y enhiesto, tenía muy buena presencia; su rostro irradiaba fuerza y belleza. Pero en años posteriores íbamos a descubrir que, debajo de su austera apariencia exterior, había una persona muy 'humana'. Podía divertirse con mi marido contando chistes bastante subidos de color, y tenía muchas anécdotas de su juventud.

Krishnaji había estado discutiendo con Sanjeeva Rao y Madhavachari la posibilidad de publicar una revista, de la cual Sanjeeva Rao, Maurice Friedman y yo seríamos los editores. En la primera carta que nos escribió desde Madrás, fechada el 18 de abril de 1948, me decía:

Mí querida Pupul:

Ya que la montaña no vendrá a Mahoma, etc....

Le escribí a Nandini, creo que fue ayer, diciéndole que mi anfitrión había pedido que usted y Nandini se detuvieran aquí por un día o dos antes de subir a Ooty. Espero que ambas lo hagan. Luego podremos viajar todos juntos a Ooty; saldríamos de aquí alrededor del 1º de mayo.

Si aceptan la invitación de Madhavachari, cosa que espero que hagan ambas, entonces, antes de ir a Ooty, ¡¡tenemos un nuevo trabajo para ustedes!! Confío en que el trabajo les guste. Bromas aparte, quisiera conversar con usted y algunas otras personas acerca de algo que hemos estado considerando aquí. Ellos han hablado conmigo de sacar una revista con usted, Friedman y Sanjeeva Rao como co-editores. Suena formidable, pero es algo serio. Podemos discutirlo cuando usted venga aquí. Por favor, háganos saber si usted y Nandini pueden venir. Si pueden hacerlo un par de días antes del 1º de mayo, eso nos dará la oportunidad de hablar sobre el asunto.

Confío en que usted y su familia se encuentren bien. Por favor, transmítales mi amor.

Con mucho afecto,
J. Krishnamurti

Yo nunca había visto Madrás, así que decidí ir. Nandini persuadió finalmente a su marido para que le permitiera acompañarme. A nuestra llegada fuimos recibidas por Krishnaji y Madhavachari, que se mostraron cálidos y afectuosos en la bienvenida. Por la tarde fuimos con Madhavachari a la Sociedad Teosófica y al Jardín del Recuerdo, los terrenos donde habían cremado a Annie Besant su *samadhi*. Krishnaji no vino con nosotros. Desde su ruptura con la Sociedad Teosófica, él no había visitado la finca en Adyar. La ruptura con la Sociedad era completa.

Al volver del samadhi de Annie Besant, trajimos con nosotros un lirio blanco y se lo dimos a Krishnaji. Él lo tomó con ambas manos y lo sostuvo. Pudimos ver que estaba profundamente conmovido. Después fuimos a pasear con él por la playa de Adyar. Krishnaji caminaba delante de nosotras, bien enhiesto su cuerpo vestido de blanco, y los largos brazos cayendo a los costados. Cuando regresamos, sus profundos ojos de color azul oscuro se veían distantes, su rostro parecía exaltado. Al llegar a la casa le preguntó a Madhavachari (a quien se dirigía como *mama*, 'tío'): "¿Qué gongs fueron los que escuché la última noche -dos largos y uno corto? Eran maravillosos". Madhavachari quedó perplejo, dijo que él no había escuchado gongs y no sabía de dónde habían venido los sonidos. Krishnaji insistió en que había escuchado unos sonidos extraordinarios. K fue a su habitación y salió al cabo de cinco minutos para decir que se había dado cuenta de algo con respecto a los gongs. Parecía que el sonido, profundo, resonante, fuera producido por dos ventiladores funcionando al mismo tiempo. K estaba en un estado de éxtasis, sus manos marcaban el compás de la resonancia. Casi no habló durante toda la cena, que comimos en *thalis*, y sentados en esteras sobre el piso. (*Thalis*: platos redondos de metal donde se sirve la comida en las familias tradicionales de la India. El *thali* puede estar hecho de madera, de acero inoxidable o de piedra. Sobre el *thali*, se colocan pequeños tazones redondos con diversos vegetales y lentejas, mientras que el arroz y los *rotis* o panes de trigo integral, se ponen sobre el *thali* mismo.)

Tarde en la noche nos despertamos con el sonido de la voz de Krishnaji que nos llamaba desde la galería donde acostumbraba dormir. Su voz sonaba débil, y nos quedamos azoradas pensando que estaba enfermo. Después de mucha vacilación, fuimos hasta el portal que da a la galería y le preguntamos si se sentía mal. Él estaba llamando a alguien, su voz era frágil y parecía la de un niño. Repetía: "Krishna se ha ido ¿cuándo volverá?" Sus ojos estaban abiertos, pero no reconocía a nadie. Luego pareció advertir nuestra presencia y preguntó: "¿Eres tú, Rosalind?" Y enseguida: "¡Oh, sí, sí, él sabe de ti, está todo bien, por favor siéntate aquí, espera aquí!". Luego, al cabo de un rato: "No dejen el cuerpo solo, y no tengan miedo". La voz empezó a llamar a 'Krishna' nuevamente. Entonces se tapó la boca con la mano y exclamó: "Ha dicho que no lo llamen". Después, con la voz de un niño: "¿Cuándo va a volver? ¿Volverá pronto?" Esto siguió así por un rato; luego se aquietó, y otra vez comenzó a gritar llamando a 'Krishna', y volvió a reprenderse a sí mismo.

Casi una hora después, su voz se había vuelto alegre. "Ha regresado, ¿lo ven? Ellos están aquí, inmaculados". Sus manos expresaban un estado de plenitud. Y entonces la voz cambió y era nuevamente la voz familiar de Krishnaji. Se levantó, disculpándose por habernos despertado. Nos acompañó a nuestra habitación y se fue. Lo extraño que había sido todo esto nos dejó perplejas; estábamos aturdidas y no dormimos en toda la noche. A la mañana siguiente se le veía fresco y joven. Lo interrogamos acerca de lo que había ocurrido. Rió y dijo que no lo sabía. ¿Podíamos nosotras describir lo que había pasado? Lo hicimos. Dijo que hablaríamos de ello en alguna otra ocasión, lo cual nos dio a entender que en ese momento él no deseaba discutir más el asunto. Al otro día nosotras regresamos a Bombay.

Las tensiones y la ominosa amenaza de guerra en Europa, alteraron los planes de Krishnaji para el verano. Se decidió que no regresaría a Europa ni a los EE.UU. sino que permanecería en la India durante mayo y junio. Miss Hilla Petit y Maurice Friedman fueron quienes lo hospedaron. Miss Petit había alquilado Sedgemore, una casa en Ootacamund -Ooty, como la llamábamos una estación arbolada en las colinas de Nilgiri a una altura de ocho mil pies. Las estaciones en las colinas de la India, con sus frondosos bosques, sus avenidas sombreadas, sus senderos de espireas y sus jardines exquisitamente ornamentados, se habían planeado para crear el ambiente de la campiña inglesa. Los ingleses crearon estos retiros boscosos para escapar del calor reinante en las llanuras durante los largos veranos.

En 1948, estas estaciones en las colinas aún no habían sido afectadas por los cambios que tenían lugar en la India. Las cabañas y los grandes 'bungalows' se apiñaban entre los árboles y daban a prados de color verde esmeralda; flores silvestres, margaritas, nomeolvides y dientes de león florecían con discreta elegancia entre el pasto, y las laderas de las colinas estaban densamente pobladas de pinos, eucaliptos y palmeras. Era ésta una región ondulada, sin ninguna de las escarpadas rocas y gargantas de los Himalayas del norte. Los jardines que rodeaban las casas resplandecían de rosas, fucsias, amapolas y pensamientos. Las viejas paredes de las casas se hallaban cubiertas con plantas trepadoras de rosas y glicinas.

La ventana en el dormitorio de Krishnaji daba a un espeso bosquecillo de eucaliptos de color verde plateado; las ramas y las hojas se entrelazaban para formar una bóveda de esbeltos troncos que se alzaban verticalmente hacia el cielo. Shanta Rao, un íntimo amigo de Friedman, había venido desde Madrás y también estaba viviendo en la casa.

Krishnaji nos escribió a Nandini y a mí para que nos reuniéramos con él en Ootacamund. Acabábamos de regresar de Madrás donde le habíamos visto. Echando una mirada hacia atrás, parece incomprensible que Krishnaji no considerara ni por un momento si eso era posible para nosotras, si aparecería el dinero para el viaje y la estadía en Ooty, si Nandini obtendría el permiso para venir. Yo tenía libertad para viajar dentro de las restricciones que imponían mis no muy abundantes finanzas, pero con Nandini la situación era por completo diferente. Las desavenencias con su esposo se estaban profundizando; aunque éste y su familia eran muy ricos, también eran ortodoxos y muy conservadores. Nandini no disponía de medios propios independientes.

Pero con Krishnaji siempre había sido así. Cuando dentro de él surgía una necesidad y se expresaba, ello 'ocurría' -se superaban todos los obstáculos. Y así Nandini, sus hijos, su suegro Sir Chunilal Mehta, y yo con mi hija Radhika llegamos a Ootacamund en la tercera semana de mayo, Jamnadas Dwarkadas se unió a nosotros unos días más tarde. Encontramos que Krishnaji se había recobrado de una enfermedad y que le había crecido la barba mientras estuvo en cama. Hacía frío, y Krishnaji llevaba puesto un largo y flotante *choga* de *tus* de lana natural. (*Choga*: Un abrigo suelto de lana o de seda con un botón en el frente. Lo llevan los hombres encima de las vestiduras indias como una protección contra el frío. *Tus*: Fino tejido de lana hilado a mano. Hecho con la lana de ovejas que pastorean a una altura de ocho mil pies, es tejido por familias de tejedores tradicionales en Srinagar, Kashmir. Una manta de *tus* de seis yardas de largo, puede hacerse pasar a través de un anillo.) Los grandes y penetrantes ojos, el rostro barbado y las largas vestiduras, le daban un aspecto bíblico.

Emprendimos con él largas caminatas, tomando atajos a través de los pinos. Él subía con movimientos elásticos las cuestas verticales, y resultaba difícil seguirle el paso. Era la estación que precede a las lluvias, y las florestas estaban opacas con las nieblas que se elevaban desde el suelo. Caminábamos con Krishnamurti, penetrando en bosques encantados donde los árboles se ocultaban en las nubes ascendentes que refulgían cuando la luz del sol las tocaba disolviéndolas igual que a las nieblas encerradas en ellas. En una ocasión, trepando por un sendero escarpado entre los pinos, dimos con tres mujeres que descendían cautelosamente la cuesta llevando en equilibrio sobre sus cabezas pesadas cargas de madera. Krishnaji se detuvo a un lado y observó cada movimiento que hacían

las mujeres que pasaban junto a él. Y de pronto, sentimos 'eso' -la compasión que emanaba de él, una tierna atención y una energía que quitaban las cargas de las mujeres que pasaban, quienes jamás supieron qué era lo que había aligerado el peso sobre sus cabezas.

Un día, durante un paseo entre los pinos, él me preguntó de qué modo me enfrentaba yo a la gente. No supe qué quería decirme, y así se lo expresé. Cuando pasamos junto a un patriarca *Toda* con su hija, volvió a preguntarme: "¿Cómo se enfrenta usted a la gente? Mire a estos *Todas* que pasan a nuestro lado -ese anciano con su barba, y la jovencita con el mantón a rayas. ¿Cuál es su respuesta a ellos?" Dije que al verlos pensaba en lo que fueron alguna vez, cuando su tribu gobernaba en las colinas de Nilgiri. Habían sido los reyes de este país, y ahora eran unos pobres vagabundos que apacentaban ganado y se amontonaban en pequeños claros del bosque. Él dijo: "Ciertamente, si usted quiere comprenderlos, no los vea a través de los propios pensamientos. ¿Por qué no los percibe de manera puramente pasiva y en estado de alerta? ¿Por qué no es sensible a ellos?" Más tarde, cuando regresábamos a casa, Krishnaji se volvió hacia mí y me dijo con un guiño del ojo: "Vaya y trabe amistad con los árboles".

Aunque Krishnamurti estaba descansando y en retiro, las noticias de su presencia en Ootacamund se habían extendido rápidamente.

Jawaharlal Nehru, ahora primer ministro de la India, se hallaba en Ootacamund, y recibí un mensaje de su secretario diciendo que al primer ministro le agradaría visitar a Krishnamurti. Pero se encontró que los problemas relacionados con el manejo de la seguridad eran muy complicados, y entonces fue Krishnaji el que acudió a verlo a la Casa de Gobierno. Maurice Friedman y yo le acompañamos y estuvimos presentes durante la entrevista en el salón privado del primer ministro. Había un fuego encendido, y sobre las mesas habían colocado cuencos con claveles. Krishnaji y Nehru se sentaron en un sofá frente al fuego, mientras que Friedman y yo lo hicimos en sillas al lado del sofá. Las llamas iluminaban las dos nobles cabezas brahmánicas, los rostros puros, finamente delineados -uno, de las altas tierras del norte, el otro, nacido entre las más antiguas rocas sureñas de Andhra. Los esculpidos rostros eran sensibles, con una fina piel translúcida que acentuaba los huesos y realzaba la movilidad -los ojos del profeta abarcaban inmensas distancias y de ellos emanaban la compasión y el silencio; los del otro, tenían la rápida, nerviosa energía de una saeta. Nehru era un hombre de acción, romántico, con un intelecto altamente cultivado; interesado, comprometido, incansable, buscando lo incognoscible dentro de la maraña de los manejos políticos.

Ambos hombres se mostraban tímidos, vacilaban. Les tomó un tiempo establecer contacto. Jawaharlal Nehru comenzó la conversación diciendo que había conocido a Krishnaji muchos años atrás, y que a menudo había estado pensando en lo que éste dijo. Se había sentido ansioso por volver a encontrarse nuevamente con Krishnamurti. Achyut Patwardhan y otros amigos habían hablado con Nehru detallándole el intenso trabajo que Krishnamurti estaba desarrollando en Madrás y Bombay. Nehru parecía angustiado por las matanzas y la violencia que habían estallado después de la partición y la independencia. Habló largamente de ello; él veía dos fuerzas operando en la India: una, el impulso hacia el bien; la otra, el mal. Estas fuerzas estaban en conflicto; si el bien no podía contener la propagación del mal, el mundo perecería. Krishnamurti dijo que el bien y el mal estaban siempre presentes; mientras más difícil fuera para el bien y la compasión funcionar, tanto más estaría el mal aguardando una grieta para establecerse en ella. Se necesitaba un gran estado de lucidez y percepción a fin de asegurar que el mal no pudiera penetrar y ganar fuerza. Ese estado de lucidez y percepción alerta -dijo K era lo que sostendría al hombre.

Jawaharlal Nehru le preguntó a Krishnamurti si su enseñanza había cambiado a través de los años desde que se encontraron la última vez. Krishnaji contestó que sí, pero que no podía decir exactamente dónde ni cómo. Nehru habló después de lo que Krishnamurti había dicho sobre la transformación. Él sentía dijo que había dos maneras en que la transformación podía realizarse; transformándose uno a sí mismo y así transformando su ambiente, o el ambiente influyendo sobre el individuo y transformándolo. Ante esto, Krishnamurti intervino: "¿No es lo mismo? No puede decirse que sean dos procesos separados". Nehru estuvo de acuerdo. Tentaba el camino, tratando de expresar la desesperación que sentía ante el estado caótico del mundo y ante lo que había sucedido en la India durante los meses recientes. Muy preocupado y no sabiendo que camino tomar, empezaba a cuestionar en profundidad sus propios pensamientos y acciones.

"Dígame, señor", le preguntó a Krishnaji, "yo quisiera aclarar esta confusión que siento dentro de mí. Dígame qué es la acción correcta y qué es el recto pensar". Para nosotros que escuchábamos, era ése el perpetuo problema del despertar, que tanto inquietaba a la mente india.

Hubo un silencio de más de tres minutos. Estábamos descubriendo que los silencios que rodeaban a Krishnaji en el diálogo, formaban parte de la comunicación; un silencio de la mente en el cual las distancias entre las mentes disminuían, de modo tal que había un contacto y una comunicación directa de mente a mente.

Entonces habló Krishnamurti, lentamente, demorándose en cada palabra. "La acción correcta sólo es posible cuando la mente está en silencio y vemos 'lo que es'. La acción que surge de este ver, se encuentra libre de todo motivo, libre del pasado, del pensamiento y de la causa". Después dijo que era difícil investigar este vasto

problema en tan poco tiempo. Jawaharlal Nehru escuchaba con intensidad, su mente parecía fresca y sensible, capaz de recibir y responder. Krishnaji se inclinaba hacia adelante, sus manos eran elocuentes. Dijo que, con el caos creciente en la India y en el mundo, el hombre sólo podía iniciar el proceso de regeneración dentro de sí mismo. Tenía que empezar de nuevo. Para que el mundo se salvara, unos pocos individuos tenían que liberarse de los factores que estaban corrompiendo y destruyendo el mundo. Tenían que transformarse profundamente ellos mismos para pensar creativamente y así transformar a más personas. Era de las cenizas que lo nuevo habría de surgir. "Como el ave fénix de las cenizas", dijo Nehru.

"Sí", replicó Krishnaji, "porque para que haya vida tiene que haber muerte. Los antiguos comprendían esto, y es por eso que rendían culto a la vida, al amor y a la muerte".

Krishnaji habló después del caos en el mundo, y dijo que era una proyección del caos individual. La mente humana, atrapada en el pasado, en el tiempo como pensamiento, era una mente muerta. Una mente así no podía operar sobre el caos, sólo podía añadir más confusión. El hombre tenía que liberarse del tiempo como devenir -la proyección hacia el mañana. Tenía que actuar en el 'ahora' y, de ese modo, transformarse.

El profeta y el héroe político hablaron durante más de una hora y media. El cielo del atardecer se había oscurecido y la estrella vespertina se había hundido tras el horizonte cuando salimos del salón. El primer ministro nos escoltó hasta el automóvil, y en la despedida hubo gracia y afecto. Prometieron volver a encontrarse en el invierno, cuando Krishnaji estuviera en Delhi. Más tarde Krishnaji, quien escribía diariamente en un libro de notas, registró estas observaciones:

> Él era un político muy famoso, realista, intensamente sincero y fervorosamente patriótico. Ni estrecho de mente ni egoísta, su ambición no era para sí mismo, sino para una idea y para el pueblo. No era un mero orador ruidoso y elocuente ni un cazador de votos; había sufrido por la causa que defendía, y, extrañamente, no estaba amargado; parecía más un erudito que un político. Pero la política era su vida misma, y el partido le obedecía, aunque más bien nerviosamente. Era un soñador, pero todo eso lo había dejado de lado por la política[1].

Hacia fines de mayo ocurrieron ciertos incidentes que arrojaron luz sobre la secreta vida mística de Krishnamurti.

En agosto de 1922, en Ojai, cuando Krishnaji estaba experimentando un violento despertar, le acompañaban dos fieles amigos. Eso fue así en la mayoría de las ocasiones similares en su vida, y el énfasis en las 'dos personas' no es accidental. Desde la juventud de Krishnaji, Annie Besant había insistido en que dos personas estuvieran siempre con Krishnaji para proteger el cuerpo. La protección del cuerpo del sabio cuando éste pasa por los procesos místicos de mutación y traslación de la conciencia, se halla profundamente arraigada en la tradición mística hindú. Durante este período, el cuerpo es inmensamente sensible, vulnerable, y está vacío de todo sentido del ego.

En el Valle del Indus hay una pictografía en la cual el profeta, sentado en meditación con las piernas cruzadas, está flanqueado por dos cobras erguidas. En otra imagen que representa el instante de la creación, una planta que brota del vientre de una mujer, tiene dos tigres feroces que protegen el instante del misterio. Una leyenda describe el cuerpo de Adi Sankaracharya (el exponente del Advaita y reputado fundador de la escuela de filosofía Advaita Vedanta) cuando éste yacía, en la cueva de Amarnath, en Kashmir. Por algún tiempo el cuerpo permaneció vacío, porque Sankaracharya había ocupado el cuerpo de un rey a fin de que, sin destruir la inocencia de su propio cuerpo, pudiera experimentar el sexo y la paternidad, y así responder al reto de Sharda, la esposa del Madan Misra de Mahishmati, que había desafiado al gran Acharya en una discusión sostenida en Varanasi. Mientras el cuerpo yacía indefenso en Amarnath, dos discípulos de Sankaracharya lo asistían y cuidaban a fin de que no sufriera ningún daño. La necesidad de proteger el cuerpo, ha sido la principal y quizá la única función de quienes se encontraban presentes cuando Krishnaji experimentaba enormes transformaciones de energía que activaban áreas del cerebro que anteriormente habían permanecido sin operar. No es fundado atribuir -como puede haberse hecho otra significación a la relación de Krishnaji con estas personas. El único punto válido es que hubo personas en quienes Krishnaji depositó su confianza para que velaran porque el cuerpo no sufriera daño alguno, y que, sobre todo, no tuvieran fuertes reacciones emocionales como el miedo y otras ante lo que ocurría.

Los sucesos en Ooty se prolongaron por un período de tres semanas, desde el 28 ó 29 de mayo de 1948 hasta el 20 de junio. Tuvieron lugar en la habitación que Krishnaji ocupaba en Sedgemoor. Mi hermana Nandini y yo estuvimos presentes, y para nosotras fue una experiencia desconcertante. Maurice Friedman, indudablemente, les había explicado a Shanta Rao y a Miss Petit algo de lo que estaba sucediendo, familiarizado como se hallaba con las secretas tradiciones místicas de los sabios de este país. De todos modos, no había nada que pudiéramos hacer.

Ello comenzó una tarde cuando Krishnaji había salido a dar un paseo con nosotros. Primero dijo que no se sentía bien, y preguntó si podíamos volver a la casa. Cuando le preguntamos si quería ver a un médico, dijo: "No, no se trata de eso". No explicó nada más. Cuando llegamos a la casa, fue a su habitación, diciéndole a Friedman que de ninguna manera debía molestársele; pero nos pidió a Nandini y a mí que entráramos en la habitación. Cerró la puerta y después nos dijo que, cualquier cosa que ocurriera, no nos asustáramos, y que de ningún modo llamáramos a un médico. Nos pidió a ambas que nos sentáramos tranquilamente y que lo vigiláramos. No tenía que

haber temor. No debíamos hablarle ni reanimarlo, pero sí cerrarle la boca si se desmayaba. Bajo ninguna circunstancia debíamos dejar el cuerpo solo.

Si bien mi relación con K me había arrebatado, yo tenía una mente escéptica y observé muy intensamente los acontecimientos cuando estos ocurrieron.

Krishnaji parecía sufrir muchísimo. Se quejaba de un severo dolor de muelas y de un intenso dolor en la nuca, en la coronilla y en la espina dorsal.

En medio de sus padecimientos decía: "Están limpiando el cerebro, ¡oh!, completamente, lo están vaciando". Otras veces se quejaba de un gran calor, y su cuerpo transpiraba profusamente. La intensidad del dolor variaba según fuera el área donde se concentraba. A veces se localizaba en la cabeza, en los dientes, en la nuca o en la columna vertebral. Otras veces él gemía y se agarraba el estómago. Nada aliviaba el dolor, éste venía y se iba a voluntad. Cuando el proceso operaba, el cuerpo que yacía en la cama era como una cáscara; sólo parecía hallarse presente una conciencia del cuerpo. En este estado la voz era débil, como la de un niño.

Súbitamente, el cuerpo fue ocupado por una elevada presencian Krishnaji se incorporó sentándose con las piernas cruzadas y los ojos cerrados; el frágil cuerpo parecía crecer y llenar la habitación; había un silencio palpable, palpitante, y una fuerza inmensa se derramaba en el lugar y nos envolvía. En este estado, la voz tenía gran volumen y profundidad. Después de la primera tarde, Krishnaji comenzó a salir solo para sus paseos vespertinos, y solía pedirnos a Nandini y a mí que después fuéramos a la casa. Al principio, las experiencias empezaban a las 6 p.m. y terminaban alrededor de las 8,30 p.m., pero luego prosiguieron a veces hasta la medianoche. En los días en que tenía entrevistas con la gente (Jawaharlal Nehru, por ejemplo) no sucedía nada. Hacia el final, los períodos se prolongaron más aún, y en una ocasión duraron toda la noche. En ningún momento habló él de suciedad ni expresó deseos de abandonar la habitación como lo había hecho en Ojai, pese a que Sedgemoor no era particularmente limpio; tampoco habló de pensamientos perturbadores. En una oportunidad le pidió a Nandini que sostuviera su mano, porque de otro modo podría escabullirse y no regresar.

Mientras se encontraba en medio de estas penosas pruebas, su cuerpo solía agitarse en la cama. Tenía accesos de escalofríos, gritaba llamando a Krishna, y después se tapaba la boca con la mano diciendo:

"No debo llamarlo".

30 de mayo de 1948: (He tratado de conservar las anotaciones de lo que Krishnaji decía en estos estados místicos. Algunas de esas anotaciones se han perdido. Sin embargo he reproducido aquí las notas que sí existen, y Nandini me ha ayudado a reconstruir el resto). Krishnamurti se preparaba para dar un paseo, cuando de pronto dijo que se sentía demasiado débil y fuera de su cuerpo. Exclamó: "¡Qué dolor tengo!" Se tomó la parte posterior de la cabeza y se acostó. En pocos minutos el Krishnaji que conocíamos no estaba ahí. Durante dos horas le vimos atravesar por un intenso dolor. Dijo que le dolía la parte posterior del cuello, que le molestaban los dientes, que su estómago estaba duro e hinchado, y gemía y se lo apretaba. Por momentos gritaba. Se desmayó varias veces. Cuando volvió en sí la primera vez, dijo: "Ciérrenme la boca cuando me desmayo".

Prosiguió: "Amma -oh, Dios, dame la paz. Sé lo que ellos tratan de hacer. Díganle que regrese. Sé cuando se ha alcanzado el límite del dolor -entonces ellos regresarán. Ellos saben hasta dónde el cuerpo puede soportar. Si enloquezco, cuiden de mí -no es que vaya a enloquecer. Ellos son muy cuidadosos con el cuerpo. ¡Me siento tan viejo! Sólo un pedacito de mí está funcionando. Soy como un juguete de goma indio con el que un niño está jugando. Es el niño el que le da vida".

Su rostro, cuando esto estaba sucediendo, se veía consumido y atormentado por el dolor. Apretaba constantemente los puños y las lágrimas manaban de sus ojos. Después de dos horas, se desmayó nuevamente. Cuando volvió en sí dijo: "El dolor ha desaparecido. En lo profundo de mí sé lo que ha ocurrido. Me han provisto de gasolina. El tanque está lleno".

Después dijo que hablaría para no pensar en el dolor que experimentaba internamente. "¿Han visto el sol y las suaves nubes cargadas de lluvia? Estas pasan cubriendo el sol, y entonces la lluvia cae con estrépito sobre la tierra que aguarda como una matriz abierta. Y lo lava todo dejándolo limpio -cada flor, cada hoja. Hay fragancia, hay frescura. Después las nubes pasan y el sol sale tocando cada hoja, cada flor. La tierna flor pequeña que es como una niña que los hombres pueden destruir. ¿Han visto los rostros que tienen los ricos, tan fuertemente ocupados con sus capitales y su enriquecimiento? ¿Qué saben ellos del amor? ¿Han sentido ustedes alguna vez cada rama de un árbol, han tocado una hoja, se han sentado junto a un niño harapiento? ¿Saben?, cuando iba manejando en dirección al aeródromo, vi a una madre que estaba lavándole las nalgas a un niño. Era algo hermoso. Ninguno lo advirtió; todo lo que conocen es el dinero, y el crudo sexo de sus mujeres; para ellos el amor es sólo sexo. Uno sostiene la mano de una mujer; entonces ella no es 'una mujer'; eso es amor. ¿Saben ustedes lo que es amar? Tienen maridos e hijos. Pero, ¿cómo podrían saberlo? Ustedes no pueden retener una nube en una jaula de oro".

Permaneció en silencio por un rato, y después dijo: "Este dolor hace que mi cuerpo sea como el acero. Así de flexible, de dúctil, sin un solo pensamiento. Es como un pulimento -un examen". Le preguntamos si no podía

detener el dolor. Contestó: "Usted ha tenido un hijo. ¿Puede detenerlo una vez que comienza a llegar?" Luego agregó: "Esta noche van a entretenerse conmigo. Veo cómo la tormenta se está concentrando. ¡Oh, Cristo!"

Después de un rato, Maurice trajo un poco de sopa y luego se fue. Krishnaji había encendido la luz. Ahora se sentó con las piernas cruzadas y el cuerpo erecto. El dolor había desaparecido de su rostro. Tenía los ojos cerrados. Parecía crecer. Sentimos que un poder tremendo se derramaba a raudales dentro de él. Había una palpitación en la atmósfera. Llenaba la habitación. Nuestros ojos y oídos también se llenaban con eso y con el sonido, aunque no había sonido; y cada poro de nuestros cuerpos sentía un contacto, pero no había nada en la habitación. Entonces abrió los ojos y dijo: "Algo ocurrió -¿vieron ustedes alguna cosa?" Le dijimos lo que habíamos sentido. Él dijo: "Mi rostro será diferente mañana". Se acostó y su mano se extendió en un gesto de plenitud. Dijo: "Seré como una gota de lluvia puro". Después de unos cuantos minutos nos dijo que estaba muy bien, y que podíamos irnos a casa.

17 de junio de 1948: Krishnaji salió para un paseo a solas. Nos pidió a Nandini y a mí que le esperáramos. Nos sentamos junto al fuego y le esperamos. Entró en la habitación como si fuera un extraño. Se dirigió derecho a la mesa y escribió algo en su carpeta. Después de un rato advirtió nuestra presencia. Vino y se sentó cerca del fuego. Nos preguntó qué habíamos estado haciendo, y dijo que había caminado mucho más allá del Club de Golf. En la distancia alguien tocaba una flauta, y él permaneció en silencio, escuchando con mucha atención. Fue sólo después de que eso terminó, que Krishnaji pareció hallarse en un estado semiconsciente. Dos veces mientras estuvo sentado ahí, esa tremenda presencia llenó su ser. Crecía en estatura delante de nosotras. Sus ojos estaban entrecerrados, su rostro quieto e inmensamente bello.

Después se acostó en la cama, y ahí sólo estaba el cuerpo. La voz que venía de él era la de una frágil criatura. El Krishnaji que conocíamos no estaba ahí. El cuerpo comenzó diciendo que estaba muy lastimado por dentro, que ellos lo habían estado quemando internamente; que le dolía toda la cabeza. Temblaba y empezó a decir que algo había sucedido durante el paseo. Se volvió hacia nosotras y preguntó: "¿Lo vieron regresar?" No podría sincronizar el cuerpo y la mente. Por momentos sentía que todavía se encontraba en los bosques. "Ellos vinieron y lo cubrieron con hojas". Dijo: "¿Saben? Mañana ya no le habría visto; por poco no vuelve". Seguía palpándose el cuerpo para ver si estaba, todo ahí. Prosiguió: "Debo volver y averiguar qué ha sucedido durante el paseo. Algo sucedió, y ellos regresaron corriendo. Pero no sé si yo he regresado. Pueden haber quedado pedacitos de mí en el camino". Dos veces se levantó de la cama y fue hasta la puerta, pero volvió a acostarse. Después se durmió. Cuando despertó, se palpó a sí mismo y miró con asombro sus manos.

18 de junio de 1948: Krishnaji nos pidió que viniéramos alrededor de las siete de la noche, El estaba fuera. Llegó un poco más tarde. Otra vez era un extraño. Escribió algo en el libro de notas y luego vino y se sentó con nosotras. Dijo: "Pensamientos de mi plática en Bangalore acuden en abundancia. Estoy otra vez despierto". Cerró los ojos, y por un rato estuvo sentado derecho, en silencio. Después se quejó de un dolor y se acostó. Sentía que estaba ardiendo. Exclamó: "¿Saben? Descubrí qué ocurrió durante el paseo. El volvió plenamente y tomó el mando por completo. Por eso no supe si yo había vuelto. No sabía nada". Un poco más tarde: "Entonces, en ese vacío había una luz y una tempestad, y ese día fui atormentado en el viento. ¿Saben que ese vacío no tiene horizonte -que se extiende sin límites?" Su mano se movía para indicar el espacio vacío.

Y un rato después: "Ellos me han quemado para que pueda haber un vacío mayor. Quieren ver cuánto de Él puede venir". Más adelante: "¿Conocen el vacío, cuando no hay un solo pensamiento? ¿Cuando la mente está por completo vacía? ¿Pero cómo podían conocerlo? Es este vacío el que trae poder -no el poder que la gente conoce, no el poder del dinero, el poder de la posición, o el poder del marido sobre la esposa". Hizo una pausa. "Este es un poder duro. Como el que hay en una dínamo. ¿Saben? durante el paseo yo estuve en éxtasis. Jamás había llorado de ese modo. Mientras caminaba me crucé con un hombre pobre. Me vio llorando y pensó que yo había perdido una madre o una hermana. Entonces me sonrió y yo no podía entender". De pronto dijo: "Tuve una percepción -el tiempo y el vacío eso es. Espero recordarlo cuando despierte".

Empezó a decir que no podía soportarlo, que estaba todo quemado y lastimado por dentro. Entonces súbitamente se incorporó y dijo": ¡No se muevan!", y de nuevo le vimos como la otra noche. Su rostro estaba en la oscuridad, pero el fuego se elevaba y su sombra se alargaba sobre la pared. Todo dolor había desaparecido del rostro. Los ojos estaban cerrados, el cuerpo latía como si algún poder estuviera penetrando dentro de él. Su rostro palpitaba. Todo él parecía crecer y llenar la habitación. Permaneció sentado sin movimiento alguno por cerca de tres minutos y después se desmayó. Al despertar, estaba calmado y sereno.

Aunque las notas que tomamos durante la última noche se han perdido, Nandini y yo recordamos la ocasión vívidamente.

Krishnaji había estado sufriendo un dolor agudísimo en la cabeza y en la parte posterior del cuello, su estómago estaba hinchado, las lágrimas fluían por su rostro. De pronto cayó hacia atrás sobre la cama y se quedó completamente quieto. Los rastros de dolor y fatiga habían desaparecido, como ocurre en la muerte. Entonces la

vida y una inmensidad comenzaron a manifestarse en sus facciones. El rostro era inmensamente bello. No tenía edad, el tiempo no lo había tocado. Los ojos se abrieron, pero no hubo reconocimiento. El cuerpo irradiaba luz; una quietud y una vastedad iluminaban el rostro. El silencio era líquido y denso, como la miel; se derramaba a raudales dentro de la habitación y en nuestras mentes y nuestros cuerpos, llenando cada célula del cerebro, borrando toda huella del tiempo y de la memoria. Sentimos un contacto sin presencia alguna, un viento que soplaba sin que hubiera un solo movimiento. No pudimos evitar que nuestras manos se plegaran en *pranams*. Por algunos minutos él permaneció inmóvil; luego sus ojos se abrieron. Después de un rato nos vio y dijo: "¿Vieron ustedes ese rostro?" No esperó una respuesta. Permaneció tendido en silencio. Entonces dijo: "El Buda estuvo aquí, son ustedes bienaventuradas".

Nosotras volvimos al hotel, y el silencio vino con nosotras y nos envolvió durante algunos de los días que siguieron. Estábamos embargadas por una presencia que nos invadía. La mayor parte del tiempo estuvimos en la habitación con Krishnaji; aunque no teníamos ningún papel que jugar, nuestra presencia parecía necesaria. Durante los sucesos no había en él nada personal -ni emoción, ni relación alguna con nosotras. La terrible prueba parecía física, y sin embargo al día siguiente no dejaba ninguna huella en su rostro ni en su cuerpo. Estaba inflamado de energía -alegre, afanoso y juvenil. Ni una sola de las palabras que pronunciaba tenía alusiones psicológicas. Había autoridad, profundidad y poder en el silencio que en cada oportunidad impregnaba la habitación y la atmósfera. Más tarde, Nandini y yo comparamos nuestras notas y descubrimos que ambas habíamos tenido idénticas experiencias.

Cuando nosotras abandonamos Ootacamund, Krishnamurti nos pidió: "Vayan a Bombay para descansar. Han pasado ustedes por una experiencia muy severa".

En una de las cartas que posteriormente me escribió, K se refería brevemente a lo que había ocurrido. Cierta mañana yo le había preguntado cuál era la razón para las dos voces -la débil voz del niño y la normal de Krishnamurti. Dijo entonces que parecía como si alguna entidad saliera del cuerpo y alguna entidad reingresara al cuerpo. Ahora, en su carta Krishnamurti explicaba: "Esto no es así. No es que haya dos entidades". Agregaba que más adelante hablaría al respecto; pero habrían de pasar muchos años antes de que volviera a referirse a ello.

Capítulo XII

"EL ROSTRO ESTABA JUNTO A MÍ"

Cuando regresé a Bombay, pasé por una profunda e inexplicable experiencia. Mis sentidos, arrancados de su rutina, habían estallado. Una noche, cuando me había acostado para dormir, percibí el intenso contacto de una presencia que aguardaba. Fui recibida y envuelta por un denso fluido embriónico. Me estaba ahogando, y sentí que mi conciencia se apagaba. El cuerpo se rebeló; luchaba, incapaz de aceptar este envolvente abrazo, esta sensación de muerte. Luego, la silenciosa presencia desapareció. Esto ocurrió por tres noches consecutivas. Cada vez mi cuerpo luchaba, resistía este encuentro, no podía afrontar este contacto con la muerte, el cual pasó tan rápidamente como había llegado, para no regresar jamás. No hubo temor. Cuando volví a encontrarme con Krishnaji le conté acerca de esto, y él me dijo que lo dejara estar, sin aferrarme a ello ni resistirlo.

Krishnaji nos había pedido que mantuviéramos en secreto lo que habíamos presenciado en Ooty. Nosotras sentíamos que él no deseaba confundir la precisión, la claridad y el sentido directo de la enseñanza. Pero alrededor de los años 70 Krishnaji mismo empezó a hablar de ello con muchas personas estrechamente relacionadas con él. Le pregunté: "¿Cree usted que las células físicas del cerebro, incapaces de contener o de retener la inmensidad de la energía que fluye dentro del cerebro, tuvieron que crear en éste los espacios que pudieran sostenerla? ¿Hubo de producirse una mutación física en las células cerebrales mismas? ¿O fue como un rayo láser operando sobre las células del cerebro a fin de capacitarlas para funcionar plenamente y así contener lo ilimitado?"

Krishnaji respondió: "Posiblemente fue así". Hizo una pausa y prosiguió: "Después de lo de Ojai, Leadbeater no podía explicar el dolor, y tampoco podía hacerlo Mrs. Besant. La explicación que daban ellos era que la conciencia de K tenía que vaciarse para que un fragmento del Bodhisattva Maitreya pudiera utilizar el cuerpo".

Cuando le preguntábamos si era 'Maitreya', nunca decía que sí ni que no. Le pregunté: "¿Es que estamos en presencia de la primera mente que opera de modo pleno, total?"

"Es posible", dijo K. "Y eso es lo que debe hacerse con los niños de aquí [en la escuela del Valle de Rishi]".

Krishnamurti, al hablar en 1979 acerca de los acontecimientos de Ooty, dijo que para él la línea divisoria entre la vida y la muerte era frágil y tenue. Durante el estado en que el cuerpo era una cáscara, existía la posibilidad de que K "se fuera lejos" y no regresara jamás, o que algunos otros elementos que querían destruir la manifestación pudieran dañar el cuerpo. Por eso no podía haber miedo entre las personas que estaban cerca de él en esos momentos. El miedo atraía el mal.

Le dije que mientras él se hallaba en esos estados, sólo el cuerpo estaba operando; había un vacío en el cuerpo. La voz era como la de un niño. K dijo: "¿No podría uno explicar las dos voces diciendo que una de ellas era la del cuerpo solo?"

Pregunté: "¿Sólo el cuerpo hablaba?"

Dijo: "¿Por qué no?"

"¿Solamente una cáscara?", insistí.

"Si, ¿por qué no?" Entonces me preguntó: "¿Era histérica la voz?"

Contesté: "No había histeria".

"¿Era un estado imaginario?"

"¿Cómo podría yo saberlo?", repliqué.

K preguntó qué solía ocurrir en la mañana siguiente. Dije que a veces salíamos a pasear con él, y que Krishnaji estaba animado, fresco. El dolor no había dejado huella alguna, y él parecía haber olvidado lo sucedido. Se reía muchísimo, nos miraba burlonamente, era afectuoso, considerado, nos arrollaba con su presencia y no tenía ninguna respuesta para nuestros interrogantes. Decía que no lo sabía.

Ese mismo año, 1979, cuando K estaba en Bombay, algunos de nosotros le pedimos que nos explicara el fenómeno del cambio que se producía en su rostro. Dijo: "Hace muchos años desperté y el rostro se hallaba junto a mí. Era el rostro en que se estaban convirtiendo las facciones de K. Ese rostro me acompañaba todo el tiempo, dichosamente. Era extraordinario, sumamente refinado, cultivado". Él hablaba y sus palabras se referían a otro ser. "Y un día el rostro ya no estuvo más ahí".

"¿Se había vuelto uno con K?" pregunté.

K dijo que no lo sabía. También habló de la necesidad que el cuerpo tenía de que se le protegiera. Nada desagradable debía ocurrir en torno al cuerpo mientras K estaba fuera, nada malo. En ese estado el cuerpo se hallaba indefenso y toda clase de elementos deseaban destruirlo. "Cuando el bien está presente, también está lo otro".

Se le preguntó si el mal podía apoderarse de su cuerpo cuando éste se encontraba vacío. Su "no" fue absoluto.

"¿Qué es, entonces, lo que el mal puede hacer?" "¿Destruir la manifestación?"

"Sí", dijo K, "por eso es que tiene que haber amor. Cuando hay amor, hay protección".

K también dijo que era posible que el dolor y lo que ocurría era algo necesario, porque el cerebro aún no estaba preparado. Subsistían rastros de inmadurez, y las células cerebrales no eran lo suficientemente amplias como para recibir la energía. "Cuando la energía se derrama a raudales dentro del cerebro y éste no es capaz de contenerla, entonces esa energía siente que tiene que perfeccionarlo. Puede que sea la actividad propia de esa energía".

Al hablar después sobre la necesidad de que dos personas estuvieran con el cuerpo, K dijo: "Donde hay amor, hay protección. El odio permite que el mal penetre".

Cuando se le preguntó adonde iba la conciencia de K, contestó: "Me he preguntado a mí mismo qué ocurre cuando no hay movimiento alguno del cerebro". Al cabo de un rato continuó: "Cesa completamente. Viene solamente cuando tiene que manifestarse. Deja de existir cuando no está ahí. ¿Acaso el aire tiene algún lugar especial, lo tiene la luz? Encierran al aire, y entonces está ahí. Se rompe el encierro, y está en todas partes".

Parecía vacilar en inquirir más. Dijo que él no debía indagar más allá. "Ustedes pueden preguntar", dijo, "y yo contestaré. Pero yo no puedo preguntar".

Krishnaji visitó Bangalore a su regreso de Ootacamund. Se alojó en Premalaya, una casa que pertenecía al renombrado físico Vikram Sarabhai, presidente de la Comisión de Energía Atómica y un pionero en la India de la investigación del espacio. Maurice Friedman lo atendía. Un insaciable deseo de experimentar hizo que Friedman sugiriera a Krishnaji que el ajo sería beneficioso para su salud. De modo que se agregaron a su dieta seis dientes de ajo. Bajo las instrucciones de Friedman, Balasundaram, que se encontraba en Bangalore, masajeaba diariamente a Krishnaji con un aceite medicinal.

Por entonces, un pequeño grupo de jóvenes se había reunido alrededor del profeta. Balasundaram y su esposa Vishalakshi, Sunanda y su prima Lalita, Dwaraka (un joven amigo en Bangalore) y Shanta Rao, estaban constantemente cerca, añadiendo color, charlas y risas a la atmósfera. Sanjeeva Rao, que también estaba en Bangalore, se sentía perturbado por tanta gente joven que se reunía alrededor de ese ser asombrosamente bello. Sentía que había cierta frivolidad en la atmósfera, y tal vez se acordaba de las instrucciones de Annie Besant sobre la necesidad de que dos iniciados protegieran a Krishnaji contra las fuerzas destructivas. Comenzaron los rumores, y algunos de los chismes que andaban flotando en derredor llegaron a oídos de Krishnaji. Percibiendo cierta actitud presuntuosa en la situación, reprendió al grupo de mayor edad durante una reunión pública. Habló de la naturaleza destructiva del chismorreo irresponsable, y de la necesidad de tener una mente seria.

Ahora había llegado a Bangalore el mismísimo Madhavachari. Quedó horrorizado ante los experimentos de Friedman, e inmediatamente ordenó a éste que le suspendiera a Krishnaji la dieta de ajo y los masajes. Subha Rao, un viejo teósofo que había dejado la Sociedad Teosófica junto a Krishnaji y ahora dirigía la Escuela del Valle de Rishi, pronto llegó a Bangalore para discutir con Krishnaji los asuntos de la escuela. Subha Rao era un excelente y consagrado educador, muy querido por los estudiantes; pero estaba envejeciendo. Como Madhavachari repetidamente lo afirmaba, los asuntos del Valle de Rishi estaban cayendo en manos del grupo Coimbatore. Subha Rao, incapaz de controlar las cosas, había insinuado su deseo de renunciar. Un día Sanjeeva Rao le dijo a Krishnaji: "El Valle de Rishi se compró con £10.000 que se donaron para ese propósito. Es propiedad de usted. Lo están destruyendo. Usted debe intervenir". "¿Propiedad mía? Yo no tengo ninguna propiedad".

Las pláticas en Bangalore tuvieron una buena asistencia, y pronto surgieron las discusiones en relación con la Escuela del Valle de Rishi. En esta etapa intervino Miss Muriel Payne. Muriel Payne, que había llegado a Bangalore proveniente de Inglaterra, era una mujer huesuda e inmensamente enérgica. Jefa de una organización de enfermeras durante la guerra, vendió su colegio de adiestramiento para enfermeras y vino a la India. Había conocido a Krishnamurti por muchos años. De hecho, me contó que había asistido a Krishnamurti en Ojai cuando él estuvo seriamente enfermo durante 1945 y 1946.

Se entrevistó con Krishnamurti en Bangalore y sugirió que ella reuniría a un grupo de jóvenes e iniciaría las tareas en el Valle de Rishi. La capacidad práctica que Miss Payne tenía para la organización, combinada con alguna percepción y cierto discernimiento en la enseñanza, hacían de ella una personalidad formidable. Era una amiga fervorosa, pero detestaba a los ineficientes y mediocres, y tenía un trato áspero con las personas. Siendo una mujer poco atractiva físicamente, no se había casado; y la falta del amor físico había acentuado su natural dureza. Pero era una mujer de gran estatura en todo el sentido de la palabra. Podría llenar una habitación con su irrefrenable propósito de moldear la vida de la gente.

Se decidió establecer una comunidad que se ocupara del Valle de Rishi; el grupo incluía a Miss Payne, Madhavachari, Maurice Friedman, Subha Rao y Rajagopal Iyengar. También estaban en el grupo Evelyn Wood, Gordon Pearce y Adhikaram. Evelyn Wood, un inglés casado con una mujer india, era profesor de inglés en la Universidad de Bombay; sirvió en el gobierno británico y más adelante se quedó en la India después de la independencia. Gordon Pearce era teósofo y un educador muy conocido, casado también con una mujer india, Anusuya Paranjpaye. Estableció una Escuela Pública en Gwalior, se hizo cargo, como director, de la Escuela del Valle de Rishi, y más tarde habría de fundar la Escuela Blue Mountain en Ootacamund. Adhikaram, un

renombrado educador natural de Sri Lanka, más tarde llegó a ser canciller de la Universidad de Colombo. Posteriormente habrían de ir todos al Valle de Rishi para hacerse cargo del mismo. Sin embargo, fue inevitable que pronto surgiera la división a causa de las discusiones. Evelyn Wood fue el primero en irse, seguido de Maurice Friedman. Madhavachari renunció y Subha Rao dejó el Valle. Pearce y Adhikaram no vinieron nunca. Miss Payne fue la única que quedó al frente de la Escuela. Sanjeeva Rao estaba ahora horrorizado por Miss Payne y su "falta de educación". Educado en el Kings College de Cambridge, Sanjeeva Rao no podía tolerar la ignorancia de Miss Payne con respecto a la gramática inglesa, ni su espantosa caligrafía. Sanjeeva Rao me escribió cartas punzantes en las que se quejaba de la ignorancia de Miss Payne y de la incongruencia que implicaba la conexión de ella con la labor educacional.

Fue en esta etapa que se sugirió la venta del Valle de Rishi y de los terrenos adyacentes. Miss Payne reaccionó con fuerza ante este rumor y escribió a Krishnamurti, que se encontraba en Poona; en su carta protestaba ella por la venta de las tierras, pero sugería que se cerrara la Escuela. Miss Payne aconsejaba el establecimiento de una comunidad internacional. Madhavachari, que se oponía enérgicamente a la idea de vender las tierras, como expresión de protesta renunció al Trust del Valle de Rishi.

Finalmente, Krishnaji decidió que no se vendiera el Valle de Rishí. Sin embargo, Subha Rao renunció, y la escuela fue parcialmente clausurada por Kitty Shiva Rao, la esposa austríaca de Shiva Rao, y por Rao Sahib Patwardhan, en ese entonces presidente y secretario del Trust del Valle de Rishi. Miss Payne volvió a Inglaterra después de que Madhavachari se reincorporó al Trust. Sin embargo, regresó al Oriente y se vio con Krishnamurti en Colombo, Sri Lanka en octubre de 1949. Más tarde, conjuntamente con Adhikaram y Pearce, Miss Payne estableció la Rishi Valley Sangha, una comunidad destinada a que en ella se vivieran las enseñanzas de Krishnamurti. Se dirigieron todos al Valle de Rishi y se hicieron cargo de la propiedad. Rajagopal Iyengar, un antiguo ingeniero de los Servicios Centrales, que había renunciado prematuramente a sus funciones en el Gobierno para poder trabajar en el Valle de Rishi, también era miembro de la comunidad, como lo era Maurice Friedman. Inexorablemente, Miss Payne asumió la dirección de todo. A los viejos colaboradores se les pidió que se fueran, y pronto la comunidad quedó reducida a un esqueleto.

De Bangalore, K viajó a Poona, donde se alojó en la casa de huéspedes de la Sociedad de Funcionarios de la India. Mi madre, Iravati Mehta, actuó como anfitriona y atendió a K mientras éste permaneció en Poona. Estaba con mi madre mi sobrino Asit Chandmal, de nueve años. El padre de éste, miembro del Servicio Civil de la India, contrajo una enfermedad mental. El padre y la madre se separaron, y Asit fue educado por su abuela, mi madre. Consciente de la complejidad de los problemas del niño, ella lo había retirado de la escuela para que estuviera en Poona, comprendiendo intuitivamente que dos meses con K bajo el mismo techo, harían por Asit más que cualquier escuela.

Le pedí a Asit que escribiera sobre sus recuerdos de este período, puesto que había pasado mucho tiempo con K. En una carta, Asit escribió:

> Cuando yo tenía nueve años estuve alojado con Krishnaji en Poona durante varios meses. Mi abuela había establecido su casa en la Sociedad de Funcionarios de la India -había dos dormitorios y una sala de estar entre ambos. El comedor y la cocina estaban en una cabaña separada por doscientas yardas. Acostumbrábamos caminar juntos hasta la cabaña para almorzar -su paraguas lo protegía siempre contra el más mínimo vestigio de sol. A menudo me invitaba a que corriéramos hasta la cabaña -él corría conmigo y llegábamos al mismo tiempo. Yo tenía nueve años y él tenía seis veces mi edad cincuenta y cuatro. Cuando me veía remontando cometas, me hablaba acerca de las enormes cometas de California, cuya envergadura era más grande que sus brazos extendidos, y más tarde, en Dewali, fuimos a los mercados de Poona, compramos petardos y los encendimos por la noche. Una vez, cuando yo huía asustado de un petardo que estallaba, me dijo: "Obsérvalo, no escapes"[1].

Antes de abandonar Bangalore, K le entregó a Sunanda 400 rupias y un mantón. Fue un gesto simbólico, una sugerencia de que ella dejara su casa y entrara en el mundo. Sunanda había venido a Poona con su prima Lalita, Dwaraka y Gauntam, su tío materno. Se alojaron en la residencia de descanso de la Sociedad Teosófica. También estaba presente Gawande, un joven muy inteligente y reflexivo que tiempo después iba a convertirse en *sannyasi*.

El auditorio que asistía a las pláticas era muy animado. Había partidarios de Gandhi, estudiantes, escritores, eruditos y profesionales. Las discusiones eran vibrantes, dominadas por preguntas sobre el alivio de la pobreza y por requerimientos de trabajo social.

K estaba congregando a un gran número de personas. Muchas mujeres con vidas maritales conflictuadas, le solicitaban entrevistas, y pronto percibió él las inseguridades y los sufrimientos que agobiaban la existencia de una mujer casada. En sus pláticas públicas se le formulaban numerosas preguntas acerca de "las obligaciones de una esposa" y del papel desempeñado por el matrimonio. K fustigaba la hipocresía de la sociedad india, sus valores y moralidades. Habló de la situación de la mujer y del dominio económico del marido. "Es solamente una sociedad estática y en deterioro la que habla de obligaciones y derechos". Dijo: "¿Han observado ustedes a un hombre cuyo corazón está vacío? Su rostro se vuelve feo. Miren sus propios rostros en el espejo de vez en cuando, vean qué

informes, qué indefinidos son". Habló de la ausencia de amor, del amor con su hondura y su profundidad. "Amar es ser casto, puro, incorruptible".

Yo había precedido a K en Delhi. Para entonces, mi esposo había trasladado sus oficinas centrales a Delhi y nos estábamos alojando en el Delhi Gymkhana Club. Como mi trabajo se desarrollaba principalmente en Bombay, yo viajaba todos los días entre ambas ciudades. Muy alterada por los acontecimientos de Poona, mi mente había comenzado a rebelarse. Sentí que debía volver a mi vida de antes y a mis viejas actividades, a mi trabajo, a mis clubes, a mi incesante rutina. Traté de hacerlo, pero encontré que me sentía una extraña. Tampoco podía acudir a K. Cada vez que me encontraba cerca de él, percibía un muro entre nosotros. Mi equilibrio interno estaba destrozado.

Le pregunté a K qué había pasado conmigo. En Ooty me había sentido al borde de un despertar; sólo necesitaba un paso más para sumergirme en la nada. Pero el paso jamás había llegado, y antes de que tuviera tiempo para aferrarme a lo que tenía, fui arrebatada y hundida en las profundidades de la soledad. En Ooty había júbilo y la pasión de despertar cada mañana, de ver a K en llamas con el sol naciente. Era como enamorarme de la luz del sol, apasionadamente, pero con delicadeza. Yo había vislumbrado vastas profundidades y una gran inmensidad de visión. Ello permaneció conmigo, me sostuvo durante días. Pronto, sin embargo, habría de ser empujada a las ásperas reverberaciones de Bombay a sus ruidos, a las crudas explotaciones, a la fealdad y vulgaridad de la existencia. Este súbito descenso a la densidad y dureza de una ciudad contaminada, me impulsó a escribirle a Krishnaji diciéndole que sería más fácil ponerse la túnica azafranada.

Pero ésa no era la única razón de que me hubiera sentido tan rápidamente abatida. En Poona, yo había interrogado a K una y otra vez sobre las razones de la desesperación, y él había contestado: "¿Por qué pide una razón? Usted se encuentra alterada, no en un estado de percepción alerta. Véase a sí misma en el pozo y estará fuera de él. La próxima vez estará alerta y verá que no vuelve a caer en el pozo". Pero yo no podía comprender, y sentí que era completamente inútil acudir a él.

Uno de los Upanishads dice que es mejor mantenerse por completo alejado de la verdad; pero, una vez que hemos escuchado, tenemos que actuar o la verdad actuará como un veneno dentro de nosotros. Krishnamurti dice la misma cosa: "Si no es usted serio, manténgase alejado". Pero yo era seria. Nunca había sido tan seria, jamás había sentido tan profundamente. Cuando estaba por irme de Poona, K me dijo: "Suelte su asidero. ¿Qué es lo que usted quiere retener tan apretadamente? Suéltelo, y vea lo que ocurre".

Cuando K llegó a Delhi, fui a verle a solas. Me dijo que había soñado conmigo (raramente tenía sueños). "Escuche lo que digo. Voy a hablarle *como si yo fuera usted*: Soy una brahmín nacida de una tradición cuya cultura y saber contienen un trasfondo de intelecto y sensibilidad. En este trasfondo hay una veta de debilidad, de crudeza. Pasé mi infancia en la casa de un funcionario civil. Comí carne y se me hizo rechazar mi condición brahmínica. Viajé a Europa, me casé, tuve una niña, me enfermé gravemente. Quedé ciega, la vida me usó y dejó sus huellas en mí. Crecí ambiciosa, cultivé la crueldad y negué la sensibilidad. Al encontrarme con distintas personas, he absorbido y reflejado la vulgaridad o la sensibilidad de ellas. No he tenido inteligencia como para enfrentarme a la vulgaridad con dicha inteligencia. Entonces llegó Krishnamurti. Al principio vi en lo que él decía, un medio para agudizar mi cerebro, pero pronto quedé atrapada en eso -en la influencia más poderosa que yo hubiera conocido. Y todo el tiempo, aunque negaba mi trasfondo brahmínico, eso estaba ahí, la principal contradicción: el trasfondo brahmínico rechazado pero jamás comprendido. Y por eso estoy siempre en conflicto".

Después añadió: "Usted ve el cuadro, los remiendos, las luces, las sombras, la vulgaridad, la sensibilidad. ¿Qué siente cuando ve el cuadro como una totalidad?" Dije que lo que sentía era confusión, y pregunté qué podía hacer para librarme de la maraña de contradicciones. Seguramente dije debo ser capaz de actuar sobre la contradicción.

Contestó: "Usted sigue preocupada por el hacer. Pero cualquier acción de su parte implicará agregar otro remiendo más. ¿Por qué no puede solamente verlo? Eso es usted, con todas sus sombras y luces. ¿De qué sirven el prejuicio o el placer? Sólo absorba todo eso y véase a sí misma como es, claramente. Entonces dejará de tender puentes entre la vulgaridad y la sensibilidad".

"O sea, que no debo tratar de ser sensible cuando soy vulgar".

"No", replicó Krishnamurti. "Usted no puede hacer nada. Sólo observe la verdad de que está tendiendo esos puentes, cosa que hace todo el tiempo". Esta era la primera vez que yo le oía referirse el trasfondo y a la necesidad de comprenderlo. Le pregunté cómo podía comprenderse ese trasfondo.

"Vea que está ahí con toda su riqueza, con su plenitud, con sus miles de años de memoria racial. Entonces, la próxima vez que eso se proyecte, usted lo verá y habrá una comprensión instantánea y se terminará el conflicto con su trasfondo. Usted no puede rechazarlo, porque está ahí tanto como su brazo o su piel. Sólo puede comprenderlo, y comprendiéndolo estará libre de él". Poco después agregó: "Lo que el hombre necesita es ese contentamiento que hay en la tierra cuando ésta ha dado nacimiento a un árbol. O en un arbusto cuando ha producido una flor".

Capítulo XIII

“¿POR QUE NO EMPIEZA POR LIMPIAR EL UMBRAL FRENTE A SU CASA, LA PARTE DE LA CALLE QUE ES USTED MISMO?”

Mientras estuvo en Delhi, Krishnaji fue huésped del hermano de Sanjeeva Rao, Sir B.N. Rao, un brillante abogado y burócrata, miembro del Servicio Civil de la India, a quien el Primer Ministro Jawaharlal Nehru le había pedido consejo para redactar la Constitución de la India. Delhi estaba calentándose a la brillante luz del sol, despertando lentamente a las implicaciones de la libertad y de las vastas oportunidades que surgían en todas las direcciones. La Asamblea Constituyente había empezado a funcionar; abogados, pensadores políticos y luchadores de la libertad se habían reunido en Delhi para formular por escrito una Constitución que contuviera los ideales por los que habían luchado. Secularismo, igualdad ante la ley, libertad de palabra, abolición de los arrestos y confinamientos arbitrarios -todo eso se debatía con pasión. Pero subyacentes en sus discusiones estaban el asesinato de Gandhiji, los traumáticos sucesos de la partición que habían revelado la violencia y los aspectos divisivos sepultados en lo profundo de la tierra india, y los indicios del caos, del miedo y la brutalidad que aguardaban en el futuro.

Sanjeeva Rao, el bondadoso educador y uno de los más antiguos colaboradores de Annie Besant, había venido desde Madrás para estar con Krishnaji. Le acompañaba su esposa Padmabai, una maestra sumamente capaz y pionera de la educación femenina en Uttar Pradesh. A fines de la década del 20, yo había estudiado por un corto período en Varanasi, en la escuela donde Padmabai era directora. Digna, protectora, asequible, ella comunicaba su afecto e interés por las jóvenes adolescentes, que a su vez la querían. En los años 20, la educación de la mujer era todavía un tema muy sensible en Uttar Pradesh. Se requería inteligencia e integridad para impartir valores correctos a las niñas dentro de la restringida estructura que el medio imponía. Compartía la casa con Sir B.N. Rao su hermano más joven, Shiva Rao, representante residente en Delhi, del *Hindú*, el poderoso diario inglés del sur de la India. La esposa de Shiva Rao, Kitty, una austríaca que había venido a la India en los años 20 y enseñaba en la Escuela Montessori para niños, de Varanasi, actuaba como anfitriona de B.N. Rao.

Por las noches, después de la cena, K escuchaba a los hermanos Rao discutir sobre la India y sobre las intrincaciones de la nueva constitución que se estaba redactando.

K se encontraba visitando Delhi y ofreciendo pláticas después de una ausencia de muchos años, y los legendarios días de su juventud habían creado gran curiosidad e interés. Científicos, administradores, diplomáticos, académicos y *sannyasis* acudían a sus pláticas y discusiones, enfrentándolo a preguntas sobre las duras realidades de la situación que imperaba en la India. Ellos encontraban en Krishnaji a un oyente silencioso y compasivo, y lo desafiaban planteándole la insuficiencia de su enseñanza, aseverando que él no tenía soluciones para los problemas de la pobreza, de los intocables, del sistema de castas. La respuesta de Krishnaji consistía en formular otra pregunta: ¿Conocían ellos la naturaleza de un problema tan vasto?

En este sabio moderno ellos buscaban un Vivekananda, pero salían desconcertados, porque encontraban a un hombre de suprema presencia que no encajaba en ninguna de sus conocidas categorías de santos y *sanyasis*. El respondía a sus preguntas sobre la pobreza diciendo que las necesidades del hombre -alimento, techo y ropa sólo podrían organizarse eficientemente cuando las necesidades no fueran utilizadas con propósitos psicológicos para fines personales y exclusivos, sino que fueran encaradas en su propio nivel. Percibiendo la presunción que había en sus interlocutores, él los reprobaba severamente: “La mente son ustedes mismos. Esa mente no puede hallarse quieta cuando está sentada sobre un volcán”. Negando todas las creencias, las doctrinas secretas y las prácticas, les decía a aquellos que se habían reunido: “Él ‘yo’ no es una entidad fija, es una corriente, un agua que fluye”.

Casi todos en la India habían sido testigos de la lucha por la libertad y del poder de una masa humana en movimiento, y sentían que, a fin de construir una India nueva, un vasto número de personas debía acometer una nueva lucha para conquistar esos valores. Krishnaji les decía: “Para crear una estructura nueva, tiene que haber un arquitecto, un constructor, y también los obreros”. Cuando alguien preguntaba qué podía hacer un hombre solo, respondía: “Usted piensa en términos de grandes movimientos, de grandes acciones, de grandes responsabilidades, pero no asume la responsabilidad. ¿Por que no empieza por limpiar el umbral frente a su casa, la parte de la calle que es usted mismo?”

La luz de su inteligencia sondeaba el pensamiento y la mente. “Nosotros sentimos que el ‘yo’ es diferente del pensamiento, de la mente. ¿Está el ‘yo’, el pensador, separado del pensamiento? En tal caso, el pensador puede operar sobre el pensamiento. ¿Está el ‘yo’ separado de sus cualidades? Eliminen el pensamiento y, ¿dónde está el pensador?” “Después de cada frase hacía él una pausa, como para dejar que las palabras se sumergieran profundamente en las conciencias de quienes le escuchaban.

“Nosotros sentimos que el ‘yo’ es permanente, porque todos los otros pensamientos vienen y se van. Si el pensador es permanente, entonces el pensamiento puede ser cambiado, controlado, transformado por el pensador. Pero, ¿acaso no es el ‘yo’ el resultado del pensamiento? Nuestra mente separa al ‘yo’ del pensamiento porque no

puede soportar la impermanencia. El pensamiento no puede moverse de lo conocido a lo desconocido. Todo cuanto la mente puede hacer es liberarse de lo conocido. Para descubrir aquello que está más allá de las palabras, las palabras deben cesar. Yo sólo puedo usar las palabras para llegar hasta la puerta".

En diciembre Krishnaji fue invitado a la Teen Murti House, la residencia oficial del Primer Ministro. Yo también estuve presente. Jawaharlal Nehru acababa de regresar del Congreso de Jaipur, y se le veía muy cansado y deprimido. Le dijo a Krishnaji. "He estado muy ocupado últimamente, haciendo no sé qué". Preguntó cómo podrían detenerse las fuerzas de desintegración que estaban extendiéndose con tanta rapidez. Krishnaji contestó que la integración sólo podía empezar en el nivel individual.

"Este tiene que ser un proceso lento, mientras que la desintegración avanza muy rápidamente", dijo Jawaharlal Nehrun "¿Qué hay ahí que pueda demostrar que las fuerzas de la desintegración no hundirán a las fuerzas integradoras?"

Krishnaji respondió: "Eso es posible".

Después discutieron cómo el individuo habría de regenerarse a sí mismo. Krishnaji dijo: "La comprensión del yo sólo surge en la relación, al observarse uno a sí mismo en su relación con las personas, las ideas y las cosas; con los árboles, la tierra y el mundo que existe alrededor y dentro de uno mismo. La relación es el espejo en el cual el yo se revela. Sin el conocimiento propio no hay base para un pensamiento y una acción correctos".

Jawaharlal Nehru interrumpió preguntando: "¿Cómo empieza uno?"

K replicó: "Empiece donde usted se encuentra. Lea cada palabra, cada frase, cada párrafo de la mente mientras operan a través del pensamiento".

Nehru escuchaba, pero uno podía ver la fatiga en su rostro. Preguntó: "¿Cuál es el factor común entre toda la gente?"

"El deseo de evitar el dolor y buscar la felicidad", dijo Krishnaji.

Nehru discutió después el miedo que estaba impulsando a la gente hacia actos de violencia. Le preguntó a Krishnaji si la acción originada en la comprensión podría liberar al hombre del miedo, del miedo psicológico que era la fuerza motriz de muchas de las acciones humanas.

Krishnaji dijo: "La libertad con respecto al miedo sólo surge cuando el hombre percibe el movimiento del miedo dentro de sí mismo. Ver el miedo es extinguirlo".

Jawaharlal Nehru y Krishnaji no parecieron comunicarse realmente excepto una o dos veces. El primer ministro se veía muy interesado, pero muy agotado. Se mantenía despierto fumando. Su mente volvió otra vez al problema de la integración y a la manera de abordar el conocimiento propio. "¿Cómo se comprende el hombre a sí mismo?", seguía preguntando en busca de algún indicio.

"Mire lo que hay fuera de usted y dentro de usted. Mire sus pensamientos", decía Krishnaji. "¿Quién es el pensador? Y, ¿están los pensamientos separados del pensador?" Habló de la necesidad de una profunda revolución en la conciencia; dijo que era urgente que operara una percepción de lo global, sin la cual el hombre no podría sobrevivir. Estas fueron palabras proféticas; asumirían importancia suprema en el fragmentado, violento mundo de los años 80.

En el camino a la casa, después de la reunión, Krishnaji se veía perturbado y triste. Comentó que la mente de Nehru era muy fina y sensitiva. Estaba desgastada por la política. La política era perniciosa. Más tarde, en la cena, Krishnaji discutió con los hermanos Rao el problema de la desintegración de la India. "La sociedad se está desintegrando continuamente. ¿Cuál es, entonces, el lugar de un reformador en la sociedad? ¿Acaso no agrega lo suyo a la desintegración? Un reformador se interesa en los efectos y en el reordenamiento de estos. Sólo un revolucionario va a la raíz, a la causa en la que el fin está contenido". Krishnaji se cuestionaba a sí mismo. Preguntó si Gandhiji era un revolucionario o un reformador.

"Gandhiji poseía la visión del revolucionario. Tenía la capacidad de pensar en grande. Su pensar no era el de un reformador", dijo Sir B.N. Rao.

"Entonces era un revolucionario en pensamiento, pero en la ejecución la visión se estrechaba. Preso en la política, Gandhiji tenía que comprometerse, por lo que su sentido revolucionario quedaba sumergido, y él emergía como un reformador", reflexionó Krishnaji. Después le preguntó a Sir. B.N. Rao si la India tenía líderes capaces de generar efectos transformadores.

"Los líderes de la India parecen ser ineficaces. Los efectos están barriendo con ellos. En esta rápida desintegración hay tanto desesperación como esperanza. La India tiene ante sí dos caminos: O arrasarán completamente con ella y dejará de tener importancia alguna en el mundo, o, por el propio contacto con las profundidades de la desintegración, el individuo despertará a su responsabilidad y rehusará ser arrastrado por la corriente. Emergerá entonces una sociedad nueva, por completo diferente de todas las que se han conocido". Krishnaji agregó que estaba sumamente interesado en ver qué ocurriría.

Habló nuevamente de su entrevista con Jawaharlal Nehru. Se había sentido profundamente conmovido por la mente sutil del primer ministro, y era triste para él que una mente sensible como ésta hubiera sido atrapada por la política. Krishnaji dijo: "La política envejece la mente, es destructiva para el florecimiento de la mente".

Anandmai Ma, la más famosa de las divinizadas 'Madres' vivas en esa época (mujeres que en su vida trascendieron el 'yo' y se convirtieron en símbolos de Sakti, la madre primordial como energía), que tenía muchísimos seguidores en el norte de la India, vino a ver a Krishnaji. Se encontraron en el jardín, puesto que la Madre jamás entraba en la casa de un padre de familia. Ella no hablaba inglés, de modo que lo hacía por medio de un traductor. Tenía una presencia radiante, sonriente. Dijo que muchos años atrás había visto una fotografía de Krishnaji, y sabía que él era un gran ser. Le preguntó: "¿Por qué niega usted a los gurús? Usted, que es Gurú de Gurús" (esto se le tradujo a K).

El contestó: "La gente usa al gurú como una muleta".

"Las personas vienen a escucharle a usted por millares", dijo ella. "Eso significa que usted es un gurú". El sostuvo tiernamente la mano de ella y no contestó.

Muchos visitantes vinieron y se prosternaron a los pies de K y de Anandmai Ma. Ella aceptaba sus reverencias, pero Krishnaji estaba turbado. Como siempre, él no habría de permitir que se doblegaran para reverenciarlo; se levantó de un salto y se inclinó para tocar los pies de aquel que buscaba sus bendiciones.

Más tarde, cuando Anandmai Ma se fue, Krishnaji habló de ella con calidez y afecto. Había existido una comunicación, aunque la mayor parte de ésta había sido no verbal. Sin embargo, él estaba horrorizado de las histéricas seguidoras que la rodeaban y se prosternaban ante ella.

En mis notas de aquel período he registrado la visita de un viejo *sannyasi* ciego, que sólo hablaba el dialecto hindi. El *sannyasi* interrogó a Krishnaji sobre la libertad con respecto a las ataduras del cuerpo y de la mente. Alguien traducía. Krishnaji respondía con pasión e intensidad, y el otro parecía comprender. Aunque en sus pláticas públicas Krishnamurti fustigaba a los que se ponían la túnica, en lo profundo de su fuero íntimo sentía un inmenso parentesco con la persona que vestía la túnica. Hay evidencias de que en su juventud pensó a veces convertirse en *sannyasi*. Al darse cuenta de las implicaciones que ello tenía, no lo hizo; pero siempre perduró en él una ternura especial por el verdadero *sannyasi* o por el monje budista, y jamás se negó a verlos por cansado que estuviera. No obstante, su crítica a los rituales de ellos, a sus disciplinas y prácticas, era devastadora.

Un día vinieron a ver a Krishnaji dos princesas iranias. Estaban visitando la India y habían oído acerca de la presencia en la ciudad de un gran maestro religioso. Le preguntaron a Krishnaji si podía predecirles el futuro. Krishnaji tenía un aspecto burlón cuando les dijo que él no era un astrólogo. Ellas se sintieron desconcertadas, porque habían supuesto que Krishnamurti, siendo una persona religiosa, también era un adivino.

Habían comenzado las discusiones con un pequeño grupo. Achyut Patwardhan se encontraba en Delhi, y también Sunanda con su elástico cuerpo juvenil y su intelecto agudo como una navaja. Sunanda era muy joven, y sus sentidos en plena explosión la tenían arrebatada. Extática en la atmósfera que rodeaba a Krishnaji e inflamada por la suprema belleza de éste, solía seguir sentada en el piso cuando las discusiones ya habían terminado, con los ojos apretadamente cerrados y la palma de su mano apoyada en la mejilla. Cuando después de unos minutos le preguntaban qué le pasaba, ella abría sus grandes ojos diciendo: "Estoy experimentando".

Las discusiones eran precisas, inquisitivas; cada movimiento, cada acción de la vida se exponía a la luz de la atención y se examinaba. A veces, el proceso resultaba penoso, y la mente física rehuía la confrontación. Discutimos la violencia, el miedo, los celos y la muerte.

En una de las discusiones vespertinas se le preguntó a K: "¿Cómo puede uno amar? Estar tan embebido en ese estado, que la acción y la respuesta sean las del amor y de esa manera pueda uno liberarse del yo".

Krishnaji dijo: "¿Puede usted conocer el amor? Obviamente, lo que uno conoce no es amor. Amar es ser sensible, vulnerable a *todo*. Es ser virtuoso. ¿Puede la virtud estudiarse? Cualquier intento de volverse uno virtuoso, cualquier esfuerzo, implica negar la virtud".

Un joven funcionario civil dijo que algunos místicos sostenían que, si uno aceptaba la existencia de un Dios personal y dotaba a ese Dios de ciertas cualidades y le dedicaba un amor exhaustivo, rindiendo el yo a esas cualidades, el yo se extinguía.

"Esto implica la proyección del yo en una idea preconcebida de lo que son las cualidades del amor", dijo Krishnaji. "Yo digo que para conocerlas, uno tiene que hallarse en un estado de no-conocer. Pero el querer hallarse en tal estado de no-conocer, es desear un resultado que uno ha proyectado previamente; porque todo lo que uno conoce es, obviamente, lo conocido. ¿Cómo puede uno moverse de lo conocido a lo desconocido? Cualquier cosa que hagamos desde el estado de lo conocido, seguirá encontrándose dentro del campo de lo conocido. ¿Qué ocurre, entonces?" Los participantes estaban absortos por la claridad y lucidez de sus palabras. "Ustedes no buscan una

salida, porque no conocen una salida. En el momento que ven realmente esto, están fuera -en un estado de no-conocer, un estado receptivo dispuesto a recibir lo desconocido".

También discutimos la naturaleza de la percepción, de que a través del pensamiento la mente no puede salirse de su rutina, porque el pensamiento es la esclavitud de la mente. Krishnaji preguntó: "¿Es posible tener una mente por completo vacía, libre de cualquier fluctuante movimiento del yo? ¿Puede cesar el movimiento hacia adelante y hacia atrás? ¿Acaso no se encuentra en esto la disolución del yo?"

En ese momento se apagaron las luces. En la oscuridad, la atmósfera se puso cargada, y las mentes buscaron la oscuridad como una ayuda para el vacío y la nada. Súbitamente, Krishnaji dejó de hablar. Dijo que esperaría a que las luces se encendieran de nuevo. "En la oscuridad la mente puede hipnotizarse a sí misma, puede imaginar toda clase de estados. Esto es peligroso. Es ilusión".

Son estos pequeños incidentes los que revelan la integridad e inmensidad de una mente que rehúsa admitir o permitirse apoyo alguno.

Achyut Patwardhan, que se encontraba en Delhi, venía regularmente a entrevistarse con Krishnaji. Había estado con el Dr. Gyanchand, un economista muy conocido de la Universidad de Delhi, quien había expresado sus opiniones socialistas. Gyanchand venía de debatir con Achyut la naturaleza y estructura del sistema que se necesitaba para establecer los principios de igualdad en la Constitución. Sostuvo que la norma para el liderazgo tenía que ser la capacidad intelectual. Achyut le preguntó a Krishnaji si ésta era la manera correcta de abordar la cuestión. Para Achyut, el socialismo implicaba la ausencia de jerarquías en todos los niveles. Por poner el énfasis en el odio y el encono, el marxismo había fallado en advertir esto. Krishnaji preguntó: "¿Puede haber un modo de abordar el problema, que borre las diferencias de intelecto y capacidad?"

"El socialismo", dijo Achyut, "no puede ocuparse meramente de las necesidades económicas del hombre. La lucha económica debe por fuerza crear diferencias de capacidad, a menos que la base sea una igualdad de espíritu".

Alguien sacó a colación la historia de Krishna haciendo erguirse y recuperar su dignidad a una mujer jorobada. "¿Cómo puede uno, del mismo modo, erguirse psicológicamente? ¿Puede haber una transformación en la raíz de la mente, ajena por tanto al examen previo de las diferencias de capacidad?"

Krishnaji preguntó: "¿No consiste el problema en rehusar la aceptación de un líder? Sólo esto trae igualdad en las relaciones sociales y económicas. Librado a su propia responsabilidad, el hombre habrá de plantearse, por fuerza, cuestionamientos. Y en el cuestionar no existe lo superior ni lo inferior. Cualquier sistema que se base en la aceptación de las diferencias de capacidad para establecer las condiciones sociales, debe inevitablemente conducir a una sociedad jerárquica, y engendrar así la lucha de clases".

Más tarde, Krishnaji me preguntó: "¿Qué es lo que le da dignidad al hombre? El conocimiento propio -el conocimiento de lo que uno es. El seguidor es la mayor de las calamidades".

Capítulo XIV

"BAJO LOS ÚLTIMOS RAYOS DEL SOL, LAS AGUAS TENÍAN EL COLOR DE LAS FLORES RECIÉN NACIDAS"

En 1949 Krishnaji habría de descubrir el sabor de la India; el esplendor de sus ríos, de sus montañas y de su campo; su escualidez, su pobreza y su sufrimiento, y el polvo de los caminos que sabios y buscadores descalzos habían recorrido durante siglos. Palpaba la mente de la India, que vivía de abstracciones y se deleitaba con las ideas; se iba dando cuenta cada vez con más intensidad de las sombras que separaban el ideal de la acción.

De Delhi viajó en tren a Varanasi. Un hombre que estaba con él en el compartimiento, interesado en la muerte y en los fenómenos físicos, interrogó a Krishnaji sobre la verdad acerca de la muerte y sobre la continuidad. Cuando el tren paró en una estación local, ocurrió una cosa interesante.

"El tren se detuvo", contó Krishnaji, "y justo en ese momento pasaba un carruaje de dos ruedas tirado por un caballo. Sobre el carruaje iba un cadáver humano envuelto en un lienzo crudo y atado a dos largas varas verdes de bambú recién cortadas. Desde alguna aldea lo llevaban al río para cremarlo. Mientras el carruaje corría por el accidentado camino, el cuerpo se sacudía brutalmente, y bajo el lienzo la cabeza era la que recibía la peor parte. Junto al conductor del carruaje sólo había un pasajero; debía ser un pariente cercano, porque sus ojos estaban enrojecidos de tanto llorar. El cielo tenía el delicado azul de la primavera temprana y unos niños gritaban y jugaban entre el polvo del camino. La muerte era seguramente para ellos un espectáculo habitual, porque todos siguieron con lo que estaban haciendo. Ni siquiera el hombre que inquiría acerca de la muerte advirtió el carruaje con su carga"[1].

La casa en que Krishnaji vivía en Rajghat, Varanasi, la luminosa ciudad de los peregrinos, estaba emplazada en el lugar del antiguo Kasi, las altas tierras que se levantaban cerca del Sangam, la confluencia de los ríos Ganges y Varuna. Era en este sitio, el punto más sagrado de su viaje hacia el mar, que el río tomaba una gran curva y se precipitaba hacia su origen en el norte. Fue probablemente aquí, cerca del antiguo lugar del templo Adi Kesava, que el Buda, habiendo alcanzado la iluminación en Bodh Gaya, cruzó el río sagrado viajando en una barca, para poner el pie en la otra orilla. Y fue quizás a lo largo de esta antigua senda de los peregrinos, que el Buda caminó hasta el parque de los ciervos en Saranath para predicar su primer sermón. El río Varuna dividía en dos partes la tierra, separando el Varanasi urbano de la zona rural.

A través de los siglos, los profetas de este país habían venido hasta las márgenes del Ganges en Kasi, dejando en el suelo la semilla latente de sus enseñanzas. El Buda, Kapila Muni, Adi Shankara, estos grandes maestros, se habían sentado bajo la sombra de los nudosos árboles, en los *ghats* o a lo largo de las márgenes. Las aldeas tenían nombres que daban testimonio de esas presencias.

Kasi era una ciudad conocida por su erudición y sus investigaciones, por el escepticismo, la duda y la intensa brillantez de la mente dialéctica, y fue a Kasi donde Adi Shankara había venido para establecer su supremacía. Durante siglos los iconoclastas habían arrasado con la ciudad, destruyendo templos y santuarios; pero la semilla de la duda, de la investigación, y la esencia de las grandes enseñanzas que no residía en templo ni en libro alguno, había sido conservada por los eruditos y los grandes sacerdotes. En cónclaves secretos, ellos mantuvieron vivos y vibrantes los pétalos de una sabiduría perenne. A lo largo de las márgenes de este río se habían desarrollado el diálogo y la indagación en las recónditas profundidades de la naturaleza y de la mente.

Mangos, florecientes alcornoques e higueras, crecían en las sagradas orillas del Ganges. Las ruinas de los templos y de los *ashrams* estaban cubiertas por altos pastos y enredaderas silvestres. En cada amanecer Krishnaji permanecía en las penumbras de la galería de su casa, aguardando a que el fuego del sol naciente creara de nuevo el mundo. A lo lejos flotaba una barca con las velas desplegadas. Cadáveres hinchados -humanos y animales, con buitres posados sobre los cuerpos eran arrastrados por las aguas. Todo se movía lentamente, apaciblemente; las corrientes del monzón habían cesado con su frenesí y su devastación; el agua del río, como la pobre gente que vivía en sus orillas, tenía dignidad, cualquiera que fuera la carga que llevara.

Achyut y Rao Sahib Patwardhan, Maurice Friedman, Sanjeeva Rao, Nandini, y yo con Radhika, mi hija de diez años, estábamos en Varanasi. Todas las tardes íbamos a pasear con Krishnaji por la senda de los peregrinos. Las flores blancas de los alcornoques que bordeaban el camino hacia la ribera del río, esparcían su fragancia, y bajo nuestros pies se extendían pimpollos de un blanco perfecto. Con las lluvias abundantes, el río había desbordado sus orillas, y el destartalado puente de barro y bambú que aparecía durante los meses secos, aún no había sido levantado. Teníamos que cruzar el río en un trasbordador manejado por un barquero. En Kasi se descubría la sensación del ritmo jamás cambiante de la vida humana. Un sentido de lo arcaico se infiltraba en el país y en la gente. El interminable pasado se reflejaba en los ágiles barqueros de piel oscura que navegaban por el río, en las mujeres que llevaban los cacharros con agua sobre sus cabezas, en los pescadores que arrojaban sus redes.

Cierta tarde, una docena de niños y un grupo de cabras con los pastores, esperaban el trasbordador en las márgenes del río. Con un gesto raudo, natural, Krishnaji levantó una pequeña cabrita; su salto dentro de la barca fue seguro, preciso; los niños reían al ver cómo la cabrita meneaba la cola y se cobijaba junto al bondadoso forastero. Cruzamos el río y la plañidera cabra regresó con su madre.

Al ver una piedra en el camino, Krishnaji la removió para que no pudiera lastimar los pies desnudos de algún aldeano. Estaba muy alerta, escuchando los sonidos del río, atento a la gente que pasaba, a las aguas, a los árboles, a los pájaros, y a los perros de la aldea que ladraban incesantemente. Acostumbraba estar en silencio, y nosotros permanecíamos en silencio con él.

En uno de sus paseos habló: "El hombre existe porque está relacionado; sin la relación, el hombre no existe. Para comprender la vida, uno tiene que comprenderse en la acción, en la relación con la gente, con la propiedad y con las ideas".

Se volvió y señaló hacia el ondeante río, y después hacia una añosa higuera. "La mayoría de nosotros no está atenta a su relación con la naturaleza. Cuando miramos un árbol, lo vemos desde un punto de vista utilitario -cómo aprovechar su sombra, cómo utilizar su madera. De igual modo tratamos a la tierra y a sus productos. No hay amor por la tierra, sólo una utilización de la tierra. Si la amáramos, seríamos sobrios con las cosas de la tierra. Hemos perdido el sentido de la ternura, de la sensibilidad. Sólo en la renovación de esa sensibilidad es posible comprender la relación. Tal sensibilidad no adviene cuando colgamos meramente unas cuantas pinturas en la pared o nos ponemos flores en el cabello. Sólo llega cuando dejamos de lado la actitud utilitaria. Entonces ya no dividimos la tierra, entonces ya no decimos que la tierra es 'mía' o 'tuya'.

Krishnaji estaba ofreciendo pláticas públicas en Kammacha, en pleno corazón de la ciudad. Como en todas sus pláticas, los que asistían eran monjes budistas, *sanyasis*, devotos de la Sociedad Teosófica que seguían viendo en Krishnaji al Instructor del Mundo, turistas, educadores, y un gran número de personas jóvenes que venían por curiosidad. Los grandes *pandits* de Varanasi empapados en la tradición del estudio, gramáticos y lógicos, tántricos y devotos, también se encontraban ahí para escuchar a este maestro que negaba todos los sistemas y todos los gurús. Algunos de ellos lo entrevistaban a solas. Poca discusión era posible debido a las dificultades del idioma, pero Rao y Achyut estaban ahí para traducir.

Krishnaji sostuvo numerosas discusiones con los miembros del Rishi Valley Trust que manejaban las escuelas en Varanasi. Discutimos acerca del lugar que la autoridad y el temor ocupaban en la educación. Krishnaji expresó su disconformidad con el modo como se abordaba la conducción de las instituciones educacionales y con la calidad de los maestros en Rajghat -ninguno entendía bien lo que tenía que hacer. El Pandit Iqbal Narain Gurtu, un respetadísimo ciudadano de Varanasi, quien por muchos años había estado vinculado con la labor de Mrs. Besant y más tarde con las escuelas de Krishnaji, le tenía miedo al cambio. Hundía sus pies en la tierra declarando que cualquier cambio drástico sería desastroso. Uttar Pradesh era anticuada y tradicional, y solamente resultaban posibles cambios graduales. Sin embargo, la palabra 'gradual' no existía en el diccionario de Krishnaji; la *acción* era inmediata, y surgía de ver la realidad de 'lo que es'. Debido a eso, éstas eran reuniones que resultaban una verdadera maratón.

El Rishi Valley Trust se sacudió hasta sus raíces. Los miembros, al sentir la preocupación de Krishnaji ante el estado de las instituciones, presentaron sus renuncias, y se eligió un nuevo grupo de miembros.

En 1948, el Rishi Valley Trust consistía en dos instituciones independientes -una Escuela para niños en Rajghat y un Colegio para mujeres en la ciudad, dentro del complejo residencial de la Sociedad Teosófica. Otro complejo educacional se había establecido bien al sur del Valle de Rishi en Andra Pradesh, donde Subha Rao estaba al frente de una Escuela residencial coeducacional. Subha Rao, un hombre consagrado a su tarea y capaz de despertar afecto y lealtad entre sus estudiantes, había construido la escuela con sencillez espartana. La ausencia, por muchos años, de Krishnaji, y la falta de una dirección clara en cuanto a los propósitos de la escuela, habían llevado a un deterioro en todos los niveles, tanto en el Valle de Rishi como en Rajghat. Los maestros eran mediocres. Las subvenciones gubernamentales limitaban toda flexibilidad o posibilidad de cambio. Los atrincherados intereses establecidos estaban determinados a encargarse de que el 'statu quo' continuara.

En marzo, cuando regresó a Bombay desde Varanasi, Krishnaji se alojó en mi residencia, Himmat Nivas, en Dongersey Road. Era un piso de construcción irregular, con habitaciones espaciosas y altos cielos rasos. Los espacios tenían dignidad, y Krishnaji los llenaba con su presencia; una quietud persistía incluso cuando él estaba ausente.

Gran número de visitantes venía a entrevistarse con Krishnaji. Entre ellos estaba Morarji Desai, que era el ministro de finanzas de Bombay, un estado que en esa época incluía tanto a Gujarat como a Maharashtra. Krishnaji y él discutían los libros sagrados de la India. Percibiendo una cierta presunción en la actitud "soy más santo que tú" de Morarjibhai, (*Bhai* significa hermano en Gujerati. Es un sufijo que se agrega al nombre de una persona mayor como un término de respeto. En la India occidental, un hombre o una mujer raramente emplean un primer nombre. En Gujerat, *bhai* se usa con el primer

nombre masculino, y *behen* o hermana cuando se trata de la mujer. Es el equivalente del '*ji*' que se emplea en el norte de la India.) Krishnaji dijo que él no había leído el *Bhagavad Gita* y que no necesitaba de los libros sagrados. Morarjibhai se horrorizó, y más tarde me dijo que Krishnaji no lo había impresionado.

Krishnaji sentía ahora intensamente que no debía dejarse que continuara la situación imperante en el Rishi Valley Trust y en las escuelas de Rajghat. En una reunión que hubo el 9 de febrero de 1949, dijo: "Una escuela que nace de la fricción no puede ser creativa. Es esencial la unanimidad entre los que trabajan en ella. La escuela debe ser tratada como una totalidad orgánica. Tiene que haber interés en encontrar el modo de que sea un núcleo vital. Un núcleo muerto sólo puede producir instituciones muertas. Si la gente se interesa de verdad, Rajghat no puede seguir con el 'statu quo'".

Fue en esta reunión que se decidió que Rao Sahib Patwardhan fuera a trabajar en Rajghat, cosa que hizo unos meses más tarde. La situación exigía que se arrancaran de raíz las estructuras cristalizadas, tanto mental como físicamente. Rajghat necesitaba una explosión. Pero Rao Sahib vacilaba. O bien no estaba apasionadamente preparado para ubicar el problema y dedicarle la exacta energía requerida por la situación, o no sabía cómo habérselas con el problema. Su mente, presa en las estructuras, buscaba alternativas. No percibía que el rechazo de la situación existente daría como resultado lo nuevo. Rajghat estaba necesitado de energía con su pasión impulsora, y de una visión penetrante. Rao Sahib ganaba amigos, era cordial y afectuoso, todos le querían; Iqbal Narain Gurtu, el recio decano de Rajghat, era íntimo amigo suyo. Pero algo en su vida personal, o su incapacidad para abandonar sus ideales y vivir en la incertidumbre, tornaban imposible cualquier acción creativa. A fines de año Rao Sahib regresó a Poona, y Rajghat continuó siendo un espejo del estancamiento de Varanasi, estancamiento en el que había estado sumergido durante siglos.

Una mañana, a principios de 1949, una figurita menuda con la cabeza afeitada y vestida con la túnica color de azafrán, tocó el timbre en los portales de Himmat Nivas. El nombre que dio fue Chinmoyee. El servidor que había contestado el timbre no podía decir si se trataba de un muchacho o una muchacha, y vino a anunciarme que un swami aguardaba en la puerta. Conociendo yo el especial afecto que Krishnaji sentía por el *sannyasi* y la túnica azafranada, así se lo anuncié a K, y éste hizo pasar a Chinmoyee inmediatamente. Ella habría de regresar otra vez.

La historia que contó de su vida, simboliza un aspecto importante del carácter distintivo de la India, en el cual se integran la religión y el espíritu revolucionario. Chinmoyee, cuyo nombre original era Tapas, provenía de una familia de revolucionarios bengalíes. Su padre y su hermano habían muerto en prisión. Según un amigo íntimo de Tapas, "Era una matemática brillante y una entusiasta estudiante de astronomía". Después de graduarse, fue por algún tiempo Rectora del Sister Nivedita Schoool de Calcuta.

Tapas siempre había anhelado llevar una vida religiosa, y cuando murió su madre a la edad de treinta y cuatro años, ella abandonó el hogar en busca de un gurú *sannyas*. Pasó algún tiempo en la misión de Rama Krishna, y seis meses en el *ashram* de Anandmai Ma. La vida en estos lugares no la satisfizo. El tiempo que estuvo en Varanasi, lo dedicó a entrevistarse con eruditos como Gopinath Kaviraj y Gobind Gopal Mookherjee.

Fue por esta época que visitó al sabio santo de Bengala, Anirvanji. Este accedió a ser su gurú *sannyas*, y le dio el nombre de Chinmoyee. Ella permaneció con él por los siguientes cuatro años, ayudándole a traducir al bengalí, primero los Vedas y después la V*ida* D*ivina* de Shri Aurobindo. Ellos vivían por entonces en Amora, Uttar Pradesh. Su labor se vinculaba con la recaudación de fondos para la publicación de los trabajos de Anirvanji que ella enviaba a Bombay. Un amigo de Chinmoyee le sugirió que fuera a escuchar a Krishnamurti, quien en esos días estaba ofreciendo pláticas en Bombay. Ella fue a escucharle, y después procuró conseguir una entrevista.

Esa entrevista parece haber cambiado todo su ser seguramente cambió toda su vida. De regreso en Almora, procedió a arreglar los asuntos pendientes con Anirvanji, y lo dejó tan pronto como pudo traspasar a otro sus tareas. Volvió a adoptar su nombre original, Tapas, y renunció a las vestiduras azafranadas.

Algún impulso original la movió en ese primer verano a emprender completamente por su cuenta un viaje a Kailash y al lago Manasarovar en el Tíbet, lugares sagrados de peregrinaje. Kailash, una montaña de forma cónica, es considerada como la residencia de Shiva y de su consorte Parvati. El lago Manasarovar está situado a un lado de Kailash. Las aguas de este lago, de color azul celeste, son tranquilas, y existe la creencia de que en ellas aparecen míticos cisnes. El viaje a Kailash está lleno de grandes peligros. (La ruta a Kailash del lado tibetano ha sido abierta recientemente a los peregrinos por el gobierno de China). Sola y sin compañía alguna, ella partió para un viaje de lo más arriesgado a través de pasos que estaban a más de 18.000 pies de altura, uniéndose a una partida de peregrinos únicamente cuando ya no se le permitió continuar viajando sola.

En 1950 regresó para ver a Krishnaji. Estaba irreconocible. Vestía un *kurta* blanco y pijama, su cabello moteado de gris había crecido hasta los hombros. Llegó a Krishnaji y le dijo: "He venido". Él respondió: "Bien"; y pronto ella entró a formar parte de las personas que le rodeaban.

En los años siguientes, Tapas habría de viajar a todos los lugares de la India donde él hablaba; con el tiempo empezó a ocuparse del vestuario de Krishnaji. Solía deslizarse inadvertida por la casa y se volvía invisible -incluso

hasta el punto de ocultarse detrás de las puertas para desempacar las valijas de Krishnaji, lavar y planchar sus ropas, disponerlas en el armario, y ocuparse de otras fruslerías. Aunque Tapas misma sólo vestía de blanco, había desarrollado un fino sentido del color. Fue ella la que consiguió que sus amigos compraran para los *kurta*s de Krishnaji algodones y sedas naturales de colores suaves. Ella transformó su vestuario con un ojo inusual para lo raro y lo bello. Pero era fuertemente posesiva en su papel. Corregía el más leve desorden en la habitación, y los sirvientes responsables eran severamente amonestados. La miraban con terror, pero Tapas, por ser una *sannyasi* disipaba cualquier irritación o rencor que pudiera haber en ellos. Tocaban sus pies y proseguían con lo suyo. Tapas asistía a las discusiones, pero jamás participaba en ellas -aunque sus amigos me dijeron que tenía una profunda comprensión de las enseñanzas y acostumbraba hablar a pequeños grupos dondequiera que iba.

Cuando Krishnaji no estaba en la India, ella solía desaparecer sola y sin temor alguno en las montañas -en la antigua tradición secular, era una peregrina. Resultaba imposible determinar su edad. Cuando yo la conocí tenía 25 años y ya estaba un poco envejecida. Con el tiempo enfermó de una dolencia que no pudo ser diagnosticada. Su cuerpo se consumió poco a poco, y murió de un ataque al corazón en 1976.

Los problemas de Nandini con su esposo Bhagwan Mehta se estaban aproximando a una crisis. Unos meses después de conocer a Krishnaji, ella le dijo a su esposo que quería llevar una vida célibe. Era inevitable que la situación explotara. Sir Chunilal Mehta se sentía perplejo, desgarrado como estaba entre su hijo y su gurú; porque todo el mundo creía que la enseñanza de Krishnaji había influido en Nandini llevándola a terminar las relaciones físicas con su esposo. Se suponía que Nandini era inmadura y que esta decisión había nacido de su inmadurez. Sir Chunilal solicitó la intervención de Krishnaji, esperando que éste pudiera persuadir a Nandini para que cambiara de idea, o que, con el tiempo y en ausencia de Krishnaji, Nandini pudiera modificar su caprichosa decisión. Pero esta situación no podía prolongarse.

No es mi intención explorar los incidentes maritales que habrían de conducir a una explosión en el hogar de mi hermana. La situación se prestó a murmuraciones y chismorreos, y la 'élite' de la gran ciudad metropolitana estaba agitada. Los hombres miraban con ojos distintos a sus mujeres, los grupos se cerraban. La mirada de los habitantes de Malabar Hill se volvía hacia la enorme casa de Ridge Road amueblada con adornos de un rico príncipe mercader, rico por generaciones donde las mujeres mantenían cubierta la cabeza y les estaba prohibido cantar. Lady Chunilal, la suegra de Nandini, era una anciana marchita, de boca severa fuertemente apretada y de muy pocas palabras. Después del casamiento, le había dicho a Nandini que la voz de una mujer no debía escucharse y que nadie suponía que pudiera reír; sólo le estaba permitido sonreír, siempre que no se le vieran los dientes. Pero hacia quien se volvían sobre todo los ojos de la ciudad, era hacia Krishnamurti.

En la noche del festival de Holi, cuando los fuegos se habían encendido, la situación entre marido y mujer explotó. Se le quitaron los hijos a Nandini y ésta huyó de la casa. A medianoche vino a casa de mi madre, que se hallaba apenas a cien yardas de la de Sir Chunilal Mehta. Magullada física y espiritualmente, angustiada por la pérdida de sus hijos, a la mañana siguiente fue a ver a Krishnamurti.

Debido a que en unos cuantos días tenía que marcharse, él le dijo: "Permanezca sola. Si ha actuado desde las profundidades del conocimiento propio y en su fuero interno siente que lo que ha hecho es correcto, entonces deposite toda su confianza en la vida, cuyas aguas la sostendrán, la conducirán y la nutrirán. Pero si ha sido influenciada, entonces que Dios la ayude. El gurú ha desaparecido".

Nandini estaba sin dinero. Le habían quitado a sus hijos y tenía poca ayuda, porque mi padre había muerto. O regresaba con su esposo, o se separaba y afrontaba las consecuencias. Mi madre, luchando contra los acontecimientos que la estaban destruyendo, fue a ver a Krishnaji y le habló de la carga que ella se sentía incapaz de seguir soportando. K le dijo que se desprendiera de sus cargas, que eran responsabilidad de él. Ella lloró, pero las palabras de K aplacaron sus temores.

Dándome cuenta de las consecuencias que seguirían a cualquier movimiento que se hiciera en el sentido de una separación legal, visité a Krishnaji y le dije que, aun cuando Nandini había decidido que no volvería a su antiguo hogar, bajo ninguna circunstancia debíamos permitir cualquier acción legal, que sería necesaria para establecer la cuestión de la custodia de los hijos. Le dije que, como el marido de Nandini no tenía otra excusa, el nombre de Krishnamurti por fuerza se introduciría como habiendo ejercido influencia sobre Nandini para que ella renunciara al sexo. Él me miró largamente, y después preguntó: "¿Está usted tratando de protegerme?" Luego levantó sus brazos en un gesto significativo: "Hay seres mucho más grandes que me protegen. No titubee, haga lo que sea correcto para Nandini y los niños. Los niños son importantes. Si consideran que es justo hacerlo, luchen, sin importar si ella gana o pierde".

Pronto Nandini entabló juicio contra su marido por la separación legal y la custodia de los hijos, sobre la base de 'crueldad'. La hijita de ambos tenía nueve años, el hijo mayor siete y el más pequeño tres. El caso se presentó en audiencia durante el otoño de 1949. Por entonces Krishnaji había regresado de Ojai primero a Madrás, luego estuvo en Ceilán y después en Rajamundry, Andra Pradesh. Los abogados de Bhagwan Mehta citaron largos pasajes de las pláticas públicas de Krishnamurti. Este había señalado en las pláticas de Bombay y Poona, la

hipocresía reinante en la sociedad de la India, en las actitudes morales de los maestros religiosos y de los padres de familia, la posición inferior de la mujer y su servidumbre al marido y al grupo familiar de éste. Krishnaji se había expresado apasionadamente, con intensidad y con un profundo interés en la cuestión. Numerosas mujeres le habían solicitado entrevistas en Bombay, Poona y Madrás, y le habían manifestado sus angustias, sus sufrimientos y la incapacidad que tenían para librarse de sus ataduras.

Los abogados intentaron probar la influencia, y usaron estas enseñanzas para reforzar su caso. Era una situación grotesca. Una mujer estaba demandando a su marido por una separación legal, y se presentaba como evidencia la lectura de largos pasajes de sermones religiosos.

El suegro de Nandini, si bien apoyaba a su hijo, no estaba dispuesto a decir una sola palabra contra su gurú. Cuando durante el interrogatorio riguroso se le preguntó si se sentía agraviado por la relación de Nandini con Krishnamurti, Sir Chunilal Mehta saltó de su asiento y dijo en voz muy alta: "Jamás, él es el más grande entre los grandes".

Según Sir Chunilal, las culpables eran Nandini y su hermana Pupul Jayakar, que la ayudaba e inducía a actuar. Señaló la mala conducta de Nandini en Poona. Cuando se le interrogó, dijo que en Poona las hermanas reían muchísimo y que Nandini no se cubría el rostro con el *sari* e insistía en sentarse a la diestra de Krishnamurti. Su comportamiento, según Chunilal Mehta, había causado ansiedad entre las personas mayores que rodeaban a Krishnamurti.

Pero a lo largo de todas las audiencias no se dijo una sola palabra que fuera sugestiva o impropia. El énfasis estuvo puesto en la influencia y en el papel que ésta jugó sobre una mente joven e inmadura.

El juez del alto tribunal de Bombay, escuchó los argumentos y contra argumentos en el alegato de separación planteado por Nandini. El magistrado Weston era un ciudadano de Bombay, y para él resultaba inconcebible que algún tipo de violencia pudiera originarse en la renombrada familia de Sir Chunild Mehta, un K.C.S.I. (Noble Comendador de la Estrella de la India, uno de los títulos más altos conferidos por los británicos).

Mi padre, que había vivido toda su vida en lo que entonces eran las Provincias Unidas, había muerto, y su familia era poco conocida en Bombay. El juez sostuvo que el alegato de 'crueldad' en el juicio de separación no había sido probado en el Alto Tribunal de Bombay, y no hizo lugar a la demanda. Los hijos, que estaban en custodia temporal con Nandini, le fueron quitados por su marido. Enviamos un telegrama a Krishnaji anunciándole las nuevas. En su respuesta decía: "Cualquier cosa que sea, está bien".

Entre las personas cercanas a Krishnaji surgieron distintas dudas acerca de si debía hablar en Bombay durante febrero y marzo de 1950. Nandini había apelado la denegatoria de su alegato dispuesta por el Magistrado Weston, ante el Supremo Tribunal de Bombay, y la ciudad seguía agitada por el chismorreo.

Finalmente, en consulta con Ratansi Morarji, se decidió que Krishnaji debía hablar en Bombay. Él escribió desde Madrás el 19 de diciembre: "De modo que pueden ustedes ir y hacer los arreglos necesarios. Si es posible, no una sala sino un espacio abierto, no la casa de un hombre rico esta vez. ¿No hay algún espacio abierto y tranquilo, un lugar agradable, céntrico y esas cosas? Los salones son terribles y no me siento cómodo en ellos".

Por ese entonces no había espacios abiertos disponibles. Hicimos arreglos para que las reuniones públicas se efectuaran en la terraza del Sunderbai Hall, que estaba abierta al cielo. La cantidad de personas que asistieron a estas reuniones se había duplicado, pero la ausencia de la alta sociedad y de los industriales con sus esposas, era muy notoria.

Cuando regresó a Bombay, Krishnaji se reunió con muchos de sus antiguos colaboradores. No se notaba una simpatía especial en su actitud hacia Nandini. Se encontró a solas con ella en diversas oportunidades, y no quiso permitirle que hiciera lugar en su mente a la autocompasión. Era inflexible al exigirle que afrontara el hecho de que una vida se había terminado, y que ella tenía que despertar a la nueva vida. Pero su interés y su compasión por los hijos de Nandini eran ilimitados. Toda vez que le era posible -sin el consentimiento de su ex-marido ella traía a los hijos para que vieran a Krishnaji. Él solía posar sus manos sobre los ojos del mayor de los niños, de quien los médicos habían dicho que jamás vería normalmente debido a que el nervio óptico de un ojo no se había desarrollado. El ojo mejoró, y en años posteriores Ghanashyam Mehta habría de doctorarse en economía en la Universidad de California en Berkeley, y más tarde enseñaría en Australia, en la Universidad de Brisbane.

Rao Sahib y Achyut estaban en Bombay y venían todas las mañanas a la casa de Ratansi para ver a Krishnaji. El maestro estaba determinado a alumbrar un despertar en Rao. Una mañana, cuando estaban reunidos, Krishnaji dijo en medio de una discusión: "Veamos si podemos permanecer en la pausa entre dos pensamientos". Rao Sahib se mostraba escéptico, Achyut circunspecto. Krishnaji comenzó a retar a la mente de Rao, no permitiéndole que escapara a través de conceptos. Krishnaji apremiaba a Rao, bloqueaba la mente, lo obligaba a no hacer nada con ella, a ver 'lo que es'.

Estábamos en la misma corriente que Rao. Al no permitir el escape del pensamiento y al no tratar de cambiarlo, se creaba en la mente una gran intensidad de energía. En un instante, imposibilitada de vagar, retenida por la

propia energía de la pregunta, la mente quedaba libre y ahí estaba 'eso' la calma, la no divagación, la terminación del pensamiento y de todo sentido del tiempo y de la duración.

La expresión de Rao, que había sido vacua y obstinada en su negativa a ser conducido por Krishnaji, súbitamente se iluminó. Su rostro se relajó y había claridad en sus ojos.

Krishnamurti hizo esto una y otra vez; abriéndose paso por las fronteras de la conciencia, haciendo que el pensamiento cesara por sí mismo, que no encontrara puerta alguna por la cual escapar.

Fuimos con Krishnaji, en un barco a motor, hasta las cuevas de Elephanta. Era una noche de luna llena, una noche en que el planeta Marte habría de desaparecer por un minuto detrás de la luna y a resurgir luego con un brillo inmaculado.

Los rayos del sol poniente eran penetrantes y revelaban los colores retenidos en las rocas. Entre las penumbras de la cueva asomaba vagamente el rostro del dios de tres cabezas, con ojos que no estaban ni abiertos ni cerrados y que, no obstante, eran ojos despiertos a lo externo y a lo interno. El labio inferior era pleno y sensual. Escuchando el sonido ascendente de los arcaicos cantos sánscritos, el escultor había creado la meditación del universo. Krishnaji se detuvo ante la escultura, y permaneció en silencio durante un largo rato. Luego se volvió y dijo que le hubiera gustado pasar una noche en la cueva. De pronto, Rao Patwardhan comenzó a cantar el himno de Sankaracharya a Shiva -ese 'ser' que es cuando todas las cualidades son negadas. Krishnaji, profundamente tocado por la calidad del sonido, se hallaba en un estado de éxtasis. Cuando volvíamos al barco, le preguntó una y otra vez a Achyut, adonde se habían ido la energía y la creatividad que habían hecho manifestarse el Maheshmurti. (El "Maheshmurti" (Siglo VIl A.C.) es una enorme imagen de Shiva como el gran dios, esculpida en piedra con tres rostros -el creador, el preservador y el destructor que simbolizan los tres aspectos de la deidad suprema. El Maheshmurti está tallado dentro de una espaciosa cueva, y se halla rodeado por esculturas que representan episodios extraídos de los mitos de Shiva. El sonido y la forma se unieron para crear esta sublime manifestación). ¿Por qué la India estaba tan muerta para toda creación?

La luna estaba ascendiendo mientras regresábamos. Se habían reunido los niños de la aldea y nos ofrecieron flores solicitándonos dinero. Krishnaji trató de hablarles; les mostró sus bolsillos vacíos, se volvió hacia nosotros y nos pidió que les diéramos algunas monedas. Rió con ellos y, tomando de la mano a uno de los pequeños, caminó con él hasta el barco. Ya en él, todos tratamos de avistar a Marte emergiendo desde detrás de la luna. Krishnaji subió a la cubierta superior y finalmente lo vio, una diminuta motita. "¡Allí está!", gritó excitadamente como un niño.

En las reuniones matinales, Krishnaji sondeaba más y más profundamente, y nosotros podíamos movernos con él. La mente se sentía fluir. Yo escuchaba las palabras sin que hubiera respuestas verbales -había un flujo del sonido, de la palabra y del contenido de la palabra. Yo hubiera podido contar realmente el número de pensamientos que surgían en esas dos horas que paseábamos con Krishnaji cada mañana.

Capítulo XV

"LA MENTE OPERANDO COMO PARTE DE LA TOTALIDAD, ES INFINITA"

Mientras Krishnaji estuvo en Bombay, pronto se congregó un pequeño grupo de personas para sostener discusiones con él. El grupo lo integraban Rao Sahib, Achyut, Maurice Friedman, la Honorable Mrs. Lucille Frost (una dama inglesa que durante mucho tiempo había estudiado con Jung, y que había conocido a Krishnaji en Sri Lanka y después lo acompañó por la India), Nandini y yo. De estas discusiones habría de emerger la primera serie de los grandes diálogos que Krishnaji sostuvo en la India. Una dimensión nueva se había agregado a su enseñanza, un movimiento que en su impulso habría de liberar la mente de sus viejas rutinas.

Habíamos estado discutiendo la mente y la memoria, y Krishnaji nos planteó un interrogante. El se había despertado cerca de las tres de la madrugada, sintiendo la eclosión de un júbilo que estallaba en su interior. Parecía emerger del propio corazón del silencio. Permaneció en la cama con ello, y entonces surgió la conciencia y la experiencia adquirió nombre. La mente-conciencia recordó. ¿Cómo pudo la mente recordar ese estado, si se hallaba ausente durante la vivencia del mismo?

Se sugirió que era la mente superior la que había experimentado el júbilo y el silencio. Krishnaji dijo: "Cualquier postulación de una mente superior no es sino otra proyección de la mente. La sugerencia es muy poco apropiada. O bien ese estado de silencio era falso -una proyección de la mente o fue real". Hizo una pausa. "¿Cómo es que la mente pudo recordar? La mente es causa y efecto, está presa en el tiempo, tiene un comienzo y un final. La mente jamás puede experimentar aquello que es sin causa, lo intemporal, lo que no tiene principio ni fin. El estado de esta madrugada era sin causan ¿Cómo es que la mente, que es causa y efecto, que es limitada, recuerda aquello que es sin causa -lo ilimitado?"

Alguien sugirió que la mente no recordaba la experiencia sino que la revivía. Krishnaji dijo: "En el silencio, ¿qué hay ahí que sea experimentable? El silencio sólo puede experimentar el silencio. ¿Puede el silencio dejar una huella?

"Entonces, lo que la mente percibió fue tal vez el resplandor del sumergimiento en el silencio. Krishnaji dijo: "Hay una experiencia de silencio, y la mente recuerda la sensación, el perfume, la esencia; ¿cómo recuerda la mente? La conciencia es el pensamiento del instante anterior o del instante siguiente. El pensamiento es siempre del instante o de muchos instantes anteriores. El pensamiento es el resultado de un estímulo". Krishnaji dejaba que sus palabras penetraran profundamente, que la mente de los que escuchaban reflexionara, que se moviera con él. "Nosotros vivimos en la causa y el efecto, reordenándolos constantemente. Rechazamos nuestro trasfondo, nuestro pasado de ayer o de miles de años, sin darnos cuenta de que el pasado que rechazamos es un aspecto que está enterrado profundamente dentro de nosotros. Y es por eso que el trasfondo permanece oculto y siempre está en conflicto, en contradicción".

¿Vemos que la conciencia nunca está en el 'ahora', que siempre es una proyección, un movimiento hacia atrás o hacia adelante? ¿Qué jamás está en el presente?"

Se le preguntó: "¿Cómo puede el hombre comprender esto?" "La comprensión del 'ahora' jamás puede darse mediante el pensamiento, mediante la conciencia", contestó Krishnaji. Miró a Rao Sahib. "¿Cuál es el estado de la mente cuando ve esto?"

"La mente rehúsa aceptarlo como un hecho", dijo Rao".

Pero es un hecho. La mente no puede comprender el 'ahora' que es lo nuevo. Es un hecho, como una pared es un hecho. ¿Qué hace usted cuando se enfrenta a una pared?, no dice que no puede aceptarla como un hecho. ¿Qué ocurre cuando ve como un hecho que la mente no puede comprender el 'ahora'? ¿Cuál es el estado de su mente?"

"Está silenciosa -el pensamiento ha cesado", sugerí".

Investíguelo. ¿Qué ocurre cuando la mente ve el hecho de que el pensamiento ha cesado y, no obstante, hay movimiento, una fluidez?" "Veo eso y el pensamiento ha cesado; sin embargo yo escucho su voz, continúa una percepción sensoria".

"Yo la veo a usted. Escucho su voz. La mente como pensamiento no está ahí y, no obstante, la percepción sensoria continúa, está presente. Sólo la identificación ha cesado", dijo Krishnamurti.

A la mañana siguiente volvimos a discutir la conciencia.

"Primero viene la capa de la actividad cotidiana -comer, ir a la oficina, beber, encontrarse con la gente, los hábitos condicionados que operan automáticamente. Es obvio que se trata de un estado estático que se ajusta a un patrón".

Cuando nuestra rutina es perturbada, esta capa superficial cesa de actuar por un instante, y se revela lo que está debajo. Por conveniencia llamaremos a ésta la segunda capa (desde luego, puesto que la conciencia no es 'espacial' no pueden usarse términos exactos para indicar capas o niveles). El pensamiento que emerge de esta capa es todavía la memoria condicionada, pero no es tan automático como el de la capa superficial. Es un pensar más activo, más elástico; tiene más matices. Aquí el pensamiento no necesita ajustarse tan completamente al

patrón, tiene más vitalidad. La capa siguiente está condicionada para el agrado, el desagrado, el juicio, la opción, la identificación. Aquí está centrado y establecido el principio del ego". En este punto Krishnaji se detuvo y preguntó: "¿Cómo han estado escuchando ustedes? ¿Cómo investigan? ¿Cómo funciona la mente?"

"Yo lo he estado dramatizando", dijo Rao".

Yo he estado observando mis respuestas", dije.

La réplica de Krishnaji fue inmediata: "No, ustedes están equivocados".

"Ciertamente, ¿qué otra cosa podemos hacer?", preguntó Rao. Y entonces uno se dio cuenta de la intensidad que tenía la atención de Krishnaji, el modo en que escuchaba cada respuesta; la mente de Krishnaji percibía que nuestro observar era otra repetición, otro recuerdo. Él sabía, sencillamente, si el estado de que uno hablaba surgía del discernimiento directo, o era una repetición más.

Krishnaji dijo: "No he estado pensando acerca de ello. No ha habido un explorar en el pasado, en la memoria a fin de encontrar la respuesta siguiente. Las respuestas han surgido en la percepción misma del hecho". Él nos apremiaba para que avanzáramos más.

"Luego vienen los recuerdos inconscientes individuales y colectivos, las tendencias, las capacidades, los impulsos, los instintos raciales; ésta es toda la red del deseo, la matriz del deseo. Aquí hay un movimiento extraordinario. El ego todavía sigue funcionando -el ego como deseo moviéndose en sus patrones de causa y efecto. El ego como deseo que continúa. El ego con sus tendencias inconscientes que reencarnan. Prosigamos más allá todavía". Se detuvo y reflexionó: "¿Podemos proseguir más allá? ¿Es que existe algo más allá? ¿Es que la dimensión conocida ha llegado a su fin? ¿Es ésta la base fundamental del ego? ¿Es ésta la estructura de la conciencia, de la mente con su contenido?"

Alguien preguntó. "¿Qué es lo que sostiene eso?"

Krishnaji se quedó en silencio. Después de unos momentos dijo: "El propio movimiento de ello, su propio funcionamiento. ¿Qué hay debajo? ¿Cómo puede uno proseguir, ir más allá de la matriz?"

"Cortando el flujo de la mente", dijo Rao".

¿Quién es el que corta el flujo de la mente? ¿Aquel que es la misma mente?", respondió Krishnaji de inmediato. "¿Cuál es, entonces, el camino? Viendo el hecho de la conciencia -no la palabra, no de la teoría, sino el hecho ¿no es posible terminar con ella? Además, cualquier cosa que yo haga para moverme hacia lo otro, lo destruye, porque lo que hago pertenece al esfuerzo. No puedo desear lo otro, no puedo hacer nada excepto ser indiferente a ello. E interesarme en el ego, en lo que yo soy y en mis problemas".

Una mañana Krishnaji dijo: "¿Podemos seguir investigando la conciencia? Ayer la hemos examinado desde un punto de la periferia hacia el centro. Fue como descender por un embudo. ¿Podemos hoy movernos desde lo interno a lo externo? ¿Podemos abordar la conciencia desde el centro?"

"¿Hay un centro?", preguntó Rao".

El centro existe solamente cuando se concentra la atención. El centro se forma cuando la periferia está agitada. Se forma como un punto en la periferia. Estos puntos periféricos son mi nombre, mi propiedad, mi esposa, mi fama, etc. Estos puntos se refuerzan constantemente. Todo el tiempo hay movimiento en los puntos periféricos. Existe el temor constante de que haya una ruptura de estos puntos"

"¿Puedo yo vivir sin que se formen los centros?", preguntó Rao.

"Si para investigar comienzo desde el centro, ¿*dónde* está el centro desde el cual he de comenzar? No existe el centro, sino sólo el campo. Excepto para la periferia, no hay centro. Las barreras con respecto al campo, crean el centro. Yo sólo conozco el centro debido a la barrera, a la periferia. Las barreras son los puntos de atención, los límites que crean el centro. Elimine las barreras y, ¿dónde está el centro?"

"¿Puede uno eliminar las barreras?", pregunté yo.

"Si uno se mueve en el campo, en el 'no-centro', no hay memoria. Vea lo que ocurre cuando usted se mueve desde el campo hacia la barrera. A medida que se aproxima a la barrera, empieza a actuar la memoria".

Hasta ahora hemos estado pensando desde la periferia al centro. El pensar desde este 'no-centro', debe ser por completo diferente. Tengo que acostumbrarme al movimiento desde lo interno hacia la periferia".

"¿Qué sucede con los puntos?", pregunté.

"Es como escurrirse por debajo y a través de las barreras. Las barreras ya no importan. Ver el punto en la periferia es no ver punto alguno. Sin embargo, lo que hacemos es saltar inmediatamente dentro de la periferia, dentro de lo habitual. Uno no puede formar un hábito de aquello que no tiene centro.

"Ir de la periferia al centro es permanecer fijo en el centro. Cuando la atención se identifica, se convierte en el punto. Pensar dentro del hábito, es el movimiento de la periferia. No existe ningún punto desde el cual yo pueda reconocer el punto. Para conocer el centro, éste debe estar relacionado con el punto. Sólo puedo conocerlo si lo abordo desde la periferia.

"Cuanto más permanezco en el campo, más veo que no existe centro alguno".

La discusión continuó en la mañana siguiente. Le preguntamos a Krishnaji: "¿Qué es la periferia? ¿Cómo está formada? ¿Cómo se erigen las barreras? ¿Son un material diferente al del centro sin punto ['*pointless center*']?" ("*Pointles center*" (centro sin punto) y "*pointless point*" (punto sin punto), son dos expresiones imposibles de traducir más que literalmente. Las introduce en el diálogo, según las anotaciones de la autora, Rao Patwardhan, y luego las adopta el propio K. Son esclarecedoras en su propio contexto, pero unidas a "*field*" (campo), "*fences*" (barreras) y "*no-center*" (no-centro), complican verbalmente este capitulo ya de por si complejo, exigiendo del lector una participación activa equivalente a la de los interlocutores que intervienen en la discusión, y entre los cuales hay un entendimiento mutuo acerca del sentido de estas expresiones. Nota del Traductor).

"¿Por qué permanecen ustedes en la periferia? ¿Por qué no pueden estar en el campo, viendo su flora y su fauna, percibiendo su perfume? ¿Por qué les interesa la barrera?", respondió él.

"Yo me he estado torturando para descubrir. Toda la cosa parece incomprensible. Achyut me dijo que tengo que tomarlo como un juego", dijo Mrs. Frost.

"Usted emplea tiempo, esfuerzo, ¿por qué?", preguntó Krishnaji.

"Porque mi mente es como un muro de piedra".

"¿Por qué? ¿Qué es lo que está mal ahí? Preste atención a lo que está mal", dijo Krishnaji.

"Mis pensamientos", dijo Mrs. Frost.

"Lo cual quiere decir que usted tiene un patrón dentro del cual quiere explicarlo. Sus propias palabras la están estorbando. Es el muro de piedra de las ideas, de las palabras a que está habituada. ¿Por qué no abandona eso?"

"No sé cómo", protestó Mrs. Frost.

"¿Por qué? Para usted el pensar es importante. Está perdida cuando no puede pensar a lo largo de sus rutinas. Olvide todo eso, juegue con ello. Veamos si podemos comenzar no desde el muro de piedra sino desde el 'no-centro'. ¿Cuál es la dificultad?"

"Yo estoy perfectamente consciente de que no hemos alcanzado esa etapa". Mrsn Frost se veía agitada.

"No hay tal etapa ¿Por qué se aferra a la periferia y después quiere ir al centro? Borre ese estado; también se encuentra completamente en la periferia. Deshágase de él. Empiece como si estuviera entrando en un lugar nuevo. Usted ve la periferia y quiere proceder a crear el centro. *Pero no hay centro sin periferia*. Usted no puede pensar aparte de sus hábitos de pensamiento. Jamás puede pensar de un modo nuevo. La dificultad no está en el campo, sino en la periferia. La que ve esto es la mente sencilla".

"Ver desde la periferia es como ver a través de un telescopio. Estar en el campo es fluidez", comentó Nandini.

"¿Qué es el punto? ¿La atención identificada? ¿Qué es la barrera? ¿Qué es la barrera cuando uno la aborda desde el 'punto sin punto'? Es la detención del movimiento. Si existe el campo fluido, ¿no es el campo de la misma cualidad que el movimiento interrumpido, que la barrera? Las detenciones del movimiento son puntos a lo largo de la barrera. Sigo estando dentro del campo.

"Ayer, después de la discusión, me fui a dormir. Cuando estaba comenzando a despertar, hubo un llegar desde lejos a un punto de propósito elaborado. Permanecí observando el propósito -me tomó largo tiempo observarlo. Después desapareció y desperté del todo. Cuando el movimiento se interrumpe forma un propósito, se convierte en un punto desde el cual uno actúa. El dolor es el resultado de la detención del movimiento y es el movimiento para escapar de ello. Si veo que el punto es de la misma sustancia que el campo, no hay esfuerzo. Si vivo en el 'centro sin punto', la detención es el punto. Es al poner en pugna un punto y otro punto que los fortalecemos", dijo Krishnaji.

"¿Qué es lo que crea el punto? ¿Es que el fluir mismo cristaliza?", pregunté.

"¿Está sujeto a presión, a una fuerza contraria?", preguntó Rao.

"El fluir suyo y el fluir mío, ¿no son la misma cosa?", dijo Krishnaji.

Friedman preguntó: "¿Por qué surge el impedimento? ¿Es irreal, falso?"

"¿Por qué ocurre eso? Veinte cosas suceden alrededor de mí. A veces hay un ver que es extenso; y a veces es limitado", dijo Rao.

"Ningún centro se enfrenta al impedimento, a las respuestas nerviosas del cuerpo, que pueden ser sólo reacciones corporales. Usted me pregunta algo y yo le respondo de acuerdo con mi condicionamiento -que interrumpe el fluir. Este condicionamiento es el resultado del medio sobre el cuerpo y sus respuestas. Si el fluir es interrumpido -si acepto la interrupción la vida es eso", dijo Krishnaji.

"¿Qué es la interrupción?", preguntó Rao.

"Es el enfoque de la atención. El río llega súbitamente a un punto en que queda apretado entre las dos márgenes, y el caudal se reduce. ¿Por qué nos quedamos ahí, en el punto? Esa es la pregunta. En el momento que usted me pregunta algo, por fuerza tiene que formarse un punto. Pero, ¿por qué le permitimos que cristalice?" Estuvo en silencio y después habló lentamente, pidiéndonos que estableciéramos contacto con su mente.

"El vasto campo no tiene un estado positivo. Lo positivo, lo afirmativo, está en la solidez. El estado de 'no-centro' es negación. Esta negación se enfrenta a un reto, y hay una acción positiva. Este estado positivo crea su opuesto".

"¿Tiene el estado positivo su propio impulso?", preguntó Rao.

"La verdadera solución está en un campo de negación. Si nos alejamos de este campo estamos perdidos. Si penetramos en el punto para examinarlo, estamos perdidos. Mírenlo desde el campo de la negación. ¿Por qué ocurre la cristalización?" Se detuvo, interrogándose a sí mismo: "¿Es ésta una pregunta incorrecta? La cristalización es inevitable, es un hecho. Mi dificultad es: ¿Por qué la mente permanece en la cristalización? Cuando comprendo el enfoque negativo, estoy libre de la cristalización, libre del punto. Acepto la fricción como algo inevitable y no me detengo".

"¿Surge la dificultad porque vemos nuestro fluir como si estuviera separado?", preguntó Rao.

"Si la negación estuviera ahí, ello tendría una respuesta. Mi problema es: ¿Por qué no permanezco en un estado de negación? El peligro está en que constantemente estoy midiendo y comparando esto con aquello. Los tontos entran en ese reino, no los prudentes" concluyó Krishnaji.

Krishnaji dijo: "¿Qué energía es la del campo? ¿Qué lugar ocupa la energía en esto que llamamos la conciencia? Nosotros conocemos la actividad que limita la energía. Conocemos el miedo, el deseo, la sublimación del deseo, conocemos las distintas razones y causas de identificación.

"¿Qué es esta energía? Obviamente, esta energía no tiene un espacio cercado, no tiene barreras ni opuestos. El campo es energía".

"Cuando intentamos examinar esta energía, el examinador se convierte en el punto", dijo Rao.

"¿Qué es el silencio? Abordemos esta energía de un modo diferente. ¿Qué es el silencio? ¿Están ustedes silenciosos? ¿Cómo descubrirán qué es el silencio? ¿Son ustedes ruidosos? ¿Cómo saben que están silenciosos?"

El silencio es el fluir sin punto del campo", dijo Rao.

"No lo defina. ¿Veo yo el silencio? ¿Lo experimento? ¿Puedo decir, como observador, 'Esto es el silencio'?" preguntó Krishnaji.

"Hay silencio cuando no estoy concentrado en algo", dijo Rao.

"¿Qué entiende usted por concentrado?, no lo verbalice. Sólo vea qué es el silencio y cómo lo reconoce, cómo lo experimenta". Krishnaji sostenía la mano de Rao, penetrando con él en el campo de lo desconocido.

"¿Qué es el silencio? ¿Cómo lo experimenta?, no haga nada, sólo escuche. ¿Lo está experimentando, o hay un estado de silencio que usted trata de describir?" Hizo una pausa. "¿Percibe la diferencia? Vea lo que es el silencio".

"Yo digo que no es un estado que pueda obtenerse, de modo que renuncio a lograrlo", dijo Achyut

"Ustedes primero pintan un cuadro, después adaptan las cosas al cuadro. Descubran qué es el silencio". Krishnaji nos estaba apremiando.

"Yo puedo recordar épocas en que ha existido un estado de silencio", dijo Mrs. Frost.

"Eso no es silencio. ¿Qué es el silencio? Se me preguntó qué es la energía, y dije que hay una manera diferente de abordar el problema. Sugerí que penetráramos en el silencio. Ese es el reto. Ahora bien, ¿qué es el silencio? ¿Tengo una imagen de él, o veo que está ahí y porque usted me lo pregunta se lo comunicaré?"

"No trato de verlo o no verlo, sólo lo dejo estar". Rao había tocado el caudal por un instante, fue uno con él.

"Abandone sus ideas y *vea* qué es el silencio", dijo Krishnaji. "O bien lo estoy imaginando, o el estado se encuentra ahí. No lo estoy experimentando. Con usted el mecanismo opera de inmediato. Sea sencillo, detenga su mecanismo. ¿Por qué opera éste antes que el silencio?"

"La mente es muy ingeniosa", dijo Achyut.

"Esa no es la respuesta. ¿Por qué el mecanismo viene primero? En el momento que le pregunto qué es el silencio, su mecanismo responde. ¿Cómo descubre usted el silencio? Ciertamente, no a través del ruido del mecanismo. ¿Qué hace entonces?"

"La barrera empieza con el mecanismo", dijo Rao.

"El silencio está ahí y no tiene fin. Yo quiero descubrir qué es la energía. Tal vez sea posible para ella funcionar perpetuamente. Pero la idea acude primero y enmarca el silencio. Pero el silencio es infinito; las cosas existen en él, son parte de él; no contradicen el silencio. El llanto de ese niño es silencio. Cuando el ruido está dentro del silencio, *es* el silencio. Si el silencio es extensivo, el ruido forma parte del silencio.

"Toda cosa con su propio mecanismo que contradice el silencio, no está en silencio. El mecanismo, como el observador que mira el silencio, por ser contradictorio con respecto al silencio, no es el silencio. La idea del silencio como algo que excluye lo demás, no es silencio. Toda cosa separada puede tener su propia energía, pero no es parte del silencio expansivo. Mediante su movimiento, la separatividad puede crear su propia energía y acción. Las dos energías son por completo diferentes. El movimiento de un mecanismo separado experimentando el silencio, y el ruido dentro del silencio, son dos cosas enteramente distintas.

"Todo cuanto está en silencio y no es contradictorio, es extensivo. Todo lo que es contradictorio y tiene su propia energía, es limitado; y cuando lo limitado trata de encontrar lo extensivo, no hay silencio.

"Yo puedo vivir en el silencio, y cualquier cosa que haga no será contradictoria en tanto viva en el silencio y no lo resista. Entonces todo está en el silencio, excepto la resistencia. Es la resistencia la que crea su propio remolino; como en el fuego, las llamas saltan a los cielos".

"¿Es este silencio la fuente de la energía sin límite?", preguntó Rao.
"En el momento que tiene límite, hay resistencia", dijo Krishnaji.
"¿Qué es este estado?", preguntó Rao.
"¿Qué es lo que está operando? En ese estado yo huelo estos jazmines. Oigo, veo. ¿Qué es lo que *no* contiene ese estado? Lo exclusivo, la contradicción, la idea -que es siempre exclusiva. Cualquier forma de resistencia destruye este estado.
Para mí en silencio, un llanto no es exclusivo, pero el llanto de un bebé como un acto exclusivo, se aparta del estado de silencio. El silencio no tiene límites. Cuando hay resistencia, hay exclusión; el ruido se vuelve exclusivo cuando la sensación forma un punto que actúa como una perturbación -se convierte en un ruido separado cuando uno concentra su atención en él".
"Esto ocurre en el momento en que empieza a operar un sistema de valores", intervino Friedman.
"Cuando la mente opera como idea, eso implica contradicción. Pero este estado de silencio requiere extraordinaria inteligencia e integridad. Puesto que esta cosa es ilimitada, tiene que ser energía. Aquí la energía es ilimitada porque no hay causalidad. La energía creada por la mente tiene una causa y, por tanto, un final. Pero el silencio no es de la mente, de modo que esa energía no tiene límite". K se detuvo. Viendo nuestros rostros dijo: "*No traduzcan esto para adaptarlo a sus mentes. La mente no puede comprender lo que no le pertenece*. Pero esto es ilimitado. Este estado lo incluye todo, excepto las cosas de la mente. Cada ruido cabe dentro de este estado, y entonces no es ruido. Después aparece la contradicción y surge la actividad de la mente que crea un patrón exclusivo con su propia energía".

Maurice Friedman dijo que estaba experimentando una completa saciedad. Sentía que escuchaba a Krishnaji a través de una mente que ya sabía de antemano lo que Krishnaji iba a decir. No percibía nada nuevo. Sentía que no podía captar nada más.
Rao Sahib dijo que, si bien no se sentía saciado todavía, tenía deseos de salir afuera con Krishnaji. Sentía que este estar sentados en derredor era completamente erróneo.
Nandini dijo que también sentía lo mismo. Si había comprendido a Krishnaji, algo tenía que suceder. Ella estaba aguardando que eso sucediera, pero nada ocurría.
Achyut dijo que sentía igual que Rao, y yo dije que me sentía como muerta, una completa sensación de no estar funcionando.
Krishnaji dijo: "Eso se reduce a una sola cosa. Todos ustedes están esperando que algo suceda. Algunos poseen una técnica pero no tienen el impulso, y esperan que actúe el impulso. Algunos poseen el impulso pero carecen de una técnica, y entonces también esperan. Algunos se sienten como muertos, y esperan que se les dé vida para que puedan actuar.
"¿Por qué están ustedes esperando y qué es lo que esperan? ¿Esperan a fin de actuar? No están seguros y quieren pruebas antes de actuar. ¿Cómo pueden tener pruebas? Todavía no han abandonado el campo de la acción conocida y del resultado conocido.
"Quieren estar seguros de lo nuevo antes de actuar. ¿Cómo pueden estar seguros?, no están viviendo, sólo están esperando; eso no es vivir. Rao ha dejado su acción política y está esperando; no está viviendo.
"Hasta ahora han estado ustedes de cara al norte, y yo digo que se vuelvan y se enfrenten al sur. Ustedes desean enfrentarse al sur sin dejar el norte.
"¿Por qué están esperando? ¿Para estar seguros? ¿Seguros de qué? ¿De que la acción que emprendan será lo nuevo? Pero no están viviendo, y esperar es muerte. Vivan, muévanse, caminen.
"Se lo digo a usted, Rao, usted tiene aquello, camine.
"Yo siento que algo está ocurriendo. Si tuviera un hijo, me gustaría compartir eso con él. Cuando uno ama desea compartir, y yo le digo, Rao, que extienda su mano. Si usted quiere, lo tendrá.
"Cuando lo pequeño opera en lo total como parte de lo total, entonces lo pequeño es ilimitado. Cuando actúa separadamente, es limitado. La mente operando como parte de lo total, es infinita".
"¿Qué es la energía, y puede ser que esté continuamente libre y operando -jamás limitada?" El rostro de Rao estaba fulgurante.
"Si la mente no la limita, entonces la energía es siempre ilimitada. ¿Puede la acción surgir de ahí, y no de la mente? ¿Qué le ocurre, entonces, a la acción? ¿Cuál es su acción hacia el mendigo en la calle? ¿Puede responder? No. Pero habrá una acción que operará con respecto a él. En tanto opere esa energía, no hay problema".

Al día siguiente, Krishnaji volvió a preguntar. "¿Cuál es el problema? En lugar de estas flores" -señaló un cuenco con claveles que estaba frente a él "pongan flores artificiales. Ustedes saben cuáles son las reales. Estas flores tienen lo que ninguna otra cosa tiene. ¿Cuál es el problema? ¿Qué es lo que falta entre lo artificial y lo real?"
"Simplemente son lo que son", dijo Rao.
"No, ¿cuál es el problema central?"

“Rehusamos vernos a nosotros mismos; llegar a conocernos en cada respiración”, respondió Achyut.

“Sé todo eso, ¿pero qué es lo que falta? Tomemos a Rao, él es serio. Tiene la capacidad de aprender, de asimilar, es capaz de sacrificarse. Posee la facultad de reunir los hechos, y dice: ‘¿qué he de hacer? Yo no soy la flor real. ¿Por qué se ha vuelto él la flor artificial?”

“¿Por qué no tengo el canto?”, preguntó Rao.

“Sí, ¿por qué no existe la llama? ¿Qué es lo que falta?, no tenemos amor, y sin él, hagamos lo que hagamos, lo artificial no nos convertirá en lo real. Hemos cultivado el intelecto, que es la flor artificial. Hemos arrancado de raíz lo real. ¿Cómo, entonces, hemos de tener amor?

“¿Por qué carecemos de amor? Este requiere extraordinaria inteligencia. Debido a que no tengo amor he creado templos e instituciones”. Señaló las flores que tenía frente a él. “Esa flor acaba de abrirse. ¿La han visto?”

Rao continuó: “Falta el amor, y yo sigo diciendo que deseo un hálito de él. No tengo amor y he gastado mi energía fabricando flores artificiales. ¿Qué he de hacer? A menos que tenga ese amor, ninguna otra cosa tiene significado alguno. ¿Por qué no amo?

“Sé que existo en un nivel artificial. Mi cerebro puede discutir cualquier cosa, y no obstante veo que debo tener lo otro. ¿Cómo he de dar con ello?”, preguntó Rao.

“¿Cuál es el estado de su mente cuando usted dice que ve lo artificial y que eso le causa una conmoción? ¿Cuál es el estado cuando anhela lo otro? Debe haber un modo de abrir la cerradura de la puerta. Y debe haber un modo de recibir aquello. ¿Cómo? Ese es el verdadero milagro. Ello no puede ser puesto ahí; debe ser algo indestructible; no es una cosa que continúa. No puedo ocuparme de ello, no puedo crearlo.

“Sólo puedo actuar desde el centro, que está abierto tanto a la cesación como a lo que vendrá.

“No puedo tratar de retener eso. En el momento que digo que debo tener una experiencia de ello, que debe estar siempre ahí, le cierro las puertas.

“Veo la falsedad de lo artificial, pero no tengo lo real. ¿Qué le ocurre a uno cuando ve esto? En el momento que dejo de jugar con lo artificial, se han terminado todos los esfuerzos, todas las explicaciones”, dijo Krishnaji.

“Todo deseo, todo anhelo de hacer algo al respecto, toca a su fin. Me siento relajado, de buen humor. No estoy tratando de lograr nada,” expresó Rao.

“¿Y eso qué significa, señor? ¿Desde qué punto de vista lo está viendo? ¿Está ello libre de todo razonamiento?”

“Funcionar sin aquello es el único pecado”, intervino Friedman.

“Por lo tanto, no va usted a jugar con lo artificial. Puede hacerlo, pero está fuera de ello”, dijo Krishnaji.

“Nosotros creemos que el primer signo de sensibilidad es pensar, razonar. Pero pensar no es tener sensibilidad. Yo actúo”, dijo Rao, “y mi ser toma conciencia sólo cuando ello se procesa a través del pensar. Esto absorbe toda mi vitalidad. Ahora lo veo muy claramente”.

Krishnaji dijo: “¿Puede uno, acaso, dudar, vacilar entre la flor artificial y la verdadera? Usted lo examinará todo muy cuidadosamente, será precavido. Es solamente no estando claro que vacilará.

“Empezamos diciendo que estábamos secos. Llevamos con nosotros una cesta llena de lo artificial. Hemos dado a la cesta valores falsos. Usted ve esto y lo desecha. Está libre de la cesta, que es lo artificial. ¿Cuál es su actual estado?”

“Todas las arrugas internas han desaparecido. Dentro de uno se extingue el sentimiento de querer alcanzar algo. No estoy seco”, dijo Rao.

“Usted no está seco, lo cual significa que tiene un canto. Quiero saber cuál es su estado interno de sentirse libre”.

“Después de tres horas veo que la artificialidad es la responsable de la falta de calidez. Al desprenderme de la artificialidad, la áspera sequedad ha desaparecido”, respondió Rao.

“Es difícil comunicar la cualidad que surge durante el diálogo”, dije. “Hay un instante de comprensión, de ser totalmente uno, un estado donde ha terminado el pensamiento y sólo el silencio está despierto”.

Comenzó Rao: “El silencio no es mi estado normal de conciencia, los momentos de silencio son raros. Una vida basada en la acción y la reacción, no ha terminado para mí. Llego a la acción, la cual en ese momento pienso que no es una reacción. ¿Qué diferencia hay entre esta acción y la acción como reto?”

Contestó Krishnaji: “La única prueba es si tal acción produce una reacción ulterior, si hay para ella una continuidad. Si fuera usted feliz, haría lo correcto. Una cosa es la acción que nace de la verdadera felicidad. Otra cosa es la acción en un estado exento de infelicidad, la cual tiene su propia reacción; éste no es el estado de felicidad. Nosotros no conocemos la felicidad que no sea una reacción. Conocemos la felicidad de la reacción”.

“Yo me siento desdichado y, habiendo conocido momentáneamente un estado en el que no era desdichado, me siento más desdichado todavía. Quiero un modo de vivir que me libere”, dijo Rao.

“Aunque vivo en este mundo, quiero vivir sin la infelicidad con sus reacciones. ¿Cómo he de hacerlo? no estoy fuera de este patrón. Veo esto en toda su complejidad. Vivo en ese campo. Mi problema es que quiero vivir en él de un modo completamente nuevo, porque veo la futilidad del patrón con todas sus expansiones. No puedo escapar ni zafarme de él. ¿Qué puedo hacer estando dentro del patrón?”, preguntó Krishnaji.

“En los últimos días mis actos reflejos han disminuido. Los instintos y las tendencias se han aplacado. El voltaje está muy bajo. Tengo la sensación de que no deseo nada. Quiero permanecer a solas conmigo mismo”, dijo Rao.

“Ese es un sentimiento de retracción”, dije yo.

“El problema es que volamos muy alto y después nos precipitamos hacia abajo”, fue el comentario de Friedman.

“¿Por qué vuelan alto y por qué se retraen?”, preguntó Krishnaji.

“¿Por qué acudo con una escudilla de mendigo? Tengo que eliminar la escudilla del mendigo”, dijo Rao.

“La escudilla debe desaparecer, y yo tengo que vivir dentro del campo con felicidad. Vendré a usted, pero no quiero depender. ¿Qué debo hacer?”

“El voltaje de la vida es muy bajo, no hay felicidad”, dijo Rao.

“¿Realmente se siente usted así como un cubo que no puede retener el agua, lo cual implica que no tiene usted amor? ¿Por qué no lo tiene? ¿Es porque en lo emocional su mente ha perdido elasticidad, y se siente muerto?”

“No estoy muerto, todavía me siento vivo”, contestó Rao.

“La elasticidad está ahí, pero ya no reacciona”, dijo Krishnaji.

“Existe la sensación de una marea menguante”, dijo Rao.

“¿Es que acaso hemos tocado el fondo de las cosas? ¿Ha llegado usted hasta ahí y se siente como la nada?”, preguntó Krishnaji.

“¿Está usted diciendo que si no hay deleite, es porque se ha tocado fondo? La mente es muy sutil. No quiere ver eso”, dijo Rao.

“¿Ha tocado usted el fondo?” Krishnaji lo apremiaba.

“En la oscuridad veo un pequeño rayo de luz, pero es todavía demasiado débil para poder usarlo”, dijo Rao con vacilación.

“Acompáñelo”, dijo Krishnaji.

“Uno está muy atento para no ser nada de lo viejo, pero uno no es todavía lo nuevo. Las sensaciones de identificación han cesado, pero la felicidad está ausente”.

“¿Qué va a hacer usted? Déjelo estar. Es como un campo que ha sido sembrado y cosechado; ahora déjelo estar en barbecho”, dijo K. Y agregó:

“Yo siento que debe haber una explosión desde adentro y no desde afuera. ¿Cómo he de hacerlo? Percibo que hay una pista hacia ese misterio. Si fuéramos capaces de encontrarla, podríamos lograr verlo. En los últimos diez días algo está ocurriendo conmigo, dentro de mí tiene lugar una cosa extraordinaria. No sé adonde se dirige. Es como un río en movimiento. Algo está haciendo eso físicamente. No he pensado acerca de ello, y me pregunto por qué no ocurre en alguna otra persona. Tengo la sensación de que ello está aguardando. Cuando me despierto, algo está sucediendo. ¿Por qué no le sucede a otros?, no es cuestión de ser inteligente o tonto. Yo conozco todas las razones que impiden eso en ustedes. Pero digo que es como pasar juntos por algo. Hemos atravesado esto juntos. No podemos hacer más. Ahora extiendan la mano y reciban el diploma. Mucho más en lo profundo, es realmente la misma cosa”.

Se volvió hacia Nandini: “Y quiero saber por qué usted no lo recoge. Le digo, inclínese y recójalo.

“Ustedes saben acerca del bebé que me han estado trayendo. Según el diagnóstico del médico, su cerebro no había terminado de formarse. El bebé no podía ver, no podía sonreír, no podía reconocer, y yo he estado posando mis manos sobre él. Algo está funcionando muy intensamente dentro de mí.

“Siento un ardor en mi mano, y el bebé ha comenzado a sonreír, a reconocer a las personas. Ustedes pueden hacer lo mismo que yo. Todo cuanto tienen que hacer es recoger aquello. La cosa que está operando en mí, operará igualmente en ustedes, recójanlo.

“Es inútil decir que no saben cómo hacerlo. Yo sólo les digo: recójanlo”.

Los diálogos terminaron y Krishnaji se preparó para regresar a Ojai. El 10 de marzo, en una de sus discusiones matinales, habló con un tono de gran urgencia sobre la necesidad de penetrar la mecánica de su propia mente.

“Estuve pensando esta mañana que si yo pudiera comprender mi propia mente y el modo en que trabaja, podría decirles a ustedes: miren cuidadosamente y podrán tener aquello.

“¿Cómo trabaja mi mente? Ayer, cuando hablaba de la meditación, ¿estaba operando mi cerebro? Si no, ¿qué es, entonces, lo que estaba operando? Mis respuestas fueron lógicas. ¿Cómo surgieron? ¿Qué sucedió? Dije que el pensamiento y el pensador eran una sola cosa. ¿Cuál era el mecanismo que producía ese pensamiento? Uno puede especular y decir que era la mente superior que me estaba utilizando Maitreya que yo soy una caja armónica; ésa sería una buena explicación teosófica. Pero no me satisface.

“Si yo pudiera mostrárselo muy claramente a Achyut, él podría tenerlo. ¿Qué es la cosa que está operando? Ayer, en el momento que Rao dijo ‘punto’, yo dije ‘opción’. ¿Y quién es el que opta?, no hay un pensar gradual; ¿qué es, entonces, lo que opera?”

“Esta vez creo que comprendo lo que Krishnaji está diciendo”, dijo Rao. “Krishnaji se da cuenta cuándo la gente que le escucha lo acompaña. Pero ésta sería la experiencia de cualquier persona auténtica -con Krishnaji es algo más”.

“Conocer a los oyentes y cambiar, adaptarse, es sencillo. Vayamos un poco más allá”, dijo Krishnaji.

“¿Qué intelecto es el que no necesita de libros ni conocimientos?”, preguntó Rao.

“Usted es siempre nuevo. Tiene que haber una fuente creativa operando todo el tiempo. ¿Cuál es la naturaleza de esta fuente?”, preguntó Friedman.

“Usted está frente a la ola, frente a la conciencia. ¿Es consciente de esa fuente creativa?”, agregó Rao.

“Usted es una trinidad. Está Krishnamurti el hombre, tal como es; luego él es el gurú acuciando, apremiando; después es la verdad, el poder de ‘lo que es’. No están separados, sino que son tres aspectos de la misma verdad. Uno se pregunta: ¿Quién es Krishnamurti?”, dijo Friedman.

“¿Por dónde empezaría yo para captar esta cosa que está operando?”, preguntó Krishnaji.

Rao respondió: “Desde el primer día en que usted habló del movimiento a partir del ‘punto sin punto’, uno vio que este estado era para usted una realidad de instante en instante. Si uno puede permanecer ahí, el conflicto se termina. Si veo eso, la cualidad del hablar es diferente”.

“¿Cómo hace un hombre para transmitir a otro el contacto creativo?”, preguntó Krishnaji.

“Esto no puede hacerse excepto mediante la identificación”, sugirió Friedman.

“No; hay algo que está operando a través de K que me gustaría compartir. Sé que es posible. Siento que es tan posible como compartir la luz”, dijo Krishnaji.

“¿Atrae usted una corriente desde un manantial que no está limitado a usted? Si es así, ¿cómo podemos nosotros tocar ese manantial? “Friedman retaba a Krishnaji.

“Desde el principio siento que esa fuente está abierta para mí. Siempre ha estado ahí, cada vez más clara, más cercana -¿por qué X no puede alcanzar esto? ¿Lo tendría usted si estuviera junto a K todo el tiempo? No lo creo. Quiero ver cómo opera eso. Sé cómo opera conmigo. Esta mañana desperté con un sentimiento. No era ‘yo’ sintiendo. Mañana en la mañana, cuando despierte, habrá ahí algo nuevo. Ello prosigue todo el tiempo. Cuando estoy hablando, estalla. Nunca es un atesorar y después vaciar lo atesorado. Con la mayoría de la gente, el atesoramiento es siempre lo viejo. Aquí no hay atesoramiento alguno, no hay caja fuerte. K quiere que usted tenga aquello. ¿Cómo puede hacerse? Aun cuando sea cierto que K fue adiestrado especialmente, que está siendo usado por Maitreya, esa entidad le dice: ‘Usted debe tenerlo’. Admitiendo todas las diferencias, esa entidad dice: ‘Venga, usted puede tenerlo’. Él quiere que usted lo tenga; por lo tanto, suprime todas las divisiones. Percibo que eso está operando, percibo que el campo está abierto y que algunos se encuentran en él.

“¿Cuál es nuestro problema? Yo tengo eso, usted no lo tiene, y yo le digo que puede tenerlo. Pero si usted pregunta: “¿Lo tengo? ¿Cuál es la prueba? ¿Existe una prueba? ¿Cómo puedo saber que tengo eso? -entonces está perdido. Porque no existe tal prueba. Usted pregunta: ‘¿Es eso suficiente?’ Y este requerimiento de ‘más’ es el que origina el bloqueo.

“Le digo a Rao: ‘Salga, inténtelo’. Recuerdo mi primera charla en Madurai. La Dra. Besant me dijo: ‘Mi querido, tu postura estuvo excelente, tus gestos fueron correctos, sólo que tú te veías demasiado inexperto. Yo sé que para ti es posible tener aquello. Anda, comienza, habla y observa qué ocurre. Aunque te hagas un lío, sigue vacilando. Con esto debes permanecer en la completa incertidumbre’. Y ahora yo le digo: usted lo tiene. Vaya y abra la puerta.

“Esto es así en mis relaciones. Jamás existe un sentido de volver atrás a una relación. No hay anclajes, hay un movimiento permanente.

“Se me ha dicho que lo que expreso hoy es diferente de lo que dije anteriormente y de lo que fui; y seré diferente de nuevo. K es así. K no tiene puntos fijos de retorno”.

Me vi con Krishnaji a solas cuando los diálogos terminaron. Me preguntó cómo me sentía, qué efecto habían causado en mí las cinco semanas de discusiones. Contesté que me habían dejado con poca voluntad propia. Me estaba sintiendo internamente muy joven. Era como haber reencarnado estando viva aún. Me sentía parte de algo que tenía que ser. Las cosas que me sucederían serían las correctas tal como se entendía que debían sucederme; había poco que yo pudiera hacer.

También le conté lo que me había ocurrido hacia el final de las discusiones sobre la conciencia. El diálogo había generado un estado intenso de observación de la mente durante el día; cuando me dormí, la observación continuó. Una noche tuve una percepción explosiva del pensador y el pensamiento como una sola cosa; hubo una luz deslumbrante y caí en un sueño profundo. La segunda noche hubo la misma intensidad alerta, la percepción del observador y lo observado como una sola cosa, la luz explosiva y el sueño profundo. En la tercera noche hubo un instante en que se extinguió todo pensamiento, luego una luz inmensa y el dormir sin sueños. Krishnaji me escuchó hablar, pero rehusó dar importancia alguna a las experiencias. Dijo: “Eso ya pasó, muévase”. Después me

preguntó qué iba a hacer. Dije: “No lo sé. Siento el impulso de escribir. También siento como si no quisiera hacer nada”. Él dijo: “No haga nada, y vea lo que ocurre”.

TERCERA PARTE

EL DESARROLLO DE LA ENSEÑANZA 1950-1959

Capítulo XVI

"LA RELIGIÓN LLEGA CUANDO LA MENTE HA COMPRENDIDO SU PROPIO FUNCIONAMIENTO"

El 11 de septiembre de 1950, Krishnaji me escribió desde Ojai: "He estado aquí por unas buenas tres semanas y necesito un largo descanso, puesto que llevo tres años hablando constantemente. He decidido también entrar en retiro completo por un año, sin ninguna clase de entrevistas ni discusiones públicas o privadas ni pláticas. Será un año más o menos silencioso. De modo que no iré a la India durante este invierno". Su retiro fue total. No hubo reuniones ni pláticas. Por Rajagopal nos enteramos de que Krishnaji estaba observando un silencio completo. Su contacto con la India se interrumpió entre agosto de 1950 y diciembre de 1951. Cuando más tarde se le preguntó qué hizo durante este período, Krishnaji se mostró impreciso. Su cuerpo estaba cansado, como si se hubiera vaciado internamente; quizás algunas impurezas, por sutiles que fueran, teñían aún la cristalina claridad de su conciencia. Y entonces, cumpliendo con la tradición mística, se recluyó dentro de sí mismo.

Al comenzar la primavera de 1950, hicieron explosión en la prensa de la India noticias acerca de la denegatoria judicial a la demanda de Nandini por su separación y por la custodia de los hijos. Incluso el *Time*, la revista de EE.UU., le dedicó una gacetilla bajo el epígrafe. "La Rebelión del Felpudo". Se refería a Krishnaji como el Mesías y citaba las pláticas de K, en las cuales éste hablaba apasionadamente sobre la situación de las mujeres en la India, que eran tratadas como 'felpudos'. Vinculaba también el nombre de Krishnamurti a la demanda de separación que Nandini seguía contra su marido. Rajagopal me telegrafió para preguntarme si estas noticias que habían aparecido en el *Time* eran exactas. Le contestamos dándole los detalles y expresándole nuestra grave preocupación por el hecho de que se hubiera mencionado el nombre de Krishnamurti. Más tarde, cuando Krishnaji regresó a Ojai en 1950, se enfrentó a una tormenta. Rosalind y Rajagopal lo interrogaron acerca de lo que había sucedido en la India. En cartas que Rajagopal recibía de sus amigos de allá, estos le hablaban de las 'nuevas amistades' de Krishnaji. Rosalind y Rajagopal estaban ansiosos e insistían en saber más acerca de estas personas. Krishnaji seguía impreciso al respecto.

Rosalind y Rajagopal se hallaban unidos en su interés por el nuevo Krishnamurti que estaba emergiendo. Conscientes de su naturaleza sensitiva, tímida, y de la pasividad de su ser, ambos pronto percibieron el cambio que en él se estaba operando. Krishnaji se mostraba cada vez más pasivo y silencioso, y se replegaba dentro de sí mismo.

Sin embargo, para ellos se volvió evidente que el largo período pasado en la India, las personas que había conocido, la libertad que había roto con todas las restricciones que se le impusieron previamente, habían introducido elementos enteramente nuevos en la actitud de Krishnaji hacia las personas y las situaciones. Por primera vez tenía en la India amigos que no estaban vinculados a sus viejas relaciones. Estas personas, que nada le exigían, percibían la vastedad de lo sagrado que se manifestaba a través de él. Lo veían con ojos puros, libres de cualquier carga, y le brindaban una relación de profunda veneración, afecto y amistad.

Krishnaji regresó a la India en el invierno de 1951, tras una ausencia de casi dieciocho meses. Le acompañaba Rajagopal. Los muchos amigos que Krishnaji había hecho en años anteriores, se apiñaron para recibirle en Bombay. Entró en el salón, nos saludó solemnemente, nos estrechó las manos, pero no dijo una sola palabra. Seguía manteniendo un silencio absoluto. Rajagopal se veía incómodo. Nosotros le conocíamos por primera vez y nos mostrábamos mutuamente circunspectos.

Krishnaji no quebró su silencio en Bombay, pero siguió viaje hacia Madrás, donde ofreció doce pláticas entre el 5 de enero y el 12 de febrero. Nandini y yo fuimos a Madrás y nos alojamos en Vasanta Vihar. Vivíamos en un espacio que había sido creado usando armarios para dividir la galería; compartíamos un cuarto de baño con Madhavachari, y tomábamos nuestras comidas por separado, ya que Krishnaji comía a solas en su habitación.

Rajagopal estaba al mando de todo. Su relación con Madhavachari también se iba aclarando lentamente. Rajagopal lo trataba de una manera amigable, pero no le revelaba a Madhavachari lo que tenía en mente. Madhavachari se mostraba respetuoso, se dirigía a él como "Mr. Rajagopal", recibía sus instrucciones y cumplía con los deseos que aquel le expresaba. Rajagopal se hospedaba en las cámaras Leadbeater de la Sociedad Teosófica, puesto que el piso superior de Vasanta Vihar había sido alquilado y no quedaba ninguna otra habitación disponible.

Krishnaji seguía mostrándose vago cuando lo interrogaban sobre la razón de su año silencioso, pero a Nandini y a mí nos habló de Rajagopal. Trató de que entendiéramos cuánto se había sacrificado Rajagopal por él. Krishnaji encomiaba a Rajagopal, ansioso de que nos hiciéramos amigos; pronto, una noche después de cenar, se convino un encuentro y fuimos a las Cámaras Leadbeater para entrevistarnos con él.

Rajagopal estuvo cortés; pero sus ojos, hundidos dentro de huecos profundos en su rostro sombrío, oscuro, nos taladraban tratando de leer indicios acerca del significado de cada palabra que pronunciábamos. Se mostró suspicaz e inquisitivo, y se requería una mente despierta y alerta para responder a las preguntas aparentemente inofensivas. Parecía tratar de atraparnos distraídas. Insinuó que no se podía depender de Krishnaji, puesto que la mente de éste cambiaba de manera constante. Rajagopal se había enterado por Velu -un sirviente que había cuidado a K en Sedgemoor de los sucesos de Ootacamund. De modo que Rajagopal nos estuvo interrogando severamente por más de dos horas, queriendo saber cada detalle de lo que había ocurrido. Fue una experiencia penosa, y al final de ella ambas estábamos agotadas.

Después habríamos de descubrir otra faceta de Rajagopal. Nos pareció profundamente atractivo. Era cálido y afectuoso, y nos hicimos muy amigos. Tenía una mente característica de la India del sur, en extremo inteligente e inquisitiva. Era sensible al desorden y a la suciedad de cualquier clase que fueran, vestía inmaculadamente un almidonado *kurta* blanco y un pijama, y hablaba y se movía con elegante precisión.

Krishnaji y Rajagopal habrían de viajar a Europa y a los EE.UU. en la primavera de 1952.

En julio de 1952, el cuerpo de Nandini, que había soportado la tensión de cinco años de humillaciones y la angustia de separarse de sus hijos, se derrumbó. Estaba bajo presión desde varios frentes: la arbitraria actitud de su exmarido con respecto a las veces que Nandini podía ver a sus hijos, y la actitud condenatoria de las personas mayores que rodeaban a Krishnaji. Cayó mortalmente enferma de un cáncer en el cuello de útero, el cual progresaba rápidamente, y tuvieron que trasladarla en avión a Inglaterra para una operación urgente.

Envié un telegrama a Krishnaji comunicándole las novedades. No hubo respuesta. Fue como si él se hubiera esfumado y hubiera llegado a su fin toda relación externa con nosotras. Sin embargo, podíamos sentir su silenciosa presencia durante todo el período de nuestras dificultades, y con ello surgió una gran fuerza y la capacidad de enfrentarnos a la calamidad.

En Londres se le habló a Nandini del cáncer devastador que estaba destruyendo su cuerpo. Enfrentada a la inminencia de la muerte, recibió la noticia en profundo silencio. Me dijo que por unos instantes su cerebro se quedó totalmente quieto y libre de todo pensamiento o sentimiento. Durante todo el período en que estuvo aguardando la operación en la habitación del hotel, donde había de sufrir una severa hemorragia, hubo pocos pensamientos -nada de miedo, ni ansiedad, ni preocupación por el futuro. En la víspera de la operación, habló por teléfono a sus hijos que estaban en Bombay, tiernamente interesada en el bienestar de ellos.

Más tarde habría de contarme que, mientras se hallaba bajo el efecto de la anestesia, escuchó el sonido de una risa resonante que continuó durante todo el tiempo de la operación. No hubo bloqueo de la conciencia. Ella sabía lo que estaba sucediendo. Se encontró paseando por campos verdes, acariciada por suaves brisas, mientras sus oídos se llenaban con el canto de los pájaros. Sentía una presencia protectora que la rodeaba y la sostenía. La protección no era para mantenerla viva, sino para acompañarla -en la vida o en la muerte. La protección, la presencia, estuvo en el bisturí del cirujano.

La vi al día siguiente, cuando acababan de decirle que el cirujano que la había operado se hallaba incapacitado por haber sufrido un ataque de apoplejía. Durante dos días estuvo ella sin atención médica. Después de la operación, dondequiera que volvía su rostro, la protección estaba ahí a la izquierda, a la derecha, arriba y abajo, percibía el contacto de aquello. Pocos días después de la operación, se sentó en la cama con las piernas cruzadas, y el hálito del silencio penetró en ella. Un día, el joven asistente del médico entró inesperadamente en la salita. Al verla así le preguntó: "¿Es usted una yogui?"

Como un manantial subterráneo de clara agua corriente, oculto pero poderoso en su vitalidad, han transcurrido los años de Nandini. Viviendo con nuestra madre, se encontró por casualidad con dos pequeñas niñitas huérfanas de la vecindad. Desamparadas, vivían con una tía distante, pero pasaban la vida en la calle. Privada de sus propios hijos, Nandini acogió a las niñas y fundó una escuelita para ellas y para otros niños pobres de la vecindad. Tiempo después, la escuela se mudó a dos garajes cercanos. Los niños de los alrededores pronto comenzaron a acudir en abundancia -actualmente hay 150 de ellos. También se presentaron para colaborar, maestros y asistentes. La escuela Bal Anand, provee al niño que vaga por las calles un espacio creativo diferente del triste panorama de cemento. Viviendo sola por muchos años, Nandini ha sido el silencioso punto nodal de la escuela. Los niños se reúnen alrededor de ella y hablan, ríen y juegan. Se les ofrece música, danza, tejido, pintura, idioma, teatro, ciencia y un poco de aritmética. Después de veinticinco años, Bal Anand se ha constituido en una parte de la Krishnamurti Foundation de la India, y Nandini es miembro de la Fundación. Cuando sus propios hijos llegaron a la mayoría de edad, regresaron con ella desbordando amor y protección.

Nandini siguió cultivando una estrecha amistad con Krishnaji, viajando con él a algunos de los centros cuando K estaba en la India, y manteniendo contacto a través de cartas cuando él se encontraba lejos. Su cabello está gris. Sigue siendo frágil, bella, anónima.

Se decidió que, como parte de su programa en la India, Krishnaji y Rajagopal participaran en una discusión de grupo que se realizaría en Poona durante el invierno de 1952. Rao Sahib Patwardhan había hecho los arreglos para una reunión de sus amigos en Vithal Wadi, donde Achyut, desde su ruptura final con el Partido Socialista en 1950, estaba viviendo en una pequeña cabaña situada entre los cerros boscosos.

Las personas que se reunieron en Vithal Wadi para las discusiones, provenían de distintos medios. El profesor Dhopeshwarkar enseñaba filosofía en la Universidad de Poona. S.M. Joshi era un austero, probo brahmín Chitpavan, socialista y miembro activo del Sarva Seva Sangh. Él y Rao Sahib Patwardhan eran íntimos amigos y habían participado en muchos de los campamentos de trabajo con colaboradores voluntarios del Sarva Seva Sangh. Mangesh Padgounkar era otro de los participantes junto con Durga Bhagwat. Durga Bhagwat, escritora y antropóloga, había colaborado con Verrier Elwin en Madhya Pradesh; era una mujer bajita, encorvada, de rostro severo y huesudo. Vigorosa tanto física como mentalmente, jamás se había casado; tenía una energía enorme y sentía con mucha intensidad los problemas de la pobreza en la India. Era muy amiga de Rao Sahib. Nuevamente había venido desde Madrás para las discusiones, conjuntamente con Padmabai y Sanjeeva Rao. El pandit Iqbal Narain Gurtu llegó desde Varanasi y L.V. Bhave desde Tana. Yo era la única mujer presente además de Durga Bhagwat.

Rao Patwardhan me aprobó, y por más de dos años mantuvo conmigo una estrecha amistad. Su austera naturaleza había respondido gratamente y en profundidad a mis actitudes y a mi trasfondo por completo diferente del suyo. Discutimos acerca de la belleza, del arte, de la mente occidental y de la matriz creativa india. Por primera vez yo había establecido un estrecho contacto con un intelecto tradicional brahmínico -un estilo de vida incompatible con los años de mi juventud como hija de un funcionario civil, o con la vida que llevé en el medio social de Bombay.

Sunanda, que por entonces se había casado con Pama, uno de los hermanos más jóvenes de Rao Sahib y Achyut, no fue invitada para asistir al seminario. Tampoco Nandini. Su asombrosa belleza, su sencillez y su cualidad casi infantil, combinadas con el hecho de que había estado casada en una familia de gran riqueza, hacían que a Rao le resultara difícil aceptar que ella fuera una persona seria. Rao le había pedido a Sunanda que se ocupara de la comida de Krishnaji y de otras necesidades. La vida era espartana, las habitaciones pequeñas; había pocas amenidades.

Krishnaji, percibiendo que Sunanda se sentía lastimada por haber sido dejada fuera de las discusiones de grupo, le demostraba un gran afecto. Le hablaba largamente paseando con ella por los bosques. Su actitud era la de un padre hacia una hija muy amada.

Las discusiones se prolongaron por más de una semana. Todas las mañanas y las lardes nos reuníamos en Vithal Wadi. Krishnaji tenía que vérselas con mentes testarudas, atrincheradas y arraigadas en dogmas marxistas de servicio social. La discusión tropezaba constantemente con los temas de la pobreza y la necesidad de una acción societaria. Esto era comprensible en un país donde reinaba una pobreza tan inmensa. Pero las mentes que se habían reunido eran lo bastante inteligentes como para percatarse de que, en algún punto, su modo de abordar los hechos se hallaba bloqueado por los propios conflictos internos, los propios instintos e insuficiencias. Lentamente, con paciencia infinita, Krishnaji sondeaba la naturaleza de la mente, investigaba cuestiones como la acción social, el pensamiento y el pensador, el silencio. A los socialistas les decía que el problema de la comida, el techo y la ropa, jamás podría resolverse en un nivel ideológico. Sólo podría llegar a su fin cuando las necesidades no fueran utilizadas con propósitos psicológicos, sino tratándolas en su propio nivel. Aunque los testarudos socialistas se mantenían atados a sus pértigas, ya no se sentían tan seguros en sus posiciones.

Al terminar la semana, seguimos nuestros propios caminos. Del grupo que se había reunido, todos fueron llevados por la corriente, excepto los Patwardhan, Friedman, yo, y los viejos amigos de Krishnaji que habían estado con él desde los tiempos teosóficos. Era evidente que las discusiones habían hecho impacto en las mentes testarudas de los socialistas y de los académicos. El profesor Dhopeshwarkar escribió varios libros sobre las enseñanzas de Krishnamurti. Muchos años después, S.M. Joshi me dijo que los socialistas de la India estaban dominados desde 1934 por el pensamiento occidental y su dialéctica. Marx se convirtió en el punto central desde el cual irradiaba todo el pensamiento socialista. Ellos no podían ver que, cuando la posición marxista se aplicaba a las condiciones de la India, carecía de una base crítica. En el marxismo occidental no había lugar para el humanismo. S.M. Joshi dijo que su interés en el socialismo lo había sido siempre en el sentido de que el hombre pudiera alcanzar la plenitud de su estatura humana. Por tanto, un elemento moral era esencial para la posición socialista. En 1948 estaban profundamente perplejos y ante un dilema. Veían que en el pensamiento marxista los fines justificaban los medios. Esto no había sido nunca del todo aceptable para S.M. Joshi. Mientras estuvo en prisión, entre 1944 y 1945, por un momento había sentido que tal vez los fines si justificaban los medios; pero esto no lo satisfacía y estaba muy confundido. Las discusiones con Krishnaji tuvieron para él una influencia liberadora. Dijo que "habían ayudado a clarificar mi actitud hacia la injusticia -me ayudaron a afrontar la confusión y a salir de ella con claridad"[1].

Mientras estuve en Poona para asistir a las discusiones en Vithal Wadi, me descubrí observándolo todo con despiadada atención. Vigilaba los pensamientos y los sentimientos a medida que surgían dentro de mí. También observaba lo externo -los rostros de la gente, una hoja, una piedra. Durante un paseo a solas por los bosques que rodeaban Vithal Wadi, de súbito me encontré corriendo. Era una tarde serena. El grito de un pájaro se superpuso sobre otros gritos de pájaros; el zumbido de los mosquitos y el canto de los grillos, una voz distante, los latidos de mi propio corazón cuyo sonido penetrante fluía en mi interior, mientras que el intenso perfume de las flores, donde prevalecía el del jazmín, me atravesaba como un viento poderoso... Yo flotaba en un mar de color explosivo. El encendido verde de la hoja de la higuera, el verde fresco de los higos, el nuevo verde rosado de los retoños del mango, el pálido verde naciente de una yema de cacto, se tornaban uno con el sonido; llenaban las ventanas de mi nariz, mis ojos, mi boca. Me encontré llorando frente a un arbusto de cacto, incapaz de soportar o de contener la potencia de esa tarde primaveral. La plenitud de la belleza, densa como la miel, permaneció en mis ojos y oídos durante días. La belleza despertaba en el propio acto de ver; lo que uno veía no era importante. A medida que los días siguieron a los días, esa intensidad fue disminuyendo, pero la belleza, al hacerse cargo de los portales sensorios, había generado una percepción que ya rara vez abandonó mis ojos.

Desde Vithal Wadi en Poona, Krishnaji y Rajagopal se trasladaron al Valle de Rishi. La escuela se había reabierto bajo la dirección de Pearce, el viejo teósofo y educador. Este se había rodeado de un grupo de jóvenes y empeñosos maestros. El Valle de Rishi estaba situado en el cinturón carencial de Rayalseema, Andra Pradesh. La tierra era árida. Miss Payne había cavado pozos, pero los árboles aún tenían que plantarse -los miles de árboles que con los años habrían de convertir este valle en un oasis en medio de la tierra árida. Los cerros cercanos estaban formados por piedras y rocas de un tamaño inmenso. Desgarrados y deformados por el tiempo y los vientos, habían adoptado formas esculturales; los enormes pedruscos se balanceaban precariamente sobre rocas que se contaban entre las más antiguas del mundo. Las salidas y puestas del sol eran paletas de colores azafrán y amatista; el aire transparente se hallaba libre de polvo. A pesar de la pobreza del suelo y de la población escasa, el área que se extendía desde Anantpur en un extremo y Tirupati en el otro, estaba salpicado de santuarios para los *siddhas*. (Los *siddhas* o *sittars*, como se les conoce en la India del sur, incluyen a los alquimistas del budismo y a los magos despertadores del *kundalini*, poseedores de una íntima relación con plantas y minerales. Haciendo frente a las invasiones, habían escapado de los monasterios budistas de Vikram, Sila y Nalanda, buscando refugio en Andra. Pradesh y Tamilnadu). Madnapalle se encontraba a veinte kilómetros de distancia de la escuela.

En el corazón del Valle de Rishi se levantaba, como si fuera un templo, una antiquísima higuera de Bengala; sus raíces habían formado columnas, las ramas albergaban a los monos, y en la depresión que había en la base residían las cobras. Alrededor del árbol habían construido una plataforma; los niños bailaban entre los numerosos troncos y se escondían en los agujeros. Los pájaros eran escasos, porque aún tenían que plantarse los árboles que habrían de atraerlos.

A la escuela sólo asistían treinta niños, pero los problemas del lugar habían sido inmensos. Los maestros sostenían largas discusiones sobre el papel de la autoridad, la libertad y el orden. No había posibilidad de solución, porque los problemas eran vivientes, fluían, estaban en movimiento; y las mentes de los participantes tenían que moverse, inquirir, observar con la misma rapidez que el problema y sus múltiples matices. Mientras tanto, las informaciones sobre los conflictos que se estaban suscitando en Rajghat habían llegado hasta Krishnaji, quien envió un telegrama a Achyut, que se encontraba en Vithal Wadi, pidiéndole que viniera al Valle de Rishi para verle.

Achyut respondió rápidamente al telegrama de Krishnaji y arribó al Valle de Rishi. Llevándolo aparte, Krishnaji le sugirió a Achyut que trabajara en Rajghat, Varanasi. Las tierras al otro lado del río Varuna estaban sin uso. Adquiridas para iniciar algunos proyectos de investigación agrícola, la ausencia de trabajadores había hecho que las tierras permanecieran improductivas. Sanjeeva Rao y el Pandit Iqbal Narain Gurtu, ambos íntimos colaboradores de la Dra. Besant -que en su momento abandonaron la Sociedad Teosófica junto con Krishnaji habían ejercido dominio en el Rishi Valley Trust desde el principio. Estaban envejeciendo, y se necesitaban iniciativas nuevas. Krishnaji le dijo a Achyut que tendría que trabajar muchísimo; había que fundar instituciones, las tierras tenían que protegerse. Pero ésa no era ni debía ser la razón de que Achyut fuera a Rajghat.

La mente de Achyut, dijo Krishnaji, estaba llena hasta el tope con el síndrome del trabajo social. Era algo que llevaba en la sangre.

"Sáquelo de su sangre. El movimiento profundo del cambio tiene que estar en el centro. A menos que el centro cambie, todo trabajo social es inútil. Nunca pierda de vista esto mientras se encuentre en Rajghat. No permita que el trabajo le abrume y oscurezca su función fundamental, que es cambiar totalmente en el centro. Tiene que haber ahí una eterna vigilancia de la mente".

Achyut accedió a ir. Las palabras de K habían calado profundamente en él. Veía la inmensidad de Krishnaji como maestro; pero para Achyut, con su trasfondo socialista, la enseñanza de Krishnamurti no podía ser para unos pocos. Sentía que la presencia de K tenía que impregnar el suelo de Rajghat. Era un suelo sagrado -el Buda había

caminado allí. Krishnaji había estado de pie observando la salida del sol en la curva del río, el punto sagrado donde el Ganges iniciaba su viaje hacia el norte de regreso a su fuente. Esta cualidad de lo sagrado que residía tras la palabra de Krishnaji, la desbordante compasión, tenía que comunicarse no-verbalmente al aldeano, al pescador, al tejedor, al campesino que cultivaba la tierra sagrada del Ganges. La mente de Achyut, educada políticamente, veía que sin esto no podía haber estabilidad en Rajghat y que no era posible trabajo alguno con la enseñanza. La vida política de Achyut y su trasfondo eran legendarios. Preparado para usar la violencia a fin de ganar la libertad, había pasado por todas las acciones internas y externas del revolucionario. Su nombre resonaba con la pasión y el fuego de la lucha por la libertad. Y ahora el *vira*, el guerrero, se había puesto en espíritu la túnica azafranada -una inversión de papeles que intrigó al Pandit Jawaharlal Nehru y a muchos de sus camaradas socialistas. No podía haber un material más excelente que Achyut para trabajar en las aldeas de la India.

Achyut fue a Rajghat. Desde el primer momento estuvo completamente insatisfecho con la mediocre escuela para niños de la clase media que manejaba el Trust; por eso decidió trabajar a fin de establecer un hospital rural que abasteciera las necesidades de las aldeas del área circunvecina. Esta fue la primera respuesta social de Achyut al establecimiento de un centro religioso. El me dijo que "fue un gesto de amistad incondicionalmente asequible para los pobres y necesitados". Más tarde, el Dr. Kalle, un F.R.C.S. (Miembro del Colegio Real de Cirujanos, un prestigioso título en Inglaterra), ser humano profundamente compasivo, se unió a Achyut para trabajar en el hospital.

Achyut, como todos los de la India, sentía un amor intenso por la tierra. Para él era la madre. De modo que hacia ella se volvió la mente de Achyut. El suelo del Ganges era rico, las cosechas pobres. Las rapiñas y la ausencia de todo cuidado estaban empobreciendo la tierra. Esta había sido desatendida y saqueada. Achyut formuló planes para establecer la escuela agrícola destinada a los hijos de los campesinos Sir V.T. Krishnamachari, vicepresidente de la Comisión de Planeamiento, se mostró muy receptivo a la propuesta de Achyut. Pronto nació la escuela agrícola al otro lado del río Varuna; cercaron la tierra y excavaron pozos de agua. Achyut vivía ahí en una pequeña cabaña, sin electricidad y con servicios sanitarios muy primitivos. Su principal compañero era el Dr. Kalle, quien habitaba una cabaña al otro lado de la carretera. Fue el Dr. Kalle, con la ayuda de Achyut, quien habría de establecer el Centro Médico y un Hospital para los pobres que vivían en las aldeas que rodeaban a Rajghat.

Para Achyut, fundar la Escuela Agrícola fue un acto simbólico, un modo de atestiguar que la tierra, la antigua tierra sagrada, el río, el ciclo de las estaciones, estaban vivos, que la santidad se estaba restableciendo. Kasi, la más antigua y más sagrada de las ciudades de la India, era el suelo en el cual yacía latente la semilla de la renovación. Había aguardado por siglos la llegada del Maestro. La voz de Krishnamurti se escuchaba de nuevo, y la semilla latente respondía.

Por esta época, el Dr. Ram Dhar Misra, un matemático que había dirigido el departamento de matemáticas en la Universidad de Lucknow, se unió a Achyut en su trabajo. Ram Dhar Misra era soltero, y había decidido renunciar a su profesión para convertirse en un monje budista. Al conocer a Achyut y enterarse de las enseñanzas de Krishnamurti, abandonó su decisión de vestir la túnica y vino a Rajghat. Compartió la pequeña casa con Achyut. Y cuando el Dr. Kalle fundó el hospital, el Dr. Misra trabajó como su asistente, lavando heridas, vendando a los pacientes. Ninguna tarea era demasiado servil; su papel consistía en facilitar que el hospital funcionara de todas las maneras posibles. Austero, erudito en matemáticas y en los textos sagrados de la India, tenía una estrecha afinidad con las cosas que crecían árboles, arbustos, o la hierba floreciente. Era muy fastidioso en relación con la comida, y frecuentemente invitaba a sus amigos para un desayuno en Varanasi, compuesto por *jalebis* (suculentos dulces llenos de almíbar), *kachoris* (pasteles de trigo rellenos de sabrosos vegetales), y deliciosos guisantes frescos que él cocinaba con delicadeza.

Fue por esos días que Vinoba Bhave, uno de los lugartenientes más fieles de Gandhiji, fundó el movimiento Bhoodan. Inició el *pada yatras*, un peregrinaje, yendo a pie de aldea en aldea, pidiendo a los hacendados que donaran tierras para los pobres que no las poseían. El movimiento estaba en armonía con el carácter distintivo de la India, donde la conducta quijotesca, la santidad, el sacrificio y los gestos de rectitud, se hallaban entrelazados de manera inextricable en el telar de la tradición y de la acción social.

Un vasto número de jóvenes, destrozados anímicamente por el asesinato de Gandhiji y no sabiendo hacia dónde volcarse, siguieron a Vinoba Bhave. "*Sarva bhoomi gopal ki*, todas las tierras pertenecen a Dios", cantaban sus discípulos. Vinobaji, el enjuto, huesudo y barbado asceta, recorría los senderos polvorientos de la India aldeana, comiendo frugalmente, no pidiendo nada para sí mismo. Sólo en la India era posible tener el aspecto que uno quisiera, sin cohibición alguna. De hecho, la excentricidad se consideraba inseparable de la santidad. Durante algún tiempo, el movimiento Bhoodan hizo explosión en la India. Sus ondas se sintieron en todas partes. Primeros Ministros e intelectuales, pobres y ricos, recorrían a pie grandes distancias para ver al santo de Paunar, una aldea de Maharashtra donde Vinobaji tenía su *ashram*. Rao Sahib y Achyut Patwardhan fueron profundamente conmovidos por el movimiento Bhoodan. Sentían que Vinoba estaba introduciendo una nueva actitud revolucionaria y no violenta hacia la pobreza. Desde los tiempos más remotos, la aldea de la India había estado

entregando su generosidad, su esfuerzo y su destreza, a los habitantes de la ciudad. Achyut sentía que el proceso tenía que revertirse.

En cierto sentido y mediante su labor en Rajghat, Achyut estaba tendiendo un puente entre el impacto de las enseñanzas de Krishnaji con las respuestas condicionadas de su propio trasfondo social por un lado, y el impacto inmediato de Vinoba Bhave por el otro.

Krishnaji llegó a Bombay con Rajagopal, a principios de 1953. Se alojaron con Ratansi Morarji en Carmichael Road. La atmósfera afectiva de aquellos primeros días había desaparecido. Krishnaji permanecía apartado y pasaba mucho tiempo solo en su habitación. Su risa se escuchaba raramente, pero desde la habitación de Krishnaji llegaba a menudo la voz irritada y enfurecida de Rajagopal.

Krishnaji estaba concediendo un gran número de entrevistas, recibía a *sanyasis*, estudiantes, hombres y mujeres agobiados por el dolor y el aislamiento de la vejez. Ofrecía pláticas en el complejo de la J.J. Escuela de Arte; había comenzado discusiones con pequeños grupos, pero ya no venía como antes a sentarse por las mañanas y las tardes en la sala de estar. Los cantos en los que Krishnaji había participado también terminaron. Rajagopal parecía determinar lo que Krishnaji podía o no podía hacer. Por entonces, Rajagopal era muy amigo de Jamnadas Dwarkadas, quien con su ardiente amor y devoción por Krishnaji, reaccionó fuertemente y con ira ante las insinuaciones de Rajagopal. Jamnadas jamás nos contó lo que Rajagopal le había dicho, pero sugirió que había acusado amargamente a Krishnaji. Rajagopal se mostraba amigable conmigo, pero teníamos largas disputas con respecto a las publicaciones, organizaciones y cosas por el estilo. A veces discrepábamos con pasión. Yo no estaba acostumbrada a las actitudes de reserva en las instituciones públicas. Rajagopal era arrogante y rehusaba contestar preguntas. Quería saberlo todo, pero no estaba dispuesto a revelar nada. Le dije que no podía trabajar con él en estos términos.

Sin embargo, las pláticas públicas de Krishnaji no mostraban huella alguna del remolino que giraba a su alrededor en la residencia de Ratansi.

Por esos días tuvo lugar un incidente que habría de soltar la flecha de las causas que finalmente condujeron a una completa ruptura entre Krishnamurti y Rajagopal. El fastidio que le ocasionara Rajagopal y las escenas que tenían lugar todos los días, indujeron a Krishnaji a decir algo que afectaba la integridad personal de Rajagopal. Habiéndolo dicho, Krishnaji se dio cuenta de todas las implicaciones que ello tenía. Esta es la única vez que he visto a Krishnaji sumido en una profunda angustia.

Nos pidió que lo lleváramos en automóvil a la playa de Worli. Caminamos a lo largo de la costa; la marea estaba baja y soplaba un viento muy fuerte. En aquellos días la playa de Worli se encontraba desierta. Krishnaji caminaba adelante, lejos de nosotros, completamente silencioso, apartado. De pronto se detuvo y nos esperó. Volviéndose de frente a nosotros, permaneció así por un rato, después cruzó las manos sobre el pecho y dijo. “Mea culpa”. Él sabía que comprendíamos. Luego, como viniendo desde una gran distancia, escuchamos su voz: “Las palabras han sido dichas, la flecha ha sido arrojada, nada puedo hacer al respecto. Ella encontrará su blanco”. Nunca más volvió a referirse al incidente.

Durante los días que siguieron, las pequeñas discusiones y las pláticas comenzaron nuevamente. Krishnaji hablaba sobre la necesidad de que uno se estableciera en cualquier estado interno que pudiera surgir en un momento dado -odio, ira, codicia, afecto, generosidad. “¿Es posible”, preguntaba, “permanecer completamente en tales estados sin movimiento alguno de la mente para escapar de ellos, ni para cambiarlos o fortalecerlos?”

Krishnaji decía que era esencial formular preguntas fundamentales; éstas raramente surgían de manera espontánea. La mente, ocupada en lo trivial, rara vez se detenía para formular la pregunta fundamental. Y cuando lo hacía, siempre tenía la respuesta fácil que emergía desde lo que la mente ya había experimentado.

“Se nos ha educado para combatir las emociones fuertes; la resistencia les da fuerza y las nutre. ¿Es posible preguntar, buscar las preguntas, sin movimiento alguno de la mente? ¿Puede uno formular la pregunta fundamental y dejarla en la conciencia -permanecer con ella sin permitir que la atención se aparte de ahí? ¿Sostener la pregunta o el problema de modo que comience a abrir sus pétalos revelándose a sí mismo -bajo la luz de la atención de tal manera que al florecer en plenitud pueda llegar completamente a su fin?”

En 1953, el sobrino de Krishnamurti, G. Narain, vino a verle en Bombay. Hijo del hermano mayor de Krishnaji, Narain había finalizado su M.A. (En EE.UU., un grado académico (Master of Arts) entre la licenciatura en letras y el doctorado. N. del T.) y estaba habilitado para ejercer la abogacía. Krishnaji llevó a Narain a su habitación. Atardecía, y Krishnaji abrió las ventanas de modo que el sol poniente penetrara en la habitación iluminando su rostro. Le preguntó a Narain qué pensaba hacer. Narain vacilaba, y Krishnaji sugirió que fuera a enseñar en el Valle de Rishi. Narain contestó que lo pensaría. Esa noche, Narain me dijo que sentía todo su cuerpo cubierto con una luz azul, tibia y bella. Luchó y la apartó de sí, pero media hora después estaba ahí nuevamente. Narain percibió que esta experiencia había borrado todos sus problemas. En junio de 1953 fue al Valle de Rishi, primero como maestro y más tarde como vicedirector.

Desde el Valle de Rishi Narain fue a Oxford para graduarse como M.A. en educación. Después de un año se reincorporó al Valle de Rishi, pero más adelante viajó al extranjero. Enseñó por algunos años en una de las escuelas Rudolph Steiner. Profundamente interesado en el budismo, mantenía contacto con muchos practicantes budistas de Inglaterra. Ante un pedido de Krishnaji, regresó a la India en 1978 y asumió la dirección de la Escuela del Valle de Rishi.

Krishnaji fue a Varanasi con Rajagopal a fines del invierno de 1953. Kitty y Shiva Rao estaban lejos en los EE.UU., y Krishnaji me escribió preguntándome si él y Rajagopal podían alojarse en nuestras habitaciones del Delhi Gymkhana Club, uno de los últimos remanentes del pasado colonial de Delhi. Krishnaji y Rajagopal pararon ahí por una noche en camino a Rajghat, Varanasi, donde Krishnaji ofreció quince pláticas a los niños de la Escuela de Rajghat.

Las pláticas constituían un reto para Krishnaji tenía que descubrir palabras con las cuales pudiera expresarse y hacerse entender por los niños que hablaban el inglés con dificultad. Se comunicó con ellos acerca de los complejos problemas de la autoridad, el miedo, el dolor y la muerte. Las pausas de Krishnaji, su intensidad de atención, su percepción abarcadora, tocaban en profundidad la mente de los niños más jóvenes. La voz de Krishnaji era suave, sus palabras vacilantes; sonreía con el corazón y con los ojos, y los niños escuchaban en silencio.

Hablando el 4 de junio de 1954, dijo: "La educación no es sólo hasta que uno cumple veintiún años, sino hasta que uno muere. La vida es como un río, se halla siempre en movimiento, activa, jamás está quieta. Si uno se detiene en una parte del río y piensa que comprende, entonces eso es como detenerse en aguas muertas. Porque el río pasa junto a nosotros, y si no podemos fluir con él, nos quedamos atrás. ¿Puede uno observar los movimientos del río? ¿Puede uno ver las cosas que ocurren en la orilla del río, puede uno comprender, enfrentarse a lo que es la vida?

"Al hablar con suma sencillez del miedo, reveló todas sus complejidades. Examinó así los temores que se agolpan en la mente de un niño. Habló de la naturaleza del miedo y del castigo, de la necesidad de inteligencia. Viendo y percibiendo la clase de familias conservadoras de las cuales provenían los niños, examinó las palabras "conservar", retener, guardar. Ahondó en la palabra "tradición". ¿Qué había ahí que fuera respetable? Dijo: "Si lo investigan muy profundamente, verán que ella surge del temor a equivocarse".

"¿Por qué no equivocarse?", preguntó. "¿Por qué no descubrir? Las personas mayores no han creado un mundo bello, están llenas de oscuridad, miedo, corrupción, compulsiones; no han creado un mundo bueno. Y tal vez si ustedes estuvieran libres de temor dentro de sí mismos y pudieran afrontar el temor en otros, el mundo sería por completo diferente".

"¿Qué es el dolor?", preguntó un niño de diez años. Krishnaji se volvió con angustia hacia los maestros y dijo: "¿No es algo terrible que un niño pequeño pregunte eso?" Luego le habló al niño de la comprensión del dolor, del miedo. "No puedes evitar el dolor o escapar de él. Tienes que comprenderlo. Y la función del maestro es ayudarte a que lo comprendas".

Una niñita preguntó: "¿Qué es Dios?", y Krishnaji dijo: "Al contestar esta pregunta le hablamos a la niñita, y también a las personas mayores, a los maestros que tendrán la gentileza de escuchar. ¿Han observado ustedes una hoja bailando bajo el sol, una hoja solitaria? ¿Han observado la luz de la luna sobre el agua, han visto la luna roja de la otra noche? ¿Han reparado en el vuelo de un pájaro? ¿Aman ustedes profundamente a sus padres? No hablo del temor, de la ansiedad, de la obediencia, sino del sentimiento, de la gran simpatía que experimentan cuando ven a un mendigo, o un pájaro que muere, o cuando ven un cuerpo que creman en la orilla del río. ¿Pueden ver todo esto y tener simpatía y comprensión por el rico que pasa en sus grandes automóviles, o por el pobre pordiosero, así como por el pobre caballo *ekka* que es casi un esqueleto andante? ¿Podemos tener el sentimiento de que esta tierra es nuestra -de ustedes y mía para que hagamos de ella algo hermoso?

"Entonces, detrás de todo esto hay algo mucho más profundo. Pero para comprender aquello que es profundo y está más allá de la mente, la mente tiene que estar libre y quieta. La mente no puede estar quieta si no comprendemos el mundo que nos rodea. Por lo tanto, tienen ustedes que comenzar cerca, tienen que comenzar con las cosas pequeñas en vez de tratar de averiguar qué es Dios".

En una de las pláticas explicó la necesidad de que el niño permaneciera quietamente sentado. "Las personas mayores, cuanto más pasan los años, más nerviosas, intranquilas y agitadas se vuelven. No pueden sentarse en silencio".

Les dijo a los niños cómo impedir que la mente se volviera imitativa; cómo la mente misma es la que crea la tradición, que es la vía de la imitación. "¿Puede estar libre la mente?" preguntó. "No libre de la experiencia, sino libre para experimentar. La libertad llega cuando la mente experimenta sin la tradición".

En su última plática a los niños, habló de la religión. "La religión llega cuando la mente ha comprendido su propio funcionamiento, cuando la mente está tranquila, muy quieta -la quietud no es la paz de la muerte; esta quietud es muy activa, muy alerta, vigilante. Para descubrir qué es Dios, qué es la Verdad, uno tiene que

comprender el dolor y la lucha de la existencia humana. Para ir más allá de la mente, tiene que haber una cesación del sí mismo, del "yo". Sólo entonces surge aquello que todos adoramos y buscamos".

En Varanasi le preguntaron a Krishnaji qué haría para crear una escuela que reflejara sus enseñanzas. Contestó: "Ante todo tiene que haber una atmósfera de inmensidad. Tengo que sentir que estoy entrando en un templo. Tiene que haber belleza, espacio, quietud, dignidad. Tiene que haber un sentido de totalidad en el estudiante y en el maestro; un estado de floración, de florecimiento, un sentimiento extraordinario de lo sagrado. Tiene que haber veracidad, ausencia de miedo. El niño tiene que estar en contacto directo con la tierra, tiene que existir en él una cualidad de 'lo otro'".

"¿Cómo crea uno esto de manera concreta?"

"Yo investigaría el sistema de enseñanza, la cualidad de la atención", respondió Krishnaji "Vería cómo se puede enseñar al niño para que aprenda sin que la memoria sea predominante. Le hablaría de la atención y no de la concentración. Averiguaría el modo en que el niño duerme, cuál es su alimentación, cuáles son sus juegos, los muebles que tiene en su habitación; vería que el niño estuviera atento a los árboles, a los pájaros, a los espacios que hay alrededor de él. Me encargaría de que creciera en una atmósfera de atención".

Capítulo XVII

"LA MENTE PARECÍA EXPANDIRSE SIN FIN"

En marzo de 1955 se había decidido que, antes de regresar a Europa, Krishnaji descansara por un mes en Ranikhet, una estación en los cerros de los Himalayas. Durante los años del gobierno británico, Ranikhet, en las cadenas Kumaun de los Himalayas, había sido un puesto militar -no habilitado para los civiles. Las casas, como todas las residencias construidas por los ingleses en las estaciones serranas, eran copias nostálgicas de las casas campestres de Inglaterra -cobijadas entre jardines repletos de flores fragantes y altísimos pinos y cedros. Los árboles estaban impregnados con el vaho y el intenso perfume de la resina. A lo largo del borde del camino se habían plantado arbustos floridos, que en el verano se veían encendidos de pimpollos.

Desde Ranikhet se extendía la ruta hacia los puntos sagrados de peregrinaje, profundamente enclavados en la cordillera de los Himalayas -a Kedarnath y Badrinath, las residencias de Shiva y Vishnu en los Himalayas; a las fuentes de los ríos Ganges y Jamuna; y a Kailash y Manasarovar en el Tíbet. Kailash, de forma cónica, era una montada inaccesible debido a las nieves, y había sido la morada de Shiva después de que éste fuera aceptado en el panteón brahmínico. En un lado de la montaña estaba Manasarovar, el lago con aguas de color azul celeste donde residían mitológicos cisnes dorados, los *hamsa*. El sonido del nombre del cisne resonaba con los silencios del cosmos y con la inspiración y expiración del *prana*, la fuerza vital. Del otro lado de la montaña estaba Raksasa Tal, un lago de aguas oscuras y amenazadoras. Los dos lagos simbolizaban los dos aspectos de Shiva y de la mente -la turbulencia y la quietud total.

En un día claro, desde Ranikhet podía verse una vasta extensión de picos de los Himalayas coronados de nieve. Tenían nombres sagrados: Trisul, Neelkanth, Nandadevi, Nandakhot. El amanecer y el crepúsculo, el ardiente sol del mediodía, la luna llena en las noches... todo revelaba la cambiante luz y sombra en sus aspectos imponentes e inmutables. Eran los profetas eternos, los guardianes de la tierra y la fuente de vida de los ríos.

Achyut había viajado a Ranikhet y encontró una casa, Ardee, para que Krishnaji la habitaran. Se hicieron los arreglos para que mi marido llevara a Krishnaji en automóvil desde Delhi hasta las alturas de Ranikhet. Krishnaji había estado sosteniendo pláticas y discusiones en Bombay, y se decidió que viajara a los cerros el 18 de marzo. Sin embargo, estando en Bombay cayó enfermo con mucha fiebre. Deliraba; no podía soportar el ruido y su cama tuvo que trasladarse a la sala de estar. El Dr. Nathubhai Patel, un médico eminente, examinó a Krishnaji y determinó que tenía vermes por haber ingerido alimentos crudos. El sensible cuerpo de K había reaccionado con violencia y la vejiga y el conducto urinario estaban inflamados. No obstante, con el tratamiento Krishnaji se recobró rápidamente. En la tercera semana de marzo nos encontrábamos en Delhi y el día 28 estábamos listos para dirigirnos a las montañas.

Kitty Shiva Rao había dispuesto que uno de sus sirvientes, Diwan Singh, y Tanappa, subieran desde Rajghat a Ranikhet y prepararan la casa para Krishnaji. Había que viajar algo más de doscientas millas. Como Krishnaji no podía soportar el calor, salimos a las 5 de la mañana.

Krishnaji se sentó en el asiento delantero con mi esposo que manejaba, y Madhavachari y yo nos sentamos atrás. El aire tempranero de la mañana era fresco, y cubrimos la mayor parte del viaje hasta el pie de los cerros, antes de que el sol se tornara demasiado caliente. Krishnaji siempre había sido un buen conductor. Su amplia percepción podía sentir el peligro antes de que ocurriera algún choque catastrófico. Pero como conductor acompañante era muy fastidioso. Durante todo el viaje estuvo dándole instrucciones a Jayakar para que hiciera esto y no hiciera aquello, advirtiéndole de los peligros próximos. Varias veces mi esposo le sugirió a Krishnaji que se sentara atrás con nosotros, pero él tenía el propósito de permanecer donde estaba.

Madhavachari y yo comenzamos a discutir diversos problemas vinculados con el conocimiento propio. Habíamos estado ascendiendo firmemente; el panorama mostraba saltos de agua, empinados desfiladeros y laderas cubiertas de rododendros. Mirábamos la vegetación cambiante, las rocas y los precipicios, los rápidos torrentes. Estábamos hablando de la percepción alerta, deteniéndonos en minucias acerca de su naturaleza, cuando de pronto sentimos una sacudida. No le prestamos atención y seguimos conversando. Pocos segundos después Krishnaji se volvió y nos preguntó qué estábamos discutiendo. "La percepción alerta", contestamos, e inmediatamente comenzamos a hacerle preguntas al respecto. Él escuchó, nos miró burlonamente, y después preguntó: "¿Se dieron cuenta de lo que acaba de suceder?"

"No"

"Atropellamos una cabra, ¿no lo vieron?"

"No".

Entonces, con mucha gravedad dijo: "¡Y estaban discutiendo la percepción alerta!" No se necesitaba más palabras. Fue devastador.

La casa en Ranikhet estaba entapizada con enredaderas, el jardín cubierto de hierbas, pero la residencia se hallaba rodeada de cedros y pinos. La penetrante frescura de la resina impregnaba las habitaciones, Todo estaba intensamente quieto con el silencio que existe en casas solitarias situadas en los bosques.

Mi esposo y yo regresamos a Delhi después de pasar la noche. Madhavachari tenía que ir a Madrás y nos acompañó en el regreso. Achyut permaneció por unos días con Krishnaji.

K salía solo para hacer largas caminatas. Se extraviaba a veces entre los bosques de pinos y cedros, pero instintivamente encontraba su camino a la casa, Los árboles contra el fondo de los Himalayas eran una delicia, El nos habló de estos picos que se extendían desde Nepal hasta las cuevas de Badrinath: "Estaban a sesenta millas de distancia, con un vasto valle azul entre ellos y nosotros, y se extendían por más de doscientas millas. Cubrían el horizonte de un extremo a otro. Las sesenta millas que se interponían parecieron desaparecer, y sólo existían esa fuerza y esa soledad. Estos picos, algunos con más de 25.000 pies de altura, tenían nombres divinos porque los dioses vivían allí, y los hombres llegaban hasta ellos desde grandes distancias para adorarlos y morir.

"La mente parecía abarcar el vasto espacio y la distancia infinita, o mejor dicho, parecía expandirse sin fin, y detrás y más allá de la mente había algo que contenía en sí todas las cosas".

Después cuestionó sus propias percepciones: "Aquello que está más allá de toda conciencia no puede ser pensado o experimentado por la mente. Pero, ¿qué es, entonces, aquello que lo ha percibido y se da cuenta de eso que es por completo distinto de las proyecciones de la mente? ¿Quién es el que experimenta eso? Obviamente, no es la mente de las respuestas, de los impulsos y los recuerdos cotidianos.

"¿Existe otra mente?" se preguntó a sí mismo. "¿Hay una parte dormida de la mente que sólo puede ser despertada por aquello que es único y está más allá de toda mente? Si así fuera, entonces dentro de la mente siempre hay algo que está más allá de todo tiempo y pensamiento. Y sin embargo, no puede ser, porque sería sólo pensamiento especulativo y, por tanto, otra invención de la mente".

Puesto que la inmensidad no nace del proceso de la mente, ¿qué es, entonces, lo que se da cuenta de ella? ¿Es la mente como el experimentador la que se da cuenta, o es esa inmensidad la que se percibe a sí misma porque no existe un experimentador? Solamente aquello existía, y aquello se percibía a sí mismo sin medida. No tenía principio ni palabra"[1].

Por la tarde, Krishnaji se sentó delante del fuego y le pidió a Achyut que le enseñara algo de sánscrito. Achyut comenzó leyendo el *Mandukya Upanishads* con Krishnaji. El *Upanishads* que revela el sonido *Om* (También, *Aum*) -un sonido totalmente vocal en el que no hay consonantes. El sonido *om* que reverberan en el universo y en las cavernas del corazón cuando todo otro sonido ha llegado a su fin.

Achyut preguntó: "¿Qué hay de malo en el canto del Om si la mente está en silencio?"

"¿Está su mente en silencio?"

"En ese segundo cuando recitábamos, el 'yo' estaba ausente", dijo Achyut.

La respuesta de Krishnaji negó todas las anclas y soportes: "Lo que usted hace involucra al tiempo. Aquello no tiene nada que ver con el tiempo. El tiempo nunca puede conducir a lo otro".

Después de unos cuantos días Achyut regresó a la llanura, y Krishnaji se quedó solo en Ardee. Una serie de cartas a mi esposo, revelan el meticuloso cuidado que Krishnaji dedicaba a su vestimenta. Siempre tuvo un sentido apasionado por el color y la textura. Le encantaban las ropas tejidas a mano. En la India vestía con elegante sencillez, llevando un *kurta* que le llegaba hasta debajo de las rodillas, y pijamas sueltos. Para el calor se ponía una chaqueta o un *choga*. Tenía varias de estas prendas hermosas de lana, obsequio de Mrs. Besant, confeccionadas con *tus* de lana de Kashmir en cálidos y dulces tonos castaños.

En 1948 y por varios años que siguieron, sólo vistió de blanco. Pero más tarde prevaleció su amor por los colores de la tierra usados por los mendicantes de la India. Los amigos le trajeron telas de algodón tejidas a mano, y los espesos y toscos *kurtas* de lino hechos con los restos que quedan una vez que el hilo ha sido devanado, cuyos colores iban desde el crema intenso al ocre oscuro y a los tonos que acostumbran vestir los monjes budistas.

Viviendo solo, con una cocinera que cuidaba de sus necesidades, Krishnaji se repuso por completo. Salía a dar largos paseos, conversaba con los picos nevados, observaba, escuchaba al mundo interno y al mundo que lo rodeaba. Cierta vez nos contó una historia relacionada con uno de los monos langures de cara blanca que en gran cantidad solían columpiarse en las copas de los árboles que rodeaban Ardee. Una mañana se encontraba escribiendo en su habitación, la ventana estaba abierta. De pronto tuvo la sensación de que unos ojos lo observaban resueltamente. Miró hacia arriba y descubrió a un mono maduro sentado en el antepecho de la ventana, el cual miraba con intensidad hacia el interior de la habitación. Krishnaji se levantó y caminó hasta donde estaba el mono. Cuando estuvieron frente a frente, el mono extendió una mano. Krishnaji la tomó y el mono dejó que la retuviera. Había una completa confianza. Krishnaji describe el contacto de la mano como firme e infinitamente suave a pesar de las callosidades que se habían formado por el trepar de rama en rama. Permanecieron durante

unos minutos con las manos tomadas, y después el langur trató de entrar en la habitación. Krishnaji lo empujó hacia atrás, suavemente pero con firmeza, y cerró la ventana.

Capítulo XVIII

"¿PUEDE HABER ACCIÓN SIN CONSECUENCIA?"

El invierno de 1955 encontró a Krishnaji en Varanasi. Había llegado ahí desde Sydney junto con Rosalind. Su sorprendente, pasmosa belleza había desaparecido. El rostro se veía avejentado, el cabello se estaba poniendo gris.

Se preguntó a sí mismo en voz alta: "¿Qué es la acción sin consecuencia?" Por tres días investigó la pregunta negándose a permitir ninguna respuesta inmediata, dejando que la pregunta misma se desplegara, que liberara la energía contenida en ella. No abandonamos la pregunta, y durante las reuniones de discusión nuestras mentes investigaban con él. Rehusó permitirnos que contestáramos según el *Gita* o los libros sagrados. Para él, la pregunta tenía que evocar su propia respuesta. Y aun así, cada respuesta que provenía del pasado o del presente, era una consecuencia, y el futuro proyectado también era una consecuencia.

Preguntó: "¿Puede haber acción sin consecuencia? ¿Pueden el pasado y el futuro reunirse en el presente y extinguirse? El error del pasado fue una consecuencia, mi acción sobre eso es una consecuencia; y, sin embargo, tiene que existir una acción sin consecuencia". Siguió explorando. Abordó nuevamente la pregunta, dejando que surgieran todas las sugerencias en torno de la misma, percibiendo las respuestas sin condenarlas ni justificarlas, y, por ende, negándolas. Toda investigación era tentativa, había una ausencia total de cualquier manifestación afirmativa.

Entonces súbitamente, al tercer día, como si hubiera existido una revelación, Krishnaji dijo: "¿Puede uno vivir sin un concepto de sí mismo? ¿Puede uno vivir sin reflejar la imagen propia? Sólo en eso hay acción sin consecuencia".

"¿Qué implica eso?", preguntamos.

"Vivir sin concepto alguno acerca de sí mismo", respondió, "es estar lúcidamente atento a la constante proyección del yo; y ver eso es negarlo".

Otra mañana dijo: "Morimos a causa de enfermedad, vejez, suicidio. Morir es sumergirse en lo incognoscible, es un cercenamiento súbito, un olvido". Después preguntó con mucha gravedad: "¿Puede uno, mientras vive, penetrar en la morada de la muerte?"

Rosalind estaba visitando la India después de muchos años. Se encontraba con viejos amigos de los días de la Sociedad Teosófica y hacía nuevos amigos, entre ellos Malti Nauroji y Kawji Dwarkadas, hermano de Jamnadas y antiguo colaborador de Annie Besant Kitty Shiva Rao también se encontraba en Varanasi, y pasaban muchos días juntos. Sunanda Patwardhan había estado trabajando como secretaria de Krishnaji desde 1949 durante las estadías de K en la India. Viajaba con él por todo el país, tomando notas taquigráficas, mecanografiando sus cartas, asistiendo a las pláticas y discusiones. Rosalind gustaba de ella y le brindaba mucho afecto. Sin embargo, en la relación de Rosalind con Krishnaji, las tensiones se habían acentuado. Igual que con Rajagopal, la voz de ella se escuchaba a menudo reconviniendo a Krishnaji. Según él nos contó más tarde, al enfrentarse a la ira de ella, se volvía totalmente silencioso y pasivo. La escuchaba con precisión, profunda y extensamente, pero se negaba a responder. La incapacidad de Rosalind para provocar una respuesta de Krishnaji, la ponía furiosa. Era una confrontación sin oponente. El otro se había esfumado.

Con un interminable torrente de preguntas, Rosalind buscaba descubrir la "influencia" que había debajo del aparente cambio ocurrido en K. Por muchos años Rosalind había "dado por hecho" todo lo concerniente a Krishnaji, y ahora encontraba que *no había* un Krishnaji con el cual establecer contacto, o con el cual ella pudiera relacionarse.

Obstinadamente, Rosalind insistió en que Krishnaji accediera a viajar con ella para visitar las cuevas de Ajanta y Ellora. Malti Nauroji y Sunanda los acompañaron. Hacía mucho calor. El paisaje era desolado, las rocas de Deccan se fundían bajo el sol. Había poco verde para alivio de los ojos. Krishnaji sufría, y cuando regresaron a Bombay, la situación seguía siendo desagradable.

Krishnaji regresó solo a Delhi a principios de octubre de 1956. La belleza colmaba su ser. Después de muchos años, hablaba nuevamente en la ciudad capital, bajo un *shamiana* abierto, una carpa levantada en los terrenos del Constitution Club. Diplomáticos, *sanyasis*, burócratas, oficinistas, profesores y un pequeño número de jóvenes vinieron a escucharle.

Los jóvenes eran un puñado. A pesar de las matanzas que originó la partición, la euforia de la libertad continuaba en su cenit. El resplandor y la riqueza generados por el ingenio, y los artefactos de la ciencia y la tecnología, se estaban haciendo notar en la India. Las mentes jóvenes, respondiendo al estímulo de las inmensas explosiones nuevas del conocimiento occidental y a las oportunidades que brindaba la tecnología, no se interesaban en el conocimiento propio o en la perspectiva de largo alcance. Sólo lo inmediato y las nuevas posibilidades encendían esas mentes.

La generación más vieja segura sumergida en la esterilidad de las tradiciones muertas; con la desaparición de Gandhiji, sus partidarios se habían vuelto hacia Vinoba Bhave. Intrigados por el compromiso total de Rao Sahib y Achyut con Krishnamurti y sus enseñanzas, los seguidores de Gandhi habían empezado a asistir a las pláticas de K. El pequeño grupo de discusiones se había iniciado. Shankar Rao y Dada Dharmadhikari, dos miembros muy importantes del Sarva Seva Sangh, se hallaban presentes en todas las reuniones.

Shankar Rao Deo, madurado en la lucha por la libertad, estaba embebido en una tradición de austeridad. Altamente instruido, era uno de los seguidores semidesnudos de Gandhiji que se imponía a sí mismo disciplinas rígidas de ayuno y practicaba el *brahmacharya*, que incluye un voto de celibato total. Había estado en prisión varias veces, y lo habían puesto en la clase "C" -la más baja que se reservaba a los prisioneros. Los presos políticos puestos en la clase "C" tenían que vestir ropas de la prisión, ingerir comidas de la prisión, y no se les permitía leer diarios ni libros. Rebelándose contra las frecuentes injusticias, había protestado sometiéndose a un ayuno. Su negativa a romper el ayuno enfureció a las autoridades de la prisión, que lo colocaron en el triángulo castigándolo con azotes; cuando dejó la cárcel tenía cicatrices permanentes. Una fiera y apasionada urgencia por lo inexpresado encendía sus ojos; había puesto freno a sus sentidos mediante una severa austeridad; muy en lo profundo latían frustraciones y deseos insatisfechos, pasiones y ambiciones. Mientras estuvo en prisión, Shankar Rao Deo había entrado en estrecho contacto con Javdekar, un íntimo amigo de Tilak y de Bhagwat, (Bal Gangadhar Tilak era un brahmin intelectual, erudito, escritor y combatiente por la libertad. Una figura altamente venerada y respetada en Maharashtra, fue sometido a juicio por el gobierno británico bajo cargos de sedición, y encarcelado en las islas Andaman. Bhagwat era un filósofo, luchador por la libertad y editor de un importante periódico en Marathi, el *Lok Sakri*.) y asociado del Mahatma Gandhi desde 1920. Reconocidos como intelectuales en Maharashtra, eran versados en las más puras tradiciones del estudio. Fue con ellos que Shankar Rao Deo había leído los libros de Krishnamurti. Años más tarde, Javdekar y Bhagwat asistieron a las pláticas de K, pero nunca se acercaron a él personalmente. Sentían con mucha fuerza que Krishnaji expresaba, si bien en un lenguaje nuevo, toda la posición Advaita del Vedanta.

En 1948, Javdekar y Bhagwat escribieron en el *Lok Shakti*, un muy respetado periódico de Maharashtra, un artículo a seis columnas en el cual se proclamaba a Krishnamurti como un ser humano realizado. Los pandits de Maharashtra aceptaron a K en 1948; no fue sino hasta los años 70 que los pandits de Varanasi hicieron lo mismo. Con la aceptación de Krishnaji por Javdekar y Bhagwat, una corriente de pensadores de Maharashtra se sintieron atraídos hacia él. Veían en Krishnamurti a un maestro que, sin contradecir el pasado, había hecho añicos la tradición trascendiéndola. A través de él veían revelarse la verdad luminosa y eterna.

Shankar Rao Deo había estado en Nueva Delhi para las reuniones de la Asamblea constituyente de 1948. También había participado en las pequeñas discusiones que Krishnaji sostenía en esa época. En una de ellas, Krishnaji había estado discutiendo la violencia y el nacionalismo. Sobre esto, Shankar Rao Deo dijo: "Para comprender a Krishnaji, uno tiene que comprender el 'yo'. Krishnaji ha dicho: 'La comprensión del 'yo' involucra al tiempo y al espacio; la comprensión existe cuando se ha terminado el tiempo'"[1].

1956 fue el año del Buda Jayanti, y el gobierno de la India invitó a Su Santidad el Dalai Lama del Tíbet, para que visitara la India y recorriera los diversos lugares sagrados que se relacionaban con El Iluminado. Se le pidió a Apa Sahib Pant, un antiguo funcionario del Servicio Exterior quien por entonces era oficial político en Sikkim, que acompañara al Dalai Lama por todo el país. Viajaron en un gran tren con aire acondicionado y les acompañó un séquito numeroso.

Como jefe religioso y secular del estado tibetano, la vida del Dalai Lama estaba estrictamente atada al protocolo. Había sido siempre una figura misteriosa. En el Tíbet era raramente visible, excepto para unos pocos lamas, y vivía una existencia de rigurosa disciplina y meditación. Esta era la primera visita que un Dalai Lama hacía viajando fuera de ese enigmático país.

Cuando en diciembre llegó a Madrás, Apa Sahib Pant sugirió a la encarnación divina de veinte años de edad que visitara a Krishnamurti, quien entonces se alojaba en Vasanta Vihar. Apa Sahib le había relatado la vida de Krishnaji y la extraordinaria naturaleza de sus enseñanzas. El joven monje había comentado. "¡Un Nagarjuna!" (Referencia al sabio budista del segundo siglo, quien enseñaba la adhesión al "Sendero Mediano" y también el camino de la gran negación) expresando el vívido deseo de conocer a Krishnaji. Los que rodeaban al Dalai Lama estaban muy angustiados. Eso era algo que hacía trizas todo el protocolo. Pero el Dalai Lama insistió y se hicieron arreglos para la reunión.

Según palabras de Apa Sahib. "Krishnaji lo recibió [al Dalai Lama] sencillamente. Fue asombroso sentir el afecto eléctrico que destelló instantáneamente entre ellos". El Dalai Lama, dulcemente pero de manera directa, preguntó: "Señor, ¿en qué cree usted?", y entonces la conversación siguió en frases casi monosilábicas, puesto que era una comunicación exenta de retórica. El joven Lama se sentía en un terreno familiar, ya que Krishnaji le permitía "coexperimentar". En su viaje de regreso a Raj Bhawan, el Dalai Lama comentó: "Un alma grande, una gran experiencia"[2]. El Dalai Lama expresó también el deseo de volver a encontrarse con Krishnamurti.

Desde mediados de los años 50, Shankar Rao Deo se volvió una figura familiar en las pláticas de Krishnamurti; todos los inviernos visitaba Varanasi y se alojaba en la Sede del Sarva Seva Sangh, construida en la entrada a

Rajghat. Yo iba a verle con frecuencia acompañada por Rao Sahib Patwardhan y le encontraba ocupado en el *shram dan* -el don del trabajo que, junto con el don de la tierra, formaba parte de las enseñanzas del ermitaño Vinoba Bhave. Encontrábamos a Shankar Rao sentado durante horas con un bieldo de aventar, separando minúsculas piedritas del arroz. A mí me divertía verle ocupado en esta actividad aparentemente absurda, pero a Rao Sahib le parecía perfectamente apropiada.

Shankar Rao acostumbraba venir a escuchar las pláticas de K; asistía a las discusiones, y a veces se encontraba con K a solas. Krishnaji bromeaba con Shankar Rao, le hacía reír, señalaba el río y los árboles, hablaba de la belleza, del amor, de la naturaleza de la compasión, y lo colmaba de afecto. Shankar Rao escuchaba, poderosamente atraído por Krishnaji, pese a que todo su trasfondo se rebelaba contra las palabras de éste. Era incapaz de comprender la insistencia de K en la necesidad de amor, belleza y compasión. La actitud de K hacia la sensación y el deseo lo dejaba perplejo: "Escuche al deseo como escucha al viento entre los árboles", decía Krishnaji. El partidario de Gandhi, nutrido con ideas que exigían la destrucción del deseo, no sabía hacia dónde volverse ni qué decir, Shankar Rao encontraba difícil conciliar la enseñanza de Krishnamurti con los ideales de Gandhi.

La respuesta de Krishnaji a la decidida austeridad de Shankar Rao y a su dura negación de los sentidos, se reflejó más tarde en las pláticas que K ofreció en Bombay. En febrero de 1957 dijo: "Volver insensibles los sentidos a lo que es tempestuoso, contradictorio, conflictivo, doloroso, implica negar toda la profundidad y belleza y gloria de la existencia. La realidad nos exige la totalidad de nuestro ser, requiere un ser humano total, no uno cuya mente se halla paralizada. Existe una batalla constante entre 'lo que yo soy' y 'lo que yo debería ser'. Esta es la red del dolor en la que el hombre se encuentra atrapado. Refrenar nuestros sentidos es cultivar la insensibilidad. Aunque uno pueda estar buscando a Dios, su mente se embota".

En las pequeñas discusiones de grupo se exploró la naturaleza del ser y del devenir. Germinando en los oscuros escondrijos de la mente, "el deseo de devenir, de 'llegar a ser', es el suelo en el cual echa sus raíces el dolor". Para liberarse, la mente tiene que verse a sí misma como el resultado del tiempo -sólo en la energía del conocimiento propio es posible una verdadera investigación.

"En la quietud del descubrimiento de instante en instante, hay un movimiento asombroso que destruye la germinación en la mente. El conocimiento propio es la comprensión del devenir en uno mismo. La revolución religiosa es la cesación del devenir". En sus paseos vespertinos por la playa de Worli, nos habló del acto de escuchar, como "algo no premeditado ni calculado. Es una acción de la verdad, porque en ella hay atención total", y del silencio dijo que es "la fuente de toda creación". Después hizo una declaración primordial, que habría de encontrar nueva expresión en sus pláticas: "¿Puede haber un sentimiento sin pensamiento? ¿Pueden ustedes moverse con un sentimiento sin dirigir lo, sin buscar cambiarlo, sin decir que es bueno o malo? Inténtenlo".

Shankar Rao estuvo presente en las pláticas y en las discusiones del pequeño grupo. Sus conflictos y sus complejas reacciones parecieron intensificarse. Shankar Rao Deo era incapaz de vivir la vida con pasión y austeridad al mismo tiempo. En Bombay, Krishnaji preguntó: "Si usted supiera que está a punto de morir, ¿qué haría? ¿Puede vivir una hora completamente -vivir un día, una hora como si fuera a morir en la hora siguiente? Entonces, al estar viviendo plenamente en esta hora, hay una vitalidad enorme, una tremenda atención a todas las cosas. Uno mira surgir la vida, la lágrima, percibe la tierra, la cualidad del árbol. Percibe el amor que no tiene continuidad ni propósito. Entonces, en esta atención, descubre que el 'yo' está ausente. Es sólo así que la mente, al estar vacía, puede renovarse a sí misma".

En el invierno de 1956, Vimala Thakkar, una joven mujer devota de Vinoba Bhave, acompañó a Shankar Rao y Dada Dharmadhikari para ver a Krishnaji en Varanasi. Nacida en Maharashtra, le apasionaba hablar en público, y era una erudita en sánscrito y en los antiguos textos de la India. Desde su niñez estuvo apegada a una vida religiosa, y tuvo visiones de Krishna y otras experiencias místicas. En busca de un gurú, por algunos años había sido discípula de Tukroji Maharaj, un santo aceptado en Maharashtra, y más tarde lo había abandonado para unirse a Vinoba Bhave, con quien estuvo recorriendo las aldeas de la India. El predicar se volvió natural para ella. Se veía a sí misma como una mujer predestinada; esto le daba enorme energía, elocuencia y un gran empuje.

Krishnaji, percibiendo durante las discusiones la imagen que ella tenía de sí misma, le dijo: "No trate de experimentar la verdad a través de Shankara, Krishna, Gandhi o Krishnamurti". Ella le hizo preguntas, pero encontró que parecía no haber relación alguna entre los preguntas que le formulaba a Krishnaji y las respuestas de éste. Porque esas respuestas eran un reto para la mente de ella y para sus presunciones.

Vimala Thakkar había estado practicando intensas *sadhanas* yogas, y sufría de agudos dolores en el oído. El problema auditivo persistía, y sus amigos le habían dicho que eso se debía al despertar del *kundalini.* Una mañana, cuando ella, Shankar Rao y Dada Darmadhikari estaban discutiendo con Krishnaji cierto aspecto de la enseñanza, Dada mencionó el problema auditivo de Vimala. Le dijo a Krishnaji que eso se relacionaba con las prácticas yogas de ella, pero Krishnaji no estuvo de acuerdo. Le sugirió a Vimala que acudiera a un médico, porque él sentía que no se trataba de una experiencia mística sino de una enfermedad física. Ella quedó angustiada ante estas palabras

de Krishnaji, pero más adelante visitó a un cirujano del oído y en 1960 la operaron en Bombay. El dolor desapareció, pero quedó totalmente sorda de un oído.

En diciembre de 1960, volvió a ver a Krishnaji en Varanasi, junto con Shankar Rao y Dada. Durante la conversación se mencionó la sordera, y de pronto Krishnaji exclamó: "Cuando yo era muy joven, mi madre solía decirme que en estas manos tenía el poder de sanar". Lo dijo tímidamente, como siempre que hablaba de sí mismo. "¿Quisiera usted que yo viera si puedo ayudarla con su oído?" Vimala fue tomada por sorpresa. Educada en una tradición que le hacía reaccionar fuertemente contra los hacedores de milagros, dijo que no creía en estas cosas, y así pasó el momento. Más tarde Dada la reprendió diciéndole que no debía haber rehusado; Krishnaji no era como el *sadhu* común que vivía de milagros. Después de mucho discutir, ella volvió a Krishnaji y buscó su ayuda.

Krishnaji tenía cierto sistema para ejecutar un acto de curación. La persona se sentaba en una silla, Krishnaji se paraba detrás y posaba sus manos sobre la cabeza del paciente. Después, con un gesto parecía arrojar fuera lo que había penetrado en sus manos. Solía repetir esto varias veces. Luego colocaba nuevamente las manos por algunos instantes sobre la cabeza del paciente, después de lo cual le pedía a éste que permaneciera quieto por un rato. Más tarde, Krishnaji se lavaba invariablemente las manos. De esta manera y durante unos cuantos días, Krishnaji posó sus manos sobre el oído de Vimala y éste recuperó ligeramente la audición.

Vimala siguió a Krishnaji a Bombay, donde él estaba ofreciendo pláticas. Krishnaji le preguntó acerca del oído. Ella dijo que escuchaba permanentemente el sonido de una flauta en el oído sordo. Él le dijo que ella traducía el sonido según su propia imaginación; le pidió que dejara de hacerlo y que se aplicara compresas de hielo en el oído para curar los ruidos. Más tarde ella siguió a Krishnaji a Londres y después a Saanen en Suiza, donde él continuó con su terapia. Desde Saanen, Vimala escribió jubilosamente a Dada: "Estoy curada y puedo oír claramente".

En una entrevista en Wimbledon, Vimala interrogó a Krishnaji acerca de sus poderes curativos. Él le dijo. "Me temo que usted no ha comprendido".

Ella lo siguió a Gstaad, en Suiza. Krishnaji no tenía buen aspecto, parecía estar bajo tensión. Vimala volvió a interrogarlo sobre el poder de curar, ya que sentía que la curación había influido en su mente tanto como en su cuerpo. La sordera se había curado, y la mente también había sido liberada de su cautiverio. Ella sentía que "algo se había desencadenado internamente y no podía detenerse en los límites". Krishnaji le respondió muy seriamente: "¿Quién le dijo a usted que ambas cosas están relacionadas?" Vimala volvió a hacerle preguntas acerca de la "explosión" que había ocurrido dentro de ella. Pero él no la alentó en su creencia, y se negó a aceptar que el contacto de sus manos hubiera producido profundos cambios psíquicos liberándola de su cautiverio. Ella decidió no asistir nunca más a las pláticas de Krishnaji, pero empezó a hablar de la realidad por su propia cuenta[3].

Mientras tanto, las contradicciones internas de Shankar Rao se estaban intensificando. En 1962, en medio del conflicto chino y de la traumática confrontación en Bahía de Cochinos entre Kennedy y Krushev, Shankar Rao decidió conducir una marcha por la paz a China. Sus amigos trataron de disuadirlo, pero él se mostró inflexible. De modo que una pequeña partida inicio la caminata por la polvorienta ruta terrestre. Ninguno sabía con claridad qué camino iban a seguir; habían olvidado los límites, pero el espíritu había decidido y, en consecuencia, marcharon. El poeta Allen Ginsberg y su amigo Peter Orlovsky, fundadores del movimiento Beat con su rebelión contra el orden establecido y su cuestionamiento de todos los valores materiales, se encontraban por entonces en la India. Estaban buscando la Verdad en los *ghats* de Varanasi, junto con los fieros Aghori Bawas y los Nath Panthis. Encantados con el acto de lunática humanidad de Shankar Rao, le acompañaron un trecho del camino, cantando *bhajans* con sus nasales voces norteamericanas. (Los Aghori Bawes están entre los más aterradores de los *sadhus* u hombres santos de la India. Los Nath Panthis son seguidores de Goraknath, el autor del primer tratado de hatha yoga. Provenientes de las sectas hindúes y musulmanas, son nómadas, comprometidos con prácticas mágicas y con la adoración de Shiva y Shakti. Se les asocia con muchas leyendas arcaicas del norte de la India. Los *bhajans* son cantos devocionales cantados por, grupos de hombres y mujeres).

La Agencia Central de Investigaciones -Central Bureau of Investigation (CBI) entró en sospechas con respecto a estos dos sucios, barbados extranjeros de cabello largo. Rehusaron extenderles las visas. Yo recibí en Delhi un telegrama de ellos que decía: "Acosamiento CID (Criminal Investigation Department), denegada extensión de visas, telegrafiamos Nehru, Gailbraith y Lord Ganesh llegan Delhi lunes - Allen y Peter". Le expliqué el problema de estos buscadores occidentales a Viswanathan, un muy simpático pero cínico secretario del ministro local, quien me dijo que el telegrama de ellos dirigido al Primer Ministro Nehru fue anterior al de él, y que se había mencionado mi nombre para atestiguar la integridad de ambos. Se les extendieron las visas. Más tarde se unieron a la marcha de Shankar Rao Deo. El 16 de marzo de 1963, escribieron:

Querida Pupul:

Cabalgamos sobre el elefante del zoo y después salimos para Khurja y pasamos un día marchando con Shankar Rao Deo y otros caminantes. Ellos están dándole a esto un sentido, es decir, confrontando la histeria de los altavoces con la calma de persona a persona. Pasamos la noche con ellos: nos aceptaron y nos trataron muy bien, tocamos sus pies caminantes y nos fuimos. Telefoneé a su casa cuando regresamos a Delhi, su marido dijo que usted todavía se encontraba fuera. Supongo que se lo dijo...

OK
con amor, Allen

Hola Pupul y Babu Pa y Babu Ma:

Fue una alegría marchar con ellos día y noche; antes de la caminata dormimos con ellos en un ashram, todos nosotros en una sola habitación. Durmiendo cerca de mí había un tipo de Madrás llamado Jain, que escribe artículos para un periódico budista - también una joven de Bangalore casada con un austríaco seguidor de Gandhi, compañeros ambos de quienes marchan hacia Pekín, uno de apellido DADA, estuvo acompañando a Shankar Rao por unos cuantos meses, caminando y hablando -DADA hacia bromas y animaba a todos. Espero sigan haciéndolo en Pekín -sería grande si Bhave y Nehru y Shankar Rao Deo pudieran encontrarse y caminar juntos un día y hablar de esto...

Peter
¿Qué está leyendo ahora?
Acabo de terminar la autobiografía del Dalai Lama.

Shankar Rao y sus sucios peregrinos fueron detenidos en las fronteras de Burma. Se sentaron y aguardaron, pero el gobierno de Burma fue inflexible. De modo que los viajeros tuvieron que regresar y se dispersaron. Los comentarios periodísticos fueron satíricos, los burlones se reían, y Shankar Rao se sintió profundamente lastimado.

Rao se había entrevistado con Krishnaji en Varanasi durante el invierno de 1961, y le había hablado del enorme temor que lo estaba consumiendo. Cuando Krishnaji le preguntó de qué tenía miedo, Shankar Rao contestó: "De la muerte". Entonces Krishnaji investigó con él la cuestión del temor y la muerte, pero más tarde habría de decir que era la forzada represión de los sentidos la que estaba destruyendo a Shankar Rao.

Después del fracaso de la marcha por la paz, Shankar Rao trató de ver nuevamente a Krishnaji, pero éste no estuvo en la India durante el invierno de 1962. Frustrado, lleno de temor, no sabiendo hacia dónde volverse, los años de abstinencia y de negación sensoria fueron súbitamente quebrantados, y Shankar Rao se expresó a sí mismo en un acto de pasión. Horrorizado, cargando con un gran sentimiento de culpa, cayó en una depresión profunda y en un total aturdimiento. Sus amigos, enormemente preocupados, escribieron acerca de él a Krishnaji.

Cuando Krishnaji regresó a la India en el invierno de 1963, Rao Sahib Patwardhan y Dada Dharmadhikari trajeron a Shankar Rao hasta Krishnaji. Al principio Shankar Rao rehusó acompañarlos, pero de pronto inclinó la cabeza y dejó de luchar. Recuerdo a la persona corpulenta, oscura, de aspecto salvaje y ojos fieros, vestida con un alto *dhoti*, que introdujeron en el salón de Himmat Nivas en Bombay.

Krishnaji entró en la habitación y le dijo a Shankar Rao: "¿Qué ha hecho usted de sí mismo, mi amigo?" Y lo abrazó. Al contacto con Krishnaji, los fieros, terribles ojos se desataron en lágrimas. Tomándolo por el hombro, Krishnaji lo condujo a su habitación. Salieron una hora después. El rostro de Shankar Rao estaba en calma; le habló a Dada con afecto y se despidió de Krishnaji. Al parecer, Krishnaji le había advertido a Shankar Rao que no volviera a tocar la política.

Las noticias del 'milagro' se difundieron por el Sarva Seva Sangh, y desde ahí a los ashrams de todo el país. La gente afluía para escuchar a Krishnaji. Según Dada Dharmadhikari, éste fue el segundo milagro que él había presenciado, siendo el primero la curación del oído de Vimala Thakkar. En las pláticas de Krishnaji en Bombay, se congregaban multitudes cuando después de la reunión él se dirigía al automóvil; la gente se esforzaba en tocar su mano, en participar de su bendición. Estos incidentes (de los cuales por muchos años Krishnaji se negó a hablar) y la inmensidad de su silenciosa presencia, impresionaban a la gente de una manera tremenda. Aunque todos concordaban en que la enseñanza estaba fundada en la no-dualidad, les parecía demasiado distante y demasiado inasequible.

Cuando llegó a la India con Rajagopal en el invierno de 1957, Krishnaji estaba en un semirretiro y no ofrecía pláticas públicas.

Rajagopal había acompañado a Krishnaji a la India para resolver unos asuntos relacionados con Vasanta Vihar y con los derechos de autor, Krishnaji se revelaba impreciso acerca de las estructuras institucionales y desinteresado con respecto a sus derechos legales y a las responsabilidades emergentes, y accedió a todo cuanto le había sugerido Rajagopal, si bien las rúbricas de los documentos legales se finalizaron sólo en el invierno de 1958. Krishnaji cedió a Rajagopal y a la Krishnamurti Writings, Inc., todos los derechos de propiedad intelectual, y prácticamente se retiró de la K.W.I., de la cual había sido el presidente.

En 1957, Madhavachari se había convertido en secretario de la Fundación para la Nueva Educación; también era el representante en la India de la K.W.I. Había llegado a ser el constante compañero de Krishnaji, su amigo y anfitrión. Retirado del servicio oficial, estaba viviendo en Vasanta Vihar. Era un recio brahmín del sur de la India, y la vida en Vasanta era espartana. La austeridad se igualaba con una falta de interés por el espacio o la forma, o por un ambiente donde lo creativo pudiera florecer. Los espacios creados por el ingenio de la India Meridional, que pueden encontrarse en los lugares sagrados de los templos, en las cabañas campestres y en los objetos de uso

cotidiano, se habían abandonado mucho tiempo atrás. La ropa lavada colgaba en los tendederos y sobre las camas, y las paredes estaban adornadas con litografías.

Sentimientos indefinidos surgían en Krishnaji con respecto a los desaseados jardines y a la situación general en Vasanta Vihar. Las pláticas coincidieron con la convención de la Sociedad Teosófica, y asistieron a ellas muchas personas de edad avanzada. Muy pocos jóvenes estaban en contacto con el centro de Vasanta Vihar o con las enseñanzas de Krishnamurti.

Desde Madrás, Krishnaji y Rajagopal fueron al Valle de Rishi y después regresaron. Cumplida su tarea, Rajagopal volvió a los Estados Unidos. Lo despidieron en el aeropuerto de Bombay, Sunanda y L.V. Bhave.

Yo no había podido ir al Valle de Rishi ni a Madrás porque mi esposo había sufrido un muy serio ataque al corazón; tuve que esperar a Krishnaji en Delhi. Las relaciones con mi esposo habían sido muy difíciles por algún tiempo; natural de Maharashtra, él no podía tolerar una esposa que vivía su propia vida y tenía intereses independientes de los suyos. Golpeaba donde sabía que podía herir, pero en este proceso el conflicto lo destrozó y su cuerpo quedó agotado.

Krishnaji, acompañado por Madhavachari, llegó a Delhi a principios de 1958. Habían pasado varios años desde que yo conociera a Krishnamurti el sanador. Le hablé de mi pena, de mi dolor. Su compasión me envolvió enteramente. Hizo que me enfrentara al hecho de que no había existido relación alguna entre mí y el hombre con quien me había casado. Yo no estaba preparada para ver esto. El dolor llegaba en oleadas, me arrastraba, y hacía imposible una visión clara de los hechos. Él colocó las palmas de sus manos rodeando mi rostro como las alas de una golondrina. Hizo que mirara dentro de sus ojos y vi. mi dolor reflejarse en ellos. Era el padre, la madre, el amigo y el maestro que proporcionaba a mi espíritu angustiado fortaleza y ternura; pero no permitió que siguiera mirando. Como una columna de fuego, su mirar aniquilaba los recuerdos, la soledad y la falta de atención, que eran las raíces de la pena. Fui puesta frente a frente con la vacuidad del dolor. Se generó una percepción que quemaba las cicatrices de lo que había sido. Él entregaba en abundancia su amor, y éste fluía a través de mí aquietando el corazón. Si a mí me curó internamente, también a mi esposo le entregó su caudal. Físicamente, curando el corazón lesionado; y sanando su mente y su espíritu al hablarle con igual afecto.

Desde Delhi, Krishnaji y Madhavachari se dirigieron a Varanasi. Recibí varias cartas de Krishnaji en las que me pedía que fuera a Rajghat, pero la condición física de mi esposo no permitía que se le dejara solo.

Krishnamurti pasó en la India el verano de 1958. Se le ofreció el 'bungalow' M.E.S. en Chowbatia, una casa espaciosa situada en el punto más alto de Ranikhet, con una vista magnífica a los picos nevados de los Himalayas. Krishnaji se encontraba nuevamente en las montañas sagradas de su pasado ancestral. Por las tardes, se sentaba a cantar los himnos sánscritos que había vuelto a aprender. Paseaba por los bosques de cedros, se extraviaba, y encontraba el sendero que llevaba de regreso a la casa.

Hablando de estos paseos, nos contó que una tarde llegaron noticias de que un tigre había matado no muy lejos de la casa donde se hospedaba. A la mañana siguiente, Krishnaji salió para su paseo habitual, internándose más y más en la jungla. Los numerosos sonidos del bosque -el canto de los pájaros, el murmullo de las hojas, el parloteo de los monos fluían a través de él. Llegó a un claro y descubrió que su cuerpo rehusaba moverse. Instintivamente había percibido algo, y la inteligencia del cuerpo había respondido. Los sonidos cesaron por completo. Todo parecía hallarse en un estado de espera -la respiración de la naturaleza había quedado en suspenso por un instante. Krishnaji se detuvo por cerca de dos minutos, su mente alerta por completo, su cuerpo sin movimiento alguno. Podía sentir la expectativa reinante. Luego, súbitamente, todo pasó; los pájaros se llamaban unos a otros, los monos saltaban de árbol en árbol, el bosque estaba vivo, y Krishnaji regresó a la casa. Al anochecer, llegaron a la casa informaciones de que habían avistado al tigre en el bosque.

En mayo, Radhika, mi hija de dieciocho años, y Asit Chandmal, mi sobrino de diecisiete, fueron a visitar a Krishnaji y Madhavachari en Chowbatia. Más tarde habrían de viajar al extranjero para continuar su educación - Radhika a Bryn Mawr en los EE.UU., donde estudió filosofía, y Asit al Colegio Real de Ciencias en Londres.

Krishnaji se sentía dichoso de que dos personas jóvenes se alojaran con él. Madhavachari les servía cantidades de comida, y Krishnaji les enseñaba *asanas*, posturas del yoga. Les mostraba cómo caminar, cómo pararse, cómo ver desde la parte posterior de la cabeza. Esto consistía en dejar que la visión fluyera hacia atrás y entonces ver desde lo profundo. Los llevaba para largas caminatas, observando, escuchando y enseñándoles a ver y escuchar".

Levanten una hoja", decía, "Mírenla -miren a lo lejos los picos cubiertos de nieve y dejen que la mirada fluya más allá, y entonces miren muy cerca y relacionen el mirar con el escuchar. Miren al estilo japonés" les decía. Según Radhika, eso consiste en bajar la cabeza y mirar entre las piernas el mundo invertido, de abajo hacia arriba. Asit recuerda que Krishnaji, en uno de los paseos, hablando de la cruz dijo. "La línea horizontal es el 'yo', y la barra vertical es la negación del 'yo'".

Madhavachari viajó a Madrás antes que Krishnaji; y Murli Rao, que por mucho tiempo había colaborado con Krishnaji, llegó a Chowbatia desde Delhi y bajó con K a las praderas. Aunque los jardineros y otros ayudantes no

podían hablar el inglés, sentían la silenciosa, meditativa presencia de Krishnaji. Las noticias del gran yogui se habían difundido, y la gente llegó desde todas partes del pueblo para tener un *darshan* y decirle adiós. Krishnaji los saludó con sonrisas de afecto, recorrió el jardín y se detuvo silenciosamente ante el nudoso cedro y los pinos. Más tarde, Murli Rao le preguntó a Krishnaji qué había estado observando, y éste le dijo que estuvo diciéndoles adiós a sus amigos. Los árboles habían sido sus compañeros durante los meses en que vivió ahí, y él se había comunicado con ellos.

En enero de 1958, Rao Sahib Patwardhan trajo a Bombay a un amigo, P.Y. Deshpande -abogado, escritor y teórico marxista para que se entrevistara con Krishnaji. Desilusionado del marxismo, erudito conocido por su intelecto y su impetuoso temperamento, Deshpande vino a Bombay acompañado por su esposa Vimala Tai, para encontrarse con Krishnaji. El dolor los había destrozado; se les había muerto el hijo y el marxismo no tenía respuestas. Deshpande se había vuelto hacia su pasado brahmínico, y él y su esposa habían estudiado los *Vedas* y los *Upanishads*. El Himno a la Creación, del *Rig Veda*, evocó en ellos un instante de intensa percepción. Deshpande escribió un comentario sobre el himno, y gracias a esto conoció a Rao Patwardhan.

Los Deshpande se entrevistaron con Krishnaji en Himmat Nivas. Deshpande tenía un cuerpo frágil, su rostro era enjuto y estaba surcado por el dolor, pero su espíritu tenía una asombrosa vitalidad. Le dijo a Krishnaji: “Soy marxista y deseo poner las cosas en claro con usted. Tengo que hablarle sin ninguna clase de impedimentos. Si lo que me diga es cierto, renunciaré al marxismo y me uniré a usted”.

Como más tarde habría de describirlo el propio Deshpande, él trató de lidiar con Krishnaji mediante las palabras. Desafió a Krishnaji, pero encontró que en el otro extremo no había nadie a quien combatir. Esto le hizo enojarse y sentirse frustrado. Cuanto más fuertes y vehementes eran sus cuestionamientos, más vacío era el campo al que se enfrentaba. Súbitamente, todo eso terminó. Habló Krishnaji: “El problema no es el marxismo sino la muerte de su hijo”. Los Deshpande no pudieron proseguir. “Hablemos de eso, y del dolor que ustedes experimentan”, dijo Krishnaji.

Se sentaron ambos en silencio frente a Krishnaji, mientras él les hablaba de la muerte. Cuando las palabras llegaron a su fin, los Deshpande salieron fuera con los ojos llorosos. Al verlos así, Rao les preguntó: “¿Está todo bien con ustedes?” Deshpande respondió: “Se acabaron todos los problemas”. Ellos regresaron a Nagpur empacaron sus pertenencias, y vinieron a vivir en Sarai Mohana, en una cabaña construida sobre las orillas del Ganges. En años posteriores, Deshpande y su esposa estuvieron vinculados con todos los aspectos de la labor en Rajghat.

Capítulo XIX

"HABLAR CON LA TOTALIDAD DE LA CABEZA"

A principios de 1959 se decidió que Krishnaji no regresara a Ojai, sino que pasara su segundo año en la India. Había estado en el país desde el otoño de 1957 y no habría de regresar a Europa hasta la primavera de 1960. Fue el período más largo que permaneció en la India desde que dejó el país siendo un muchacho.

En abril, cuando el tiempo húmedo y caluroso se volvió insoportable, Krishnaji decidió partir hacia Lonaula, un lugar de descanso en las laderas de los cerros entre Bombay y Poona. Se alojó, con la sola compañía de un sirviente, en la casa de Amru Mehta, mi hermana más joven. Sunanda y su marido Pama Patwardhan, se encontraban en Poona, a sólo cuarenta millas de Lonaula, y venían a visitarle con frecuencia. Pero la mayor parte del tiempo la pasaba solo.

En mayo se hicieron los arreglos para que Krishnaji fuera a Kashmir vía Delhi acompañado por Madhavachari y un cocinero llamado Parameswaram. Mientras estuvo en Nueva Delhi, Krishnaji insistió en que se le hiciera a Madhavachari un nuevo traje de lana. Le encantaba ver a Madhavachari bien vestido, y comentó: "Mamaji se verá ahora muy elegante". A su llegada, pasaron la noche en Srinagar en una casa flotante. Al día siguiente se trasladaron a una casa situada en una parte muy atestada de la ciudad. En una carta que me escribió, Krishnaji expresaba lo desdichado que se sentía por la casa infestada de ratas y por el ambiente que la rodeaba.

El 26 de mayo, Krishnaji y Madhavachari dejaron Srinagar y se dirigieron a Achebal, un *serai* o lugar de descanso construido por Nur Jehan en la antigua carretera que va desde Lahore a Srinagar. Achebal se menciona en el *Akbar Nama* (Crónicas de la vida y reinado de Akbar, por Abul Fazl) como un sitio de culto de los antiguos; sus aguas abundantes, frescas y cristalinas, brotan de una fuente torrencial. También se dice en el *Akbar Nama*, que en ocasiones solía aparecer un bello pez moteado de amarillo, que se consideraba como de muy buen augurio. Por cientos de años los peregrinos habían acudido a este lugar sagrado debido a las propiedades curativas del agua surgente, aunque los mitos de los *yakshis*, espíritus de las aguas y de los árboles, que cuidaban el manantial, hacía mucho tiempo que habían desaparecido.

Nur Jehan había construido alrededor del manantial, un jardín cercado que encerraba una superficie plantada con álamos y paraísos. En un punto del área cercada, el manantial, que brotaba torrencialmente de la tierra, caía como una cortina de agua hacia niveles más bajos del jardín. Las enormes ramas de los paraísos atravesaban las aguas que caían. Debajo de la caída había estanques y fuentes artificiales, y también canales para llevar el agua hacia partes distantes del jardín. Los canales se habían planeado de modo tal que los rayos del sol crearan arco iris al atrapar el rocío producido por la caída del agua y por la fuente. Se habían plantado flores, un poco desordenadamente, en áreas donde no proyectaban su sombra los álamos y los paraísos. Cerca del estanque había pabellones originalmente construidos por los mongoles, que más tarde fueron reparados y conservaban pocas huellas de sus primitivas y exquisitas proporciones. El tronar de la cascada y el sonido de las agitadas aguas no molestaban como para romper los silencios o perturbar a los pájaros que descansaban en los paraísos de amplios troncos. El campo era una enorme alfombra de verdes y jóvenes arrozales impregnados por el sol, y daba contra un telón de fondo compuesto por las montañas de picos nevados que se levantaban empinándose en el horizonte.

Al poco tiempo de su arribo, Madhavachari partió para Madrás debido a que uno de sus hijos estaba enfermo. Pero Parameswaran se quedó para atender las necesidades de Krishnaji. Me uní a Krishnaji en Achebal el 6 de junio, y me alojé hasta fin de mes en una pequeña choza cercana.

Antes de mi llegada a las alturas de Kashmir, Krishnaji me había escrito pidiéndome que le trajera un libro de Inglés para Principiantes, un ejemplar del *Tesoro del Verso Inglés* de Palgrave, y un frasco de tónico para el cabello. También le llevé un lote de frutos de mango que tanto le gustaban. En Achebal no tenían electricidad, y por las noches usábamos lámparas de kerosene o un petromax. (Petromax: antes de que se introdujera la electricidad en la India, para producir una luz brillante se utilizaban lámparas alimentadas con kerosene, que tenían unas mechas especiales y una bomba. El petromax se usa todavía en las procesiones nocturnas de los casamientos).

K se despertaba al amanecer y practicaba sus *asanas* y el *pranayama* del yoga, que había aprendido de B.K.S. Iyengar, un maestro eminente de yoga, natural de Poona. Krishnaji trataba de persuadirme para que aprendiera los *asanas*, pero yo soy de temperamento apático y mis intentos de aprendizaje fueron inútiles. Cuando los *asanas* de Krishnaji terminaban, tomábamos un desayuno típico del sur de la India, compuesto por *idlis y sambhar* o *dosas*, sabrosos pasteles de arroz y lentejas condimentados con coco. Yo tomaba café: Krishnaji tomaba cierta mixtura de hierbas.

Entonces Krishnaji estaba listo para su larga caminata, y yo me unía a él para escalar los cerros de los alrededores. Paseando por los bosques de pinos trepábamos por cuestas escarpadas; Krishnaji, que era ágil y estaba exquisitamente equilibrado, se encaramaba sobre las rocas y tomaba los más difíciles atajos con facilidad. Yo jadeaba y suspiraba, pero estaba habituada a las montañas desde niña y me las arreglaba para seguirle el paso. El solía ascender rápidamente, luego se volvía hacia mí observando mi esfuerzo para superar alguna roca

particularmente difícil, a veces me daba una mano y me atraía desde arriba hacia él por laderas muy empinadas. Desde la cima del cerro, que alcanzábamos después de un largo y arduo escalamiento, el panorama era soberbio. Debajo se veían el jardín cercado y los verdes y frescos arrozales flanqueados por los álamos, en tanto que nos rodeaba el sorprendente blanco de las nieves. A Krishnaji le encantaba el lugar.

En las tardes, después de descansar, él solía enseñarle inglés a Parameswaran. En los anocheceres caminábamos a paso más lento entre los arrozales, o por el interior del cercado jardín mongol. Las flores estaban en plena floración, y las brisas llevaban la fragancia de rosas, lilas y madreselvas. A lo largo del lecho del arroyo crecían berros, y arrancábamos algunos para nuestra comida nocturna. Había un criadero de truchas, y Krishnaji pasaba tiempo observando el rápido movimiento de los peces.

Krishnaji era hijo del agua. Se deleitaba con las aguas que caían, saltaban o corrían, o las que fluían sobre grandes piedras cubiertas de líquenes, o las aguas en las que, no se veía ni una sola onda. Krishnaji mismo encarnaba la transparencia y libertad del agua, su enorme turbulencia, su quietud o su empuje a través de la tierra y de las rocas.

El humor de Krishnaji era juvenil, sin las tormentas de la ira. La risa estaba permanentemente en sus labios y en sus ojos. Me inundaba de compasión y afecto. A veces se mostraba intensamente serio y contemplativo. Estaban surgiendo muchas de las percepciones que habría de explorar después durante ese año en las pláticas de Madrás y Bombay. Como la marea, o la luna creciente o menguante, su mente se movía a su propio ritmo. Yo escuchaba a este hombre del misterio, dotado de una extraordinaria belleza, hacer comentarios sobre "la totalidad de la luz solar", le veía buscar una hoja recién brotada, poner sus manos sobre un árbol que tenía siglos de edad, hacer amistad con él, palpar su corteza, escuchar el fragor de la savia que fluía por las nervaduras de una hoja. "Lo intemporal está aquí, se encuentra en cada hoja", solía decir. Yo sentía la tierra sobre la que caminábamos, hablábamos, comíamos y vivíamos, como la base de una energía sin límites. En ocasiones, me sentía como embriagada, saturada con el rocío de la mañana.

En uno de los paseos me preguntó cómo observaba yo y cómo hablaba. Quedé desconcertada. Después dijo: "¿Es posible hablar, recitar, cantar, no sólo desde la garganta y la boca, no desde los labios, sino dejando que las palabras toquen la nuca, y así hablar a través de los ojos, sosteniendo tras ellos la atención? O sea, hablar con la totalidad de la cabeza".

Discutimos largamente la verdadera mente religiosa y la mente científica como las dos únicas mentes que existirían en el futuro -una declaración que más tarde él habría de explorar en sus pláticas de Madrás. Habló de la muerte, del terminar definitivamente con algo como la fuente de creación y liberación de una energía que no se disipa jamás. Para él, el escuchar era en sí mismo el milagro que transmutaba y penetraba muy en lo profundo, desarraigando y destruyendo las ocultas trabas de la mente.

En las oscuras noches sin luna, solíamos salir a contemplar las estrellas y las lejanas tinieblas del espacio. El acostumbraba señalar las distintas constelaciones. Hablaba del viaje por el espacio exterior; y también del peregrinaje interno como el descubrimiento de lo infinito. Pero una mente mezquina no podía embarcarse en esta peregrinación a la eternidad.

Cada atardecer era una bendición.

En la noche, después de una temprana cena bajo la luz del petromax, él solía recitar poesía de Keats -del *Tesoro Dorado*. Su favorita era la "Oda al Ruiseñor". Por las noches hacía frío y quemábamos leña y piñas secas en la chimenea abierta. Ocasionalmente, solía cantar en sánscrito. Los sonidos de su voz profunda llenaban la estancia y resonaban a través de los arrozales, llegando hasta más allá de las nieves. El escuchar y el ver florecían en su prístina presencia.

Krishnaji me contó que en uno de sus paseos se había encontrado con un grupo de monjes caminando en presencia de las cumbres coronadas de nieve. Estaban atravesando los brillantes campos de arroz, y los altísimos picos nevados ardían con el sol poniente. En la percepción de lo inmenso estaba la esencia de la divinidad. Sin embargo, los monjes caminaban con los ojos entrecerrados y fijos en el suelo delante de sus pies, totalmente ignorantes de la gloria que los rodeaba. Por silenciosas que quedaran sus mentes dijo Krishnaji ése sería el silencio de lo limitado, de los espacios pequeños, y dentro de esos espacios no tenía cabida el vasto universo en expansión.

Cada tantos días yo acostumbraba ir a Srinagar en automóvil y regresaba por las noches. A Krishnaji le gustaban muchísimo las artesanías y yo solía traerle tejidos y objetos de arte. Él los trataba con cuidado y se regocijaba con los colores, las texturas y la habilidad del artesano. También traía a mi regreso vegetales frescos y frutas, porque no se conseguían en Achebal.

En 1959 yo no sabía que Achebal era un lugar antiguo de peregrinación, y que las aguas del manantial se consideraban sagradas. Los habitantes locales, que eran musulmanes, habían borrado todo rastro de su pasado arcaico y de los mitos que con él se vinculaban. No obstante, Krishnaji sentía el pulso del suelo, las reverberaciones de los numerosos pies de peregrinos que habían transitado por el sendero que lleva al manantial. A menudo se refería al papel del peregrino. Le hablé de un antiguo texto donde los pies del caminante se comparan

con una flor. También le aclaré, en vano, que la ruta de los peregrinos se encontraba en Pahalgam, a unas cuarenta millas de Achebal.

Me di cuenta de lo difícil que era, para la propia sensibilidad, vivir junto a Krishnaji. Era como vivir frente a un rayo láser; uno podía dar por sentada la intensidad y así abrasarse y consumirse. Vivir cerca de él era vivir en un campo de observación y atención. Uno tenía que estar inmensamente despierto, de modo tal que la espina dorsal se enderezara, la mente se volviera alerta y el cuerpo se aquietara. Él vigilaba cada movimiento, cada pensamiento, la manera en que uno caminaba, los agitados movimientos del cuerpo, el modo en que uno hablaba, el tono de la voz, los silencios. Escuchaba cada respuesta -se daba cuenta cuándo la mente imitaba, cuándo estaba animada con la vitalidad del discernimiento. Sin que se dijera una sola palabra, uno percibía su escuchar y su observar. Pero el ser que estaba cerca, que observaba, que escuchaba, lo hacía sin juzgar. Era como ver el propio rostro en un antiguo espejo de bronce finamente pulido.

A corta distancia de nosotros vivía un hombre que en su juventud había tomado votos de *sannyas* y que más tarde había renunciado a la túnica. Nos visitaba constantemente, trayéndole a Krishnaji una infusión vegetal que, según él, era buena para los riñones. Krishnaji, que instintivamente era un naturista y le encantaban las hierbas, tomaba la infusión insistiendo que, efectivamente, era buena para los riñones.

Para fines de junio regresé a Delhi. Madhavachari se reunió poco tiempo después con Krishnaji en Pahalgam, el campamento base para los peregrinos que viajaban a Amarnath, una de las peregrinaciones más sagradas de la India. En la cueva de Amarnath, que se encuentra a mucha altura en los Himalayas, se forma un 'lingam' (Símbolo fálico extensamente usado en el culto de adoración a Shiva) natural de nieve, el cual se derrite con el ritmo cíclico de la luna. La peregrinación principal se realiza en agosto, durante el día de la luna llena cuando el 'lingam' aparece en su perfecta forma oval, pero *sanyasis* y seglares viajan a la cueva desde mediados de junio. El viaje es peligroso. El sendero atraviesa pasos muy altos y gargantas con precipicios. A lo largo de la ruta está Shesnag, un lago de límpido azul, contra el cual se levantan altísimas montañas. La luna llena, alzándose detrás del pico más alto e iluminando las nieves eternas, se asemeja a la luna creciente descansando en la enmarañada cabellera de Shiva.

En Pahalgam, Krishnaji se alojó en una cabaña para turistas levantada entre los pinos. A través del valle, descendían desde lo alto dos ríos que se volvían turbulentos por las masas de piedras que descansaban en sus lechos; el Lidar, que surgía del glaciar Kolahai, y el otro, el Amarganga llamado a veces Shesnag corrían a lo largo de las márgenes por las que se extendía la ruta a Amarnath.

Sanyasis y visitantes vinieron desde Srinagar para ver a Krishnaji, y él habló con algunos de ellos. Habría de referirse a estos *sanyasis* en las pláticas que más tarde ofrecería durante ese año en Madrás. Dijo. "El otro día, en Kashmir, algunos *sanyasis* me dijeron: 'Vivimos solos en medio de la nieve. Jamás vemos a nadie. Nadie viene jamás a visitarnos'. Yo les dije: '¿Están ustedes realmente solos, o están meramente separados de la humanidad?' '¡Ah, sí! contestaron, 'estamos solos'. Pero ellos estaban con sus *Vedas* y sus *Upanishads*, con sus experiencias y con los conocimientos que habían acumulado, con sus meditaciones y sus *japams*. (Formas repetidas de sonido o *mantrams*, pronunciados con la intención de silenciar la mente). No habían renunciado a la carga de sus condicionamientos. Eso no es estar solo. Ponerse una túnica azafranada no implica renunciar. Uno no puede renunciar al mundo, porque el mundo forma parte de uno mismo. Renunciamos a unas cuantas vacas, a una casa, pero renunciar a nuestra herencia psicológica, a nuestra tradición, al peso de nuestros condicionamientos, eso exige una investigación enorme".

Casi todos los paseos de Krishnaji eran a solas por los espesos bosques de pinos y abetos que rodeaban Pahalgam. El 13 de agosto, Vinoba Bhave y sus seguidores vinieron para entrevistarse con Krishnamurti.

Vinobaji dijo que era la primera vez que veía a Krishnaji. El peregrino de Gandhi preguntó: "¿Qué edad tiene usted?"

Krishnaji contestó: "Sesenta y cuatro".

"Por tanto es usted un hermano menor. He venido a rendirle mi respeto y a requerir sus bendiciones. Rao y Achyut Patwardhan, Dada Dharmadhikari y Vimala me han hablado de usted en distintas ocasiones. Pero yo siempre estoy en movimiento y también lo está usted. Por eso jamás nos hemos encontrado".

Cuando terminaron las amables formalidades, Vinobaji le pidió a Krishnaji que le hablara de su sabiduría. Krishnaji se mostraba tímido y permanecía en silencio. Las discusiones fueron registradas por Nirmala Deshpande, que estuvo presente durante las reuniones y tomó notas de la conversación mientras ésta tenía lugar[1].

Vinobaji preguntó: "¿Cómo empezamos?"

"Depende de lo que a usted le interese", contestó Krishnaji.

"La vida", dijo Vinobaji. Y agregó: "Todos se interesan en la vida. Pero la discusión depende de las palabras, y las palabras son necesarias".

"No demasiadas palabras, de otro modo la discusión pierde sentido", fue la respuesta de K. "La discusión implica..."

Antes de que K pudiera proseguir, Vinobaji exclamó: "...compartir experiencias".

"Sí, y también penetrar en lo profundo. La experiencia es limitada -desconfío de la acción que se basa en la experiencia".

"¿Es porque la experiencia condiciona al hombre?" preguntó Vinobaji.

"Sí," contestó K, "por eso es importante tener una mente libre, una mente que no esté repleta de experiencias, sino libre para ver más allá de la experiencia. Uno tiene que morir para la experiencia de cada día. Siempre estamos traduciendo la experiencia en términos de lo viejo. Como hindú, la traduzco en términos de Shiva, Krishna pero son sólo palabras".

"La división que tiene lugar como hindú, musulmán, cristiano, ha de eliminarse", dijo Krishnaji.

Vinohaji contestó: "Sí".

"Usted dice 'sí', pero ésa es una afirmación verbal. ¿Deja usted de ser un hindú? En la ciencia, uno abandona la experiencia pasada para descubrir algo nuevo. Desde el principio mismo deben enseñarle a uno a librarse del condicionamiento -como hindú, musulmán, cristiano, etc. Ninguno de nosotros se desprende de eso. Sólo presumimos que lo hacemos.

"Uno tiene que dejar de ser hindú o musulmán; tenemos que ser seres humanos. Pero eso es muy difícil. El mero pensar que somos libres no nos lleva a ninguna parte".

"Primero tiene uno que ser libre. Primero la libertad, no el pensar acerca de la libertad".

Vinobaji pidió a sus camaradas que formularan preguntas, pero ellos se mostraban reticentes. Vinobaji le dijo a K que la mayoría de las personas no quiere hacer preguntas, sino venir para un *darshan*. La discusión se alejó de los temas serios, y Vinobaji le preguntó a K: "¿Cuánto tiempo pasa usted en la India?"

"Seis meses".

"¿Practica ejercicios?"

"Un poco, camino".

Uno de los seguidores de Vinobaji preguntó: "¿Cuál es el significado de la realización de uno mismo?"

"¿Qué es lo que significa para usted?", fue la respuesta.

"La unión con Brahman -con Dios", dijo otro de los discípulos de Vinobaji.

"'Dios' es una palabra. Para realizar a Dios, usted tiene que tener una mente libre, una mente que no siga a nadie. Una mente que no tenga gurú ni sistema alguno. Inténtelo".

Llegó la respuesta: "¿Cómo se obtiene una mente así?"

"Tiene que haber conocimiento propio. No conocimiento del Atman, sino de cómo pensamos, por qué pensamos, cómo actuamos. ¿Qué es el 'uno mismo'? No hablo sólo del 'yo' consciente, sino de los profundos niveles del inconsciente. Lo que se necesita es una mente revolucionaria. Usted no puede tener una mente así mediante el *sadhana*. Si mira por una ventana solamente, su visión es limitada".

"¿No puede enseñarse la filosofía?", preguntó uno de los seguidores de Vinobaji.

"Hay una manera correcta de pensar. ¿Importa quién es el que escucha?", dijo Krishnaji.

"Tal vez lo que él siente es que usted debería revelarse como un predicador", intervino Vinobaji.

"¡Yo, señor! Yo hablo -ésa es mi vida. ¿Desearía usted que lo hiciera tradicionalmente?"

"Quizás esté usted haciendo a su propio modo lo que él desea que haga".

"Señor, no existe un modo mío, o un modo suyo o de él. Existe un sólo modo". Krishnaji era inflexible.

"Yo pienso de un modo, usted piensa de otro. Engañamos a toda una generación. Uno tiene que ser libre, el hombre tiene que ser libre para hablar de Dios. Los comunistas dicen que no hay Dios, usted dice que hay Dios. Ambos, ellos y usted, están condicionados. Ambos están diciendo la misma cosa. Esa es la calamidad. No existe su método o mi método de meditación. Sólo existe la meditación", concluyó K.

"Cuando usted habla de este modo en los EE.UU., la gente debe apreciar lo que dice", comentó Vinobaji.

"En Occidente, el estado benefactor cuida de las necesidades mínimas. La gente se está volviendo hacia la creencia, hacia el cristianismo, como la gente de aquí se inclina hacia el hinduismo. ¿Cuál es la diferencia? En la India, la reforma económica se ha vuelto sumamente importante -la reforma y el estado benefactor son función del gobierno. Pero un reformador nada tiene que ver con la religión. *Una* religión está asociada con la reforma, y *la* religión con algo muy diferente.

"*La* religión es la fuente de la vida, no así la reforma. Yo no estoy contra las reformas. Son necesarias. Pero la religión es diferente.

"Conozco a algunos comunistas en Europa. Están muy interesados en mí hasta que llegamos a un punto. También los católicos, hasta un punto -de igual modo los hindúes, hasta un punto. Es por eso que soy un extraño, tanto si me encuentro en Europa, en los Estados Unidos o en la India. ¿Tienen ustedes algo en este país, excepto la política? ¿Por que no hay nada profundamente creativo?

"¿Por que casi todos los pensadores de la India se han entregado a la reforma? La reforma es una cosa pequeña. Lo grande jamás puede ser incluido en lo pequeño. En lo grande, lo pequeño puede incluirse. Por dondequiera que yo vaya en la India, la gente me pregunta por qué no me ocupo de la pobreza, de la corrupción. Y yo pregunto:

¿Por qué no abordamos estos problemas desde un ángulo diferente? Es, por cierto, el modo político de abordarlos el que lo tergiversa todo.

"¿Y por qué las mentes que se llaman espirituales se interesan en la reforma? La reforma no conducirá a una revolución profunda".

"¿Qué deduce usted de esto?", preguntó Vinobaji.

"No deduzco, sino que observo", contestó K. "Hay una profunda contradicción en la mente india. Hablamos de ideales y hacemos lo opuesto. Estamos inhibidos de llegar a algo porque sentimos que no debemos ser ambiciosos. Y así, la frustración nos lleva a reformas superficiales y eso lo perseguimos con pasión. Yo digo, actúen y observen el resultado. Pero la tradición y los gurús dicen lo contrario. En este país lo que vemos es frustración, contradicción y el sentimiento de ser una raza muy antigua. Vamos a la búsqueda de Dios, pero no hemos vivido la vida. Esa puede ser la razón de que nos volvamos hacia lo superficial, que llamamos 'reforma'".

"¿En Europa lo reconocen más?"

"Detesto que me 'reconozcan'".

"¿Ellos captan más su pensamiento?"

"Es lo mismo que en la India", replicó Krishnaji. "Algunas mentes son serias. En la India la gente toma muy en serio la política. La política es algo muy destructivo. Cuando la gente dice que trabaja por la paz, por la reforma, lo importante para ella es siempre el 'yo'. Quienes tocan la política no pueden tener una mente fresca. El mundo necesita mentes nuevas, mentes claras, no mentes condicionadas como hindúes o musulmanas.

"Si usted es 'un hindú' no puede amar. El amor requiere libertad. El otro día vino a verme un *sannyasi*. Había estado en Amarnath. Habló de las diversas sectas de los *sadhus*. Le pregunté: '¿Qué es lo que hacen?' Dijo: 'Nada -pero conocen a Brahma. Viven en soledad. Meditan'. Dije: 'Con todas sus creencias, con esa carga que llevan consigo, nunca pueden estar solos'.

"Pero uno tiene que estar solo para encontrar lo real -totalmente solo. Y eso es difícil en un país antiguo que pone el énfasis en los gurús, en la tradición".

Krishnaji señaló a las personas que rodeaban a Vinobaji: "¿Todos son sus seguidores? ¡Que lástima!"

"No sé por que son mis seguidores", comentó Vinobaji.

"En la India desean la autoridad de un gurú. Sienten que con una guía no fracasarán en su búsqueda de la verdad. No están preparados para equivocarse. Todo eso es infantil", dijo K.

"Pero ser niños les viene bien, puesto que eso es lo que son niños", fue el comentario de Vinobaji.

"Dejemos, entonces, que Vinobaji niegue al seguidor", la réplica llegó rápidamente.

"Cada hombre piensa que su búsqueda es única", Vinoba estaba siguiendo su propia corriente de pensamiento.

"La búsqueda de Dios no se vincula con el éxito. Dios puede ser algo que no tiene fin, La mente aborrece la sensación de no alcanzar un fin", dijo K.

"¿Quiere usted decir que la búsqueda no tiene objeto? ¡¿Uno no puede buscar para encontrar a Dios?!" Vinoba estaba excitado.

"Así es, de lo contrario será un Dios trivial. La gente va a Amarnath para encontrar a Dios. ¿Qué significa eso? Hemos desterrado el amor, la belleza; hemos proscrito el pensar individual, toda forma de curiosidad intelectual y emocional, reemplazando todo eso con la aceptación de la autoridad y con los sistemas; hemos negado a la mente el espacio necesario para inquirir. ¿Qué hemos hecho con la verdadera creación? Decimos que para realizar a Dios debemos vestir la túnica azafranada, rechazar el sexo y los sentidos, abstenernos de mirar las nubes, la naturaleza. Decimos que debemos meditar. Una meditación así es hipnosis".

"¿Qué lugar ocupa la religión en el progreso de una nación?", preguntó uno de los seguidores de Vinoba.

"¿Qué es una nación? ¿Qué es la sociedad? ¿Una relación social, cultural? Si esa relación cambia, cambia la sociedad". Krishnaji se interrumpió por un rato, y después dijo: "La religión es el descubrimiento de la realidad y de la relación que ésta tiene con nuestra vida cotidiana. En la actualidad no hay nadie que diga: 'Yo no soy un hindú, ni un musulmán, sino un ser humano comprometido con el problema *total* del hombre, con la devastación de la tierra, con la bomba atómica, con la hermandad entre los hombres'. Estos son problemas muy serios y no hay seis personas que se interesen en ellos de verdad".

"Pero yo he encontrado que la mente india está preparada, como nunca antes lo estuvo, para captar nuevas ideas, para desprenderse del nacionalismo y salir de su vida estrecha". Vinoba estaba a la defensiva.

"Comprendo, pero se requiere más que eso. La mente se ha vuelto muy mecánica. Necesita y busca una meta en la vida. Y seguimos senderos que conduzcan a una meta. Jamás cuestionamos. Somos demasiado respetables. Pero uno tiene que tener una mente libre, no una mente cargada con la tradición, con el pasado. Libertad extrema es lo que se necesita. Pero en el momento que uno piensa que es libre, no es libre. Uno tiene que descubrirse, que desenredarse a sí mismo, tiene que ahondar en los rincones de la propia mente -tiene que encender la mente". Krishnaji estaba apremiando más y más, y Vinobaji, tal vez para oponerse a la fuerza de la energía que se generaba, irrumpió con lo trivial:

"Me dijeron que usted no ha ofrecido pláticas públicas por un año".

"Sí, no he ofrecido pláticas públicas por un año. Me he mantenido quieto. Pero no es porque haya tomado alguna clase de votos".

"Me alegra haberle visto hoy. Anhelaba hacerlo. ¿Conoce usted alguna lengua india?" La discusión se estaba volviendo informal.

"Traté de aprender el hindi. Mi lengua nativa es el telugu, pero dejé de hablarla cuando era un muchacho".

"Usted no es demasiado viejo para aprender un idioma indio", dijo Vinobaji.

"Estoy tratando de aprender el sánscrito -por gusto", respondió K.

"Si usted habla en inglés, muy poca gente en la India lo entenderá", dijo Vinobaji.

"Lo sé. Pero si uno usa palabras tradicionales, éstas tienen connotaciones tradicionales, y uno no puede proseguir más allá".

"Las connotaciones se vinculan también con las palabras inglesas", comentó Vinobaji.

"Corte esas connotaciones", fue la respuesta.

"Yo encuentro que cuando uno traduce palabras del sánscrito al inglés, realmente tiene que comprender", agregó K, "pero si traduce el sánscrito al hindi o al marathi, puede conservar la misma palabra sin comprender su profundidad".

Krishnaji y Vinobaji se separaron con sonrisas y *pranams*, y al día siguiente Krishnaji devolvió la visita de Vinobaji. Este habló de su peregrinación *Bhoodan Yatra.* (*Bhoodan*: "don de la tierra": *Yatra*: "peregrinación"). Dijo: Dios, a quien busco, está en todas partes -yo no voy a Amarnath. La gente dice que no hago lo correcto, que debería ir. El swami Vivekananda fue allá". En la discusión del día anterior había tentado algunas respuestas instintivas. Ahora dijo: "Ayer hemos tenido una buena conversación. Fue muy esclarecedora. Estos pensamientos me han guiado por muchos años, antes aun de que acudiera a Gandhiji. Fui a verle cuando yo tenía veinte años. Fui a ver y a escuchar. El jamás nos dijo ni a mí ni a nadie que aceptáramos sus pensamientos".

"De acuerdo", observó K.

"¿Usted también tuvo ocasión de verle?"

"Tres veces -una vez en Londres, con la Dra. Besant".

"Tengo muy poco tiempo para leer. Sin embargo, leo", dijo Vinobaji.

"Yo apenas si leo, excepto uno o dos libros ocasionalmente. ¿Sale usted temprano en la mañana?" La conversación transcurría nuevamente en el nivel superficial.

"A las cuatro y media. Camino diez millas por día", dijo Vinobaji. "¿Usted escribe libros?"

"Sí", contestó K.

"¿Quién publica estos libros?"

"Los libros y las discusiones se publican en la India".

"Hay muchas personas en el movimiento Bhoodan que han leído sus libros".

"Es lo que me dicen Rao y Achyut".

Vinobaji señaló a Mahadevi Tai. "Ella no conoce el inglés".

"¡Qué lástima! Yo no conozco el hindi -así que no podemos conversar", dijo K.

"Pero usted está aprendiendo el sánscrito -por gusto".

"Es muy bello, es un idioma maravilloso", fue la respuesta de Krishnaji.

"Cada palabra del sánscrito se basa en alguna palabra raíz. El latín y el sánscrito pertenecen a una sola familia. Su palabra 'ignite', en sánscrito es *agni* arder. La raíz etimológica de ambas es la misma".

Se separaron como grandes amigos.

Después, en la tarde del 14 de agosto, Vinobaji habló a multitudes que se habían congregado para escucharle en Pahalgam. En su discurso hubo una dirección diferente, y se dio cuenta de que esto se debía a la influencia de las conversaciones que Krishnaji había sostenido con él. Dijo que hombres como Krishnamurti eran los centinelas -las voces y las declaraciones de ellos eran advertencias y tenían que escucharse con mucha seriedad. Algunos meses más tarde, un amigo le contó a Vinoba Bhave que Krishnamurti había comentado: "Vinoba dice que está de acuerdo conmigo, pero sigue haciendo su trabajo igual que antes. De modo que su afirmación de que está de acuerdo no tiene sentido".

Vinoba respondió: "Krishnaji está en lo cierto".

Muchos años después, Nirmala Deshpande me contó que Vinobaji había dicho: "Krishnamurti puede negar el papel de Instructor del Mundo, puede negar la iglesia que se construyó para él, negar su papel de gurú supremo, negar que sea el divino Krishna; pero la Dra. Besant no puede ser negada en su papel de Yashoda, la madre adoptiva de Krishna, el divino pastor".

CUARTA PARTE

LOS RÍOS DEL DISCERNIMIENTO
1960-1962

Capítulo XX

"A TRAVÉS DE LA NEGACIÓN HAY CREACIÓN"

A mediados de agosto Krishnaji empezó a sentirse mal. Su tracto urinario se hallaba inflamado, tenía mucha fiebre y estaba extremadamente débil. Como los servicios médicos de Pahalgam eran rudimentarios, Madhavachari bajó con él a Nueva Delhi, donde lo examinaron a fondo los médicos de Shiva Rao. Estos diagnosticaron una infección en los riñones y prescribieron antibióticos. El cuerpo sumamente sensible de Krishnaji, no habituado a drogas fuertes, reaccionó con violencia. Fueron días de ansiedad. Durante su enfermedad yo estaba fuera, en los EE.UU., y sólo me enteré de las cosas a mi regreso en la tercera semana de septiembre. Kitty y Shiva Rao lo asistieron con gran devoción. Después de algunos días se sintió mejor, y regresó a Srinagar alojándose en una hermosa cabaña en Dal Lake que pertenecía al Dr. Karan Singh (quien habría sido Maharajá de Kashmir si no se hubieran abolido los títulos principescos).

A mediados de septiembre la fiebre había bajado. El clima húmedo trajo como consecuencia un ataque de reumatismo, y durante diez días Krishnaji estuvo atormentado por dolores en las articulaciones. Lo cuidó Madhavachari, ayudado por Paramesvaran.

El 27 de septiembre de 1959, Krishnaji le escribió a Kitty Shiva Rao:

Mí querida Kittyji:

Nunca le he escrito para agradecerles a usted y a Shiva Rao por el cuidado y las molestias que se tomaron mientras estuve enfermo en Delhi, No fue negligencia mía, sino que no estaba en condiciones de escribir. Ustedes conocen todo lo que ha sucedido, de modo que no voy a examinarlo. Han sido diez días terribles y Mamaji ha estado muy perturbado por todo ello. Pero las cosas están mejor. Puedo sostener una pluma y moverme de aquí para allá. Todo esto lo ha dejado a uno completamente exhausto, y ahora hay que salir de ello. Lamento haberles ocasionado preocupación y molestias. Todo está bajo control, de modo que las cosas irán muy bien.

Madhavachari me escribió informándome sobre la salud de Krishnaji. Me decía que éste había estado tan débil en Pahalgam, que tenían que conducirlo al baño.

El 27 de septiembre recibí una carta de Krishnaji en la que me contaba acerca de los dolores que había experimentado. Había estado agonizando, decía, y ésta era la primera vez que podía sostener una pluma para escribirme. Continuaba pidiéndonos a Nandini y a mí que fuéramos a Srinagar para estar con él en este lugar tan bello y tranquilo. Y agregaba: "Esta ha sido una gran prueba para Mamaji", Krishnaji había estado tomando medicinas homeopáticas para su enfermedad, y en su carta del 4 de octubre me pedía que consultara a L.K. Jha, que lo había estado tratando. Preguntaba si tenía que seguir tomando tónico de alfalfa y beriberi, y por cuánto tiempo. Los remedios homeopáticos parecen haberle hecho bien.

Le escribí a Krishnaji sugiriéndole que viniera a Delhi y que de ahí fuera a Bombay para someterse a un examen médico general.

El 5 de octubre escribió que estaba mucho mejor y que no creía que fuera necesario para él ir a Bombay para que los médicos de allá le hicieran un examen clínico completo. También escribió que estaba sufriendo de reumatismo, pero que en su sentir esto se debía a la leche de almendras que había estado tomando. Esperaba permanecer en Srinagar hasta el 21 de octubre.

Krishnaji se recuperó, y a principios de octubre hasta empezó a sostener discusiones con pequeños grupos de personas que se reunían para verle. Entre éstas se encontraba un alto, erecto *sannyasi* vestido con indumentaria de Kashmir. Tenía una presencia silenciosa, una dignidad y un sello distintivo que emanaban de la profunda investigación interior. Se llamaba Laxman Joo, y era el último de los grandes exponentes vivos del saivismo, una escuela introducida en Kashmir por Abhinav Gupta durante el siglo XI. Laxman Joo me dijo muchos años después que había ido para escuchar a Krishnaji en la cabaña de Karan Singh, y que las palabras de K le habían llenado de un éxtasis inmenso.

Krishnaji bajó a Delhi con Madhavachari en la tercera semana de octubre. A menudo salía para pasear por el centro de Nueva Delhi. En uno de los paseos nos habló a Madhavachari y a mí de la percepción alerta, describiéndola como un estado de hallarse despierto en el presente; un estado donde el ver y el escuchar operaban plena e intensamente como en una corriente única; donde la mente carecía de forma, donde no había contorno alguno de la palabra con sus significados, ni límite para contener lo que se revelaba. Habló de una mente que no se interesaba en juzgar, en retener o en abandonar cosa alguna, una mente donde sólo existían "el ver, el escuchar, el escuchar, el ver". Dijo: "En el escuchar hay una cualidad explosiva". Hablando del acto de ver, escuchar, dijo que, "activa los sentidos. Ver sin la palabra crea energía. Es un estado de comprensión en que el espíritu científico es el

espíritu religioso. Es un escuchar que recibe lo pequeño y lo grande, lo feo y lo bello. Que no lo reduce todo al nombre, a la forma y a la palabra. Una mente así es incontenible". Nos dijo que durante la noche anterior se había despertado desde una gran profundidad con las palabras "Señor del Mundo" resonando dentro de él. Había una luz tremenda, más intensa que el sol.

Pronto volvió la fiebre, pero Krishnaji estaba lo bastante bien como para viajar conmigo por avión a Bombay el 4 de noviembre. Aunque había estado enfermo y se encontraba débil físicamente, los seis meses de relativa soledad habían vuelto a alimentar la mente. Una corriente de energía vital fluía a través de él, y la mente estaba muy despierta. En el avión me contó acerca de su entrevista con Vinoba Bhave y lo que habían discutido. Dijo: "Lo que se necesita es ampliar la mente, y la mente no puede ser ampliada si hay un objetivo en vista".

"¿Qué aplicabilidad tiene eso con respecto a la acción?", pregunté.

Krishnaji respondió: "¿No cree usted que al ampliarse la mente, de hecho uno está actuando, pero de una manera por completo diferente? Para ser un revolucionario, uno tiene que ver más allá de lo inmediato. Si uno quiere ampliar la mente y tiene un objetivo en vista, lo que hace es limitar la mente. Vinoba ha trazado un círculo alrededor de sí mismo y permanece en el centro de él".

En Bombay fue examinado por el Dr. Nathubai Patel, quien lo había tratado cuando estuvo enfermo en 1955. El Dr. Patel encontró que aún había pus en la orina, y que el sistema urinario estaba otra vez inflamado. Le preocupaba un poco la pérdida de peso de Krishnaji -había perdido veinticinco libras desde comienzos de año. La dieta que llevaba era muy estricta, y el Dr. Patel le recomendó que la abandonara y empezara a alimentarse con comidas nutritivas -leche cuajada, manteca, cereales y bananas maduras. El médico tenía la sensación de que el reumatismo se debía probablemente a alguna infección viral, y recetó unas píldoras e inyecciones. A Krishnaji le agradaba el médico; en una carta a Kitty Shiva Rao escribió: "El Dr. Patel es muy bueno, no fastidia con tonterías y observaciones innecesarias. Dice que debo subir de peso".

Desde Bombay Krishnaji fue con Madhavachari al Valle de Rishi, donde se recuperó rápidamente. El 22 de noviembre, escribió desde Madrás:

Mi querida Kittyji:

Muchas gracias por su carta que estaba aguardándome en Bombay. Espero que usted y Shiva Rao se encuentren bien y que la nueva casa sea agradable y tranquila.

Mama y yo hemos estado hablando de planes; los médicos parecen pensar que sería más prudente no emprender grandes pláticas públicas. Yo también lo considero más prudente, de modo que sólo podremos efectuar pequeñas, limitadas discusiones de grupo. Mama le hará saber cuándo ambos, él y yo, viajaremos al norte.

Usted sabe que esos zapatos negros que envié desde Inglaterra hace algunos meses son para Shiva Rao y que su destino no es el de ser conservados intactos. Pupul traerá para Shiva Rao otro par de zapatos marrones. Creo que ella regresará a Delhi la semana próxima.

Aquí llueve copiosamente; en Delhi el tiempo debe estar fresco y agradable.

Con mucho amor para ambos.

Krishna

A través de los años Sunanda había sufrido tres abortos. En el Valle de Rishi ella habló una vez más del dolor ocasionado por su incapacidad de tener un hijo. Krishnaji dijo. "La maternidad es un movimiento primordial. No es como el movimiento de la ambición, del devenir. La maternidad es un instinto natural. Todo florece en una mujer -su cuerpo, sus emociones. Su cuerpo, o su mente, ¿han aceptado el hecho?", preguntó. "¿Ha dejado éste una huella en el cuerpo? Si el cuerpo lo acepta, entonces no hay conflicto entre el cuerpo y la mente". La conversación entre ellos fue bastante larga. Sunanda había llorado, y él había enjugado sus lágrimas.

"¿Cómo descubrirá usted si queda alguna cicatriz, si aún subsiste un anhelo latente en la conciencia? Usted tiene que traerlo a la superficie, permitirle que le hable, que le comunique sus insinuaciones".

En los paseos, solía señalar a un niño o a una mujer embarazada, diciéndole a Sunanda: "Observe a la mujer y al niño. No se avergüence de los sentimientos que surgen. No sea intelectual. Escuche sus respuestas. Esté atenta a cada respuesta. Examínela completamente. Hágalo ahora".

Ella había escuchado, y su comentario fue que aceptaba el hecho de quedarse sin hijos. El no la dejó proseguir. "La aceptación, la racionalización, son escapes. No corresponden. Usted está a la defensiva. Mire el hecho sin emoción ni sentimiento -de lo contrario cierra usted la puerta de la percepción". Después de un rato, él le dijo: "Escuche su soledad, sus frustraciones, sus comparaciones. Si escucha así, algo ocurre, desaparece el dolor ocasionado por la negación de la maternidad personal".

El 22 de noviembre Krishnaji fue a Madrás, donde sostuvo siete discusiones. Estas se desarrollaron bajo los añosos árboles de la lluvia, y asistieron a ellas profesores, estudiantes y profesionales, así como miembros de la Sociedad Teosófica. El perfume de los pinos, el fragor de las cascadas, el asombroso verde de los jóvenes

arrozales, y un antiguo sentido de peregrinaje impregnaba sus palabras. Estas tenían transparencia, lucidez y pureza; había destellos de discernimiento, y las percepciones sensorias estaban en armonía con la creación".

Lo que quisiera comunicarles es un total abandono del yo en el instante. Para tal abandono necesitan pasión. No tengan miedo de esa palabra. Porque, si vemos esto, podremos resolver el único problema central 'del yo con sus exigencias'".

Habló de un árbol con su tronco, sus raíces, sus ramas, y sus hojas como de una totalidad, y preguntó: "Por algún milagro, por cierta forma de mirar las nubes, por algún instante de penetrante percepción, ¿podría uno ver? ¿Podría la mente ser extraordinariamente sensible a cada movimiento del pensar y del sentir? "Lo intemporal susurra a la vuelta de cada esquina, se encuentra bajo cada hoja. Está abierto no para el ser humano deshidratado que se ha reprimido a sí mismo y carece ya de toda pasión, sino para la mente que medita de instante en instante"[1].

En otra discusión dijo: "Pienso que sería maravilloso si uno pudiera comunicar sin palabras lo que realmente siente acerca de los problemas de la existencia. Me pregunto si no es posible ir más allá de las fronteras que la mente misma ha impuesto, más allá de los estrechos límites del propio corazón, y vivir ahí. Actuar, sentir, pensar desde ahí mientras uno continúa con sus propias actividades".

Cuando se le preguntó acerca de la necesidad de una práctica regular, contestó: 'Practiquen por diez mil años, y seguirán estando dentro del campo del tiempo, del conocimiento'.

"El sí mismo, el 'yo', es inquieto. Está siempre rugiendo como un río, viviendo, moviéndose, siendo. El conocimiento propio es extraordinariamente rápido en sus percepciones. La acumulación de experiencias da origen al 'yo'".

Interrogado acerca de la muerte, habló de "la muerte y la vida marchando juntas". El miedo a la completa soledad, al aislamiento, a no ser nada, es la raíz de nuestra contradicción inherente. La creación está en la terminación, no en la continuidad".

Si hay un vivir muriendo de instante en instante, existe un estado extraordinario de ser como la nada, de llegar hasta el abismo de un movimiento eterno y caer por el borde, lo cual es muerte. Quiero saberlo todo acerca de la muerte, porque la muerte puede ser la realidad, Dios -esa cosa extraordinaria que vive y actúa".

En diciembre de 1959, Krishnaji viajó a Bombay. Para entonces se había recuperado por completo y se decidió que ofreciera ocho pláticas. Como una corriente incontenible, nuevas percepciones luminosas de la enseñanza fluían a través de la conciencia, lavando las impurezas, los problemas y conflictos del diario vivir. El lenguaje de Krishnaji era afectuoso, se tornaban evidentes inmensas percepciones y profundidades. Como en las aguas de los manantiales alimentados por las nieves, y de los ríos de Achebal y Pahalgam, se generaban destellos de discernimiento que viajaban lejos, explorando, encontrando canales nuevos, engendrando vida. En las pláticas y en las pequeñas discusiones de grupo, habló de la urgencia que latía tras la formulación de la pregunta correcta. "Una mente perceptiva vive, se mueve, está llena de energía".

"No hay respuestas para los interrogantes acerca de la vida. El estado de la mente que pregunta es más importante que la pregunta misma". Al hablar del condicionamiento y del cautiverio mental, dijo: "Si la pregunta es correcta, no tendrá respuesta, porque la pregunta misma abrirá la puerta. Pero, si es una pregunta incorrecta, uno encontrará los medios y los métodos para resolver el problema y así seguir en el cautiverio. Porque aquel que formula la pregunta es, él mismo, el cautiverio".

Habló de la "eficiencia que es esencial en la tecnología; pero que en lo interno del hombre, en el mundo de la psique, es tiranía". Porque cuando "los medios se usan para los fines, los medios nos ahogan".

En otra plática habló de la exploración en lo interno. "Revelar es descubrir, pero acumular lo que uno ha descubierto es dejar de descubrir. "Él hablaba en el arbolado complejo residencial de la Escuela de Arte. Por las tardes, los cuervos anidaban en los árboles, y las palabras de Krishnaji se entremezclaban con los ásperos gritos de aquellos.

"¿Han prestado atención alguna vez al ruido de un cuervo? ¿Lo han escuchado realmente, sin cerrarse a él por considerarlo feo? Si son capaces de escuchar así, no hay división entre el ruido y lo que se está diciendo. La atención implica claridad de lo total, en la cual no hay exclusión alguna". Él residía en la totalidad de una mente que no tenía pasado ni futuro; era un sentir, una plenitud en la que no había un centro.

"No tengo nada que ofrecer", prosiguió. "Si están escuchando, se encuentran ya en ese estado". "Ningún gurú va a decirles que lo están haciendo bien, que pueden pasar al examen siguiente. Ustedes se escuchan a sí mismos, y eso es un arte".

Él entendía que cualquier cambio con un motivo era una búsqueda de poder, y preguntó: "¿Puede la mente liberarse sin motivo alguno? Esa es la verdadera renunciación. Mantengan la mente limpia, alerta, vigilante, observen cada pensamiento, vean su significado, véanlo sin motivo alguno, sin apremio ni compulsión; entonces surge una energía que no nos pertenece, que desciende sobre nosotros. Hay un existir sin límites, y en esa energía está la realidad"[2].

El sentido de un fluir constante impregnaba sus palabras. Exploró la naturaleza del verbo 'ser' como un movimiento ininterrumpido, un estado total que contiene el pasado, un presente activo y el futuro. "Nosotros no nos interesamos en el ser, sino en el haber sido y en el llegar a ser. Existe un presente activo, un estado de *ser*, un estado activo, viviente".

Habló del escuchar, diciendo que era un estado de comprensión, un estado del ser en el cual todo tiempo se hallaba incluido.

Después invitó a los presentes: "Con la comprensión del verbo ser examinemos la naturaleza del sí mismo. El sí mismo es el 'yo'".

El 10 de enero habló del dolor. Para terminar con el dolor hay que abrazarlo, vivir con él, comprenderlo; uno tiene que hacerse amigo íntimo del dolor. Lo que uno conoce es el acto de escapar del dolor. La comprensión del dolor es una explosión, una rebelión, un descontento tremendo con respecto a todas las cosas. Para comprender la muerte y el dolor uno debe tener un impulso ardiente, una gran intensidad, y enfrentarse al hecho. La muerte es lo desconocido, como lo es el dolor', pero conocer la naturaleza, la profundidad, la belleza y soledad del dolor, es terminar con el dolor. "La bendición llega cuando hay un estado exento de reacción. Es una bendición conocer la muerte, porque la muerte es lo desconocido"[3].

Viendo la carga de un intenso dolor en los rostros atormentados de su auditorio, el día 17 de enero habló de aprender a jugar con un problema. "A menos que puedan ustedes jugar, jamás descubrirán nada. Si no saben cómo sonreír -no sólo con los labios sino con todo el ser, con los ojos, con la mente y el corazón entonces no saben qué es ser sencillo y deleitarse con las cosas comunes de la vida". Y después rió con alegría y dijo: "A menos que sean capaces de reír realmente, no sabrán qué es el dolor. Ustedes no saben qué implica ser serios"[4].

Hablando de la meditación dijo: "Para la mayoría de nosotros, lo que se explora no es importante; por lo tanto, ello no despierta la capacidad de penetrar en 'lo que es'. La vida es una cosa extraordinaria -llamamos pasado al tiempo anterior, y futuro al tiempo próximo; ¿puede uno explorar la vida a través del presente? La verdad no tiene pasado ni futuro ni continuidad. La meditación es el estado del vivir en el cual se han derrumbado las fronteras de la mente. No hay yo, no hay centro y, por ende, no hay circunferencia".

Exploró la naturaleza del pensar negativo. El pensar positivo, como afirmación, es destructivo para la investigación. "A través de la negación, hay creación", dijo. "Todo lo que nace de una mente que se halla por completo vacía, es creación. De ello surge el pensar negativo. Un modo así de abordar la vida, basado como está en la atención, no puede contener la medida. La mente que penetra a gran profundidad dentro de sí misma, emprende un peregrinaje de investigación del cual no hay retorno". Para esto necesita uno estar completamente solo -sin compañía, sin dependencia, sin apego, pensamientos o recuerdos; una negación completa de todo. "El único modo de abrir la puerta a lo eterno, es el viaje dentro de uno mismo".

Krishnaji regresó a Europa en marzo de 1960. Al llegar a Roma se sintió muy enfermo y se internó en la Clínica Bercher Brenner de Zurich. Allí, después de un detenido examen médico, lo pusieron a una dieta especial.

Tiempo después viajó a Ojai, donde se habían programado para él ocho pláticas. Súbitamente, después de la tercera plática, anunció que sólo ofrecería cuatro.

Capítulo XXI

"LA MENTE QUE INVESTIGA EN LAS PROFUNDIDADES DE SÍ MISMA, EMPRENDE UN PEREGRINAJE DEL CUAL NO HAY RETORNO".

Krishnaji regresó de Occidente en el otoño de 1960, habiendo sentido cómo se liberaban las energías volcánicas en la nueva mente científica y tecnológica. Con el ojo de la profecía, Krishnaji miraba en los años por venir. Percibía el acelerado paso del cambio que se produciría con la revelación de los misterios de la naturaleza, y con la invención de herramientas y sistemas que transformarían la sociedad y el ambiente generando presiones enormes sobre la humanidad. También parecía percibir un rápido giro hacia el caos y la violencia.

Madhavachari había venido para recibirle en Nueva Delhi y estaba parando conmigo. En las tardes íbamos con Krishnaji al Parque Buda Jayanti, que a él tanto le gustaba, y caminábamos entre piedras, árboles y arbustos. Una tarde, comenzó a hablar de la naturaleza de la creación, del pensar negativo como fuente de creación".

La creación sólo puede existir cuando la mente se halla por completo vacía; todo lo que nace de esa vacuidad implica un pensar negativo. No tiene raíz ni causa".

Investigo un estado en el que se derrumbaban las fronteras de la mente, de modo tal que en ese estado no había yo, no había centro y no había circunferencia. "Casi ninguno de nosotros ha viajado jamás dentro de sí mismo". Dijo: "Nunca miramos sin calcular", y habló de la inteligencia como la herramienta de la investigación.

En enero de 1961 Krishnaji fue a Bombay, donde ofreció diez pláticas y sostuvo diálogos con pequeños grupos. Como la agitación de los océanos de la mente en el mito arcaico de la creación, surgían joyas de lúcido discernimiento. Con inmensa pasión, Krishnaji dijo: "El mundo se está convirtiendo en algo completamente nuevo. Están conquistando el espacio, las máquinas se hacen cargo de todo, cunden las tiranías". Percibiendo las limitaciones de las mentes que escuchaban sus palabras, y la incapacidad de las mismas para abarcar la enormidad de los vientos del cambio, la creciente inhumanidad e insensibilidad, Krishnaji buscaba el modo de comunicar la urgencia que sentía.

"Algo nuevo está ocurriendo de lo cual no nos damos cuenta... Ustedes no advierten el movimiento, la significación, el flujo, la cualidad dinámica de este cambio. Pensamos que tenemos tiempo... No hay tiempo... la casa está ardiendo"[1].

"Viajando alrededor del país [en la India]", observó él una espantosa muerte de la integridad humana. Habló con vehemencia de la imperiosa necesidad de una mente nueva, "una buena mente que contenga piedad, afecto, compasión. La mente vieja ya no puede habérselas con los retos que son tan intrincados, tan sutiles, tan extensos". Se requería una nueva clase de investigación. "¿Puede uno borrarlo todo y empezar de nuevo?"

"¿Cómo investigan ustedes?", preguntó. Para él había tres modos: "Es posible, no es posible, y puede ser posible". Las primeras dos respuestas ponen fin a la investigación, porque están limitadas por sus certidumbres y así están contenidas en el tiempo. Es sólo con un sondeo tentativo en "lo que puede ser posible" que se revela la verdadera investigación. En sus pláticas, en las discusiones, en la mesa del desayuno y del almuerzo, hablaba una y otra vez de la necesidad de una mente nueva; una mente que sólo podría surgir "del vacío, de la completa negación, en un estado de revolución, cuando la mente está por completo sola".

Habló de la exploración como de un percatarse negativo, en el cual había percepción sin registro; un estado de puro ver, sin opinión, sin juicio ni conclusión alguna. Alejándose de la observación e indagación 'paso a paso' de los años 50, exploraba la mente nueva con su capacidad de abarcar lo total; esto era posible sólo "cuando la mente no se interesa en lo particular; entonces, comprendiendo lo total, puede jugar con lo particular.

"Uno tiene que ver tanto internamente como externamente. Ese ver genera una energía extraordinaria. En ese ver hay una percepción inteligente que no es externa o interna, sino que constituye realmente un único movimiento continuo. Es la marea que va y la marea que vuelve. "Viendo que sus oyentes estaban perplejos, dijo: "El tiempo impide la percepción. Una mente que piensa en la distancia como espacio de aquí hasta allá, como devenir, como logro, una mente así no puede ver una cosa en totalidad".

El inquiría dentro de la 'mente' descubriendo percepciones de lo 'nuevo', como observó: "La cualidad de ir más allá de uno mismo pertenece a la mente nueva que se halla libre del tiempo -el tiempo como proceso psicológico interno. El tiempo de la psique produce temor y así limita el caudal. Para comprender la enorme naturaleza penetrante del temor, para ver las complejidades en que la mente está enredada, uno tiene que comprender el tiempo. El temor y el tiempo marchan juntos". Percibiendo sombras en los rostros de quienes le escuchaban, Krishnaji, dijo. "El miedo es la energía destructiva en el hombre, marchita la mente".

Hablando a grupos pequeños, penetró profundamente en la naturaleza de los retos a que se estaba enfrentando la humanidad. Dijo que la crisis era de una dimensión diferente de las que antes habíamos afrontado. En estas pláticas de Bombay, Krishnaji investigó a gran profundidad la mente científica y la mente religiosa -las únicas dos mentes que podrían sobrevivir en el futuro. Se preguntó: "¿Puede la mente científica con su lógica, con su

investigación en la materia, en la energía, penetrar dentro de la mente religiosa?" Y respondió: "Cuando la mente científica se abre paso por las limitaciones de lo conocido, entonces tal vez se aproxima a la mente religiosa".

Siguió ahondando: "La mente científica con su lógica, su precisión, su indagación, investiga el mundo exterior de la naturaleza, lo cual no conduce a una comprensión interna de las cosas; pero una comprensión interna produce la comprensión de lo externo. Nosotros somos el resultado de las influencias externas. La mente científica es precisa y clara en su investigación. No es una mente compasiva, porque no se ha comprendido a sí misma.

"¿Qué es el verdadero espíritu religioso?", preguntó. "Obviamente, no lo es el del hombre que tiene creencias -que va a los templos y a las iglesias. Ni lo es la reacción a eso. Es solamente cuando negamos toda creencia o no-creencia, que vemos el hecho y la falsedad de la reacción y de pertenecer a algo; sólo así se halla la mente en un estado de negación -lo cual quiere decir que la mente está sola, que carece de autoridad y meta alguna; por lo tanto, no se encuentra en un estado de temor, que implica reacción.

"La mente religiosa no es ritualista. Es capaz de pensar con precisión, no en términos de lo negativo y lo positivo; por lo tanto, esa mente contiene en sí a la mente científica. Pero la mente científica no contiene a la mente religiosa, porque se basa en el tiempo, en el conocimiento; tiene sus raíces en el éxito y en la realización personal.

"¿Cómo penetra en lo desconocido la mente religiosa?" Krishnaji se interrogaba a sí mismo en voz alta. "No puede llegar a lo desconocido excepto mediante un 'salto'. No puede calcular y luego entrar en lo desconocido.

"La mente religiosa es la verdadera mente revolucionaria. No es una reacción a lo que ha sido. La mente religiosa es explosiva - creativa... Se encuentra en un estado de creación[2].

"La mente religiosa es la única mente que puede responder de manera total al reto del presente y a todos los retos, en todos los tiempos". Se interrumpió durante un largo rato para permitir que las palabras buscaran lo profundo. "¿Puede esta mente encontrarse así de sola, así de fuerte en su soledad, como el fuego?"

Se interrogaba nuevamente a sí mismo. "¿Cómo puede producirse una transformación desde las raíces del propio ser? ¿Cómo puede uno reconocer una mente religiosa? ¿Cómo reconoce uno a un santo? ¿Qué significa la palabra 'reconocer'? ¿Ver de nuevo? ¿Podemos hacer estallar en pedazos el patrón que tenemos de lo que es un santo? Tenemos que hacerlo para descubrir la mente religiosa. Entonces no hay santo. Él puede encontrarse a la vuelta de la esquina sin ser reconocido".

Su interrogatorio continuó. "¿Puede uno observar sin reacción alguna? Observar sin el centro es el proceso negativo. La mente es una esclava de las palabras. ¿Puede estar libre de ellas?" Viendo la mirada tensa en los rostros de los que escuchaban esforzándose por captar la esencia de sus preguntas, Krishnaji sonrió, atrayendo estrechamente hacia él al auditorio. "¿Pueden ustedes jugar con esto un poco?

"Para descubrir si hay o no hay Dios, o si hay algo más que pensamiento, tienen ustedes que hacer trizas todo el trasfondo, ¿no es así? Viendo la verdad de que cualquier condicionamiento es destructivo para la percepción, ¿puede la mente abrirse paso sin reacción alguna? Ese abrirse paso hace accesible todo el campo del conocimiento propio".

En una reunión pública se le preguntó: "¿Cómo surgió la primera mente?" Su respuesta rechazó toda especulación teórica. "El hecho es que estamos aquí. Para investigar los orígenes, tiene usted que investigar lo que es ahora. ¿Existen un principio y un final? No pregunte qué es el principio. Empezamos la investigación con la cuestión del tiempo y lo intemporal; eso nos trae a la existencia, al vivir, a lo que somos. ¿Podemos ser despiadados en nuestra investigación de lo que somos? ¿Podemos comprender qué es el presente? Entonces estaremos en contacto con el principio y el fin de todas las cosas. Inquirir correctamente es ver que no hay principio ni final. Para comprender este extraordinario sentido de intemporalidad, tienen ustedes que comprender la mente en el presente activo. La mente humana, así como es ahora, es el resultado del medio. La mente tiene que desembarazarse a sí misma de todas las influencias a fin de descubrir lo 'intemporal'.

"Para comprender el tiempo, sin descartarlo, sin crear una teoría al respecto, tienen que investigar la propia mente, darse cuenta del impacto extraordinario que tiene la influencia del tiempo. Este es la influencia de un millar de ayeres. No sólo está el tiempo cronológico, el tiempo por el reloj, sino que está el tiempo como memoria, extendiéndose hacia atrás y adelante. Esta memoria es inconsciente, está enterrada, profundamente oculta en los vastos escondrijos de la propia mente. Existe el tiempo de un lugar a otro, de aquí hasta allá, y existe el tiempo del devenir -soy esto y seré aquello. Este proyectarse hacia el futuro para 'llegar a ser', introduce lo permanente y lo transitorio.

"Existe el tiempo de la siembra, y el tiempo de la cosecha". Exploró el tiempo como memoria, con su extraordinaria complejidad y sutileza. "¿Puede uno investigar en sí mismo como investiga un científico?", preguntó.

Otra tarde exploró la naturaleza del observador y lo observado. La distancia entre el observador y lo observado, crea la dualidad. "Es sólo cuando la mente se ve a sí misma condicionada, que no hay observador. ¿Puede la mente verse a sí misma como el observador? No es una cosa rara. Cuando uno está colérico, o se apasiona por algo, en ese estado no existen ni el observador ni lo observado como pensamiento".

Al hablar sobre lo desconocido, sobre el vacío -únicamente desde el vacío puede emerger la mente nueva dijo: "La mente no puede llegar a aquello; la mente que se mide a sí misma en el tiempo, debe limpiarse del tiempo y penetrar en aquello sin conocerlo. Ustedes no pueden conocerlo. No tiene color, ni espacio, ni forma. No pueden afirmar nada al respecto. Todo lo que pueden hacer es saltar fuera de lo viejo, y ni siquiera entonces 'conocerán' aquello, porque serán parte de ese estado extraordinario".

Él estaba considerando el problema de la mente científica y la mente religiosa en la conciencia; su mente despierta escuchaba las sugerencias de la 'mente nueva'.

Discutió la cuestión una y otra vez. "Lo que se necesita es una mente nueva que funcione de manera total. La mente científica es direccional; la mente religiosa se expande explosivamente sin dirección predeterminada. El conocimiento propio es esencial, porque sólo mediante el conocimiento propio, sólo comprendiéndose a sí misma, la mente vieja se marchita para que la mente nueva pueda ser.

"Lo que se requiere es una mente fértil. Fértil en el sentido de rica, una mente en la que una semilla pueda florecer, y ser nutrida, y cuidadosamente vigilada; una mente que investigue en lo profundo, que inquiera, busque, observe. Sólo una mente así, exquisitamente dúctil, no atada a nada, es sensible. La mente fértil está vacía, como la matriz antes de la concepción. ¿Pueden ustedes tomar una cosa, por ejemplo, la envidia, y comprenderla examinándola despiadadamente, hincando en ella los dientes hasta que la mente se despoje de la envidia? Hagan el inventario de sí mismos, día tras día, minuto tras minuto, a fin de penetrar despiadadamente en esta cosa tremenda -la envidia".

Sus palabras penetraban dentro de uno como una saeta de fuego, despejando las sombras. "La mente es una cosa inmensa. No es una mancha en el universo. Es el universo. Investigar el universo exige una energía asombrosa. Es una energía más grande que la de todos los cohetes espaciales, porque no tiene centro, porque se perpetúa a sí misma. Esta energía sólo es posible cuando hay una investigación en el movimiento interno y externo de la mente. El interno es el inconsciente racial, en él están los instintos, las compulsiones, los oscuros miedos ocultos -es la historia del hombre. ¿Cómo observan? ¿Cómo escuchan? Si la observación, el escuchar, son directos, entonces están observando, escuchando negativamente. Entonces la mente no tiene conclusiones, ni opuestos, ni directivas. En ese mirar, puede ver lo que está cerca y lo que está muy lejos. En ese mirar existe una terminación. Una mente así es la mente nueva. Ha estallado sin una dirección. Una mente así es la mente religiosa".

Después puso al descubierto la naturaleza de una mente semejante, una mente para la que se exigía un duro, arduo trabajo. "Pero", dijo, "ustedes no pueden observar así, vigilando de la mañana a la noche, sin parpadear durante todo el día. Por lo tanto, jueguen con ello, háganlo con levedad. Preguntar 'cómo hago para estar atento' es crear conflicto. Pero mientras están jugando, aprenden.

"La mente que se expande de manera explosiva sin una dirección fija, es compasiva, y lo que el mundo necesita es compasión, no esquemas".

"La mente nueva no está dentro del campo del conocimiento. Es ese estado creativo que se encuentra en explosión constante. Por eso, todo conocimiento tiene que llegar a su fin".

"La mente nueva no puede surgir con la autoridad, con los maestros y los gurús. Con una mente apagada no puede uno dar con la mente nueva. Se necesita una mente fresca, apasionada, viva". Después dio la clave. "Lo que libera la energía es la percepción directa. La mayor parte del cerebro es el residuo de nuestra herencia animal, y la parte restante es indefinida. Vivimos nuestra vida en la parte muy pequeña. Jamás investigamos. La sensibilidad surge cuando observamos un árbol, un pájaro, un animal, una hormiga. Obsérvense, vean cómo caminan, cómo se bañan, cómo visten. Es importante observarnos a nosotros mismos. Si uno observa así, si observa cómo florece cada pensamiento y cada emoción, entonces el cerebro es muy sensible: de ese modo comienza el florecimiento de la mente. Eso es la mutación".

"Vigilar, observarlo todo, es percibir la totalidad, sin limitar jamás ningún pensamiento, permitiendo que todo florezca. Sólo una mente que está por completo quieta, sin reacción alguna, es un instrumento de observación. Está viva, es sensible".

"La mutación es posible solamente cuando uno ha llegado a esto mediante la percepción alerta, sin ningún esfuerzo. El reto del momento y de cada instante, si uno está despierto, es responder totalmente a lo nuevo".

"La creación no es invención. El universo no es producto de la invención".

Capítulo XXII

"MANTÉNGASE DESPIERTA".

Krishnaji dejó la India para viajar a Roma a mediados de marzo de 1961. Pocos días antes de su partida, Nandini había conversado con él en la habitación que Krishnaji ocupaba en Himmat Nivas, Bombay. Krishnaji estaba sentado en la cama con las piernas cruzadas, y Nandini cerca de él en el piso cubierto por una estera. De pronto, en medio de la conversación, él dejó de hablar. Su recta espalda quedó inmóvil, sus ojos estaban cerrados; y ella percibió aquello, lo percibió como el movimiento de una ola que súbitamente se derramaba dentro de la habitación a través de puertas y ventanas -ríos de silencio que bañaban su cuerpo, que penetraban por los poros de la piel saturándola. Ella también quedó completamente quieta y murió para el mundo. No sabe cuánto tiempo duró aquello. De pronto oyó la voz de Krishnaji y tomó conciencia de lo que la rodeaba. Ella había sentido la fuerza necesaria para contener en sí este inmenso viento silencioso, y escribió comentarios al respecto.

Algún tiempo después de eso Krishnaji estaba muy lejos. Sus largos periodos de descanso y los silencios de Ranikhet y Kashmir habían desatado el despertar de estos inmensos ríos de energía. Las percepciones que surgieron habrían de converger y florecer en el 'Diario' que Krishnaji comenzó a escribir en la primavera de 1961.

Desde el avión, en su viaje a Roma, le escribió a Nandini el 25 de marzo:

Media hora después de salir de Bombay, a 35.000 pies, el cielo estaba azul, tan azul, tan intenso, tan pálido, tan suave que traía lágrimas a los ojos; anteriormente, el azul era casi negro. Volábamos a gran altura, el avión tenía mucha estabilidad, y el mar se hallaba muy lejano debajo de nosotros; había una extraña sensación de paz, una impenetrable vastedad de horizonte a horizonte, y arriba esta cúpula sin nubes de un intenso azul; en el horizonte, el azul se veía casi como un verde suave. Era una vista maravillosa, algo increíblemente bello. En la cabina se estaba moderadamente fresco, casi frío, lo cual lo revivía a uno después del calor.

Tomó cierto tiempo recobrar la salud, y lamento haberme convertido en una molestia antes de partir. Cuando llegamos, el tiempo era claro y cálido, pero se ha vuelto frío y lluvioso.

Escribiéndole a Nandini desde Roma, decía:

El descansar y el no hacer nada han empujado el cuerpo hasta el límite, y ahora está débil. Espero que usted se encuentre bien. Por favor, haga estos ejercicios sin esfuerzo alguno; si hay un esfuerzo, los ejercicios no están bien hechos. Preste atención completa y las cosas saldrán bien. No se deje estar, mantenga viva la llama. Todo ha sido completamente extraño; no se pierda en trivialidades, no se deje abatir, manténgase despierta, en un estado de completa atención.

La Signora Vanda Scaravelli, una vieja amiga de Krishnaji, era una mujer notable, con el fuego, la excentricidad, la rapidez de mente y de cuerpo de la italiana bien educada. Recibió a Krishnaji en Roma, y después de unos días viajó con él a Il Leccio, cerca de Florencia. Más tarde, en Ginebra, él se sometió a un examen médico completo en la Clínica Bercher Brenner.

En mayo, Krishnaji se encontraba en Londres. Miss Doris Pratt, la representante de la K.W.I. en Inglaterra, había hecho arreglos para que él se alojara en una casa cerca de Wimbledon Common. Ella estaba ahí para atenderlo. K sostuvo reuniones y ofreció pláticas a un pequeño grupo de personas especialmente invitadas. En las tardes, salía para largos paseos solitarios por Wimbledon Common. El 12 de mayo le escribió a Nandini:

Las ruedas (Su uso de la palabra 'ruedas' (*wheels*) se refiere a los *chakras*) de Ooty están operando, desconocidas para todos, y también otras cosas están ocurriendo. Todo es muy extraordinario, y las palabras parecen tan inútiles. Los días son demasiado cortos, y en un día uno vive un millar de años. Manténgase activa, alerta, y no permita que nada sofoque la llama. No deje que un solo pensamiento escape sin observar de dónde surge, sus motivos, su significación. Manténgase despierta.

El 18 de mayo llegó otra carta desde Wimbledon:

A medida que envejecemos y la mente se vuelve más rígida y más mecánica, es muy importante demoler todo patrón de pensamiento y sentimiento -estar alerta a cada movimiento del pensar, vigilar incesantemente, sin permitir jamás que adquieran fuerza los estados de ánimo o que lo físico nuble la claridad de la mente. No permitir que la llama se apague ni que el humo de los acontecimientos cotidianos la sofoque. Extrañamente, las cosas que sucedieron en Ooty están ocurriendo ahora, aunque nadie lo sepa -es muy intenso. Las ruedas de Ooty están operando poderosamente. Estoy sorprendido.

Estas referencias a Ooty, habrían de reiterarse el 1º de junio, cuando escribió desde Londres:

No se deje asfixiar por la mediocridad ni por ninguno de los acontecimientos cotidianos. Sea intensa y no permita que la llame se apague. Las ruedas de Ooty están operando furiosa y dolorosamente.

Miss Pratt había notado que Krishnaji estaba pasando por ciertas experiencias misteriosas. En una carta a Rajagopal, describió lo que estaba sucediendo. Le había preguntado sobre ello a Krishnaji, y él le había dicho que no había nada que pudieran hacer excepto quedarse quietos, relajados y sin alterarse; pero le advirtió que no permitiera que nadie lo tocara. Ella seguía diciendo que se sentía espectadora del más profundo y tremendo de los misterios[1].

El 14 de junio Krishnaji voló a Ojai vía Nueva York. Mi hija Radhika, que estaba trabajando en Bryn Mawr para obtener su doctorado en filosofía, vino para verle el día 16 de junio. En una carta a Nandini, Krishnaji le decía:

Vi a Radhika -luce muy bien y tuvimos una larga conversación. La vida es corta y hay tanto que descubrir, no exteriormente sino en lo interno. Existen inmensas regiones inexploradas dentro de nosotros, y no permita que pase un solo día sin descubrir algo. Sea explosiva internamente y entonces las cosas exteriores cuidarán de sí mismas.

El 17 de junio, un día antes de viajar para Ojai, Krishnaji comenzó a escribir un registro de su peregrinación en los vastos océanos de 'lo otro'. Se estaban revelando los inmensos descubrimientos internos y las percepciones sin límites acerca de las cuales habría de escribir en el *Diario*.

Las cartas a Nandini se reiniciaron en julio desde Ojai. El 4 de julio le escribió:

Puede que recuerde que dos días antes de mi partida, usted percibió esa extraña energía en la habitación. Para permanecer con ella uno tiene que ser tremendamente 'fuerte' -usted usó esa palabra. Hay que formar parte de eso. Porque eso está aquí ahora, y las ruedas de Ooty están operando. No se enrede, esté atenta a los profundos pensamientos y sentimientos. Sea directa, sencilla y clara.

Las cartas continuaron. El 19 de julio escribió desde Gstaad:

El miedo destruye y pervierte realmente toda posibilidad de ver. Engendra ilusión, embota la mente, destruye la dignidad. Descúbralo -esté abierta a él. No encuentre excusas para el miedo. Investíguelo despiadadamente. Dése cuenta de cada forma de temor y termine con ella. No permita que permanezca con usted ni un solo instante. No hay inocencia donde hay temor, celos, apego. Esté ardientemente alerta al miedo. Las ruedas de Ooty han estado funcionando.

La Signora Scaravelli, su anfitriona en Gstaad, ha descrito los estados de conciencia de Krishnaji mientras él estuvo en el Chalet Tanneg (El Chalet Tanneg está en Gstaad, Suiza. Krishnaji vivió allá todos los años en los meses de julio y parte de agosto hasta 1983, como invitado de la Signora Vanda Scaravelli. Durante este período ofreció pláticas y sostuvo discusiones en Saanen). Estos eran similares y, no obstante, diferentes de los que habían tenido lugar en Ootacamund. El dolor intenso estaba ausente. Los estados de 'lo otro' y la bendición surgían en sus paseos, en la casa, durante las horas de vigilia o cuando despertaba del sueño. Vanda Scaravelli percibía la presencia sagrada alrededor y dentro de él. Habló del cambio en su rostro y de una percepción, un sentimiento simultáneo de vacío y plenitud. Todo el tiempo estuvo él ofreciendo pláticas en Saanen. Estas no eran independientes de sus estados de conciencia. Parecía haber llegado a su fin toda separación entre estos acontecimientos místicos y su vida cotidiana.

El 18 de julio, mientras se encontraba en Gstaad, escribió él en su *Diario*: "Nuestros ojos y cerebro registran las cosas externas, los árboles, las montañas, las rápidas corrientes; acumulan conocimiento, técnica, etc. con esos mismos ojos y cerebro entrenados para observar, escoger, condenar y justificar, nos volvemos hacia adentro, miramos dentro de nosotros, reconocemos objetos, construimos ideas que se organizan en razonamientos. Esta mirada interna no llega muy lejos, porque está aún dentro de la limitación de su propio observar y razonar. Este fijar la mirada en lo interno sigue siendo la mirada externa y, por lo tanto, no hay mucha diferencia entre ambas. Lo que pueda aparecer como diferente, puede ser similar".

"Pero existe una observación interna que no es la observación externa vuelta hacia adentro. El cerebro y el ojo que observan sólo parcialmente, no contienen la visión total. Han de estar completamente activos pero quietos; deben cesar de escoger y juzgar, pero tienen que hallarse pasivamente atentos. Entonces existe la visión total sin la frontera del tiempo-espacio. En este relámpago nace una nueva percepción"[2].

Hasta donde sepamos, ésta fue la última ocasión en que él experimentó tales acontecimientos. En años posteriores habrían de surgir otros estados de vastedad y de vacío, en los cuales se desmayaría saliendo de su cuerpo; pero estos procesos parecen ser de una naturaleza diferente.

K regresó al valle de Rishi a fines del otoño de 1961. El Dr. Balasundaram era el director. La relación entre los estudiantes, los maestros y el director era cálida y amistosa; había una cualidad viviente en la atmósfera. K percibió esto y respondió con pasión y plenitud. Experimentaba una inmensa empatía con la tierra y los cerros circundantes. Desde su ventana podía ver el Rishi Konda, y el diálogo con el cerro 'esculpido' había comenzado. Para K, el estado de bienestar del valle y de sus habitantes se comunicaba en la intensidad de la bendición que fluía desde el cerro. Las leyendas locales hablaban de profetas y sabios que vivían en el Rishi Konda. Por la noche, luces inexplicables aparecían y viajaban allende las laderas.

K continuó escribiendo su *Diario*. Una gran bendición llega a través de sus palabras. Todo cuanto estaba en él y alrededor de él penetraba el suelo del valle y aún es percibido por muchos visitantes sensibles. "Porque 'lo otro' estaba ahí y ascendía por el valle; como si hubiera una cortina de lluvia y sólo ahí no lloviera; llegaba como llega la brisa, suave y dulcemente, y estaba ahí, tanto fuera como dentro de uno"[3].

Radhika y yo estuvimos con Krishnaji durante el período en que él permaneció ahí. K salía para largos paseos a solas o con el Dr. Balasundaram y Radhika. Los árboles que se habían plantado a fines de los años 40 ahora estaban en pleno crecimiento; los pozos de agua habían hecho posible la plantación de arroz; el valle se veía lleno de arbustos verdes y vitales; los senderos estaban fragantes con las flores blancas esparcidas por alamedas de alcornoques.

Los niños que se habían congregado en la cumbre del cerro Astachal para presenciar cómo el sol se sumergía debajo del horizonte, sentían estallar los colores dentro de ellos. Permanecían silenciosamente atentos al extraño que se encontraba en medio de ellos y a los cielos que se encendían para recibirlo.

La tierra era del color del cielo; los cerros, los verdes y maduros arrozales, los árboles y el seco lecho arenoso del río tenían el color del cielo; cada roca de los cerros, los grandes cantos rodados, eran las nubes, y las nubes eran las rocas. El cielo era la tierra y la tierra el cielo; el sol poniente lo había transformado todo. El cielo en llamas ardía en cada veta de las nubes, en cada piedra, en cada brizna de hierba, en cada grano de arena. Era un incendio verde, púrpura, violeta e índigo fulgurando con la furia de las llamas. Sobre aquel cerro había una vasta extensión de púrpura y oro, encima de los cerros meridionales un ardiente, delicado verde, y pálidos azules; hacia el Este una espléndida puesta de sol en oposición, rojo púrpura, ocre tostado, magenta y violeta pálido. La puesta de sol en oposición estallaba en esplendor igual que la del Oeste; unas pocas nubes se habían reunido alrededor del sol poniente; eran puras, un fuego sin humo que jamás se apagaría, Este fuego, en su vastedad e intensidad, lo penetraba todo y se introducía en la tierra. Y la tierra era los cielos y los cielos eran la tierra. Y todo vivía y estallaba de color y el color era Dios, no el dios del hombre. Los cerros se tornaban transparentes, cada roca, cada piedra habían perdido su peso y flotaban en el color, y los cerros distantes eran azules, del azul de todos los mares y del cielo de todos los climas. Los florecidos arrozales, una extensión intensamente verde y rosada, llamaban de inmediato la atención. Y el camino que atravesaba el valle se veía púrpura y blanco, tan vivo que era uno de los rayos que corrían de una a otra parte del cielo. Uno mismo era parte de esa luz que ardía furiosamente, que estallaba, esa luz sin sombra, sin raíz y sin palabras. Y a medida que el sol iba descendiendo, cada color se tornaba más violento, más intenso, y uno se perdía completamente, más allá de cuanto pudiera recordar. Este era un atardecer sin memoria[4].

En sus pláticas a los niños y a los maestros, K cuestionaba el lugar del conocimiento en la transformación del hombre. Las mentes de los niños estaban activas, estimuladas por el contacto directo con la presencia de K, con la bendición, un océano en el cual él se movía y hablaba. La claridad y profundidad de las percepciones que se revelaban en las pláticas eran sorprendentes. Estas pláticas habrían de aparecer más tarde en *Krishnamurti y la educación*. En ellas K ponía énfasis en los dos instrumentos asequibles para la mente humana: el conocimiento, que lo capacita a uno para adquirir poder sobre el medio ambiente material; y la inteligencia, que nace de la observación. "Una mente nueva sólo es posible cuando el espíritu religioso y la actitud científica forman parte del mismo movimiento de la conciencia". Para K estos no eran movimientos separados que debían fundirse, sino un nuevo movimiento inherente a la inteligencia y a la mente creativa.

K negaba todas las relaciones jerárquicas. Para él, la verdadera comunicación sólo era posible cuando el maestro y el estudiante funcionaban en el mismo nivel, comunicándose mediante la pregunta y la contra pregunta, hasta que en el acto mismo de aprender, el problema era explorado a fondo y la comprensión iluminaba al mismo tiempo la mente del estudiante y la del maestro.

Hablándole del temor al niño, K dijo: "Cuando ustedes ven el temor, investíguenlo, enfréntense a él, y entonces el temor desaparece". Exploró con el niño el complejo problema del miedo. Puso al descubierto las enormes

tinieblas del miedo y la naturaleza del devenir, haciéndolo con delicadeza y lucidez. Consideró el tiempo del reloj y el tiempo interno, que es creado por la psique convirtiéndose en el 'yo seré'. La proyección en el futuro es la raíz del miedo.

Un niño le preguntó acerca de la muerte. "Existen dos clases de muerte", dijo K: "La muerte del cuerpo y la muerte del pensamiento". El cuerpo, el organismo físico tiene que terminar. "Eso no nos atemoriza. Lo que tememos es que el pensamiento como el 'yo' que ha vivido, que ha adquirido dinero, familia, el 'yo' que quiere volverse importante, llegue a su fin". K le preguntó al niño: "¿Ves la diferencia entre el morir físico y el morir del 'yo'?" Los niños escuchaban, la semilla de la inteligencia había sido plantada, en tierra rica o en estéril suelo rocoso -sólo el futuro lo revelaría.

Introdujo al niño en el conocimiento propio y en la meditación. Al final de una plática dijo: "Ante todo permanezcan así sentados en completa quietud, cómodamente, muy serenos, relajados; les mostraré. Ahora, miren los árboles, las colinas, la sombra de esas colinas, mírenlas, miren la cualidad de su color, obsérvenlas. No me escuchen a mí. Observen y vean esos árboles, los árboles amarillentos, el tamarindo, y luego miren las buganvillas. No los miren con la mente sino con los ojos. Después de haber mirado todos los colores, la forma del suelo, de las colinas, de las rocas, la sombra que proyectan, trasládense entonces de lo externo a lo interno y cierren los ojos, cierren los ojos completamente. Han terminado de mirar las cosas exteriores y ahora, con los ojos cerrados, pueden mirar lo que ocurre adentro. Observen lo que ocurre dentro de ustedes, no piensen, sólo observen, no muevan los globos oculares, manténganlos muy, muy quietos, porque ahora no hay nada que ver con ellos, ustedes han visto las cosas que los rodean, ahora están viendo lo que ocurre dentro de la mente, y para ver lo que ocurre dentro de la mente deben estar muy quietos en lo interno. Y cuando hacen esto, ¿saben lo que les sucede? Se vuelven muy sensibles, muy alertas a las cosas externas e internas. Entonces descubren que lo externo es lo interno, descubren que el observador es lo observado"[5].

Habló en el mismo sentido al maestro, tal como lo había hecho con el niño. Habló de la urgencia y necesidad de tener una visión de largo alcance, en la cual estuvieran contenidas las cosas pequeñas. Exploró con tangible sutileza los muchos escondrijos oscuros de la mente.

La plática final de K, "El florecer", es quizás una de las más audaces y explosivas que jamás haya pronunciado sobre la educación.

"¿Puede la frustración florecer?", preguntó. "¿Cómo la cuestionan ustedes de modo que la frustración se despliegue y florezca? Es sólo cuando el pensamiento florece que puede morir naturalmente. Como la flor en un jardín, el pensamiento debe florecer, debe fructificar, y entonces muere. Al pensamiento debe dársele libertad para florecer y morir. Y la pregunta correcta es si puede haber libertad para que la frustración florezca y muera"

Un maestro le preguntó qué entendía por 'florecer'. Krishnamurti contestó: "¡Mire las flores en el jardín, allí enfrente! Están floreciendo, y después de unos pocos días se marchitarán, porque tal es su naturaleza. Ahora bien, debe dársele libertad a la frustración a fin de que florezca".

"Su pregunta era: '¿Existe un impulso que se mantenga a sí mismo en acción, limpio, saludable?' Ese impulso, esa llama que arde cuando todo en uno tiene libertad para florecer -lo feo, lo hermoso, lo malo, lo bueno, y lo estúpido de modo que no haya cosa alguna que se reprima, que no quede nada sin haber sido sacado a la luz, examinado y quemado. Y eso no puedo hacerlo si, a través de las pequeñas cosas, no descubro la frustración, la desdicha, el dolor, el conflicto, la estupidez, la insensibilidad. Si descubro la frustración mediante el mero razonamiento, entonces no sé qué significa la frustración".

Los maestros eran incapaces de comprender, y siguieron preguntando. "Vea", respondió K a uno, "para usted el florecer es una idea. La mente pequeña siempre trata con los síntomas y nunca con el hecho. Carece de libertad para descubrir. Hace exactamente lo que le indica su condición de mente pequeña, porque dice: 'Esa es una buena idea, pensaré al respecto', y de ese modo está perdida, porque entonces trata con la idea, no con el hecho. No dice. 'Dejémoslo florecer y veamos qué ocurre'. Entonces sí que descubriría. Pero en vez de eso dice: 'Es una buena idea, debo investigar la idea'

Les dijo a los maestros que la mayoría de las personas eran prisioneras de las pequeñas cosas. "¿Puedo ver el síntoma, penetrar en la causa y dejar que la causa florezca? Pero yo quiero que florezca en una dirección determinada, y eso significa que tengo una opinión de cómo debería florecer. ¿Puedo, entonces, ir tras de eso? ¿Puedo ver que impido el florececimiento de la causa porque temo no saber qué ocurrirá si permito que florezca la frustración? ¿Puedo, entonces, investigar por qué tengo miedo? Veo que en tanto exista el temor, no puede haber florecimiento. Debo, pues, abordar el temor, no mediante la idea del temor, sino que debo abordarlo como un hecho, lo cual significa que debo permitirle al temor que florezca.

"Todo esto requiere muchísima percepción interna. ¿Sabe qué significa permitir que el temor florezca? ¿Puedo dejar que todo florezca? ¡Eso no significa que yo vaya a matar, a robar a alguien, sino simplemente dejar que florezca 'lo que es'!"

Viendo que ellos todavía no comprendían, preguntó: "¿Ha cultivado usted una planta? ¿Cómo lo hace?"

Un maestro replicó: "Preparo la tierra, le pongo abono..."

K continuó: “Le pone el abono adecuado, usa la semilla adecuada, la siembra en su tiempo justo, la cuida, impide que le sucedan cosas. Le da libertad. ¿Por qué no hace lo mismo con los celos?”

“Aquí el florecimiento no se expresa exteriormente como la planta”.

K dijo: “Es mucho más real que la planta que usted cultiva afuera, en el terreno. ¿No sabe qué son los celos? En el momento que está celoso, ¿dice que eso es imaginación? Arde con ello, ¿no es así? Está iracundo, furioso. ¿Por qué no los sigue, no como una idea, sino realmente? ¿Puede dejarlos salir afuera, mirarlos y ver que florezcan, de modo que en cada florecer los celos se destruyan a sí mismos y, por lo tanto, no exista al final de ello un ‘alguien’ que esté observando la destrucción? En eso hay creación verdadera”.

Los maestros volvieron a preguntar. “Cuando la flor florece se revela a sí misma. ¿Qué quiere usted decir exactamente, señor, cuando afirma que si los celos florecen se destruirán a sí mismos?”

K respondió: “Tome un pimpollo, un pimpollo real de un arbusto. Si lo corta nunca va a florecer, morirá rápidamente. Si lo deja florecer, entonces le muestra su color, su delicadeza, el polen. Muestra lo que realmente es, sin que a usted le digan que es rojo, que es azul, que tiene polen. Está ahí para que usted lo mire. Del mismo modo, si deja que los celos florezcan, ellos le mostrarán todo lo que realmente son -envidia, apego. Así que, al permitir que los celos florezcan, estos le han mostrado todos sus colores, revelándole qué hay detrás de los celos”.

“Decir que los celos tienen por causa el apego, es mera verbalización. Pero al permitir verdaderamente que los celos florezcan, la realidad de que uno está apegado a algo se vuelve un hecho, un hecho emocional, no una idea intelectual, verbal. Y así, cada florecimiento revela lo que uno no fue capaz de descubrir. Y a medida que cada hecho se descubre a sí mismo, florece, y uno trata con ese hecho. Al dejar que el hecho florezca, éste abre otras puertas, hasta que ya no hay en absoluto ninguna clase de florecimiento y, por tanto, no hay ninguna clase de causa o motivo”[6].

Al ver la expresión que tenían los rostros de los maestros, Krishnaji dijo: “Cuando ustedes escuchan, en el mismo acto de escuchar tiene lugar el florecimiento”.

La relación de Krishnaji con las escuelas estaba experimentando un cambio profundo. Él veía la escuela como un oasis donde la enseñanza podía ser protegida y mantenida viva, cualesquiera que fueran el desorden y la violencia en el mundo, tenía que surgir una nueva generación, una mente nueva; y para eso no sólo se requería que el educador y el educando tuvieran mentes que escucharan y ojos que pudieran ver con una visión de largo alcance, sin identificación ni fragmentación alguna, sino que el suelo tenía que ser arado, había que sembrar la semilla, y la tierra tenía que santificarse con la bendición.

Radhika y yo viajamos con Krishnaji en el automóvil desde el Valle de Rishi a Madrás. Aldous Huxley y su esposa se encontraban en la India, y a fines del mes habrían de visitar a Krishnaji en Madrás como sus invitados. Yo había prometido hacer que la estada de ellos en Vasanta Vihar, una casa espartana, fuera confortable. Los muebles en las habitaciones de Vasanta Vihar tenían que disponerse de otra manera, y había que introducir cierta sofisticación en el servicio de las comidas. Sin embargo, cuando llegamos a Madrás, me estaba esperando un telegrama; mi esposo había caído enfermo, de modo que Radhika y yo viajamos inmediatamente hacia Delhi.

Después Krishnaji vino desde Madrás a Delhi con Madhavachari. Desolada por el dolor personal, fui a ver a Krishnaji. Él me abrumó con su afecto, sostuvo mi rostro de modo tal que mis ojos no pudieran escapar de la intensa profundidad de los suyos, y volvió a hablarme de mi cautiverio y de las ilusiones y esperanzas que rehusaban apaciguarse. Súbitamente, el dolor desapareció. Algún bloqueo que había dentro de mí se disolvió en los ríos de energía que fluían desde él. En los años que siguieron, yo habría de verme algunas veces con él a solas; fueron reuniones relacionadas con las escuelas o con la enseñanza; raramente planteé un problema personal.

Más tarde, en 1962, me destrozó la decisión que tomó mi única hija, Radhika, de casarse con un joven filósofo norteamericano. Yo estaba profundamente apegada a ella, y mi respuesta a la separación planteada era inevitable. Mi cuerpo y mi mente experimentaron una devastación. No podía soportar el acompañarla a los EE.UU. donde iba a casarse. Fui a despedirla al aeropuerto, y después me aparté del resto de la familia, buscando estar sola, lejos de todo lo que fuera familiar.

De Calcuta fui a Birbhum, y a mi regreso leí los titulares de los diarios. En la India se había declarado el estado de emergencia. China había irrumpido a través de las defensas y estaba a las puertas de la India. La confrontación directa de Kennedy y Kruschev por la crisis de los misiles cubanos había sacudido al mundo. Se había alcanzado el punto sin retorno. Yo miraba los titulares y el suelo se hundía bajo mis pies. Tenía que enfrentarme al hecho de que tal vez jamás volvería a ver a mi hija.

Permanecí toda la noche sumida en la angustia, dejando que la agonía inundara la conciencia, rehusando admitir la esperanza. Brotaban la ansiedad, la desesperación, los recuerdos, la sensación de ‘para siempre’; el terror de estas palabras me paralizaba, pero las veía surgir, y las dejaba estar. En la mañana, el amor por mi hija seguía siendo igual de profundo, pero el dolor y la angustia que surgían ante el pensamiento del posible fin de la relación, se habían aplacado. El apego había perdido uno de los garfios en que estaba retenido. Ahora sólo subsistía mi dependencia del gurú, y pronto eso también habría de ser puesto a prueba.

Radhika se encontró con Krishnaji en Gstaad, camino a los Estados Unidos, en noviembre de 1962. Krishnaji me escribió desde el Chalet Tanneg diciéndome que se había visto con Radhika y había dado con ella un largo paseo. “Fue bueno que nos encontráramos”, decía. Sabiendo lo que significaría para mí la partida de mi hija, escribió: “Debe haber sido una gran prueba ver irse a Radhika”.

Capítulo XXIII

"AFORTUNADO EL HOMBRE QUE NADA ES". CARTAS A UNA JOVEN AMIGA

Entre 1948 y principios de los años 60, Krishnaji era fácilmente accesible y mucha gente venía a verle. Las relaciones florecían en los paseos, en las entrevistas personales, a través de cartas. Las cartas que siguen[1] las escribió a una joven amiga que llegó a él herida en cuerpo y mente. Escritas entre junio de 1948 y marzo de 1960, revelan una rara compasión y claridad; se despliegan en ella la enseñanza y el poder curativo; desaparecen la separación y la distancia; las palabras fluyen; ni una sola palabra es superflua; la curación y la enseñanza son simultáneas:

Sea dúctil mentalmente. El poder no radica en la firmeza y en la fuerza, sino en la flexibilidad. El árbol flexible aguanta el ventarrón. Adquiera el poder de una mente rápida.

La vida es extraña, tantas cosas ocurren inesperadamente; la mera resistencia no resolverá ningún problema. Uno necesita tener infinita flexibilidad y un corazón sencillo.

La vida es el filo de una navaja y uno ha de recorrer ese sendero con cuidado exquisito y dúctil sabiduría.

La vida es muy rica, tiene tantos tesoros, y nosotros la afrontamos con los corazones vacíos; no sabemos cómo llenar nuestros corazones con la plenitud de la vida. Somos pobres internamente, y cuando se nos ofrecen riquezas, las rechazamos. El amor es algo peligroso, trae consigo la única revolución que da completa felicidad. Y así muy pocos de nosotros somos capaces de amar, pocos queremos amar. Amamos en nuestros propios términos, haciendo del amor una cosa comerciable. Tenemos la mentalidad mercantil y el amor no es comerciable, no es un asunto de toma y daca. Es un estado del ser en que se resuelven todos los problemas humanos. Vamos al pozo con un dedal, y así la vida se vuelve una cosa vulgar, pequeña y mezquina.

¡Qué exquisito lugar podría ser la tierra, con tanta belleza como hay, tanta gloria, tanta imperecedera hermosura! Estamos atrapados en el dolor, y no nos importa poder salirnos de él, aun cuando alguien nos esté señalando una salida.

No sé, pero uno está ardiendo de amor. Hay una llama inextinguible. Uno tiene tanto de ese amor que desea darlo a todos, y lo hace. Es como un río poderoso que fluye, nutriendo y regando cada ciudad y aldea por las que pasa; se contamina, la suciedad del hombre entra en él, pero las aguas se purifican pronto y rápidamente prosigue su curso. Nada puede estropear el amor, porque todas las cosas se disuelven en él -las buenas y las malas, las feas y las bellas. Es la única cosa que tiene su propia eternidad.

¡Los árboles se veían tan majestuosos, tan extrañamente impenetrables a las calles asfaltadas y al tráfico! Sus raíces se hundían muy abajo, en lo profundo de la tierra, y sus copas se alargaban a los cielos. Nosotros tenemos nuestras raíces en la tierra, y tiene que ser así, pero nos adherimos a la tierra; sólo unos pocos se elevan a los cielos. Son las únicas personas creativas y felices. Las demás se destruyen y se dañan unas a otras sobre esta tierra tan hermosa -con injurias y también con habladurías.

Sea abierta. Viva en el pasado si tiene que hacerlo, pero no luche contra el pasado; cuando el pasado llega, mírelo; no lo aparte de sí ni se aferre a él demasiado. La experiencia de todos estos años, el dolor y la felicidad, los desastres lamentables y los destellos que en usted suscitó la separación, la sensación de lejanía, todo esto habrá de enriquecerla y agregará belleza a su vida. Lo que importa es lo que tiene usted en su corazón; y puesto que eso desborda, lo tiene todo, usted es todo.

Esté alerta a todos sus pensamientos y sentimientos, no deje que ninguno de ellos se escabulla sin que usted lo advierta y absorba su contenido. Absorber no es la palabra, sino ver, ver todo el contenido del pensamiento-sentimiento. Es como entrar en una habitación y ver todo el contenido de la misma de una sola vez, su atmósfera y sus espacios. Ver los propios pensamientos y estar atento a ellos, lo vuelve a uno intensamente sensible, flexible y alerta. No juzgue ni condene, sólo esté muy alerta. De la separación de las impurezas, surge oro puro.

Ver 'lo que es' resulta realmente muy arduo. ¿Cómo observa uno claramente? Un río, cuando se encuentra con una obstrucción, nunca está quieto; el río demuele la obstrucción por su propio peso, o pasa por encima de ella o encuentra su camino por debajo o alrededor del obstáculo; el río nunca está quieto; no puede sino actuar. Se rebela, si podemos expresarlo así, inteligentemente. Uno debe rebelarse inteligentemente y aceptar inteligentemente 'lo que es'. Para percibir 'lo que es', tiene que existir el espíritu de la rebelión inteligente. A fin de no confundirse, se necesita cierta inteligencia; pero uno está generalmente tan ansioso por conseguir lo que desea, que se arroja contra el obstáculo; o se destroza contra él o queda exhausto en su lucha contra él. Ver la cuerda como cuerda no requiere valor, pero confundir la cuerda con una serpiente y luego observar, eso sí que requiere valor. Uno tiene que dudar, investigar siempre, ver lo falso como falso. Uno obtiene el poder de ver claramente, mediante la intensidad de la atención; verá usted que ese poder llega. Hay que actuar; el río jamás deja

de actuar, está siempre activo. Para actuar, uno tiene que hallarse en estado de negación; esta negación misma trae su propia acción positiva. Pienso que el problema es ver claramente; entonces esa percepción misma es la que genera su propia acción. Cuando hay flexibilidad, no existe el problema de acertar o equivocarse.

Uno tiene que estar muy claro internamente. Le aseguro que entonces todo saldrá bien; sea clara y verá que las cosas se ordenan correctamente por sí mismas sin que usted haga nada al respecto. Lo correcto no es lo que responde a nuestros deseos.

Tiene que haber una completa revolución, no sólo en las grandes cosas, sino en las pequeñas cosas de todos los días. Usted ha tenido esa revolución, no vuelva a lo de antes, manténgase ahí. Mantenga la caldera hirviendo - internamente.

Espero que haya pasado una buena noche, que la salida del sol a través de su ventana haya sido agradable, y que pueda ver apaciblemente las estrellas nocturnas antes de ir a dormir. Qué poco conocemos del amor, de su extraordinaria ternura y de su 'poder', con qué facilidad usamos la palabra amor; la usa el general, la usa el carnicero; el hombre rico la usa y la usan el muchacho y la muchacha. Pero, ¡qué poco saben de él, de su inmensidad, de su condición inmortal e insondable! Amar es percibir la eternidad.

Qué cosa extraordinaria es la relación, y con qué facilidad caemos en el hábito de una relación particular, donde las cosas se dan por sentadas, donde se acepta la situación y no se tolera variación alguna; no se da cabida a ningún movimiento hacia la incertidumbre, ni siquiera por un segundo. Todo está tan bien regulado, asegurado, sujeto, que no hay oportunidad ninguna para la frescura, para un claro soplo revivificante de primavera. Esto y más es lo que llamamos relación. Si observamos atentamente, vemos que la relación es algo mucho más sutil, más rápido que el relámpago, más inmenso que la tierra, porque la relación es vida. Nuestra vida es conflicto. Nosotros queremos hacer de la relación algo tosco, rígido y maniobrable. Y así pierde su fragancia, su belleza. Todo esto surge porque no amamos, y el amor, es, desde luego, lo más grande de todo, porque en él tiene que existir la completa entrega de uno mismo.

Lo esencial es la cualidad de lo fresco, de lo nuevo, o de lo contrario la vida se convierte en una rutina, en un hábito; y el amor no es un hábito, una cosa aburrida. La mayoría de la gente ha perdido la capacidad de maravillarse. Lo da todo por hecho, y este sentido de seguridad destruye la libertad y la sorpresa de la incertidumbre.

Proyectamos un futuro muy distante, lejos del presente. La atención necesaria para comprender, está siempre en el presente. En la atención siempre existe un sentido de inminencia. Tener claridad con respecto a las propias intenciones implica una tarea muy ardua; la intención es como una llama, instándolo a uno incesantemente a comprender. Sea clara en sus intenciones y verá que las cosas salen bien. Tener claridad en el presente es todo lo que se necesita, pero no es tan fácil como suena. Uno tiene que desbrozar el campo para la nueva semilla, y una vez que ésta se planta, su propia fuerza y vitalidad crean el fruto y la semilla siguiente. La belleza externa jamás puede ser permanente, se estropea siempre si no existen el deleite y la dicha internos. Nosotros cultivamos lo externo, y prestamos muy poca atención a lo que ocurre bajo la piel; pero lo interno se impone siempre a lo externo. Es el gusano dentro de la manzana el que destruye la frescura de la manzana.

Se requiere gran inteligencia para que un hombre y una mujer que viven juntos se olviden de sí mismos, no se sometan el uno al otro ni se dominen mutuamente. La relación es la cosa más difícil que hay en la vida.

Qué extrañamente susceptible es uno a una atmósfera; necesita un ambiente amigable, un sentimiento de atención cálida en el cual pueda florecer libre y naturalmente. Muy pocos tienen esta atmósfera, por eso casi todos están empequeñecidos, tanto en lo físico como en lo psicológico. Estoy muy sorprendido de que usted haya sobrevivido sin corromperse en esa atmósfera peculiar. Uno puede ver por qué no fue usted totalmente destruida, por qué no se manchó ni se doblegó; en lo externo se adaptó lo más rápidamente que pudo, y en lo interno se adormeció. Es esta insensibilidad interna la que la salvó. Si se hubiera permitido ser sensible, internamente abierta, no hubiera podido soportarlo y entonces habría existido un conflicto que la habría quebrantado con las huellas consiguientes. Ahora que está internamente despierta y clara, no tiene conflicto alguno con la atmósfera que la rodea. Es este conflicto el que corrompe. Usted permanecerá siempre libre de cicatrices si internamente está muy alerta y despierta y se adapta con afecto a las cosas exteriores.

Los sustitutos pronto se marchitan. Uno puede ser mundano aun cuando posea unas pocas cosas. El deseo de poder en cualquiera de sus formas -el poder del asceta, el poder de un gran financista, o el del político, o el del papa es mundano. El anhelo de poder engendra crueldad y pone énfasis en la importancia del sí mismo; la agresividad del yo en expansión es, en esencia, mundanalidad. La humildad es sencillez, pero la humildad cultivada es otra forma del espíritu mundano.

Muy pocos se dan cuenta de sus cambios internos, de sus retrocesos, conflictos y distorsiones. Incluso si se dan cuenta, tratan de hacerlos a un lado o escapan de ellos. No haga eso. No creo que lo haga, pero hay un peligro en vivir demasiado estrechamente en contacto con los propios pensamientos y sentimientos. Uno tiene que percatarse

de ellos sin ansiedad, sin presión ninguna. En su vida ha tenido lugar la verdadera revolución, usted debe estar muy atenta a sus pensamientos y sentimientos -déjelos salir, no los controle, no los detenga. Déjelos que se viertan hacia afuera, tanto los apacibles como los violentos, pero esté alerta a ellos.

¿Está ocupada con lo que son sus deseos, si es que tiene algunos? El mundo es un buen lugar; nosotros lo hacemos todo para escapar de él por medio de la adoración, de la plegaria, de nuestros amores y temores. No sabemos si somos ricos o pobres, jamás hemos investigado a fondo dentro de nosotros mismos para descubrir 'lo que es'. Existimos en la superficie, satisfechos con tan poco y sintiéndonos dichosos o desdichados por cosas tan pequeñas. Nuestras mentes mezquinas tienen problemas mezquinos y respuestas mezquinas, y así consumimos nuestros días. No amamos, y cuando lo hacemos es siempre con miedo y frustración, con dolor y anhelos.

Estuve pensando en lo importante que es ser inocente, tener una mente inocente. Las experiencias son inevitables, tal vez necesarias; la vida es una serie de experiencias, pero la mente no necesita cargarse con sus propias exigencias acumulativas. Puede lavarse de cada experiencia y mantenerse inocente -sin carga alguna. Esto es importante, de lo contrario la mente nunca puede ser fresca, alerta y flexible. El problema no es 'cómo' mantener flexible la mente; el 'cómo' es la búsqueda de un método, y el método jamás puede traer inocencia a la mente; puede volverla metódica, pero nunca inocente, creativa.

Comenzó a llover ayer por la tarde, ¡y cómo diluvió durante la noche! Jamás he escuchado nada como esto. Fue como si se hubieran abierto los cielos. Con ello había un silencio extraordinario, el silencio de un peso inmenso derramándose sobre la tierra.

Es siempre difícil mantenerse sencillo y claro. El mundo adora el éxito, cuanto más grande, mejor; cuanto más grande es el auditorio, más grande se considera que es el orador; los colosales superedificios, los automóviles, los aviones y la gente. Se ha perdido la sencillez. Las personas exitosas no son las que están construyendo un mundo nuevo. Para ser un verdadero revolucionario se requiere un cambio completo de corazón y de mente, ¡y qué pocos son los que quieren liberarse! Cortamos las raíces superficiales; pero cortar las raíces profundas que alimentan la mediocridad, el éxito, requiere algo más que palabras, métodos, compulsiones. Parece haber muy pocos, pero ellos son los verdaderos constructores -el resto se esfuerza en vano.

Uno se está comparando perpetuamente a sí mismo con otro, con lo que uno es, con lo que debería ser, con alguien que es más afortunado. Esta comparación mata realmente, es degradante, pervierte la propia perspectiva de la vida. Y a uno lo han educado en la comparación. Toda nuestra educación se basa en eso, y del mismo modo nuestra cultura. En consecuencia, hay una perpetua lucha por ser otra cosa que lo que uno es. La comprensión de lo que uno es, descubre la creatividad, pero la comparación genera competencia, crueldad, ambición, lo cual pensamos que produce progreso. El progreso sólo ha conducido hasta ahora a más guerras despiadadas y desdichas de las que el mundo haya conocido jamás. La verdadera educación consiste en educar a los hijos sin comparación alguna.

Parece extraño estar escribiendo, parece tan innecesario. Lo que importa está aquí y usted está allá. Con las cosas reales es siempre así, es tan innecesario escribir sobre ellas o hablar de ellas; y en el mismo acto de escribir o hablar, sucede algo que las corrompe, que las estropea. ¡Hay tantas cosas que se dicen aparte de la cosa real! Este impulso de realizarse que arde en tanta gente, en pequeña medida y en gran medida... Este impulso puede satisfacerse de un modo u otro, y con la satisfacción, las cosas más profundas se desvanecen. Eso es lo que ocurre en la mayoría de los casos, ¿no es así? La satisfacción del deseo es un asunto muy insignificante, por placentero que pueda ser. Pero con la satisfacción del deseo, como éste continúa satisfaciéndose a sí mismo, sobrevienen la rutina, el aburrimiento, y la cosa real desaparece. Es esta cosa real la que tiene que perdurar, y la maravilla de eso es que lo hace así si uno no piensa en satisfacerse, sino que ve las cosas exactamente como son.

Muy raramente estamos solos; siempre con la gente, con pensamientos que se agolpan en nosotros, con esperanzas que no han sido satisfechas o que van a serlo, con recuerdos. Es esencial que el hombre esté solo para no ser influido, para que ocurra en él algo incontaminado. Para esta soledad creativa parece no haber tiempo, hay demasiadas cosas por hacer, demasiadas responsabilidades, etc. Se vuelve una necesidad aprender a estar quieto, a encerrarse uno en su habitación, a dar un descanso a la mente. El amor es parte de esta soledad. Ser sencillos, claros, estar internamente quietos, es tener esa llama.

Puede que las cosas no sean fáciles, pero cuanto más le pide uno a la vida, más temible y dolorosa se vuelve ésta. Vivir sencillamente, libre de influencias, aunque todo y todos estén tratando de influir sobre uno, vivir libre de los cambiantes estados de ánimo y de las exigencias en constante variación, no es fácil, pero sin una vida profundamente quieta en lo interno, todas las cosas son vanas e inútiles.

¡Qué claro es el cielo azul, qué vasto, intemporal y sin espacio! La distancia, el espacio es una cosa de la mente; el aquí y el allá son hechos, pero se convierten en factores psicológicos con el impulso del deseo. La mente es un fenómeno extraño. Tan compleja y, no obstante, tan simple en esencia. Se vuelve compleja por las múltiples compulsiones psicológicas. Esto es lo que ocasiona conflicto y dolor: la resistencia y las adquisiciones. Es arduo estar atento y dejarlas pasar de largo sin quedar enredado en ellas. La vida es un río inmenso que fluye. La mente

atrapa en su red las cosas de este río, descartando y reteniendo. No tiene que haber red. La red es del tiempo y del espacio; la red es la que crea el aquí y el allá; la dicha y la desdicha.

El orgullo es una cosa extraña; orgullo en las cosas pequeñas y en las grandes cosas; orgullo en nuestras posesiones, en nuestros logros, en nuestras virtudes; orgullo de la raza, del nombre y de la familia; orgullo en la capacidad, en la apariencia, en los conocimientos. Hacemos que todas estas cosas alimenten el orgullo, o escapamos hacia la humildad. Esta no es el opuesto del orgullo -sigue siendo orgullo, sólo que lo llamamos humildad; la conciencia de ser humilde es una forma de orgullo. La mente tiene que ser 'algo', lucha por ser esto o aquello, nunca puede hallarse en un estado de ser nada. Si la nada es una nueva experiencia, entonces la mente debe tener esa experiencia -el intento mismo de hallarse silenciosa es otra adquisición más. La mente tiene que ir más allá de todo esfuerzo. Sólo entonces...

Nuestros días están tan vacíos que se llenan con actividades de toda clase: negocios, especulación, meditación, pena y alegría. Pero a pesar de todo esto, nuestras vidas están vacías. Despójese a un hombre de la posición, del poder o del dinero, y ¿qué es él? Externamente, tenía toda esa ostentación, pero internamente es superficial, está vacío. Uno no puede tener ambas riquezas, la interna y las otras. La plenitud interna importa mucho más que lo externo. Uno puede ser defraudado por lo externo, los acontecimientos externos pueden destrozar lo que hemos construido cuidadosamente; pero las riquezas internas son incorruptibles, nada puede afectarlas, porque no han sido producidas por la mente.

El deseo de realizarse es muy fuerte en la gente, que lo persigue a cualquier costo. Esta realización personal, en todas las formas y en cualquier dirección, es lo que nos sostiene a la inmensa mayoría de nosotros; si fracasamos en una dirección, tratamos de realizarnos en otra. Pero, ¿existe una cosa como la realización? El realizarse puede traer consigo cierta satisfacción, pero ésta se desvanece pronto y otra vez estamos a la caza de algo nuevo. En la comprensión del deseo llega a su fin todo el problema de la realización. El deseo implica esfuerzo por ser, por devenir, y con la terminación del devenir desaparece la lucha por realizarse.

En las montañas uno tiene que estar solo. Debe ser encantador tener lluvia en medio de las montañas y ver caer las gotas en el plácido lago. Sentir como brota el olor de la tierra cuando llueve, y después escuchar el croar de las numerosas ranas. Hay un extraño encantamiento en los trópicos cuando llueve. Todo queda bañado y limpio; la lluvia lava el polvo sobre la hoja; los ríos reviven y se oye el ruido de los torrentes. Los árboles lanzan brotes verdes, donde había tierra desnuda surge la nueva hierba silvestre. Miles de insectos salen de ninguna parte y el suelo reseco se alimenta y la tierra se ve satisfecha y en paz. El sol parece haber perdido su cualidad penetrante y la tierra se ha vuelto verde, un lugar de belleza y abundancia. El hombre sigue labrando su propia desdicha, pero la tierra es rica una vez más y hay encantamiento en el aire.

Es extraño cómo casi todos desean reconocimiento y alabanza -ser reconocidos como un gran poeta, como un filósofo, algo que incremente el propio ego. Eso produce una gran satisfacción, pero significa muy poco. El reconocimiento nutre la propia vanidad y tal vez el propio bolsillo. Y después, ¿qué? Eso lo pone a uno aparte de los demás, y la separación engendra sus propios problemas en aumento permanente. Aunque pueda darnos satisfacción, el reconocimiento no es un fin en sí mismo. Pero casi todos están atrapados en el anhelo de ser reconocidos, de realizarse, de lograr esto o aquello. Y entonces es inevitable el fracaso con la desdicha que lo acompaña. Lo que verdaderamente importa es estar libres tanto del éxito como del fracaso. Desde el principio mismo no buscar un resultado, hacer lo que uno ama; y el amor no tiene recompensa ni castigo. Si hay amor, esto es realmente muy sencillo.

Qué poca atención prestamos a las cosas que nos rodean, qué poco las observamos y consideramos. Estamos tan concentrados en nosotros mismos, tan ocupados con nuestras ansiedades, con nuestros propios beneficios, que no tenemos tiempo para observar y comprender. Esta ocupación hace que nuestra mente se embote y se fatigue, que se llene de frustración y dolor. Y entonces queremos escapar del dolor. En tanto esté activo el yo, tiene que haber fatiga, torpeza y frustración. La gente está atrapada en una carrera loca, en la desdicha del dolor egocéntrico. Este dolor es profunda irreflexión. Los que son reflexivos, los que se hallan despiertos y alertas, están libres de este dolor.

Qué bello es un río. Un país que no tiene un río rico, amplio, ondulante, no es un país en absoluto. Sentarse en la orilla de un río y dejar que las aguas fluyan al lado de uno, observar las suaves ondas y escuchar cómo bañan las márgenes; ver a las golondrinas cuando tocan la superficie y atrapan insectos; y en la distancia, al otro lado del río, en la orilla opuesta, escuchar voces humanas o a un muchacho que toca la flauta en un tranquilo atardecer, acalla todo el ruido que a uno lo rodea. De algún modo, las aguas parecen purificarlo a uno, limpian el polvo de los recuerdos de ayer, y dan a la mente esa cualidad que es su propia pureza, tal como el agua es, en sí misma, pura. Un río lo recibe todo -las alcantarillas, los cadáveres, la suciedad de las ciudades por las que pasa y no obstante se limpia a sí mismo de todo eso a las pocas millas. Lo recibe todo y permanece siendo él mismo, sin preocuparse de distinguir lo puro de lo impuro. Son sólo las charcas, las pozas pequeñas las que se contaminan pronto, porque no

están vivas, porque no fluyen como los amplios, dulcemente aromáticos ríos ondulantes. Nuestras mentes son pequeñas charcas que pronto pierden su pureza. Es esa pequeña charca llamada mente, la que juzga, sopesa, analiza y con todo, permanece siendo la pequeña poza de irresponsabilidad que es.

El pensamiento tiene una raíz o raíces, el pensamiento mismo es la raíz. La reacción debe existir, o de lo contrario hay muerte; pero el problema consiste en ver que esta reacción no extienda su raíz dentro del presente o del futuro. El pensamiento está obligado a surgir, pero es esencial advertirlo y terminar con él *inmediatamente*. Pensar sobre el pensamiento, examinarlo, jugar en torno a él, es extenderlo, arraigarlo. Es realmente importante comprender esto. Ver cómo la mente piensa acerca del pensamiento, es reaccionar al hecho. La reacción es tristeza, etc. Comenzar a sentirse triste, pensar en el regreso futuro, contar los días, etc., es dar raíces al pensamiento acerca del hecho. Así la mente echa raíces, y después el arrancarlas se vuelve otro problema más, otra idea. Pensar en el futuro es echar raíces en el suelo de la incertidumbre.

Estar realmente solos, no con los recuerdos y los problemas de ayer sino solos y dichosos, estar solos sin ninguna compulsión externa ni interna, es permitir que la mente permanezca sin interferencia alguna. Estar solos. Tener la cualidad del amor hacia un árbol, estar a solas con él, protegerlo. Estamos perdiendo el sentimiento por los árboles, y así estamos perdiendo el amor por el hombre. Cuando no podemos amar la naturaleza, no podemos amar al hombre. Nuestros dioses se han vuelto muy pequeños y mezquinos, y así es nuestro amor. Nuestra existencia es mediocre, pero están los árboles, los cielos abiertos y las inextinguibles riquezas de la tierra.

Usted tiene que tener una mente clara, una mente libre que no esté atada a cosa alguna, esto es esencial; y uno no puede tener una mente clara, penetrante, si hay temor de alguna clase. El miedo traba la mente. Si la mente no se enfrenta a los problemas que ella misma ha creado, no es una mente clara, profunda. Afrontar las propias peculiaridades, darnos cuenta de nuestros impulsos internos, reconocer todo esto sin ninguna resistencia, es tener una mente profunda y clara. Sólo entonces puede haber una mente sutil, no sólo aguda. Una mente sutil no se apresura; vacila. No es una mente que saca conclusiones, que emite juicios o formulaciones. Esta sutileza es fundamental. La mente tiene que saber escuchar y esperar, moverse con lo profundo. Esto no es para lograrse al final, sino que esta cualidad de la mente tiene que estar ahí desde el principio mismo. Usted puede tenerla, concédale una plena y profunda oportunidad de florecer.

Penetrar en lo desconocido, no dar nada por sentado, no suponer nada, estar libres para descubrir; sólo entonces puede haber hondura y, comprensión. De lo contrario, uno permanece en la superficie. Lo que importa no es comprobar o refutar un punto, sino descubrir la verdad.

La verdad del cambio se comprende cuando sólo existe 'lo que es'. 'Lo que es' no es diferente del pensador. El pensador es 'lo que es', no está separado de 'lo que es'.

No es posible hallarse en paz si hay cualquier clase de deseo, cualquier esperanza de algún estado futuro. El sufrimiento es lo que sigue al deseo, y la vida está generalmente llena de deseos; incluso alimentar un solo deseo lleva a incesante desdicha. Porque el liberarse de ese único deseo, aun el saber que ese deseo requiere atención, es para la mente un asunto bastante serio. Cuando lo descubra no deje que se convierta en un problema. Prolongar el problema es permitirle que eche raíces. No deje que arraigue. El único deseo es el único dolor. Oscurece la vida; hay frustración y angustia. Sólo esté atenta al deseo y sea sencilla al respecto.

A través de esta finca pasa un arroyo. No es un agua tranquila que corre apaciblemente hacia el gran río, sino un torrente animado y ruidoso. Toda esta región que nos rodea aquí es cerril, el torrente tiene más de una cascada y en un lugar hay tres cascadas a diferentes profundidades. La más elevada es la que hace el ruido, es la más audible, las otras dos no se aprecian pero se escuchan en un tono menor. Estas tres cascadas están distintamente espaciadas, de modo que el movimiento del sonido es constante. Uno tiene que prestar atención para escuchar la música. Es una orquesta tocando en medio de las huertas, bajo los cielos abiertos. La música está ahí. Uno tiene que descubrirla, tiene que prestar atención, tiene que acompañar el fluir de las aguas para escuchar su música. Uno tiene que ser lo total a fin de escucharla -los cielos, la tierra, los altísimos árboles, los verdes campos y las rápidas aguas. Sólo entonces la escuchará. Pero todo esto es demasiada molestia; uno va, compra un boleto y se sienta en una sala rodeado por la gente, y la orquesta toca y alguien canta. Ellos hacen todo el trabajo por uno; alguien compone la canción, la música, otro toca o canta, y u no paga por escuchar. Todo en la vida, excepto para unas pocas cosas, es de segunda, tercera o cuarta mano -los dioses, los poemas, la política, la música. Y así nuestra vida está vacía. Estando vacía tratamos de llenarla -con la música, con los dioses, con el amor, con formas de escape, y el mismo llenar la vida es el vaciarla. Pero la belleza no es para comprarse. Pocos son, pues, los que anhelan belleza y bondad, y el hombre se satisface con cosas de segunda mano. Desechar todo eso es la única y verdadera revolución; sólo entonces surge lo creativo de la realidad.

Es extraño cómo el hombre insiste en la continuidad de todas las cosas; en las relaciones, en la tradición, en la religión, en el arte. No hay un desprenderse de todo y empezar otra vez de nuevo. Si el hombre no tuviera un libro, ni un líder, ni a alguien a quien copiar o seguir como ejemplo, si estuviera completamente solo, despojado de todo su conocimiento, tendría que comenzar desde el principio. Por supuesto, este completo despojarse uno mismo de todo, tiene que ser absoluta y plenamente espontáneo y voluntario; de otro modo puede uno enloquecer o forzarse

hacia algún tipo de neurosis. Como solamente muy pocos parecen ser capaces de afrontar esta completa soledad, el mundo continúa con la tradición -en su arte, en su música, su política, sus dioses lo cual engendra perpetua desdicha. Esto es lo que realmente ocurre en el mundo. No hay nada nuevo, sólo oposición y contra oposición -en la religión continúa la vieja fórmula del dogma y el temor; en las artes está el esfuerzo por encontrar algo nuevo. Pero la mente no es nueva, es la misma mente vieja agobiada por la tradición, el miedo, el conocimiento y la experiencia, esforzándose en pos de lo nuevo. Es la mente misma la que debe desnudarse totalmente para que lo nuevo sea. Esta es la verdadera revolución.

El viento está soplando desde el sur, hay nubes oscuras y lluvia, todo sigue adelante, extendiéndose y renovándose sin cesar.

El granjero que vive cerca de aquí tenía un hermoso conejo, vivaz y saltarín. Su esposa se lo trajo, y una de las mujeres dijo: "No puedo mirar", y el hombre lo mató y unos minutos después eso que estaba vivo, con una luz en sus ojos, era despellejado por las mujeres. Aquí, como en otras partes del mundo; están acostumbrados a matar animales, la religión no les prohíbe hacerlo. En la India, donde por siglos a los niños se les enseña -al menos en el sur, entre los brahmines a no matar, lo cruel que es matar, hay muchos niños que, cuando crecen, están obligados por las circunstancias a cambiar su cultura de la mañana a la noche; comen carne, se convierten en oficiales de las fuerzas armadas para matar y ser muertos. De la mañana a la noche cambian sus valores. Un patrón particular de cultura con siglos de existencia se destruye, y uno nuevo ocupa su lugar. El deseo de estar seguros, en una forma u otra, es tan dominante que la mente se ajustará a cualquier patrón que pueda darle certidumbre y seguridad. Pero la seguridad no existe; y cuando uno realmente comprende esto, hay algo por completo diferente que crea su propio estilo de vida. Esa vida no puede comprenderse ni copiarse; todo lo que uno puede hacer es comprender, advertir claramente los hábitos de seguridad, lo cual trae consigo su propia libertad.

La tierra es hermosa, y cuanto más sensible y perceptivo es uno a ella, más hermosa es. El color, las variedades de verdes, los amarillos. Es asombroso lo que uno descubre cuando está a solas con la tierra. No sólo los insectos, los pájaros, la hierba, las variedades de flores, las rocas, los colores y los árboles, sino los pensamientos, si es que uno los ama. Jamás estamos a solas con nada. Ni con nosotros mismos ni con la tierra. Es fácil estar a solas con un deseo; no resistirlo mediante un acto de la voluntad, no dejarle que escape a través de alguna acción, no permitir que se satisfaga, no crear su opuesto por la justificación o la condena, sino estar a solas con él. Esto genera un estado muy extraño sin acción alguna de la voluntad. Es esta voluntad la que crea resistencia y conflicto. Estar a solas con un deseo, produce una transformación en el deseo mismo. Juegue con esto y descubra lo que ocurre; no fuerce nada, sólo considérelo tranquilamente.

¿La educación? ¿Qué entendemos por educación? Aprendemos a leer y escribir, adquirimos una técnica necesaria para ganarnos la vida, y después se nos lanza al mundo. Desde la infancia nos dicen qué debemos hacer, qué debemos pensar; y en lo interno estamos profundamente condicionados por lo social y por la influencia del ambiente.

Estuve pensando si podemos educar al hombre en lo externo pero dejando el centro libre. ¿Podemos ayudar al hombre a liberarse internamente y estar siempre libre? Porque es sólo en libertad que puede ser creativo y, por tanto, feliz. De lo contrario, la vida se convierte en un asunto muy tortuoso, una batalla interna y, por consiguiente, externa. Pero estar libres internamente requiere una atención y una sabiduría asombrosas; y pocos son los que ven la importancia de esto. Nos interesamos en lo externo, no en la creatividad. Pero para cambiar todo esto, tiene que haber al menos unos pocos que comprendan la necesidad de este cambio, que estén dando origen a esta libertad dentro de sí mismos. Es éste un mundo muy extraño.

Lo que importa es un cambio radical en el nivel inconsciente. Ninguna acción consciente de la voluntad puede afectar el inconsciente. Como lo consciente no puede afectar las búsquedas, los deseos y los instintos inconscientes, la mente consciente tiene que serenarse, aquietarse, y no tratar de forzar al inconsciente para que se amolde a algún patrón particular de acción. El inconsciente tiene su propio patrón de acción, su propia estructura dentro de la cual funciona. Esta estructura no puede ser rota por ninguna acción externa, y la voluntad es un acto externo. Si esto se ve y se comprende de verdad, la mente externa se aquieta; y a causa de que no hay una resistencia establecida por la voluntad, uno descubrirá que el denominado inconsciente comienza a liberarse a sí mismo de sus propias limitaciones. Sólo entonces hay una transformación radical de todo el ser del hombre.

La dignidad es una cosa muy rara. Un cargo o una posición de respeto, otorgan dignidad. Es como ponerse encima un abrigo. El abrigo, el traje, el puesto, dan dignidad. Un título o una posición dan dignidad. Pero desnúdese al hombre de estas cosas, y muy pocos tienen esa condición de dignidad que surge cuando uno está internamente libre, cuando en lo interno es como la nada. Ser algo o alguien es lo que el hombre anhela, y ese algo le da una posición respetable en la sociedad. Pone al hombre en alguna clase de categoría -inteligente, rico, un santo, un físico; pero si él no puede ser puesto en una categoría que la sociedad reconoce, es una persona excéntrica. La dignidad no puede asumirse ni cultivarse, y estar consciente de la propia dignidad es estar

consciente del propio yo, que es tan pequeño y mezquino. Ser verdaderamente nada, es estar libre de esa idea misma. Esa es la verdadera dignidad, no el pertenecer a un estado o a una condición particular. Esta dignidad no nos la pueden quitar, está siempre ahí.

El verdadero estado de percepción alerta consiste en permitir que la vida fluya libremente, sin que quede ningún residuo. La mente humana es como un tamiz que retiene algunas cosas y deja pasar otras. Lo que retiene, es la medida de sus propios deseos; y los deseos, por profundos, vastos o nobles que sean, son pequeños, son mezquinos, porque el deseo es cosa de la mente. La completa atención implica no retener cosa alguna, sino poseer la libertad de la vida, que fluye sin restricción ni preferencia alguna. Siempre estamos reteniendo o eligiendo las cosas que significan algo para nosotros, y aferrándonos perpetuamente a ellas. A esto lo llamamos experiencia, y a la multiplicación de experiencias la llamamos riqueza de la vida. La riqueza de la vida es estar libre de la acumulación de experiencias. La experiencia que queda, que uno retiene, impide ese estado en que no existe lo conocido. Lo conocido no es el tesoro, pero la mente se aferra a eso, con lo cual destruye o profana lo desconocido.

La vida es una cosa extraña. Afortunado el hombre que nada es.

Somos, al menos lo es la mayoría de nosotros, criaturas que nos caracterizamos por nuestros estados de ánimo y por la manera en que estos varían. Pocos escapamos de ello. En algunos, la causa es la condición corporal, en otros un estado mental. Nos gusta este estado cambiante, pensamos que este movimiento del ánimo forma parte de la existencia. O uno simplemente flota a la deriva, de un estado de ánimo a otro. Pero hay unos pocos que no están presos en este movimiento, que se hallan libres de la batalla del devenir, de modo tal que internamente existe una firmeza que no es producto de la voluntad, una estabilidad que no es cultivada, que no es la estabilidad del interés concentrado ni es producto de ninguna de estas actividades. Llega a uno únicamente cuando cesa la acción de la voluntad egocéntrica.

El dinero estropea a la gente. El rico posee una peculiar arrogancia. Con muy pocas excepciones, en todos los países, los ricos tienen esa atmósfera peculiar de poder doblegarlo todo a su antojo, incluso a los dioses y ellos pueden comprar sus dioses. La capacidad le confiere al hombre una extraña sensación de libertad. También siente que está por encima de otros, que es diferente; todo esto le da un sentimiento de superioridad, se sienta cómodamente y observa cómo otros se retuercen; olvida su propia ignorancia, la oscuridad de su propia mente. El dinero y la capacidad ofrecen un escape muy bueno de esta oscuridad. Después de todo, el escape es una forma de resistencia, la cual engendra sus propios problemas. La vida es una cosa extraña. Afortunado el hombre que nada es.

Enfréntese a las cosas con facilidad, pero internamente hágalo en un estado de plenitud y alerta. No deje que se escape un instante sin haber estado totalmente atenta a lo que ocurre dentro y alrededor de usted. Esto es lo que implica ser sensible, no a una cosa o dos, sino ser sensible a todo. Ser sensible a la belleza y resistir la fealdad, es engendrar conflicto. ¿Sabe? cuando uno observa percibe que la mente está siempre juzgando -esto es bueno y aquello es malo, esto es blanco y eso es negro juzgando a la gente, comparando sopesando, calculando. La mente está perpetuamente inquieta. ¿Puede la mente vigilar, observar sin juzgar, sin calcular? Percibir las cosas sin nombrarlas; sólo vea si la mente puede hacerlo.

Juegue con esto. No lo fuerce, deje que la mente se observe a sí misma. Casi todos los que intentan ser sencillos empiezan con lo externo, descartando, renunciando, etcétera; pero en lo interno siguen siendo complejos. Con la sencillez interna, lo exterior se corresponde con lo interno. Ser sencillo internamente es estar libre del apremio por el 'más', es no pensar en términos de tiempo, de progreso, de éxito. Ser sencilla implica para la mente librarse de todos los resultados, vaciarse de todo conflicto. Esta es la verdadera sencillez.

¿Puede la mente dejar de batallar entre lo bello y lo feo, dejar de aferrarse a lo uno y desechar lo otro? Este conflicto la vuelve insensible y exclusiva. Cualquier intento por parte de la mente para encontrar una línea indefinida entre lo bello y lo feo, sigue siendo parte de lo uno o de lo otro. El pensamiento no puede, haga lo que haga, librarse de los opuestos; es el pensamiento mismo el que ha creado lo bello y lo feo, lo bueno y lo malo. No puede, por tanto, librarse de sus propias actividades. Todo cuanto puede hacer es quedarse quieto, no optar. La opción es conflicto y la mente se halla de vuelta metida en sus propios enredos. Cuando la mente está quieta, se ha liberado de la dualidad.

Hay enorme descontento, y pensamos que una ideología -el comunismo u otra va a resolverlo todo, que incluso desterrará el descontento, cosa que jamás puede hacer. El comunismo o cualquier otro condicionamiento, como el de la religión organizada, jamás podrán terminar con el descontento; pero tratamos en todas las formas posibles de sofocarlo, de moldearlo, de contentarlo, sin embargo, está siempre ahí. Pensamos que está mal sentirnos descontentos, que no es normalmente correcto, y, sin embargo, no podemos deshacernos del descontento. Este tiene que ser comprendido. Comprender no es condenar. De modo que investíguelo realmente, obsérvelo sin deseo

alguno de cambiarlo. Esté alerta al descontento mientras éste opera durante el día, perciba sus modalidades y esté a solas con él.

La libertad llega cuando la mente está sola. Nada más que por el gusto de hacerlo, mantenga la mente quieta, libre de todo pensamiento. Juegue con ello, no lo convierta en un asunto muy grave; esté atenta sin ningún esfuerzo, deje que la mente se aquiete.

La frustración existe en tanto uno esté buscando la realización personal. El placer de realizarse es un deseo constante, y nosotros queremos la continuidad del placer. La terminación de ese placer es frustración, y en ello hay dolor. Entonces la mente busca otra vez la realización en distintas direcciones, y otra vez se encuentra con la frustración. Esta frustración es el movimiento de la conciencia egocéntrica, que es aislamiento, separación, sentimiento doloroso de soledad. La mente quiere escapar de todo esto otra vez hacia alguna forma de realización. La lucha por realizarse engendra el conflicto de la dualidad. Cuando la mente ve la verdad de lo inútil que es la realización personal, cuando ve que en ella hay siempre frustración, sólo entonces puede permanecer en ese estado de soledad del cual no hay modo de escapar. Cuando la mente se halla en este estado de soledad, sin ningún escape, sólo entonces se libera de la frustración. La separación existe a causa del deseo de realizarse; la frustración es separación.

Ahora no debe haber ningún tipo de choques emocionales, ni siquiera los más fugaces. Estas reacciones psicológicas afectan el cuerpo con sus efectos adversos. Sea íntegra; no 'trate' de serlo, sea íntegra. No dependa de nadie ni de nada, no dependa de ninguna experiencia, de ningún recuerdo; la dependencia del pasado, por agradable que éste haya sido, sólo impide la integridad en el presente. Esté atenta, y deje que esa atención se mantenga intacta, constante, aunque sea por un minuto.

El dormir es esencial; durante el sueño parece que uno alcanza profundidades desconocidas, profundidades que la mente consciente jamás puede tocar ni experimentar. Aunque no se pueda recordar la experiencia extraordinaria de un mundo que está más allá de lo consciente y lo inconsciente, ello tiene su efecto sobre la conciencia total de la psique. Es probable que esto no esté muy claro, pero sólo léalo y juegue con ello. Yo siento que hay ciertas cosas que nunca pueden expresarse claramente. No hay palabras adecuadas para ellas, y sin embargo esas cosas están ahí.

Especialmente para usted, es importante tener un cuerpo que no esté sometido a ninguna enfermedad. Voluntariamente y con facilidad, debe desechar todas esas remembranzas e imágenes placenteras, de modo que su mente esté libre e incontaminada para lo real. Hágalo, por favor, preste atención a lo escrito aquí. Todas las experiencias, todos los pensamientos deben terminar cada día, cada minuto, a medida que surgen, de modo que la mente no extienda raíces hacia el futuro. Esto es realmente importante, porque ésta es la verdadera libertad. De esta manera no hay dependencia, porque la dependencia es causa de dolor, afecta lo físico y engendra resistencia psicológica. Y, como usted dijo, la resistencia crea problemas -realizarse, llegar a ser perfecto, etcétera. La búsqueda implica lucha, empeño, esfuerzo; este esfuerzo, esta lucha, terminan invariablemente en la frustración -deseo algo o deseo ser algo y en el proceso mismo de obtener el éxito está la apetencia por el más; y como el más nunca está a la vista, siempre existe un sentimiento de frustración. Por lo tanto, hay dolor. Y entonces uno se vuelve nuevamente hacia otra forma de realización personal con sus consecuencias inevitables. Las implicaciones de la lucha, del esfuerzo, son enormes. ¿Por qué busca uno? ¿Por qué la mente está buscando sin cesar, y qué es lo que la hace buscar? ¿Sabe usted, se da cuenta de lo que está buscando? Si es así advertirá que el objeto de su búsqueda varía de un período a otro. ¿Alcanza a ver el significado de la búsqueda, con sus frustraciones y su dolor? ¿Se da cuenta de que cuando encuentra algo que es muy gratificante, hay estancamiento con sus alegrías y sus temores, con su progreso y su devenir? Si usted advierte que está buscando, ¿es posible que la mente deje de buscar? Y si la mente no busca, ¿cuál es la respuesta inmediata, real de una mente que no busca?

Juegue con esto, descubra; no fuerce nada, no deje que la mente se restrinja a alguna experiencia particular, porque entonces la mente engendrará su propia ilusión.

He visto a una persona que se está muriendo. ¡Qué atemorizados estamos ante la muerte! Lo que en realidad nos atemoriza es el vivir, no sabemos cómo vivir; conocemos el dolor, y la muerte es para nosotros sólo el dolor final, Dividimos la vida como el vivir y el morir. Así tiene que existir el desconsuelo de la muerte, con su separación, su dolorosa soledad, su aislamiento. La vida y la muerte son un solo movimiento, no son estados aislados. Vivir es morir, morir para todas las cosas, renacer cada día. Esta no es una afirmación teórica, sino algo que debe vivirse y experimentarse. Es la voluntad egocéntrica, este constante deseo de ser esto o aquello, la que destruye el puro 'ser'. Este 'ser' es por completo diferente del sopor de la satisfacción, de la realización personal o de las conclusiones de la razón. Este 'ser' es ajeno al 'sí mismo'. Una droga, un interés, una absorción en algo, una completa 'identificación', pueden producir un estado que se desea, el cual sigue siendo conciencia de uno mismo. El verdadero ser es la terminación del deseo-voluntad. Juegue con estos pensamientos y experimente alegremente con ellos.

Es una temprana madrugada sin nubes; el cielo es muy puro, suave y azul. Todas las nubes parecen haber desaparecido, pero pueden presentarse otra vez durante el día. Después de este frío, del viento y la lluvia, de nuevo

estallará la primavera. Esta ha estado prosiguiendo suavemente a pesar de los fuertes vientos, pero ahora cada hoja, cada retoño, se regocijarán. ¡Qué cosa tan bella es la tierra! ¡Qué hermoso es todo lo que brota de ella -las rocas, los torrentes, los árboles, la hierba, las flores, las infinitas cosas que produce! Sólo el hombre genera aflicción, sólo él destruye su propia especie; sólo él explota a su prójimo, tiraniza y mata. Es el más desdichado y sufriente, el más inventivo, y el conquistador del tiempo y del espacio. Pero con todas sus capacidades, a pesar de sus hermosos templos e iglesias, de sus mezquitas y catedrales, vive sumido en su propia oscuridad. Sus dioses son sus propios miedos, y sus amores sus propios odios. ¡Qué mundo maravilloso podríamos hacer de éste, sin nuestras guerras, sin nuestros miedos! Pero de qué sirve la especulación, no sirve de nada.

Lo real es el descontento del hombre, el inevitable descontento. Es una cosa preciosa, una joya de gran valor. Pero uno le tiene miedo, lo disipa, lo utiliza o permite que se lo utilice para producir ciertos resultados. El hombre le teme al descontento, pero éste es una joya preciosa que él no valora. Viva con el descontento, obsérvelo día tras día sin interferir con sus movimientos; entonces es como una llama que quema todas las impurezas, dejando aquello que no tiene morada ni medida. Lea muy atentamente todo esto.

El hombre rico tiene más que suficiente, y el pobre pasa hambre y durante toda su vida no hace otra cosa que buscar comida, esforzarse y trabajar. Uno que nada posee, hace de su vida o permite que la vida haga de sí misma algo precioso, creativo; y otro, que posee todas las cosas de este mundo, disipa la vida y la marchita. Démosle a un hombre un pedazo de tierra y la hará bella y productiva; otro la descuidará y dejará que muera, tal como él mismo está muriendo. Tenemos capacidades infinitas en todos los sentidos para descubrir lo innominado o para producir el infierno en la tierra. Pero por alguna razón, el hombre prefiere engendrar odio y antagonismo. ¡Es tanto más fácil odiar, ser envidioso! y como la sociedad se basa en la exigencia del 'más', los seres humanos se deslizan en todas las formas de adquisitividad y así hay una perpetua lucha, que justificamos y consideramos noble.

La riqueza ilimitada está en una vida sin lucha, sin el ejercicio de la voluntad egocéntrica, sin opciones. Pero esa vida es difícil e imposible cuando toda nuestra cultura es el resultado de la lucha y del ejercicio de la voluntad personal. Sin la acción de esta voluntad, para casi todos los que viven hay muerte. Sin alguna clase de ambición, la vida no tiene sentido casi para nadie.

Existe una vida sin el ejercicio de la voluntad egocéntrica, sin las opciones. Esta vida surge cuando la vida de la voluntad egocéntrica llega a su fin. Espero que no le moleste leer todo esto; si no le molesta, entonces léalo y escúchelo con agrado.

El sol está tratando de irrumpir entre las nubes, y probablemente logrará hacerlo durante el día. Un día es primavera y al día siguiente es casi invierno. El tiempo representa los cambiantes estados de ánimo del hombre, hacia arriba y hacia abajo, oscuridad y luz temporaria. ¿Sabe?, es extraño cómo deseamos libertad y lo hacemos todo para esclavizarnos. Perdemos toda nuestra iniciativa. Acudimos a otros para que nos guíen, nos ayuden a ser generosos, pacíficos; acudimos a los gurús, a los maestros, a los salvadores, a los meditadores. Alguno escribe la gran música, otro la toca, la interpreta a su propio modo, y nosotros la escuchamos, gozándola o criticándola. Somos el público que observa a los actores, a los jugadores de fútbol, o que mira la pantalla del cine. Otros escriben los poemas y nosotros los leemos; otros pintan y nosotros nos embobamos con sus pinturas. No tenemos nada, y entonces nos volvemos hacia otros para que nos entretengan, nos inspiren, nos guíen o nos salven. Más y más la civilización moderna nos está destruyendo, nos vacía de toda creatividad. Nosotros mismos estamos internamente vacíos y acudimos a otros para que nos enriquezcan; y de este modo, nuestro semejante saca ventaja de esto para explotarnos, o nosotros nos aprovechamos de él.

Cuando uno se da cuenta de las múltiples implicaciones que envuelve el acudir a otros, esa libertad misma es el principio de la creatividad. Esa libertad es la verdadera revolución, y no la falsa revolución de los arreglos sociales o económicos, la cual es otra forma de esclavitud.

Nuestras mentes fabrican pequeños castillos de seguridad. Queremos estar seguros de todo, seguros de nuestras relaciones, de nuestras realizaciones, de nuestra esperanza y de nuestro futuro. Nos construimos estas prisiones internas, y ¡pobre del que nos perturbe! Es extraño cómo la mente está buscando siempre una zona en la que no haya ningún conflicto ni perturbación alguna. Nuestro vivir es la constante destrucción y reconstrucción, en diferentes formas, de estas zonas de seguridad. De este modo nuestra mente se embota y se desgasta. La libertad consiste en no tener seguridad de ninguna clase.

Es realmente asombroso poseer una mente silenciosa y muy serena, en la que no haya ni una onda de pensamiento. Desde luego, la quietud de una mente muerta no es una mente en calma. La mente suele aquietarse por la acción de la voluntad. Pero, ¿puede alguna vez permanecer profundamente silenciosa en la totalidad de su estructura? Es realmente maravilloso lo que ocurre cuando la mente se encuentra de este modo silenciosa. En ese estado cesa toda conciencia como conocimiento y reconocimiento. La búsqueda instintiva de la mente, la memoria, ha llegado a su fin. y es muy interesante observar cómo la mente hace todo lo posible para capturar ese estado inexpresable por medio del pensar, de la verbalización, del perfeccionamiento de los símbolos. Pero para que este proceso termine de manera natural y espontánea, es preciso morir para todas las cosas. Uno no desea morir, y así

siempre se está desarrollando una lucha, y a esta lucha la llamamos vida. Es curioso cómo casi todos quieren impresionar a otros, con sus logros, con sus capacidades, con sus libros -por cualquier medio buscan afirmarse a sí mismos.

¿Cómo está todo? ¿Son sus días más rápidos que la lanzadera de un telar? ¿Vive usted en un solo día un millar de años? Es curioso, pero para la mayoría de las personas el aburrimiento es una cosa muy real; tienen que estar haciendo algo, tienen que ocuparse en alguna cosa, una actividad, un libro, la cocina, los 'Hijos de Dios'. De lo contrario, están consigo mismas, y eso es muy aburrido. Cuando están consigo mismas se vuelven egocéntricas, malhumoradas o se enferman, Una mente desocupada -no una mente nula en blanco, sino una mente en estado de alerta pasivo, una mente por completo vacía es una mente fresca capaz de posibilidades infinitas. Los pensamientos son fatigosos, carecen de creatividad y son más bien lerdos. Un pensamiento puede ser hábil, pero la habilidad es como un instrumento afilado -pronto se desgasta; y es por eso que las personas hábiles están embotadas.

Deje que exista una mente vacía sin trabajar deliberadamente para ello. Deje que eso suceda, no lo cultive. Lea esto con atención y permítale que ocurra. Leer o escuchar acerca de la mente vacía es importante, y es fundamental cómo lee usted y cómo escucha.

Es importante tener la correcta clase de ejercicios, un buen dormir, y un día que sea significativo. Pero nosotros nos deslizamos fácilmente en una rutina, y entonces funcionamos en el cómodo patrón de la satisfacción personal, o en el patrón de una rectitud que nos imponemos a nosotros mismos. Todos estos patrones conducen inevitablemente a la muerte -un lento marchitarse de la vida. Pero tener un día rico, en el cual no haya compulsión, ni miedo ni comparación ni conflicto, sino un estar sencillamente alerta, tener un día así es ser creativo.

Vea, hay raros momentos en que sentimos esto, pero la mayor parte de nuestra vida se compone de recuerdos corrosivos, de frustración, de esfuerzos inútiles, y lo verdadero pasa inadvertido junto a nosotros. La nube del embotamiento lo cubre todo, y lo verdadero se desvanece.

Es realmente muy arduo atravesar esta nube y emerger a la pura claridad de la luz. Sólo vea esto, y es todo. No 'trate' de ser sencilla. Este tratar de ser, solamente engendra complejidad y desdicha. El tratar de ser esto o aquello, es el devenir, y el devenir es siempre el deseo con sus frustraciones.

¡Qué importante es librarse de todo choque emocional, psicológico, lo cual no implica que uno haya de volverse insensible contra el movimiento de la vida! Son estos choques emocionales los que gradualmente erigen diversas resistencias psicológicas que también afectan al cuerpo, generando distintas formas de enfermedad. La vida es una serie de acontecimientos (deseados o no deseados); y en tanto seleccionemos, escojamos lo que debemos retener y lo que debemos descartar, tiene que haber inevitablemente conflicto (de dualidad), que es el choque emocional. Estos controles insensibilizan la mente, el corazón; es un proceso de encierro egocéntrico y, por tanto, hay sufrimiento. Permitir el movimiento de la vida sin que haya opción ni impulso particular alguno -deseable o no deseable que eche raíces, requiere una enorme percepción alerta. No es cuestión de tratar de estar alerta todo el tiempo, lo cual es muy fatigoso, sino comprender la necesidad de que haya una verdadera percepción alerta; entonces verá que la misma necesidad opera sin que usted se fuerce para estar alerta.

Uno puede viajar mucho, haber sido educado en las mejores escuelas de diferentes partes del mundo; puede tener los mejores alimentos, el mejor clima, la mejor instrucción; pero, ¿contribuye todo esto a la inteligencia? Uno conoce personas así; ¿son inteligentes? Los comunistas, y también otros, como los católicos, están tratando de controlar y moldear la mente. El propio moldear la mente tiene de hecho ciertos efectos obvios -más eficiencia, una cierta rapidez y perspicacia mental pero todas estas diferentes capacidades no generan inteligencia. Las personas muy eruditas, aquellas que tienen abundancia de información, de conocimientos, y las que tienen educación científica, *¿son inteligentes*? ¿No cree usted que la inteligencia es algo por completo diferente? La inteligencia implica en realidad estar totalmente libres de miedo. Aquellos cuya moralidad se basa en la seguridad -seguridad en todas las formas no son morales, porque el deseo de seguridad es el resultado del miedo. El miedo con su coacción a la que llamamos moralidad de hecho no es moral en absoluto. Ser inteligente es estar por completo libre de miedo; y la inteligencia no es respetabilidad, ni lo son las diversas virtudes cultivadas a causa del miedo. En la comprensión del miedo hay algo que es por completo distinto de las formulaciones de la mente.

Es bueno experimentar con la identificación. ¿Cómo experimentamos con algo, con lo que fuere? De lo más simple a lo más complejo. Decimos, "esto es mío" -mis sandalias, mi casa, mi familia, mi trabajo y mi dios. Con la identificación viene la lucha por retener. El retener aquello con lo que nos identificamos se convierte en un hábito. Cualquier perturbación que pudiera romper ese hábito, es dolor, y entonces luchamos para vencer ese dolor. Pero la identificación, el sentimiento de 'lo mío', pertenece a algo que continúa. Si uno experimenta realmente con esto, sólo estando alerta, sin ningún deseo de cambiarlo, sin opción alguna, descubre cosas muy sorprendentes dentro de sí mismo. La mente es el pasado, la tradición, los recuerdos que son el fundamento de la identificación. ¿Puede la mente, tal como la conocemos ahora, funcionar sin el proceso de la identificación? Descúbralo, juegue con ello;

esté alerta a los movimientos de identificación con las comunes cosas cotidianas, así como con las más abstractas. Uno descubre cosas extrañas, ve cómo el pensamiento se debilita, cómo se hace trampas a sí mismo.

Deje que la atención alerta acose al pensamiento por los corredores de la mente poniéndolo al descubierto, sin escoger jamás, siempre persiguiéndolo.

Es especialmente difícil, desde el lugar en que uno se encuentra psicológicamente, no desear, no anhelar ciertas cosas, ciertos acontecimientos, no comparar. Cualquiera que sea nuestra condición, los deseos, los anhelos, las comparaciones continúan. Siempre anhelamos más o menos de esto o de aquello, ansiamos continuar con algún placer y evitar el dolor. Es realmente interesante preguntarse: ¿Por qué la mente crea un centro de sí misma, alrededor del cual se mueve y tiene su existencia? La vida es mil y una influencias, innumerables presiones, conscientes e inconscientes. Entre estas presiones e influencias, escogemos unas y descartamos otras, y así construimos gradualmente un centro. No dejamos que todas estas presiones e influencias pasen junto a nosotros sin afectarnos. Cada presión, cada influencia nos afecta, y el efecto que nos causa decimos que es bueno o malo; no parecemos capaces de observar, de darnos cuenta de la influencia sin tomar parte en ella de uno u otro modo, resistiéndola o acogiéndola. Esta resistencia o esta buena acogida, contribuyen a formar el centro desde el cual actuamos. ¿Puede la mente no crear este centro? La respuesta sólo es posible encontrarla a través de la experimentación, no mediante forma alguna de aceptación o rechazo. Por lo tanto, experimente y descubra. Con la terminación de este centro, existe la verdadera libertad.

Uno se agita, está ansioso, y a veces asustado. Estas cosas ocurren. Son los accidentes de la vida. La vida es hoy un día nublado. El otro día fue claro y soleado, pero ahora llueve, está nublado y hace frío; este cambio es el inevitable proceso del vivir. La ansiedad, el miedo, de pronto se nos vienen encima; hay causas para ello, ocultas o muy evidentes, y con un poco de percepción uno puede encontrar esas causas. Pero lo importante es darse cuenta de estos sucesos o accidentes y no dejarles que echen raíces, permanentes o temporarias. Uno da raíces a estas reacciones cuando la mente compara, justifica, condena o acepta. Usted sabe, uno tiene que estar internamente despierto todo el tiempo, sin ninguna tensión. La tensión surge cuando deseamos un resultado, y lo que surge vuelve a crear una tensión que también debe eliminarse. Permítale a la vida que fluya.

Es fatalmente fácil acostumbrarse a cualquier cosa, a cualquier incomodidad, a cualquier frustración, a cualquier satisfacción continua. Uno puede adaptarse a todas las circunstancias, a la demencia o al ascetismo. A la mente le gusta funcionar en surcos, en hábitos, y a esta actividad la llamamos el vivir. Cuando uno ve todo esto rompe con ello y trata de llevar una vida sin amarras, sin intereses personales. Estos intereses, si uno no está muy alerta, nos introducen de vuelta en un patrón de vida. En todo esto verá usted que la voluntad egocéntrica, la directiva, está funcionando -la voluntad de ser, de lograr, de devenir, etcétera. Esa voluntad es el centro personal de la opción, y en tanto exista esa voluntad, la mente sólo puede funcionar dentro de hábitos, ya sea creados por ella misma o impuestos sobre ella. El verdadero problema es estar libres del ejercicio de la voluntad. Uno puede jugar distintos trucos consigo mismo -que está libre de la voluntad, del centro del yo, del escogedor pero ello proseguirá bajo un nombre diferente, bajo un pretexto diferente. Cuando uno comprende el verdadero significado del hábito, del acostumbrarse a las cosas, del escoger, del nombrar, del perseguir un interés, etcétera, cuando hay una percepción inteligente de todo esto, entonces ocurre el verdadero milagro, la cesación de la voluntad egocéntrica. Experimente con esto, dése cuenta de esto de instante en instante, sin deseo alguno de llegar a ninguna parte.

El cielo del sur y el cielo del norte son extraordinariamente distintos. Aquí en Londres, para variar, no hay una sola nube en el suave cielo azul, y los altísimos árboles apenas si empiezan a mostrar su verde. La primavera está por comenzar. Aquí es todo sombrío, no se nota alegría en la gente, como ocurre en el sur.

Una mente quieta pero muy alerta, vigilante, es una bendición; es como la tierra, rica y con posibilidades inmensas. Sólo cuando hay una mente así, que no compara, que no condena, sólo entonces es posible que exista esa riqueza que es inmensurable.

No permita que la asfixie el humo de la trivialidad, ni deje que el fuego se apague. Manténgase en movimiento, arrancando, destruyendo, sin echar raíces jamás. No permita que arraigue ningún problema, termine con ellos inmediatamente y despierte cada mañana fresca, joven e inocente...

Sea prudente y definida respecto de su salud; no permita que la emoción y el sentimiento interfieran con su salud ni que empequeñezcan su propia acción. Hay demasiadas influencias y presiones que de manera constante moldean la mente y el corazón; esté alerta a ellas, atraviéselas sin volverse una esclava de ellas. Ser esclavo de algo es ser mediocre. Manténgase despierta, en llamas.

Enfréntese al temor, invítelo, no deje que le sobrevenga súbitamente, inesperadamente; afróntelo de manera constante; persígalo con diligencia y deliberación. Espero que se encuentre bien y que todo eso no haya dejado cicatrices en usted; probablemente pueda curarse y tras ello proseguiremos. No permita que eso la asuste.

Profundamente, en lo interno, puede que haya un lento marchitamiento, tal vez no esté usted consciente de ello, o si lo está, quizá sea negligente al respecto. La ola del deterioro está siempre encima de nosotros, sin importar de quién se trate. Estar de frente a ella, afrontarla sin reaccionar y encontrarse fuera de ella, requiere una gran energía. Esta energía llega solamente cuando no hay conflicto de ninguna clase, ni consciente ni inconsciente. Esté muy alerta.

No permita que los problemas arraiguen. Pase por ellos rápidamente, atraviéselos como a la mantequilla. Que no dejen una huella, termine con ellos a medida que surgen. Usted no puede evitar tener problemas, pero termine con ellos inmediatamente.

Ha habido en usted un cambio bien nítido -una vitalidad más profunda, mayor claridad y fuerza; consérvelas, déjelas que operen, déles una oportunidad de fluir extensa y profundamente. Cualquier cosa que ocurra, no se deje sofocar por las circunstancias, por la familia, por su propia condición física. Coma lo apropiado, haga ejercicios, no se vuelva floja. Habiendo llegado a cierto estado, prosiga, no se detenga ahí o sigue hacia adelante o experimentará un retroceso. No puede permanecer estática. Durante muchos años se ha dejado llevar por la ola interna, se ha apartado, pero ahora tiene que salir de ese movimiento interno -conozca más gente, expándase.

He estado meditando muchísimo, y eso ha sido bueno. Espero que usted también lo esté haciendo... empiece por estar alerta a cada pensamiento... a cada sentimiento... todo el día... y entonces los nervios y el cerebro se aquietan, se acallan... esto es lo que no puede hacerse mediante el control... entonces realmente comienza la meditación. Hágalo concienzudamente.

Cualquier cosa que suceda, no permita que el cuerpo moldee la naturaleza de la mente -esté atenta al cuerpo; coma lo correcto, permanezca consigo misma durante el día por algunas horas no se deje estar y no sea una esclava de las circunstancias. Manténgase tremendamente despierta.

QUINTA PARTE

CAMBIANDO DE HORIZONTES
1962-1977

Capítulo XXIV

"LAS PERSONAS SIN CREATIVIDAD, FORMAN INSTITUCIONES MUERTAS"

Krishnaji abandonó la India en marzo de 1962. Un período de su diálogo con la tierra que le vio nacer y con sus amigos, había terminado. Jamás volvería a ser el mismo. El Krishnaji que había reído con nosotros, que había paseado con nosotros; que se había sentido abrumado por la belleza del país, que había mirado con compasión al pobre y al rico; el que había escuchado la voz de miles a quienes curó internamente, el que tomaba la mano de un amigo y lo conducía a través de los laberintos mentales, señalando, discutiendo, quitando las cargas de angustia y dolor -este Krishnaji desaparecería. Un nuevo Krishnaji habría de emerger -severo, impaciente, cuestionador. Todas las relaciones personales habrían de sufrir una transformación. Seguiría siendo compasivo, pero también sería el maestro que exige respuestas a interrogantes fundamentales. Toda la gran risa y el juego habían terminado.

Desde Bombay Krishnaji voló a Roma. Fue recibido por la Signora Vanda Scaravelli. A su arribo Krishnaji cayó seriamente enfermo, primero con fiebre y luego con paperas y problemas renales.

El descontento y la distancia entre Krishnaji y Rajagopal y sus amigos en Ojai, estaba aumentando. En Europa se había reunido un nuevo grupo de personas vitalmente interesadas en Krishnaji y la enseñanza. La primera reunión en Saanen, Suiza, que con reticencia Rajagopal permitió que se organizara en 1961, había atraído gente de todas partes del mundo. Krishnaji percibía un movimiento nuevo en Occidente, y su respuesta a la situación fue total.

El no habría de regresar a la India en el otoño de 1962. En sus conversaciones con Vimala Thakkar en Gstaad y más tarde en Roma, Krishnaji había expresado sus hondas aprensiones con respecto a la India. Que el ataque chino lo había angustiado, era evidente en sus cartas. Estaba inquieto por la India. Después de las pláticas en Saanen, Krishnaji cayó nuevamente enfermo. Me escribió diciéndome que se sentía agotado viajando, hablando y reuniéndose con la gente. Su sistema, los músculos y los tejidos necesitaban tonificarse. Por eso decidió no volver a la India en el invierno de 1962 sino permanecer todo el año en Italia, descansando, recuperando su vitalidad y conservando su energía. En el lenguaje tradicional de la India, entraba en un retiro, generando tapas. (*Tapas*: severas austeridades: también, la generación de una energía que no se disipa).

Krishnaji regresó a Delhi el 21 de octubre de 1963, después de pasar dieciocho meses en Europa. En el automóvil que nos traía desde el aeropuerto, habló de no estar en contacto con la gente. Mientras se encontraba en el extranjero, la India estuvo raramente en su conciencia. A su llegada, uno podía sentir que el espontáneo fluir de sentimientos que la India evocaba en él, se estaba perdiendo con los años. Parecía distante.

Madhavachari se encontraba en Delhi, y todas las tardes paseaba con Krishnaji por el Parque Buda Jayanti. Le pregunté a Krishnaji por qué diversas personas podían seguir su enseñanza hasta cierto punto y no más allá. El contestó. "Así es", y se le veía muy serio mientras caminaba delante de nosotros; a su regreso continuamos con la conversación desde donde la habíamos dejado. Él sentía que al hombre le faltaba una energía exenta de todo conflicto; una energía que conociera la disciplina de la atención y de la negación total. Dijo que era necesario negar en las propias profundidades del ser.

Durante los últimos paseos comenzó a cuestionar el hecho Krishnamurti. ¿Cómo se había producido? ¿Por qué al vacuo, tonto muchacho no lo habían condicionado ni la Sociedad Teosófica con sus rituales, ni la vida en Occidente? Le pregunté si sabía cuándo tuvo lugar la iluminación. Dijo. "No. Pero, ¿cómo sucedió? ¿Es lo que dicen los teósofos, que el cuerpo de Krishnamurti es el vehículo del Señor Maitreya? ¿Se trata de la reencarnación? ¿Por qué la mente de Krishnamurti opera de manera inocente, directa? ¿Por qué lo cuestionó todo?"

A principios de los años 60, Buckminster Fuller conoció a Krishnaji en la India. "Bucky", como lo llamaban sus amigos, era un proyectista que había revolucionado estructuras planeando una cultura y un estilo de vida para el futuro; era a la vez un filósofo y un científico con visión, con vitalidad creadora y con una perspectiva holística de la gente y de sus necesidades. Yo conocía muy bien a Bucky, y él me telefoneó, cuando supo que Krishnaji estaba en Delhi, para sugerirme una reunión con "esa maravillosa, bella y sabia persona". Hice arreglos para una cena en que ambos hombres estuvieran presentes. Bucky entró en la habitación jugando con un yoyo. Krishnaji se mostró tímido y un poco retraído -su respuesta en aquellos días cuando se encontraba con un intelecto formidable. Bucky comenzó a hablar. Habló antes de la cena, habló durante la cena, habló después de la cena. Krishnaji escuchaba casi sin pronunciar palabra. Sin embargo, Bucky seguía hablando. Después de que Krishnaji se fue para regresar a la casa de Kitty Shiva Rao donde se hospedaba, Bucky se volvió hacia mí, me agradeció por la reunión y comentó: "¡Qué persona maravillosa, sorprendente y sabia es Krishnaji!"

Desde Delhi Krishnaji fue a Rajghat, Varanasi. Achyut, que había trabajado en Rajghat por algunos años, le habló a Krishnaji, mientras éste estuvo ahí, de Vinoba Bhave y de su labor Bhoodan -la distribución, en las aldeas de la India, de donaciones de tierras a los que no las poseían. Achyut experimentaba una inmensa simpatía por la

orientación y el carácter tan particular de la labor de Vinoba; para él, trabajar por los pobres y los oprimidos formaba parte de la vida religiosa y no podía separarse de la misma. La respuesta de Krishnaji, sin embargo, sacudió profundamente a Achyut.

Krishnaji dijo: "Después de todos estos años, ¿cómo puede ser usted un asno semejante? ¿Por qué se ocupa de tonteras? Vea, mi amigo, si usted no me hubiera conocido, estaría en el 'sarvodaya' (*Sarvodaya*: *sarva* significa 'todo'; *udaya*, surgimiento. Por lo tanto, *sarvodaya* es el despertar o surgimiento de la humanidad. Era un movimiento iniciado por Gandhi para erradicar la pobreza en la India aldeana, y así promover una regeneración del pueblo de la India) limpiando los traseros de los niños aldeanos. Puede que esté bien hacer eso. Pero usted no se encuentra en Rajghat para eso. Usted está tratando de cambiar la sociedad de una manera que cree justa. Pero el cambio profundo debe comenzar con el hombre".

Achyut dijo que no podía comprender lo que decía Krishnaji. Annie Besant le había dicho a Achyut: "Si usted no comprende a Krishnaji, ponga en un estante lo que él dice, pero nunca lo rechace a él". Achyut había aprendido del profeta a no decir jamás sí a nada, salvo que hubiera percibido realmente la verdad de ello. De modo que por seis meses se retiró de su trabajo en Rajghat y fue a los Himalayas, a Lohaghat, Pithoragarh, y se formuló la siguiente pregunta: "¿Estoy demasiado apegado a Krishnamurti y a Rajghat?" También exploró sus motivos para trabajar entre los pobres. Comenzó a escribir sus pensamientos todas las mañanas, y pronto descubrió una percepción directa de la mente y del movimiento del pensar. La percepción trajo consigo libertad.

Achuyt regresó a Rajghat en 1964. Ese invierno volvió a verse con Krishnaji y discutió con él sus insolubles conflictos. Krishnaji dijo: "Nada pasa con usted en Rajghat, así que debe irse. Rajghat no le está ayudando a florecer" Achyut dejó Rajghat en 1965. Lo hizo sin amargura. Entró en un retiro, observando un anonimato total. Vivía en una casa aislada, en los suburbios de Bangalore, vagando de un lugar a otro, intentando cortar de raíz sus conflictos internos.

Su hermano, Rao Sahib, estaba muy perturbado, Sentía que a Achyut lo habían llevado a la frustración. Había dedicado trece años de su vida a Rajghat y a la labor de Krishnaji, y Rao Sahib sentía que su hermano había salido de eso con las manos vacías. Poco a poco, Rao Sahib se fue alejando de Krishnaji. Profundamente devoto de él en lo personal, con una respuesta apasionada y emotiva, y con una necesidad de estar cerca de Krishnaji, se negaba obstinadamente así mismo. Advertía que algo se había despertado en su interior, pero rehusaba reconocer percepción alguna que se debiera a la enseñanza. Preso en el conflicto, se apartó, negándose a admitir su confusión. Pero uno podía sentir la herida profunda y el dolor. Las tensiones habrían de afectar su salud, y desarrolló una fuente hipertensión y un mal cardíaco.

En 1963, Krishnaji estaba expresando una insatisfacción general con la India. Comenzó a formular interrogantes que habrían de persistir por muchos años. Sentía la necesidad de la acción, y se cuestionaba despiadadamente a sí mismo y a quienes le rodeaban. Dijo que había estado hablando en la India por treinta años y nada había ocurrido. "No hay una sola persona que esté viviendo la enseñanza". Se mostraba impaciente con los viejos y sentía necesidad de rodearse de personas jóvenes. Criticaba a Madhavachari, quien era obstinado y se negaba a cambiar sus métodos de acción. El círculo de personas que rodeaban a Krishnaji era limitado, Madhavachari dirigía la Fundación como un sargento mayor. Él, Achyut y Rao Sahib se debatían en un conflicto creciente.

En diciembre de 1964 yo me encontraba en Madrás, parando en Vasanta Vihar. Krishnaji cenaba con nosotros muy a menudo. Achyut Patwardhan, Madhavachari, Nandini y Balasundaram estaban presentes. Rao no había venido desde Poona. Después de la cena comenzó una discusión. Yo pregunté: "¿Cuál es la única acción necesaria para que se produzca una ruptura en la mente? La exploración que tenía que hacerse se ha hecho. Hay conocimiento propio, percepción alerta, los ojos están abiertos, los oídos escuchan, la mente está despierta. Sin embargo, no hay totalidad de percepción y compasión. Una acción total parece necesaria para abrirse paso". Krishnaji dijo que así tenía que ser. El sentía que era una buena pregunta y que debíamos investigarla, discutirla.

En la noche siguiente, otra vez tratamos de descubrir cuál era esa única acción. Krishnaji dijo: "La percepción -¿pueden la percepción y el movimiento del corazón ser una sola cosa?"

Yo pregunté: "¿Cómo surge esa percepción esencialmente rica?"

Krishnaji dijo: "Tiene que ser un acto de extraordinaria sencillez". Estaba sereno. La propia discusión creaba una atmósfera de energía en la habitación. Como una llama, esta energía quemaba los corredores de la conciencia. Había un silencio profundo, ilimitado. Era demasiado para el cuerpo. Habíamos estado sentados alrededor de Krishnaji, con las espaldas rectas y las piernas cruzadas. Mi cuerpo no pudo soportar la intensidad que reinaba en la habitación y buscó el apoyo de la pared. Krishnaji permaneció erecto, la espalda derecha, la cabeza inmóvil. Nosotros descansábamos, y el tiempo cesó.

En 1963, entre las muchas personas que se habían reunido en el campamento de Rajghat, había un hombre joven, alto, de contextura más bien sólida pero bien parecido. Era un músico sudafricano llamado Alain Naudé. Había

concurrido a las pláticas de Krishnaji en Saanen durante el verano de 1963 y lo había entrevistado varias veces. Poco tiempo después rompió sus vínculos con Sudáfrica.

Naudé había seguido a Krishnaji a la India en los inviernos de 1964 y 1965, y pronto Krishnaji nos habló a algunos de nosotros sobre la posibilidad de que Naudé se convirtiera en su secretario, viajando con él alrededor del mundo, encargándose de su correspondencia, alentando a los jóvenes para que escucharan a Krishnamurti, etcétera.

En el otoño de 1965 Naudé se unió a Krishnaji como su secretario mientras estaban en Europa; y cuando Krishnaji llegó a la India en octubre de ese año, vino acompañado por Mary Zimbalist, Naudé y George Vithoulkas, un homeópata griego que en años posteriores adquiriría gran renombre. Krishnaji ofreció pláticas en Delhi y de ahí viajó a Varanasi.

La visita a Rajghat resultó desastrosa. Krishnaji había escrito a Madhavachari, y en su inocencia había sugerido que Madhavachari hiciera arreglos para la estadía de Mary Zimbalist, Naudé y George Vithoulkas en el campamento de Rajghat, ya que eran sus invitados personales. El concepto de la comodidad que tenía Madhavachari era antediluviano, y así lo era su sentido estético.

En la India, el excusado siempre ha sido visto como un foco de contaminación. Era habitual que los hindúes ortodoxos se bañaran cada vez que hacían uso del mismo. Achyut Patwardhan nos contó que podía recordar una época en que los brahmines acostumbraban llevar con ellos un *dhoti* extra cada vez que dejaban la casa, y en caso de que necesitaran visitar los sanitarios de un amigo, a eso solía seguir un baño. A través de los años yo había reconvenido más de una vez a Madhavachari sobre la necesidad de un mínimo de comodidades en el excusado, pero fue en vano. Para él un depósito de agua o un lavabo eran lujos innecesarios; un retrete y un recipiente de metal para el agua habían sostenido las necesidades indias durante siglos, y él no veía razón alguna para cambiar.

En los años 60, los sanitarios mínimos que había en Rajghat, eran asequibles solamente en la casa donde vivía Krishnaji. Mary Zimbalist, un producto de la sociedad neoyorquina, criada en los ambientes más refinados y acostumbrada a vivir lujosamente en las casas de su padre y de su esposo, fue colocada en un lugar donde el excusado no tenía depósito de agua, donde el cuarto de baño carecía de lavabo, y donde la recientemente blanqueada habitación tenía las ventanas salpicadas de pintura. Krishnaji vino a examinar personalmente los aposentos dispuestos para sus invitados, y hubo una explosión. Estaba horrorizado. Mary Zimbalist se trasladó a una habitación en la casa de Krishnaji, pero Madhavachari permaneció inmutable.

La relación entre Krishnaji y Madhavachari se estaba volviendo cada vez más difícil.

Desde los años 60, la actitud de Krishnaji hacia las escuelas, la gente y el trabajo, había experimentado un cambio fundamental. El exigía una permanente revolución. Veía una rápida decadencia en la India; las escuelas tenían que despertar de su letargo. En su sentir, el estancamiento tenía que terminar. No se veía ninguna corriente de cambio creativo. “Muévanse”, les decía continuamente a los miembros de la Fundación y a los maestros de las escuelas. “Si se quedan donde están, se deteriorarán, terminarán por cristalizar”. Tenía que haber un continuo movimiento dentro de uno mismo y, por tanto, en el trabajo que uno realizaba. En una de sus cartas, nos escribió: “Habiendo llegado a cierto estado, prosigan, no se detengan ahí. O avanzan o retroceden. No pueden permanecer estáticos”. Se necesitaba una explosión en las instituciones de Krishnaji, tenía que haber cambios. En la India, las montañas se mueven cuando la energía de una sola persona está despierta.

Visité a Krishnaji en Gstaad durante el verano de 1965. Le habían entregado un Mercedes para su uso personal. Me llevó a dar un paseo; pese a su falta de práctica, conducía con magistral control y estabilidad en las curvas cerradas del camino. Era maravilloso observarlo manejando la máquina.

Fui otra vez a Gstaad en el verano de 1966, en mi viaje de regreso a la India desde los EE.UU. Krishnaji me habló de los jóvenes que se sentían atraídos por las pláticas en los EE.UU. Naudé había hecho arreglos para que Krishnaji hablara en algunas de las grandes universidades. Los jóvenes se rebelaban contra la cultura existente en Norteamérica, y deseaban el “nirvana instantáneo”. Electrizados por la presencia de Krishnaji, se congregaban para escucharlo. Después, renuentes a aceptar la austeridad y el rigor del conocimiento propio y la negación de las experiencias psicodélicas de la conciencia, se alejaban arrastrados por gurús más dóciles que les prometían la bienaventuranza. En Saanen, un gran número de jóvenes vinieron inicialmente a las pláticas; pero era una multitud casual, pocos de ellos ahondaron seriamente en sí mismos o se unieron a la labor de Krishnaji. Pero las reuniones de Saanen pronto se convirtieron en un lugar de encuentro para personas serias provenientes del este y del oeste de Europa; personas interesadas en los inmensos retos a que se enfrentaba la humanidad y que buscaban un nuevo modo de vida.

Naudé continuó acompañando a Krishnaji en sus visitas a la India, y estuvo con él en el invierno de 1966. Cada visita revelaba un deterioro en la relación de Krishnaji y Madhavachari, y una ampliación del abismo existente entre Krishnaji y la Indian Foundation. En Europa le habían dicho a Krishnaji que la Fundación de la India apoyaba a Rajagopal en su posición contra Krishnamurti, que era intolerable, estrecha de miras, arrogante y presuntuosa en sus puntos de vista.

En la India, continuaron sus severos cuestionamientos. Había estado hablando por treinta años y, ¿qué había ocurrido? Rehusaba comparar esto con otros países o situaciones. Una nueva pregunta había emergido. "¿Qué sucederá cuando yo muera? ¿Quién hay aquí para sostener estos centros?" No había respuestas. Una enorme presión se estaba gestando entre todos nosotros.

La situación era muy extraña. Este gran maestro, que en el estrado hablaba con pasión de una mente que no conocía el conflicto, que estaba libre él mismo de cualquier presión, planteaba interrogantes que generaban presiones enormes entre sus más íntimos asociados. Fue muchos años más adelante que habríamos de comprender la naturaleza de la pregunta de Krishnaji, y de la energía generada por el escuchar profundo y el sostenimiento de la pregunta en la conciencia.

En enero de 1967, una colisión mayor tuvo lugar en el Valle de Rishi entre Alain Naudé y Madhavachari. Krishnaji estaba muy perturbado. Me habló en detalle de su profunda preocupación. Vasanta Vihar en Madrás, parecía un lugar muerto, Había poca actividad, y eran muy pocas las personas que venían a leer o a discutir. "Las personas sin creatividad forman instituciones muertas", dijo.

Ese invierno, Naudé no acompañó a Krishnaji a la India. Desde 1963, K había estado discutiendo con Madhavachari, señalándole los principales cambios que se requerían en el funcionamiento de la Fundación. Al llegar a Madrás en el invierno de 1967, le pidió a Madhavachari que compartiera el trabajo de la Fundación con Galloway, un escocés que se había retirado recientemente de la presidencia de Binnys, una de las más importantes compañías inglesas que operaban en la india. También le sugirió a Madhavachari que aceptara la ayuda de Smt. Jayalaxmi para cuidar el jardín en la casa de Vasanta Vihar. La respuesta de Madhavachari fue evasiva.

Smt. Jayalaxmi (*Smt.* es la forma abreviada de *srimati* o 'persona afortunada'. Se usa como prefijo en el nombre de una mujer casada), una brahmin Iyengar del sur de la India, con una notable perspicacia para los negocios, especialmente en bienes raíces, y con un igualmente notable conocimiento de la música clásica del sur de la India, había comenzado a visitar Vasanta Vihar a principios de los años 60. Estaba empapada en la tradición brahmín Iyengar; con un rojo *tilak* en su frente, vestía un *sari* o un *arakh* de color esmeralda intenso o rojo, al estilo Iyengar, plegado alrededor del cuerpo. Era de hablar suave, pero firme en sus respuestas y acciones. Cuando se encontraba en Vasanta Vihar, solía llevar en automóvil a Krishnaji hasta la playa todas las tardes, y esperaba en el auto mientras Krishnaji hacía su paseo por la playa de Adyar.

Para nosotros, los de la India, 1967 fue un año desalentador. Krishnaji se mostraba inquieto y crítico. Había en sus palabras un sentido de cambio continuo, y era evidente la sensación de que se avecinaban cambios mayores. El 9 de febrero de 1967, dirigiéndose en Bombay a la Fundación para la Nueva Educación, Krishnamurti habló con pasión de sus aprensiones con respecto a la Indian Foundation. Nosotros, que lo escuchábamos, sentíamos que nos faltaba el aliento y apenas si podíamos hablar.

Krishnaji dijo: "Quiero decir ciertas cosas, y lo que voy a decir no contiene espíritu de crítica o condena. Realmente, no hay en mi corazón o en mi mente, sentido alguno de juicio. De modo que esto debe entenderse claramente desde el principio.

"He estado hablando ya por más de cuarenta y cinco años. El Valle de Rishi y Rajghat nacieron con un único propósito. Estos dos lugares habrían de ser el centro de las enseñanzas y -si se me permite usar la palabra sin interpretarla mal lugares santos. Pienso esto casi desde el momento en que hemos evaluado lo que realmente está sucediendo: si estos dos lugares son los centros de las enseñanzas, y si en ellos existe ese sentido de 'lo otro'.

"He usado una expresión que puede haber suscitado un malentendido. He dicho que las escuelas 'deben ser protegidas' como un oasis en este país; protegidas del caos que hay en todas partes. Debido a que realmente siento esto muy a fondo y estoy bastante conmovido al respecto, perdónenme si hablo con cierta vacilación; siento que el florecimiento, después de todos estos años, todavía no se está produciendo.

"Y puede suceder que yo no regrese nunca, puedo morirme. Si regreso, como le dije a Mama [Madhavachari], será por poco tiempo, no por estos cinco meses cada vez que lo hago ahora. Físicamente, no puedo hacerlo más, porque no estoy durmiendo muy bien y me fatigo demasiado.

"De modo que ustedes han de considerar que me he ido. Cualquier cosa puede suceder. Puedo morir. Puede ser que haya una decisión, no tomada por algún otro sino por mí solamente, de no volver o de volver por períodos muy cortos. No sé qué va a suceder en el futuro, y es realmente esto lo que quiero decir.

"¿Pueden, pues, ser resguardados estos dos lugares? ¿Comprenden? ¿No resguardados por Balasundaram o algún otro, o resguardados de la corrupción y cosas así, sino resguardados como un oasis?

"Como le decía a Kittyji esta mañana, y también a Pupul durante el almuerzo, tenemos que hacer algo muy drástico. Yo no sé qué es lo que van a hacer ustedes. Mis días son limitados, probablemente unos diez años más o menos, y quiero concentrar todo lo que tengo y no derrochar mi energía. Estoy hablando sensatamente, sin emocionalismo ni sentimentalismo alguno.

"¿Qué es, entonces, lo que vamos a hacer para 'resguardar' estos lugares? Por favor, comprendan lo que entendemos por esa palabra 'resguardar'. Resguardarlos en el sentido de convertirlos en un oasis en medio de este mundo demencial. Y, si realmente no regreso más, si muero, ¿qué va a suceder?

"Después de cuarenta años, ¿qué es lo que hemos producido? Ustedes han entregado a esto una gran parte de sus vidas ¿y qué ha ocurrido? Si dicen, 'estamos haciendo lo mejor a nuestro alcance' o, 'hacemos todo lo que podemos', entonces hay algo que ya no está bien. No digo que lo que hacen sea correcto o incorrecto. No siento las cosas de este modo. Pero, ¿qué es lo que vamos a hacer?" Hubo aquí una larga pausa.

"Lo mismo ha sucedido en Ojai. Puede que sepan que existe una situación molesta entre la K.W.I. tal como es ahora, y yo -y hay preocupación al respecto. Todos comenzamos juntos a construir algo profundo, perdurable, algo valioso, tanto *allá* como *aquí*. Pero tampoco allá hay florecimiento.

"¿Qué es, entonces, lo que podemos hacer aquí? ¿Qué podemos hacer para proteger estos lugares a fin de que se conviertan en oasis para estas enseñanzas? ¿Cómo podemos hacer de ellos algo que valga realmente la pena? He hablado con Mama muchas veces acerca de esto durante varios años. Y ahora me pregunto: '¿Qué vamos a hacer?'"

Madhavachari interrumpió a Krishnaji con explicaciones y excusas, pero K no estaba dispuesto a escucharle.

"Comprendo todo lo que dice", continuó. "Hemos discutido esto juntos varias veces en Rajghat, en el Valle de Rishi. Lo hemos discutido de siete años a esta parte. Y pregunto qué es lo que vamos a hacer ahora. Olvide el pasado, olvide que yo dije esto y usted dijo aquello, olvide que 'estamos haciendo lo mejor que podemos'. La *única* pregunta es: '¿Qué es lo que vamos a hacer?'

"Considérelo, Mama, yo puedo morir mañana; no tengo la intención de hacerlo, pero si muero, ¿qué ocurrirá? ¿Seguirá usted igual que antes? Plantéeselo a sí mismo, Mama".

Madhavachari dijo: "Pienso que cuando llega una gran crisis como ésa..."

"¡La crisis está aquí!" interrumpió Krishnaji.

Cuando a principios de 1968 Krishnaji regresó a Europa, supimos que se había formado un nuevo grupo alrededor de él. Krishnaji envió un telegrama a Madhavachari pidiéndole que entregara la dirección de Vasanta Vihar a Galloway. Madhavachari contestó que, aunque él tenía un poder de agente legal concedido por Rajagopal, no poseía derechos legales como para entregar la dirección de Vasanta Vihar a Galloway. Dijo que Krishnaji podía tener la autoridad moral, pero que los derechos legales seguían perteneciendo a Rajagopal. Krishnaji se sintió muy angustiado con la respuesta de Madhavachari.

Balasundaram estaba en París, y pronto habría de ir a Saanen para encontrarse con Krishnaji. Kitty Shiva Rao había escrito a Krishnaji que, si él lo deseaba, ella se encargaría de que renunciaran todos los miembros de la Indian Foundation. Krishnaji no le contestó.

Pero cuando se encontró con Balasundaram, en la reunión de Saanen se había hecho un anuncio formal en el que Krishnaji declaraba la ruptura de todos sus vínculos con la K.W.I. de Ojai, y comunicaba la formación en Europa de una nueva Fundación que en adelante se encargaría de su trabajo.

Ya se había adquirido Brockwood Park, y pronto la Krishnamurti Foundation se registró legalmente en Inglaterra. Balasundaram encontró a Krishnaji muy crítico con respecto a la Indian Foundation; Naudé estuvo presente en la entrevista de K con Balasundaram y tomó notas. Luego de algunas discusiones, se decidió finalmente que Balasundaram fuera el secretario, y a mí me solicitaron que asumiera la presidencia de la Indian Foundation.

Poco después, Balasundaram regresó a la India. A fines de agosto de 1968, él y yo fuimos a Vasanta Vihar y le pedimos a Madhavachari que entregara Vasanta Vihar, ya fuera a la Fundación para la Nueva Educación o a Smt. Jayalaxmi. Madhavachari rehusó hacerlo. Dejó Vasanta Vihar, devolvió su poder de agente legal a Rajagopal, y entregó Vasanta Vihar a los apoderados de Rajagopal.

En octubre de 1968, recibimos de Krishnaji una carta que nos dejó perplejos y que sacudió a la Fundación hasta sus raíces.

Miembros de la Fundación:

Cuando el Dr. Balasundaram vino a Gstaad este verano, hablamos muy largamente sobre los cambios indispensables que debían efectuarse en la Fundación para la Nueva Educación antes de que ésta pudiera asociarse con la Krishnamurti Foundation de Inglaterra y, de tal modo, vincularse con el trabajo que estamos haciendo en todo el mundo.

Mr. y Mrs. Moorhead también vinieron a Gstaad, y volvimos sobre los mismos puntos con ellos, y para todos estuvo muy claro qué era lo que se necesitaba. Parecería que existe ahora cierto malentendido en la Fundación acerca de estos puntos, y por eso pensamos que seria provechoso considerarlos nuevamente.

La Krishnamurti Foundation se constituyó en Londres el día 28 de agosto de este año, para dirigir y coordinar la difusión de las enseñanzas en todo el mundo. Hemos trabajado durante muchos meses sobre los estatutos de la Krishnamurti Foundation

para asegurar que respondiera exactamente a nuestras necesidades, que ninguna persona o grupo pudiera tomar el control de ella ahora o en el futuro, y que la misma fuera enteramente responsable ante mí y estuviera supeditada a mis deseos.

Me gustaría poner en claro que la Krishnamurti Foundation es simplemente una oficina, un instrumento eficiente para realizar cosas materiales. No es de ningún modo una 'organización' en el sentido con que tan a menudo empleo esa palabra cuando hablo contra las organizaciones. No están involucrados en ella ni la creencia ni el seguimiento ni la jerarquía. Es simplemente un comité, responsable ante mí que velará porque las enseñanzas, las publicaciones, etc., se difundan de acuerdo con mis deseos. Es un comité internacional, y sus miembros sienten que representan a todos los países y no meramente a su propio país.

Si el trabajo de la India y, en particular, el trabajo de la Fundación para la Nueva Educación ha de estar asociado con nuestra labor en todo el mundo, hay ciertas condiciones que deben cumplirse de manera absoluta. Tal vez no sea ésta una buena ocasión para examinar una larga lista de errores cometidos en el pasado, pero como lo he dicho con frecuencia, la Fundación para la Nueva Educación no ha funcionado como yo deseaba, ni ha hecho realmente lo que yo quería que hiciera. Por lo tanto, con el Dr. Balasundaram hemos redactado una lista de requerimientos; yo he visto esta lista y la he preparado con él y otros, por lo que es exacta y auténtica. El se la mostrará a ustedes, si es que no lo ha hecho ya.

Lo principal en ella es la necesidad absoluta de que la Fundación para la Nueva Educación incluya exclusivamente a estas personas que, activa e intensamente, dediquen su trabajo, su energía, y su tiempo a las escuelas -personas que realmente trabajen en las escuelas y cumplan con su tarea. No hay personalidades implicadas en esto, ni hay intención de juicio critico alguno contra nadie en particular.

Estamos seguros de que todos aquellos para quienes las enseñanzas significan algo, pondrán esto en práctica. Si ello quiere decir que han de renunciar, esto también será un acto de inteligente cooperación.

Con mucho afecto,
J, Krishnamurti

Una reunión urgente de la Fundación fue convocada por nosotros en el Valle de Rishi. Rao Sahib Patwardhan, Achyut Patwardhan y Sunanda Patwardhan ya habían renunciado; sus cartas fueron presentadas a la asamblea. Madhavachari ofreció su renuncia, y Balasundaram fue designado secretario conjuntamente con su cargo de director de la Escuela del Valle de Rishi. Kitty Shiva Rao, no pudiendo soportar la presión que se había generado, también renunció, y a mí se me eligió como presidenta. Aunque Kitty Shiva Rao y todos los miembros restantes firmaron la respuesta a Krishnaji, yo fui la encargada de redactar el borrador. Fue una carta difícil de escribir. El era el maestro amado, y evocaba una gran devoción entre todos nosotros. Pero el reto que su carta nos había planteado, nos dejaba sin alternativa. Era necesario, a la luz de nuestra inteligencia, comunicar nuestro amor y, no obstante, negarnos a que se nos colocara en la imposible situación que su carta exigía. Escribimos:

Querido Krishnaji:

La F.N.E., en su reunión consideró con profunda gravedad los puntos que usted nos hizo llegar por intermedio del Dr. Balasundaram y de Mr. Moorhead, y también lo hizo con su carta a la Fundación. En armonía con estos puntos y como expresión de nuestro profundo interés en que la F.N.E. refleje sus enseñanzas y provea condiciones apropiadas para que estas enseñanzas puedan arraigar y florecer en las mentes de los jóvenes, hemos aceptado y efectuado una reorganización de la estructura y del funcionamiento de la F.N.E. Ello será puesto en práctica.

Por muchos años, la F.N.E., ha estado asociada con usted y su labor. Sus miembros se han sentado con usted, y con júbilo, devoción y atención han escuchado lo que usted tenía que decir. Que hayan fallado en transmitir la enseñanza en el campo de la educación, es una medida de su insuficiencia, pero no de su falta de interés y devoción por usted y la enseñanza. Los dos sitios, el Valle de Rishi y Rajghat, se establecieron con el propósito de llevar a la práctica su enseñanza en el campo de la educación -la F.N.E., en ningún momento se ha apartado ni se apartará de este propósito.

Sin embargo, hay algunos puntos que surgen de sus recientes comunicaciones, que han lastimado profundamente a los miembros de la Fundación. Las implicaciones parecen ser que la actual F.N.E. es inadecuada para asociarse con la Fundación que se ha establecido a fin de llevar a cabo su trabajo, y que la reorganizada F.N.E. tendrá que alcanzar cierta categoría antes de que pueda asociarse con la Krishnamurti Foundation y la labor de usted. ¿Quién tomará este examen?

Nosotros ofrecemos nuestra cooperación a la Krishnamurti Foundation en la tarea de difundir sus enseñanzas; una cooperación basada en la completa igualdad, con la F.N.E. funcionando como un cuerpo libre e independiente. Al decir esto, quisiéramos expresar a usted una vez más nuestra profunda y firme intención de hacer todo lo posible a fin de que estas dos instituciones cumplan con el propósito para el que se proyectaron.

Con saludos afectuosos,

Sus

Le habíamos dado seguridad a Krishnaji acerca de los profundos lazos que nos unían a él, pero rehusamos aceptar el juicio de ninguna organización con respecto a nuestro derecho de asociarnos con la labor de Krishnamurti.

Los vínculos con el gurú estaban bajo tensión, y una relación nueva tenía que emerger. No hubo respuesta a nuestra carta, pero pronto habríamos de saber que una 'Krishnamurti Foundation' se había registrado en Inglaterra con Krishnamurti como presidente, y que se había establecido un Centro Krishnamurti en Madrás, con Smt. Jayalaxmi como la representante de Krishnamurti en la India, responsable por la labor de éste en todo el país.

Para mí, fue éste un período de profunda búsqueda interna. En junio de ese año viajé a los Estados Unidos. Le había escrito y más tarde telegrafiado a Krishnaji en Brockwood, diciéndole que me agradaría verle. No recibí respuesta. Pasé por Londres en ruta a los Estados Unidos, y cuando me encontraba en Nueva York me enteré por amigos que Krishnaji había estado en Londres por un día mientras yo estuve ahí. Profundamente lastimada me enfrenté al hecho de que el gurú había desaparecido de mi vida. Mi dependencia de él se reveló con la intensidad de la pena que evocó el acontecimiento. Afronté el hecho de que para mí, el gurú había desaparecido realmente. Abandonada, la semilla de la enseñanza me sostuvo en la oscuridad. No recibí respuestas, pero como lo observé implacablemente, yo sentía que el músculo y el tono de mi cerebro ganaban elasticidad y fuerza; todavía era capaz de dar cabida a preguntas imposibles.

Como Presidenta de la Krishnamurti Foundation de la India, escribí a Krishnamurti en los últimos días de diciembre de 1968, invitándole a hablar en la India. Me contestó desde California el 6 de enero de 1969, agradeciéndome por invitarle oficialmente a la India. Nos pidió a Kitty Shiva Rao y a mí que asumiéramos la responsabilidad de las pláticas y del Boletín que él deseaba se publicara en la India. Dijo que estaría en la India desde diciembre de 1969 hasta febrero de 1970.

Ni un solo indicio de la carta de 1968 y de su contenido, habría de aparecer en las subsiguientes cartas de Krishnaji. La que escribió desde Ojai fue la primera que recibí desde el 7 de setiembre de 1966. El 2 de junio de 1969, Krishnaji escribió otra vez, señalando la necesidad de reunir fondos para los pasajes -el de Naudé y el de él, desde Europa a la India; Ojai no podía proveer los pasajes debido a que los fondos eran escasos.

Las noticias de que Krishnaji había roto todos sus vínculos con Naudé llegaron a nosotros en la India hacia fines de agosto de 1969. Fue una sorpresa mayúscula. Era increíble que pocos meses antes Naudé hubiera podido tener semejante influencia, y aun así desaparecer tan rápidamente de la escena.

Yo había visto a Rao Sahib por última vez hacia fines de la primavera de 1969 en Poona, donde él estaba viviendo. Se hallaba mortalmente enfermo, pero me esperó en la puerta de su casa -llevando inclinado sobre la cabeza, en su inimitable estilo, un blanco birrete almidonado. Al verme sonrió, arrancó una flor de parijataka y me la ofreció.

Súbitamente, a fines de agosto, Rao Sahib Patwardhan sufrió una severa hemorragia cerebral. Achyut me había prevenido sobre la seriedad del mal de su hermano, y yo estaba preparada para la noticia de su muerte inminente. Pero descubrí que no estaba capacitada para verle en estado de coma, con tubos clavados en él. Yo conocía su inmenso orgullo; él se habría sentido desolado de que lo expusieran así. Su agonía se prolongó por dos días, muriendo el 29 de agosto. Viajé a Poona, y llegué al día siguiente del fallecimiento y la cremación. Su muerte me dejó desconsolada. Había sido un amigo muy amado, cálido, afectuoso; fue el fin de una preciada relación y llevé luto por él. Un capítulo de su vida se había terminado.

Capítulo XXV

"ES NECESARIO FORMULAR PREGUNTAS PARA LAS QUE NO HAY RESPUESTAS"

Mientras me encontraba en Poona, les pedí a Achyut y a Sunanda que se reincorporaran a la Fundación. Sunanda aceptó. Achyut, si bien no se incorporó formalmente, accedió a colaborar en todas las formas.

Achyut, Sunanda, Nandini y yo recibimos a Krishnaji en el aeropuerto cuando llegó a Delhi en el invierno de 1969. La ausencia de Rao tornaba la ocasión particularmente conmovedora. Krishnaji nos miró y dijo gravemente: "De modo que no todos me han abandonado".

Discutimos con K sobre el futuro de la Fundación para la Nueva Educación, y sobre la relación de ésta con el Centro Krishnamurti de Madrás. Jayalaxmi se encontraba con nosotros en Nueva Delhi, y también aquí Krishnaji se mostró vacilante. Finalmente se decidió que la Fundación para la Nueva Educación recibiera el nuevo nombre de Krishnamurti Foundation of India (Fundación Krishnamurti de la India). Esto era necesario para reflejar la naturaleza del cambio en el trabajo. La Fundación ya no era más un cuerpo que se ocuparía solamente de las escuelas y de otras instituciones educacionales, así como de conservar y proteger las tierras, sino que tomaría a su cargo la tarea de difundir la enseñanza. El cambio de dirección determinaría el cambio de los miembros y de las funciones. En Inglaterra, Krishnaji había accedido a ser el Presidente de la Krishnamurti Foundation; en la India nos opusimos fuertemente a esto. Ser el jefe de una Fundación era aceptar la responsabilidad total por su funcionamiento, tanto legal como moralmente. Nosotros sentíamos que Krishnaji era el gran maestro y que no debía agobiársele de ese modo. Nuestras discusiones quedaron incompletas y habrían de continuar más adelante.

Krishnaji fue a Bombay en camino a Madrás. Mientras estuvo en Bombay se alojó en Himmat Nivas. Una noche, durante la cena, estando presentes Nandini, Asit Chandmal y yo, Krishnaji comenzó a hablar de la Sociedad Teosófica y de Annie Besant. Esta era la primera vez en veintiún años que él nos hablaba detalladamente de la Sociedad Teosófica.

Krishnaji exploró el misterio que rodeaba el descubrimiento del muchacho Krishnamurti. Sondeó delicadamente, afinando el oído para las sugerencias y descubrimientos que pudieran surgir en la discusión. Sus afirmaciones acerca de la Sociedad Teosófica eran claras y precisas. No hizo comentarios en cuanto a la verdad o ilusión de los hechos descritos. Percibiendo 'lo otro' en Krishnaji, nosotros escuchábamos, formulando pocas preguntas y dejándole hablar.

Krishnaji contó que los Maestros le habían dicho a C.W. Leadbeater que encontrara a un muchacho que fuera brahmín, que proviniera de una buena familia y "tuviera un rostro como el descrito". Era deber de la Sociedad Teosófica proteger el cuerpo del muchacho y proveerle de una atmósfera de completa seguridad durante dos años. Si el cuerpo estaba preparado y listo, el Señor Maitreya le daría al muchacho la mente. Cuando Leadbeater vio a Krishnamurti en la playa de Adyar, percibió que en el aura de éste no había vestigio alguno de egoísmo.

Krishnaji se preguntaba cómo fue que el muchacho permaneció incontaminado a pesar de que se le dio todo cuanto deseaba -desde jugo de naranja a un Rolls Royce y a pesar de haber sido tratado de un modo especial por la gente que le rodeaba. A nadie le estaba permitido sentarse en su silla o tocar su raqueta de tenis, se tomó un cuidado tremendo a fin de que el cuerpo permaneciera sensible. No se le permitía tomar alcohol ni comer carne ni tratar a personas vulgares o poco refinadas. Krishnaji adelantó después algunas teorías para explicar cómo el muchacho se conservó incontaminado. ¿Era que, a través de nacimientos y reencarnaciones, había evolucionado hacia la perfección? ¿O el Señor Maitreya había protegido el cuerpo hasta que estuviera maduro? ¿Había el niño nacido sin un carácter o una personalidad formal, lo cual le permitió permanecer en un estado de vaguedad, sin contaminarse por su infancia junto al padre, por la escuela, por las doctrinas de la Sociedad Teosófica, por el lujo con que vivió en Inglaterra?

Después nos habló de las jerarquías en la Sociedad Teosófica -la más alta era el 'Señor del Mundo', luego venía el Mahachohan, después el Buda. El Bodhisattva Maitreya se consideraba igual al Buda. Debajo de ellos estaban los Maestros, cada uno con un nombre diferente -uno un lama tibetano, otro un aristócrata hindú, otro un conde polaco.

El muchacho, que era por completo inocente y puro, aún tenía que ser protegido a fin de que el mal no pudiera tocarlo, no pudiera penetrar en él.

Súbitamente, en medio de la conversación, Krishnaji dejó de hablar. Dijo: "Estamos hablando de cosas peligrosas. Esto puede hacer que entren en la casa". Su voz era extraña, su cuerpo cobró fuerza. "¿Pueden sentirlo en la habitación?" La habitación estaba latiendo. Krishnaji se quedó en silencio por un largo rato. Cuando comenzó a hablar nuevamente, la atmósfera dentro de la habitación se había transformado; había silencio, una cualidad activa de bondad.

Krishnaji continuó. Mrs. Besant había insistido en que dos iniciados acompañaran todo el tiempo a Krishnamurti. Ella decía: "Puesto que internamente estás siempre solo, jamás debes estar solo físicamente. "Existía en el muchacho un depósito de bondad que no debía contaminarse. Nos dijo que necesitaba protección

aun en 1.969, pues su carácter todavía no se había formado por completo. “La otra noche, mientras meditaba, pude ver que el muchacho seguía existiendo tal como era antes, nada le había sucedido en la vida. El muchacho sigue siendo tal como era. El cuerpo todavía necesita ser protegido del mal”. Hizo una nueva pausa, y agrego. “Sigo sintiendo que me protegen”.

Habló después de los primeros años, cuando el cuerpo del niño Krishnamurti tenía que ser protegido completamente y se le debía dar seguridad por dos años; pero la mente no debía tocarse, porque “el Señor le daría lo demás”. Había largos silencios entre sus frases. Dijo que el cuerpo tuvo que pasar por muchísimos sufrimientos (como en Ojai y Ootacamund) porque aún había imperfecciones en el cerebro.

Después lo interrogamos acerca de las muchas personas indeseables que a través de los años le habían rodeado. Asit Chandmal preguntó: “¿Cómo permite el bien que el mal se acerque en la forma de un ser humano?”

“Yo no puedo apartar a nadie ni a cosa alguna”, dijo K. “No puedo decir ‘váyanse’; ello tiene que alejarse de mí. ¿No es extraño que lo haga?” Después preguntó: “¿Qué fuerza es la que protege algo de modo que permanezca inocente y puro? Uno debe ser muy cuidadoso si abre la puerta; pueden entrar el mal o el bien. El mal encuentra fácil entrar, el bien mucho más difícil. El mal no es el opuesto del bien”, repitió. “No existe relación alguna entre ambos”.

Krishnaji prosiguió luego hablando de las iniciaciones por las que había pasado en la Sociedad Teosófica. Conforme a las doctrinas secretas de la Sociedad, había tres iniciaciones. Después de dos, las cosas todavía podían ir mal. Pero, después de la tercera, el ser ya no podía ser afectado por la ira, por el sexo, por el dinero. Todo eso era demasiado trivial. Era casi la medianoche cuando Krishnaji se retiró para acostarse.

Desde Bombay Krishnaji se dirigió a Madrás. En las pláticas públicas y en las discusiones que sostuvo ahí, planteó una pregunta fundamental: “¿Existe algo como el individuo, o el hombre es meramente un movimiento de lo colectivo?” Las percepciones en la naturaleza de lo colectivo revelaban que estaba compuesto por la tradición, las creencias, el conocimiento y la experiencia de los libros. Krishnaji dijo que, para que hubiera un individuo, tenía que producirse una revolución en lo colectivo que se manifestaba en el conocimiento y en la tradición. Y de ese modo el hombre tenía que descubrir su propia incorruptibilidad.

“Es necesario formular preguntas”, dijo Krishnaji. “Preguntas para las que no hay respuestas. De manera tal que la pregunta vuelva al hombre sobre sí mismo y sobre el modo en que opera la estructura del pensamiento. La mano que busca alejar o rechazar, es la misma mano que retiene”.

Después, durante un paseo por Bombay, dijo que “el acto de ver y escuchar activa el sentir. El ver, sin que intervenga la palabra como pensamiento, crea energía”.

También habló sobre la urgencia “de conocernos a nosotros mismos tal como somos, no como desearíamos ser -lo cual es ilusorio, ideal e imaginario. Sólo ‘lo que es’ puede transformarse, no lo que desearíamos que fuera. La comprensión de lo que somos -feos, hermosos, desagradables, malos la comprensión sin distorsión ninguna, es el principio de la virtud. Solamente la virtud genera libertad”.

El interés de Krishnaji por explorar el modo tradicional hindú de abordar la liberación, se hizo evidente desde el otoño de 1.970. El se encontraba en Delhi, y durante nuestros paseos y discusiones habló sobre la tenacidad de la mente hindú, que a pesar de la conquista y la represión, había mantenido vivas las viejas enseñanzas.

Discutimos el antiguo papel desempeñado por el brahmín; en el brahmín había arrogancia, evidente en su negativa a aceptar dinero por impartir conocimientos. Su don para la enseñanza tenía que ejercerse libremente. Como brahmín, él no debía aceptar *dakshina*, caridad. Sentía que tenía el derecho de ser mantenido por el Estado. La pobreza era su derecho de nacimiento, así lo había aprendido. Andando el tiempo, este orgullo había llevado a la arrogancia y a la corrupción, y con ello a la degeneración brahmínica.

A Krishnaji le encantaban los mitos de la India. Me hacía repetir con frecuencia la leyenda de Narada, el semicelestial y chismoso mendicante musical, que viajaba interminablemente llevando de un dios a otro el chismorreo del mundo de los dioses.

Narada, ansioso por aprender el secreto del *maya* de Vishnu, llegó hasta Vishnu cuando éste descansaba en medio de un bosquecillo. Terminadas las salutaciones, Narada le preguntó al dios de las aguas azules el secreto de su *maya* -la red de ilusión que cubre el mundo del hombre y sus acciones. Vishnu accedió a enseñárselo, pero le pidió a Narada que, como estaba sediento, fuera a traerle un poco de agua. Narada vagó a través del bosque buscando una residencia. Después de cierto tiempo, llegó a una casa y golpeó en la puerta. Esta fue abierta por una joven mujer de arrebatadora belleza, que le sonrió con sus grandes ojos soñadores mientras se volvía para traerle el agua. Narada quedó locamente enamorado y se demoró por días en compañía de ella.

Pasó el tiempo. Narada se casó con su amor, un año siguió a otro año, y nacieron los hijos. Narada vivía en la bienaventuranza con su mujer y sus hijos. Llegó un año en que llovió incesantemente, las aguas de los ríos desbordaron las márgenes, y una corriente gigantesca barrió la casa de Narada y los árboles que la rodeaban. Sosteniendo con una mano a su mujer, aferrando a su hijo con la otra y llevando sobre sus hombros a un hijo más, Narada avanzó con dificultad por las aguas para alcanzar un terreno más alto. Pero pronto las aguas le llegaron al pecho y después al mentón. Sus hijos, que se aferraban a él, fueron arrebatados uno tras otro, hasta que solamente

quedó su mujer. Era de noche, y la oscuridad se sumaba al terror en que estaba sumido; las aguas continuaban subiendo, y su mujer, incapaz de seguir sosteniéndose de su brazo, fue separada de él y las aguas la reclamaron. Entonces Narada, solo, levantó los brazos y clamó a los dioses. De pronto se escuchó una voz: "Han pasado diez minutos. ¿Dónde está mi vaso de agua?"

Nos reuníamos en la casa de B. Shiva Rao en Lodi Estate. Todas las mañanas discutíamos el pensamiento tradicional de la India; el Tantra, el despertar del *kundalini,* el yoga y la energía, la percepción, y 'el movimiento que fluye hacia atrás'. Una de las discusiones fue sobre la muerte. Shiva Rao se encontraba severamente enfermo el día de la discusión, y los médicos estaban a su lado. Krishnaji se había sentado junto a él por algún tiempo, sosteniendo su mano. El corazón de Shiva Rao estaba fallando y no se esperaba que sobreviviera.

Esa mañana, durante la discusión, Krishnaji se veía muy serio. Cuando empezamos a hablar de la muerte, dijo que Shiva Rao no moriría, que se iba a recuperar. Sin atribuir mayor significación a su comentario, dijo luego que nadie había muerto jamás bajo el mismo techo mientras él se encontraba viviendo en la casa. Como K tenía para entonces setenta y cinco años, su afirmación resultaba asombrosa.

La discusión sobre la muerte comenzó con una pregunta. "¿Tiene que haber un modo de aprender a morir?"

Krishnaji dijo: "Nosotros colocamos a la muerte detrás de los muros, fuera del movimiento de la vida. La consideramos una cosa que debe evitarse, eludirse. Uno se pregunta: ¿Qué es vivir y qué es morir? Ambas cosas deben marchar juntas, no separadas. ¿Por qué las hemos separado? ¿Puede uno aprender acerca del vivir, y así aprender acerca de la muerte? El aprender está siempre en el presente activo. A menos que el cerebro perciba de modo directo, jamás podrá comprender. Pero no hay nada que aprender. La muerte no existe cuando la mente está libre de lo conocido".

La muerte dice: tú no puedes tocarme, no puedes jugar tretas conmigo -la mente está habituada a las tretas cincelando algo con la experiencia. La muerte dice: tú no puedes experimentarme. La muerte es una experiencia original... un estado que no conozco... y estoy sumamente atemorizado".

Las discusiones continuaron, y cuando Krishnaji fue a Madrás, se formó otro grupo para reunirse con él. Uno de los participantes era George Sudarshan, un joven físico que enseñaba en la Universidad Austin de Texas. En palabras de Sudarshan, ellos discutieron "la segunda ley de la termodinámica", Krishnaji habló acerca del tiempo, y de cómo el observador era uno con lo observado.

"El observador se separa mediante imágenes, conclusiones, y así crea el espacio y el tiempo. Esa es una de las mayores fragmentaciones. ¿Puede uno mirar 'lo que es', sin el observador -que es el hacedor del tiempo, del espacio y la distancia? El observador es tiempo". George Sudarshan encontró que no podía conectar inmediatamente con Krishnaji y con el especial significado que éste daba a las palabras. Aún tenía que familiarizarse con el lenguaje de Krishnaji, pero había sido conmovido profundamente por él, sintiendo cómo lo sagrado rebosaba en su presencia.

Tuve un accidente de automóvil cerca de Madrás, y sufrí un fuerte golpe en una vértebra, de modo que no pude ir al Valle de Rishi, donde Krishnaji había de continuar sus discusiones de grupo. Me llevaron por avión en una camilla a Bombay, y allí tuve que guardar cama durante tres semanas. Pero insistí en participar en los diálogos de Bombay. Cuando Krishnaji se encontró conmigo en Bombay, su respuesta a mi accidente fue por completo inesperada. Me tomó por los hombros y me sacudió, diciéndome que yo no tenía el derecho de ser irresponsable con mi cuerpo. Me quedé sin resuello, y me preparé para nuestra discusión de grupo, la cual abarcó tópicos muy diversos y de inmensa profundidad. El rumbo que toma el diálogo y la energía que se genera en una investigación seria, se revelaron en esta discusión. Después de dos horas, tuve que retirarme a mi dormitorio y me desplomé en la cama muy dolorida. El debe haber advertido esto, pero no hizo ningún comentario.

Krishnaji estaba contento con la calidad de nuestros diálogos; había percibido en ellos un modo nuevo de abordar la enseñanza. Cuando dejó la India llevó consigo una copia de los mismos; en su sentir, estos diálogos debían formar la base de su nuevo libro. Los diálogos se corrigieron en la India y se publicaron bajo el título de *Tradición y Revolución*. Fue el primer libro importante de diálogos de Krishnamurti. Había en el libro un reconocimiento de la, importancia del diálogo en el despertar de la mente investigadora, y una clara percepción de que no había respuestas para los problemas esenciales de la vida. Sólo existía el despertar de la inteligencia y la constante formulación de preguntas fundamentales.

En la primavera de 1.971, se habían acentuado las tensiones entre la India y Pakistán. Como una marejada, los refugiados, hombres, mujeres y niños enjutos de piel oscura y ojos claros, fluían en abundancia traspasando las fronteras del Pakistán oriental y penetrando en la parte occidental de Bengala. La incesante afluencia y el número creciente de estas masas, había llevado a un derrumbe de todas las comodidades ciudadanas, y hacia el mes de octubre, diez millones de refugiados inundaban la campiña oriental. Fue un desastre para la India.

En junio de 1.971 viajé al exterior. Antes de irme me vi. con mi vieja amiga Indira Gandhi. Me dijo: "Si en los Estados Unidos le hacen preguntas sobre la situación, dígales que Indira Gandhi afirma, con toda solemnidad, que en un año no habrá un solo refugiado que permanezca en el suelo de la India". La amenaza de guerra era una realidad, la situación se había vuelto sombría.

Krishnaji tenía que venir a la India desde Roma a fines de octubre. Pero el 19 de octubre escribió desde París que los diarios locales estaban llenos con la posibilidad de una guerra entre la India y Pakistán; le habían dicho que con la histeria de la guerra inundando el país, él no tendría libertad para hablar en la India. Nos pedía que consideráramos seriamente si debía ir. Pronto siguieron cartas desde Roma. En una de ellas, fechada el 28 de octubre, Krishnaji escribió que los diarios informaban que en la India el olor de la guerra estaba en el aire. Me recordaba que, "como usted lo dijo, ha tomado la responsabilidad de proteger este cuerpo, y también yo tengo la responsabilidad de protegerlo. Todas estas cosas pueden poner en peligro el trabajo en la India. Por eso, Pupul, considere todo esto, y entre todos nosotros tenemos que llegar a una sabia decisión".

Le escribí una carta asegurándole que, aun cuando hubiera una guerra, él no tendría problemas en dejar la India. El 3 de noviembre, escribió desde Roma:

> ... guerra o no guerra, la situación es ésta, y no le he escrito antes sobre ello porque esperaba que hubiera un cambio que mejorara las cosas. Desde este verano, después de Gstaad, mi cuerpo se fatiga más y más. Ha alcanzado un punto de agotamiento. Desde que me encuentro aquí he estado vomitando diariamente, duermo poco y paso en cama la mayor parte del día; he tenido que cancelar dos pláticas que estaban planeadas. Agregue a esto que el cuerpo se ha vuelto hipersensible. Necesita un descanso completo. Si llego a la India en este estado, estoy seguro de que el cuerpo caerá enfermo, y eso no será bueno para nadie. Los dientes también me han estado molestando. Tenía muchas esperanzas de que las cosas mejoraran durante estas tres semanas que pasé en Roma, pero desgraciadamente no ha sido así, quizás estoy más agotado. Es, pues, más prudente que no viaje a la India este invierno. Lamento mucho no hacerlo, pero así están las cosas, este cuerpo tiene que conservarse tanto como sea posible. Siento que ésa es nuestra responsabilidad.
>
> Desde aquí regresaré a Brockwood y después iré a California. Mrs. Zimbalist está con su familia en los Estados Unidos. Tengo que escribirle para averiguar si ella puede alojarme en Malibú. Necesito ir a alguna parte donde el cuerpo pueda descansar, y 'desaparecer' silenciosamente. Espero que usted comprenda. Me mantendré en contacto con usted, querida Pupul.

Nandini y yo estábamos profundamente preocupadas por su salud, y el 8 de noviembre le hablé por teléfono. Pronto empezaron a circular rumores en la India de que K se encontraba muy enfermo en un hospital. Telefoneamos a Malibú, donde K estaba descansando en casa de Mrs. Zimbalist, y obtuvimos una respuesta tranquilizadora.

En el otoño de 1.971, mientras me encontraba en Bombay, sufrí un ataque de insuficiencia cardiaca, que fue acompañado por hipertensión; tuve que permanecer en cama durante varias semanas. Mientras tanto mi esposo, que se encontraba en Delhi, cayó otra vez seriamente enfermo. Sus pulmones estaban muy débiles y sufría de un severo enfisema. Lo llevamos a Bombay para un tratamiento, pero su condición continuó deteriorándose. Yo viajaba constantemente entre Nueva Delhi y Bombay.

El 23 de julio, su estado se volvió súbitamente crítico. Un poco después de la medianoche me hicieron pasar. Jayakar estaba semiconsciente; hablaba, pero uno tenía que inclinarse muy cerca para escuchar sus palabras: "Ayúdame, sostén mi mano, ayúdame". No sé si me reconoció. Yo tomé su mano. Nandini había entrado en la sala y tomó la otra mano.

El cuerpo se había quedado tranquilo y ya no se escuchaba la voz, pero la presión de la mano aún continuaba. La habitación estaba totalmente silenciosa, y lo mismo la mente. En el enorme silencio, percibimos una presencia que se hacía cargo de él y dulcemente lo llevaba a través del umbral. De pronto, la mano se aflojó. El consumido rostro perdió su expresión de intenso sufrimiento; se veía joven, bello, no tocado por su enfermedad. ¿A quién iba yo a llorar? Mi hija Radhika había entrado. Lo vio 'durmiendo', y pasaron unos momentos antes de que se percatara que la muerte era nuestra compañera. El silencio que se había despertado esa noche permaneció conmigo en los días que siguieron. Luego partí hacia Delhi, y la quietud proseguía dentro de mí.

Una noche de octubre desperté sintiendo que el miedo estallaba en mi interior. La ventana estaba abierta, y en la oscuridad percibí una presencia que aguardaba afuera. El miedo me ahogaba. Encendí la luz y me quedé levantada toda la noche, temerosa de cerrar los ojos -porque con la oscuridad, la presencia estaba ahí. Esto continuó por diez días. Yo solía caer dormida y despertaba en un torrente de miedo, con la presencia aguardando en la oscuridad. Ninguna observación interna era posible. La intensidad del miedo me aniquilaba; estaba hecha un desastre y no pude dormir por más de quince días.

Krishnaji llegó a Delhi en el otoño de 1.972, y fui a verle. Me interrogó con gran detalle sobre la manera en que había muerto Jayakar, sobre el instante de la muerte y el estado de mi mente. Hablamos de ello, permanecimos quietamente con ello, pero después de ese día nunca más volvió él a mencionar el hecho de la muerte de Jayakar.

Un aspecto de mi vida había llegado a su fin; yo tenía que estar libre del pasado y seguir adelante. Después le hablé acerca del miedo que se había despertado en mí y me estaba destruyendo. Me escuchó con gravedad, sostuvo mi mano, e hizo que permaneciera en silencio con él. Nos quedamos así por un largo rato.

Las discusiones habían comenzado, y una de ellas versó sobre el miedo. Krishnaji dijo que el miedo existía cuando había una sensación de completo aislamiento, de absoluto desamparo. Yo respondí que uno podía habérselas con los temores conscientes, incluso permitirles florecer y terminar. Pero uno parecía estar indefenso ante los temores inconscientes, ante la oscuridad primitiva que yace en las raíces de la existencia.

"¿Contiene el inconsciente estos temores?", preguntó Krishnaji. "¿Invita el inconsciente a estos temores, o los recoge del medio circundante? ¿Se encuentran en los genes heredados?", siguió preguntando. "¿Por qué consideramos que el inconsciente es el depósito del miedo?"

"El miedo está siempre ahí, 'es en una crisis que nos volvemos conscientes de él", dije.

A medida que la discusión" fluía, reflejaba los oscuros, innominados temores que acechaban como sombras en el cerebro. Percibiendo esto, Krishnaji preguntó: "¿Es que toda la estructura de la célula tiene miedo de no ser? ¿Forma el miedo parte de la existencia humana? ¿Forma parte de la más minúscula cosa viviente, de la más diminuta de las células? Si es así, ¿por qué debería yo crear una crisis para habérmelas con el miedo?" Hubo silencio.

"Un gesto, un pensamiento, una palabra, una mirada, un susurro, generan miedo. El miedo está aquí, afuera y adentro. "Mientras él hablaba, el miedo estaba ahí, alrededor de nosotros y dentro de nosotros". ¿Por qué no establecemos contacto con el miedo *antes* del reto?", preguntó. "¿Es qué la mente consciente tiene miedo de enfrentarse al miedo?" Luego, al percibir la atmósfera y al ver la enormidad del problema, dijo: "Vayamos despacio, estamos siguiéndole la pista a un cohete.

"Lo que se requiere", dijo, "es verdadera sencillez, no análisis. El miedo de no ser forma parte de las células de nuestra sangre. Es nuestra herencia. Yo digo que está ahí, debajo de la alfombra; levántenla y miren. Está ahí, Cuando la mente está despierta por sí misma, no tiene miedo. ¿Por qué debo asustarme si el miedo forma parte de mi ser?"

Había poco que yo pudiera agregar para contribuir a la discusión. De pronto, Krishnaji dijo: "¿Puede la mente estar por completo inmóvil? Entonces dejen que el miedo venga, déjenlo surgir. Cuando la mente se halla despierta, ¿cuál es, entonces, la raíz central del miedo?" Mientras él hablaba, hubo una intensa detención de la ascendente espiral del miedo. El cerebro estaba quieto, igual que el cuerpo.

"Este estado, ¿ha surgido alguna vez en usted, señor?", pregunté. Nuevamente quedó en silencio. "Varias veces, muchas veces, cuando la mente tiene completa estabilidad, cuando no retrocede, cuando no acepta ni niega, ni racionaliza, ni escapa, cuando no hay movimiento de ninguna clase. Hemos llegado a la raíz de ello, ¿no es así?"

Yo había escuchado. Me fui de allí viendo que el estar libre de miedo no descansaba en ninguna acción interna o externa, que esa libertad sólo podía existir cuando el cerebro estaba totalmente silencioso. La quietud generada por el diálogo permaneció conmigo, y esa noche me dormí sin temor alguno. Los miedos catastróficos, primitivos, no volvieron a aparecer en mí desde aquel diálogo. Los pocos temores que surgieron estaban en la superficie del nivel consciente, por lo que era posible enfrentarse a ellos.

En los días que siguieron, K me habló sobre la naturaleza de la soledad. Era un extraordinario estado del ser, un estado de completo aislamiento. Era la esencia del 'sí mismo' -el 'yo' con su red de palabras en que la mente se halla atrapada. Me pidió que afrontara la completa soledad interna; sólo así podía uno verse totalmente libre del miedo.

"Estar libre del miedo es estar totalmente libre del tiempo" dijo. Yo recibí esas palabras y las guardé muy dentro de mí.

Capítulo XXVI

"EL AMOR NO SUFRE"

La guerra con Pakistán en 1.971 y la formación de Bangladesh habían constituido una experiencia traumática para el subcontinente. Cuando se encontró con nosotros en 1.972, Krishnaji habló con interés apasionado acerca de los acontecimientos. Nos preguntó por qué no habíamos protestado fuertemente contra la guerra, que constituía el acto final de la violencia; cualesquiera que fueran las circunstancias, la guerra no podía tolerarse. Tratamos de explicar la presencia de lo millones de refugiados en el suelo de la India, las presiones generadas y los problemas inherentes a la situación. Pero nada hizo vacilar a Krishnaji en su posición.

En las pláticas y en las pequeñas discusiones de grupo, advertimos que su lenguaje y el uso de las palabras, habían cambiado. Penetraba en las raíces de las palabras, trazando claras distinciones entre cerebro, mente y conciencia. En una de sus pláticas en Delhi, dijo que las células cerebrales se habían condicionado por miles de años, y que a menos que hubiera una ruptura en ese condicionamiento, el desastre era inevitable. "El mundo está en llamas. ¿Puede el cerebro, toda la estructura humana, experimentar una revolución tremenda, una gran mutación? ¿Puede haber un vivir holístico en vez de uno fragmentario?"

Se advertía en Krishnaji una gran tristeza. El 19 de noviembre, en Nueva Delhi, dijo: "Es uno de los más grandes dolores en el mundo querer comunicar algo tremendo con la mente y el corazón, y que ustedes no lo reciban. Es penoso no sólo para quien les habla sino también para ustedes que escuchan". Percibiendo la creciente violencia que aguardaba en el futuro, habló del hombre "atrapado en el corredor de los opuestos" -odio y amor, violencia y no-violencia. Pero lo real estaba en 'lo que es', o sea, en la violencia. Investigó el pensamiento y su estructura -el pensamiento era el pasado como memoria, el pensamiento era tiempo.

"¿Puede, pues, la mente, pueden las células cerebrales mismas que son producto del tiempo como evolución, pueden el cuerpo, el movimiento que conocemos como el pensar, puede la totalidad de la mente estar en completo silencio? Y eso puede ocurrir sólo cuando hemos comprendido el valor del pensamiento, dónde es importante y dónde carece de importancia. Sin comprender la naturaleza y estructura del pensamiento, jamás darán ustedes naturalmente con este silencio.

"Y el silencio es indispensable. Cuando miramos una nube, y el resplandor de la luz en ella, si nuestra mente se encuentra parloteando, vagando, especulando, verbalizando, no puede ver la belleza de la nube. La mente tiene que estar quieta, y estará quieta si uno ha negado, si ha descartado el control, la autoridad; todas las cosas que la mente ha producido a fin de encontrar la verdad o la iluminación, son de hechura humana y, por tanto, están presas en el tiempo. Y para descubrir aquello que no pertenece al tiempo, que no tiene medida, que es innominable, la mente tiene que estar por completo silenciosa. O sea, ¿Puede el cerebro, por favor, sigan esto, el cerebro que exige seguridad absoluta porque de otro modo no puede funcionar libremente, eficazmente, puede el cerebro estar por completo seguro de manera que opere sin fricción alguna?

"Cuando ustedes ven eso, entonces hay claridad en la observación y en el aprender, lo cual es la acción de la inteligencia. Al observar lo que es falso, las células del cerebro se aquietan, y con ello la mente adquiere -sin esfuerzo alguno, de manera suave, fácil y natural una calma extraordinaria. Y en ese silencio de la mente no existe el tiempo. No es cuestión de preguntarse: '¿Puede la mente sostener o conservar ese silencio, continuar en él?' Esa pregunta es un deseo del pensamiento que busca perseguir ese silencio como un placer.

"En ese silencio no existen el observador ni la experiencia, sino sólo esa cualidad de completo y total silencio. En ese silencio la puerta está abierta. Lo que hay más allá de la puerta es indescriptible, no puede ponerse en palabras".

En el verano de 1.971 yo me encontraba en los Estados Unidos. Una vez finalizadas mis tareas oficiales, pasé un periodo de vacaciones con mi hija en California. Ella me habló de una conferencia muy inusual a la que había asistido en Toronto. El orador era Ivan Illich. Este había sido ordenado sacerdote jesuita, pasando varios años en América del Sur. Habiendo surgido diferencias entre él y la iglesia de Roma, después de grandes afanes abandonó el sacerdocio jesuita y se estableció en Cuernavaca, México. Allí, según explicó más tarde en la India, fundó un centro, un espacio vacío donde la gente pudiera reunirse.

Su conferencia de Toronto había versado sobre "Una Sociedad sin Escuelas", y Radhika me entregó una copia del libro. Su originalidad e intensidad me intrigaron, y cuando regresé a la India le di el libro a Indira Gandhi. Ella lo leyó, pensó que era pertinente para la situación de la India, e hizo arreglos para invitar a Ivan Illich. Tiempo después él me contó que había vacilado antes de responder a la invitación gubernamental, pero que finalmente accedió. Teníamos una amiga común, Dorothy Norman, e Ivan Illich me trajo una carta de presentación de ella.

Vino él a cenar a mi casa de Delhi a fines del otoño de 1.972, Tenía una presencia notable, y yo respondí vehementemente al reto de sus palabras. Pronto simpatizamos y nos hicimos amigos. Indira Gandhi me había pedido que ayudara a Illich a planear sus programas de actividades, y yo sugerí que él visitara Rajghat y se entrevistara con Krishnamurti.

El 27 de noviembre se encontraba él en Rajghat. Se alojó en la habitación superior de la casa de huéspedes; tenía enfrente el río Ganges en toda su majestad. Compartía las comidas con Krishnaji, y la primera entrevista personal entre ambos tuvo lugar por la tarde. Fue el encuentro germinal de dos mentes: Krishnaji, con una mente observadora, vivaz, perceptiva, y la de Ivan Illich erudita, racional, arraigada en las más finas tradiciones del pensamiento occidental y, no obstante, dispuesta a escuchar. El río Ganges fue testigo del diálogo, tal como había escuchado, a través de siglos, el sonido de voces que formulaban preguntas, prestaban atención a las respuestas y repreguntaban.

Aunque las mentes de Krishnaji e Illich fluían como dos corrientes distintas, se unían en su compartida pasión por las transformaciones y por la necesidad de liberar al hombre de toda ilusión.

Presenté a Illich y le hablé a Krishnaji del juicio crítico que a aquel le merecía la sociedad moderna, y de su interés en reestructurar la sociedad y las herramientas con que ésta se manejaba. Krishnaji e Illich discutieron el caos y la corrupción contemporánea en el mundo. Krishnaji escuchaba, tratando de establecer contacto con el hombre más allá de las palabras. Al sentir que las mentes no se conectaban, K señaló el río: "Allá está el Ganges. Fluye, y todos los seres humanos son llevados por el flujo de la corriente y por cierto, el *individuo* es uno que se sale de la corriente. La palabra 'individuo' significa uno que 'no es divisible', que no está fragmentado, que es total".

El río pronto iba a convertirse en la cambiante metáfora alrededor de la cual se movería el diálogo; las voces se reunían y volvían a separarse.

Illich también trataba de establecer contacto y se movía cautelosamente en la nueva relación. Dijo que había pasado algunas horas en la orilla del río observando a las personas que se bañaban, que rezaban, que vivían en el mismo río bajo los ardientes *ghats*. Había presenciado cómo salían del río para sentarse quietamente en sus márgenes, y percibió la resignación que surgía entre ellas, una aceptación de que el río se las llevaría nuevamente un día. Reflexionó sobre la moderna sociedad tecnológica de la cual la India se estaba volviendo poco a poco una esclava, perdiendo así su contacto con la vida; meditó sobre el penetrante sentimiento mundial de que la tecnología podría reencauzar el río.

"Pero el río no puede ser reencauzado", dijo Krishnaji. "¿Acaso no serán las mismas aguas? Sólo hay una acción posible para el ser humano a fin de salirse de la corriente, y es no volverse nunca atrás ni formar otra corriente". La respuesta de Illich fue citar un poema mexicano escrito en estilo navajo, donde el primer verso se repite a fin de que se medite sobre él:

> Sólo por un corto tiempo nos has prestado el uno al otro.
> Porque es cuando tú nos dibujas que adquirimos contorno.
> Cuando tú nos pintas tomamos forma.
> Cuando tú nos cantas, adquirimos voz.
> Pero sólo por un rato nos has prestado el uno al otro.
> Porque al igual que las líneas trazadas en cristalina obsidiana desaparecen
> y el color verde de las plumas del quetzalcoatal se desvanece,
> y la cascada se sumerge durante el verano -así nosotros
> también desaparecemos.
> Sólo por un corto tiempo nos has prestado el uno al otro.

En las orillas del Ganges, Illich había presenciado una afirmación de la vida que, en su sentir, no podía recrearse en términos modernos. Había percibido el peso y la profundidad y la raigambre de una civilización cuyo símbolo era el río.

Illich experimentaba una gran angustia por la pérdida de las antiguas tradiciones. El hombre moderno, el hombre industrial cuyos valores se habían institucionalizado, sentía que las personas podían ser sacadas de la vieja corriente e insertadas en una corriente nueva. Pero la corriente en la que se esperaba colocar a las personas, carecía de vida. Era ilusoria y abstracta. Esa era la gran corrupción. Illich habló acerca de la educación moderna que trataba de crear una conciencia nueva, la ilusión de que uno puede salirse del río de la tradición para crear una nueva clase de corriente; una corriente que daría origen a una nueva humanidad.

Para Krishnaji, el río simbolizaba todas las tradiciones, tanto las modernas como las antiguas. Para él las tradiciones, por nobles o antiguas que fueran, condicionaban al hombre. "Si yo tuviera un hijo -porque siento que ellos son mis hijos, en Inglaterra, en Francia o aquí me sentiría responsable por ayudarles a salirse de estas dos corrientes, o de aquellas que aparentemente corren paralelas entre sí". ¿No era necesario preguntó que los jóvenes se liberaran de todas las corrientes?

Krishnaji e Illich compartían el sentimiento de que la compasión era esencial, y que ésta no requería que la gente se transformara en "esto o aquello". Illich había percibido las hondas raíces de las mujeres indias, y aludió a eso, al peligro que implicaba para ellas perder contacto con la tradición y la vida. El se sentía agradecido por sus propias

raíces hundidas en ciertas tradiciones. No quería renunciar a la gran ayuda y a la disciplina que las tradiciones suelen darnos a veces.

Sin embargo, para Krishnaji toda disciplina o control eran violencia. Sólo cuando el hombre se siente responsable, es libre, compasivo. La libertad y la compasión son una sola cosa. "Por los últimos cincuenta años, hemos tratado de ver si unos pocos pueden salirse de la corriente, salirse sin motivo alguno". Habló de un aprender que crea su propio impulso, y que es el factor esencial para liberar la mente.

En la orilla del río un perro había empezado a ladrar, y los sonidos del mundo exterior de Varanasi penetraron en la habitación.

Krishnaji desarrolló el tema de la compasión. Le preguntó a Illich si veía que la libertad, la compasión y un sentimiento de no pertenecer a cosa alguna, marchaban juntos. Illich dijo que sí, porque el pertenecer a esto o aquello le daba a la gente una sensación de poder; no pertenecer a nada implicaba falta de poder. Según Krishnaji, al pertenecer a algo la gente tenía la idea de estar cambiando, produciendo, actuando. "¿Puede uno decir; 'no pertenezcamos a nada', y ver qué ocurre? La mayoría de las personas son católicas, budistas, hindúes, etc., y la tradición que eso implica las destruye". Illich discutió la posibilidad de establecer distritos, comunidades que estuvieran fuera de la corriente; pero ambos estuvieron de acuerdo en que, históricamente, tales comunidades no habían funcionado. Krishnaji habló de las cosas terribles que estaban ocurriendo en el mundo. Preguntó: "¿Qué podemos hacer?" Illich sentía que posiblemente eso era porque lo selecto del mundo vivía con la creencia en lo 'mejor' -mejor educación, mejor salud. Para él, el concepto de lo 'mejor' era una fabricación de la conciencia.

"Vea, señor", dijo Krishnaji, "somos seres de segunda mano -todo conocimiento es de segunda mano. Estar libre de esa condición de 'segunda mano', implica no pertenecer a nada no acumular conocimientos"

Illich preguntó si no acumular conocimientos significaba la experiencia instantánea. Krishnaji descartó la experiencia. Para él, la experiencia era algo peligroso. "Cuando la mente está por completo despierta, ¿para qué necesita uno la experiencia? Todo el mundo se interesa en experimentar en adquirir conocimientos, en estar metido dentro de la corriente y así pertenecer a algo".

Pero Illich se sentía comprometido con las pequeñas corrientes, esas ricas tradiciones que habían dado forma a la vida humana, formas que si se les permitía "convertirse en dioses o jerarquías" podían ser tan destructivas como las otras corrientes destructivas. En ese sentido de pertenecer, estaba él dispuesto a ser "de segunda mano". Sin embargo, sentía la responsabilidad de ayudar a la gente a que tuviera espíritu crítico, y le avergonzaba declarar que tenía raíces en esas pequeñas tradiciones -aun cuando ello implicara ser parcialmente de segunda mano.

"Espere, espere", dijo Krishnaji. "Vayamos despacio. Uno pertenece a algo porque, en sí mismo, está solo, atemorizado. Todo el fenómeno psicológico que se desarrolla internamente, bajo la piel, nos hace pertenecer a algo a la gran corriente, a la corriente pequeña o al último *ashram* (al último gurú). ¿Entiende? Nos volvemos hacia la iglesia, o hacia el budismo o hacia lo que fuere. Es sólo cuando uno ve esto internamente, cuando lo ve con claridad, que ya no pertenece a nada y, por lo tanto, ha rechazado todas las cosas que el hombre ha producido -fórmulas, ideación, conceptos, creencias porque todas forman parte de la corriente".

Krishnaji volvió a lo que para él era el problema central. "Tiene que haber una correcta percepción. A mí me gustaría decirle a la gente, 'Miren, sólo miren, no arguyan, no traduzcan, no digan esto está bien, aquello está mal. No pregunten: ¿Cómo viviré si no pertenezco a nada? -miren con ojos incorruptos'".

La preocupación de Illich consistía en mostrarle a la gente lo que ésta no podía hacer. Para Krishnaji, el saber qué cosa *no* hacer, era hacer lo correcto.

Illich percibió esto instantáneamente. Había comenzado un movimiento nuevo. Sentía la responsabilidad de traducir en términos extremadamente lúcidos lo que ellos estaban discutiendo, convertirlo en conocimiento concreto. Para Krishnaji eso venía después. Primero era necesario no pertenecer a ninguna sociedad, a ninguna nación. La mente tenía que desenredarse a sí misma. Tenía que estar libre a fin de mirar, de ver; y esa libertad era acción. El ver mismo era la acción.

Krishnaji dijo que el nacionalismo divide al hombre. Pero la respuesta de Illich a esto fue igualmente intensa. Puso énfasis otra vez en la necesidad de tener raíces, lo cual implicaba mucho más que estar retenido en el nacionalismo. Krishnaji respondió que él también tenía raíces, puesto que había nacido en la India, dentro del redil brahmínico. Esas raíces, que podían tener muchos miles de años de antigüedad, eran su condicionamiento, pero en tanto la mente estuviera de ese modo condicionada, no era libre. El pasado como pensamiento o sea, el conocimiento era lo que en esencia dividía al hombre. "Si yo quiero vivir en paz con usted, el pensamiento tiene que cesar. Aquello en que tengo mis raíces, impide mi relación con usted".

Para Krishnaji, era indispensable la observación sin la intromisión del pensamiento; sólo eso era acción total. Illich expresó que había comenzado a comprender. Existía un problema de lenguaje. Pero para él el peligro estaba en que la generación más joven había perdido la capacidad de distinguir lo falso y así negarlo.

Reuniendo los hilos de la discusión y respondiendo al interés de Illich por las raíces, Krishnaji dijo: "Cuando me salgo de esa corriente, no estoy fragmentado, no soy contradictorio, soy total... y lo total no tiene raíces".

Illich sentía la intensa necesidad de tener raíces y no estaba dispuesto a abandonarlas.

Krishnaji sentía que sin una solución de este problema central, no podía haber un florecimiento del hombre. Y el florecimiento *tenía* que producirse. En el sentir de Illich había poca esperanza de resolver el problema central. El estaba dispuesto a aceptar la vida y la muerte con una cierta falta de perfección. Krishnaji e Illich habían llegado a una encrucijada.

Para Krishnaji, la respuesta de Illich era insuficiente. De pronto empezó a hablar de la cuestión fundamental, que era la terminación del sufrimiento. El no podía visualizar la vida con el sentido de un sufrimiento perpetuo.

Para Illich, el sufrimiento tenía que aceptarse. "¿Por qué", preguntó Krishnaji, "deben los seres humanos sufrir psicológicamente?"

"Porque Dios lo ha aceptado", dijo Illich.

Krishnaji se mostraba despiadado en su inquirir. "¿Por qué debe sufrir el hombre?" Aceptar psicológicamente el sufrimiento, era para el hombre la esencia de su ignorancia. ¿Por qué deben sufrir los seres humanos? ¿Debido a que son ignorantes? ¿Porque viven en conflicto? ¿Porque son contradictorios en sí mismos?

Illich era igualmente apasionado. Dijo que él creía que el sufrimiento era la condición misma del ser humano.

"Ah, de eso se trata," respondió Krishnaji.

Illich sentía la necesidad de reconocer su condicionamiento de una manera plena, lúcida y sensible, y de ser moldeado por este condicionamiento. Pero Krishnaji rehusaba aceptar que el dolor fuera esencial para la condición humana.

Las dos mentes estaban frente a frente. Illich preguntó: "¿Qué significa entonces la compasión?" Como un torrente llegó la respuesta: "Compasión significa pasión por todo; el amor, señor, no sufre".

Se separaron. Mientras caminábamos en silencio hacia su habitación, Illich arrancó una flor de jazmín y me la entregó. Fue un gesto elocuente. Al otro día Illich se encontró otra vez con Krishnaji, pero yo no asistí a la entrevista.

Capítulo XXVII

"EL OBSERVADOR ES LO OBSERVADO".

En junio de 1.973, se realizó en Brockwood Park la primera reunión internacional de la Krishnamurti Foundation. Achyut, Sunanda, Balasundaram y yo, representábamos a la India. Al presentarnos a los miembros de las Fundaciones inglesa y americana, Krishnaji dijo de Achyut: "¿Cómo presentaré a Achyut? El fue una de las personas responsables de sacar a los ingleses de la India".

Discutimos la cuestión de los derechos de autor y de las publicaciones. Hubo una diferencia fundamental de opinión acerca de dónde debían invertirse los derechos de autor. Finalmente se decidió que, si bien estos derechos seguirían perteneciendo a la English Foundation, la Indian Foundation tendría el derecho de publicar las pláticas y discusiones de Krishnamurti en la India, así como sacar una publicación internacional cada tres años.

Krishnaji no tenía posesiones personales, salvo sus ropas y su reloj. Sin embargo, expresó su voluntad de que, después de su muerte, el cuerpo fuera cremado en el lugar donde muriera, y que ningún monumento se levantara sobre sus cenizas. En este punto, viendo la tristeza de nuestros rostros, Krishnaji bromeó: "Si muero en Inglaterra, pueden cremarme en el Golden Green y esparcir mis cenizas ahí".

Sentí que me ahogaba. Le dije que no se mostrara ligero al respecto, que su cuerpo era sagrado y que ningún pie debía hollar el lugar donde hubieran caído sus cenizas: "Debemos llevar las cenizas y esparcirlas en los ríos de la India". Inmediatamente se puso muy serio, se volvió a los otros y afirmó: "Este cuerpo es sagrado". Se decidió, pues, que sus cenizas se enviaran a la India y que, finalmente, flotaran en los ríos hacia el océano.

El 17 de noviembre de 1.974, Krishnaji llegó a Nueva Delhi en su viaje hacia Varanasi. Yo me había conseguido un permiso para encontrarme con él en el salón que había dentro del cercado recinto aduanero. Vi al Maharshi Mahesh Yogi, que se encontraba cerca; estaba cubierto de guirnaldas y rodeado por sus discípulos. Sentada en el salón junto a Krishnaji, mientras aguardábamos la entrega de su equipaje, le pregunté. "¿Viajó el Maharshi con usted en el avión?" Krishnaji sonrió. Él había abordado el avión en Roma, y cuando se encaminaba a su asiento pasó junto a una figura barbada que, con las piernas cruzadas, descansaba sobre una piel de tigre. K reconoció vagamente al hombre, pero no logró ubicarlo del todo. Un rato más tarde, se le acercó la azafata con una rosa en la mano y le preguntó si él era J. Krishnamurti. Cuando dijo que sí, ella le entregó la rosa expresándole que el Maharshi, que se encontraba en el avión, le enviaba sus saludos y la rosa. Krishnaji transmitió su agradecimiento. Unas horas más tarde, al volver del toilet pasó junto al asiento del Maharshi. Este se levantó de un salto. Luego de plegar las palmas de sus manos en mutuos *namaskaras* (la tradicional forma de saludarse en la India los amigos y los extraños, jóvenes o viejos), el Maharshi señaló un asiento contiguo al de él y sugirió que conversaran un rato. De modo que Krishnaji se sentó. Después de unas cuantas amabilidades formales, el Maharshi dijo que se dirigía a Nepal para anunciar una revolución mundial en la conciencia, y sugirió a Krishnamurti que le acompañara y se uniera a él en su trabajo, porque sentía que entre ambos podrían cambiar a la humanidad. Krishnaji declinó cortésmente, explicando que tenía una cantidad de compromisos y pidiendo que, por tanto, se le perdonara. El Maharshi siguió insistiendo y dijo que, en su sentir, lo que él hacía era más importante. La conversación continuó por una hora, después de lo cual se separaron y Krishnaji regresó a su asiento.

En noviembre de 1.974, Krishnaji se encontraba otra vez en Varanasi. El 19 de noviembre, durante una discusión de grupo que sosteníamos en la sala de estar que daba al Ganges, pregunté: "¿Podríamos identificar los elementos esenciales en la enseñanza?" Le habíamos escuchado por veinticinco años. Muchos de nosotros podíamos abarcar todo el campo del conocimiento propio, pero la pregunta persistía: "¿Qué es la enseñanza?"

Krishnaji fue tomado por sorpresa; estaba quieto, dejando que la pregunta se desplegara en su interior. Finalmente, dijo: "No lo sé. No puedo expresarlo en unas pocas palabras. Pienso que la idea del que enseña y el enseñado es básicamente errónea, al menos lo es para mí. Creo que es más bien una cuestión de compartir, no de enseñar o de que a uno le enseñen; de participar, antes quedar o recibir. ¿Podemos, pues, compartir algo que no pertenece al campo del tiempo, del pensamiento, del motivo? ¿Podemos compartirlo, o todos estamos tan condicionados que no sabemos lo que significa compartir?"

Después de esto discutimos largamente la cuestión de participar, compartir y recibir. Krishnaji dejo: "No existen el que enseña y el enseñado. ¿No será una cuestión de compasión?" Luego, cuando la energía generada por el diálogo se intensificó, Krishnaji comentó de pronto: "Usted ha preguntado, '¿Qué es la enseñanza?' ¿Correcto? Yo digo, la enseñanza dice: 'Donde está '*uno*' 'lo otro' no está'".

Nosotros escuchábamos, la mente en silencio con la pureza de la percepción de K. Entonces las ondas del pensamiento comenzaron nuevamente. Discutimos la cualidad del escuchar y la madurez de la mente.

"¿Diría usted", preguntó K, "que la mente debe estar libre de todo movimiento como acumulación, como conocimiento, dirección y voluntad? El movimiento implica tiempo. El tiempo es movimiento. Y pregunto: ¿Es necesario el tiempo para ver? ¿O no es necesario? Entonces, ¿cómo puede una mente, toda la estructura de la mente que ha evolucionado a través del tiempo, cómo puede ver aquello que no pertenece al tiempo? ¿Advierten la paradoja? ¿Pueden ustedes, pues, morir para todas las cosas que han adquirido -placeres, angustias, sufrimientos?"

"¿Ejercita usted eso?", pregunté".

¡Por supuesto que no! Esos ejercicios, esas prácticas son triviales. La mente, el cerebro, se ha desarrollado a través del tiempo. Sus registros están en el tiempo. ¿Puede esa mente ver aquello que no pertenece al tiempo? Obviamente no. Entonces, ¿qué es lo que percibe algo que no pertenece al tiempo? Descúbranlo".

Unos días más tarde sostuvimos la primera de las discusiones con los budistas. Entre el grupo que se había reunido estaba Rimpoche Sandup, un *bhikshup* (monje) del Tíbet, de porte grave y con un rostro sin edad. Era director del Instituto de Tibetología en Sarnath. También participaban el pandit Jagannath Upadhyaya de la Universidad del Sánscrito, un socialista y erudito en Nagarjuna, otros pandits de la misma Universidad, y los compañeros de Krishnaji.

Describiendo más tarde esta reunión, Rimpoche Sandup dijo que, al formularle él una pregunta a Krishnaji, éste había negado la pregunta y a su vez había interrogado a Rimpoche, quien se sintió confundido, no pudiendo comprender el planteamiento de Krishnaji. Al final de la discusión, y más adelante, cuando a través de los años escuchó a Krishnaji, el lama llegó a darse cuenta de que las preguntas fundamentales carecían de respuesta, pero que sin embargo tenían que formularse. "Krishnaji", dijo, "nunca proporciona una respuesta, nunca expresa nada personal. Pero su reto toca un punto germinal interno que permite a quien escucha despertar y abrirse a 'lo que es'".

Siguió diciendo: "Si uno percibe la compasión que fluye desde Krishnaji, verá que para él no hay límites. La mayoría de los maestros tienen un enfoque limitado, pero la manera en que Krishnaji aborda los hechos es ilimitada". Rimpoche Sandup quedó profundamente conmovido por Krishnaji, por su presencia y por sus palabras. "Cuanto más percibe uno a Krishnaji y trata de alcanzarlo, más se aleja de él, más grandes son sus percepciones. Uno jamás puede asirlo, jamás puede acercarse a él. Porque para él no hay un término, no hay límite".

Rajesh Dalal, un joven tecnócrata que acababa de graduarse en el Instituto de Tecnología de la India, en Kanpur, llegó a Rajghat para escuchar a Krishnamurti. Atraído por la profundidad e importancia de la enseñanza, fue el primero de los jóvenes académicos y profesionales que abandonó una carrera para unirse como maestro a las escuelas de Krishnamurti.

La visita de Krishnaji a Rajghat en noviembre de 1.976, condujo al primer encuentro de ambos. Rajesh llegó a la habitación de Krishnaji bastante excitado, un poco nervioso ante la idea de entrevistarse con 'el gran hombre.' Krishnaji lo recibió en la puerta, lo tomó de la mano y lo condujo al balcón que daba sobre el Ganges y el jardín. Se sentaron en un diván y Krishnaji dijo: "Por favor, señor, no sienta timidez". Comenzó por preguntarle a Rajesh acerca de su vida, dónde había nacido, la casa en que vivió, sus padres, la escuela. La presencia de Krishnaji era tan tranquilizadora que Rajesh se puso a divagar hablando de sí mismo. Según sus propias palabras, "olvidándose de quien era el ser a quien le estaba hablando. Era como hablarle a un amigo muy íntimo y cercano. Cuando le conté que en la escuela y en el colegio yo siempre había jugado con los objetos, las personas, las ideas, los números, etc., él pareció muy complacido y dijo: 'Eso es bueno'".

Krishnaji se quedó de pronto muy quieto y serio. Rajesh tuvo una aguda conciencia del silencio, y éste lo afectó hondamente. Se dio cuenta del sol que se ponía y "del resplandor rosa y oro de las ondas en el agua". Percibió el movimiento de las hojas en la higuera cuando la brisa pasaba a través de ellas, y escuchó el reclamo del pavo real. Permanecieron sentados unos cinco minutos sin pronunciar palabra. Rajesh miró a Krishnaji una o dos veces esperando que éste rompiera el silencio que él encontraba difícil de soportar. Empezó a comprender la inmensidad del ser sentado a su lado, y la intimidad que habían compartido cedió lugar a un sentimiento interno de inmenso temor reverente. Veía a Krishnaji como formando parte del río, de la higuera y de los pájaros que la sobrevolaban. "Era la temerosa reverencia que uno experimenta cuando está cara a cara con algo desconocido -algo muy profundo".

Súbitamente, escuchó la voz de Krishnaji: "Vea, Rajesh, el mundo está en la oscuridad. Está loco. La violencia que usted ve a su alrededor en todas partes, es demencial. Y estos lugares -Rajghat, el Valle de Rishi, Brockwood Park y Ojai tienen que convertirse en centros de luz. Las personas más viejas no lo han hecho, ellas lo han estropeado todo. Y es la gente nueva, son los jóvenes quienes tienen que hacerlo. ¿Comprende? Espero que usted no haya venido aquí a experimentar por un año o dos, sino que se comprometa plenamente con esto". Cuando Rajesh manifestó que esto era lo único que verdadera y profundamente le importaba en la vida, hubo una amable aunque enigmática sonrisa en el rostro de Krishnaji.

Había llegado la hora en que K salía a dar su paseo. Se levantó rápidamente y fue a su habitación a buscar los zapatos. Rajesh observó el modo en que K se paraba, se sentaba, se ponía los zapatos, descendía las escaleras y caminaba. Vio a un hombre alerta, de ochenta años de edad; Rajesh no pudo evitar, por contraste, la observación de su propio descuido y negligencia y sólo tenía veintitrés años. Se dio cuenta, repentinamente, de todo cuanto tenía que aprender de este hombre. Y como si hubiera captado los pensamientos de Rajesh, Krishnaji dijo: "Nos encontraremos con más frecuencia. Veré que usted esté con nosotros en Madrás y en el Valle de Rishi".

En 1.979 Krishnaji sostuvo, con los maestros del Valle de Rishi, discusiones en las que participó Rajesh Dalal. K habló de que era necesario crear confianza en el estudiante. Rajesh, sentado a la derecha de K, estaba particularmente atento ese día. Toda la cuestión de que el estudiante tuviera profunda confianza en el educador era dijo Krishnaji "fundamental en el proceso de la educación". Siguió planteando retos a quienes le escuchaban, devolviéndoles los problemas, obligándoles a inquirir y responder desde lo profundo.

Rajesh me contó: "Yo estaba alerta, observando y escuchando, cuando súbitamente Krishnaji se volvió hacia mí y preguntó: 'Rajesh, ¿qué dice usted?' Yo me quedé quieto, no sintiendo necesidad de responder. Nuevamente, después de cinco o diez minutos, les dijo a los maestros: 'Señores, ¿se bajarán ustedes de sus estrados y les dirán a sus estudiantes que son ustedes iguales a ellos -que tienen temores, celos, heridas psicológicas, etc., y que no saben qué hacer? Entonces ellos verán que ustedes son honestos y les tendrán confianza. ¿Lo harán?' Yo tal vez esperaba escuchar algo más profundo que esto. Sentí también que tenía una relación así con mis estudiantes. De modo que expresé mi sentir, y mi voz estaba cargada de emoción: 'Señor, yo he hecho eso. Pero no es suficiente. Tenemos que estar libres de temor si el estudiante ha de confiar en nosotros'".

Rajesh continuó: "Krishnaji se volvió hacia mí, sostuvo mi mano y dijo: 'Rajesh, hágalo *ahora*'. Su penetrante mirada y sus palabras eran como un lazo que me ahogaba. Era una experiencia extraña cuya intensidad me aturdía, y yo no podía hablar. Él se percató de ello rápidamente y alejando de mí su mirada empezó a discutir con otros maestros. Pero siguió sosteniendo gentil y afectuosamente mi mano, como diciendo: 'Mi muchacho, comprendo por lo que estás pasando'".

Al ver que Rajesh estaba viviendo una vida de total abstinencia y castidad, y al percibir las tensiones que se estaban manifestando, K le habló del sexo. Le dijo: "El sexo es como una tierna flor, una llama intensa, delicada y rara. Tiene que ser nutrida y cuidada. Usted debe estar especialmente atento si el sexo no opera según el propósito de la naturaleza. Permitirle que funcione libremente es disipar energía; reprimirlo brutalmente es destruir algo delicado e intensamente bello. Obsérvelo, pues, con simpatía, edúquelo, déjelo que se revele a sí mismo y se abra a la vida -sin negarlo y sin sucumbir a él".

Krishnaji siguió diciéndonos: "Plantéenme retos. Háganlo. El reto que ustedes proponen no es suficiente".

Estábamos en Madrás, y él había empezado a discutir la rapidez del cambio que se estaba operando en el mundo. En Occidente, desde mediados de los años 60, una reacción contra el materialismo creciente y el consumismo, había llevado a una inmensa agitación entre los jóvenes. Una vacuidad espantosa penetraba todos los aspectos de la existencia. La presión generada por la devastación del medio ambiente, la revelación de los misterios de la naturaleza, y el imprudente uso de la tecnología como si fuera un juguete, no podían ser soportados por los recursos que había en las mentes y cuerpos de estos jóvenes. Lo anormal se fue volviendo la norma.

Como una ola, la confusión y el caos se fueron apoderando de los adolescentes -muchachos y chicas que se rebelaban. Un gran número de estos 'jóvenes de la flor' se lanzaron a los caminos; como el fakir o el mendicante, eran los nuevos vagabundos de pies desnudos de la tierra. Se albergaron en la India, viniendo desde todas partes para reunirse en Nepal, Varanasi, Goa. Sembraban las semillas de una nueva cultura que, por anormal que fuera, procuraba restablecer la comunión con la naturaleza y el hombre. Buscaban eso en las drogas, en la música, en el yoga, en el sexo. Contrarios a la guerra, a la competencia, a la hipocresía, al 'más' de la sociedad adquisitiva, se interesaban en amar y en ser. Recorriendo continentes, aun en sus fracasos aportaron a la situación humana un amable, angustiado intervalo. Pero fueron una generación perdida.

Discutimos la revolución cultural en China. El experimento realizado por millones de jóvenes invadiendo el ambiente había sido pavoroso. Fue una acción exenta de toda compasión, y el elemento de crueldad inherente en la misma fue terrorífico. También eso había fracasado dejando tras de sí desastre y destrucción.

Krishnaji nos preguntó qué estaba ocurriendo con los jóvenes en la India. Le hablamos del movimiento Naxalite. Este había comenzado en la rural Bengala occidental, pero se extendió rápidamente penetrando en las universidades, atrayendo a jóvenes estudiantes, intelectuales sin empleo, así como a muchachos y niñas de familias acomodadas que se rebelaban contra el 'statu quo'. Jóvenes, despiadados, violentos, su interés estaba puesto en la destrucción de los valores existentes y de las estructuras económicas. Irónicamente, jóvenes académicos y profesionales del mismo medio, deslumbrados por las explosiones en la ciencia y en la tecnología, y por las oportunidades ilimitadas que aparecían en el horizonte occidental, se estaban volviendo hacia Occidente buscando compartir una aparentemente inagotable marmita de oro, En la India rural se sentían los inmensos vientos del cambio.

El poder estaba pasando a manos de nuevos grupos de casta; los que se llamaban subdesarrollados tomaban conciencia del poder del voto. La corrupción en aumento se apoderaba de las ciudades.

Una generalizada violencia destructiva, una fragmentación en todos los niveles y una creciente falta de sensibilidad penetraban todo el panorama de la India. Krishnaji dijo que había visto venir esto. Cuando viajaba por el país, advertía la declinación general de los valores y la tendencia a eludir responsabilidades. "Uno observa esto

no sólo en los periódicos, sino en lo que está ocurriendo alrededor socialmente; en lo que sucede en la periferia de la vida, y también en lo que sucede internamente. Uno ve desintegración, superpoblación, crueldad, una indiferencia creciente hacia el hombre y el medio". Era pura y apasionada su exigencia de una revolución en la base misma de la mente.

De Madrás fuimos a Bombay. Percibiendo que por milenios el hombre había buscado la libertad en lo externo y en lo interno, Krishnaji sondeó todo el problema del vivir, del aprender y el observar. Dijo: "Aprender es observar y actuar". Como el científico que observa a través del microscopio, pidió a quienes le escuchábamos: "Vigilen, observen atentamente las cosas tal como son, no las retuerzan para acomodarlas a inclinaciones, prejuicios personales". Habló de la búsqueda humana para librarse del dolor y de la violencia.

El hombre había meditado por miles de años sobre esta cuestión de la violencia -la violencia como opuesta a la paz, la agresión como opuesta a la compasión, la bondad como opuesta al mal. Los hombres habían vivido siempre con este problema. "¿Por qué?", preguntó. "Tenemos que responder a esta pregunta, no verbalmente sino en lo profundo de nuestros corazones, no explicar eso ni justificarlo, sino ver que somos violentos, en nuestro hablar, en nuestros gestos, en nuestra actividad.

"Si lo observan", dijo, "verán que al hombre le falta el sentido de la belleza -belleza no sólo como sensibilidad física, sino también belleza de la mente y el corazón. Ser sensible es ser inteligente. ¿Puede uno percibir la extraordinaria belleza de la tierra, la riqueza de un campo de arroz, la belleza de un rostro, de una sonrisa, la tristeza de las lágrimas? Sin comprender así no sólo la belleza que capta el ojo, sino la belleza de una clara percepción sin mancha, el hombre jamás podrá estar libre de la violencia. Para comprender la violencia, tenemos que librarnos de la palabra. Y no podemos hacerlo si no hay sensibilidad a la belleza de todo lo que nos rodea. Tiene que haber libertad para descubrir qué es el amor. ¿Saben?, la palabra libertad es una palabra peligrosa. Para la mayoría de la gente, la libertad implica poder hacer lo que uno desee, una libertad con respecto a las restricciones de la sociedad y de la moralidad social.

"Estar libres *de* algo es una cosa, y la libertad en sí es otra. Sólo en la negación hay libertad. Aprendiendo acerca del desorden, hay orden. Para aprender acerca del miedo y de la violencia, se requiere una mente muy sutil. El morir y el vivir marchan juntos. Tenemos que morir al ayer para vivir hoy, y entonces hay amor. A uno le dan un pedazo de tierra; ¿qué hará con esa tierra? Para plantar en ella, debe uno tener energía, pasión, ímpetu, intensidad. Si vivimos de este modo, entonces el tesoro que hemos descubierto se vuelve claro, vibrante, vital.

"Vivir en el presente es ver en el microscopio, no conforme al propio deseo o al deseo de otro, sino ver en el microscopio cómo el pasado fluye a través del presente y hace explosión en el futuro. Pero en tanto la mente esté presa en la imagen del pasado, ¿cómo puede el corazón vivir en el presente? Y el amor es el presente, no el ayer o el mañana".

Mientras él hablaba, la mente, escuchando con gran intensidad, era una con sus palabras.

"¿Qué han hecho ustedes de sus vidas?", preguntó. "No digan, 'voy a realizarme en la próxima vida'. Sólo existe el presente, la belleza del presente, la riqueza del presente. Ustedes han tenido esta vida, han tenido la belleza del presente, la riqueza del presente. Han dispuesto de esta vida, de esta cosa extraordinaria llamada vida en la que hay dolor, placer, miedo, sentimiento de culpa y todas las torturas de la soledad y la desesperación. ¿Y qué han hecho con todo eso? Les fue dada una vida, la joya más preciosa en el mundo, ¿y qué han hecho con ella? La han distorsionado, la han torturado, la han desgarrado en pedazos dividiéndola, engendrando violencia, destrucción, odio, viviendo una existencia sin amor, sin pasión, sin compasión.

"Se ha planteado el interrogante, y la respuesta se encuentra tan sólo en el presente, no en el ayer o en el mañana. Y esto suscita la pregunta: '¿Qué están ustedes haciendo *ahora* con sus vidas?' Y si pueden responder a esto, descubrirán qué es el amor". La pasión, la intensidad de su interés era una brisa que nos envolvía a quienes le escuchábamos, avivando las células de nuestro cerebro, trayendo inocencia a la mente.

Krishnaji estaba también sosteniendo sus pequeñas discusiones de grupo. Nos preguntó: "¿Ha fracasado la religión en la India? En la India, los *sannyas*, los *ashrams*, se han vuelto una forma de rebelión religiosa. Vayan a la luna, vivan bajo el mar, trasplanten el corazón humano; sin compasión, los problemas de la existencia humana habrán de continuar. ¿Podemos observarlo todo con ojos que nunca han sido manchados, que nunca se han estrechado con dura indiferencia? Para esto, para ver lo total, se requiere una cualidad de la mente por completo distinta".

En las discusiones explorábamos la naturaleza del observador y su relación con lo observado, un punto fundamental en la enseñanza de K. Krishnaji dijo: "En el propio acto de observar el objeto, está el proceso de nombrarlo, lo cual traba la percepción. En ese acto mismo, la naturaleza de lo observado experimenta un cambio".

Habló del discernimiento instantáneo, y dijo que nacía de la mente observadora. Cuando la mente, el corazón y el cuerpo se vuelven una sola cosa en la atención, desaparece la división entre la percepción religiosa y la científica. "La libertad respecto de lo conocido, existe dentro de las células cerebrales. Cuando los hábitos arraigados dejan de existir, el cerebro está totalmente vivo. En este estado, hay una transformación física".

En estas discusiones, Krishnaji negó su papel como maestro y el de sus oyentes como discípulos. Habló del 'aprender', un estado en el que la clásica relación entre maestro y discípulo sufre un cambio total. El aprender exige energía, curiosidad intensa y libertad para explorar. Esto llega con la observación, un estado donde cesan toda autoridad y toda jerarquía en términos de la psique. Habló de él como de un espejo en el cual el que escucha se ve a sí mismo, con una visión no distorsionada ni condicionada.

"El acto de aprender es el acto de vivir. El aprender es una cualidad de la mente, una actitud que en sí es más importante que aquello que uno aprende".

En sus pláticas elaboraba él las futuras discusiones. Hablando del cerebro y de su demanda de seguridad, dijo: "El cerebro exige seguridad y orden, también requiere de armonía. Sin armonía no hay seguridad. La armonía significa orden, y el cerebro vive y ha vivido por miles de años en desorden, el cual implica contradicción. Por lo tanto, se halla en conflicto no sólo internamente, sino también externamente; y en este conflicto tanto interno como externo, el cerebro ha encontrado cierta clase de seguridad. Aunque genera un gran desorden, aunque se ocasiona destrucción a sí mismo, ha aceptado este caos, esta confusión, porque no sabe qué hacer. Ese cerebro que se ha condicionado por millones de años para aceptar los valores que realmente le ocasionan desastres a él mismo, acepta ese condicionamiento y vive en ese condicionamiento que él considera como su seguridad.

"Vean", continuó Krishnaji, "ustedes han aceptado la nacionalidad, ¿no es cierto? Pero si lo observan, esa nacionalidad trae consigo tierras. Cuando aceptan el nacionalismo, y lo aceptan porque en él encuentran seguridad, observen que esa seguridad se destruye por completo a causa de que el nacionalismo invariablemente divide; y donde hay división tiene que haber conflicto. De modo que ese nacionalismo de ustedes, en el cual el cerebro ha encontrado su seguridad, está produciendo la destrucción del propio cerebro.

"Nuestro cerebro, las células cerebrales, se han condicionado por miles de millones de años. Y si no hay una ruptura en este condicionamiento, siempre habrá desastres, habrá dolor, habrá confusión, y jamás habrá armonía.

"Y el mundo está en llamas. La casa está ardiendo y ustedes tienen que responder a ello con una mente fresca -no de acuerdo con el propio condicionamiento. Por lo tanto, nos preguntamos: ¿Puede el cerebro, puede toda esta estructura humana experimentar una revolución tremenda, una gran mutación, de modo que haya una mente nueva?" Hizo una pausa.

"Observen esto muy cuidadosamente. Ustedes han admitido el ideal de la no-violencia. Es uno de esos extraordinarios trucos que han jugado consigo mismos. Y todos los maestros y los mahatmas han enseñado interminablemente acerca de esa no-violencia. Ahora obsérvenlo, investíguenlo, aprendan al respecto, pongan en ello la mente y el corazón. Ustedes necesitan seguridad; ésa es la base misma del cerebro. De modo que buscan la seguridad en una idea o un ideal de no-violencia. Y así existe una división entre la violencia y el ideal; por lo tanto, hay contradicción y, en consecuencia, hipocresía, desorden y presunción. Cuando lo real es la violencia, pretenden ustedes que hay no-violencia. Y así las células cerebrales, de su propia incapacidad para habérselas con la violencia, tratan de obtener un ideal y, por consiguiente, a esto sigue la división y hay contradicción y conflicto.

"Vean, pues, que la seguridad sólo existe en la percepción de que la vida carece de seguridad, de que es un movimiento constante. Esa es la verdad, y en esa verdad hay seguridad.

"¿Han aprendido?", preguntó. "En ese aprender acerca de la verdad, toda la estructura, toda la respuesta de las células cerebrales experimentan un cambio tremendo. Esa estructura vive en una dimensión total de movimiento, un movimiento total, no un movimiento fragmentario. El orden, que es armonía, carece de un plan previo. Adviene sólo cuando estamos libres del desorden. Y de ese aprender acerca del desorden -no el aprender cómo producir orden dentro del desorden, cosa que jamás puede uno hacer de ese aprender surge, naturalmente, el orden".

Krishnaji exploró las palabras 'vigilar', 'observar', 'aprender'. "¿Es el observador, el que aprende, diferente de la cosa que él observa o sobre la que aprende? El hecho de que siempre existan el observador y lo observado es, en esencia, división, desorden. En tanto exista el observador, el experimentador, el pensador, el que dice, 'estoy aprendiendo', y se separe a sí mismo de lo observado -el experimentador y la cosa de la cual él está aprendiendo en tanto exista esta división, producirá invariablemente conflicto, como lo hacen todas las divisiones, y, por tanto, engendrará confusión y, en consecuencia, desorden".

Después preguntó a sus oyentes si ellos observaban el desorden como observadores externos, o si veían que no hay observador en absoluto. "¿Ven que ustedes son el desorden?" Hablaba haciendo pausas en medio de su hablar. "Si uno es el observador que mira el desorden que hay dentro y alrededor de uno mismo, está separado del desorden; por lo tanto, el que está observando a fin de producir orden, lo que hace es producir desorden a causa de que hay separación.

"Lo que importa, pues, enormemente, es cómo mira uno el desorden. Si lo mira desde 'afuera' como si fuera independiente del desorden, como si no tuviera nada que ver con el desorden, o como si uno fuera a producir orden, el 'uno' es un fragmento de otros fragmentos. El 'uno' que mira el desorden, ¿es diferente del desorden? Uno forma parte de ese desorden; de otro modo no lo conocería; de otro modo uno no reconocería el desorden. Uno es parte de ese desorden; uno, el observador, es el creador de ese desorden.

“Si ustedes ven la verdad de ello, están libres. Porque es sólo la verdad -que nada tiene que ver con el placer o el dolor es sólo el aprender y ver la verdad, lo que libera a las células cerebrales de su condicionamiento; el cerebro es, entonces, un nuevo cerebro.

“¿Ven ustedes la belleza de esto? Es como ver la belleza de una hoja de palmera en el claro cielo azul; verla, no como un observador con todo su conocimiento peculiar y su impotencia, sino mirarla sin el observador, ver el movimiento extraordinario de esa hoja de palmera... Así, del mismo modo, mirar es aprender. Y en el aprender está el movimiento total de la vida en el que no hay fragmentación. Por lo tanto, ésa es una vida de gran armonía, y la armonía significa amor”.

Capítulo XXVIII

"EL GUIJARRO EN EL ESTANQUE".

En 1.977, con la derrota de Indira Gandhi, renuncié a la presidencia de varias sociedades y juntas gubernamentales, y regresé de Delhi a Bombay, donde alquilé un antiguo piso en Malabar Hill. Desde largo tiempo antes de la independencia, había estado trabajando activamente en muchas organizaciones, y ésta era la primera vez en treinta y cinco años que me encontraba sin nada que hacer. Segura siendo presidenta de la Krishnamurti Foundation, pero percibía un aire de descontento entre varios de mis colegas.

Desde principios de 1.978 me percaté de una declinación en mis energías internas. La agudeza y totalidad de mis sentidos se habían empañado perdiendo vitalidad. Comencé a escribir, pero las palabras acudían con dificultad. Le escribí a Krishnaji, que se encontraba alojado en Malibú, California. Su respuesta fue inmediata:

Mi muy querida Pupul,

Puesto que usted me ha escrito acerca de sí misma, me permitiré señalar algunas cosas, y espero que no le importe.

No creo que sea la vejez la que deteriora la mente, sino que ha tenido usted muchos choques psicológicos. Ha estado hondamente herida en lo interno y, si puedo señalarlo, no ha curado esas heridas, no ha visto más allá. Considere seriamente lo que le estoy escribiendo.

Ahora bien, tiene que volverse profundamente atenta, no de manera intelectual. Atenta a su cuerpo -usted lo ha abandonado; atenta a lo que come y a cuánto come; ejercicios, etc. Ejercite ese cuerpo, lo ha descuidado; entonces la propia inteligencia del cuerpo se hará cargo.

Usted ha cultivado, si puedo indicarlo, el intelecto -el intelecto con su arrogancia y ha descuidado la otra parte de ello, que es amor, compasión. Naturalmente, uno no puede ni debe cultivar el amor, pero tiene que estar muy atento a esto. Si se me permite señalarlo, dedique a esto su completa atención sin opción alguna. Por supuesto, la vejez existe con todos sus problemas, pero eso es normal y natural. No debe, de ninguna manera, interferir con la mente y su belleza; aunque todas esas cosas están relacionadas entre sí, la mente es infinita.

¡Lamento escribir cosas como ésta! Quise expresarlas en la menor cantidad posible de palabras. Usted comprenderá todo esto y con cuánto amor uno lo escribe. Espero que se encuentre bien, Pupul, y que pronto pueda verla.

Con amor,
J. K.

Krishnaji llegó desde Inglaterra a fines del otoño de 1.978. Viajó directamente de Delhi a Varanasi, acompañado por Mary Zimbalist. Lo seguí a Rajghat, Varanasi, donde me hospedé en una pequeña cabaña en el extremo de un farallón que dominaba el Ganges. El río estaba bajo, revelando sus márgenes sembradas con brillantes y amarillas plantas de mostaza. Las puestas y salidas del sol embriagaban las aguas; los pájaros anidaban en las copas de los árboles, y sones del 'Ramayana' de Tulsidas flotaban hacia abajo por el río. Pero la pasión que hace años el río había despertado en mi, estaba ausente. Cuando conversé con mis colegas, otra vez percibí la cuerda disonante.

Krishnaji había estado cálido y afectuoso cuando nos encontramos, pero también con él sentía una distancia. Después de unos días fui a verle. Al principio vacilé, pero pasado un tiempo le dije que me estaba sintiendo envejecer, que el cerebro perdía su agudeza y su capacidad de sondear e investigar. Había pocas percepciones nuevas. El estaba sentado a cierta distancia de mí. Por un rato después de que hube hablado, permanecimos en silencio. Luego dijo: "He notado que por los últimos dos años usted no ha venido a verme".

Yo estaba al borde de las lágrimas. Miré hacia arriba y me encontré reflejada en sus ojos. "Cuando las células del cerebro se deterioran, ya jamás pueden renovarse", dijo. "Cuando una relación se rompe, ya jamás puede restaurarse". Dejó de hablar, tal vez prestando atención a mi no formulada respuesta. Luego continuó: "Pero una célula nueva ha de nacer en el cerebro, una nueva relación ha de generarse. En eso está la renovación". Yo escuchaba. No había reacción ni protesta. No surgía ni un solo pensamiento, ni la necesidad de seguir haciéndole preguntas. Me quedé sentada en silencio, y después me retiré a mi habitación.

Hablé poco durante esos días en Varanasi. Pronto, a principios de diciembre, dejé Varanasi para dirigirme al Valle de Rishi.

Mi cerebro había descansado. No hubo inmediata claridad o energía, pero el caos dentro del cerebro, la sensación de una marea menguante, había llegado a su fin. Podía nuevamente mirar los árboles, observar el color cambiante de las rocas bajo la luz del sol, escuchar los sonidos distantes de los niños, contemplar las mariposas pululando sobre las flores silvestres en el valle; pero la distancia con mis colegas proseguía invariable.

Una mañana desperté después de un sueño profundo. Krishnaji había estado enfermo y descansaba en su habitación. Fui a verle y le encontré acostado en la cama. Dije: "Krishnaji, he estado reflexionando sobre lo que usted me dijo en Varanasi. También he estado considerando mi condición de presidenta de la Krishnamurti Foundation, y siento profundamente desde el fondo de mi corazón, que usted tiene que ser el presidente. Me opuse a esto desde los años 70 porque sentía que usted tendría que soportar las responsabilidades -legales, etcétera si

fuera el presidente. Sentía que esta carga no debía ponerse sobre sus hombros. Pero ahora siento que lo correcto sería que fuera usted quien estuviera a la cabeza de la K.F.I.".

Cerró los ojos, colocó las palmas de sus manos sobre el pecho, y permaneció un rato en silencio. "¿Siente eso desde las profundidades del ser?"

"Sí".

"Entonces déjelo estar, ya vendrá la respuesta", dijo, mientras sus ojos seguían cerrados.

Más tarde reunió a los miembros de la Fundación presentes en el Valle de Rishi y dijo: "Ayer Pupul vino a mí y dijo que ella sentía desde el fondo de su corazón, que K debía ser el presidente de la K.F.I. Yo no he respondido sino que lo dejé estar, porque en mi propio modo peculiar llegará una respuesta". Pero añadió quería dejar en claro su posición.

"En 1.924 K disolvió la Orden de la Estrella y dijo que todas las organizaciones condicionan al hombre, sean espirituales, políticas, o estén conectadas con la reforma social; las organizaciones no traen libertad. El ser humano se ha vuelto más y más un hombre organizado.

"¿Que debo hacer?", preguntó. "No soy un hombre de organización. No me adapto a un patrón. ¿Cuál es, pues, nuestra relación? ¿Debe la K. Foundation existir en absoluto? Las escuelas se han hecho cargo de la Fundación. La Fundación no se ha hecho cargo de las escuelas. ¿Cuál es la función de la Fundación, por que debe existir la Fundación? ¿Está claro? Su propósito era conservar las tierras y ver que las escuelas se encaminaran en la dirección correcta.

"Pupulji declaró que por años se había opuesto a que yo fuera el presidente -lo comprendí. Ella dice que ahora debo aceptar, y yo pregunto: ¿Cuál es mi función y mi relación con toda la estructura en la India y cuál piensan ustedes que es mi responsabilidad? Tengan en cuenta que K disolvió todas las organizaciones con las cuales estuvo conectado. El dice que ninguna organización ayudará al mundo. Rajesh dijo que la Krishnamurti Foundation de la India no era una organización, pero que tampoco era una fuerza directriz en el sentido correcto.

"De modo que si K se convierte en el presidente, ¿qué ocurrirá? Recuerden que estaré en este país sólo por tres meses. No puedo decir: 'Sigan adelante' y luego regresar y decir. 'No se están moviendo en la dirección correcta'.

"¿Cuál es la relación de ustedes conmigo? ¿Confiamos el uno en el otro como para hacer lo correcto en todas las circunstancias?" Yo dije que cada cual tenía una relación con Krishnaji, y que debido a eso teníamos cierta relación entre nosotros. Éramos responsables ante Krishnaji. Pero cuando Krishnaji estaba lejos, no nos sentíamos responsables el uno hacia el otro.

Achyutji dijo: "Somos responsables en relación con la enseñanza, que es la fuente".

"Yo siento que si él fuera presidente, podría resolverse el atolladero que existe en la Fundación", dije. "Hay barreras. Las barreras deben romperse".

Krishnaji dijo: "Rómpanlas. ¿Dónde interviene K?"

Después discutimos la naturaleza de la cooperación trabajar juntos en cooperación, no por un ideal, no con respecto a algo, sino sencillamente trabajar juntos, cooperar. Las discusiones habrían de continuar en los dos días siguientes.

Terminadas las reuniones fui a su habitación. Mis ojos estaban iluminados, libres de todas las cargas. Le dije: "¿Se da usted cuenta que al cesar de ser presidenta de la Krishnamurti Foundation India, estoy completamente desnuda de todo?"

Dijo: "Sí, lo sé", y se quedó en silencio.

Sin que se dijera una sola palabra, había nacido una nueva relación de confianza y amistad con Krishnaji. Hablándome de la naturaleza de la confianza, dijo: "Esta sólo es posible cuando el cerebro deja caer sus cargas y está libre". Pronto habría yo de iniciar un libro sobre Krishnamurti. Cuando le hablé de mi intención, respondió con calidez.

En relación con el libro que yo estaba escribiendo, una mañana, en diciembre de 1.978, mientras me hallaba en el Valle de Rishi le pregunté a Krishnaji si podía yo explorar su mente y descubrir el modo en que operaba. Él accedió con presteza. Le formulé preguntas; él escuchaba con intensidad la pregunta, y de esa misma intensidad surgía la respuesta. Uno podía sentir la fuerza y densidad de la mente y la profundidad desde la cual él hablaba.

Dije: "Le he escuchado por más de treinta años. Usted sostiene que no hay camino alguno hacia la verdad, ni método alguno involucrado. Pero cuando yo le observo, veo que se manifiesta cierto proceso. Me gustaría explorar su mente, porque siento que al hacerlo, al sondear el modo en que ella opera, podría revelarse la naturaleza de lo que es una correcta observación e investigación. Porque ahí es donde todos nos atascamos. Ahora bien, ¿cómo recibe usted una pregunta que se le formula? ¿Podríamos investigar el estado de la mente que recibe una pregunta?"

"Correcto", dijo. "¿Cómo recibe K una pregunta? ¿Cómo procede K con la respuesta cuando se le pregunta algo? Creo que él diría que primero tiene que haber inocencia. Vale decir, un escuchar sin conclusión alguna, sin ninguna barrera... Y a causa de que no hay ningún obstáculo, la mente está... ¿puedo usar la palabra 'vacía'? La

mente está vacía, en el sentido de que no hay en ella respuestas preconcebidas, ni rememoración de respuestas anteriores; por lo tanto, tampoco hay registro ulterior de esas respuestas".

Seguí apremiando: "En ese estado, ¿cual es la función de la atención? Existe una función de la atención, que es la de la búsqueda. Si no es la atención la que busca, ¿qué pasa con la pregunta? La mente puede recibir la pregunta en el vacío, ¿pero qué pasa realmente con la pregunta? Porque el hecho es que usted responde". Yo seguía retándolo.

K contestó: "Cuando se formula una pregunta, hay que escuchar, no sólo con el oído, sino también un escuchar la pregunta sin el proceso usual del oído. Es como una semilla que se planta en la tierra, y entonces la tierra actúa sobre la semilla y la semilla actúa sobre la tierra y, gradualmente, de eso aparece una planta, una flor, etc. Por tanto, cuando se plantea una pregunta, ésta es captada por el oído, y también hay un estado en el cual el escuchar no lo es tan sólo con el oído, y de ahí surge la respuesta".

"Cuando uno lo observa a usted, siente que los ojos de K participan en el proceso de escuchar", dije yo. "Usted tiene ojos que escuchan, si es que puedo expresarlo así. Ahora bien, usted ha dicho que hay un escuchar con el oído, y un escuchar sin el oído. ¿Es que hay un nuevo instrumento que ha comenzado a operar? Un instrumento no en el sentido de un desarrollo físico dentro de las células, sino una nueva capacidad". Yo había comenzado a sondear.

"Pienso que es así, Pupulji. Me gustaría responder a esto introduciendo una nueva palabra: 'discernimiento'. El discernimiento es un estado de la mente en el cual no hay rememoración ni conclusión alguna, ni sentido alguno de anticipación; no hay ningún tipo de reacción... Y esa palabra 'discernimiento' implica aún muchísimo más. Entonces, cuando usted formula una pregunta, hay un escuchar con el oído y también existe un escuchar con el 'no-oído', si es que puedo expresarlo así, lo cual quiere decir que la mente se halla en una condición en la que no hay recuerdos ni conclusiones ni registros previos de esa pregunta; por consiguiente, no hay una respuesta que provenga de la memoria. En consecuencia, hay un discernimiento dentro de la pregunta". Krishnaji estaba explorando su mente.

"¿Ese escuchar con el 'no-oído', surge con la terminación misma del proceso de la mente? ¿O es alguna otra cosa?"

"Cuando hay un discernimiento de esa clase, las propias células del cerebro experimentan un cambio. Ese discernimiento mismo transforma las células cerebrales". K percibía su mente mientras hablaba.

"Usted ha dicho que hay un escuchar con el oído y un escuchar con el 'no-oído', y que ese discernimiento produce un cambio en las células cerebrales. ¿Surge el discernimiento a causa de ese escuchar con el 'no-oído'? ¿Puede usted hacer accesible el conocimiento de ese escuchar?"

"Veamos. Primero está el escuchar con el oído, el cual todos conocemos; y el escuchar con el 'no-oído', que es un estado como el de un estanque tranquilo, un estanque que está completamente quieto, y cuando uno deja caer en él un guijarro, se originan pequeñas ondas que desaparecen. Pienso que ése es el escuchar con el 'no-oído', un estado en el que hay una quietud absoluta de la mente; y cuando la pregunta penetra en la mente, la respuesta es la onda, la pequeña onda. No sé si lo expreso con claridad".

"¿Es el lago o estanque la matriz de la mente?", pregunté.

"¿Qué entiende usted por matriz?"

"¿Es tan sólo 'mente'?"

"No capto muy bien eso", dijo Krishnamurti. "Tendré que investigarlo. Cuando usted pregunta si es tan sólo mente, ¿qué quiere decir?"

"¿Es la totalidad de lo que ha sido? Usted ha dicho anteriormente que la conciencia es su contenido".

"Sí". Krishnaji escuchaba intensamente.

"El recibir dentro..."

"Ahora espere un momento. Mírelo. La conciencia está fragmentada; y cuando usted plantea una pregunta a esa conciencia fragmentaria, la respuesta será fragmentaria".

"Cuando se formula la pregunta y ésta es recibida como en un estanque, ¿es la totalidad la que recibe?" Para entonces mi mente había captado la quietud, y las preguntas que yo formulaba surgían de las respuestas de Krishnaji.

"Pienso que eso es en verdad muy interesante y lo investigaremos. ¿Puede la mente ser tan extraordinariamente receptiva que no haya barrera alguna y el pasado no pueda penetrar en ella?"

"¿El pasado como el fragmento?" Yo buscaba clarificación.

Sí, el pasado es el fragmento. ¿Y puede el pasado no intervenir en absoluto?"

"Usted dice que hay un escuchar con el oído y que hay un escuchar con el 'no-oído'. ¿Tiene ese otro escuchar la misma cualidad que el escuchar que conocemos? ¿O es de naturaleza diferente?"

"De una naturaleza diferente, es obvio".

"¿Cual es la diferencia?" Yo lo apremiaba.

“El escuchar una pregunta con el oído y la respuesta que proviene de ese escuchar, tienen que ser por fuerza fragmentarios, ¿correcto? Eso es evidente. Pero cuando hay un escuchar con el ‘no-oído’ ese estado de escuchar no es fragmentario. Escuchar con el oído implica un registro, y uno recuerda desde el conocimiento pasado. Es la experiencia la que está respondiendo a la pregunta. En el otro escuchar, el pasado no interviene en absoluto. Por lo tanto, esa respuesta no es fragmentaria. Creo que esto es correcto”.

“Ese escuchar con el ‘no-oído’, ¿es diferente de aquello que recibe?”

“No le entiendo del todo”, dijo Krishnaji.

“Se plantea una pregunta, ésta es recibida con el oído, pero también hay un escuchar sin el oído. Bien, ese escuchar sin el oído, ¿es lo mismo que el estado que recibe?” En mí habían cesado todas las anclas.

“Sí, tiene que serlo, por supuesto. El estanque está completamente quieto, es de agua pura sin contaminación alguna que el hombre haya introducido ahí -contaminación que es el pasado. El estanque es de aguas limpias, transparentes, y dentro de esas aguas se deja caer una pregunta como un guijarro, y la respuesta es la onda que se forma. Pienso que así es como funciona”.

“Así como hay un escuchar sin el oído, ¿también hay un ver sin el ojo?”

“Si”, dijo Krishnaji. ¿Está usted usando la palabra ‘ojo’ en el sentido visual, óptico? Sí”.

“¿Podemos investigar la naturaleza de ese estado?”

“Veamos. El escuchar con el ‘no-oído’ y el ver -el ver visual, sin que el pasado interfiera con ese ver son lo mismo. El escuchar sin el oído y el ver -el ver visual, el ver óptico son ambos la misma cosa”. Krishnaji clarificaba a medida que respondía. “Lo importante es el ‘no-recordar’, la no-interferencia del pasado”.

“Señor, la tradición sostiene que el movimiento exterior del ojo es el movimiento de nombrar. El movimiento óptico que vuelve hacia atrás, se abre paso por el proceso de nombrar, rompe el proceso de nombrar, lo disuelve. ¿Es así?” Yo estaba otra vez con la memoria, recordando un proceso familiar en el yoga.

“Veamos si he comprendido correctamente la pregunta. ¿Dice usted que existe la visión óptica que se mueve hacia afuera, y que luego hay un regreso desde el movimiento externo hacia lo interno?”

“No”, contesté. “Está el movimiento externo que todos conocemos, que es el movimiento del ver, del registrar, del enfocar, etc. Después, para el *sadhaka* o sea, para el hombre que está viendo hay un movimiento en el cual el mismo ver óptico es lanzado hacia adentro, rompiendo el proceso de nombrar, el proceso divisivo. Es un movimiento que fluye hacia atrás”.

“¿El movimiento hacia adelante y el movimiento hacia atrás?” dijo K.

“No es el movimiento hacia adelante que vuelve hacia atrás, sino el sentido óptico que se mueve hacia afuera, y otro movimiento en el cual no hay un ir hacia afuera”.

“Comprendo. No es como una marea que sale y entra. Sólo hay un salir”.

“Y otro movimiento enteramente distinto, que ópticamente es la retracción hacia lo interno”.

“Es eso, entonces, lo que dice la tradición. ¿Qué dice usted?”, preguntó Krishnaji.

“El mirar hacia afuera enfoca”.

“Por el mirar hacia afuera, ¿entiende usted el mirar el árbol?”

“El mirar hacia dentro pone fin al movimiento de enfoque, pone fin al instrumento mismo que enfoca”. Yo trataba de que se manifestara un estado de percepción.

“Esto tengo que entenderlo muy claramente”, dijo K. “Usted dice que este mirar hacia dentro no es el movimiento del ojo que mira, que observa el mundo externo, sino que es un mirar interior -no es el reflujo de la marea. Pero, ¿es este mirar interno un modo por completo diferente de mirar?”

“El mirar interno no es la marea”, respondí.

“¿No es la marea?”

“Pero puede ser una marea”.

“Por supuesto. Ese es el peligro que hay en ello. La marea sale y la marea entra”.

“Uno puede mirar con el mismo...”

K interrumpió: “Sé que puede ser la misma agua. En cambio, este movimiento óptico hacia afuera y el mirar hacia dentro son dos movimientos diferentes, dos procesos por completo diferentes. ¿Es así? Vea, yo cuestiono toda la cosa. Me pregunto si existe un mirar hacia dentro. ¿Podemos explorar eso?” Hizo una pausa. “El mirar hacia dentro, ¿implica un movimiento del pensar?”

“No, señor”.

“Entonces, si no hay movimiento del pensar, ¿qué es lo que usted entiende por mirar hacia dentro?” Los instrumentos de la investigación eran muy sutiles.

“El mirar hacia dentro, el mirar interno, es el ver de ‘aquello que existe’ en un instante particular. En ese estado no hay ‘dentro y fuera.’

“Ese es todo el punto. Ahora seamos muy claros. Lo que usted está diciendo es que el mirar-hacia-afuera y el mirar-hacia-dentro no son el flujo y el reflujo de la marea. El mirar-interno no es la reacción al mirar-externo. El mirar-hacia-dentro es por completo diferente del mirar-hacia-afuera. Usted sostiene que el mirar-interno disipa

toda la estructura del pensamiento. Eso es lo que usted está diciendo". Hizo una pausa. "Yo cuestiono eso". Volvió a interrumpirse. "Dudo de que haya en absoluto un mirar-interno. Hagámoslo sencillo. Espere, sólo estoy explorando, Pupul. No digo que sea así o que no lo sea. ¿Qué es el mirar interno? Uno puede mirar internamente, por lo que usted ha dicho, dentro de todo el movimiento del pensar. ¿Correcto? ¿Es ése el mirar-interno?"

"Yo diría que es el mirar-interno porque en él hay un mirar físico y un mirar no físico. O sea, que el mirar es físico, pero lo visto no es físico. El pensamiento no es una cosa que pueda verse".

"Todo pensamiento es un proceso material", la respuesta de Krishnaji fue muy precisa.

"Pero no puede ser visto"

"Sí. Pero es un proceso material -la rememoración, el recuerdo del conocimiento, todo eso es un proceso material".

"Sí, puede que sea así, pero hay una diferencia entre el estado de ver el micrófono y el de ver el relampagueante movimiento de la mente".

"Pero el relampagueante movimiento del pensar sigue siendo un proceso material". Krishnamurti era inflexible.

"Sí, muy bien. Es un proceso material. ¿Se encuentra en una dimensión que llamamos lo interno?"

"¿Lo interno? Cuestiono todo eso". Un nuevo elemento había intervenido, revelando la ilusión de 'lo interno y lo externo'.

"Está en alguna parte, señor".

"Sí, ¿pero por qué debe ser adentro o afuera?

"No es visible como el rostro de uno es visible en el espejo. El pensamiento no puede ser percibido por el ojo como uno percibe su rostro en el espejo. ¿Es, entonces, lo que no puede percibirse en el espejo lo que usted llama lo interno?"

"No obstante, existe", dije.

"Sí, pero yo cuestionaría que eso sea en absoluto lo interno".

"Usted puede quitar la palabra 'interno' y sustituirla con otra palabra". Yo forzaba el reto.

"No, no".

"¿Dónde se encuentra?"

"Le diré algo. Creo que los esquimales, cuando usan la palabra pensamiento, se refieren a algo exterior".

"Sí".

"... Mírelo con atención, mírelo. Piense acerca de ello".

"Comprendo, señor. Yo veo algo cuando es exterior. Ese es un ver físico. La naturaleza del pensamiento en sí no puedo verla con el mismo mirar óptico..."

"Eso es muy sencillo. Yo puedo ver mi rostro en el espejo. No puedo ver el pensamiento en un espejo. Es simple".

"¿'Dónde' veo el pensamiento? ¿Qué es este 'ver' entonces?", pregunté.

"Es eso. No creo que haya un 'ver' en absoluto".

"Pero usted ha estado diciendo que tiene que existir un 'ver'".

"¿Ver? Ver la flor", dijo Krishnaji.

"También ver la ira."

"No, sólo dije 'ver'".

"Usted acaba de decir algo. Dijo: 'No creo que haya un ver en absoluto'. ¿Podemos investigar eso?"

"En este punto tengo que ser muy claro" dijo Krishnaji. "Primero hay un escuchar mediante el oído, y hay un escuchar sin el oído, que es un estado similar al de una alberca que se halla absolutamente quieta, sin un solo movimiento. No hay ráfaga alguna que produzca ondas en él. Y cuando en ese estado se deja caer una pregunta, es como un guijarro que cayera en un estanque quieto. Las Ondas son las respuestas".

"¿Que la pregunta misma genera?"

"Sí, eso es lo que dijimos desde el principio. Cuando uno aborda la pregunta, el acto mismo de arrojar la pregunta en la alberca, produce la respuesta. No hay una entidad que responda. Eso es muy importante. Ahora bien, teniendo presente que la visión del rostro en el espejo es clara, pero que no es posible ver el pensamiento, ¿qué es 'ver' el pensamiento?"

"¿Qué es lo que ocurre realmente?", pregunté.

"Eso es lo que vamos a descubrir", fue la respuesta de K. "Primero seamos claros. No hay un 'ver' el pensamiento. Porque eso implicaría que hay dos cosas separadas: el veedor y el pensamiento. Pero el veedor es el pensamiento. Por lo tanto, sólo hay pensamiento, que no puede ser visto en el espejo. Para mí no existe, pues, un mirar interno".

"¿Entonces, a qué se refiere usted cuando habla de 'ver lo que es'?"

"'Ver lo que es' no implica solamente observar con el ojo óptico, visual, con el nervio óptico, sino también escuchar 'lo que es' sin el oído. 'Lo que es' implica todo eso: 'ver', 'escuchar'".

"Pero usted dice que el pensamiento no puede ser 'visto'". Yo lo presionaba.

“No. El pensamiento no puede ser visto con la mirada interna”.

“¿Qué es, entonces, lo que ve al pensamiento? No es visto por la mirada interna, no es visto como uno ve en el espejo y, no obstante, usted dice que hay un ‘ver’”.

“No, yo no usaría la palabra ‘ver’”, dijo K.

“¿Qué palabra usaría entonces?”

“Yo diría, ‘el pensamiento que se percibe a sí mismo’”.

“¿El pensamiento que se percibe a sí mismo?”

“Que percibe sus propias actividades”.

“Pero durante todos estos años usted ha estado hablando de ‘ver lo que es’”.

“Hablé de ver lo que ocurre realmente, internamente; no de observar ‘lo que es’ mediante un ojo óptico o mediante otro pensamiento. Cuando usted dice ‘ver’, es eso lo que da a entender”.

“¿Qué es ese estado?”, inquirí.

“Es lo que estamos investigando. Cuando usted habla de ‘ver’ internamente, yo digo que está introduciendo un estado dual en aquello que está viendo. ¿De acuerdo?” La mente de K era agudamente sutil.

“¿Puede haber un ‘ver’ sin un estado dual?”, pregunté.

“Sí; este *ver* implica un estado en el que no hay opuesto”.

“Porque un ver así tiene la misma cualidad del lago”.

“Sí, por eso cuando usted habla del mirar interno, hay algo artificial en ese enfoque. El pensamiento mismo tiene que aquietarse. Pienso que trabaja como el lago. Y cuando uno formula una pregunta desde ahí, la pregunta es respondida desde el lago”.

“Pero, señor, surge la ira, o surgen los celos. ¿Son una cosa material?”

“Absolutamente”.

“Tomo conciencia, y ya están de nuevo ahí. Porque no puedo ‘ver’ eso que está ahí”.

“Mire, usted dice que surgen los celos y hay una observación de eso”.

“¿Puede haber una observación del estado real de los celos que surgen? Si así fuera, no surgirían”.

“No”, contestó K. “El hecho es que los celos surgen. Los celos son una reacción que nombramos. Antes de que usted los llame celos, ¿puede esa reacción ser observada? No como el observador que observa. ¿Entiende lo que digo? Una observación en la que no hay opuesto. ¿Puedo simplemente ver la reacción? Por ‘ver’ la reacción entiendo el ‘ver’, el observar sin el ojo o el oído. La observación del surgimiento de esa reacción es el ‘no-oído’, es el escuchar sin el oído, el ver sin el ojo. ¿Suena como una locura?

“Ahora bien, seamos claros”, continuó. “Se ha formulado una pregunta y esa pregunta es como una piedra que han dejado caer en una alberca, y la alberca está absolutamente quieta. La respuesta, es la caída misma de la piedra en el estanque; de otro modo, el estanque está quieto.

“De lo que estamos hablando, pues, no es de la marea que sale, de la marea que entra, sino de una observación de ‘lo que es’, una observación sin ningún recuerdo anterior asociado con ‘lo que es’. Eso es todo”.

“Entonces no es algo óptico ni auditivo”.

“Absolutamente”.

“Pero usted ha usado la palabra ‘observar’...”

“Observar en el sentido de que en tal observación no hay recuerdo alguno de la cosa observada. Esto es así, vayamos despacio. En el proceso de observación no hay un centro desde el cual ésta tenga lugar -siendo el centro la memoria, las distintas conclusiones, las heridas psicológicas. No hay un punto desde el cual ‘eso’ esté siendo observado. ¿Correcto? Y en esta observación exenta de conclusiones, no hay ninguna asociación con sucesos pasados, lo cual implica que el ‘ver’ es tan quieto como la alberca. ‘Lo que es’ constituye el reto; ¿puede la alberca quieta responder cuando el reto cae en ella?” La onda en el lago estaba respondiendo.

“¿La onda es la respuesta?” pregunté.

“La onda es la respuesta. Eso es algo maravilloso”.

Pregunté: “Le he observado viendo cómo escuchaba usted su propia respuesta con la misma atención que presta a una pregunta. ¿Escucha usted sus respuestas?”

“Las escucho para ver si lo que se dice es exacto”.

“Escucha sus propias respuestas; y para usted, sus respuestas y las respuestas de otra persona están en el mismo nivel de atención”.

K dijo: “Pero si uno habla seriamente y presta atención al interlocutor y responde, hay una acción de escuchar -en ambas direcciones no el escuchar la respuesta de uno o del otro; sólo existe el escuchar”.

“Usted escucha”, respondí, “y si lo dicho no corresponde, usted se aleja de ello. Hay una total flexibilidad, si puedo expresarlo así. Usted no toma la respuesta y se aferra a ella”.

“Vea, si el guijarro es muy liviano, la onda que forma es muy pequeña”, explicó K. “Pero si lo que cae es una piedra, se forman muchísimas ondas. Por lo tanto, el acto de escuchar no lo es sólo con respecto a la persona que plantea el reto, sino que también hay atención a la respuesta. Es un estado *total* de escuchar, tanto al interlocutor

como al que responde. Y a causa de que existe este escuchar, cuando la respuesta no es completa como debe ser, uno se retira de ello, se aleja; y entonces uno cambia, se mueve. De modo que he descubierto algo: no existen un mirar o un escuchar 'internos'. Sólo existen el mirar y el escuchar".

"Tengo que examinar esto en profundidad. Acabo de recibirlo". Hice una pausa. "¿Qué es la alberca?"

"En primer lugar", preguntó K, "¿la alberca *de quién*? ¿La alberca de su mente, de la mente de K, o la alberca de una persona agitada?"

"Estamos hablando de la alberca de Krishnamurti", dije, "porque lo que se intenta es ver hasta dónde puede uno llegar en la investigación de su mente".

"Comprendo. Usted pregunta cuál es el estado de la alberca que, aparentemente, tiene K. No creo que K esté consciente de esta alberca". "¿De qué está usted consciente?"

"Es importante comprender que si K estuviera consciente de ella, ésa no sería una 'alberca'. ¡Espere, espere! Sí, está bien, es correcto".

"Bien, si puedo preguntarlo, ¿cuál es su naturaleza interna?" Yo retaba a la mente de K para ver hasta dónde llegaría ésta a revelar su naturaleza. Hubo una pausa. Después, Krishnaji habló. Lo hizo desde una gran profundidad: "Jamás me he preguntado cómo es la mente, la naturaleza interna de K. Si contesto que es 'nada' [*nothing*], lo cual significa 'ninguna cosa' [*not a thing*], ¿sería eso aceptable? Es nada. ¿Comprendería usted el estado interno del ser de K, que es nada, que es absolutamente nada? Es como medir lo inmensurable. No digo que mi mente sea inmensurable, sino que es como medir lo inmensurable".

Mi hermana mayor había muerto de un ataque cardíaco en 1.976. Mi madre no pudo soportar el choque emocional. Su cuerpo y su mente se quebrantaron y sufrió una apoplejía menor. Era devota de Krishnaji y habrá actuado como su anfitriona en muchas ocasiones. Él le escribió una nota, incluida en una carta a Nandini, en la cual preguntaba por su estado de salud, le enviaba su amor y le expresaba su gratitud por la hospitalidad y el afecto que ella le había brindado a través de tantos años. Le leímos la carta a mi madre, y ella consiguió esbozar una sonrisa. Se recuperó, pero quedó muy debilitada.

En enero del año siguiente, cuando Krishnaji se encontraba en Bombay, vino a verla. Ella estaba en cama, la vida se le estaba consumiendo gradualmente: pero se bañó antes de la llegada de Krishnaji, y se cubrió la cabeza con su blanco sari de muselina. Al verlo, su rostro y sus ojos se llenaron de vida. Él sostuvo su mano por más de una hora y le habló con infinita atención. Ella le dijo: "Mi hija ha muerto".

"Lo sé, Amma", contestó él. "Todos hemos de morir". La mente de ella se aquietó, y aunque nunca llegó a recuperarse, cesó su sufrimiento interno. Murió dulcemente, sin perturbar a ninguno de sus hijos que se hallaban en la habitación contigua. Cuando 'partió', estaba sola.

En la primavera de 1.976, la Krishnamurti Foundation de EE.UU. había organizado en Arya Vihara, Ojai, un seminario para científicos y filósofos. Asistieron Sunanda, su esposo Pama y el sobrino de Krishnaji, Narayan. Balasundaram, quien también iba a asistir, contrajo ictericia y tuvo que cancelar su viaje.

Krishnaji pasó un tiempo en Ojai con Sunanda; salían a pasear juntos, él la hablaba largamente discutiendo el trabajo en Vasanta Vihar y brindándose en plenitud. Ella regresó a la India irradiando la bendición que había recibido.

El 3 de junio de 1.976, le escribí a Krishnaji acerca de la salud de mi madre y de mi encuentro con Sunanda:

He estado en Bombay por las últimas dos semanas a causa de la enfermedad de mi madre. Ha sido un período muy difícil. Ella tuvo una infección urinaria con complicaciones renales, y durante la última semana no pudo hablar ni tomar alimento ni agua por boca. El médico cree que puede ser una parálisis parcial de la garganta. Está recibiendo alimentación por la nariz, y hace 24 horas que parece haber mejorado. Ha comenzado a articular palabras; aunque todavía son confusas ya pueden reconocerse. Ha olvidado el pasado inmediato y continúa preguntando por Moon. En sus preguntas hay cierta desesperación.

Me encontré con Sunanda y Pama cuando pasaron por Bombay y conversamos largamente. Me siento profundamente dichosa de que vayan a Vasanta Vihar, y espero que todo siga bien con ellos y que la labor en Vasanta Vihar florezca. El día 6 iré a Madrás para una reunión del Krishnamurti Trust. En una visita anterior, Radha y yo examinamos los arreglos que tienen que hacerse según lo sugerido por usted, y pienso que los trabajos ya deben haber comenzado.

Siento, igual que usted, que el secretario de la Krishnamurti Foundation India, no tiene que ser la misma persona que el director de la Escuela. Esto se decidió cuando usted estuvo aquí hace más de un año. Después de que Balasundaram se encontró con usted en el extranjero el año pasado, usted me escribió que Balasundaram le había explicado que la Secretaría era solamente una cosa técnica y que, desde su punto de vista, todas las actividades de la Fundación debían trasladarse al Valle de Rishi, el cual debía convertirse en el centro de operaciones. Yo no tengo la carta conmigo aquí, pero cuando regrese a Delhi le enviaré una copia de esa carta suya. Yo había pedido que me clarificara el punto y me dijera si, a la luz de lo que usted sentía, el secretario y el director debían ser uno solo, y usted aclaró la situación diciendo que no debían ser la misma persona. En la reunión de la Fundación, realizada el último año, cuando surgió la cuestión de designar al secretario, se decidió que Balasundaram continuara por un año como secretario hasta que se terminara el caso, puesto que él era el principal demandante en el pleito, y los poderes de apoderado legal estaban a su nombre. Hacer un cambio en medio de la corriente ocasionaría muchas confusiones. Todos los miembros de la Fundación accedieron a esto. Legalmente, el secretario de la Fundación es

designado todos los años en la reunión anual de octu/nov. He discutido el asunto con Balasundaram, y él mismo sugirió que no debía continuar como secretario. Yo siempre he sentido que Pama es la persona indicada para asumir la Secretaría, y es con esto en mente que le he persuadido para que se una a la Fundación.

En diciembre, Pama Patwardhan se hizo cargo como secretario en lugar de Balasundaram, y Sunanda y Pama fueron a vivir a Vasanta Vihar. La casa estaba en completo desorden, no había dinero, y tuvieron que enfrentarse a una tarea hercúlea para reconstruir el lugar. Sunanda asumió la responsabilidad por el trabajo de publicaciones, y pronto habría de aparecer un Boletín. En los años que siguieron, Vasanta Vihar, la sede principal de la Krishnamurti Foundation en la India, se convirtió en un centro para las publicaciones y archivos de la K.F.I. y para las enseñanzas. Se publicaron *Tradición y Revolución*, *Krishnamurti y la Educación*, diversas pláticas y ediciones indias de la labor de Krishnamurti.

Capítulo XXIX

"CABALGANDO SOBRE EL LOMO DE UN TIGRE"

Me encontré por primera vez con Indira Gandhi en 1.931; fue en Anand Bhawan, su residencia familiar de Allahabad. Yo tenía dieciséis años, ella catorce. Yo estaba enamorada, ardiendo de pasión en esa antigua ciudad; pero recuerdo a Indira como una muchacha frágil, retraída, austera, que vivía encerrada en los espacios de su fantasía. Continué viéndola a través de los años en la casa de su tía Krishna Hutheesing. Fue allí, en Bombay, donde nació su hijo Rajiv el día 20 de agosto de 1.944. En 1.955, cuando fui a vivir a Delhi, Indira y yo nos hicimos amigas. Ella era la huésped oficial de su padre, el primer ministro Jawaharlal Nehru, y vivían en la Ten Murti House, residencia del Comandante en Jefe antes de la independencia.

Indira continuaba ocultándose tras un exterior reservado. Pero era un ser humano inquieto, finamente sensible a lo extraordinario, a la gente y a los acontecimientos del mundo exterior. Krishnamurti y sus enseñanzas formaban parte lúcida de mi existencia, y a menudo yo hablaba con ella del conocimiento propio y de la percepción. Indira solía escuchar con gran interés, pero era cauta en sus respuestas. Sólo cuando las barreras entre nosotras se levantaron, comenzó ella a interrogarme sobre el conocimiento propio y la observación sin el observador. Me habló con timidez de sus propias y finamente agudas percepciones. Cuando era joven, veía cosas que estaban detrás de ella; tenía conciencia de acontecimientos que no podía haber presenciado; con mucha frecuencia experimentaba exaltadas percepciones sensorias. Me preguntó un día: "¿Conoce usted 'Las Puertas de la Percepción' de Huxley?" Y agregó: "Yo veía el mundo con la misma impetuosa intensidad, pero ocultaba mis percepciones porque la gente no entendía y se reía de mí".

Desde niña sintió que podía "sumergirse en el color". Por años, ciertos colores solían abrumarla. Los rojos fuertes, los anaranjados en todas sus tonalidades, y los rosas apagados evocaban respuestas profundas. El amarillo y el verde despertaban energía, el azul lo contrarío.

Cuando se convirtió en Primera Ministra, su vulnerabilidad disminuyó.

El primer encuentro de Indira con Krishnamurti tuvo lugar a fines de los años 50, durante una cena en mi casa. Indira se veía tímida y no se decidía a hablar. Krishnaji también era tímido pero pronto empezó a contar anécdotas. Un relato zen en particular le encantó a Indira. Dos monjes budistas llegaron a la orilla de un río, y lo encontraron crecido y difícil de cruzar. Una mujer estaba aguardando en las márgenes, y les rogó a los monjes que la ayudaran a cruzar el río, puesto que sus hijos se encontraban solos y tenían hambre. Uno de los monjes rehusó hacerlo, pero el otro la levantó y atravesó la corriente llevándola sobre su espalda. Cuando ambos monjes ya estaban en la otra orilla y proseguían nuevamente su camino, el primero de ellos protestó con vehemencia. Estaba horrorizado de que un monje hubiera tocado a una mujer, y más aún que la hubiera cargado sobre su espalda. El segundo monje se volvió y mirándolo dijo: "¿Quiere decir que todavía sigues cargando a la mujer en tu mente? Yo hace mucho tiempo que la dejé atrás, en la margen del río".

En el invierno de 1.970 Krishnaji vino a cenar a mi apartamento. Estaban presentes Indira Gandhi, Karan Singh de Kashmir, mi hermana Nandini, G. Parthasarthi, (G. Parthasarthi era por entonces un amigo de Indira Gandhi. Diplomático de carrera, ha desempeñado muy importantes cargos en Rusia y en los Estados Unidos. En 1.986 fue asesor del Primer Ministro Rajiv Gandhi,) y Jim George, el alto comisionado por Canadá. La conversación de sobremesa versó sobre el estado de la juventud en el mundo. Los jóvenes de Occidente se rebelaban rehusando aceptar las costumbres de sus padres; habían rechazado toda seguridad, convirtiéndose en vagabundos -viajando a países distantes, compartiéndolo todo, fumando hashish, rompiendo todos los tabúes, viendo y experimentando el mundo. Uno de nosotros preguntó: "¿Por qué los jóvenes de la India se interesan tanto en la seguridad?" K habló de un materialismo creciente en la India; discutimos el hecho de que nuestros jóvenes parecían estar perdiendo sus raíces, volviéndose hacia el opulento Occidente para satisfacer sus necesidades externas e internas. K preguntó: "¿Por qué hay semejante deterioro en todos los niveles sociales de la India?"

Indira prestaba atención, pero raramente hablaba. Karan Singh, con espíritu malicioso le preguntó a Krishnaji: "¿Es cierto que ningún político puede percibir la verdad?" Indira escuchaba, y más tarde me escribió:

Gracias por la interesante velada.

Como de costumbre, la comida fue deliciosa. ¡Rompí mi regla de ingerir sólo ensalada por la noche, y comí realmente en exceso!

Me alegré mucho por la oportunidad de ver nuevamente a Krishnaji. Sus enfoques son siempre estimulantes. Después de un rato pareció como si todos estuviéramos interrogándolo. Pero, ¿puede la situación de los jóvenes que se rebelan en los Estados Unidos o en Francia, compararse con la situación que impera aquí? En esos países, muchos de los jóvenes pertenecen a las familias más ricas, y bien pueden darse el lujo de pasar el tiempo sentados en la playa meditando. En la India, las compulsiones son muy numerosas -ganarse la vida, sostener la familia, etc. A causa de mi propia familia y de las circunstancias especiales en

que me crié, mi experiencia personal también es diferente de las de otros. Pero si dijera eso, podría parecer que me coloco aparte de los demás. Esto que expreso es sólo un pensar en alta voz.

Aparentemente, Indira no causó un impacto especial en Krishnamurti, quien no hizo comentario alguno sobre el encuentro de ambos.

A comienzos de junio de 1.975, abandonó la India para dirigirme a Europa y a los Estados Unidos. Mientras me encontraba en París, tuve conocimiento de la decisión del Superior Tribunal de Allahabad declarando nula y carente de valor la elección de Indira Gandhi, apoyándose en lo que parecía ser una cuestión técnica, y prohibiéndole asimismo presentarse a elecciones por el término de seis años. *El Times* de Londres, al comentar esto, lo había calificado de "injuria". Lo increíble había sucedido, y nadie podía predecir lo que vendría más adelante.

Hallándome en Inglaterra, fui a Brockwood Park para estar con Krishnaji. Lo encontré muy preocupado por el futuro de la India. Tuvimos largas charlas. Indira Gandhi había apelado la sentencia, y se le concedió el permiso de retener su cargo de Primera Ministra, pero no podía votar en el Lok Sabha (*Lok Sabha* significa, en hindi, parlamento) puesto que ya no era miembro del mismo. La prensa británica hervía de especulaciones sobre la posible renuncia de Indira Gandhi.

Un día después de mi arribo a Nueva York, se declaró en la India el estado de emergencia, y nos llegaron noticias de los arrestos. A tanta distancia, con poco acceso a una información exacta, escuchamos rumores de que había comenzado la guerra civil. Fui a la Embajada de la India y traté de telefonear a Indira Gandhi. Para mi asombro, fue posible dar con ella y acudió al teléfono. Le conté acerca de los rumores y de la falta de una buena información. Ella intentó tranquilizarme; el estado de emergencia se había declarado, dijo, y muchas personas, incluyendo a Prakesh Narain y a Morarji Desai, habían sido arrestadas. Me contó que la violencia amenazaba propagarse, pero subrayó que el estado de emergencia se mantendría por poco tiempo.

En mi viaje de regreso no fui a Gstaad para ver a Krishnaji ni le telefoneé desde Londres. Me sentía muy confundida y sabía que Krishnaji estaría angustiado por los acontecimientos de la India.

En Nueva Delhi muchas personas me hablaron de la emergencia algunas en apoyo, y muchas con ira apasionada. El miedo y la tensión iban en aumento. Me encontré con Indira en el Parlamento, y le hablé de la atmósfera imperante y de mi pesar ante el hecho de que esto ocurriera en un gobierno que ella presidía. Me escuchó atentamente, y replicó que yo desconocía la extensión de la violencia inherente en la situación y los peligros internos y externos que afrontaba el país. Habló de la huelga en los ferrocarriles que, durante el año anterior, había dilatado violencia e inestabilidad social.

También se refirió al Movimiento de la Revolución Total que dirigía Prakash Narain, alrededor del cual se había reunido mucha gente joven. Siendo no-violento en sus comienzos, en 1.975 se habían infiltrado en el mismo muchos elementos indeseables. Jai Prakash, dijo, era un idealista y parecía no advertir en absoluto el peligro. Pero si a estos elementos se les permitía fortalecerse en su posición, el país se enfrentaría a un desastre.

Yo esperaba que el estado de emergencia se levantara el 15 de agosto -día de la independencia y fui a Red Fort (El Red Fort (*Fuerte Rojo*) es un monumento construido en el siglo XVII por Shah Jahan. Desde su terraplén, los primeros ministros de la India se dirigen a la nación en el día de la Independencia, 15 de agosto) para escuchar a Indira Gandhi. Justo antes de que apareciera en el terraplén, recibió ella noticias del asesinato en Dacca, del primer ministro de Bangla Desh, Mujib-ur-Rehman y de su familia. Todos sus temores y ansiedades latentes se despertaron. Tenía la certeza de que los asesinatos formaban parte de un complot mayor para desestabilizar el subcontinente, y que ella, sus hijos y sus nietos, serían el próximo blanco. El estado de emergencia continuó con consecuencias dramáticas tanto para quien gobernaba como para los gobernados.

Poco después recibí una carta de Krishnaji:

Le estoy escribiendo sobre un asunto muy serio, no sólo para usted personalmente sino para usted como Presidenta de la K.F. India. Por las distintas informaciones que publican los periódicos americanos, ingleses y franceses, parece que la India se ha vuelto un 'estado totalitario'. Miles han ido a prisión, la libertad de prensa y de palabra está casi amordazada. No sé cuál es la posición de usted. La Fundación no es política, y en modo alguno está vinculada a ninguna clase de grupo político, de la izquierda o de la derecha. Quiero preguntarle cuál es la situación de K cuando vaya a la India, si es que va, sabiéndose que él hablará de la libertad en todos los niveles, lo cual ha estado haciendo en todas sus pláticas de aquí -libertad de palabra, libertad de pensamiento, libertad de expresión. Y si él habla en reuniones públicas, es inevitable que la gente le formule ciertas preguntas y que él las conteste. El siente que no puede modificar por ninguna razón nada de lo que dice para acomodarlo a gobierno o grupo alguno. No lo ha hecho en el pasado, y no puede limitarse a los dictados de ningún grupo, político o de otra clase. Tampoco puede permitirse ir a prisión o que se le impida salir del país una vez que haya ido. También me gustaría señalar que K no aceptará favores especiales ni que se haga una excepción en su caso... [Terminaba la carta con las palabras:] Por favor, Pupulji, ésta es una cuestión sagrada, y su responsabilidad tiene que ser también sagrada.

En mi respuesta le hice un relato exacto de la situación en la India. La cultura de este país hacía que la voz de un verdadero maestro religioso fuera una luz que no podía extinguirse. El 20 de agosto recibí una segunda carta. Su extremo interés era evidente, e introducía un nuevo interrogante: "¿Cuál es el propósito, el valor y el provecho de mi ida a la India?"

Dejando de lado los sentimientos personales y el afecto -que poseen su propia significación como el organismo físico ahora ya tiene más de 80, he estado considerando la mejor manera en que deben emplearse los próximos 10 o 15 años. Como lo he repetido y puedo repetirlo nuevamente si no le cansa, he empleado más tiempo y he ofrecido más pláticas en la India que en ninguna otra parte. No me preocupan los resultados, qué efecto tienen las enseñanzas, o hasta qué profundidad han penetrado las raíces, pero pienso que uno tiene el derecho de preguntar, y debe preguntar, como lo estoy haciendo, por qué después de todos estos años no hay en la India ni una sola persona total y completamente comprometida con estas enseñanzas, viviéndolas y dedicándose enteramente a ellas. No estoy culpando en absoluto a ninguno de ustedes, pero, si se me permite, quisiera instarlos a que dediquen a esto la atención más seria de que sean capaces.

Seguía preguntándome si efectivamente me retiraría de mí otro trabajo en marzo de 1.976, tal como se lo había dicho. Y terminaba la carta con estas palabras:

Como puede volverse cada vez más difícil hablar libremente en la India, usted debe considerar cuál es la mejor forma en que K puede emplear el resto de su vida de modo que sea lo más útil posible para las enseñanzas. Esto mismo se lo hago notar a los grupos de América e Inglaterra. Y todo esto de ninguna manera debe interpretarse como una cuestión personal sino como lo que es más correcto y bueno para las enseñanzas en su totalidad. Toda la cosa, me temo, está resultando en la India un asunto de conveniencia personal, y es muy malo que esté ocurriendo esto después de 40 años.

Quedé agobiada por la carta. Para mí, ya parecía evidente que Krishnaji había rechazado a la India y a las personas que le habían acompañado por muchos años. En Bombay, hablé de esto con Nandini y ella sintió, igual que yo, que el diálogo de Krishnamurti con la India había llegado a su fin.

Le contesté a Krishnaji expresándole mi profunda aflicción, y el aturdimiento que me había producido su carta. Balasundaram, que se encontraba en Brockwood cuando Krishnaji recibió mi respuesta, me escribió contándome que K estaba perplejo y no cesaba de repetir. "¿Qué es lo que dejó tan aturdida a Pupul?" Krishnaji había estado sosteniendo con Balasundaram discusiones detalladas acerca de lo que se necesitaba hacer en la Indian Foundation. Pronto quedó claro que finalmente K había decidido no retornar a la India en el invierno de 1.975. También canceló su visita anual a Roma, pero regresó a Malibú, en California.

Con fecha 10 de noviembre, recibí una larga carta de Krishnaji desde Malibú, donde se hospedaba en casa de Mary Zimbalist. Igual que un niño, preguntaba: "Usted me escribió desde Delhi diciéndome que se sentía aturdida por una larga carta que yo le había enviado, y en la cual, entre otras cosas, le decía que en la India todo se había deslizado hacia la conveniencia personal. En todas sus cartas no dice usted que fue lo que le ocasionó tal aturdimiento. Me gustaría saber por qué se sintió usted así". Le contesté que el primer impacto de su carta fue que él había abandonado a la India y que no tenía el propósito de regresar. Había muchos interrogantes que requerían respuesta pero, al parecer, no tenía sentido entrar en detalles y buscar clarificación. El primer impacto de la carta había sido el decisivo.

El estado de emergencia había durado más de un año, y aunque yo me daba cuenta de la tensión y la angustia que esto produjo en Indira, también sabía que ella se había mantenido firme, haciendo la vista gorda a muchas de las informaciones que le llegaban. Cuando la emergencia cobró impulso, por primera vez en la vida, Indira perdió su contacto intuitivo con el pueblo de la India. Estaba aislada y se mostraba recelosa, no tolerando ninguna crítica aun cuando sus más íntimos amigos le trajeran evidencias concretas de que funcionarios oficiales habían transgredido su autoridad. Fue sólo en el otoño de 1.976 que la ira y los temores de la gente llegaron hasta ella.

Más o menos por esta época, conversé con Indira sobre la posibilidad de que Krishnaji hablara en la India durante el invierno de 1.976. Ella dijo: "Es muy bienvenido en la India y puede hablar libremente". Ella sabía del apasionado interés de Krishnaji por la libertad; K era un revolucionario religioso, y para él la vida sin libertad era muerte. Krishnaji arribó a la India en octubre de 1.976 y se hospedó conmigo en el 1 de King George's Avenue.

El 27 de octubre Indira llegó a mi casa para cenar a las 19,30 hs. Vestía un sari verde impreso en tonos suaves de rosa. Los otros invitados incluían a Achyut; Nandini con su hija Devi y su nieta Aditi, joven y exquisita bailarina; Sunanda y Pama Patwardhan; y L.K. Jha, Indira nos dijo que, de acuerdo con el calendario indio, era su cumpleaños. Expresó el deseo de hablar con Krishnaji, y estuvo con él en su sala de estar hasta las nueve.

Durante la cena se mantuvo muy silenciosa, dándose apenas cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Achyut, que se había mostrado apasionadamente crítico, con respecto al estado de emergencia, se mantuvo callado, hasta torvo. L.K. Jha y Krishnaji fueron los que más hablaron. Krishnaji no miró a Indira ni le habló durante toda la cena. Sentía la vulnerabilidad de ella y no quiso molestarla.

Para disminuir la tensión, Krishnaji empezó relatando sus numerosas anécdotas sobre San Pedro y el paraíso. Recuerdo una en particular. Un hombre muy rico que había hecho muchas obras de caridad, murió. Cuando llegó hasta las puertas del paraíso, se encontró con San Pedro que custodiaba la entrada. El hombre entregó sus credenciales, y Pedro dijo que podía cruzar las puertas; pero antes de que lo hiciera, Pedro le preguntó: "¿No te gustaría ver lo que hay allá abajo?" El hombre rico contestó: "Seguro, ¿es fácil llegar allá?" Pedro dijo: "Sólo aprieta el botón y el ascensor te llevará abajo". Cuando llegó abajo, las puertas del infierno se abrieron y el hombre rico vio un jardín lleno de flores, con agua surgente y bellas mujeres que le aguardaban para recibirlo con vinos selectos y raros manjares. Después de pasar un tiempo en los más maravillosos ambientes, regresó adonde estaba Pedro para decirle que el infierno era un lugar mejor, más divertido, y que había decidido ir allá. Pedro dijo: "Claro, pensé que lo sentirías así". De modo que el hombre rico presionó el botón y descendió de vuelta al infierno. Cuando se abrió la puerta, el jardín se había esfumado y dos corpulentos rufianes lo estaban esperando y empezaron a golpearlo. El hombre trató de detenerlos; entre golpe y golpe alcanzó a jadear: "¿Qué ha ocurrido? ¡Vine aquí hace sólo cinco minutos y me recibieron con los brazos abiertos!" "Ah", dijo el rufián propinándole otro golpe, "entonces eras un turista".

Todos rieron, e incluso Indira no pudo evitar una sonrisa -aunque parecía muy preocupada y distante. Después Indira se unió a la conversación y contó una historia de astronautas que, a su regreso del espacio exterior, fueron a visitar a Kruschev, quien los interrogó en secreto preguntándoles: "Cuando ustedes se encontraban muy alto en los cielos, ¿vieron luces misteriosas, seres extraños? ¿Vieron una figura grande, misteriosa, de barba blanca y rodeada de luz?" Los astronautas contestaron: "Sí, camarada, la vimos". Y Kruschev dijo: "Me lo temía". Después les previno: "Esto es sólo entre nosotros, no hablen de ello con nadie". Más adelante, los astronautas viajaron por el mundo y visitaron al Papa. Terminadas las formalidades devotas, el Papa los llevó aparte y les dijo: "Hijos míos, cuando os encontrabais allá arriba, ¿visteis luces o disteis con una gran figura de barba blanca?" Contestaron: "No, padre, no vimos luces ni vimos ninguna figura barbada". Y el Papa dijo: "¡Ah, hijos míos, ya me parecía! Pero por vuestras almas, no habléis de esto con nadie". Todos los que estábamos en la mesa reímos, pero L.K. Jha parecía desconcertado -porque Krishnaji le había contado esta historia a él, él a su vez se la había repetido a la Primera Ministra, y ahora ella la había devuelto a Krishnaji.

Después de la cena, cuando todos se hubieron ido, Krishnaji me llevó a su habitación y me dijo que Indira estaba pasando por un período difícil. Cuando estuvieron a solas, permanecieron sentados en silencio por un largo rato. El podía sentir que ella estaba muy alterada. Le dijo a K que la situación en la India era explosiva. Krishnaji había percibido en ella algo muy bello que la política estaba destruyendo. También aludió K a una corriente de violencia que rodeaba a Indira.

A la mañana siguiente, la Primera Ministra me escribió para decirme que Krishnaji le había prometido verla nuevamente, y me pedía que yo dispusiera el momento más apropiado. Yo le había telefoneado a Seshan, su asistente especial, cuando súbitamente, a las once, se detuvo en la puerta un automóvil en cuyo interior venía Indira. No había ninguna medida de seguridad, y sólo algún tiempo después llegó el automóvil de escolta con su ansioso personal de seguridad.

Indira pasó más de una hora con Krishnaji. Salió de la habitación visiblemente conmovida, y las lágrimas fluían por su rostro. Cuando vio que mi sobrina nieta Aditi se encontraba en el salón, rápidamente recuperó el control de sí misma, le preguntó a Aditi qué estaba leyendo y habló con ella unos momentos. Acompañé silenciosamente a Indira hasta su automóvil.

Durante los meses que Krishnaji permaneció en la India, mantuvo a Indira en su conciencia. Me formuló preguntas acerca de ella y de su juventud. K se había sentido profundamente tocado por la capacidad que ella tenía para escuchar, y también por su negativa a reaccionar o a defenderse a sí misma. Me dijo que Indira era posiblemente la única persona en su posición que estaba dispuesta a escuchar. Casi todos, o bien eran arrogantes en sus posiciones y así no podían escuchar, o se derrumbaban y quedaban desechos ante la adversidad. Ella parecía diferente. Antes de abandonar Delhi, él habría de escribirle otra vez.

Años más tarde, después de la muerte de su hijo Sanjay, le pregunté a Indira si lloraba con facilidad. Pensó un rato y dijo: "No, el dolor no trae lágrimas. Pero cuando estoy profundamente conmovida, en especial por la gran belleza, entonces lloro". Dijo que había llorado cuando conoció a Kamakoti Sankaracharya en Kancheepuram (El Kamakoti Sankaracharya de Kancheepuram se halla en la línea directa de los sucesivos maestros o preceptores que llegan hasta Adi Sankara, el primer Sankaracharya, quien impartió su enseñanza allá por el siglo VIII d.C, Kamakoti es el nombre de la aldea en el distrito de Kancheepuram, perteneciente a Tamil Nadu, India del sur, donde está situado su centro religioso), y que lloró copiosamente cuando vino a ver a Krishnaji en el 1 de King George's Avenue, en noviembre de 1.976. "Sollozaba y no podía contener mis lágrimas. Por años no he llorado de esa manera". También me contó algo de lo que ocurrió durante la conversación. Krishnaji y ella habían hablado de los sucesos habidos en la India durante los últimos meses, e Indira había dicho: "Estoy cabalgando sobre el lomo de un tigre, y no se cómo desmontar". Krishnaji contestó "Si usted es más inteligente que el tigre, sabrá cómo habérselas con el tigre". Ella le preguntó qué debía hacer. Él rehusó responder a esto, pero le dijo que debía mirar los conflictos, las acciones, las equivocaciones, como un solo

y único problema, y después actuar sin ningún motivo subyacente. Agregó que no conocía los hechos, pero que ella tenía que actuar correctamente sin temor a las consecuencias.

Años más tarde, Indira me contó que el 28 de octubre de 1.978, día en que se encontró con Krishnaji por segunda vez, un frágil movimiento interno se había despertado en ella sugiriéndole que pusiera fin al estado de emergencia, cualesquiera que fueran las consecuencias de tal acción. Había meditado sobre este sentimiento, y después de hablar con unas cuantas personas cercanas a ella, decidió finalmente llamar a elecciones.

Krishnaji se encontraba en Bombay, a punto de viajar hacia Europa, cuando se hizo el anuncio de que Indira había ordenado la liberación de personas detenidas en virtud del mantenimiento de la Seguridad Interna, y que también proclamaba elecciones. Krishnaji se sintió muy feliz y habló largamente conmigo. Me dijo que le hubiera gustado ver a Indira antes de abandonar la India. Estaba incluso dispuesto a ir a Delhi, pero lo disuadí, sabiendo que ella estaría muy absorbida por la lucha que se avecinaba. El día anterior al de su partida, Krishnaji me pidió que lo mantuviera informado sobre Indira. Y súbitamente preguntó: “¿Qué pasa si ella pierde?”

Capítulo XXX

“ELLA ES MUY VULNERABLE”.

Krishnaji supo de la derrota de Indira Gandhi mientras se encontraba en Ojai, California. En la carta que me dirigió el 22 de marzo decía: “Ahora ya está ella fuera del mundo político y me pregunto qué irá a hacer. Cuando usted la vea, por favor transmítale mi afecto, ¿lo hará?” El 31 de marzo volvió a escribirme: “He recibido su carta posterior a la elección. Me alegra saber que usted estaba con ella cuando las noticias llegaron. Me siento un tanto responsable de este acontecimiento. Como le dije en Bombay, ella podía ser derrotada. De cualquier modo, por favor transmítale mi afecto”. En las cartas que siguieron, él continuó preguntando acerca de ella.

Permanecí en Delhi hasta fines de mayo, aunque renuncié a todas las posiciones que tenía en el gobierno. Indira se había mudado a su residencia de Primera Ministra en el 12 de Willingdon Crescent. Las presiones y tensiones iban en aumento. En una noche calurosa de verano, la encontré sentada sola en la oscuridad de la galería, mirando un jardín típico de la India que había afuera. Me senté a su lado, pero se dijeron pocas palabras. A veces solía compartir con ella una comida frugal y me volvía a mi casa.

Una noche la encontré en un estado de excesivo agotamiento. Yo sabía que se había entrevistado con uno de los líderes del nuevo gobierno. Le pregunté si había sentido mucha hostilidad cuando se vieron. “Si”, me dijo. “Me tomó una terrible alergia mientras él estaba hablando -sentí que se me dilataban las entrañas. No tenía pañuelos suficientes, mi nariz se derretía”.

Ciertos días solía llegar súbitamente a mi casa “para sentarse quietamente”. No parecía sentir temor alguno por sí misma, pero estaba sumamente ansiosa por su hijo Sanjay. Las pocas personas que habían permanecido con ella, le dijeron que Sanjay sería detenido y torturado en la prisión. Yo no sabía cómo consolarla.

Viajé a Bombay a principios de junio, puesto que en Nueva Delhi no tenía dónde vivir. Poco después, Indira fue arrestada. Pasó una noche bajo encierro policial, pero el magistrado la liberó a la mañana siguiente.

Krishnaji escuchó las noticias del arresto de Indira en la BBC de Londres, e inmediatamente me escribió para inquirir sobre su estado. Con las presiones en aumento contra ella y Sanjay, Indira le escribió a Krishnaji; pero como no tenía personal que la asistiera, el franqueo de la carta fue inferior al requerido para su envío por vía aérea, por lo cual ésta se despachó por vía terrestre. Cuando vi a Indira en agosto, me dijo que no había recibido respuesta a la carta que le escribiera a Krishnaji. Sabiendo que él había contestado, le escribí para preguntarle si la carta había llegado a sus manos. Su respuesta fue inmediata; no había recibido esa carta de Indira. La recibió más tarde, cuando regresó a la India y se la reenviaron desde Brockwood. La carta de Indira a Krishnamurti, fechada el 21 de junio de 1.977, decía:

Respetado Krishnaji:

Pupul me ha enviado su dirección.

Quiero escribirle pero no sé qué.

Pensaba que había adquirido cierta medida de quietud interna, pero es obvio que no resulta suficiente para las presiones que ahora estoy soportando. He sonreído a través de toda la persistente campaña de calumnias contra mí y mi familia. Esto continúa. Por añadidura, somos constantemente vigilados, seguidos y hostigados.

Proseguía la carta hablando de Sanjay y de la amenaza de cargos criminales contra él. Terminaba diciendo: “Sanjay mismo, aunque sujeto a semejantes penurias y humillaciones -allanamientos de su domicilio, interrogatorios del CBI y el actual proceso se está comportando con dignidad y ecuanimidad”.

Las personas que habían estado junto a ella cuando era Primera Ministra, comenzaban a abandonarla, y se sentía profundamente herida. No sabía qué le deparaba el futuro. Se daba cuenta de que el gobierno Janata buscaba venganza y que seguiría humillándola y persiguiéndola. Sentía mucho temor por Sanjay.

Krishnaji llegó a la India a principios de noviembre. Desde Bombay tenía que ir a Varanasi, pero una aguda falta de agua le hizo cancelar su visita.

La planta baja de mi casa en Dongersey Road, Malabar Hill, donde Krishnaji habría de alojarse, se hallaba en muy mal estado de conservación. El día anterior a su arribo, parte del yeso que cubría el cielo raso se había desprendido cayendo cerca de mi cama y errándole por poco a mi cuerpo dormido. Era imposible arreglarlo antes de su llegada. Para sumarse a mi desesperación, en la mañana de su arribo una cuadrilla de obreros comenzó a cavar la calle frente a mi puerta, y fueron inútiles los llamados telefónicos a la Corporación Municipal para pedir que se detuvieran. Nadie supo siquiera informarme quién era el responsable. Y así fue que Krishnaji vino a una casa en la que el yeso se estaba cayendo, y donde cavaban un foso justo frente a la puerta. Habían colocado un tablón sobre el foso, y postes de madera sostenían el pórtico y el balcón posterior para evitar que se derrumbaran.

Apenas llegó, K empezó a formular preguntas acerca de Indira. Me dijo que, antes de dejar la India en 1.977, tuvo una súbita percepción que le anticipó la derrota de Indira. Y agregó que en los años venideros ella habría de enfrentarse a muchas congojas, tribulaciones y violencias.

Pocos días después de su llegada, recibí un llamado telefónico desde Delhi anunciándome que Indira vendría desde Bangalore con el solo propósito de encontrarse con Krishnaji. Iba a ser una visita privada. Llegó, salió del automóvil, y le divirtió tener que "cruzar el tablón" para entrar en la casa donde yo vivía. Pasó más de dos horas con Krishnaji, mientras que el director general de la policía, que estaba allí por razones de seguridad, aguardaba en el corredor. Cuando ella salió, me llevó a un lado y me dijo que Krishnaji le había preguntado si podía demorarse un día más en Bombay, a lo cual accedió, esperando no causar con ello demasiadas molestias.

Yo estuve inmediatamente de acuerdo y, aunque con bastante trepidación interna, comencé a planear los detalles. Cuando el director general de la policía se enteró de esto, se mostró horrorizado. Me dijo que era imposible proporcionar la seguridad adecuada para proteger esta parte de la casa. Estaba en la planta baja y numerosas ventanas se abrían a la calle. Me rogó que persuadiera a Indira de que regresara a Delhi. Estaba muy nervioso y genuinamente asustado. Varios líderes del Congreso habían venido para entrevistarse con ella. Los apiñaron a todos en el tercer dormitorio, mientras Indira los entrevistaba individualmente en el salón.

Finalmente se dispuso que ella regresara a Delhi. Para entonces, la gente ya se había enterado de que Indira se encontraba aquí, y afuera se reunían multitudes. Tarde en la noche, antes de partir, Indira comió entusiastamente sándwichs de pepino y *patodi* y un suculento Gujarat salado hecho con trigo entero. La llevé al aeropuerto -el avión se demoró varias horas.

En la primavera de 1.978 viajé con Indira a Karnataka, viendo templos y visitando *maths* o monasterios. Nos detuvimos para almorzar en Mulabidri, un antiguo centro religioso Jain. Para que la ex-Primera Ministra pudiera verla, se sacó de las bóvedas de seguridad una gran colección de imágenes Jain talladas en esmeralda, rubí, zafiro, cristal, obsidiana, ágata y otras piedras semipreciosas. Desde el siglo X, mercaderes que comerciaban con el Lejano Oriente trajeron consigo tesoros tallados en la forma de erguidas imágenes Jain, a fin de ofrendarlas en ese antiguo santuario.

Terminamos nuestro viaje en Mercara, alojándonos en una casa de descanso cobijada entre jardines y árboles enormes. Aquí es donde Indira habría de escribir su libro *La India Eterna*. Ella discutía el libro con nosotros y se pasaba la mañana escribiendo, a veces se relajaba y hablábamos. Mientras escribía el libro, se habían despertado muchos recuerdos que también la ayudaron a investigar en sí misma. Me dijo. "Cuando salgo de viaje, observo todo lo que ocurre, todos los lugares por los que pasa mi automóvil. Con frecuencia éste carece de resortes y resulta incómodo cuando pasa sobre los *kuccha* o caminos de barro. Observo las aldeas, el modo como viste la gente, sus rostros, sus expresiones. Siempre he sido observadora. De niña estaba llena de curiosidad, todo me interesaba: los pájaros, los insectos, los animales". Le gustaba caminar con los pies desnudos, especialmente cuando se encontraba en las montañas. Me contó: "Gandhiji solía decir: 'camino con los pies desnudos porque el pobre no tiene zapatos', pero para m í andar con los pies desnudos es sentir la tierra, percibir su contacto".

Krishnaji regresó a la India cuando comenzaba noviembre de 1.978. No se detuvo en Delhi de paso para Varanasi. Desde allí se dirigió al sur, al Valle de Rishi vía Calcuta. Recibí un telefonema del 12 de Willingdon Crescent en Nueva Delhi, anunciándome que Indira se proponía visitar el Valle de Rishi y que esperaba ver a Krishnaji. Ella nunca había estado en el Valle, y pensaba que unos cuantos días le servirían de descanso. Acababa de triunfar en la ferozmente reñida elección de Chikmagelur, y las tensiones iban aumentando a medida que se acercaba la fecha de apertura del Parlamento.

Un día antes del de su llegada, recibí otro telefonema informándome que la moción de privilegio para expulsarla del Parlamento y ponerla en prisión, ganaba impulso, y que los próximos días serían críticos; naturalmente, tenía que abandonar la idea del viaje. Salí del Valle de Rishi y volé a Nueva Delhi, y así estuve presente en el Lok Sabha en medio de la batalla. Indira fue acusada por el Parlamento, expulsada y enviada e prisión hasta que el Parlamento levantara la medida. Estuvo en la cárcel de Tihar por una semana. Desde allí me escribió esta nota, borroneada sobre una arrugada y sucia hoja de papel:

Pupul querida:

Te veías totalmente enferma el otro día y me sentí preocupada por ti. Estás ansiosa a mi respecto ¿pero por qué? Estoy bien física y mentalmente. Mi tos y mi catarro van mucho mejor. Me encuentro a resguardo en un gran cuartel, completamente sola con dos matronas que se turnan para cuidarme. Todo está bastante limpio pero es indescriptiblemente feo, los accesorios son poco prácticos y están mal hechos. Han arreglado un cuarto de baño para mí y tengo agua caliente por la mañana. Hay tranquilidad y paz. Estoy leyendo y, si hubiera disposición para hacerlo, podría escribir. He traído conmigo una vieja selección de libros -todos regalos de cumpleaños.

Con amor.
Jiddu

He terminado apresuradamente porque llegó mi comida.

Poco después de ser liberada, ella decidió visitar a Krishnaji en Vasanta Vihar. Se tomaron complejas medidas para su seguridad. Indira almorzó con K, pasó la noche en la Casa de Descanso Estatal y regresó a Delhi en la mañana siguiente.

El aeropuerto era una agitada masa de personas que habían venido a recibirla. Parecía un poco agotada cuando salió del avión. Venía de Karnataka, donde los partidos de la oposición habían organizado algunas manifestaciones con pedreas.

Krishnaji estaba en el porche y la condujo al primer piso de Vasanta Vihar. Yo aguardé en un salón contiguo. Poco tiempo antes de que ella saliera, él me llamó para que fuera a la habitación. Indira tenía ojos angustiados, pero sonrió al verme. Al cabo de un rato, dijo: "Krishnaji me ha estado pidiendo que abandone la política. Le he dicho que no sé cómo hacerlo. Hay veintiocho casos penales contra mi persona". Se volvió hacia K y dijo que le habían entablado juicio con el cargo criminal de haber hurtado dos pollos, y que estaba emplazada a presentarse para responder a la acusación. Hizo una pausa buscando las palabras apropiadas: "Le he expresado a Krishnaji que sólo tengo dos alternativas luchar o ser un blanco fácil y dejar que me destruyan".

Fui con ella a mi casita de campo, donde se lavó y se relajó antes del almuerzo, después de lo cual me hizo un relato de su vida en la prisión. Se despertaba a las cinco de la mañana, hacía ejercicios, tomaba leche fría que la noche anterior le había traído su nuera Sonia, y volvía a la cama hasta las siete. Luego se bañaba y después leía. Irónicamente, le habían dado la misma celda que ocupara George Fernandes (George Fernandes, un socialista, era uno de los más agresivos oponentes de Indira. Fue por varios años miembro del Parlamento, y tuvo el cargo de ministro en el gobierno de Morarji Desai, después de que Indira y el Congreso fueran derrotados en 1.977).

Todo el tiempo la acompañaban dos matronas. La celda era fea. Sonia le traía las comidas cocinadas en su casa. Las autoridades de la prisión sólo le permitieron un número limitado de libros, situación que ella consideró irritante. Indira no alimentaba sentimiento alguno de autocompasión.

Hacia el fin de la conversación dijo. "Cuando vi a Krishnaji en Delhi, en 1.976, él me preguntó si yo me había percatado que, si actuaba correctamente, tendría que afrontar las consecuencias, que ellos tratarían de destruirme".

Cerca de la una regresamos a la casa para el almuerzo. Además de Indira y Krishnaji, estaba Mary Zimbalist Krishnaji hacía de anfitrión. Era conmovedor ver las exquisitas cortesías con que cumplía su papel; estaba atento a lo que Indira decía, vigilaba el modo en que se servía la comida, discutió los asuntos internacionales, habló de los problemas que afronta la humanidad.

Durante el almuerzo, Mary Zimbalist le preguntó a Indira: "¿Cómo se estaba en la prisión?"

"Incómoda", fue la inmediata respuesta. Luego siguió explicando que le habían dado una cama de madera, pero sin colchón. Había usado las frazadas para tapar la luz que entraba por las ventanas con barrotes. Mientras se hallaba en prisión recibió dos telegramas de personas desconocidas. El primero decía: "Viva frugalmente"; el otro le aconsejaba contar los barrotes de la ventana. Efectivamente, los había contado.

M.S. Subbulakshmi, una de las más renombradas cantantes de música originaria de Carnatic, en el Sur de la India, mujer cuya melodiosa voz estaba en armonía con su dignidad, ofrecía esa noche un concierto en Vasanta Vihar dedicado a Krishnamurti, y éste invitó a Indira. Ella contestó diciendo que esa noche tenía varias reuniones, pero que trataría de ir si podía librarse en algún momento.

Asistió un gran número de personas para escuchar el concierto. Krishnaji se sentó en el piso, ligeramente detrás de las primeras filas, y había sillas adosadas contra la pared. Subbulakshmi estaba cantando cuando llegó Indira y se sentó en una silla vacía cerca de la puerta. Al verla, me levanté y fui a sentarme en la silla contigua. Pude notar que todos en la sala habían advertido que ella se encontraba ahí y la observaban atentamente. También Krishnaji había notado su presencia, pero siguió sentado sin movimiento alguno. Al cabo de más o menos una hora, Indira se levantó y salió calladamente por la puerta lateral. Yo la seguí y encontré que él la estaba aguardando. La había visto levantarse y rápidamente se dirigió hacia la puerta para despedirse de ella. Se mostró muy afectuoso, tomó su mano y dijo: "Hasta luego, señora. Que esté bien. Volveremos a encontrarnos".

La represión y el acosamiento contra Indira y su familia en 1.979, habrían de volverse contraproducentes. Terminado el estado de emergencia, el pueblo de la India se había rebelado contra ella, pero la mayoría no estaba preparada para ver a Indira sometida a humillaciones. Era la hija de Jawaharlal, valerosa por demás. Una noche, después de su derrota, me dijo que era una sobreviviente. La vida había sido tan dura en su infancia, que se habían desarrollado en ella las cualidades necesarias para la supervivencia. Podía soportar penurias, privaciones, y vivir una vida de austeridad. El instinto de supervivencia le hizo desprenderse de todo lo que era innecesario y desarrollar las facultades requeridas para enfrentarse al peligro; la capacitó para percibir los cambios de disposición entre la gente de la India. Con el gobierno Janata (Cuando terminó el estado de emergencia, los líderes de la oposición se unieron para formar un solo partido bajo el nombre de Partido Janata. *Janata* significa 'pueblo'. El Partido Janata se inspiró en el más respetado de los líderes gandhianos, Jai Prakash Narain; el nuevo partido disputó en 1.977 las elecciones contra Indira Gandhi y el Partido del Congreso. El Partido Janata resultó victorioso, y se formó un nuevo gobierno con Morarji Desai, el veterano líder de Gujarat. Casi todos los miembros del Partido Janata habían sido anteriormente miembros del Partido del Congreso; muchos de ellos habían participado en la lucha por la libertad contra el dominio británico, pero rompieron con el Partido) en plena división interna, siendo como era ella una política sagaz y visionaria, se dispuso a actuar. Recorrió el país vigorosamente, hablando ante

pequeñas y grandes multitudes. Los tres años de severa persecución, de aislamiento, de ver cómo la traicionaban ya fuera por temor o por beneficio propio, de ser acosada y tener que aguzar todos los sentidos para protegerse a sí misma y a su hijo, la habían vuelto precavida y vigilante. Por la época en que Krishnaji regresó a la India a fines de 1.979, se habían anunciado elecciones. Ella le escribió una carta, expresándole la imposibilidad de verlo, puesto que debía viajar continuamente.

Cuando llegaron las nuevas de la elección, yo me encontraba en vuelo a Delhi: Indira había triunfado por abrumadora mayoría. Fui a verla a la mañana siguiente. Habían colocado barricadas alrededor del 12 de Willingdon Crescent, y se estaban arremolinando multitudes. Me abrazó y las lágrimas se desbordaron. Aunque ella sabía que la marea estaba a su favor, el impacto emocional de la victoria tardó algún tiempo en registrarse.

Fui a Bombay, donde al otro día llegó Krishnaji. Hablamos de Indira y de su futuro. Una mañana me llamó él a su habitación; estaba grave y callado. Así permanecimos sentados por un rato. Después me dijo que Indira habría de enfrentarse a un gran dolor al año siguiente, y que yo debía encontrarme en Delhi tanto como me fuera posible. Dijo: "Es una rara coincidencia que usted esté tan cerca de un ser como yo y también sea amiga de la primera ministra. Esté muy atenta a sí misma. Situaciones como ésta casi no ocurren. Esté muy alerta a cada pensamiento, a cada acción". Sus palabras penetraron profundamente, aunque no pude responder a ellas. Me daba cuenta de que él había percibido cierta oscuridad que envolvía a Indira, pero no habló de ello.

Desde principios de febrero empecé a ir regularmente a Delhi, si bien no asumí ninguna responsabilidad en el gobierno hasta fines de septiembre. En junio me encontraba en Kashmir con el gobernador L.K. Jha, cuando se recibieron noticias de que Sanjay había resultado gravemente herido en un accidente de aviación. Volé de inmediato a Delhi. En el avión me encontré con el Dr. Karan Singh, quien me dijo que había recibido confirmación desde Delhi sobre la muerte de Sanjay. Krishnaji envió un telegrama que después le entregué a Indira.

Yo le había escrito a Krishnaji dándole noticias de Indira y de la catástrofe. Él me contestó inmediatamente desde Gstaad: "Debe haber sido un choque terrible para ella y espero que se esté recuperando". Yo le había sugerido que le escribiera a Indira sobre cómo enfrentarse a la muerte. Contestó: "Acabo de responder a esa cuestión en la reunión pública. Siento que no sería correcto enviarle un mensaje sobre cómo afrontar la muerte. Podría hablarlo con ella, lo cual sería muy diferente de un mensaje escrito. Espero que usted lo comprenda".

A medida que pasaban los días, el cuerpo de Indira, que había soportado con la espalda erguida y los ojos secos el choque de la muerte de Sanjay, comenzó a expresar su angustia. Los labios, que en su juventud habían contradicho la calidez de sus ojos, perdieron todo rastro de dureza. Su cabello se puso ingobernable y se lo peinaba hacia atrás desde la frente; su andar era pesado.

Comenzó a recibir todo tipo de telegramas y cartas conteniendo predicciones astrológicas de peligro y desastre para Rajiv. Algunos astrólogos alegaban haber predicho exactamente el día de la muerte de Sanjay unos meses antes. Era obvio que las nuevas predicciones astrológicas se le enviaban para quebrantar su espíritu. Le sugerí que tirara las cartas por la ventana. Ella vacilaba. Después, con angustia me dijo: "Si hubiera muerto yo, eso habría sido justo. Tengo más de sesenta y he vivido una vida plena. Pero Sanjay era tan joven..." Nos hallábamos cenando; Rajiv se veía desconsolado, Sonia lloraba, la joven viuda de Sanjay, Maneka, estaba abstraída. Indira se levantó diciendo que tenía cuatro horas más de trabajo esa noche. Mientras se dirigía hacia la puerta con la espalda encorvada, el cuerpo inclinado, se veía envejecida y agotada hasta los huesos.

Krishnaji llegó desde Brockwood a principios de noviembre de 1.980. De Madrás se dirigió a Colombo, Sri Lanka, donde pronunció cuatro pláticas. En la cuarta semana de noviembre, estaba él en el Valle de Rishi. Los miembros de las Fundaciones inglesa y americana habían llegado al Valle para la reunión conjunta que más tarde se iba a efectuar en Madrás. En diciembre recibí un mensaje anunciándome que Indira Gandhi vendría a visitar a Krishnaji en el Valle de Rishi, acompañada de Rajiv, Sonia y los hijos de estos, Rahul y Priyanka. Krishnaji se sintió perplejo de que una Primera Ministra viniera desde tan lejos para visitarle y ver el valle. Me habló de la cualidad especial de sentimientos que él tenia hacia ella. Habían pasado cerca de dos años desde que la viera por última vez. Durante ese tiempo, ella había conocido un gran triunfo y el dolor devastador de la súbita pérdida de su hijo.

La Primera Ministra había dado instrucciones en el sentido de que ésta era una visita privada, y no quería que ministros y otros representantes de la legislatura estatal se agolparan en el lugar. También había ordenado que el cuerpo de seguridad se mantuviera fuera de los terrenos, puesto que ella comprendía la sensibilidad de Krishnaji hacia las armas y los uniformes. La policía tenia que estar ahí, pero sus miembros debían situarse de tal modo que resultaran invisibles. Se volvió todo un juego el encontrar un arbusto apropiado tras el cual esconderse -un corpulento inspector de policía trató incluso de ocultarse detrás de un delgado eucalipto. Unos cien miembros del personal de seguridad estaban escondidos en el terreno.

El avión de Indira aterrizó en una pista a algunas millas de allí. Subí a su automóvil y nos dirigimos a las puertas del Valle de Rishi, donde los pobladores, los niños de la escuela y los maestros se habían reunido portando guirnaldas. Indira detuvo el auto, salió, y se mezcló con ellos.

Fui Con ella para ver a Krishnaji, quien nos esperaba en la puerta de la Casa de Huéspedes. Pasaron unos minutos juntos; luego, mientras Krishnaji volvía a su habitación, nos dirigimos a los terrenos de la escuela. Indira estaba muy atenta, observando los árboles, los pródigos cultivos y las casas de los trabajadores. Nos detuvimos ante un pequeño albergue para niños, y ella entró y habló con varios de ellos. No hizo comentarios, pero pudimos ver que estaba impresionada. Al final de nuestro recorrido llegamos al edificio de las asambleas, donde ella y Rajiv plantaron higueras en el terreno.

Una vez plantados los árboles, entramos al salón de las asambleas. Krishnaji hizo luego su entrada calladamente y se sentó cerca de Indira. El silencio era absoluto. Luego, con entonación perfecta, los niños cantaron *slokas* en sánscrito. Cuando terminaron, Krishnaji se volvió hacia Indira y le pidió que hablara. Ella le respondió que no podía hacerlo antes que Krishnamurti. De modo que él fue y se sentó con las piernas cruzadas en la baja tarima y dirigió unas pocas palabras a los niños. Cuando finalizó, Indira se sacó los zapatos, subió a la tarima, se sentó y pronunció un discurso corto y sencillo.

Después se dirigió con Krishnaji a la vieja casa de huéspedes. Yo los seguí con su familia. En el gran espacio que había cerca de la habitación de K, sirvieron té, *dosas y jalevis*. El Rishi Konda estaba oculto por los altos árboles, cuyas ramas enmarcaban el salón abierto e incluso penetraban en él. Parameswaran, el jefe de cocina en el Valle de Rishi, era famoso por sus *dosas*, e Indira y su familia los comieron con entusiasmo. Krishnaji advirtió que ella necesitaba lavarse los dedos y pidió a Parameswaran que le trajera un cuenco especial para el caso. No había disponible ninguna vasija semejante, de modo que le trajeron un plato sopero con agua, e Indira se lavó las manos en él. Krishnaji me miraba. Indira notó la mirada y sonrió.

Después preguntó si podía hablar con Krishnaji a solas, y él la condujo a su habitación. Rajiv y Sonia fueron a ver la escuela, mientras que Rajesh Dalal llevó a los niños para una caminata. Indira estuvo un tiempo con Krishnaji. Más tarde, salieron a pasear por el campo. La policía de seguridad se ocultaba detrás de los arbustos que había a lo largo de la ruta que iban a seguir. Se dirigieron hacia el Rishi Konda atravesando bosquecillos de mangos. El sol se ponía detrás del cerro. Krishnaji caminaba muy rápido e Indira le seguía el paso con facilidad.

A la noche hubo un concierto bajo la higuera de Bengala y más tarde una cena a la luz de la luna. Indira estaba relajada, contó anécdotas y participó libremente en la conversación. Yo había arreglado su habitación con cierto cuidado -una ventana abierta al Rishi Konda que era visible a través de las plantas y la floreciente hierba silvestre. Ella advirtió las plantas y el cerro y la atmósfera creada en la habitación, e hizo comentarios sobre la paz y la infinita quietud del valle. A la mañana siguiente, Indira desayunó con Krishnaji.

En las dieciocho horas que ella había estado en el Valle de Rishi, una constante compasión estuvo fluyendo desde Krishnaji y envolviéndola. Yo no sé si Indira se percató de las energías intemporales que emanaban de él sanando el cuerpo y la mente. Un texto del *Rig Veda* habla del lugar "Donde se encuentran 'oshadías' o hierbas y plantas, y el hombre sabio es el curador, tanto del mal como de la enfermedad".

Acompañé a Indira de regreso a Delhi. En el avión durmió profundamente sin despertarse. Parecía ser el sueño de la curación.

Indira se había llevado consigo los silencios y la compasión del valle. Pronto se hizo evidente que sus sentidos se estaban intensificando. Un aspecto joven, vulnerable, remplazaba el devastado rostro. Su paso se hizo ligero, la espalda se enderezó.

Capítulo XXXI

"NO CONSERVE RECUERDOS DE ELLA EN SU MENTE, ESO LA RETIENE EN LA TIERRA. DÉJELA IRSE".

Krishnaji volvió por Lufthansa a Delhi, el 26 de octubre de 1.981; había estado enfermo y se encontraba muy débil. Le acompañó Asit. El presidente de la India, Shri Sanjeeva Reddy, un antiguo estudiante en la Escuela del Valle de Rishi, había enviado un mensaje a través de uno de sus asistentes, expresando el deseo de que Krishnamurti se alojara con él cuando estuviera en Delhi. Se le explicó al presidente el problema que eso implicaba, y se decidió que éste invitara a Krishnaji a un almuerzo.

El día anterior a su llegada, Krishnaji comenzó a hablarme de Indira. Quería saber qué clase de mente tenía ella. ¿Contenía en sí el sentido de lo global? ¿Se daba cuenta de la crisis a que se enfrentaba la humanidad? Le respondí que, en mi sentir, ella tenía una percepción de lo global y que podía ver los problemas en su totalidad. Krishnaji preguntó entonces si podía ella dejar de ser nacionalista. Dije que no, que no podía hacer eso y seguir siendo primera ministra. Entonces empezó él a hablar de la carrera armamentista. Estaba muy preocupado por los peligros que afrontaba la humanidad. También tenía presentimientos acerca de Indira. En la India, la corrupción y la violencia iban en aumento, y la violencia se iría acelerando. "¿Podría Indira actuar y controlarla?", preguntó. "Ella es muy vulnerable".

Le pregunté entonces por qué, durante los últimos años, había él mostrado tanto interés por Indira. ¿Qué encontraba en ella? Reflexionó, se interrogó a sí mismo, y dijo que ésa era una pregunta nueva; pareció intrigarle. Por algún tiempo había llevado a Indira en su conciencia. Sentía que, en silencio, podía comunicarse con ella. Nos interrumpieron y la conversación quedó inconclusa.

Indira había invitado a Krishnaji a tomar el té, y lo estaba esperando en el porche. Permanecieron juntos por dos horas, y al terminar la entrevista ella entró en el comedor donde yo la esperaba junto con Sonia y Maneka, y nos preguntó la hora. Cuando supo que eran las siete y media, rió y dijo que había perdido toda noción del tiempo, olvidando que tenía una reunión. Tomó a los niños con ella y los presentó a Krishnaji. Poco después, nos acompañó a la puerta para despedirnos.

Durante el regreso, Krishnaji estuvo muy silencioso. Más tarde me dijo que había percibido una gran tensión en la casa; emociones fuertes y reprimidas, y cierto odio latente. Cuando le preguntó a Indira si había problemas en la familia, ella respondió: "Las disputas habituales, como en todas las familias". Pero Krishnaji no quedó satisfecho. Sentía que había violencia y algo muy malo en la atmósfera.

El 2 de noviembre fuimos a almorzar a Rashtrapati Bhavan, la residencia presidencial. Acompañábamos a Krishnaji, Achyut, Narayan, Nandini y yo. Krishnaji vestía un *dhoti* ribeteado en rojo y un *kurta* hecho de *tussar* (*Tussar:* una seda que no procede del gusano de la morera; los capullos de *tussar* son cultivados en árboles y recogidos por hombres y mujeres de tribus, y luego son vendidos en mercados tribales). hilado a mano. Sobre sus hombros descansaba un *angavastram*. Espigado, la espalda recta, el semblante grave y los ojos límpidos y compasivos, era un sabio luminoso el que penetró en este símbolo del esplendor imperial. El presidente, Sanjeeva Reddy, recibió a Krishnaji con gran respeto, como es tradición en este país. S. Venkataraman, que había frecuentado a Krishnaji por varios años, inició una conversación. Indira entró pocos momentos después. Como una ágil muchacha, con los ojos brillantes corrió a saludar a Krishnaji.

Durante el almuerzo, ella insistió en hablarle a Krishnaji en francés. El francés de Krishnaji era perfecto, y había en él una sofisticación que encantó a Indira. Ella advirtió que el presidente estaba intrigado y mostraba curiosidad. Se inclinaba todo el tiempo para escuchar y parecía frustrado al no poder entender lo que se decía. Después del almuerzo, Krishnaji fue despedido en la puerta de Rashtrapati Bhavan por el presidente. Había sido un interludio memorable y, no obstante, divertido.

Krishnaji regresó a Delhi desde Varanasi, a principios de diciembre de 1.981. Fue el día de la tragedia de Qutub Minar; un pánico desatado en la oscura escalinata en espiral del Qutub (una torre de la victoria construida por el gobernador Qutbudin Aibak en el siglo XII) atrapó a un grupo escolar y murieron cuarenta y cinco niños. Ella vino directamente desde la escena del accidente, desde el horror de los cuerpos mutilados y la histeria y el dolor de los padres. Su rostro estaba tenso y ceñudo, la mirada sombría. Krishnaji se había enterado del desastre y la recibió en la puerta. Indira permaneció con él por más de una hora. Cuando salieron de la habitación para ir a cenar, el rostro de ella se había suavizado, aunque en los ojos persistía aún la agonía de lo que había visto.

En la cena, la conversación se derivó hacia lo extrasensorio, hacia los acontecimientos mágicos en la India. Krishnaji contó una historia de principios de los años 20, cuando él y su hermano Nitya estaban en Varanasi. Un hombre muy pobre había entrado en el complejo residencial donde ellos se alojaban. Después de hablarles por un rato, les pidió un periódico y lo colocó a cierta distancia. Luego le pidió a Krishnaji que no quitara la vista del

papel. K lo estuvo mirando y vio cómo el periódico se empequeñecía hasta que finalmente desapareció. El mago rehusó aceptar dinero alguno por esta proeza, y se fue.

L.K. Jha dijo que en Darthanga, donde se había criado, vivía un yoga tántrico que era el gurú de la familia. Hubo un robo, y el gurú llamó a L K., que por entonces era un muchacho, y puso *kajal* (un colirio) en su dedo pulgar. Le pidió que mirara fijamente el *Kajal*. Mientras L.K. miraba, el color negro se desvaneció y él vio a un hombre que caminaba hacia un pajar para esconder algo. El hombre se volvió, y el muchacho vio claramente el rostro. Después le describió el rostro al gurú, el ladrón fue aprehendido y se descubrió el objeto oculto en el pajar.

Indira relató algo ocurrido en el 12 de Willingdon Crescent. Narain Dutt Tiwari (quien en la actualidad es Primer Ministro en Uttar Pradesh) había traído a un hombre vestido con un sencillo *dhoti* y un *kurta*, para presentarlo a Indira. Este hombre era conocido como "Balti Baba" o "El sabio del cubo". Pidió él un cubo con agua y sugirió que Indira escribiera una pregunta en un papel. Como ella titubeaba, Narain Dutt Tiwari escribió la pregunta en dialecto hindi, plegó el papel y lo colocó debajo del cubo. Balti Baba pidió entonces otra hoja limpia de papel y un poco de leche. Colocaron esta hoja en el agua dentro del cubo, y derramaron la leche sobre el agua y el papel. Esperaron alrededor de dos minutos. Entonces sacaron el papel del agua. Una escritura en hindi había aparecido en ambas caras de la hoja.

Aunque manchada, era fácil de leer, y constituía una respuesta pertinente a la pregunta. Balti Baba dijo que esta capacidad o *siddhi* había venido a él sin que hubiera realizado ningún tipo de prácticas meditativas. Era la voluntad de la diosa y podía desaparecer tan fácilmente como le había sido otorgada. Se mostraba humilde con respecto a sus poderes, y reiteró que no era en modo alguno responsable por lo que había sucedido.

Pronto llegó mi turno. Relaté los extraños sucesos en Himmat Nivas, Dongersey Road, cuando Krishnaji se alojaba ahí como invitado. Una mañana, dos hombres vestidos con túnicas azafranadas golpearon a la puerta. Uno de ellos era viejo y caminaba con la ayuda de un bastón; el otro era joven. Este último dijo que venían desde Ranikesh y estaban peregrinando a Rameswaram. Mientras caminaban por Ridge Road, en Bombay, el *sannyasi* más viejo, que era muy conocido por sus percepciones, sintió la presencia cercana de un ser profundamente grande. Y había venido a esta casa con la presencia del gran ser iluminando su camino. Me dijo que deseaba ver al Mahatma que residía en la casa. Conociendo yo la atracción que Krishnaji sentía por la túnica azafranada, les pedí que entraran y hablaran con él; K salió inmediatamente de su habitación y se sentó con ellos en una estera.

K tomó la mano del viejo *sannyasi*. Por un rato permanecieron en silencio; luego el anciano se volvió hacia mí y dijo: "Hija, dame un poco de agua". Traje una botella con agua y algunos vasos. Entonces me pidió un *thali* una vasija de metal, y vertió el agua sobre sus manos de modo que fuera recogida por la vasija. Después nos pidió que bebiéramos el agua. Para mi estupefacción, Krishnaji la bebió; el *thali* pasó de mano en mano y cada uno bebió un sorbo. Era simple agua. Entonces el *sadhu* me pidió que tirara el agua y repitió nuevamente el acto de verter la nueva agua sobre sus manos dentro de la vasija. Y otra vez solicitó que bebiéramos. Cuando probé el agua, encontré que tenía la fragancia y el sabor del agua de rosas. No hubo comentarios.

El viejo *sannyasi* se volvió hacia mí y dijo: "*Dekshina* do, dame una limosna". Me sentí incómoda; pero como Krishnaji, que observaba con atención, estaba presente, no pude rehusar. Le di 50 rupias. Dijo: "No, dame cien". Ahora yo ya estaba bastante enojada y sentía que me estaban embaucando. Vi que Krishnaji me observaba. De modo que le di al anciano las 100 rupias. Apenas se las hube entregado, el *sannyasi* me devolvió el dinero diciendo: "Guárdalo, hija. Te estaba poniendo a prueba". Inmediatamente respondió mi trasfondo hindú. Le dije que una vez que el *dakshina* se ha dado, nunca puede ser recibido de vuelta.

El viejo *sadhu* dijo: "Estoy complacido contigo, pídeme cualquier cosa que desees". La oferta era amedrentadora. Dije. "No deseo nada". El anciano me bendijo, y después se volvió hacia Sunanda: "Tú no tienes hijos -pide un hijo". Era verdad que ella había anhelado un hijo, pero también replicó: "Swamiji, yo no deseo nada". Entonces el hombre se volvió hacia Balasundaram: "Tú tampoco tienes hijos. Pide". Balasundaram estaba aturdido y sacudió la cabeza. Krishnaji había estado observando todo con gran intensidad.

Y ahora el viejo *sannyasi* se volvió hacia Krishnaji, se inclinó, pidió su bendición, hizo sus *pranams*, y dijo que reanudaría el viaje. Después de que se hubieron ido los dos swamis de las túnicas azafranadas, Krishnaji me miró y dijo: "¿Percibió usted el gusto del agua de rosas?" Todos nosotros dijimos que habíamos sentido su fragancia y su sabor. Krishnaji preguntó. "¿Cómo lo hizo el hombre? Yo lo observaba con mucha atención. No pudo introducir nada dentro del agua".

Indira se demoró después de la cena, poco dispuesta a irse. Pero era tarde, y poco después se despidió de Krishnaji y se fue a su casa. Él sonreía y se le veía dichoso por ella.

Indira le escribió a Krishnaji en junio de 1.982. La carta se extravió, y volvió a escribirle en julio:

Querido y respetado Krishnaji:

Pupul me ha enviado su carta de fecha 21 de junio. Lamento que la mía anterior no le haya llegado. Aparentemente, los británicos no se mantienen fieles a la imagen de eficiencia que han propagado en la India.

No había mucho en la carta. Sólo mi hondo aprecio por su interés, del cual ahora estoy profundamente necesitada. Es ésta una época muy deprimente. ¿Ha llegado el mundo a un punto muerto? Más y más gente se está dando cuenta de lo que anda mal y de lo que podría hacerse. Sin embargo, la corriente nos arrastra en la dirección opuesta. Un puñado de personas tiene el poder de influir sobre la vida de millones que habitan esta tierra. Los pocos están demasiado envueltos en sí mismos y en lo que ellos consideran que son sus intereses inmediatos en términos de tiempo y lugar, y los muchos desean ser empujados y mantenidos en la ilusión de que son libres y conducen sus propias vidas. El mundo necesita de ese espíritu de compasión suyo, todos tendrían que mirar dentro de sí mismos y poseer el coraje de actuar en consecuencia.

Cordiales saludos,

Sinceramente suya,
Indira

Indira tenía que visitar los Estados Unidos. Antes de partir, fue a pasar unas cortas vacaciones en Kashmir junto con su familia. La ola de la desesperación se había disipado. Me escribió: "Llevé a la familia a Kashmir por un par de días. En realidad, hubo un solo día completo de lo que podría llamarse descanso y relajación, pero constituye un cambio maravilloso. Estuvimos viendo desde afuera Dachigan -un santuario paseamos mucho y nos acercamos con cuidado a un oso salvaje en el bosque. Además, la belleza del valle es, en sí misma, un tónico. Tuve dos breves entrevistas con el Pandit Lakshmanjov. La primera vez, me ofreció su habitual Paratha, y algunos Bulbuls (*Bulbul*: especie de ruiseñor persa) vinieron a posarse sobre mis hombros y rodilla para compartirlo".

Al comenzar noviembre de 1.982, Krishnaji estaba de regreso en Nueva Delhi. Se vio con Indira nuevamente durante una cena en el 11 de Safdarjung Road. Rajiv acompañó a su madre. Antes de eso, ella me contó que casi no había podido dormir durante las últimas semanas y que solía despertarse todas las mañanas con una sensación de gran desasosiego. Corrían rumores de que sus oponentes se estaban entregando a todo tipo de conspiraciones y ritos de magia negra para destruirla. Por tres noches había soñado con una vieja y horrible bruja que quería hacerle daño, pero no lograba su propósito gracias a que un ser luminoso con barba la estaba protegiendo.

Indira quería ver a Krishnaji una vez más antes de que él se fuera de Delhi tres días después. El encuentro resultaba difícil de concertar, puesto que K estaría ofreciendo sus pláticas públicas en los dos días siguientes. Finalmente, se decidió que él iría a verla en su residencia después de la última plática del domingo. Nos quedamos muy sorprendidos, porque K jamás iba a ninguna parte después de una plática.

Mientras Indira lo esperaba en la noche del domingo, nos dijo durante la conversación que el desasosiego que la despertaba en las noches había desaparecido y con él los sueños. Dormía profundamente. La atmósfera en la casa se había aquietado, cosa que Krishnaji habría de comentarme más tarde. Durante la reunión, K le preguntó a Indira si estaba bien custodiada. Ella contestó que había muchos guardias de seguridad, pero que tenía la certeza de que muy pocos de ellos arriesgarían la vida para protegerla.

Pronto Krishnaji dejó Delhi y se dirigió a Madrás. Indira le escribió, formulándole preguntas sobre la naturaleza de la verdad y la realidad. Él respondió inmediatamente. No sé si la correspondencia prosiguió, pero estaba claro que la investigación interna, por años latente en Indira, se estaba despertando de nuevo.

Para Indira, 1.983 fue el año de su destino. Ella habría de jugar un papel vital en el escenario del mundo; pero dentro de la India, las tempestades se estaban acumulando. Los países que rodeaban a la India hervían de agitación. A medida que los horizontes de Indira se ampliaban, las cargas de las responsabilidades iban en aumento; y con ello llegaron exigencias extraordinarias de tiempo y energía. Para enfrentarse a este reto, desde junio de 1.983 ella había impuesto una disciplina rigurosa a su cuerpo, comiendo frugalmente para eliminar toda onza demás. La energía de Indira era legendaria -su trabajo diario se extendía por más de dieciocho horas. Exquisitamente peinadas, dos vetas de plata corrían hacia atrás desde la frente, dándole al delgado, tenso cuerpo, dignidad y elegancia.

Su conversación reflejaba sus preocupaciones en aumento constante. Consciente de la crisis sin precedentes que amenazaba aniquilar el mundo, había una urgencia apasionada en su llamado al desarme total. Desde percepciones surgidas en la soledad, manifestaba interés por aquellos vínculos esenciales que se requerían para unir el mundo y sus recursos en una totalidad no fragmentada.

Humanidad, herencia, ecología, eran palabras que habían adquirido para ella un significado intenso. Los muros protectores que había erigido a su alrededor en la infancia, terminaron por derrumbarse; estaba despierta y era vulnerable.

En el invierno de 1.983 resultaba evidente que el país iba a enfrentarse a graves peligros. El problema de Punjab se tornaba cada vez más serio. Krishnaji se encontró con Indira a principios de noviembre, y conversaron largamente. En el Valle de Rishi me dio una carta para que yo se la entregara a ella conjuntamente con unas chirimoyas. Ella contestó el 26 de diciembre de 1.983:

Respetado Krishnaji:

Pupul me trajo sus saludos y las chirimoyas. ¡Alimento para el alma y el cuerpo! Gracias por su atención.

No se qué escribir, porque estoy llena de angustia. Tengo la sensación de que me he extraviado en un planeta desconocido. La premeditación y el deseo de dominar han estado con nosotros desde que comenzó el mundo, o más bien desde que comenzó la raza humana, pero nunca en tal escala ni a tal nivel de peligro. Sin embargo, qué pocos se preocupan de nada que no sea lo inmediato, y ni siquiera tratan de comprender eso. Así, muchas personas acuden a sus pláticas, ¿pero qué hacen después? ¿Qué hacen en sus casas o en sus trabajos? Es realmente difícil conservar la esperanza o la fe.

Sólo tenía la intención de hacerle saber que he recibido su mensaje, y lo mucho que significan para mí sus atenciones. Lo siento, me he ido por las ramas; si bien hay muy pocas personas con las que una puede hablar, con usted no es necesario hablar.

Guardo como un tesoro nuestros breves encuentros.

Con saludos cordiales y buenos deseos,

Indira.

Con la inevitabilidad de una tragedia épica, la vida de Indira marchaba hacia su destino. Profundamente sabedor de la dirección y el fluir de los acontecimientos, Krishnaji llegaba hasta ella para comunicarle la hondura de su sentir y de su preocupación. Le ofreció venir a verla en cualquier momento si eso podía ayudar.

Mi querida Indiraji:

Me alegró mucho recibir su carta, que Pupul me entregó hace unos días.

Lamento realmente que usted se sienta perturbada y angustiada. El mundo está al revés, ocurren cosas terribles; amenaza de guerra nuclear, asesinatos, torturas y todas las cosas indescriptibles que están sucediendo. Todo se está volviendo más y más demencial, y me preocupa muchísimo que usted esté involucrada en todo esto.

Como a usted le cuesta leer mi escritura, espero que no le importe que haya recurrido a una máquina de escribir.

Si de cualquier manera, "de cualquier manera", ello pudiera servirle de ayuda, iré a Delhi. Pupulji y yo hemos conversado al respecto. El 15 de febrero dejaré la India. Pupulji puede siempre darle mi programa de actividades.

Espero que se encuentre bien.

Acepte por favor mi afecto.

J.K.

Le llevé la carta a Indira. La puso aparte para leerla más tarde, y conversamos un rato. Su energía estaba menguando, y aludió a los peligros que acechaban. Tenía premoniciones de desastre, y habló de fuerzas que buscaban desestabilizar el país.

Exteriormente, ella estaba en calma, y así se lo comenté. Contestó: "A veces el mar no tiene ni una sola onda, pero muy en lo profundo hay movimientos tempestuosos".

Hacía casi un año que Indira no veía a su nieto Varun, y yo me daba cuenta del dolor que le causaba la separación. Después de la muerte de Sanjay, durante los veinte meses que Varun había pasado en la casa, estuvo durmiendo en la habitación de la abuela; yo había estado con ella cuando jugaba a luchar con el niño, cuando actuaba como abuela mimándolo, hablando con él en el lenguaje de los niños. Se negaba a admitirlo, pero la decisión de Maneka impidiendo al niño visitarla después de marzo de 1.983, la había lastimado profundamente.

Le escribió a Krishnaji el 29 de enero, y llevé la carta conmigo a Bombay.

Respetado Krishnaji,

Muchas gracias por su carta.

Es muy considerado de su parte ofrecerme venir a Delhi. Estoy verdaderamente abrumada. Encontrarse con usted es una experiencia muy especial, pero me sentiría culpable si le solicitara que interrumpiera usted su programa en Madrás para venir aquí justo cuando estamos en medio de una ola de frío. Por cierto que tendría tiempo para usted, pero estos dos meses son particularmente exigentes para mi por las muchas actividades formales y los visitantes.

No pasa un día sin que lleguen ciertas noticias que se agregan a la preocupación que una siente por el futuro. El científico norteamericano Prof. Morrison, ha estado explicándome con mucho detalle las implicaciones del "invierno nuclear".

Estaré en Bombay, con motivo de una operación naval, el domingo 12 y el lunes 13 de febrero. Si es conveniente para usted, puedo ir a verle el 12 después de las 8,00 p.m. y el 13 después de las 6,00 p.m.

Espero que se encuentre usted bien.

Con saludos cordiales.

Indira

Krishnaji se alojaba en Sterling Apartments, Peddar Road, Bombay, donde Indira vino a verle en la noche del 13 de febrero. Permaneció más de una hora con él. K bajó en el ascensor para acompañarla hasta el automóvil, y sostuvo sus dos manos cuando se despidieron. Esta fue la última vez que habrían de encontrarse.

La situación en Punjab, ya de por sí sombría, hizo explosión. Comenzaron a llegar en abundancia amenazas contra la vida de Indira Gandhi y de su hijo Rajiv. En febrero, con el asesinato de Atwal, un antiguo funcionario policial, cuando abandonaba el Golden Temple (Templo de Oro) después de ofrecer plegarias, la situación se tornó crítica. A principios de abril yo me encontraba en Washington, D.C.; Krishnaji había llegado a Nueva York, donde tenía que ofrecer una serie de pláticas. Por teléfono lo puse al tanto de los acontecimientos en la India.

Me preguntó si podía él hablarle a Indira Gandhi por teléfono. Mi sobrino Asit Chandmal se encontraba en Nueva York con K, y finalmente, después de muchas dificultades, logró comunicarse con ella. Krishnaji nunca había aprendido a hablar por teléfono, y la conversación no duró mucho; pero le envió a Indira su amor y ella respondió con emoción profunda. Poco tiempo después hablé con ella; me agradeció una y otra y otra vez.

Yo tenía que encabezar una delegación a Delfos, Grecia, para asistir a un seminario sobre cultura a realizarse allí a principios de junio. En la noche anterior a mi partida, escuché a Indira hablar por televisión. Por la suprema gravedad de su discurso y por el tono de su voz, percibí que el país iba a afrontar muchos peligros en un futuro muy próximo. Pedí a mi secretaria que cancelara mi partida a Atenas, porque sentía que no debía dejar Delhi. Al día siguiente recibí un llamado telefónico de Dhawan, asistente personal de Indira. Me dijo que la primera ministra quería saber por qué yo no había ido a Atenas. Le contesté que se lo explicaría a ella cuando la viera esa noche.

Cuando nos encontramos, Indira insistió en que fuera. “Todo está muy bien, Pupul”, dijo. “Debes ir”. Ella tenía una carta que había escrito al presidente de Grecia, y me pidió que se la entregara con sus saludos personales. Volví a verla nuevamente en la noche que precedió a mi partida. La noté despreocupada y tranquila. Yo tenía la sensación de que la decisión crítica había sido tomada; habiéndola tomado, ella daba un paso atrás, puesto que el futuro ya no estaba bajo su control. Nos sentamos en la sala y hablamos de Grecia -su arte, su luz transformadora y la belleza de sus paisajes. Luego cené con la familia. Cuando llegamos a Roma al día siguiente, supimos que las tropas habían penetrado en el Golden Temple (Templo de Oro).

Octubre es un mes suave en Delhi. El calor húmedo disminuye y el rocío matinal anuncia la llegada del invierno. Los chales abrigados salen de sus envolturas perfumadas con clavos de olor, y en toda la vasta campiña hay festivales para celebrar las cosechas.

Vi a Indira varias veces durante octubre de 1.984, el último mes de su vida. Nos sentamos juntas en su estudio; ella estaba en paz consigo misma, había dejado a un lado sus cargas y sus barreras. En las últimas semanas se había reunido una que otra vez con físicos, filósofos y poetas. Para el 3 de noviembre tenía programado almorzar en mi casa con Krishnaji y el Dalai Lama. Este mes de octubre era para ella un intervalo, un mes intermedio, un período de renovación, porque en noviembre comenzaban los preparativos para las elecciones.

Esa noche discutimos acerca de los símbolos, y le hablé del Santuario Bhadrakali en Canara del Norte (el nombre local para la costa occidental de Karnataka y Kerala del Norte), donde no existe ni una sola imagen o icono. La gran Madre como Energía, está simbolizada dentro del santuario por un extraordinariamente pulido espejo de bronce, donde el adorador o la adoradora ve reflejado su propio rostro ardiendo en un viaje por los caminos del autoconocimiento. Un viaje de austeridad y soledad; porque allí no hay ‘otro’, ni dios ni gurú.

El simbolismo animó a Indira. Estaba pronta a responder, reavivada por la exposición a un movimiento nuevo. Despierto a las intimaciones de ese salto refrescante, surgió en ella un recuerdo, y comenzó a hablar de un día en su vida cuando experimentó una arrolladora oleada de felicidad. Esta no tenía causa, pero la explosión fue tan intensa que sintió como si la tierra se abriera y la tragara. El éxtasis había transformado su rostro, y la gente comentaba que ella se veía radiante. Cuando sintió que podía desaparecer dentro de la tierra, ése no fue un deseo de muerte. Me dijo que jamás había temido morir, a ninguna edad. “Siempre he percibido eso como un proceso natural, una parte de la vida. Vivimos un cierto número de años, y después morimos” -no temía a la muerte. Habló de la necesidad de volver a las raíces; dijo que el pensamiento hindú sostiene que “la luz está dentro de uno”, y que es imprescindible encontrar el modo de descubrir eso.

La vi por última vez en la noche del 26 de octubre. Ella iba a visitar Srinagar a la mañana siguiente. Jamás había estado ahí en otoño, y anticipaba ansiosamente la visión de las hojas del ‘chinar’ cambiando de color. Deseaba tenderse bajo el sol y ver cómo el verde de la hoja se tornaba en rojizo, bermellón y dorado, contemplar el color castaño de una hoja que cae. Tal vez fue el final de una hoja lo que le hizo proseguir con el tema de la muerte. En tono meditativo dijo: “Mi padre amaba los ríos, pero yo soy una hija de los Himalayas y he dicho a mis hijos” -por un instante pareció olvidar que Sanjay estaba muerto “que mis restos deben ser esparcidos sobre los picos coronados de nieve de los Himalayas”. Cuando me iba, exclamó dirigiéndose a mí. “Recuerda lo que dije, Pupul, recuérdalo”.

Krishnaji llegó tarde esa noche acompañado por Mary Zimbalist Tenía programado ofrecer una plática pública el 4 de noviembre, en el mismo estrado que el Dalai Lama. Noticias de esta plática habían llegado a muchos centros budistas de la India y del exterior, y se esperaba que asistiera un gran número de monjes budistas. En la noche del 30 de octubre, Krishnaji, después de una cena liviana, insistió en que leyéramos en voz alta el libro que yo estaba escribiendo sobre él. Mary Zimbalist leyó una parte del libro, la que trata de los primeros años -de su nacimiento y de su infancia. Después me hice cargo yo de la lectura.

Durante todo el tiempo Krishnaji se mantuvo completamente en silencio. Sólo interrumpió una vez, cuando escuchó mi lectura del pasaje de Alcyone, en el cual yo había escrito que la palabra "Alcyone" significaba "alción o martín pescador", el apaciguador de las tormentas. Interrumpió para corregirme. "No", dijo, "significa 'la estrella más brillante de las Pléyades'". Mientras la lectura proseguía, la habitación cobró vida como si hubiera allí una presencia escuchando. A medida que yo continuaba leyendo, la sensación de presencia se hizo abrumadora, y mi voz se detuvo. Krishnaji se volvió hacia mí. "¿Lo percibe? ¿Podría yo postrarme ante Ello?" Su cuerpo se estremecía cuando habló de la presencia que escuchaba. "Sí, puedo postrarme ante esto, se encuentra aquí". Súbitamente, se volvió y nos dejó yéndose solo a su habitación.

Indira Gandhi fue muerta a tiros por dos de sus guardias de seguridad el día 31 de octubre a las 9,20 de la mañana, cuando salía de su residencia para ir a la oficina. Acribillada por las balas, cayó mortalmente herida a tierra, rodeada de cosas en pleno florecimiento. Cayó cerca del huerto de 'kadambas' que ella había plantado durante la estación de las lluvias después de la tragedia de junio en Punjab.

Al escuchar las noticias corrí a su casa, sólo para encontrar que se estaban erigiendo barreras. Los nietos de Indira, Rahul y Priyanka, estaban solos con una amiga. No sabían lo que había sucedido, pero me dijeron que Sonia había llevado rápidamente a Indira al hospital. La atmósfera de la casa estaba impregnada con una corriente subterránea de violencia y miedo. Sharada Prasad, su Jefe de Informaciones, se encontraba en la oficina y me puso al tanto de lo ocurrido. Antes de ir al hospital, le envié un mensaje a Krishnaji anunciándole el asesinato de Indira. Cuando regresé a la casa tarde en la noche, encontré a Krishnaji esperándome levantado. Al verme, me llevó a su habitación y me pidió detalles de los acontecimientos. Mi familia dijo que, al escuchar las noticias, Krishnaji se sentó durante todo el día en mi sala de estar contemplando el jardín; estuvo observando los árboles y los pájaros, casi no habló y comió muy poco. A las cuatro de la tarde él había percibido la presencia de Indira, e hizo un comentario sobre la necesidad de silencio dentro de la mente para permitir que ella estuviera en paz. Yo pude ver que se sentía profundamente conmovido. Tarde en la noche siguiente, me dijo: "No conserve recuerdos de Indira en su mente, eso la retiene en la tierra. Déjela irse". Su mano hizo un gesto hacia el espacio y la eternidad.

SEXTA PARTE

LA SUMA DE LA ENSEÑANZA
1.978 - 1.985

Capítulo XXXII

"¿PUEDE USTED MIRAR DESDE EL HOY LOS TREINTA AÑOS DEL PASADO? ¿Y NO DESDE LOS TREINTA AÑOS MIRAR EL HOY?"

Al comenzar el verano de 1.978, me encontraba en Brockwood Park, Londres. Estando allí, mantuve dos diálogos con Krishnaji. Desde alrededor de 1.970, yo había percibido un cambio en la enseñanza de Krishnamurti. Su contacto con la comunidad científica a través de seminarios y discusiones, había introducido una mayor precisión en su vocabulario. Examinaba el significado etimológico de las palabras; definía cuidadosamente el sentido que él daba a las palabras cerebro, mente, conciencia. Ya no exploraba paso a paso en la naturaleza del pensamiento o en problemas tales como el miedo, los celos, la ira. Las expresiones que había usado en las décadas de los años 40 y 50 -"el pensador y el pensamiento son una sola cosa"; o, "la necesidad de observar el pensamiento, de ver cómo surge y cómo desaparece, de perseguirlo hasta que se termina"; o, "escuchar y percibir el instante decisivo en que surge el pensamiento" no se manifestaban en las pláticas posteriores a los años 70. Hacia 1.978, Krishnamurti hablaba de una totalidad del ver, de un ver holístico.

Le dije que le había escuchado por treinta años, y que percibía la existencia de un cambio en las enseñanzas. "¿Puede lo holístico surgir sin una observación gradual de la conciencia?", pregunté. "¿Se ha distanciado usted desde entonces? ¿Ha habido una expansión, o un cambio?"

Krishnaji reflexionó sobre mi pregunta y después dijo: "Expansión sería la palabra correcta; la enseñanza tiene la misma orientación, es holística antes que un examen detallado. Es directa, sencilla y completa".

Le pregunté si la total inmovilidad de la mente, de la que ahora hablaba, era posible sin una observación previa, sin cuestionar y examinar. Krishnaji escuchaba atentamente, como siempre lo hacía en los diálogos. Dijo: "La cesación del pensamiento es inmovilidad, es silencio; el pensamiento como tiempo tiene que terminar".

Pregunté: "Si el tiempo es el movimiento del devenir, sin la observación de ese movimiento en la conciencia, ¿puede cesar el devenir? ¿No hay un cambio fundamental en la enseñanza?"

La respuesta de Krishnaji fue sorprendente. Dijo: "¿Puede usted mirar desde el hoy los treinta años del pasado? ¿Y no desde los treinta años mirar el hoy?"

Por un momento quedé confundida ante la distinción que hacía. "Sin el ayer, ¿puede uno mirar hacia atrás el ayer?"

"Cuando desde el hoy usted mira el ayer, mira con una mente distinta, con ojos en los que no conserva el ayer", dijo.

"Yo tuve un ayer", contesté. "Por eso, desde el hoy puedo mirar hacia atrás el ayer".

"¿Cómo mira usted el pasado desde el hoy?", preguntó Krishnaji. "Insisto, en ello está el ver holístico. Ese ver y escuchar el ayer desde el hoy, es inmovilidad. El presente contiene la totalidad del pasado. ¿Es así?" Krishnaji inquiría. "¿Y qué es lo que entendemos por el presente? ¿Es posible aprehender, tener una percepción de la totalidad instantáneamente?" Krishnaji se interrogaba a sí mismo a medida que surgían sus respuestas.

"Sin la exploración, el examen, el conocimiento gradual de la conciencia, ¿cómo es eso posible?" Yo rehusaba apartarme de mi posición. Luego, súbitamente, lo capté. Ver desde el hoy los treinta años, era terminar con lo lineal, con lo secuencial. Era ver con profundidad dentro de la profundidad. Ver desde atrás, o sea, ver desde los treinta años hacia hoy, era un ver gradual, un ver con el tiempo como medida.

"¿Cómo exploraremos entonces?", preguntó K.

"Treinta años atrás nos tomaba usted de la mano y exploraba en la conciencia; hoy, ha retirado usted su mano", dije.

"Somos más maduros".

"Esa madurez, ¿qué la produjo? ¿Los treinta años?", pregunté.

"No, no, no".

Dije que vera tres períodos distintos en la enseñanza: Los primeros tiempos, cuando Krishnamurti hablaba del conocimiento de uno mismo, del pensador y el pensamiento como una sola cosa, de estar libres de todo juicio y condena. En los años 60, se había desplazado hacia una negación del individuo como algo separado de la corriente de la humanidad. De la aproximación gradual, Krishnamurti había pasado a la urgencia de una revolución en la corriente humana. Había dejado de referirse a ciertos problemas específicos como la codicia y el odio. Anteriormente, estuvo usando palabras tales como cerebro, mente, pensamiento, conciencia, intercambiándolas con palabras como pasado, memoria. En los años 70, su terminología se había vuelto más precisa. Sondeaba en la naturaleza de la observación y en la ilusión que sustentaba la división entre el observador y lo observado. En 1.978, parecía interesarse en lo universal y en una percepción holística.

"Cuando K dice que la percepción holística es posible 'ahora', ¿qué es lo que eso provoca? ¿Qué es lo que da madurez al ojo y al oído para que escuchen sin el pasado de los treinta años?", pregunté.

“¿Cómo puede un ciego ver la luz?”, preguntó K a su vez. “¿Puede existir un ver holístico sin preparación previa? Sin una exploración detallada, ¿puede uno ver lo total de la existencia? ¿Puede uno abarcar de una mirada la conciencia en su totalidad? Yo digo que sí, que eso es posible”.

“La posición de hace treinta años, ¿no era, entonces, verdadera?”, pregunté.

“Yo no diría eso”, contestó. “La posición de entonces era verdadera”.

“La percepción del pensador y el pensamiento como una sola cosa, ¿era una percepción total, tan verdadera como ésta de hoy?”, pregunté.

“Pero yo cuestiono que K haya pasado por todo eso. Lo que él decía entonces surgía de lo total, igual que lo que dice ahora. El examen detallado nacía de una totalidad de percepción”, fue su respuesta.

Yo no estaba satisfecha y proseguir inquiriendo. “¿Puede la persona que llega por primera vez a la enseñanza, comprender el devenir sin ver al devenir como un movimiento en la conciencia?”

“¿Usted pregunta si tiene que pasar por la escuela, el colegio, etc., antes del examen final?”, respondió K.

“Se que usted dirá que el proceso es tiempo. Ello era total entonces como lo es ahora. Si usted dice que uno puede hacer un viaje directo en el ver holístico, ¿puede mostrárnoslo ahora tal como nos lo mostraba entonces?” Yo retaba a K.

Respondió: “¿Puede uno observar sin el pasado? ¿Puede uno tener discernimiento sin el peso del ayer? El discernimiento es instantáneo. La percepción de la totalidad es una percepción instantánea. Si es así, ¿qué necesidad hay de una preparación?” Uno podía percibir el orden de la mente silenciosa. “El discernimiento sólo es posible en el instante. El instante no está contenido en el tiempo. X no puede ver eso. El dice: ‘Dígame qué debo hacer’. Y K dice: ‘Observe al pensador y al pensamiento como una sola cosa’. ¿Está X escuchando, o lo que tiene lugar es un proceso de abstracción que aleja a X de la percepción instantánea?”

“Usted puede negar los treinta años, pero están ahí. Es la mente que ha escuchado por treinta años, la que tiene capacidad de recibir lo que usted dice hoy”.

Preguntó: “¿Qué es escuchar? ¿Por qué la gente no ha comprendido cuando esta persona dice: ‘La percepción instantánea es totalidad’?”

“Es como pedirle a usted, ‘déme discernimiento’”, respondí.

“Nadie puede darle discernimiento a otro. Usted pregunta, ‘¿puede dármelo?’ ¿Cuál es su reacción cuando uno afirma: ‘Ningún tiempo, ninguna evolución pueden darle ese discernimiento?’

“Si, así es”, dije.

A eso K dice: ‘Escuche, nadie puede darle discernimiento.’ Si usted escucha, eso tiene que tener un efecto tremendo. Toda su atención se concentra en el acto de escuchar. En el escuchar no interviene el tiempo”.

“¿Piensa usted que es posible escuchar así sin antes haber sondeado, investigado?”, pregunté.

Krishnaji hablaba Con pasión y con un sentido de gran urgencia. “El sondear no traerá consigo el escuchar. ¿Qué le ha ocurrido a su mente cuando usted escucha? Ello significa que ha de abandonarlo todo. Toda la dependencia que ha cultivado por milenios”.

“¿Dice usted, entonces, que no ha habido un cambio en la enseñanza?”, pregunté.

Ninguno en absoluto”, dijo K.

La habitación estaba en silencio. “¿Ha habido un cambio interno en usted durante estos años?” Yo hablaba con mucha vacilación. Hubo una larga pausa. Krishnaji parecía estar mirando profundamente dentro de sí.

“Déjeme observar. Nunca me he formulado esta pregunta. ¿Ha habido un cambio interno desde el principio, o desde hace treinta años? No”, dijo, “pienso que no ha habido ningún cambio fundamental. Eso es inmovilidad”.

Otra vez hubo un lapso de silencio. Después K se volvió hacia su médico personal, el Dr. Parchure y hacia G. Narayan, y les preguntó: “¿Qué dicen ustedes a esta declaración de que la percepción de lo total es instantánea? El tiempo no es necesario. La preparación no es necesaria. Preguntan ustedes, ‘¿qué hemos de hacer, cuál es la próxima lección?’ Entonces la respuesta a eso sería: ‘Escuchen’. ¿Han escuchado exactamente esa declaración? El tiempo, la preparación, todo el proceso de la evolución son innecesarios. Si escuchan, tienen una percepción total”.

Luego se volvió hacia mí. “El hecho es, Pupulji, que toda nuestra actitud se basa en la evolución -devenir, crecer, lograr, hasta la realización final. Considero que esa suposición básica es radicalmente falsa.

“Veo la verdad de eso. Puedo escucharlo sin que se forme una sola onda en la conciencia”, dije.

Si escucha así, ¿qué ocurre?” Se sentía fluir la quietud. Desde una gran profundidad, Krishnaji habló: “¿Qué ocurre si el Buda le dice: ‘La terminación del dolor es la bienaventuranza de la compasión’? Usted es uno de los que le escuchan. No examina esta declaración. No la traduce a su propia forma de pensar. Sólo escucha en un estado de atención aguda y total. No hay nada más. Porque esa declaración contiene una verdad inmensa, tremenda. Y eso basta. Entonces yo le digo al Buda: ‘No tengo la capacidad de escuchar con esa intensa cualidad de atención, así que por favor, ayúdeme’, y la respuesta es: ‘Primero escucha lo que estoy diciendo. No hay ningún agente externo de los que han inventado la mente o el pensamiento’. Pero yo tengo miedo, porque veo que eso significa abandonar todas las cosas a las que me aferro. Así que pregunto: ‘¿Cómo he de desapegarme?’ En el momento que pregunto ‘cómo’, estoy perdido. Él dice: ‘Desapégate’, pero yo no estoy escuchando. Siento una

gran reverencia por él pero no escucho. Porque el apego ocupa en mi vida un lugar tremendo. Entonces él dice: 'Despréndete de ello, despréndete en un instante'", K hizo una larga pausa. "En el momento que uno tiene una percepción en el hecho, está libre del hecho".

"¿Es cuestión de ver, sin las palabras, la totalidad de esa declaración del Buda, 'Desapégate'?", pregunté.

"Por supuesto, la palabra no es la cosa. Tiene que haber libertad con respecto a la palabra. El quid de ello es la intensidad del escuchar", dijo K.

"¿Qué es lo que le da a uno esa intensidad?", inquirí nuevamente.

"Nada". La afirmación fue absoluta. "Todo nuestro modo de pensar se basa en el devenir, en la evolución. Eso nada tiene que ver con la iluminación.

"El cerebro está densamente condicionado. No escucha. K dice algo que es totalmente verdadero. Es algo inconmovible, irrevocable, y tiene un peso vital tremendo, como un río que tiene tras sí inmensos volúmenes de agua. Pero X no escucha esa declaración extraordinaria. Usted formuló una pregunta: '¿Ha habido un cambio fundamental en K desde los años 30 y 40?'

"Yo digo que no. Hubo cambios considerables en la expresión. Ahora bien, si usted escucha con intensidad, ¿qué ocurre cuando se hace una declaración así -que el tiempo, el proceso, la evolución, incluso el conocimiento, deben abandonarse? ¿Lo escuchará usted? Si lo hace, entonces abandona verdaderamente todo eso. A fin de cuentas, el escuchar, el ver totalmente, es como un rayo que todo lo destruye. Pasar por todo el proceso no implica negar esta cosa instantánea".

"¡Eso es! -ahora lo ha dicho usted".

"¿Qué?", preguntó K.

"Eso significa pasar por todo el proceso sin negar lo instantáneo", dije. "Lo cual no quiere decir que el tiempo esté involucrado".

"Pero el hombre traduce eso como tiempo", dijo Krishnaji.

Al día siguiente discutimos en Brockwood la posibilidad de definir los términos de K para evitar que surgiera la confusión entre sus oyentes. A través de los años, muchas de las palabras habían cambiado su sentido. Comenzamos Con las palabras conciencia, pensamiento, cerebro y mente. Discutimos la conciencia y él preguntó: "¿Cómo la define usted?" Yo dije que la conciencia era la sensación de existir, de ser -la sensación de que uno 'es'. Luego exploramos la relación del pensamiento con la conciencia. "El pensamiento no concierne a la totalidad de la conciencia, sino a partes de ella", dijo Krishnaji.

"¿Pero no es a través del pensamiento que la conciencia se revela a sí misma? La parte se revela en el 'ahora' como el fragmento", respondí.

"¿Revela el pensamiento la parte? El pensamiento es un fragmento. ¿Puede el pensamiento, que es un fragmento, ver la totalidad de la conciencia? 'Me siento lastimado' -ese sentimiento es una parte de la conciencia. El pensamiento es un trozo separado en movimiento. Ese fragmento no puede ver la totalidad. El pensamiento no ve que está lastimado; dice, 'yo estoy lastimado'". Krishnaji elaboraba.

"Pero ésa es una forma de pensamiento", dije.

"El nombre -la forma el ambiente, son la estructura del 'yo'. El pensamiento no ve que está lastimado".

"¿Quién lo ve?", inquirí.

"Mírelo de manera factual", dijo K. "Yo estoy lastimado -al explicar ese sentimiento, el pensamiento piensa que es diferente de la estructura que él mismo ha construido, que es la que se siente lastimada. El pensamiento no puede percatarse jamás del contenido total de la conciencia. Sólo puede ser consciente del fragmento. ¿Qué es lo que constituye el contenido total de la conciencia? Usted dice que la conciencia implica existencia -¿qué es lo que dará un significado holístico a la conciencia?", preguntó K.

"¿Tiene acaso un significado holístico?"

"La conciencia es la totalidad de la vida. No sólo mi vida, o su vida, sino la vida del animal, del árbol; la totalidad de la vida", dijo K.

"Usted está usando la palabra conciencia con un sentido diferente del que tenía a principios de los años 50".

"Sí, me estoy distanciando de lo que decía antes", respondió.

"¿Es la conciencia la totalidad de la vida?", inquirí nuevamente.

"Estoy tanteando el camino. ¿Es la conciencia la totalidad de la vida...? Pienso que la conciencia puede ser global, pero que sigue siendo limitada", K estaba sondeando.

Lo que usted dice es muy nuevo. ¿Podemos proseguir con eso? La conciencia es la totalidad de la vida. ¿Es eso diferente de mi experiencia de la vida?"

"Su experiencia de la vida es la experiencia de todos los seres humanos. Puede tener colores diferentes pero tiene la misma dirección. Su vida es la vida del hombre, de la humanidad -básicamente, usted no es diferente de la humanidad. Su conciencia es la conciencia. La humanidad pasa por el tormento de la existencia... ¿No pasa todo por el tormento de la existencia -el animal, toda la naturaleza?"

“¿Quiere usted decir que la conciencia es todo el fenómeno de la vida -de la existencia?”

“¿Qué entiende usted por fenómeno?” K seguía investigando la pregunta.

“Lo que puede ser percibido por los sentidos”.

“Esa es sólo una parte de ello”, dijo K.

“¿Cuál es la otra parte?”, pregunté.

“Todo el conocimiento acumulado, la experiencia, las agonías psicológicas del hombre, todo lo que uno no puede tocar o gustar. La confusión psicológica, la ansiedad, pueden afectar el organismo del hombre y de la planta. Ese es el proceso de la humanidad. Es global. Es el destino común del hombre”.

“¿Cómo es posible que el pensamiento perciba por sí mismo la totalidad de la conciencia?”

Krishnaji hizo una pausa para permitir que la pregunta penetrara a fondo. “Si el pensamiento no puede hacerlo, ¿qué es, entonces, lo que percibe la totalidad? Tiene que entrar en funcionamiento un factor que vea la totalidad. Si no es el pensamiento, ¿es la mente? ¿Son las células cerebrales?”

“Tal como existen ahora, las células cerebrales contienen la memoria. El cerebro, tal como es ahora, no puede percibir la totalidad de la conciencia”, respondí.

Lo mismo que el pensamiento no puede hacerlo. El movimiento del cerebro no puede abarcar la totalidad. ¿Puede la mente percibir la totalidad? ¿Qué es, entonces, la mente? Pupulji, seamos más tangibles. Descubramos si existe un movimiento más allá de la conciencia. ¿Comprendemos el movimiento del pensar como una actividad del cerebro? ¿Es que una parte del pensar fabrica, dentro del cerebro, una percepción que está más allá de esta conciencia?” Hizo una pausa. “¿Qué es la mente? ¿Es el intelecto? Parte de ella es, desde luego, el intelecto. ¿Puede el intelecto percibir?”

“¿Está el intelecto separado del pensamiento?”, pregunté.

“No lo está, El intelecto es para nosotros la cosa más extraordinaria que tenemos. Adoramos el intelecto, pero ¿puede éste percibir la totalidad de la conciencia? El intelecto es producto del pensamiento. ¿Puede la mente percibir la totalidad?” Krishnaji seguía indagando.

“Usted alude a la mente como si fuera un instrumento. Dice que ella puede percibir. ¿Es la mente un instrumento o un campo?”

“¿Es la mente el campo? ¿Es todo el campo, o es una parte del campo?”

“La mente, ¿incluye el intelecto? ¿Y qué papel juegan los sentidos?”, pregunté.

“No creo que las emociones sensación puedan producir una percepción de lo total”.

“¿Excluiría usted el lugar de los sentidos en sí?”

“No, no los excluyo”.

“¿Los usamos erróneamente?”, pregunté.

“Cuando el pensamiento se identifica con la sensación, entonces se convierte en el ‘yo’, dijo K. “Usted dice que la mente es el campo, la matriz. Un campo limita. La mente incluye el cerebro, el pensamiento, la emoción, el intelecto. ¿Es el tiempo una parte del campo -de la mente?” Krishnaji estaba extendiendo el área de la investigación. “Si el tiempo no es una parte de mi mente, ¿es la sensación una parte de la mente?”

Pregunté: “¿Estamos discutiendo los sentidos identificados con el deseo que erige la estructura del yo, o tienen los sentidos algún otro papel?”

“Si. Vislumbro el germen de lo que es eso. En el observar con todos nuestros sentidos, no hay identificación. La pregunta es: ¿Puede uno observar con todos los sentidos despiertos?”

“¿Puede uno mirar y escuchar en un instante de tiempo?”, pregunté. “¿Es posible observar con todos nuestros sentidos? Y en ese estado, ¿hay en absoluto movimiento alguno del pensar?”

Krishnaji continuó investigando mientras interrogaba. “Cuando hay movimiento del pensar, es entonces un sentido en particular el que está operando. ¿Puedo descubrir si existe una dimensión por completo diferente? ¿Un estado en que cesa la conciencia tal como la conocemos?”

“Usted ha examinado y negado todos los instrumentos conocidos que tenemos. El único instrumento que no ha negado es el movimiento de los sentidos”.

“¿Cómo puedo negar los sentidos?”, exclamó K.

“Puede que sean los sentidos los que tienen la capacidad de liberarnos de la ilusión”.

“Esto sólo es posible cuando lo sensorio como identificación con el pensamiento, ha sido comprendido. Entonces los sentidos no producen la estructura psicológica del ‘yo’. El movimiento del pensar, las emociones tales como el odio, el apego, prosiguen interminablemente dentro del cerebro. Queremos poner orden ahí. ¿Qué instrumento o cualidad se necesita para salirse de este encadenador círculo de la conciencia?”, preguntó K.

“La última pregunta es muy válida”.

“Lo que trato de comunicar es que tiene que haber un orden total para que lo cósmico sea. Veo que hay un desorden total en la vida cotidiana. El orden es esencial. ¿Qué es lo que traerá orden?”

“Existe un solo instrumento que tiene la posibilidad de hallarse libre de contaminación”.

“¿Los sentidos?”, preguntó K.

De otro modo uno ha bloqueado todos los instrumentos que posee el cerebro".

"¿No hemos bloqueado también los sentidos?", preguntó Krishnaji.

Mi hija Radhika había estado en el extranjero desde 1.957 primero como estudiante y, después de su casamiento, como residente en los EE.UU. y más tarde en Toronto, Canadá. Sus raíces estaban profundamente hundidas en la India y en la enseñanza de Krishnamurti, a quien ella había escuchado desde que tenía diez años. La esencia de lo que él decía se había conservado dentro de ella a través de los años, con sencillez y con una cualidad de candor infantil. Tuvo ocasionales encuentros con Krishnaji en la India y en los EE.UU., pero en un gesto de autoprotección se había mantenido alejada de él para poder conservar el estilo de vida con que estaba comprometida. Casada con un profesor, había vivido en un mundo de erudición y de libros. Pero, muy en lo profundo, estaba consciente de la mediocridad de su vida y de sus valores, y sentía una nostalgia inmensa por la luminosidad que dejaba pasar a su lado.

En diciembre de 1.978, vino con sus dos hijas al Valle de Rishi para estar con Krishnaji, y volvió en el invierno de 1.979. Se vio con él varias veces; Krishnaji la abrumaba con sus atenciones y ella se sentía hondamente conmovida por su presencia.

En 1.980 y 1.981, su marido Hans Herzberger la acompañó a la India, y ella estuvo viviendo y enseñando en el Valle de Rishi. Fue durante este período que Radhika consideró con Krishnaji la posibilidad de su regreso a la India y al Valle. Yo me mantuve fuera de las conversaciones, pues no deseaba que mi apego a ella empañara la decisión que pudiera tomar. Su marido, comprensivo ante la bondad de Radhika y sensible a la atmósfera que emanaba del Valle de Rishi, se adaptó a la modalidad de su venida a la India. Krishnaji no ejerció influencia alguna sobre Radhika, pero le habló largamente sobre la vida de ella y sobre la enseñanza. Radhika y su familia dejaron el Valle de Rishi para viajar a Oxford, donde su marido era catedrático becado en el All Saints College. Visitó en varias oportunidades Brockwood Park y se entrevistó con Krishnaji. Su decisión de retornar a la India era firme. En la primavera de 1.982 había completado su Doctorado en Filosofía, con especialización en Sánscrito y en Estudios Budistas, y en el otoño de 1.982 estaba nuevamente en el Valle de Rishi. Su marido había llegado a un acuerdo con su universidad para enseñar por un período lectivo, y para emplear el segundo período haciendo investigaciones en su propio campo, que era la filosofía.

En los últimos cuatro años se han incorporado a las escuelas personas jóvenes altamente calificadas -al Valle de Rishi; a la Escuela del Valle en Bangalore; a la de Rajghat, Varanasi; a la de Madrás; y a la de Bal Anand, la escuela para niños pobres de Bombay, que Nandini había dirigido por los últimos treinta años. Se estaba tornando evidente un nuevo despertar.

Capítulo XXXIII

"LA ENERGÍA ES COSMOS, Y TAMBIÉN ES CAOS. ESA ES LA FUENTE DE LA CREACIÓN".

Krishnaji regresó a la India en noviembre de 1.979. Estábamos en los umbrales de una década fundamental. En los años 80, el mundo habría de cambiar traumáticamente. Una revolución tenía lugar en el medio externo y en la mente de la humanidad. La búsqueda de la inteligencia artificial pronto iba a convertirse en el interés central de la investigación tecnológica; la producción de los microchips se volvió fácil y barata, y condujo a una revolución en las comunicaciones; la ingeniería genética y la clónica avanzaban rápidamente ensombreciendo el futuro del hombre aun cuando prometían grandes beneficios a la humanidad. Se hicieron asequibles las herramientas para un bien o un mal incalculables.

Me reuní con Krishnaji en Madrás. Estaban ahí Asit Chandmal, los Patwardhan, Radha Burnier, y Ahalya Chari, un renombrado educador que dejó su puesto gubernamental en los años 70 para incorporarse a la Krishnamurti Foundation. En el instante en que vimos a Krishnaji, pudimos sentir el poder de su presencia y la inextinguible energía que fluía desde él. Su mente parecía tener peso y densidad, y una firmeza inmensa. Yo había visto cambiar a través de los años el énfasis que su enseñanza ponía en determinados puntos. La urgencia se había trasladado de la transformación individual al cuestionamiento del hecho 'individualidad', y a la postulación de una corriente de la conciencia humana en la que debía tener lugar una revolución profunda. Para él, el individuo era aquel que se salía de la corriente.

La percepción había barrido ahora con todas las limitaciones, para incluir el universo y su energía infinita.

Aunque había hecho un vuelo sin etapas desde Londres a Madrás vía Delhi, Krishnaji no parecía fatigado sino que estaba ansioso por comenzar las discusiones con nosotros. Esa misma tarde comenzamos a hablar en el almuerzo.

La pregunta planteada era: "¿Cuál es la única cosa que yo exigiría viendo la degeneración que impera en la India? ¿Es posible evitar eso? ¿Qué es lo fundamental?" La conversación transcurrió luego en la sobremesa hacia una identificación clara del problema. Krishnaji dijo: "La India ha vivido todos estos siglos a base de ideas. Tiene que moverse desde una vida fundada en ideas -que son 'no-hechos' hacia una percepción pura de los hechos". Vimos que no tenía sentido entrar en explicaciones. El peso y la densidad de la pregunta planteada, eran para que ésta fuera retenida en la mente sin que la mente buscara una solución.

Krishnaji inquiría sobre el problema de la India; pero la atmósfera se volvió tan cargada que todos percibimos que las preguntas estaban dirigidas a cada uno de los que escuchaban. Porque la India era 'uno mismo'.

El 28 de noviembre de 1.979 estábamos en el Valle de Rishi. Radha Burnier había venido desde Madrás para pasar unos días con nosotros. Nos trasladamos al salón principal. Una mañana, durante el desayuno, Krishnaji le preguntó a Radha Burnier si se postularía para la presidencia de la Sociedad Teosófica. Ella contestó que no lo sabía. Él dijo: "¿Qué quiere decir con que no lo sabe?"

Súbitamente, la atmósfera se llenó con una energía nueva. Krishnaji dijo: "Mrs. Besant tenía el propósito de que los terrenos de Adyar fueran para la enseñanza. La Sociedad Teosófica ha fracasado, el propósito original se ha destruido". Habló del verdadero espíritu religioso que investiga, cuestiona y niega. Y dijo que América no lo había alcanzado. Europa no lo, había alcanzado. Y en la India había sido extirpado y destruido. Sin embargo, ahí estaba en el suelo de la India, aguardando. "¿Podemos hacer algo al respecto?", preguntó.

Por primera vez el énfasis no estaba puesto en el individuo, sino en el suelo, en la tierra -el suelo físico de la India y su santidad, y la capacidad que el mismo tenía para contener la fuente de la creación. Era como si Krishnamurti hubiera encontrado algo precioso; había en él un gran júbilo, como si el tiempo largamente aguardado hubiera llegado al fin. Apenas si hablábamos. Se volvió hacia nosotros en busca de confirmación. "Pupulji", preguntó: "¿qué siente usted?" Cuando dije que ésta era una nueva mística, él no lo negó. Después habló nuevamente de la Sociedad Teosófica y de Radha Burnier convertida en presidenta. Le pregunté: "En un punto usted dice que Radha se encuentra profundamente comprometida con la Krishnamurti Foundation, y en otro punto dice que ella debe postularse para la presidencia de la Sociedad Teosófica. ¿Cómo concilia usted ambas declaraciones?"

Él respondió: "Yo puedo decirlo, otros no". Y repitió: "Yo puedo decir cualquier cosa". Eso me recordó el verso del *Brihadaranyaka Upanishads* que, hablando del ser iluminado, dice: "Por lo tanto dejemos que un Brahmana, después de haber cumplido con el aprendizaje, deseé vivir como un niño. Cuando ha realizado el estado de niño y el de aprendizaje, se convierte entonces en el meditador silencioso. Cuando ha cumplido con los estados meditativo y no meditativo, entonces llega a ser un Brahmana. De cualquier modo que se comporte, él está en lo correcto".

Krishnaji continuó hablando de la India como de la tierra donde lo sagrado podía florecer, aun cuando la hubieran destruido la fealdad de la política, la corrupción y destrucción de los valores. La India era el suelo donde

la semilla había sido sembrada. A pesar de todo lo ocurrido, la tierra sembrada aún estaba ahí. K dijo que sentía que algo estaba aguardando. Le pregunté si el suelo de que hablaba era el suelo físico o si quería decir alguna otra cosa. Dijo que se refería a la tierra y su santidad. Él percibía que este suelo había sido preparado.

La atmósfera era intensa, viva, palpitante. En un punto dijo: "Ellos me proporcionaron dos ángeles -he reunido muchos más a través de los años". Rió; era una risa amplia, y en medio de ella exclamó: "Lo digo muy en serio". No se había reído de esta manera por años. "Ahora descubro que soy capaz de arreglármelas sin algunos de ellos". Se volvió hacia Radha y dijo: "¿Puedo darle dos?" Reía, gozoso, pero profundamente serio, sugiriendo algo.

Contó que muchas personas le habían dicho que no fuera más a la India. El siempre había percibido lo sagrado del país, y le gustaba venir. Algo se había destruido en la India, pero una presencia aguardaba ahí. "La bendición de lo intemporal está aguardando, el suelo está preparado. ¿Podemos crear algo que pertenezca a esta bendición?"

Lo que surgió de esto fue una gran profundidad, una inmensidad. Era el vaticinio de que una energía sagrada estaba despierta nuevamente en el suelo de la India.

Todas las mañanas, en la mesa del desayuno, se formulaban preguntas, y las percepciones fluían, indagábamos, nos demorábamos en la investigación, cuestionábamos. La mente de Krishnamurti era inmensa y estaba cargada de misterio. Una mañana, hablando con gran intensidad, Krishnaji comunicó una vía de percepción, de reto y respuesta, desde un estado que se hallaba más allá de la mente, más allá del cerebro, de la memoria y de todas las respuestas de la conciencia. "Un estado que adviene cuando uno escucha a gran profundidad; donde la conciencia y su movimiento no interfieren. Un estado donde el ver es total, inclusivo, no fragmentado; un estado sin movimiento alguno desde o hacia, un estado más allá de la matriz humana y de todos nuestros recuerdos raciales". Krishnaji habló también de la mente que adviene cuando hay completa confianza. Esto sólo es posible cuando la mente ha quitado de sí todas las cargas y es libre. "Este no es un estado de cesación del pensamiento", dijo Krishnaji. "No es la brecha entre pensamientos, sino un escuchar que contiene todo el peso y la profundidad del millón de años del hombre y va más allá. Un estado que puede alcanzarse en cualquier instante. Es como tocar la energía del universo".

Hablamos del lugar que ocupa el gurú y si el papel del gurú tiene validez. Le dije a Krishnaji que, mirando atrás desde el hoy hacia los muchos ayeres, veía claramente que para mí Krishnamurti era el gurú. Él interrumpió preguntando: "¿Qué entiende usted por gurú?" Radha Burnier dijo: "El que señala el camino". Hubo otros comentarios. Yo dije. "El que despierta a otros. Krishnaji me despertó. Había un ojo dentro del ojo que miraba. Un mirar así es raro". Y pregunté: "¿Cuál era su papel en 1.948 -no era el de despertar a otros?" Krishnaji dijo: "El enfoque del que despierta y el despertado, es falso. Cuando hay luz y yo estoy en la oscuridad y penetro en la luz, no hay separación. Sólo hay luz. ¿Dónde está el que despierta a otro? Algunos se encuentran en la luz, algunos deambulan fuera de ella, eso es todo". Poco después agregó: "No estoy diciendo que yo soy la luz".

Otra mañana, durante el desayuno, discutimos el cerebro y la posibilidad de su transformación. Krishnaji dijo que había estado discutiendo la cuestión del cerebro con los científicos. Según ellos, "cada célula del cerebro humano guarda la memoria de un millón de años del hombre". Luego Krishnaji preguntó: "¿Puede haber una transformación total en eso?"

A medida que proseguían las discusiones, el interés de Krishnaji en el cerebro y su funcionamiento era evidente. Su percepción se dirigió a investigar si era posible una terminación del movimiento de la memoria dentro de las células cerebrales. Sólo entonces podría emerger una forma totalmente nueva de percepción.

Alguien preguntó si el toque y el contacto de Krishnaji podían liberar la energía contenida en un objeto, y si ese objeto podía a su vez comunicar la condición de lo total, de lo sagrado. ¿Podía ello curar, proteger? Krishnaji dijo que desde su niñez podía leer los pensamientos de otras personas, curar a la gente. Se le daban objetos para magnetizar, para cargarlos de energía. Pero el niño Krishnamurti no se interesaba en estos poderes.

Aludió a la existencia de un inmenso depósito de energía. "¿Puede el hombre alcanzarlo y dejar que opere?", preguntó. Asit dijo: "Seguramente un niño que no llevaba el mal en sí, que no tenía ego, era un ser muy raro; él podía alcanzarla, pero ¿pueden seres humanos comunes tocar esa energía?"

"Pienso que es posible, señor", dijo Krishnaji con cierta vacilación.

Krishnaji se hallaba en un estado extraño. Habló de un acceso a lo sagrado con una mente que era capaz de recibir, pero que no deseaba poder, prestigio, posición. Lo esencial era una pureza absoluta de la mente.

Le pregunté si se necesitaba alguna otra cosa, y cuál era la índole de esa pureza mental. Krishnaji dijo: "La pureza de 'mi' mente no es la pureza de 'la mente'. La pureza de la mente es la mente del universo. Eso es lo sagrado". Le pregunté entonces si el ser humano de mente pura, era un vaso capaz de recibir. "Tal como es posible dar energía a un objeto, ¿puede un ser humano comunicar la totalidad, puede usted transmitir 'lo otro'?"

Krishnaji dijo: "No. Por puro que pueda ser, el cerebro sigue siendo materia, sigue siendo mente. 'Lo otro' es el universo. Es inmenso".

Krishnaji rehusaba quedar preso en la discusión. Se preguntó a sí mismo: "¿Existe un último más allá, el cual es la nada? ¿Una base desde la cual todo es, y detrás y más allá de la cual nada hay, ninguna causa?"

Discutimos luego la santidad del Valle de Rishi. Dije que en la India existía el *Punya Sthal* -un lugar sagrado. Los dioses podían venir e irse, pero la santidad del lugar permanecía.

Krishnaji dijo: "Yo siento que el suelo del Valle de Rishi tiene esta cualidad especial. Es", dijo gravemente, "'el *Sthal* de todos los *Sthales*'".

Dije que todo el valle era un sitio sagrado. Se había impregnado con la presencia de Krishnaji y con sus palabras. Rajghat también tenía este sentido de lo sagrado. "Uno tiene que velar", dijo Krishnaji, "porque este sentido de lo sagrado no se destruya".

Manifestó que sentía una gran tentación de quedarse en el Valle de Rishi. Ese sentir era muy intenso. Asit preguntó por qué K no podía vivir en el Valle de Rishi y dejar que la gente viniera a verle desde todo el mundo.

Krishnaji permaneció en silencio, y después contestó: "Mi vida ha sido una vida de movimiento físico. Para mí es importante permanecer aquí, pero no puedo hacerlo. Por el amor de Dios, pisen con levedad este suelo".

Más tarde, dijo estas palabras: "La energía es cosmos, también es caos. Esa es la fuente de la creación. La ira es energía, el dolor es energía -pero existe el orden Supremo. ¿Puede ser establecido en el Valle de Rishi?"

Capítulo XXXIV

"LA NEGACIÓN Y LA VIEJA MENTE".

En enero de 1.980, Krishnaji sostuvo una discusión en Vasanta Vihar con amigos que habían estado estrechamente vinculados con él por varios años, Hablamos de la Escuela del Valle de Rishi y de sus estudiantes, y de lo que allí tenía que hacerse. Súbitamente, la cualidad de la discusión se transformó con la urgencia y la pasión que emanaban de sus preguntas. Dichas con la pureza del fuego, las palabras de Krishnaji quemaban las acumulaciones que nublaban la mente. Habló de una negación completa de todo aquello que el hombre había pensado, dicho o hecho.

Comenzó con una pregunta sencilla: "¿Cómo hará Narayan para ayudar realmente a los estudiantes no sólo hablándoles, sino despertando su inteligencia, comunicándoles aquello que ha de penetrar a gran profundidad?"

Narayan replicó: "Voy a reunirme con ellos todos los días en grupos más pequeños, tanto de maestros como de estudiantes". El sabía que esto no podía satisfacer a Krishnaji, pero no había nada más que pudiera decir.

"¿Cómo lo hará usted? El mero hablarles o sostener discusiones, no va a producir esto. ¿Cómo hará para que sean sensibles, alertas?"

"Tiene que haber una sensibilidad y un orden básicos". Narayan continuaba dando rodeos.

Krishnaji prosiguió indagando: "En todo eso tiene que existir un elemento diferente. Tiene que haber un cerebro extraordinariamente bueno. Pero eso no es suficiente. Lo que se necesita es producir un genio. La exigencia es que haya un buen cerebro, capaz de argumentar sostenidamente; un ser humano dotado de gran afecto, de amor. Aparte de todo esto, tiene que haber en él algo totalmente no terrenal. ¿Cómo lo logrará K? ¿Comprende mi pregunta?"

Intervine yo: "Usted ha formulado esta pregunta en distintas oportunidades. Pero yo nunca he comprendido bien su aplicabilidad. No se sabe cómo dio Krishnamurti con ello, ¿pero cómo puede sucedernos a algunos de nosotros?

"¿Es K un fenómeno biológico?" Krishnaji proseguía investigando.

"No puedo contestar a eso", dije. "Puede que lo sea. Yo encuentro que usted indaga y penetra a mayor profundidad que antes. ¿Es que ha alcanzado un nuevo hito en sus enseñanzas? Usted acostumbraba decir. 'Si uno viaja al sur, ¿puede cambiar su dirección y viajar al norte?' Ahora pregunta: '¿Puede la mente de Narayan, la mente de Sunanda, encontrarse básicamente en el mismo estado que la mente de K?'".

Krishnaji continuó con su sondeo: "¿Podemos comunicarle a un muchacho o a una niña un sentido de libertad, el sentimiento de que se hallan 'protegidos'? ¿De que tienen un papel especial en la vida, de que son seres humanos especiales? Estoy tratando de descubrir, Pupul, cuál es el catalizador, qué cosa es la que cambia toda la mente, la totalidad del cerebro.

"Pregunto: ¿Puede haber una cualidad de lo otro? ¿Puede existir la otra dimensión, de modo que la mente y el cerebro sean rápidos y los sentidos estén alertas? ¿De modo que no haya jamás un punto en que el cerebro se detenga, sino que esté moviéndose y moviéndose y moviéndose? Me gustaría que el estudiante tuviera un movimiento así. Discutiría esto con él. Pasearía con él, me sentaría silenciosamente con él. Haría físicamente cualquier cosa que fuera necesaria para encender esta llama en él. ¿Pero se movería él? ¿O lo material, el propio cerebro material, es tan lento que no puede seguir esto rápidamente, funcionar con rapidez? ¿Es posible para Narayan, que es un estudiante en el Valle de Rishi, convertirse en un ser humano extraordinario, sensible y alerta a los árboles, al sentimiento de la tierra, y también poseer un cerebro extraordinariamente rápido? ¿Puede él prestar atención a algo que es verdadero? ¿Puede haber una ruptura total de modo que exista un sentido de vitalidad, de impulso, de energía? Me gustaría que él tuviera esto, y me pregunto a mí mismo qué debo hacer y si es que puedo hacer algo para que él lo tenga".

Nuevamente permaneció en silencio, y después preguntó: "¿Está eso de algún modo en mis manos? ¿O hay una puerta que tiene que ser abierta por ambos? Una puerta que no es la puerta de él ni la mía, pero hay una puerta que tiene que abrirse. Tengo la sensación de que algo aguarda para entrar, un Espíritu Santo está aguardando; la cosa espera que uno abra la puerta, y entonces entrará. No sé si estoy comunicando algo.

"Así que le digo a Narayan que haga estas cosas. Que permanezca quieto, que vea cómo se comporta, cómo mira un árbol, a una mujer... que pase por todo eso. Pero eso no es suficiente. Hay un sentido de bendición que aguarda, y nosotros no nos movemos hacia ello. Nos agitamos alrededor, nos reunimos alrededor. Lo que usted hace es necesario, pero no es suficiente".

Rajesh interrumpió: "¿Cuál es el estado de la mente que se da cuenta que no es suficiente lo que hace?"

"Es obvio, señor. Millones han meditado. Los monjes católicos, los *sannyasis* han meditado, pero no han traído esta bendición.

"Ahora bien, ¿qué puedo hacer en mi relación con Narayan? Él es mi estudiante. Está dispuesto a hacer todas las cosas de que hablo -observar, permanecer en silencio, hablar, leer, estar alerta, percibir la belleza de la tierra. Pero existe otra cualidad que está exigiendo algo, y eso no puede hallarse en su hablar, en su discutir, en el ver. Y la bendición no entra".

Se había ahondado la intensidad en cada uno de nosotros. Narayan preguntó: "Usted dice que la puerta tiene que abrirse; ¿puede explicar qué significa eso?"

"Me interesa profundamente que esto le ocurra a Narayan", dijo K, "y pregunto qué puedo hacer para precipitar esta cosa".

"Quizás haya algo de nuestra parte que nos está bloqueando. En usted hay una cualidad ilimitada, inexpresable, y yo siento que nosotros no extendemos nuestras manos hacia ello", dijo Achyut.

"Ustedes sí extienden las manos, pero eso no ocurre. Puede que estemos condenados y que aquello sea para muy, muy pocos. Con el Buda, después de cincuenta años sólo hubo dos: Sariputta y Mogallanna. Puede que ése sea el destino del hombre", reflexionó K.

"¿Es necesaria alguna cualidad de renunciación?", preguntó Achyut.

"No creo que eso tenga nada que ver con la renunciación. El ser humano ha pasado hambre; ha permanecido solo en las montañas; lo ha hecho todo para tener aquello; pero al parecer no ocurre de ese modo. Digo, pues, que tal vez deba pasar rápidamente por este vigilar, este observar silencio, etc., y terminar con ello. Y pregunto: ¿Qué es lo más importante? ¿Es la energía? El misionero tiene una energía inmensa cuando va por ahí predicando, y no obstante, esa cosa no está ahí". Krishnaji se interrogaba profundamente a sí mismo.

"¿Es mi pasión la que puede transformar a Narayan? Si Narayan permaneciera conmigo, si participara en todas las discusiones, indagando, planteándose retos internos todo el tiempo, ¿haría algo eso? ¿Comprenden?" Permaneció nuevamente en silencio. Luego, desde una vasta profundidad, dijo: "¿O tiene que haber una negación de todo -el papel del *sannyasi*, el monje que guarda silencio durante toda su vida, que permanece solo consigo mismo... ha de ser desechado todo eso? ¿Pueden ustedes negar todo eso?

"Por siglos el hombre ha luchado y, no obstante, lo otro no se ha producido. ¿Y puede Narayan decir: 'Veo todo eso y no lo tocaré, se ha terminado'?" De pronto hubo una aceleración inmensa. "Yo soy el santo; yo soy el monje; soy el hombre que dice, 'ayunaré, me torturaré físicamente, negaré todo lo que sea sexo'; soy ese hombre. Y digo que he terminado con todo eso, pero soy todo eso porque mi mente es la mente humana que ha experimentado con todo eso y, no obstante, no ha dado con esta bendición. Por lo tanto, ya no tocaré nada de eso. Se terminó.

"¿Entienden? ¿Pueden ustedes hacer esto? ¿Comprende lo que estoy diciendo, Rajesh?"

"Sólo estoy escuchando".

"Eso no es suficiente. Yo no tengo que quedarme callado por el resto de mi vida. Los monjes trapenses lo han hecho, ¿pero por qué debo hacerlo yo? Veo a los santos, a las personas que se matan de hambre, que se torturan, que estudian grandes libros, que meditan; veo que soy todo eso. Debido a que ellos lo han hecho, mi cerebro forma parte de esa acción. Por lo tanto, ya lo he hecho, no tengo que pasar por todo eso". El discernimiento despierto investigaba.

"¿Es posible negar eso con la misma urgencia que el hombre que estudia, que toma votos? ¿Es con el mismo sentido de urgencia que usted ve esto y lo niega? Pero después de negarlo, ¿la urgencia permanece?"

"Puede ser, señor, que cuando negamos, también estamos negando la urgencia. ¿Qué es lo que queda al final de la negación?", pregunté.

"Entiendo lo que quiere decir, Mire, yo veo todo -el hombre lo ha visto todo y lo ha hecho todo desde el principio de los tiempos. Lo ha hecho todo por alcanzar esta bendición, lo innominable. Veo eso frente a mí, pero no puedo aproximarme a ello. No puedo hacer nada al respecto". Krishnaji era inconmovible.

"Usted ha hablado también durante todos estos años del 'conocimiento propio', del florecimiento de 'lo que es'. Nos ha dicho: observen, examinen, investiguen. Ahora parece usted llegar a un punto en que niega todo eso".

Con intensa pasión y un sentido de urgencia, Krishnaji dijo: "Lo he negado. Veo que todo eso no lleva a ninguna parte. ¿Comprende lo que he hecho? He negado todo cuanto el hombre ha hecho con el fin de alcanzar aquello. ¿Entiende lo que estoy diciendo? Y me digo a mí mismo: ¿Puede Narayan hacer esto? Él es mi estudiante en el Valle de Rishi, y yo me pregunto: ¿Puede él hacerlo?

"¿No indica esa negación una madurez, una tremenda madurez? ¿No es verdadera madurez decir que todas las cosas que el hombre ha hecho no han originado esa bendición, y que por lo tanto uno no va a pasar por todo eso?

"¿Es eso lo que hemos perdido? ¿El sentido de la gran madurez que implica no pasar por todo eso?

"Veo a los gurús con la gran inmadurez que los acompaña. Y veo que no debo seguirlos. Pero al ver eso, ¿me detengo y comienzo a descender cuesta abajo? ¿Me vuelvo indolente y perezoso?

"El hombre que dice, 'he intentado todo eso y lo he negado', se está moviendo. Si no nos movemos o nos movemos en un círculo estrecho y perdemos el tiempo comparando lo que dice K con lo que dice Buda, al final de ello, ¿qué nos queda?

"Tenemos que negar el conocimiento, negarlo todo".

"¿Puedo enseñarle a Narayan, mi estudiante en el Valle de Rishi, este acto de negación total?"

"¿Quiere decir que he de negarlo a usted? Vea lo que está diciendo". No pude evitar interrumpirle.

"Si, usted tiene que negarme", fue la respuesta de K. "Lo que yo digo es que uno no puede negar la verdad, pero tiene que negar todo lo demás. Yo niego todo lo que el hombre ha buscado para lograr aquello. Niego al santo que

se ha torturado a sí mismo, a los monjes trapenses que han guardado un silencio absoluto, ellos lo han hecho todo en el ejercicio de aquello, y yo niego lo que ellos han hecho. ¿Puede usted negar de ese modo? ¿Es la falta de una negación total la razón de que la puerta no se abra?"

"En mi juventud, cuando usted rompió con todos los métodos y sistemas y dijo que la verdad no tiene senderos, me sentí realmente confundido. Ahora estoy llegando a lo mismo, porque siento que no hay sendero alguno que pueda conducir a lo que usted dice", se lamentó Achyut

"Comenzamos preguntándonos si los maestros del Valle de Rishi podrían comunicarse con los estudiantes y ayudarles a despertar. Narayan dijo que discutiría con ellos en grupos pequeños. Si fuera necesario, se sentaría con ellos en silencio, observando los pájaros, siendo sensible. Pero yo veo que eso no trae consigo aquel perfume. Veo lo que los monjes y otros seres humanos han hecho para lograr esta inteligencia extraordinaria, sin conseguirlo. Entonces, ¿por qué tenemos que pasar por todo eso? Así que niego todas las cosas que el hombre ha tratado de hacer para lograr aquello. De modo que mi mente, mi cerebro está libre para experimentar". Krishnaji estaba abriendo las ventanas de su mente. "Pienso que ésa es la pista. Esas personas han experimentado por años en los bosques, pero no han dado con aquello, ¿Por qué tengo que pasar yo por todo eso?"

"Lo que usted dice es que la mente tiene que hallarse en un estado exento de dirección alguna hacia la cual volverse, un estado sin ninguna de las investigaciones que el pensamiento ha estado persiguiendo", dije.

"En ese estado, vea lo que el cerebro es. Ya no se encuentra más en un estado de experimentación o investigación". El hablaba, pero no había movimiento alguno fuera de la profundidad y pasión de sus percepciones. "Hay quienes han investigado y han fracasado todos ellos. Hay otros que lo han intentado mediante la bebida, el sexo, las drogas... Veo eso. ¿Por qué tengo que pasar por todo ello? Por lo tanto, veo y niego. No es una negación ciega. La negación tiene tras de sí una razón, una lógica tremenda. Y así mi mente, el cerebro, es totalmente maduro. ¿Entienden lo que digo? ¿Se encuentran ustedes en ese estado? Por favor, contéstenme. Este es un reto. Tienen que responder. ¿Todavía están experimentando?" Hizo una pausa.

"En esta negación incluyo a los teósofos con sus jerarquías, con sus Maestros. He terminado con todo eso.

"¿No es, acaso, necesaria esta negación total para ayudar al muchacho, al estudiante, a fin de que vea y salte fuera de ello? Entonces el cerebro es totalmente estable, puesto que no está mirando en ninguna dirección. Ha dado la espalda completamente a todas las direcciones. ¿Que dice usted, Narayan? Usted es mi estudiante en el Valle de Rishi".

"Comienzo a notar la falta de fuerza en el cuerpo y en la mente", contestó Narayan.

Krishnaji dijo: "Tengo ochenta y cinco años, y le digo que tiene que negar. Por siglos el hombre ha dicho que debe controlar su cuerpo, conseguir que éste no interfiera. ¿Puede usted negar todo eso? Si no puede negar así, yo le pregunto. ¿Por qué no puede hacerlo?"

"¿Vuelve usted al conocimiento, a la discusión, etc.?" Narayan, incapaz de enfrentarse a la negación absoluta, eludía la pregunta. Krishnaji dijo. "Esa es una trivialidad. Mi interés está en ver que el estudiante no pase por toda esta lucha. Que la mente sea madura, que esté viva. ¿Puedo hacer esto con diez muchachos o chicas? Si es así, entonces estoy dando origen a un grupo de jóvenes por completo diferentes".

"¿Cómo se enfrenta uno a todos los problemas de la adolescencia?" Otra vez Narayan trataba de alejarse.

Krishnaji dijo: "Un muchacho que ha estado con nosotros desde los cinco años, cambia súbitamente cuando llega a los trece más o menos. Yo quiero impedir eso. Voy a descubrir qué ocurre. Quiero impedir que se vuelva tosco, vulgar.

"Ningún educador ha hecho esto", fue el comentario de Narayan.

Krishnaji respondió: "Voy a negar a todos los educadores. Quiero descubrir de qué se trata. ¿Es la pubertad, el sexo? ¿Es un sentido de hombría el que vuelve vulgar al muchacho? Uno puede ver la transformación en ese período de su vida. Quiero evitar eso. Pienso que es posible evitarlo. Para ello uno puede advertir que en lo físico, el niño madura muy, muy lentamente".

"¿Eso qué significa?", preguntó Rajesh".

¿No sabe usted lo que significa? ¿Por qué un niño o una niña, hasta cierta edad irradian una sensación luminosa, y después se vuelven tan burdos? ¿Se debe a algo del organismo físico que se relaciona con la procreación? ¿Es eso lo que origina al cambio? Si es así, ¿puede eso ocurrir más tarde en la vida? Narayan, yo lamento estar intimidándolo, pero ¿puede usted negar todo lo que conoce?"

"Yo seguiría estudiando".

"Estudie", dijo Krishnaji. "Pero usted sabe que, al cabo de cuarenta años, está donde está, ¿no es así? Estudie, practique abstinencia, celibato, tome votos; haga todo eso, pero no lo llevará a ninguna parte. ¿Por qué tengo que pasar por todo ello? Formo parte del ser humano que ya ha hecho todo eso".

Achyut comentó: "Yo siento, señor, que todas estas cosas tienen efectos limitados. No me conducirán a aquello. Hago prácticas, etcétera, pero no me conducen a aquello". Hizo una pausa y continuó: "Uno cuida su cuerpo, lo vigila. Hay equilibrio. Todo eso tiene su lugar. Hay una gran diligencia".

Achyut intentaba disipar la energía acumulada. Pero Krishnaji era inconmovible. “Esa diligencia no llega a través de ninguna de estas cosas. Mi cerebro es el cerebro de la humanidad. Estoy absolutamente seguro de eso. Por lo tanto, siendo el cerebro de la humanidad, mi cerebro ha hecho todo esto. No tengo que experimentarlo. ¿Sabe usted lo que eso significa?”

Los *Vedas* hablan del gran maestro que lleva a su discípulo dentro de sí, como un embrión. Por tres noches lo conserva en la oscuridad de su interior, mientras los dioses se reúnen para presenciar el nacimiento. En cierto sentido, Krishnaji estaba haciendo eso con nosotros, atrayendo estrechamente hacia sí a las personas sentadas a su alrededor, posibilitando que las mentes de ellas tocaran de manera directa su mente, poniendo así fin a toda división. Krishnaji dijo: “Pienso que estamos abriendo ligeramente la puerta. ¿Ven ustedes lo que estamos haciendo? Nos movemos. Este capítulo no ha sido estudiado hasta ahora. K no ha pasado por todas estas disciplinas. ¿Por qué debería hacerlo?”

“¿Dónde obtiene usted sus percepciones?”, preguntó Narayan.

“No haciendo nada de esto”.

“¿No haciéndolo las obtendré yo?”, volvió a preguntar Narayan.

La voz de Krishnaji llegó desde una inmensa profundidad de eones. “No. El cerebro mismo dice que es muy viejo, que no continuará más con el conocimiento. ¿No ve usted lo que ha ocurrido con *este* cerebro? Es inconmovible como una roca. Es firme, estable, lo cual no quiere decir que sea estático. No se duerme. ¿Percibe usted lo que le sucede a un cerebro que dice: ‘Soy la humanidad, y lo que la humanidad ha hecho, lo he hecho’? Y veo que eso no produce la bendición y, por lo tanto, todo lo hecho no tiene sentido”. Hubo una larga pausa. Luego dijo: ¿Hay una pista en todo esto? Vea lo que le ha ocurrido al cerebro. Se ha movido fuera de su círculo. Hágalo ahora. Muévase fuera del círculo que el hombre ha tejido alrededor de sí mismo.

“Ahora bien, ¿puede transmitir esto al estudiante? ¿Puede usted crear algo, una escuela que nunca haya existido antes?”

Pocos días después, Krishnaji me llevó a su habitación y me dijo: “Estaba deseando decirle algo. En el Valle de Rishi ocurrió una cosa extraña. Una noche desperté sintiendo que todo el universo convergía dentro de mí. Un penetrar de todas las cosas, y el viajar más y más profundo en una profundidad sin final”. Mientras hablaba, su rostro, inmensamente serio, irradiaba luz.

Capítulo XXXV

"UNO TOCO LA FUENTE DE ENERGÍA DE TODAS LAS COSAS".

Desde el momento en que llegó a Bombay, Krishnaji era pura llama y comunicaba su intensidad. Inflexible en su cuestionamiento, una mañana durante el desayuno, preguntó: "¿Puede el cerebro, que es memoria, liberarse completamente de la memoria? ¿Existe en el cerebro una facultad capaz de permitirle una transformación total de sí mismo? ¿Qué ocurre cuando ustedes escuchan una pregunta de esta naturaleza?" Guardó silencio por un rato, y nuestras mentes también quedaron en silencio.

"¿Se está deteriorando la mente del hombre porque contiene milenios de tradición y memoria?" Había un silencio intenso y la conciencia de Krishnaji, que se había retirado a vastas profundidades, habló desde estas profundidades: "¿Hay en el cerebro una facultad capaz de cambiar su naturaleza y estructura, de modo que el cerebro se libere a sí mismo del pasado y emerja vital y nuevo?

"Desde que estuve en el Valle de Rishi y esto lo digo sin ningún sentido personal y sin exageración alguna todas las noches el cerebro ha estado experimentando una 'ruptura' y penetrando en algo inmenso. He estado observando esto como si estuviera viéndolo operar en algún otro".

Percatándome de la inmensidad interna de Krishnaji, le pregunté si meditaba en voz alta. Estuvo de acuerdo. Esto sucedió en los Sterling Apartments, Bombay, hacia fines de junio de 1.980.

"Durante los últimos cuatro meses más o menos, una actividad peculiar ha estado desarrollándose como si se estuviera lavando el cerebro -tenía lugar una purificación y me preguntaba qué era eso. Recientemente, cuando estuve en el Valle de Rishi, sucedió algo singular. Por varias noches uno tocó realmente la fuente de energía de todas las cosas. Era un sentimiento extraordinario; no provenía de la mente o del cerebro sino de la fuente misma. Y eso ha estado prosiguiendo en Madrás y aquí. Es como si uno estuviera totalmente aislado -si es que puedo usar esa palabra sin un sentido de separación. Había una sensación de que nada existía excepto 'aquello'. Esa fuente o sentimiento era un estado en que la mente, el cerebro, ya no operaba -sólo la fuente operaba. Esto puede sonar raro y fantástico, pero no lo es. Me dije que debía observar cuidadosamente si no me estaba engañando a mí mismo, si no estaba preso en una ilusión, en el deseo de aquello que había comenzado y en el deseo de querer multiplicarlo, cambiarlo. He vigilado muy atentamente para ver que un deseo así no penetrara de ninguna manera en aquello. Porque en el momento que interviene el deseo, eso se convierte en un recuerdo y la energía se ha ido, la cosa original ha desaparecido. Por lo tanto, soy sumamente cuidadoso en ver que esa cosa permanezca pura. La palabra 'puro' significa claro, inmaculado, incorrupto. Eso es como el agua pura, el agua destilada, un torrente de la montaña que jamás ha sido tocado por la mano o la mente del hombre".

"He sido muy prudente a este respecto. He descubierto recientemente que el cerebro está perdiendo -tengo que ser muy cauto en el modo como expreso esto perdiendo su propia volición, su actividad propia. Sólo escuchen por un minuto. No sé si es común a la condición humana que, por tantos años como puedo recordar, cuando salgo a caminar por tres o cuatro horas, durante ese período no haya ni un solo pensamiento. Esto no es una invención, no es un producto del deseo. Y 'aquello' ha estado ocurriendo... cuando salgo a pasear está siempre ahí".

"La mente, el cerebro se halla muy habituado a la recordación, a la experiencia, al conocimiento, a la memoria. Tiene que encontrar su propia tranquilidad... de modo que el origen, el principio no sea interferido por la actividad del cerebro. La Biblia y otros libros religiosos de Oriente, dicen que en el principio era el caos y que del caos surgió el orden. Pienso que es a la inversa. Puedo estar equivocado, pero el principio era orden. El hombre generó el caos. Porque la creación no puede ser caos. *Caos* significa desorden, y el Génesis dice que había caos, oscuridad; y que de ese caos Dios creó el orden. Estoy seguro de que no es así. Tiene que haber existido un orden total; los terremotos, los cataclismos, los volcanes, eran todos orden. Pienso que hemos perdido ese sentido de orden total, de completo, original y bienaventurado orden. Lo hemos perdido, y la oscuridad del caos ha sido originada por el hombre".

"En el principio no era el caos. Eso es imposible. Aun si hubiera un Dios -estoy usando la palabra Dios en su significado corriente y Él hubiera creado el caos original y de éste el orden, el Origen tiene que haber sido orden. No pudo haber desorden y de éste haberse creado el orden. El principio tiene que ser orden. Y el hombre lo llamó caos, y de ello el hombre produjo un tremendo desorden".

"Ahora busca volver a ese origen, a ese orden. Ese estado tiene que ser de una inmensa bendición, un estado inmenso, intemporal, incorruptible; de lo contrario no es orden".

"¿Puede, entonces, el hombre volver a aquello?

"Eso jamás puede ser experimentado. Porque la experiencia implica reconocimiento, recordación. y 'esto' no es algo que uno pueda experimentar como 'yo recuerdo'. 'Esto' se halla fuera del reino de la experiencia -de todas las experiencias fuera de todo conocimiento, totalmente más allá de cualquier esfuerzo del hombre".

"Pero el hombre se ha quedado con sus sentidos y sus deseos y la vasta acumulación del conocimiento acopiado en el cerebro".

“Nos preguntamos, pues: ¿Puede uno extirpar la tremenda acumulación de un millón de años?”

“Pienso que eso es posible cuando todos los sentidos son excelentes y están totalmente despiertos. Entonces no hay un centro desde el cual pueda tener lugar una experiencia. Cuando no hay centro, existe un estado de no-experiencia, un estado de observación pura. Cuando todos los sentidos están altamente despiertos y operan, cuando son espléndidamente sensibles, entonces en ese estado no hay un centro donde esté involucrado el ‘yo’. Es este centro, como el ‘yo’, el que crea el deseo. Este estado, este centro, no puede alcanzar aquel otro estado -el principio original”.

“El hombre no puede ambicionar aquel estado, ni recurrir a disciplinas o sacrificios para aproximarse de cualquier manera a él. ¿Qué ha de hacer entonces? Es muy importante comprender el deseo. Si éste no se comprende por completo, la sutileza del deseo es inmensa y, por lo tanto, tiene unas posibilidades enormes, extraordinarias, de engendrar ilusión”.

“El deseo, la voluntad, el tiempo, deben cesar por completo. O sea, que la mente, el cerebro, tiene que ser absolutamente puro; no puro por ausencia de sexo o de feos pensamientos, sino que ha de estar completamente vacío de conocimiento. Un estado donde el pensamiento nunca pueda surgir a menos que sea indispensable. Entonces ese pensamiento tiene su propia responsabilidad, de modo que sólo puede actuar en ciertas direcciones”.

“Un cerebro libre de toda experiencia y, por ende, del conocimiento, no está en el campo del tiempo y, en consecuencia, ha llegado al principio de todas las cosas. Uno no puede explicarle todo esto a la gente. Pero la gente debería escucharlo -¿entienden?”

Intervino Achyut: “¿Usted ha dicho que los sentidos no son perjudiciales, pero que los sentidos crean el conocimiento?”

Sunanda preguntó. “¿Qué relación hay entre el estado de la mente y aquello?”

“Esto no puede ir hacia aquello, que es intemporal. La mente que se halla libre de toda experiencia, una mente que jamás ha experimentado, es como un vaso que puede recibir aquello. Pero esto no puede moverse hacia aquello”.

“¿Qué relación hay entre el vaso y ‘aquello’?”, insistió Sunanda.

“Ninguna. ¿De qué habla usted?” Krishnaji se hallaba en un estado de exaltación. “El deseo de los sentidos -el deseo que proviene del centro tiene que ser completamente desalojado. No hay movimiento hacia ‘aquello’ lo cual significa la cesación del tiempo. Cualquier movimiento en cualquier dirección es tiempo. El hombre ha luchado muchísimo por alcanzar aquello. Es imposible. El deseo, que es muy sutil y por eso es el creador de la ilusión, debe cesar. El cerebro tiene que estar libre del deseo. No puede haber patrón alguno, ni dirección, ni volición, ni deseo”.

Habíamos dado con algo, y hablé: “Eso es creación. No existe un ‘ha sido’ en eso. Sólo existe el comienzo. Sólo existe el estado de comenzar”.

“Ah, espere -obsérvelo cuidadosamente. Siempre hay un estado de comenzar; obsérvelo, obsérvelo, Pupulji, permanezca ahí. Cuando usted dice esto, ¿qué es lo que significa para las personas que escuchan?” La mente de Krishnaji tanteaba el camino.

“¿Cuáles son las implicaciones de esto? ¿El fin es siempre el principio? ¿Sí? ¿Qué significa eso?”, preguntó Asit

“Significa el fin del apego. Ese es el principio. Mire, señor, con el fin de un problema la mente está vacía. No tener problemas en absoluto es no tener experiencia. Pero el hombre común tiene toda clase de temores, de deseos. Los carga consigo toda la vida y nunca dice: ‘¿Puedo terminar con una cosa?’ Con el apego, con los celos…”

“La mente sigue llena de pensamientos”, dijo Asit.

“La mente está llena de pensamientos porque los sentidos no están floreciendo en su totalidad. Los sentidos crean el pensamiento. Crean la experiencia, que es conocimiento, memoria pensamiento. Cuando los sentidos florecen en su totalidad, ¿qué ocurre? No hay un centro como deseo”, dijo Krishnaji.

“¿Cuáles son las implicaciones de eso en mi vida cotidiana?”, inquirió Asit.

Krishnaji contestó: “En su vida cotidiana, su principal interés es ver si los sentidos pueden florecer. Todos sus sentidos, no sólo el sexo, no sólo la vista, no sólo el oír con el oído. ¿Puede mirar a una mujer con todos sus sentidos? Entonces pierde usted el centro; no existe la experiencia. ¿De acuerdo?”

“¿Qué es lo que interfiere con el florecimiento de los sentidos?”, volvió a preguntar Asit.

“No hay nada que interfiera. Nunca les hemos permitido florecer a los sentidos. Hemos operado con el pensamiento como el medio de la acción. Pero no hemos investigado profundamente el origen del pensamiento. Si uno no tuviera sentidos sería un pedazo de roca con vibraciones, o una masa de carne. Pero en el momento que comienzan los sentidos, aparece el apetito, el sexo... uno comienza a moverse en un surco estrecho. Es necesario investigar eso profundamente, de modo que todos los sentidos estén operando. La tradición niega los sentidos -por lo tanto, siempre hay…”

Asit interrumpió: “Si puedo preguntarlo, ¿cuál es la relación entre un trozo de roca que no tiene sentidos, con todos mis sentidos operando? Las rocas no tienen sentidos…”

“No estoy seguro de que las rocas no tengan sentidos -la materia es meramente la rueda de la energía”, dijo Krishnaji.

Asit insistió: “¿Es un asunto de ingreso de esta energía ilimitada? ¿Una cuestión de la cantidad que puede penetrar dentro de la roca, o es una cuestión de los sentidos despiertos a medias o totalmente? La energía ilimitada, ¿está siempre ahí para entrar? ¿Es la cantidad que puede ser recibida la que establece la diferencia?”

“Mi interés está en descubrir si mis sentidos pueden florecer en plenitud, porque de ahí surge todo”, dijo K.

Asit siguió apremiando: “¿Los sentidos se embotan por la falta de atención?”

“Usted es los sentidos. No usted que se da cuenta de los sentidos. Todas las asociaciones que se han fortalecido, se vuelven tremendas. ¿Es el amor un movimiento de los sentidos?”

“La atención, ¿despierta los sentidos?”, preguntó Asit.

“Atención significa cuidado, responsabilidad, afecto, ausencia de motivo”, señaló K. “Cuando surgen los problemas, no está operando la totalidad de los sentidos. Cuando los sentidos están despiertos y no hay un centro, hay un comienzo y un final.

“Los problemas psicológicos no existen en el estado de no-centro. No diga ‘tengo que estar atento’, porque entonces está perdido. Ayer, cuando paseábamos, usted me estuvo hablando de la computadora. El cerebro escuchaba sin registrar. Había una sensación de algo que fluía, que se derramaba hacia el cerebro. Cuando algo ocurre realmente, no hay sentimientos al respecto; cuando hay realmente miedo, no existe el sentimiento de miedo. Este surge un segundo después. El miedo existe en el momento en que usted no comprende”, dijo K.

“Tiene que haber algo en ese estado”, insistió Asit.

“Esto no puede contestarse”, dijo K.

“¿Hay una completa renovación?”

“¿Una renovación del cerebro? Sí, las células del cerebro se depuran. No contienen más la vieja memoria”, dijo K.

“Su cerebro, ¿no contiene ningún recuerdo antiguo? ¿Los millones de años han sido extirpados?”, pregunté.

“De otro modo sólo hay oscuridad”, concluyó Krishnaji.

Días después, cuando estábamos en la mesa del desayuno, le pregunté a Krishnaji si estaba apuntando a un uso nuevo de los sentidos. Cuando los sentidos florecen en plenitud, en un estado de simultaneidad, cesa el centro. Le pregunté si en ese estado se disuelve el impulso de la conciencia del ‘yo’, que da una dirección a la mente. Esta totalidad de la inteligencia sensoria negaba la línea que divide lo externo de lo interno, el ayer del mañana.

“Véalo, Pupulji, véalo”, dijo Krishnaji. “Sólo existen el ser y el comenzar”.

En los días que siguieron Krishnaji habló una y otra vez de aquello que reside más allá de la creación misma. Dijo: “El orden es el principio, la fuente de una energía que jamás puede decrecer. Para investigar eso, tiene que haber una investigación de los sentidos y del deseo. Esa bendición del orden existe cuando la mente no contiene un solo deseo y los sentidos operan totalmente, en plenitud”. Le pregunté a Krishnaji si, esencialmente, estaba diciendo lo mismo que había dicho en años anteriores, pero empleando palabras nuevas; o si estas percepciones eran enteramente distintas. Dijo: “Esto es por completo diferente”.

Desde nuestros encuentros en el Valle de Rishi y en Madrás, yo venía observando que cuando él hablaba de la simiente, de los milenios de edad del cerebro humano, del principio, de la creación, su rostro experimentaba un cambio.

Capítulo XXXVI

"LA DUDA COMO ESENCIA DE LA INVESTIGACIÓN RELIGIOSA".

En la ruta de Londres a Colombo, el 1º de noviembre de 1.980 Krishnaji arribó a Madrás acompañado por Mary Zimbalist. El equipaje que traía fue desviado por error, y Mary Zimbalist se quedó sólo con el maletín que llevaba consigo. Krishnaji se sentía afligido y preocupado por Mary, y su frágil cuerpo se veía agitado. Esa tarde no fue a la playa, pero paseó por la senda circular que rodea a Vasanta Vihar.

A la mañana siguiente tuvo lugar una discusión significativa durante el desayuno, la cual reveló lúcidas percepciones en su implacable cuestionar. Ese día, el interrogante de Krishnaji fue. ¿Está degenerando la mente india? Achyut habló de una entrevista que Krishnaji había tenido con Jawaharlal Nehru y Acharya Kripalani en 1.931, en la que él estuvo presente. Achyut dijo: "Nehru y Kripalani (Miembro prominente del Partido del Congreso y presidente por varios años del Consejo Nacional de la India, Kripalani fue un líder destacado en la lucha por la libertad contra el dominio británico) sentían que para la India era esencial estar políticamente libre antes de que pudiera producirse una regeneración de la mente india". Krishnaji había respondido que si ellos ignoraban la regeneración interna en la lucha por la Independencia, la India estaría perdida. Nehru era joven; su mente alerta y atenta comprendía la importancia de la regeneración, pero él sentía que la libertad política tenía que existir para que la mente india floreciera, para que tuviera el espacio interno en el cual le fuera posible investigar. En esa época, Achyut había concordado con Nehru.

Pero la respuesta de Krishnaji a Nehru fue que la India había representado el espíritu religioso a través de la historia. "El budismo se extendió desde la India a China, Japón y a todo el Oriente y el Lejano Oriente. ¿Cuál es la relación entre esa esencia india y el mundo de hoy?", le había preguntado a Nehru.

Achyut había estado hablando con emoción profunda. Krishnaji escuchó en silencio lo que Achyut decía, y después se volvió hacia nosotros preguntando: "¿Está viva la esencia? El mundo occidental, el mundo cristiano, tenía una esencia religiosa que descansaba en la fe. En el corazón de la religión india siempre existió la negación de todo lo que no fuera 'aquello'. Esa esencia religiosa, la simiente, ¿está ahora desapareciendo? Y si todavía existe, ¿cuál es la respuesta al Occidente y a sus valores?"

A Achyut le dijo: "Usted manifestó que este país tiene un suelo diferente. Los antiguos usaban la palabra *Tat o Brahman* para expresar esto. En aquellos tiempos, la religión no se basaba en la casta o en el ritual. Esta conexión con la esencia había llevado a un estilo de vida diferente. ¿Es posible, entonces, que la simiente dormida por siglos en este suelo, despierte?"

"La vida es la simiente despertando, y esa es la respuesta -el florecimiento de la simiente es la respuesta", dije yo, después proseguí hablando de mi reciente visita a Varanasi unas semanas antes. Yo había discutido la enseñanza de K con el Pandit Jagannath Upadhyaya. Erudito Mahayana en la tradición de Nagarjuna, él había participado en discusiones con Krishnamurti. Me dijo. "Nosotros tenemos que entender la dialéctica de Krishnamurti, pero la esencia de Krishnaji es la belleza, un desbordamiento total del ser". Después dijo que muchos de sus camaradas estaban angustiados con las presentes tendencias del hinduismo, y se habían vuelto al budismo en busca de sustento espiritual, habían sostenido diálogos preguntándose qué hubiera dicho el Buda si estuviera hoy entre ellos. Y terminaron por ver que lo que Krishnamurti decía era lo que el Buda habría dicho.

Krishnaji me escuchó pacientemente, pero no estaba dispuesto a aceptar lo que yo decía. "Usted no responde a mi pregunta", dijo. "Todos ustedes son hindúes, bien conscientes de la cultura de la India. Tienen que responder a esta pregunta. Ustedes se dan cuenta de lo que está pasando en la India, los múltiples gurús, los cultos, y también deben tener un sentimiento de la esencia en virtud de la cual tuvieron lugar las grandes cosas. ¿Qué relación tiene esa esencia, si es que aún existe, con el Occidente y con la religión y la cultura occidentales basadas en la fe, en la creencia?" Después preguntó: "Si tal relación no existe, ¿es, entonces, ése el punto desde el cual puede emerger una nueva regeneración?

"Si esa esencia, ese núcleo, ha desaparecido en la India, ¿es en eso que se están igualando Oriente y Occidente?

"Aparentemente", dijo, "desde el principio de los tiempos el pueblo de la India tenía algo que era genuino, verdadero. Todos eran profundamente religiosos en el verdadero sentido de la palabra. Estaban los Budas y los preBudas que dejaron su huella en el suelo de la India. El mundo actual de los astrólogos, de los gurús, ¿indica que la profundidad de aquello se está agotando?

"En el mundo cristiano la duda jamás ha formado parte de la religión. Aquí, la duda como parte de la investigación religiosa, ha existido siempre. ¿Se está disipando esa capacidad de dudar? ¿Está desapareciendo y convirtiéndose gradualmente en fe?

"¿Alcanzan ustedes a ver que la duda en la investigación religiosa es una de las cosas más extraordinarias que han existido en la India? El cristianismo se basa en la fe; niega la duda, el escepticismo, el cuestionamiento. Estas cualidades se consideran herejía. En la India y en el mundo asiático, la duda era uno de los fundamentos de la investigación religiosa. ¿Está desapareciendo esa duda y, por lo tanto, la India se está uniendo a la corriente

occidental? Y si la duda existe todavía, ¿está siendo sofocada y estamos perdiendo su vitalidad? La duda como una purificación extraordinaria".

"La duda se está volviendo un cuestionamiento formal", dijo Radha Burnier.

"Estoy hablando de la duda real, con la energía inmensa que trae consigo. ¿Qué dice usted, Pupulji? Usted es una mezcla de Oriente y Occidente" (Nacida en una familia brahmínica, libre de todo ritual y creencia arraigadas todavía en la herencia India: educada en Inglaterra, yo simbolizaba para K una mente que podía cruzar el puente entre la cultura oriental y la occidental).

"Cuando usted usa la palabra 'duda', ésta tiene un significado inmenso. Pero yo no puedo responder a su pregunta sobre si esa duda aún existe o no", dije.

"La Sociedad Teosófica y Amma tenían esa cualidad al comienzo. La Dra. Besant dejó el cristianismo, dejó a su marido; existía la duda, y entonces ella quedó atrapada en las organizaciones y perdió vitalidad. Pero la mente india, la mente original, ponía énfasis en la duda. La duda con su claridad, con su inmensa vitalidad, limpia la mente de sus ilusiones. ¿Está la India perdiendo eso? ¿Entienden? Porque es sólo a través de la duda que uno llega a Brahman, no mediante la aceptación de la autoridad", dijo Krishnaji.

"Eso es lo que también decía el Buda", comentó Radha.

"¿Estamos perdiendo eso? No sólo los pocos que estamos aquí, sino la mente de toda la India. ¿Está perdiendo esa condición, esa búsqueda de claridad?" Krishnaji nos apremiaba con la pregunta.

Respondió Radha: "Yo sigo pensando que la duda existe en la India, pero esta duda se ha vuelto una tradición. Cuestionamos en un sentido formal. En el Occidente esto toma la forma de la investigación científica. Se duda de aquello que no ha sido corroborado por la experimentación. La mente india se ha vuelto en la dirección de la investigación científica".

"También la tradición occidental de conformidad ha penetrado en la corriente india", agregó Achyut.

"Krishnaji ha introducido en su enseñanza un nuevo factor: la duda que no se mueve hacia una nueva respuesta. Cuando uno usa la palabra 'duda' dentro del contexto de la India, de la duda surge inmediatamente la búsqueda", dije yo". '¿Qué soy, quién soy?'

Esta es la pregunta que nos hacemos en la India. Esta pregunta no tiene una dirección", comentó Achyut.

"Por supuesto. Si usted duda con una dirección predeterminada, entonces esa duda tiene un significado por completo diferente", dijo K.

"La duda no seguida por la búsqueda, no ha existido en la corriente india. En la duda de Krishnaji hay una inmediata inmovilidad en la mente", dije yo.

"Estoy planteando una cuestión realmente muy seria. Quiero descubrir si en la India, la mente está siendo atrapada y desviada por la ola materialista. Esa ola está amenazando al mundo occidental, expresándose a través de la tecnología, del nacionalismo. La mente occidental se está moviendo en la dirección de lo externo, y esto domina el mundo. ¿Está, pues, la India perdiendo algo que se encontraba ahí? Por lo que uno puede ver, parece estar perdiéndolo".

Intervino Mary Zimbalist: "¿Pregunta usted si el otro espíritu que subyace en la India está fracasando? ¿Cómo puede uno decirlo?"

"¿Puede usted responder a esa pregunta? ¿Puede sentirla, indagar en ella? ¿Pueden Pupul o Achyut tener un sentimiento de lo que está ocurriendo en este país? ¿Pueden tomar lo externo como una medida y moverse hacia lo interno?", preguntó K. "Lo otro estuvo siempre ahí. Estoy diciendo algo muy sencillo. La India se movió desde un núcleo central, y ese núcleo se extendió por todo el mundo asiático a través de la búsqueda interna, la danza, la música y las expresiones culturales. El mundo occidental estaba centrado en la creencia, que es tan superficial. La superficialidad, el materialismo, ¿están conquistando esto? Verlo es muy significativo. ¿Puede uno ver la manifestación externa de esto en la India, a través de su burocracia, de la tecnología, de la ciencia, de la energía nuclear, que siguen los mismos pasos de Occidente? ¿Es así como se está marchitando gradualmente la esencia prístina, original de este país? La India estaba concentrada en una sola cosa. Por eso tenía un fuego que se extendió por todo el mundo. ¿Qué está pasando ahora con la esencia india?" El apasionado interrogar de Krishnaji y la llama de su atención encendían nuestras mentes.

Habló Mary. "¿No diría usted que en la India el espíritu se ha vuelto hacia lo externo? Se ha adulterado. Ya no es más una fuerza. ¿Cuál es, entonces, la diferencia entre la India y Occidente?"

"Yo no diría que este campo se ha corroído en los últimos quince años. Yo no diría eso", dije.

"Espero que no. Pero no aceptaré su aseveración. La cuestiono. Yo deseo que la India sea así. Por lo tanto, digo que espero que no pierda aquello. Si se ha perdido, se ha perdido. No quiero que lo pierda, porque entonces es el fin de todo", dijo K.

"O usted introduce lo que dice en el campo comparativo del tiempo y pregunta si antes había más personas conectadas con la esencia, o sólo puede formular la pregunta: ¿Hay *actualmente* personas firmemente establecidas en esto?", dije.

"Fuera de esas personas que se han mostrado a Krishnaji en la India, ¿hay quienes extraen su fuente de energía de la duda?", preguntó Achyut.

“Ha habido veces en la historia de este país cuando la energía ha explotado en grandes manifestaciones. Usted dice que la India se está deteriorando; hace cientos de años o más, ¿existía la duda religiosa, y cuál era, entonces, su naturaleza? De modo que no planteemos la cosa en términos de tiempo lineal. Digamos más bien: ¿Existen hoy en día personas que tengan la capacidad de formularse esta pregunta?”, dije.

Intervino Radha: “Hay diversos factores que también han contribuido al desgaste de este espíritu. El movimiento Bhakti, que existió por un número de siglos con su énfasis en la creencia y en la fe, podría compararse con el cristianismo. Después vino la moderna era científica que ha reducido toda la naturaleza a lo experimental. Todo esto cortó la fuente en sus raíces”.

“En el pasado había solamente unos pocos, los aristócratas del espíritu, que se basaban en aquello que no tiene forma”, dije. “Apareció Buda y habló. Eso ocurrió trescientos años antes de que se estableciera la enseñanza”.

“No digan que no pueden contestar mi pregunta”. Krishnaji seguía firme. “He estado formulando esta pregunta por años. Esta vez, cuando volaba a Bombay, nuevamente planteé el interrogante: ¿Está el Occidente conquistando al Oriente? El Occidente tiene la capacidad de organizarse, de reunir a la gente, tiene la tecnología, las comunicaciones, etc. Ha sido capaz de construir sistemas maravillosos. Aquí no se basaban en la organización ni en el sistema. Había personas que eran únicas, completas en sí mismas”.

“Existe el campo del bien y el campo del mal. El reto consiste realmente en cómo se puede hacer poderoso ese campo del bien”, dije.

“No, el bien no puede ser poderoso. El bien es bien”, respondió K.

“Admitamos que el núcleo está corrupto. ¿Cuál sería la respuesta?”

“Entonces podemos decir que eso se terminó; hagamos, pues, algo al respecto. Pero si usted dice que existe, entonces sólo continuamos en lo mismo”, dijo K.

“¿Y si admito que se ha terminado?”, pregunté.

“Entonces aquello que tiene un final, tiene un nuevo comienzo. Si se ha terminado, entonces está ocurriendo algo tremendo”, dijo K.

“Esa es la mayor diferencia que hay entre usted y otros. Yo fui educado en una tradición que creía en esta fuente y en coda uno de los pensamientos ‘renovacionistas’, y decía que todo ello tenía existencia. Usted es la única persona que pregunta si la simiente está viva o no”, dijo Achyut.

Yo agregué: “Estando Krishnaji aquí, ¿cómo puedo decir que la simiente está corrupta?”

“Yo tampoco logro ver que la duda ha cesado completamente y una cosa nueva ha comenzado”, dijo Radha.

“Cuando una cosa se ha terminado, algo nuevo está ocurriendo”, dijo K.

“Uno puede preguntarse: ¿Existe la duda en mí? A eso puedo contestar directamente; pero cuando usted me pregunta si la simiente se ha corrompido, a eso no puedo responderle nunca”.

“Si la duda ha llegado a su fin en la India, me temo entonces que eso sea algo terrible”, dijo K.

“Si yo niego la simiente, entonces lo he negado todo”, exclamé.

“No estoy hablando de negar. Le formulo una pregunta. El Occidente es enormemente poderoso con la ciencia, la tecnología, la organización, la comunicación, la guerra, todo eso. Esa enormidad ha sofocado aquello que no es enorme. ¿De acuerdo? ¿Es la esencia interna tan inmensa que puede oponerse a eso y lograr que todo eso no la contamine? ¿Entiende lo que digo? No es un asunto geográfico. Hablo de la mente india que ha producido los *Upanishads*, que ha dado origen al Buda. La India ha sido el depósito de algo muy, muy grande. El Occidente, con su énfasis en la fe y con su materialismo, está destruyendo esa grandeza”.

“No puedo responder a su pregunta”, dije.

“Usted tiene que responder. Es un reto al que tiene que enfrentarse. Es el reto que todos en la India tienen que afrontar”, dijo K. “Pupul, esto es muy interesante, es la mente humana la que se está formulando esta pregunta: ‘¿Existe una mente que sea incorruptible? ¿Está ella siendo destruida por el Occidente?’

“La religión occidental se basa en la fe y en la creencia con todas sus implicaciones. Estar preso en la fe o en la creencia, es el fin de la duda. La investigación religiosa en la India no se basaba en la fe, y por eso podía moverse en todas las direcciones. Libre de una dirección fija, tenía lugar un movimiento por completo diferente: ésta es la esencia de los Budas, de los preBudas. Esa esencia, ¿está siendo poco a poco corroída por el Occidente? ¿O se está expresando a sí misma ahora? No como el Buda o Maitreya -estos son sólo nombres. Esa esencia, ¿se está expresando ahora?”

Respondí: “Esa esencia es incorruptible. Por lo tanto, no puede deteriorarse. La mente india de hoy está condicionada. La única cosa que uno puede decir es que esa mente, debido a que ha estado por siglos afinada para ‘lo otro’, puede tener una disposición hacia ‘lo otro’”.

“Y así tener la posibilidad de una mutación. Pienso que esta mente tiene una posibilidad mayor de mutar. Esto no implica negar al Occidente. No hablamos de Oriente y Occidente como opuestos: hablamos de la cualidad de una mente que carece de una dirección establecida”.

“¿Diría usted que la mente condicionada no tiene nada que ver con ‘aquello’?”, preguntó Radha.

“La mente condicionada puede no tener nada que ver con ‘aquello’, pero ‘aquello’ puede tener algo que ver con la mente condicionada. De modo que pregunto: ¿Puede la mente de la India -no mi mente o la mente suya, sino la mente que se ha desarrollado por cinco mil años, la mente de Buda puede esa mente condicionarse jamás? La mente india, buscando a tientas el camino hacia aquello, duda, cuestiona. Usted dice, Pupul, que ésa es la corriente principal de la mente india. ¿Estamos nosotros en esas aguas de la investigación? ¿O flotamos entre palabras, símbolos, mitos, ideas, teorías?”

En la noche del 4 de noviembre, durante la cena en Vasanta Vihar, Krishnaji comenzó a considerar la percepción y la totalidad. Yo dije que había estado tratando de comprender el modelo holográfico, en el cual un fragmento contiene la totalidad.

Krishnaji dijo que en la percepción total estaba contenida toda la humanidad. Habló de una percepción del dolor, en la cual había una liberación total respecto del dolor; en una percepción semejante se renovaba la conciencia humana. Después se preguntó a sí mismo: “¿Es así? En una percepción del dolor, ¿está todo el contenido del dolor humano?”

Empezamos a hacerle preguntas, y dijo: “Si ustedes ven el movimiento total del placer -placer sensual, placer del sexo han comprendido todo el contenido de la conciencia”.

“¿Podríamos percibir de ese modo el cuerpo, la mente?”, preguntó Achyut.

“¿Podríamos explorar la atención?”, preguntó Krishnaji. “Hemos dicho ‘atender’. ¡Pero jamás hemos indagado en la atención! ¿Qué es atender?” Varios de nosotros contestamos, pero Krishnaji continuó inquiriendo.

“¿Qué ocurre cuando la atención indaga en sí misma? Cuando atienden de ese modo, todos sus sentidos están completamente despiertos. No es un solo sentido el que atiende, sino la totalidad de los sentidos. De lo contrario, no pueden atender. Cuando hay un solo sentido que ha sido altamente cultivado y los otros no, uno no puede atender. El estado de atención es una actividad sensoria completa. La actividad sensoria parcial conduce a la concentración. La atención no tiene un centro. La atención fluye desde sí misma, se mueve, jamás está quieta. La atención capta más y más -no ‘más’ en un sentido comparativo, sino como un río que tiene tras de sí un inmenso caudal de agua, un tremendo volumen de energía, de atención, ola sobre ola, cada ola con un movimiento diferente. Jamás nos hemos preguntado qué ocurre más allá de la atención. ¿Hay una suma total de la energía?” Los científicos le habían dicho que la materia y la energía eran una sola cosa. La ola seguía siendo energía, nunca podía estar inmóvil”. Al penetrar en una ola de percepción, que es energía, ocurren cosas extraordinarias. Hay un elevado sentido de éxtasis, un sentido de espacio sin límites; un vasto movimiento de color”. Hizo una pausa. “El color es Dios”, dijo, “no los dioses que adoramos, sino el color de la tierra, del cielo, el color extraordinario de una flor”.

Asit preguntó con vacilación: “¿Incluiría usted el aroma?”

“Por supuesto, el color es aroma”, dijo K.

Indagaba a medida que iba hablando. “¿Puede uno ver completamente, con todos los sentidos? ¿Ver no sólo con los ojos, sino con el oído; escuchar, gustar, tocar? Tiene que haber armonía. Esto sólo es posible cuando no hay movimiento alguno desde el centro”.

“Obsérvense a sí mismos un día”, nos dijo. “Miren la luz del sol y comprueben si pueden verla con todos los sentidos completamente despiertos y completamente libres. Esto nos lleva a un hecho interesante. Donde hay falta de armonía, está el yo.

“La atención es armonía completa. Tiene que haber un gran caudal de energía concentrada a consecuencia de la armonía. Es como el río Ganges. La atención es un movimiento hacia la eternidad”.

Esa tarde fue histórica: Krishnaji volvió a pasear por los terrenos de la Sociedad Teosófica en Adyar. Le acompañamos. Radha Burnier estaba con él en el automóvil. Fueron recibidos en el portal por el vicepresidente de la Sociedad Teosófica. Agasajaron a Krishnaji con una guirnalda de rosas. Radha y Krishnaji caminaron por la carretera que va a la playa, pasando el edificio de la sede central. Krishnaji caminó más allá de su antiguo aposento; al regresar tomó el sendero a lo largo del río. Es un predio hermoso. Los árboles son bellos, las personas que vivían ahí buscaban refugiarse de los afanes del mundo. El regreso de Krishnaji contenía una grande y conmovedora intensidad.

Todos los días, mientras estuvo en Madrás, Krishnaji viajaba en automóvil atravesando el recinto de la Sociedad Teosófica hasta la casa de Radha, y desde ahí caminaba por la playa. Una tarde, al regresar de su paseo, Krishnaji habló de dos jóvenes pescadores - muchachos delgados, de piel oscura. Con naturalidad y una destreza inmensa, preparaban sus catamaranes para la botadura; giraban el timón para dirigirse al mar, lanzando rápidamente el bote hacia las oscuras aguas desconocidas. Krishnaji se sintió profundamente conmovido.

Más tarde, durante ese mismo año, Krishnaji habría de ir a la Sociedad Teosófica para almorzar con Radha Burnier. Antes del almuerzo, ella fue con él al edificio principal de la Sociedad, donde la Sra. Besant había tenido sus aposentos y donde había vivido. K visitó previamente su propia habitación que daba sobre el río y el mar.

Primero se paró ante la, ventana mirando fijamente a lo lejos, donde el río se encuentra con el mar. Más tarde diría que no lo recordaba. Después fue a la habitación de Mrs. Besant. Se paró con sumo cuidado delante de su *chowki* con su pequeño escritorio, y caminó alrededor de la habitación, en silencio, escuchando. Súbitamente, se detuvo ante una gran fotografía de Leadbeater colgada en la pared. “En mi época esto no estaba aquí”, dijo. Radha Burnier le explicó que había sido puesta ahí muchos años después. Durante unos minutos, Krishnaji estuvo parado delante del retrato contemplándolo, luego levantó de pronto la mano y dijo. “Pax, pax”. Finalmente, se volvió hacia Radha Burnier y salió de la habitación.

Capitulo XXXVII

“SÚBITAMENTE VI EL ROSTRO”.

El gobierno de Sri Lanka había invitado a Krishnamurti como huésped oficial cuando ofreciera sus pláticas en Colombo. Varios de sus amigos le acompañaron a esta isla de esmeralda. Mary Zimbalist, Nandini y yo paramos con Krishnaji en Auckland House, la casa oficial de huéspedes del gobierno cingalés. Se habían hecho toda clase de esfuerzos para que el gobierno de Ceilán le diera la bienvenida a Krishnamurti. Fue invitado a tomar el té con el presidente, se vio con el primer ministro y fue entrevistado varias veces por la prensa. Un gran número de personas asistió a las pláticas -monjes y laicos, cingaleses y tamiles, ministros y oficinistas se reunieron para escuchar al sabio.

Asit Chandmal también se encontraba en Colombo. Había estado en California sosteniendo entrevistas con científicos y tecnólogos que trabajaban en las fronteras de las nuevas ciencias. Le habló a Krishnaji de la era electrónica hacia la cual el hombre se dirigía como catapultado; de las asombrosas capacidades y destrezas de las nuevas computadoras y de la investigación en pos de la máxima inteligencia mecánica.

Los científicos especializados en computadoras perseguían la posibilidad de crear la inteligencia artificial. Estudiaban el cerebro humano para ver cómo funcionaba, con la idea de reproducirlo. Los hombres de ciencia japoneses estaban profundamente involucrados en esto. La IBM ya había iniciado la investigación. Krishnaji escuchaba todo esto con ansia; su mente percibió instantáneamente las dimensiones y la dirección que tomaría esta nueva inteligencia, la magnificencia del impulso inventivo del hombre y, con este impulso, los enormes peligros para la supervivencia de la humanidad. Comprendiendo que el hombre pronto se enfrentaría a retos sin precedentes, interrogó sin piedad a Asit.

Más tarde sostuvimos discusiones sobre la computadora y el cerebro humano. K dijo: “El cerebro tiene una capacidad infinita. Esa inmensa capacidad está siendo empleada para propósitos materiales”. El veía con gran claridad que, con la capacidad inventiva, ciertas facultades del cerebro en poco tiempo serían, asumidas por la máquina.

“Al dejar de funcionar, ¿no se contraerán o marchitarán estas facultades?”, preguntó. “¿Se atrofiará lentamente el cerebro? O bien el hombre explora dentro de sí a fin de que pueda usar estas herramientas correctamente, o la percepción, la compasión, la esencia humana tal como la conocemos, cesarán de existir. Sólo hay dos opciones abiertas: O nos comprometemos con toda la gama del entretenimiento externo, o nos volvemos hacia lo interno”.

Krishnaji se apasionaba ardientemente con esta cuestión. La discutió con nosotros en Colombo y más tarde en el Valle de Rishi y en Madrás. Por más de dos años, el principal interés de Krishnaji estuvo concentrado en este problema del cerebro humano y del reto que implicaba la máquina haciéndose cargo de los procesos y facultades del cerebro.

Una mañana le solicité a Krishnaji una reunión, pues necesitaba respuestas para algunos interrogantes que me desconcertaban. El se encontraba en un estado extraño, parecía hallarse ‘fuera’ de sí mismo. Lo interrogué respecto a su posición de que no había senderos hacia la verdad. Dije: “Casi todos los otros sistemas de meditación señalan la necesidad de un apoyo en las primeras etapas. Usted ha sostenido repetidamente que no hay pasos previos ni niveles. El primer paso es el último paso. Pero al investigar su pasado histórico, así como al recordar conversaciones casuales, observo que usted ha pasado por todos los *kriyas* -acciones bien conocidas en la tradición religiosa. Se ha probado a sí mismo, ha negado sus sentidos -ha atado una venda sobre sus ojos para comprobar qué es estar ciego. Ha ayunado durante días, ha observado silencio, ‘*maun*’ por más de un año en 1.951. ¿Cuál fue la razón que tuvo para este silencio?”

“Probablemente fue para averiguar si podía permanecer callado”, dijo K.

“¿Le ayudó eso de algún modo?”

“En lo más mínimo”.

“¿Por qué lo hizo?”

“He hecho cosas absurdas -alimentarme de modo que no se mezclaran proteínas con almidón, comiendo sólo vegetales y después sólo proteínas”.

“¿Coloca el silencio en la misma categoría?”, preguntó Nandini.

“Usted quiere decir que yo no hablé con nadie... ¿está segura? Eso nunca fue nada serio. No hubo una intención espiritual detrás de ese silencio”.

“En la experiencia que tuvo lugar en Ooty, usted aún tenía visiones. ¿Actualmente tiene visiones alguna vez?”, le pregunté.

“No...” Pareció inseguro. “Espere un momento. A veces las tengo. ¿Qué entiende usted por visiones -cuadros, imágenes? Vea, debe haber sido una cosa muy extraña cuando éstas entablaron una conversación conmigo. Hasta donde puedo recordar, el Maestro K.H. y el Buda siempre estuvieron ahí en alguna parte de mi mente. Sus imágenes me acompañaron por un tiempo considerable”.

“Usted ha hablado de un rostro que le acompañaba, que se fundía con su rostro”.
“Es verdad”.
“Se lo pregunto hoy; ¿Está ese rostro todavía con usted?”
“Sí, ocasionalmente. Tengo que investigar esto. ¿Qué es lo que desea averiguar con todas estas preguntas?”
“Quiero escribir un relato exacto, no sólo de acontecimientos; los acontecimientos son de poca importancia desde mi punto de vista”.
“Desde el comienzo mismo, C.W.L. y Amma decían que el rostro había sido creado por muchas, muchas vidas. Yo era demasiado joven para saber lo que querían decir, pero al parecer el rostro los impresionó tremendamente. Dijeron que era el rostro del Bodhisattva Maitreya. Solían repetir esto, pero para mí no tenía ningún significado, absolutamente ninguno. Muchos, muchos años más tarde, después de la muerte de mi hermano, mucho, mucho después de eso -no puedo decirles cuándo una mañana de pronto vi el rostro, un rostro extraordinariamente bello que solía acompañarme, y así lo hizo por muchos años. Luego, poco a poco, ese rostro desapareció. Todo eso comenzó después de la muerte de mi hermano”.
“Prosigamos con la cuestión de las visiones”, dije.
“Por muchos, ‘muchos años, yo ‘no estaba realmente ahí’. A veces, aun ahora, no estoy del todo ahí. Lo de Ojai fue por completo independiente de Leadbeater. En Ootacamund, fue por completo independiente de Rajagopal y Rosalind. Cuando me fui de Ojai -después de 1.947 o 1.948 comenzaron a ocurrir cosas, como el ver este rostro extraordinario. Solía verlo todos los días -en sueños, despierto, paseando. No era una visión. Era como ese cuadro, un hecho real”.
“¿Lo veía aun estando despierto?”, preguntó Nandini.
“Por supuesto, durante mis paseos estaba ahí”.
“Nosotras lo vimos en Ooty. Un cambio tremendo que tuvo lugar en su rostro”, dije.
“Eso es cierto”.
“Y usted dijo que el Buda había estado ahí. Ahora dice que ocasionalmente tiene visiones”.
“La otra noche, en Madrás, me desperté con este rostro”.
“Entonces aún está ahí”.
“Desde luego”.
“Me gustaría poder captar el sentido de eso”, dije.
“Sí. O sea, no se trata de una visión. No es algo imaginado. Lo he puesto a prueba. No es algo que yo anhele. No me digo, ‘¡Qué rostro tan bello!’ -no hay deseo alguno de tenerlo”.
“¿Qué le ocurre cuando capta estas visiones?”
“Miro el rostro”.
“¿A usted le sucede algo?”
“No lo sé. Es como una purificación del cuerpo y del rostro y del aire. He visto el rostro en la oscuridad, a plena luz mientras paseaba...Ustedes podrán decir que todo esto es una chifladura, pero es así como ocurre. Jamás he hecho nada por un motivo espiritual”.
. “Antes del proceso místico que tuvo lugar en Ojai, ¿en sus cartas a Lady Emily le decía que usted meditaba diariamente?”, le preguntó Mary Zimbalist.
“Toda la meditación estaba dentro de los lineamientos de la Sociedad Teosófica. La hacía porque me habían dicho que la hiciera. Formaba parte de la creencia teosófica, pero para mí no significaba nada. Todo eso lo hacía automáticamente”.
“Cuando usted ‘creció’, cuando ‘llegó’, ¿fue en un destello, o fue algo que maduró sin que usted lo supiera?”, pregunté.
“En un destello, naturalmente. Yo solía sentir horror por los votos, los ayunos, los votos de celibato, las promesas de no irritarme. Jamás tomé ninguna clase de votos. Si yo no quería algo, ése era el fin de ello. Si lo quería, continuaba con ello”.
“Cuando uno lee el *Diario* y después lee las pláticas de 1.948, descubre que ha habido un importante salto en la enseñanza. ¿Hay un salto que ocurre todo el tiempo?”
“Si, está sucediendo todo el tiempo, en mi cerebro, dentro de mí. Después de viajar esta vez de Londres a Bombay y luego a Madrás, esa primera noche en Madrás sentí que el cerebro explotaba; había una cualidad extraordinaria, luz, belleza. Esto ocurre todo el tiempo, pero no todos los días -decir eso sería mentir. Lo que se necesita es quietud...”
“Advierto que las cosas pasan cuando usted está solo. Ocurrieron cuando se suponía que se encontraba ‘enfermo’ en 1.959, primero en Srinagar y después en Bombay. Nunca he estado segura si entonces estuvo enfermo o si se trató de alguna otra cosa. Al final de toda enfermedad seria, usted ofrece pláticas extraordinarias”.
“La enfermedad puede ser una purificación”, dijo K.
“Sé que estando en Bombay, estuvo usted enfermo en dos ocasiones. Yo me encontraba presente. Hay una atmósfera extraña cuando usted está enfermo”.

“Recuerdo cuando estuvo enfermo en Bombay. Usted tenía bronquitis. Tuvimos que cancelar las pláticas. Tenía entre 39° y 40º de temperatura. De pronto sintió necesidad de vomitar. Corrí a traerle una palangana. Sostuve su mano y vi que estaba a punto de desmayarse. Grité y usted exclamó, ‘No, no’. Su voz había cambiado. Su rostro había cambiado. La persona que se sentó en la cama era diferente de la persona que estuvo a punto de desmayarse. Usted estaba curado.

“Me dijo que no había que dejar el cuerpo solo; simplemente había que estar ahí. Dijo: ‘Jamás se sienta ansiosa estando cerca de mí, no se preocupe, no permita que se aproximen muchas personas. En la India nunca dejan en paz a una persona enferma’. Me pidió que me sentara tranquilamente y después prosiguió: ‘Tengo que decirle algo. ¿Sabe cómo ayudar a morir a una persona? Si sabe que una persona está por morir, ayúdela a permanecer tranquila, ayúdela a olvidar sus acumulaciones, a librarse de sus preocupaciones, de sus problemas, a desprenderse de sus apegos, de todas sus posesiones’. Permaneció callado, su rostro resplandecía. Después dijo. ‘Si uno no puede hacer eso, está donde está, se queda donde está’”.

Capítulo XXXVIII

"¿ES POSIBLE CONSERVAR EL CEREBRO MUY JOVEN?"

El 14 de enero de l.981, Krishnaji ofreció una plática pública en Vasanta Vihar, Madrás. Hablando del cerebro, preguntó: "¿Es posible conservar el cerebro muy joven? ¿Es posible que el cerebro se rejuvenezca a sí mismo? Este cerebro tan viejo, con sus infinitas capacidades; un cerebro que ha evolucionado en el tiempo a través de las presiones sociales y económicas; el cerebro que es un instrumento extraordinario, que controla todo el pensar, todas las actividades, todas nuestras operaciones sensorias... ¿puede ese cerebro volverse por completo inocente? Uso la palabra 'inocente' en el sentido de 'lo que no puede ser lastimado'". Les pidió a cada uno de sus oyentes que no aceptaran lo que él decía, sino que observaran la propia mente, el cerebro que es muy, muy sutil. "¿Podemos", preguntó, "retar al cerebro a fin de que, por sí mismo, descubra si tiene la capacidad, la energía, el impulso, la intensidad para romper esta continuidad del pasado de modo que, en esa terminación misma, las propias células cerebrales experimenten un cambio, una transformación?" Estaba indagando profundamente.

"El pensamiento es un proceso material; el pensamiento es el resultado de la memoria, de la experiencia, del conocimiento almacenado en las células cerebrales. Y ha funcionado continuamente. El pensamiento, la memoria, forman parte del cerebro. El cerebro es material; este cerebro contiene la memoria, el conocimiento de las experiencias, de lo cual surge el pensamiento. De modo que el pensamiento tiene su continuidad, que se basa en el conocimiento, en el pasado; y ese pasado está operando todo el tiempo, modificándose en el presente y continuando. En esta continuidad, el pensamiento ha encontrado una seguridad inmensa en las creencias, en la fe. Esta fe contiene un sentimiento de hallarse protegido 'en el seno de Dios'. Esta es una ilusión. Cualquier alteración en esa continuidad, es el reto; cuando el pensamiento no puede responder apropiadamente, encuentra que su seguridad ha sido perturbada". Hizo una pausa y permaneció silencioso, escuchándose a sí mismo.

"Observen esto en ustedes, obsérvenlo cuidadosamente. Nos preguntamos si el cerebro -que es el cerebro de todos los seres humanos, desarrollados a través de tiempos inmemoriales, condicionado por las culturas, por las religiones, por las presiones sociales y económicas nos preguntamos si ese cerebro, que ha tenido hasta ahora una continuidad ilimitada, puede descubrir una terminación de la continuidad como tiempo". Pidió a los oyentes que no se sintieran estimulados por sus palabras, porque en ese caso dependían de él: "Entonces quien les habla se convierte en la autoridad de ustedes, en el gurú. Lo que se requiere es que cada cual sea luz para sí mismo, que no acepte la luz de otro".

Aludió a la muerte como una total terminación y destrucción del cerebro, la cesación para una continuidad de la vida. "Para comprender esto", dijo, "¿podemos examinar 'lo que es'? 'Lo que es' nuestra vida, nuestra vida cotidiana. A través de los tiempos nos hemos aferrado a una continuidad de la vida. Nunca nos preguntamos cuál es el significado de la muerte. Hemos puesto a la muerte en oposición a la vida. Pero la continuidad implica tiempo, el movimiento del pensar. El tiempo implica movimiento -de aquí para allá, para llegar psicológicamente desde esto que no es hermoso a aquello que es hermoso.

"Para descubrir lo que es la muerte, ¿puede cesar esa continuidad? ¿Puede llegar a su fin el sentido de duración?" Hizo una pausa.

"La muerte le dice a uno, 'termina con ello', termina con tus apegos completamente, porque eso es lo que va a suceder cuando dejes de respirar. Vas a dejar todo detrás.

"De modo que la muerte implica el fin del apego. Es sólo en el fin que existe un principio.

"Solamente entonces puede el cerebro descubrir por sí mismo una calidad de movimiento que está completamente libre del pasado".

Krishnaji formuló una pregunta a sus oyentes: "Si no hay una terminación, ¿qué le ocurre a la mente, a todo el movimiento de la conciencia -la conciencia de ustedes o la mía, la conciencia del hombre? ¿Qué ocurre con nuestra vida cotidiana? La vida es como un vasto río en el cual hay pena, dolor, ansiedad. Cuando la parte muere, la corriente continúa. Uno es la manifestación de la corriente, con su nombre, etc. Pero uno sigue formando parte de esta corriente. Y estamos diciendo: ¿Puede uno terminar con esa corriente? ¿Entienden? Porque el 'yo' es la continuidad. El 'yo' es el resultado -no sólo genéticamente de aquello que ha sido transmitido de generación en generación desde hace milenios. Es una continuidad, y lo que es continuo es mecánico. Observamos a una persona que nos ha insultado o elogiado. El cerebro registra. Y así uno nunca ve realmente. Este registro es el que da la continuidad.

"Estamos echando los cimientos para descubrir qué es la meditación. La comprensión de nosotros mismos es parte de esta meditación. En la comprensión del dolor, de la pena, de la ansiedad, del temor, uno ve que la conciencia es su contenido -la tradición, el nombre, la posición, etc. ¿Puede esta conciencia en la que se encuentra el cerebro, esta conciencia que forma parte de la mente -puede esta conciencia comprender su contenido, comprender su sentido de duración, y tomar una parte de sí misma, como el apego, y terminar con esto voluntariamente? O sea, ¿puede uno romper la continuidad? O bien, ¿es posible registrar solamente aquello que es necesario, y nada más?

"El conocimiento es siempre limitado. De este modo, habiendo el cerebro encontrado seguridad en el conocimiento, se aferra a él y traduce cada suceso conforme al pasado. En el movimiento de cesación de la continuidad, hay orden completo. La percepción de esto es la revolución en la estructura del cerebro".

Las palabras de Krishnaji fluían. "Es el cerebro el que lo pone todo en su exacto lugar. Entonces, en el discernimiento total del movimiento completo de la conciencia, la actividad y las estructuras del cerebro experimentan un cambio. Cuando uno ve algo por primera vez, una nueva función comienza a operar. Nuestro brazo, este brazo se ha desarrollado a causa de la función. Así, cuando el cerebro descubre algo nuevo, nace una nueva función, un órgano nuevo.

"Es necesario que la mente, el cerebro se vuelva muy joven, vital, fresco, inocente. Esto sólo es posible cuando no hay registro psicológico", dijo K.

Luego habló del amor y la meditación. "¿Tiene el amor una continuidad? ¿Es deseo el amor? ¿Puede el amor nacer como el fresco rocío de la mañana? No puede si el amor tiene una continuidad; por favor, investíguenlo. El amor no existe en el corazón de ustedes, por eso el mundo se encuentra en semejante confusión.

"Para dar con el amor, toda la corriente de la conciencia tiene que cesar. Siendo la conciencia nuestros celos, nuestro antagonismo, nuestra ambición, el deseo de llegar a ser más grande, de buscar el poder. Cuando hay el más leve sentimiento egoísta, lo otro no existe. Y la esencia del egoísmo es el proceso de registrar psicológicamente. La terminación del dolor es el comienzo de la compasión.

"¿Podemos ahora hablar de la meditación? Hay diversas cosas implicadas en la meditación. Tiene que haber espacio, no sólo el espacio físico sino el espacio dentro de la mente. Todas nuestras mentes están ocupadas. Esta ocupación es como la del ama de casa con su cocina, con sus hijos, como la de un devoto con su dios, un hombre con su empleo, su sexo, etc. La mente está totalmente ocupada con eso, por lo tanto carece de espacio interno. Si no hay orden en la relación de ustedes con la esposa, con los hijos, mejor olvídense de la meditación. Pero el orden absoluto puede mirar el orden cósmico -ese orden tiene relación con el orden cósmico. El orden cósmico implica la puesta del sol y de la luna, el maravilloso cielo nocturno con toda su belleza. Pero el mero examinar el cosmos, el universo, a través de un telescopio, no es orden. El orden está aquí, en nuestra vida. Entonces ese orden tiene una relación extraordinaria con el universo".

Cierta noche, un *sadhu* barbudo, de pies desnudos, vistiendo una túnica de color ocre y un paño atado alrededor de la cabeza, habló con Achyut, y más tarde durante la semana se entrevistó con Krishnaji. Pertenecía a la antigua secta de los Siddhas y vivía con un gurú en el distrito de Anantpur. Su gurú era viejo, y le había dicho a su discípulo que percibía la presencia mística de un gran ser que impartía enseñanzas en el mundo. "Me estoy muriendo", dijo el gurú, "de modo que él será tu gurú; encuéntralo". El discípulo había ido de aquí para allá en busca del verdadero maestro. Había visitado todos los *ashrams*, pero no estaba satisfecho. Entonces, en Madres oyó hablar de Krishnamurti y asistió a las pláticas. Sintiendo que había encontrado lo que buscaba, volvió a su gurú y le describió lo que había visto. El gurú confirmó así su percepción y le pidió que regresara a Madrás y a Krishnamurti. Más tarde, estando en Madrás, el *sadhu* supo que su gurú había muerto.

Este *sannyasi* tenía conocimientos secretos sobre la alquimia de las plantas y sobre el uso de las hierbas en recetas medicinales. Conocía el momento del día o de la noche en que las plantas debían recogerse, sabía cómo guardarlas y los *mantras* que debían acompañar la preparación de las pociones. Un gran elemento de magia se manifestaba en lo que decía: que las plantas poseían inteligencia y percepción. Estas cualidades se revelaban sólo a quienes se acercaban apropiadamente a ellas. Le dijo a Achyut: "Una planta a la que uno se aproxima con codicia o deseo, desaparece y es imposible encontrarla. A las plantas y a las hierbas hay que hablarles. Es necesario tener su permiso antes de tocarlas, hay que dirigirse a ellas con humildad -'¿Me permites que te toque, o quisieras que esperara?' Dan luz y fragancia a quienes se comunican con ellas". Sus palabras tenían reminiscencias del misterioso carácter sagrado y del prodigio de las plantas como dadoras-de-vida, protectoras y contenedoras de energía, que se encuentra en los himnos del *Atharva Veda*. Krishnaji se mostró muy interesado en el hombre y en su sensibilidad, así como en su relación con las plantas.

Achyut lo envió para que llevara las enseñanzas de Krishnamurti entre los Siddhas y las sectas ambulantes de los *sadhus*.

Capítulo XXXIX

"LA NATURALEZA DE DIOS"

A principios de 1.981, Indira Gandhi me pidió que asumiera la presidencia del Comité Asesor fundado para organizar las celebraciones del Festival de la India en Inglaterra. (El Festival de celebraciones de la India, organizado por el gobierno de la India, era una importante manifestación cultural que incluía danza, música, teatro, exhibiciones de las artes clásicas y rurales, y de la vida, ciencia y tecnología, a través de expresiones callejeras, seminarios, películas, etcétera). En conexión con esto, visité Inglaterra en mayo. Cuando hube terminado mi labor oficial, fui a Brockwood Park para encontrarme con Krishnaji. Le pregunté si podíamos continuar nuestros diálogos y accedió. En la primera tarde discutimos "la naturaleza de Dios". Estuvieron presentes unos pocos miembros de la Escuela de Brockwood Park.

Le pregunté si era posible inquirir en la naturaleza "de aquello que, llámese Dios, llámese creación, es la base del Ser".

"Pienso que es posible", respondió K, "si uno puede liberar la mente de toda creencia -de toda aceptación tradicional de la palabra 'Dios' y de las implicaciones y consecuencias de esa palabra. ¿Pueden el cerebro y la mente estar completamente libres para investigar aquello que los judíos llaman 'lo Innominado', los hindúes 'el Brahman', el 'Principio Supremo'? Todo el mundo cree en la palabra 'Dios'. ¿Podemos descartar todas las creencias? Sólo entonces es posible investigar".

"Pero 'Dios' es una palabra en la que hay un gran depósito de contenido. Por lo tanto, cuando la mente dice que está libre de la creencia, ¿qué quiere decir exactamente?", pregunté.

"Los seres humanos dicen que creen en Dios", contestó K. "Dios es omnipotente y omnipresente, existe en todas las cosas. Hay una aceptación tradicional de esa palabra con todo su contenido. ¿Puede uno librarse del millón de años de esta tradición -estar, tanto consciente como inconscientemente, libre de esa palabra?"

"En un nivel", dije, "es posible decir que uno está libre. Si usted fuera a preguntarme si creo en Dios, si realmente creo en Krishna, Rama o Shiva, le diría que no. Pero ése no es el final de la cosa".

"No", dijo K.

Continué: "Hay un sentimiento de que Dios está más allá de todas las palabras, que se integra con el hecho de la vida misma. Antes de penetrar en los orígenes de esa palabra, tengo que inquirir en el estado de mi mente que dice que ha excluido las creencias externas, porque existe la sensación de que sin 'aquello' nada podría existir. Aquello es la base de todo".

"¿Discutiremos la base desde la cual todo se origina?" preguntó K. "¿Cómo descubre uno? Sólo es posible descubrir cuando hay completa libertad interna, de otro modo es imposible. Nuestra conciencia está muy cargada, muy atestada".

Pregunté: "¿Hay una posibilidad del ser en la cual esté excluido todo movimiento como creencia, en la cual sea negada cualquier creencia en un Dios particular?"

"¿La niega uno verbalmente, o la niega profundamente, en la raíz misma del ser? ¿Puede uno decir, 'no sé nada', y detenerse ahí?", preguntó K.

"Yo no puedo decir que no sé nada", contesté. "Pero puedo decir que el movimiento de la creencia en un Dios particular no aparece en mi mente. Por lo tanto, no hay nada externo que deba negar como creencia. Pero todavía no conozco el estado de 'nada sé', que es un estado muy diferente del movimiento externo como creencia".

"¿Cómo ha de proceder uno?" preguntó Krishnaji. ¿Podríamos negar por completo todo el proceso del conocimiento? ¿Negarlo todo, excepto el conocimiento necesario para manejar un automóvil, etc., y todo el conocimiento tecnológico? ¿Podríamos negar el sentimiento de que 'uno sabe'? ¿Negar toda la experiencia acumulada del hombre, que dice que hay Dios, o que ha habido profetas y videntes, o seres que han dicho que Dios no existe? ¿Podemos negar todo el conocimiento?"

"Uno ha comprendido el modo de negar el movimiento que emerge", dije.

"¿Quiere usted decir el movimiento del pensar que emerge como creencia?", preguntó K.

"Sí, pero las profundidades, lo que duerme, los millones de años que forman la matriz del ser... ¿cómo alcanza uno eso?"

"¿Podríamos empezar investigando, no si hay Dios, sino preguntándonos de qué modo la mente humana ha trabajado esforzándose en el devenir? El devenir no sólo externo, sino el interno. Un devenir que se basa en el conocimiento, en el movimiento constante y en ascenso -el movimiento de llegar a ser 'alguien'". K estaba penetrando en las profundidades de la pregunta.

"¿Están ambas cosas relacionadas? Empezamos con una investigación en la naturaleza de Dios y ahora hablamos de la matriz y el devenir. ¿Están ambos hechos relacionados?"

"¿Acaso no están relacionados?", preguntó K. "Pienso que lo están. Veámoslo. Puedo estar equivocado. Mi ser se basa esencialmente en lo que he comprendido, no verbalmente, sino que hay en mí un sentimiento de que existe algo inmenso, increíblemente inmenso. Estoy alerta a esa parte de mi ser, a ese conocimiento, a esa tradición que

es la matriz, el suelo sobre el que está uno parado. Mientras eso está ahí, uno no es realmente libre. ¿Podemos investigar eso?"

"Señor", dijo Mary Zimbalist, "existe una herencia de eso en cada vida humana. ¿Es ello diferente del instinto humano al cual la herencia se apega? ¿Es sólo la herencia la que se transmite, o hay un movimiento profundo que es innato a la mente humana, aparte de todas las influencias?"

"¿Pregunta usted si esto es inherente en el hombre?", quiso saber K.

"¿Hay inherente en cada ser humano un movimiento hacia algún ser desconocido que todos buscan? ¿Algo que está más allá de lo que a uno le han enseñado, más allá de lo que uno recibe de su herencia?", preguntó ella.

"¿Es algo genético?", preguntó otro.

"La genética involucra al tiempo y al movimiento de crecer -la evolución. Ahora bien, ¿puede uno estar vacío de todo eso, de la acumulación de un millón de años? Hablo de lo que se encuentra arraigado en lo más profundo, de algo inconsciente; las cosas profundas son siempre así. Pienso que si queremos investigar, también de eso tenemos que desprendernos", dijo K.

"¿Puede uno llegar hasta el final de la mente inconsciente?", pregunté. "¿Es acaso posible que eso se termine sin que lo inconsciente haya sido expuesto? ¿Cómo experimenta uno aquello que no puede formular? ¿Aquello que está más allá de todas las particularidades propias del conocimiento de cualquier persona?"

"¿No siente usted, no percibe en esta pregunta, que tiene que haber una completa negación de todas las cosas?", preguntó K.

"Yo concibo la negación de todo lo que surge en el cerebro. ¿Pero puede uno negar las capas del inconsciente, el suelo mismo sobre el que estamos parados? Tal vez planteo la pregunta equivocada. Tal vez nunca puede haber una negación de eso. ¿Cómo podría uno negar eso?" Yo trataba de entender.

"Espere un momento. El hombre ha tratado por diversos medios de dar con esto. Ha ayunado, se ha torturado a sí mismo, pero siempre sigue anclado en algo".

"Sí".

"Uno puede librarse de las anclas de muchas cosas. ¿Puede uno estar libre de la pregunta?" preguntó Mary.

"Oh, sí, oh, sí", respondió K.

"¿Entonces cómo puede Pupul formular la pregunta?", quiso saber Mary.

"No", dijo K. "Ese es todo el punto. ¿Puede uno, en primer lugar, hacer esto? ¿Es posible estar así, totalmente, 'sin movimiento'? De lo contrario, el movimiento es tiempo, pensamiento y todo eso. En esto están envueltas cosas muy complicadas. Ante todo, ¿por qué queremos descubrir el significado de Dios, el significado que hay detrás de todo esto?"

Contesté yo: "Hay una parte de nosotros que todavía sigue buscando".

"Sí, de eso se trata. Nunca decimos 'no sé'". Hizo una pausa. "Pienso que ésa es una de nuestras dificultades. Todos queremos 'saber' -lo cual implica poner a Dios en el mirador del conocimiento".

"Vea, señor, en el escuchar del oído, en el ver del ojo -en la palabra pronunciada ¿no está todo el contenido de lo que es Dios? ¿No es necesario extirpar esta matriz?", pregunté.

"¿Usted puede extirpar la matriz?", preguntó K.

"No lo sé".

"Cuando usa la palabra 'matriz', ¿qué quiere decir con eso?"

"Sólo sé que más allá de todos los horizontes de mi mente, de las creencias obvias, hay en mí profundidades y profundidades. Usted usa en alguna parte una frase muy significativa: 'jugar con lo profundo'. Por lo tanto, también usted señala la existencia de profundidades que están más allá de lo que emerge en la superficie. ¿Se encuentra esta profundidad dentro de la matriz?", pregunté.

"No, no -no puede estarlo", dijo K. "Por eso es que pregunto por qué queremos descubrir si hay algo más allá de todo esto".

"Porque, Krishnaji, no puedo hacer nada con respecto a la matriz", dije.

"Me pregunto a qué llama usted la matriz", insistió K.

"Esta profundidad que no puedo traer a la superficie, a la luz diurna de la conciencia, de la percepción, de la atención. Esta profundidad que no entra en la esfera de acción de mis ojos y oídos, pero que no obstante está ahí. Sé que está ahí. Es mi propio ser. No pudiendo verla, tocarla, tengo la sensación de que si escucho correctamente la verdad..." Yo trataba de comunicar algo.

"Investiguémoslo. ¿Es esa profundidad si puedo usar esa palabra por el momento es esa profundidad mensurable?", preguntó K.

"No", contesté.

"Entonces, ¿por qué usa la palabra 'profundidad'? La profundidad implica lo mensurable". "Uso la palabra profundidad con el significado de algo que está más allá de mi conocimiento. Vea, si está dentro de los límites de mi horizonte, si es accesible para mis sentidos, entonces es mensurable. Pero si no es asequible, nada puedo hacer al respecto. No tengo los instrumentos para alcanzar eso".

“¿Cómo sabe usted que esta profundidad existe? ¿No es imaginación? ¿La conoce como una experiencia?”

“Sí”.

“¡Ah! Sea cauta, sea muy cauta”.

“El problema es que si digo sí, es una trampa, y si digo no, es una trampa”.

“Perdóneme, Pupulji, pero necesito tener muy en claro que ambos entendemos el significado de nuestras palabras”.

“Ciertamente, señor. Una palabra puede ser dicha desde la mente superficial, y puede ser dicha con un gran peso significativo tras ella. Yo digo que este suelo psicológico contiene toda la historia del hombre. Tiene gran peso y profundidad. ¿No puedo investigarlo sin que usted me pregunte si es imaginación mía? ¿Acaso no puede usted sentir esa profundidad?”

“Comprendo, Pupulji, pero vea...” Hizo una pausa. “Y esa profundidad... ¿es la profundidad del silencio? Lo cual implica que la mente, el cerebro, está totalmente silencioso -no algo que viene y va”.

“¿Cómo puedo responder a eso?”

“Pienso que uno puede hacerlo -si no hay sentido alguno de apego a ello. Si no involucra de ningún modo a la memoria. Pupulji, comencemos de nuevo. Todo el mundo cree en Dios. En Ceilán se mostraron muy perturbados cuando dije que la palabra ‘Dios’ ha sido creada por el pensamiento. ¿Recuerda? Todo el mundo cree en Dios. Desafortunadamente, yo no sé qué es Dios. Probablemente nunca lo descubriré”. Calló. Después dijo: “Y no me interesa descubrirlo. Pero lo que sí me concierne descubrir es sí la mente, el cerebro, puede estar total y completamente libre del conocimiento acumulado, de la experiencia. Porque si no lo está, funcionará siempre dentro de su propio campo, expandiéndose-contrayéndose, verticalmente, horizontalmente, pero siempre dentro de esa área. No importa cuánto acumula uno, ello siempre estará dentro de esa área. Y si la mente se mueve desde esa área y dice: ‘Debo descubrir’, entonces continúa llevando consigo el mismo movimiento. ¿Me expreso claramente?” Había grandes pausas entre las palabras dé K.

Continuó: “De modo que mi interés está en descubrir si el cerebro, la mente, puede estar completamente libre de la contaminación del conocimiento. Para mí, eso es tremendamente importante, porque si no lo está, jamás se hallará fuera de esa área, jamás”.

“Usted habla de cualquier movimiento de la mente -cualquier movimiento”.

“Sí. Cualquier movimiento desde esa área implica encontrar que el cerebro continúa anclado en el conocimiento y busca más conocimiento acerca de Dios. Digo, pues, que mi interés está en descubrir si el cerebro es capaz de estar completamente inmóvil. Cuando usted plantea un interrogante de ese tipo, o bien dice, ‘no es posible’ o dice, ‘es posible’. Pero si niega tanto la posibilidad como la imposibilidad de ello, ¿qué es lo que queda? ¿Entiende? ¿Puede tener una percepción, profundidad de percepción en el proceso del conocimiento, de modo que esa percepción instantánea detenga el movimiento? No ‘yo que detengo el movimiento’ ni ‘el cerebro que detiene el movimiento’. Entonces eso es la terminación del conocimiento y el comienzo de algo diferente. Por eso estoy interesado sólo en la terminación del conocimiento lúcidamente, profundamente. Existe este inmenso sentido de unidad que adviene, una unidad armónica; pero si eso es fingido, entonces no tiene significación alguna, uno se perpetúa a sí mismo ¿correcto?” Hizo una nueva pausa, escuchando.

“El ‘yo’ es la esencia del conocimiento”, continuó. “Yo dudo de todo cuanto el hombre ha producido, dudo incluso de mí mismo. Esa es una actitud muy purificadora. Por lo tanto, comenzamos con el extraordinario sentimiento de no saber nada. Si pudiéramos decir, ‘no sé nada’, decirlo en el más profundo sentido de la palabra, entonces eso está ahí, no tenemos que hacer nada al respecto”.

Krishnaji me propuso un reto: “Vea, Pupulji, suponga que esta persona no estuviera aquí. ¿Cómo encararía usted este problema? ¿Cómo abordaría esta cuestión de Dios, de la creencia? ¿Cómo la abordaría realmente, sin ninguna referencia a nadie?”

“Sí, hacer eso aún es posible”, respondí.

“Movámonos desde ahí. Cada uno de nosotros es totalmente responsable. No nos referimos a las autoridades del pasado o a los santos. Cada uno de nosotros tiene la responsabilidad de contestar esta pregunta. Usted tiene que responder a ella”.

“¿Por qué debo yo responder a ella?”, pregunté.

“Le diré por qué. Usted es parte de la humanidad, y la humanidad está formulando esta pregunta. Todos los santos, todos los filósofos, todos los seres humanos, en alguna parte de sus profundidades, están formulando esta pregunta”.

“Señor, ¿no es esta pregunta, en cierto sentido, una pregunta equivocada?”, preguntó Mary.

“Dije eso. Pero usted tiene que responder a ella sin ninguna referencia a lo que se haya dicho en un sentido u otro. Yo vengo a usted con estas preguntas. Se las formulo a usted como ser humano. Para mí, estas preguntas son inmensamente importantes”.

“Intervine en el diálogo: “¿Puedo preguntar algo? ¿Cómo toma uno una pregunta como ésta y la deja en la conciencia?”

“Pupulji, o bien usted nunca ha pensado en ello, o lo ha hecho y ha reunido una tremenda información de los libros -puede que ésta sea la primera vez que se enfrenta a esta pregunta. Vaya despacio, vaya despacio”.

“Usted tiene un modo de tomar una pregunta, de formularla, y después, sin ningún movimiento de la mente, permanecer con ella”. Yo rehusaba ser desviada de mi posición.

“Si, eso sería correcto”.

“Y eso es lo que quiero saber. Uno formula la pregunta y existe un movimiento de la mente hacia ella. Con usted, cuando se plantea una pregunta semejante, no hay ningún movimiento de la mente hacia esa pregunta”.

“Es verdad. ¿Y quiere saber, entonces, cómo lograr eso?”, preguntó K.

“Se que no puedo lograrlo”, dije.

“No. Usted está en lo correcto al preguntar eso”. Se dirigió a todos: “¿Comprenden lo que Pupulji dijo? Háganlo, háganlo. Yo les formulo esa pregunta a ustedes como seres humanos, y los seres humanos se han formulado estas preguntas por un millón de años. Vengo a ustedes y planteo esta pregunta -¿están prontos para contestarla o permanecen quietamente con la pregunta? Conténganla, ¿comprenden? Y de ese mismo contenerla sin reacción alguna, sin ninguna réplica, llega la respuesta. ¿De acuerdo?”

“¿Podría usted decirnos algo sobre ese ‘contener’?”, preguntó Scott Forbes, miembro del cuerpo docente en la Escuela de Brockwood Park.

“Una copa contiene agua. Un estanque es un receptáculo que contiene agua; un contener sin ninguna onda, sin ningún motivo o movimiento, sin sentido alguno de intentar obtener una respuesta”.

“Señor”, dijo Mary, “con la mayoría de nosotros ocurre que podemos no tratar de encontrar una respuesta; podemos primero permanecer quietamente con una pregunta no respondida, pero tarde o temprano llega una respuesta que puede provenir de los profundos pozos del inconsciente, y el contenido de los pozos sube para llenar ese espacio”.

“Lo sé. Ahora espere un momento. Yo le formulo una pregunta: ‘¿Cree usted en Dios?’ Le estoy preguntando eso. ¿Dice usted que no sabe, que no cree, o dice que puede ser que exista? Sin decir nada al respecto, ¿puede observar la pregunta? ¿Puede? Si uno le hiciera la pregunta a un devoto cristiano, inmediatamente diría: ‘¡Por supuesto que creo en Dios!’ Si uno fuera a la India a preguntarlo, habría inmediatamente una reacción. Es como presionar un botón. En cuanto a mí, no sé realmente si Dios existe o no”.

“En ese contener la pregunta, ¿no hay un inquirir?”, Scott habló nuevamente.

“Vea, a menos que usted comprenda esto, puede llevarlo a muchos malentendidos. Señor, las computadoras pueden ser programadas, por diez profesores diferentes, con una gran cantidad de conocimientos. Estos pueden contener una información tremenda. Nuestro cerebro se ha adiestrado de ese modo; ha sido programado por miles de años, y ese cerebro responde inmediatamente a una pregunta. Si el cerebro no está programado, observa, está alerta. ¿Pueden, entonces, nuestros cerebros no estar programados?”

“Pero esta actividad de estar alerta, ¿no es el contener de que hablábamos? ¿Puede usted decir algo acerca de ese contener la pregunta?”, continuó Scott.

“Dígalo usted”. K apremiaba.

“No tengo nada que decir”.

“Empuje, empuje”, dijo K.

“Como la copa contiene el agua, o la tierra contiene el estanque, ¿hay ‘algo’ que contiene, como la copa y la tierra?”

“No. Pupulji me formuló una pregunta. Usted recibió esa pregunta. ¿Cuál fue su respuesta?”

“¿Cuál pregunta, señor?”, dijo Scott”.

Acerca de lo profundo -capa tras capa, desde lo profundo, el suelo psicológico. Ahora bien, ¿cuál fue su reacción a eso?”

“Vea, señor”, intervine, “cuando normalmente se formula una pregunta, es como granos de azúcar que uno deja caer en el suelo -las hormigas acuden desde todas partes a ellos. Es lo mismo con la mente; cuando se formula una pregunta, hay movimientos, respuestas que despiertan y acuden hacia la pregunta. El interrogante es, entonces, si la pregunta puede formularse sin que se produzcan estos movimientos”.

“Sin las hormigas, sí. Me dijeron que cuando el cerebro no está operando -cuando está quieto tiene un movimiento que le es propio. Hablamos del cerebro que está en movimiento constante y cuya energía es el pensamiento. ¿Es el pensamiento el problema? ¿Cómo abordará usted esta pregunta? ¿Puede cuestionar completamente el pensamiento? No lo complique, le estoy formulando una pregunta. No la conteste inmediatamente. Obsérvela, conténgala. Esto no es un examen. ¿Puede uno tener una mente capaz de no reaccionar inmediatamente a una pregunta? ¿Puede haber una acción retardada, tal vez un contener la pregunta indefinidamente?

“Volvamos atrás, Pupulji. ¿Existe un estado de la mente que se halle fuera del tiempo? ¿Es ése un estado de meditación profunda? Una meditación en que no hay impulso alguno de logro, nada. Esa puede ser la base, el origen de todas las cosas, un estado en que el meditador no existe”.

“¿Puedo hacer una pregunta? ¿El meditador no es la base?”

“Obviamente no”.

“¿Puede existir la base sin el meditador?”

“Si el meditador está ahí, la base no está”.

“Pero sin el meditador, ¿puede haber meditación?”, pregunté.

“Hablo de la meditación sin meditador”.

“La meditación es un proceso humano”, dije.

“No”, respondió K.

“Investiguemos esto si es posible. La meditación no puede estar exenta del ser individual. No puede haber meditación sin un meditador. Lo que usted puede decir es que el meditador no es la base”.

“No, espere un momento. En tanto yo trate de meditar, la meditación no existe”, dijo K.

“De acuerdo”, dije.

“Por lo tanto, sólo existe un cerebro, una mente que se halla en estado de meditación”.

“Si”.

“Entonces ésa es la base. El Universo se halla en estado de meditación, y ésa es la base, es el origen de todas las cosas. Eso sólo es posible cuando no hay un meditador”.

“Y eso sólo es posible cuando no hay anclas”.

“Absolutamente. En eso existe una libertad absoluta respecto del dolor. Ese estado de meditación llega con la completa terminación del yo. El comenzar puede que sea el proceso eterno e1 comenzar, un eterno comenzar. ¿Cómo es esto posible? ¿Es de algún modo posible para un cerebro, para un ser humano estar así, completa y totalmente libre del meditador? Entonces no es cuestión de si Dios existe o no existe. Entonces esa meditación es la meditación del Universo”. Hizo una pausa.

“¿Es posible estar así, completamente libre? Formulo la pregunta. No contesten, contengan esa pregunta dentro de ustedes. ¿Saben lo que quiero decir? Déjenla operar. En el acto de contenerla, la energía se acumula, y es esa energía la que actuará, no serán ustedes los que estén actuando. ¿Comprenden?” Después de una larga pausa, Krishnaji dijo: “Bien, ¿han comprendido la naturaleza de Dios?”

Capítulo XL

"EL SIGNIFICADO DE LA MUERTE"

A la mañana siguiente, discutimos la muerte. Comencé el diálogo formulando el interrogante que subyace en las profundidades de la mente humana: la cuestión del "llegar a ser y el dejar de ser" -la vida y la muerte.

"Es en torno a estas dos cosas, la maravilla del nacimiento y el miedo a la muerte, que descansa la vida del hombre. En un nivel comprendemos el nacimiento y la muerte. Pero es sólo la mente superficial la que comprende. Es imperativo comprender en profundidad el problema de la existencia, aquello que está contenido entre el nacimiento y la muerte, y los temores, la oscuridad que se encuentra en el final de todas las cosas".

Krishnaji escuchaba como siempre lo hace, con la totalidad del cuerpo y de la mente. Preguntó: "¿Por qué usa usted la palabra 'problema'?"

"En sí mismos, el nacimiento y la muerte no son un problema; pero la mente no puede dejarlos ahí. Se aferra a uno y rechaza a la otra. El problema surge debido a las sombras que rodean la palabra 'muerte'. Hay júbilo y esplendor en la palabra 'nacimiento', el llegar a ser, y existe el instinto de aferrarse a ello a cualquier costo, así como el instinto de evadir la 'muerte'". Yo estaba tratando de exponer el problema.

"Comprendo eso".

"De esto surge el dolor, de esto surge el miedo, surgen todas las exigencias internas", continué.

¿Cuál es, entonces, la pregunta?", dijo Krishnaji.

"¿Cómo podemos explorar la palabra 'muerte'? ¿Cómo podemos librarnos de las tinieblas que rodean la palabra? ¿Cómo puede la mente mirar con sencillez la muerte y verla tal como es?"

"¿Incluye usted en su pregunta todo el proceso del vivir, que es confusión, complejidades y el final de eso? ¿Le interesa descubrir todo lo que eso significa -la muerte y este largo período de lucha, desdicha, etc., al cual nos aferramos-? ¿Formula usted una pregunta considerando *todo* el movimiento de la vida y la muerte?" Krishnaji ampliaba la pregunta para incluir una totalidad no fragmentada.

"Hay un movimiento total de la existencia que incluye la vida y la muerte", dije. "Pero si usted amplía demasiado el campo, no podremos llegar a la profundidad del dolor que implica la terminación. Hay una angustia muy grande en algo que 'es' y en algo que 'cesa de ser'. Algo que es maravilloso, que llena la vida de uno, y el dolor que acecha detrás de eso -porque lo que es, tiene que terminar".

"Bien, ¿qué implica el terminar?", preguntó Krishnaji.

"Algo que existe y deja de ser -deja eternamente de ser-", contesté.

"¿Por qué usa la palabra 'eternamente'?"

"Señor, algo 'es', y en la naturaleza misma de ese 'ser' acecha el fin de ello, la terminación de ello por la eternidad. En la terminación no hay un mañana".

"Ahora espere un momento. ¿La terminación de qué?" El sondeo había comenzado.

"La terminación de aquello que perdura. El dolor es la terminación de aquello que perdura".

"La terminación del dolor... ¿Pero no es eternidad la terminación?"

"No, el dolor que surge cuando algo que era tan maravilloso se termina".

"Espere un momento. ¿Es eso tan maravilloso?", preguntó K.

"Déjeme ser más directa. Usted es, y usted debe dejar de ser -eso es una gran angustia-", dije.

"Uno es y..." Krishnaji seguía vacilando, trataba de que yo lograra ver el problema con una claridad absoluta.

"No, *usted,* usted Krishnamurti, es, y esa afirmación contiene la tremenda angustia de Krishnamurti cesando de ser", dije.

"¿Está usted hablando de *la angustia* de Krishnamurti terminando, o de Krishnamurti mismo terminando? ¿Entiende?"

Yo no entendía, y pregunté: "¿Por qué hace usted la distinción?"

"La muerte es inevitable para esta persona", dijo K. "A él eso no le importa. No hay temor, no hay angustia. Pero usted mira a esa persona y dice. 'Dios mío, un día va a morir'. De modo que el temor, la angustia, es su angustia", dijo K.

"Si, es mi angustia".

"¿Por qué?"

"Existe. ¿Por qué pregunta usted 'por qué'?"

"Quiero saber por qué, cuando un ser humano, bello o feo, muere -toda la existencia humana está contenida en eso- yo siento angustia. Él muere y eso es inevitable. Estimo a esa persona, amo a esa persona, esta muere y yo quedo sumido en la angustia. ¿Por qué? ¿Por qué estoy desesperado, por qué me siento solo, dolorido? No estamos hablando intelectualmente, sino de algo real. He perdido a esa persona, me era muy querida, era mi compañero, etc. y llega a su fin. Pienso que es realmente importante comprender la terminación, porque hay algo completamente nuevo cuando toda cosa se termina", dijo K.

"¿No es inevitable la angustia -esa persona era el perfume de mi existencia?", dije.

“Si, yo la amaba. Con ella me sentía pleno, rico. Esa persona se termina”.

“¿No es dolor eso?”, pregunté.

“Lo es. Mi hijo, mi hermano muere, es un dolor tremendo. Es como si toda la existencia hubiera sido arrancada de cuajo, un árbol maravilloso derribado en un instante. Derramo lágrimas, hay ansiedades, y mi mente busca entonces consuelo y dice que se encontrará con el ser amado en la próxima vida. Y ahora me pregunto: ¿Por que debe el hombre arrastrar ese dolor con él? Vea, yo sufro porque jamás he comprendido profundamente que es terminar. He vivido cuarenta, cincuenta, ochenta años; durante este período no he comprendido jamás el significado del terminar. El poner fin a algo que estimo. La terminación total de ello -no el terminar de ello para continuarlo en otra dirección...-”

“¿Qué hace que la mente sea incapaz de terminar? ¿Cuál es el obstáculo?”

“Es el miedo, por supuesto. ¿Puede uno terminar con algo sin ningún motivo ni dirección, sin el apego y todas sus complejidades, todos sus vínculos con el recuerdo, la experiencia, el conocimiento? Llega la muerte... Después de todo, es una terminación del conocimiento, o sea, de aquello a lo que uno se aferra -el conocimiento de que una persona muere, y yo la he cuidado, la he estimado -y en todo ello está involucrado el conflicto. ¿Puede uno terminar totalmente, absolutamente, para el recuerdo de eso?” Hizo una pausa. “Eso es la muerte”. Krishnaji hablaba muy lentamente, tanteando su camino en esta cuestión tan inmensa.

“¿Existe ahí, como usted ha dicho, ‘un entrar viviendo en la morada de la muerte’?”

“Si”, contestó.

“¿Qué significa eso exactamente?”

“Invitar a la muerte mientras uno vive. Esto no implica cometer suicidio, tomar una píldora y morir. Estoy hablando de terminar -no sólo la profundidad de ello, sino el real terminar de algo que he estimado. Me aferro a ese recuerdo y vivo en ese recuerdo. Lo aprecio, y por eso nunca he descubierto qué significa terminar. Hay muchas cosas involucradas en ello. Terminar cada día con todo lo que uno ha acumulado psicológicamente”, dijo K.

“¿El apego tiene que terminar?”, pregunté.

“La muerte es eso”.

“Eso no es la muerte”, repliqué.

“¿A qué llamaría usted muerte? ¿El organismo que llega a su fin? ¿O el fin de la imagen que he construido con respecto a la persona que muere?”

“Si usted lo reduce a una imagen, entonces diré que es el fin de la imagen que he construido de usted. Pero es mucho más que eso”, dije.

“Hay mucho más que eso. Pero estoy investigando. Yo lo he estimado y su imagen está profundamente arraigada en mí. Usted muere y esa imagen adquiere fuerza, es natural. Pongo flores ante ella, le dedico palabras poéticas, y quedo sumido en el dolor. Estoy hablando de la terminación de esa imagen. Esta mente no puede penetrar en una dimensión totalmente nueva si acecha una sombra de recuerdo. Si la mente ha de entrar en lo intemporal, en lo eterno, no debe contener ni un solo elemento de tiempo. Pienso que esto es lógico. ¿Qué es lo que usted objeta?”

“La vida no es lógica, racional”, dije.

“Por supuesto que no. Pero sólo en la terminación de todo lo que uno ha acumulado, que es tiempo, puede comprender aquello que es eterno, intemporal. La mente tiene que estar libre de tiempo y, por lo tanto, tiene que haber una terminación”. Las palabras estaban perfectamente afinadas.

“¿No es posible, entonces, una exploración en el terminar mismo?”, pregunté.

“Oh, si, es posible”, dijo K.

“¿Qué es el terminar? ¿El fin para la continuidad -la continuidad de un pensamiento particular, de un deseo particular? ¿O el fin de aquello que da vida a una continuidad? Entre el nacimiento y la muerte, en ese gran intervalo, hay una profunda continuidad. Es como un río, el volumen de agua es lo que hace a un río como el Ganges, el Rhin, el Amazonas. Pero nosotros vivimos en la superficie de este vasto río de la vida, y no podemos ver la belleza de las profundidades si estamos siempre en la superficie. La terminación de la continuidad es la terminación de la superficie.

Hubo una larga pausa. Para mí, había existido un sumergimiento en vastas profundidades. Desde allí, pregunté: “¿Qué es lo que muere?”

“Todo lo que he acumulado, tanto externa como internamente. He establecido un buen comercio, tengo una hermosa casa, una bella mujer e hijos, y mi vida da continuidad a eso. ¿Puede uno terminar con eso?”, dijo K.

“¿Quiere usted decirme que con la muerte del cuerpo de Krishnamurti, terminará la conciencia de Krishnamurti? Por favor, señor, esta pregunta es muy importante”, dije.

“Usted ha dicho dos cosas: la conciencia de Krishnamurti y el cuerpo. El cuerpo terminará -eso es inevitable, enfermedad, accidente, etc. ¿Qué es, entonces, la conciencia de esa persona?”, preguntó.

“Una abundante e infinita compasión. Suponga que digo eso”, contesté.

“Yo no llamaría conciencia a eso”.

“Estoy usando la palabra ‘conciencia’ porque ese campo está vinculado con el cuerpo de Krishnamurti. No puedo pensar en otra palabra… ¿Puedo decir ‘la mente’ de Krishnamurti?”

“Aténgase a la palabra ‘conciencia’ y considerémosla. La conciencia de un ser humano es su contenido. El contenido es todo el movimiento del pensar, el aprendizaje de un idioma, las creencias, los rituales, los dogmas, la soledad, un movimiento desesperado de temor, todo eso es la conciencia. Si el movimiento del pensar se termina, la conciencia tal como la conocemos no existe”.

“Pero el pensamiento como un movimiento en la conciencia tal como la conocemos, no existe en la mente de Krishnamurti”, dije. “No obstante, hay un estado del ser que se manifiesta cuando estoy en contacto con él. Por lo tanto...”

“La conciencia como la conocemos es un movimiento del pensar, un movimiento del tiempo”, dijo K. “Vea eso claramente. Cuando el pensamiento llega a su fin, no en el mundo material sino en el psicológico, la conciencia tal como la conocemos no existe”.

“Usted puede usar cualquier otra palabra, pero hay un estado del ser que se manifiesta como Krishnamurti. ¿Qué palabra debo usar?”

“No le estoy pidiendo que cambie la palabra. Digo, por ejemplo, que en la verdadera meditación uno llega a un punto que es absoluto. Lo veo, lo siento, para mí es el más extraordinario de los estados. Establezco contacto con él. A través de usted siento esta inmensidad. Y todo mi impulso, mi energía, se dirige a la captación de eso. Usted lo tiene, no ‘usted’ -está ahí- no es Pupulji quien lo tiene. No es suyo ni mío. Está ahí”, dijo K.

“¿Está ahí debido a usted?”, pregunté.

“No, no está ahí debido a mí. Está ahí”. Hubo otra vez una larga pausa. La mente estaba tocando algo”.

¿Dónde está?”, pregunté. Krishnaji escuchaba.

“No tiene un lugar”, dijo. “Ante todo, no es suyo ni mío”.

“Yo sólo sé que se manifiesta en la persona de Krishnamurti. Por lo tanto, cuando usted dice que no tiene un lugar, no puedo aceptarlo”, dije.

“¿A causa de que ha identificado a Krishnamurti con eso?”, preguntó K.

“¿Pero Krishnamurti es eso?”, respondí.

“Puede ser. Pero K dice que eso nada tiene que ver con Krishnamurti ni con nadie. Está ahí. La belleza no es suya ni mía. Está ahí, en el árbol, en la flor”.

“Pero, señor, la compasión y la cualidad sanadora que operan en Krishnamurti, no están ahí afuera. A eso me refiero”, dije.

“Pero esto no es Krishnamurti”. Señaló su cuerpo.

“Se manifiesta en Krishnamurti y cesará de manifestarse. Es de eso que estoy hablando”, dije.

La respuesta de Krishnaji fue rápida. “Yo cuestiono eso. Aquello puede manifestarse a través de X. Lo que se manifestó o se está manifestando, no pertenece a X”.

“Puede no pertenecer a X...”, comencé.

“No tiene nada que ver con X”.

“Puede no pertenecer a Krishnamurti. Pero Krishnamurti y aquello son inseparables”, dije.

“Sí. Pero vea, cuando identifica aquello con la persona, estamos entrando en algo muy delicado”. El tentáculo sondeaba.

“Quiero investigar eso muy despacio”, dije. “Tomemos al Buda; cualquier cosa que haya sido la conciencia de Buda, aquello se manifestaba a través de él, y cesó de existir”.

“Yo cuestiono que la conciencia de Buda cesara cuando él murió. Se manifestaba a través de él, y usted dice que cuando él dejó de existir, aquello desapareció”.

“No tengo suficiente conocimiento al respecto como para afirmar que desapareció, pero ya no se pudo entrar en contacto con aquello”.

“Naturalmente, no”, dijo K.

“¿Qué quiere usted decir con ‘naturalmente, no’?”, pregunté.

“Porque él era un iluminado. Por tanto, aquello vino a él. Fue. No había división. Y cuando él murió, sus discípulos dijeron: ‘Él está muerto, y con su muerte se terminó toda la cosa’. Yo digo que no. Lo que es bueno, nunca puede desaparecer. Como el mal -si puedo usar esa palabra sin asignarle demasiada oscuridad- como el mal continúa en el mundo. ¿Correcto? El mal es por completo diferente del bien. El bien se manifiesta, el bien *existe* siempre; como el mal -que no es el opuesto del bien- *continúa*”.

“Usted dice que la gran compasión iluminada no desaparece, ¿pero puedo ahora conectarme con ello?”, insistí.

“Sí. Pero usted sólo puede conectarse Con ello cuando la persona no está ahí. Ese es todo el punto. Krishnamurti no tiene nada que ver con eso”.

“Cuando usted dice, ‘sea una luz para sí mismo’, ¿involucra eso el conectarse con ‘aquello’ sin la persona?”

“No conectarse, sino recibirlo, vivir con ello. Está ahí para que usted extienda los brazos y lo reciba. Pero el pensamiento, como esta conciencia que conocemos, tiene que llegar a su fin. El pensamiento es realmente el

enemigo de aquello. El pensamiento es el enemigo de la compasión. Y para tener esta llama no se requiere sacrificio alguno, ni esto, ni lo otro, sino una inteligencia despierta que ve el movimiento del pensar, y esa misma percepción lúcida le pone fin. Esa es la verdadera meditación".

"¿Qué significado tiene en esas condiciones la muerte?", pregunté.

"Ninguno. No significa nada, porque uno está viviendo con la muerte todo el tiempo. Porque uno pone fin a todo constantemente. No creo que veamos la belleza e importancia del terminar. Sólo vemos la continuidad con sus ondas de belleza, su superficialidad".

"Yo me voy mañana, ¿me separo completamente de usted?", pregunté.

"No, usted se separa de esa eternidad con toda su compasión si me convierte en un recuerdo". Hizo una pausa. "Me encuentro con el Buda. Le he escuchado muy profundamente. Toda la verdad de lo que dice permanece en mí, y él se marcha. Me ha dicho muy solícitamente: 'Se una luz para ti mismo'. La semilla está floreciendo. Puedo perderlo a él. Él era un amigo, alguien a quien yo realmente amaba. Pero lo que verdaderamente importa es esa semilla de la verdad que él ha plantado -debido a mi estado de alerta, a mi atención, a mi intenso escuchar, esa semilla florecerá. De otro modo, ¿qué sentido tiene que alguien tenga aquello? Si X tiene esa extraordinaria iluminación, un sentido de inmensidad, de compasión, y todo eso, si sólo él lo tiene y muere, ¿cuál es el sentido de todo eso? ¿Cuál?"

"¿Puedo hacer una pregunta? ¿Cuál es, entonces, la razón de la existencia de X?", pregunté.

"¿Cuál es la razón de su existencia? ¿Manifestar aquello?" Hubo una pausa, y después Krishnaji dijo: "¿Ser la personificación de aquello? ¿Por qué tendría que haber una razón? Una flor no tiene razón alguna para ser, ni la tiene el amor -existen. Cuando trato de encontrar una razón, ya no es la flor la que está ahí. No intento hacer un misterio de esto. Ello está ahí para que cualquiera extienda los brazos y lo tenga. De modo que, Pupulji, la muerte y el nacimiento -que debe ser un acontecimiento extraordinario para una madre, y tal vez para un padre- el nacimiento y la muerte son puestos a gran distancia el uno de la otra, y entonces está todo el esfuerzo de la continuidad, que es la desdicha del hombre. Sólo cuando la continuidad termina cada día, estamos viviendo con la muerte. Esa es una renovación total. Es algo que no tiene continuidad. Por eso es importante comprender el significado que tiene la completa terminación. ¿Puede haber una terminación para la experiencia, o para aquello que se ha experimentado y queda en la mente como recuerdo? "Hizo una pausa". ¿Podríamos investigar esta pregunta: Puede un ser humano vivir sin el tiempo y el conocimiento -aparte del conocimiento físico?"

Yo seguía retándolo: "¿No es el vivir terminando de día en día, el núcleo de esta pregunta? O sea, cuando la mente es capaz de vivir así es capaz de vivir con la terminación del tiempo y del conocimiento. ¿Es que uno nada puede hacer al respecto? ¿Es que hay que observar y escuchar y no hacer nada más? Estoy llegando ahora a algo bastante difícil. Está la corriente del conocimiento. Cuando pregunto: '¿Puedo estar libre de la corriente?' ¿No es un elemento de la corriente del conocimiento el que formula esa pregunta?"

"Por supuesto, por supuesto", contestó K.

"Entonces en eso no hay ninguna significación. La corriente del conocimiento, al ser retada, responde. La única acción posible es escuchar la respuesta. ¿Hay alguna otra cosa que el hombre puede hacer más que estar despierto a este surgimiento de la corriente?"

"¿Y a la cesación? ¿Está usted preguntando para realmente comprender la... la llamaremos 'bondad' por el momento? ¿Puede uno hacer algo? ¿Es eso lo que usted pregunta?"

"Eso es lo que quiero saber -dígamelo".

"Descubrámoslo. Usted podría experimentar con el sondeo tentativo de la mente".

"O hacer algo, en cuyo caso la pregunta siguiente sería: ¿Qué puedo hacer?'".

"¿Qué es lo que le hace decir a uno que no puede hacer nada?", preguntó K. "Investiguemos juntos. ¿Qué le hace decir a uno que no puede hacer nada al respecto? ¿Con respecto a qué?"

"Con respecto a este surgimiento desde la corriente. Es de eso que estamos hablando. Hay una corriente del conocimiento. O estoy separada de esa corriente..."

"... que no lo está", interrumpió K.

"Al investigarlo, veo que no lo estoy".

"Comprendo eso. Si usted declara, 'yo soy la corriente del conocimiento y nada puedo hacer al respecto', entonces está jugando con las palabras".

"¿Qué es posible hacer, entonces? ¿Cuál es el estado de la mente?"

"Eso está mejor", dijo K.

"La mente que es sensible al surgimiento y a la cesación de la corriente", dije.

"Si es sensible, no hay surgimiento ni cesación", dijo K.

"Nosotros no conocemos ese 'estado' -el hecho es que hay un surgimiento", dije.

"¿No puede usted hacer algo con respecto al surgimiento? ¿No puede hacer algo sin tratar de cambiarlo, de modificarlo o de escapar de ello? ¿Puede uno ver el surgimiento de la ira y estar lúcidamente atento a eso? ¿Puede

uno dejarla florecer y terminar? ¿Puede uno ver surgir la ira y no volverse violento al respecto? ¿Puede uno observar el movimiento de ello, dejarlo florecer, y ver que cuando florece se marchita y muere?"

"Si la mente es capaz de observar, ¿cómo puede surgir la ira en absoluto?"

"Puede ser que la mente no haya comprendido todo el movimiento de la violencia", dijo K.

"Ahora bien, ¿cómo observa uno algo sin el observador?", pregunté.

"La mente humana se ha separado a sí misma como el observador y lo observado", dijo K.

"Yo puedo observar cómo surge la ira, vigilar sus manifestaciones -no interferir con sus manifestaciones- y observar cómo se aquieta". "Entonces puede hacer algo al respecto".

"La mente que llamamos despierta, es eso lo que hace", dije.

"Sólo la mente que ve que nada puede hacer, está inmóvil.

"Bien, ¿hemos comprendido, entonces, en este diálogo, el significado de la muerte?"

Capítulo XLI

"APRENDA A MORIR COMPLETAMENTE PARA SÍ MISMA"

El 22 de octubre de 1.981, Krishnaji arribó a Delhi con Asit Chandmal. Había estado enfermo en Brockwood pocos días antes, y también había forzado un músculo de la espalda. Se le veía muy frágil y había perdido mucho peso. Estaba envejecido y encorvado de hombros. Esa tarde quiso hablar seriamente con nosotras. Alrededor de las 4,30 p.m. estaba hablándonos a Nandini y a mí. Dijo que quince días antes, en Brockwood, había estado muy enfermo y en cama desde hacía un mes. Una noche se despertó sintiéndose completamente bien. Cada órgano de su cuerpo estaba sano y había recobrado fuerzas. En ese estado tuvo la sensación de que la puerta de la muerte se hallaba abierta. Él la estaba cruzando, completamente despierto y tranquilo. En un instante de muerte, sin embargo, la puerta se cerró. El no cerró la puerta; la puerta se cerró.

Se volvió hacia mí muy serio y dijo. "La muerte puede llegar en cualquier momento". Me preguntó cómo me sentía físicamente. Contesté que no había estado muy bien. Dijo: "Usted tiene que estar bien. Tiene que sobrevivirme". Y luego pronunció palabras extrañas que repitió: "Aprenda a morir completamente para sí misma". El frágil cuerpo temblaba, y no obstante, en sus palabras se percibía el rugido de un trueno.

Desde Delhi, Krishnaji fue a Varanasi. Su primera plática fue exaltada. Habló de "la enseñanza como el espejo en el cual ustedes ven reflejarse 'lo que es'. La enseñanza es la percepción, dentro de uno, de lo real".

Dijo: "Vean, pregúntense qué es la religión, qué es el pensamiento. Vean surgir al pensamiento, obsérvenlo -sin eso, todo lo demás es ilusión y devenir. La verdadera mente religiosa se interesa en el descubrimiento y en la comprensión de la Verdad.

"Observen", dijo, "descubran el origen, el comienzo del pensamiento operando en el tiempo. Por milenios; el hombre ha estado preso en un patrón, en el conocimiento. En el patrón, en el conocimiento, no hay libertad". Habló del futuro del hombre -de las computadoras tomando a su cargo la capacidad inventiva del cerebro. Los científicos estaban considerando la última inteligencia mecánica -computadoras madres capaces de crear otras computadoras. En el futuro, las computadoras inventarían dioses, crearían filosofías. "Entonces, ¿qué es el hombre?", preguntó Krishnaji. "La única cosa que el hombre puede hacer y la computadora no puede, es contemplar la estrella vespertina.

"Sólo hay dos alternativas para el hombre: o se compromete con el entretenimiento externo -deporte, religión, rituales- o se vuelve hacia lo interno. El cerebro tiene una capacidad infinita que ahora es usada tecnológicamente. El cerebro está ocupado con lo material -cuando esta función sea asumida por la máquina, el cerebro se marchitará. Sólo la religión, una religión por completo independiente de la superstición y del ritual, puede dar origen a una nueva cultura. Para eso, uno tiene que descubrir aquello que está más allá del tiempo, más allá del pensamiento".

En el almuerzo estuvo presente Jagannath Upadhyaya. Acababa de recibir una beca Nehru y se aprestaba para su primer viaje al extranjero a fin de visitar centros budistas en varios países. Krishnaji le preguntó cómo se comunicaría con los académicos, puesto que Panditji no dominaba el inglés, aunque podía entender la palabra hablada. Panditji contestó que conversaría con sus interlocutores en sánscrito, Enseguida Krishnaji comenzó a aconsejar al Pandit sobre las ropas que debía vestir en Europa. Jagannath Upadhyaya se mostró perplejo y abrumado cuando Krishnaji le pidió a Achyut que hiciera una lista del vestuario que debía llevar, incluidos calzones interiores largos de lana. A Krishnaji le preocupaba mucho que Upadhyaya sufriera por no poder soportar el invierno extranjero.

Después consideramos la plática de la mañana. Upadhyayaji dijo que había discutido la plática con sus amigos, y que ellos sentían que, por primera vez, habían establecido un contacto real con lo que Krishnamurti decía. Al comienzo de los años 50, cuando los pandits de Varanasi escucharon por vez primera a K, los budistas sostuvieron que Krishnamurti hablaba de budismo: los vedantistas, que estaba en la corriente del Vedanta. Tiempo después, Upadhyayaji sintió que Krishnamurti estaba más en la corriente de Nagarjuna. Pasado un largo período, comenzó a sentir que las palabras de Krishnaji eran las que Nagarjuna habría pronunciado de haber vivido en nuestros días. Eran pertinentes para el momento contemporáneo. Desde el último año en Madrás, Panditji había estado reconsiderando todo nuevamente. Ya no podía afirmar nada con respecto a Krishnamurti; seguía indagando.

Krishnaji dijo que había hablado muchísimo; existía una gran cantidad de libros. La gente se refería a ellos como "Las enseñanzas de Krishnamurti". "Las enseñanzas no son el libro", dijo. "Las únicas enseñanzas son, 'mírese a sí mismo, investigue dentro de sí mismo... y vaya más allá'. No existe la comprensión de las enseñanzas, sólo la comprensión de uno mismo. Las palabras de K son para señalar el camino. La única enseñanza es la comprensión de uno mismo".

Interrogado Jagannath Udadhyaya, le explicó a Krishnaji la naturaleza de la negación de Nagarjuna. Era la negación de toda doctrina, de toda creencia, incluyendo la doctrina de Buda. Krishnaji estaba muy interesado. Más adelante le preguntó a Udadhyayaji: "¿Cómo aborda usted un problema?" El pandit no pudo responder. Krishnaji

continuó inquiriendo: “La respuesta está en el modo de abordarlo, no fuera”. Jagannath Upadhyaya dijo que comprendía verbalmente.

El 24 de noviembre de 1.981, Achyut, Rimpoche Sandup y yo almorzamos con Krishnaji. El rostro de Rimpoche tenía una expresión muy grave. Hablamos del Tíbet y del posible regreso del Dalai Lama. Krishnaji formuló preguntas sobre las distintas escuelas de budismo en el Tíbet. De pronto, el Rimpoche dijo: “Por los últimos cinco días he experimentado un gran dolor. He meditado -observado, escuchado- pero está ahí”. Había lágrimas en sus ojos y un profundo sufrimiento en su rostro. Hablamos de la terminación del dolor, y de mantener el dolor en la mente y ver qué implica eso. De pronto, Krishnaji puso sus dos manos sobre el corazón y dijo: “Está aquí”. Le pedí que aclarara el sentido de ese gesto. Dijo: “En primer lugar, uno debe observar, ver con gran cuidado la mente y su funcionamiento, prestar atención a lo de adentro y a lo de afuera; de esto emerge la sensibilidad, y en la sensibilidad surge el discernimiento. Sólo ese discernimiento eliminará el dolor”.

Un día antes, durante una discusión de grupo, habíamos hablado del tiempo y el conocimiento. “¿Puede el cerebro estar libre del tiempo como devenir -puede terminar con su dependencia del tiempo psicológico?” Yo dije que cuando uno consideraba la enseñanza, veía que ésta se había interesado primeramente en la transformación individual. Él hablaba de la mente del hombre, del millón de años de historia humana contenidos en las células cerebrales y de la transformación en estas células. El nacimiento de la mente global exigía una urgencia, una revolución en la condición humana. En los últimos años, Krishnamurti había negado todo lugar al individuo. Había ido más allá del ‘hombre’ y de la condición humana. Hablaba del universo, y un sentido de lo cósmico se había introducido en sus enseñanzas. El interrogante de Krishnamurti era: “¿Cuál es la relación del hombre con el universo?” Y volví a preguntarle: “¿Ha habido un cambio en sus enseñanzas?” Reflexionó unos momentos; luego, señalando el río Ganges dijo: “En su fuente, ese río es una gota -y es el Ganges”.

Habló de la meditación del universo como la base de la creación. Siendo la meditación un estado sin horizontes, un espacio sin límites y una cesación del tiempo. Las palabras “eternidad intemporal” formaban parte de este vocabulario. El introdujo en sus enseñanzas la lógica del budismo, y con el fin de la lógica y el pensamiento, indagaba en el espacio, utilizando la inteligencia como instrumento. “Es un indagar, *con nada*, en el ser indescriptible y eterno”.

“¿Puede uno contener eso en la conciencia?”, preguntó. “Entonces, ¿qué es la conciencia?”

Durante un paseo, dijo: “La indagación interna es infinita. Uno tiene que estar solo, internamente desnudo de todo; entonces puede emprender un viaje en lo desconocido”. Seguía inquiriendo, sondeando.

Otra tarde, en el almuerzo, estuvo reflexionando sobre la inmensidad del tiempo y sus implicaciones. Preguntó: “¿Es un hecho el tiempo interno? ¿Existe internamente la flecha del tiempo?” Habló de la creación como destrucción total. “En la vida hay tanto creación como destrucción -e1 mismo acto de escuchar es el milagro, es la luz en la oscuridad. En ello hay mutación y un profundo extirpar de cosas arraigadas. ¿Podría uno, en el acto de escuchar, explorar dentro de sí mismo?

Mientras se encontraba en Rajghat, Krishnaji investigó la naturaleza de la atención. Nos preguntó: “¿Qué es atender?” Dijo que “la completa atención a un pensamiento, revela la naturaleza total del pensamiento”. Yo dije que para una atención total así, la mente tenía que haber adquirido profundidad. Cada acto de atención daba profundidad al suelo de la mente. Krishnaji rehusó aceptar que muchos actos de atención dieran profundidad a la mente. “Ninguna preparación es necesaria “, dijo.

Le pregunté: “¿Qué es lo que le da a la mente la rapidez, el discernimiento necesario para percibir que en un solo pensamiento se revela la totalidad del pensamiento?” Krishnaji habló de la necesidad de una completa quietud de las células cerebrales. Yo dije que en el cerebro había una tendencia innata a moverse. Que al pedir al cerebro que permaneciera totalmente quieto, Krishnaji iba contra la naturaleza misma del cerebro.

“La mutación es instantánea”, dijo K. “La pregunta es: ¿Qué es lo que hace que ocurra?”

“Biológicamente, la mutación es posible cuando hay una tremenda necesidad de tal mutación; o, con el fin de una función particular del cerebro, las células se marchitan y nace una nueva célula”, fue mi comentario.

“La absoluta necesidad del cambio crea la necesidad biológica de descubrir lo nuevo. Como el conocimiento no puede transformar al hombre, ¿existe una acción que no se base en el conocimiento?”

La atención de Krishnaji se abría paso en la mente, establecía un contacto directo alcanzando las mentes de quienes le rodeaban.

Dije. “Tengo que observar la mente. Ver sus trampas. Eso es el discernimiento”.

Krishnaji me interrumpió: “No, usted es tradicionalista. Habla de años de preparación para alcanzar a ver esto. Yo digo que el discernimiento es la percepción instantánea de este patrón. El discernimiento rompe el patrón”.

Dije: “La palabra ‘discernimiento’ (En inglés, ‘*insight*’ (*in-sight*), quiere decir ‘visión-en-lo-interno’ -en lo interno de las cosas, de la realidad. Es percepción directa y ‘discernimiento’ instantáneo en la verdadera naturaleza de lo visto. Según K, es una energía inteligente, activa, que penetra en las estructuras falsas, las disuelve y deja al descubierto lo real que la visión común no alcanza a discernir de lo ilusorio) es una interesante palabra. Implica visión en lo interno. El discernimiento consiste en volverle el rostro a lo

conocido". Krishnaji respondió: "Sí. El cerebro está condicionado a un patrón. La misma necesidad biológica hace que el patrón se rompa. El discernimiento que se requiere para ver esto, no necesita adiestramiento ni tiempo".

Dije: "No hablo de la continuidad como tiempo, sino del discernimiento como una profundización de la mente".

"Profundización, es tiempo", fue la respuesta. "Vea lo que hay implicado en lo que está diciendo".

Dije: "Usted habla de la mente que está por completo quieta. Hace veinte años, cuando usted formulaba una pregunta así, mis pensamientos se movían hacia la pregunta. Esto ya no ocurre. El cerebro está en silencio y escucha. Hay una diferencia cualitativa entre ambos estados. ¿Cómo puede negar los veinte años que transcurrieron?"

"El tiempo hace que el cerebro se embote más y más", dijo K. "Yo cuestiono todo el concepto del tiempo para llegar psicológicamente a alguna parte. No acepto el tiempo interno".

"No hablo de ello como una práctica", dije.

"Pero está fortaleciendo el tiempo", dijo K. "¿Cómo fluye el río en creciente?", preguntó. "No obstante, las primeras gotas son el río".

Habló Achyut: "¡Usted es tan implacable en su lógica! ¡Hay tal inmensidad en lo que expresa! Sin embargo, en mí existe un bloqueo que me impide comprenderle".

Krishnaji contestó: "¿Podría usted considerar la negación del tiempo? No el tiempo como una corriente lineal, sino el tiempo psicológico como devenir. ¿Puede negar así el tiempo, de modo que cese de existir en su cerebro? Estamos hablando del proceso psicológico del tiempo como movimiento de aquí hacia allá". Hizo una pausa. "¿Puede usted escuchar en absoluta quietud interna?", preguntó. "¿Puede aceptar el tiempo de la salida y puesta del sol y no aceptar ningún otro tiempo?" Calló y agregó: "No diga 'si'. ¿Ve usted que esto implica que no existe el futuro psicológico? Significa que el pasado tiene su propia acción, pero no como el movimiento del tiempo psicológico, como el 'llegar a ser' (devenir) algo. Yo le formulo la pregunta 'ahora'. Digo que no hay preparación para el discernimiento. ¿Comprende eso? ¿Puede ver instantáneamente, sin tiempo?"

Dije: "Uno puede ver que las células cerebrales y el pensamiento son una sola cosa. Por milenios, esas células han sido condicionadas para moverse dentro de un patrón. Krishnaji me dijo hace algunos años que las células no podían renovarse, pero que podía nacer una célula nueva".

"La transformación no puede producirse en la célula vieja, ni en el pensamiento. Lo nuevo no puede tener relación alguna con lo viejo. Cualquier cambio como movimiento de un rincón a otro del cerebro, no es renovación. Averigüe si es posible romper el condicionamiento y descubrir algo totalmente nuevo".

Dije que en la atención total estaba la muerte de lo viejo. Yo no podía conocer las células cerebrales o establecer contacto con ellas. Sólo podía conocer el pensamiento. Cualquier operación de la atención tenía que serlo sobre el pensamiento. Después pregunté: "Hemos dicho que el movimiento está dentro de la estructura del cerebro. ¿Puede ese cerebro, que por milenios ha conocido el movimiento, cesar de moverse?"

"Si, ahora lo estamos captando", dijo K. "¿Puede uno ver la célula cerebral como pensamiento? ¿Ver que sólo la atención puede actuar sobre el pensamiento? ¿Y que la transformación no puede actuar, ni tiene relación alguna con el pensamiento? Lo viejo tiene que morir".

Regresé a Nueva Delhi y me encontraba en el aeropuerto para recibir a Krishnaji, cuando éste llegó con Achyut desde Varanasi; era el último día de diciembre de 1.981. Ambos se alojaron en mi casa, el 11 de Safdarjung Road. Era la primera vez que Krishnaji, Achyut y yo estábamos solos y juntos, parando en la misma casa, y Krishnaji hizo un comentario al respecto.

A la mañana siguiente, después del desayuno, fuimos al salón y comenzamos a hablar de Mrs. Besant y Leadbeater. Su gran amor por Mrs. Besant era evidente. Nos contó que, cuando niño, él tenía muchos poderes extrasensorios -la capacidad de leer el pensamiento, o lo que estaba escrito en una carta sin abrir. También podía materializar objetos, tener visiones y predecir el futuro. Tenía el poder de curar. Pero había descartado naturalmente todos estos poderes. Nunca había sentido ningún interés en ellos. Tratamos de proseguir con el tema, cuando de repente nos preguntó: "¿Creen ustedes en el misterio?"

"Si", dije. "Cuando le veo a usted y le hablo seriamente, surge una atmósfera misteriosa".

Krishnaji dijo: "Si, así es".

Yo dije: "Hay una sensación de contacto con algo, sin que nadie se encuentre ahí -una sensación de presencia".

"Está en esta habitación", dijo Krishnaji. "No sé si ustedes lo perciben -¿qué es eso?" Y entonces una mirada extraña apareció en sus ojos. "Tengo que ser terriblemente cuidadoso acerca de esto". Súbitamente dejó de hablar, y después dijo: "Pregunten ustedes -yo no preguntaré".

Dije: "¿Qué es eso?"

"Tenga cuidado. Cuando hablamos de esto, o estamos imaginándolo o..."

"¿Qué ocurre -se vincula eso con usted?"

"Si, obviamente". La disposición de Krishnaji estaba cambiando, hablaba desde una gran profundidad, como si viajara velozmente por vastos espacios internos. "Pienso que hay una fuerza que los teósofos habían tocado, pero

trataron de convertirla en algo concreto. No obstante, 'algo' había que ellos tocaron y después intentaron traducirlo en sus símbolos y su vocabulario, y así lo perdieron. Este sentimiento profundo ha proseguido durante toda mi vida -no está..."

"... ¿vinculado con la conciencia?", interrumpió Achyut.

"No, no. Cuando hablo de ello, ocurre algo tremendo. No puedo formularle ninguna pregunta", dijo K.

El silencio se derramó a través de puertas y ventanas.

"Todas sus enfermedades han sido muy extrañas. Cada enfermedad seria fue seguida por una fuente de energía nueva", dije. Hubo una larga pausa.

De pronto, Krishnaji preguntó: "¿De *qué* estamos hablando?"

"¿Es algo externo a usted? ¿Le protege?" Hablé con vacilación.

"Si, si -de eso no hay duda- absolutamente".

"Cada vez que ocurre, ¿cambia la naturaleza de aquello?"

"No, no..."

"¿Se intensifica?"

"Si, se intensifica". Otra vez hubo una larga pausa. Después, como si titubeara en el uso de las palabras, dijo: "¿Es algo externo que manifiesta su acción internamente? ¿Es el universo que se derrama dentro -y el cuerpo no puede permanecer demasiado con ello? Mientras estoy hablando, eso es muy intenso. Hace cinco minutos no estaba ahí. Cuando era un muchacho ellos me dijeron: 'Se completamente como un canal abierto -no resistas'. Sólo más tarde me pregunté quiénes eran 'ellos'"

"¿Tiene eso alguna relación con las palabras Bodhisattva Maitreya?", preguntó Achyut.

"¿Es imaginario el Bodhisattva Maitreya? ¿Lo inventó C.W.L.? ¿Vivió el muchacho inconscientemente con ese nombre? ¿O es algo por completo diferente de su adoctrinamiento?" Krishnamurti parecía totalmente absorto en su indagación.

"¿Significa algo para usted la palabra Maitreya?", pregunté.

"No", contestó Krishnaji.

Persistí. "¿Por qué dice usted 'No'? ¿Por qué, si sostiene que no hay memoria psicológica, las palabras 'Buda Maitreya' tienen efecto sobre usted?"

"¿Recuerda el 'Buda' de Abanendranath Tagore? -ese cuadro tenía un efecto extraordinario sobre el muchacho. El no sabía qué era el Budismo". Hizo una pausa. "No obstante, el sentimiento del Buda siempre ha estado ahí. Un sentimiento de inmensidad".

"¿Un sentimiento de inmensidad? ¿Podemos proseguir con eso? ¿Está ese sentimiento fuera de usted? ¿O es algo interno? ¿Es el cuerpo incapaz de recibirlo?"

"No piense que estoy loco. Jamás he sentido como siento ahora. Que el universo está tan cercano como si mi cabeza estuviera incrustada en el universo. ¿Suena absurdo?" Krishnaji sonrió tímidamente.

"¿Dice usted que todas las barreras han cesado?"

"Vea, las palabras 'Buda', 'Maitreya' han perdido su significación. Percibo que ha cesado toda sensación verbal".

"Usted dijo algo de estar muy próximo al universo..."

Krishnaji rió: "Si, mi cabeza está dentro de él".

"Eso se manifiesta en las pláticas. El núcleo de su enseñanza se ha movido hacia una posición cósmica", dije.

Después usó palabras extrañas: "O puede no ser nada en absoluto. Puede ser un tentáculo que tantea en torno. No alcanzo la plena claridad de ello. Ahora llena esta habitación. Sea lo que fuere, está vibrando con ello. Cuanto más observo, más está ahí -la intensidad de ello. Puedo permanecer sentado aquí con ustedes dos y al mismo tiempo 'irme'. Estar con esa cosa inmensa y dejarla operar. Es un misterio; en el momento que el misterio se comprende, deja de ser misterio. Uno no puede comprender lo misterioso -es demasiado infinito.

"Tengo el curioso sentimiento de que deseo penetrar ese misterio. ¿Entienden? Y sin embargo, hay cierta vacilación en acercarme a él. Uno no puede tocarlo. Está ahí. Es misterioso. En el estrado es algo diferente... O probablemente sea la misma cosa".

Capítulo XLII

LOS LIMITES DEL PENSAMIENTO

En la tercera semana de enero de 1982, Krishnaji se encontraba en Bombay, hospedándose en los Sterling Apartments. Después de la plática dominical del 24 de enero, Krishnaji, Nandini y yo estábamos cenando. Discutíamos sobre el cáncer, y dije que si éste no estuviera en su estado inicial, yo no permitiría que mi cuerpo fuera destruido por las nuevas terapias y me prepararía a morir. K dijo que en Occidente se había constituido una sociedad donde la gente reclamaba el derecho a morir. Habían editado un manual que ofrecía detalles de la forma más fácil de morir. Prescribía la toma de píldoras somníferas, una gran dosis; después la colocación de una bolsa plástica sobre la cabeza con una faja de goma alrededor del cuello; la persona podía, levantar la faja y dejar entrar el aire si se sofocaba. Si se quedaba dormida, la mano caería y a la mañana siguiente la persona estaría muerta. Nandini escuchó esto y en su rostro apareció una expresión de intenso miedo. "¡No, no!" dijo inconscientemente. La miré y le pregunté por qué reaccionaba así. ¿Es que alguna vez había pensado en suicidarse? Titubeó, se esforzó, hizo una pausa y dijo: "Una vez". Y agregó: "Mientras K hablaba, sentí la sofocación".

Discutimos el miedo y su naturaleza. Le pregunté a Krishnaji si alguna vez había conocido el miedo. Hizo una pausa, reflexionó. "Muchas cosas pueden ocurrir en la noche; la oscuridad invita a muchas cosas". En su vida no había conocido el miedo, pero el mal existía. El mal tenía una presencia, y siempre estaba aguardando una grieta por la cual poder entrar.

Dijo: "El miedo atrae el mal. Hablar acerca del mal es atraerlo". Súbitamente, Krishnaji se tornó extraño y muy distante. Atrajo los brazos hacia el cuerpo mientras éste se contraía dentro del menor espacio posible. Después preguntó: "¿Lo sienten en la habitación?" Su rostro había cambiado. La habitación estaba cargada con poder. Entonces K dijo: "Antes de que vayamos a dormir, tendré que disiparlo, proteger este lugar". No explicó qué haría, pero algo tenía que hacerse. Poco después se levantó y caminó en torno deambulando por las habitaciones. Devi y Ghanshyam, los hijos de Nandini, habían llegado a la casa. Percibieron algo y no entraron en la habitación donde nos encontrábamos. Poco más tarde, Krishnaji regresó al comedor. Estaba sereno, su rostro lucía hermoso, sus ojos límpidos. La atmósfera había cambiado totalmente. Cualquier cosa que hubiera estado ahí, había sido totalmente eliminada.

A través de los años, Nandini y yo habíamos hablado frecuentemente sobre la actitud de Krishnaji hacia el bien y el mal. El nos había dicho: "El mal es un hecho. Déjenlo en paz. Nuestra mente no debe jugar con el mal. Pensar acerca de él es invitarlo. El odio, los celos, atraen el mal. Por eso es importante para el cuerpo y la mente estar quietos y en silencio y no permitir que surjan ninguna clase de emociones fuertes sin vigilarlas implacablemente. El deterioro camina a un paso detrás de nosotros -no importa quién sea uno". Pasando los años, yo había notado que cuando entre las personas que le rodeaban empezaban a jugar emociones fuertes, o cuando surgía alguna pregunta relativa al mal, su voz cambiaba, sus ojos se retraían, solía contraer el cuerpo, y la atmósfera se congestionaba para disiparse unos momentos después.

Para él, así como existía un depósito del bien, también había tinieblas que acechaban. Ambas cosas no estaban relacionadas entre sí. El mal esperaba un apoyo para entrar; de ahí la necesidad de la atenta vigilancia. "¿Han observado ustedes un gato que vigila el agujero donde se ha ocultado un ratón? Vigilen de ese modo cualquier sentimiento fuerte sin apartar los ojos", decía.

Durante el verano de 1.982 me encontraba en Londres por actividades vinculadas con el Festival de la India. Desde Londres fui a Brockwood Park y pasé una semana con Krishnamurti. Durante una de nuestras conversaciones discutimos el discernimiento y la mente. Hablamos de la mente india, del lugar que ocupaba el mito. Dije: "La mente moderna no tiene peso ni densidad". Contestó: "Es indispensable tener una mente antigua, no una mente que en la superficie sea oriental u occidental. Las percepciones, el discernimiento, dan vigor a la mente. Casi todos piensan que tienen mentes firmes, decididas. Pero con una mente decidida, no es posible tantear, sondear. Extrañas cosas están sucediendo. Me despierto de noche con una acción inmensa dentro de mi cabeza. Siento vivir, danzar, palpitar cada célula de mi cuerpo".

Le pregunté a Krishnaji si aceptaría el hecho de que había una mente india. Esta mente podía contener en sí las mismas tendencias que la mente occidental -la misma codicia, los celos, la ira- pero el suelo desde el cual estas tendencias brotaban era diferente. Estando distintamente condicionadas -proseguí diciendo- las dos mentes se complementaban entre sí.

Krishnaji dijo que, estando en la India, había presenciado las manifestaciones de un creciente materialismo. Me preguntó: "¿Cuál es el interés que hoy mueve a la mente india?" Contesté que eso era difícil de decir. En años recientes habían existido grandes cambios: un aumento de la violencia y un movimiento general hacia los bienes materiales y el consumismo. La cultura tecnológica había penetrado a cierta profundidad en la mente india y en el medio.

El preguntó entonces cuál era la diferencia fundamental entre las dos mentes. Durante siglos, la mente india había tenido una cierta agudeza que la había capacitado para sondear profundamente; pero le faltaba precisión, la capacidad de tomar una abstracción y convertirla en una solución concreta. La mente occidental tenía precisión; arraigada en la razón y en la lógica, se había vuelto hacia lo externo, hacia la transformación del medio. Krishnaji dijo que tal vez la tecnología había hecho que la mente india fuera más práctica. Cuestionó, sin embargo, que hubiera en modo alguno un pensamiento oriental u occidental. "Sólo existe el pensamiento, las expresiones pueden diferir. ¿Tiene la mente india una tendencia hacia la búsqueda interna?"

"Sí", dije, "tal como la mente occidental es proclive a moverse y funcionar en el medio externo. El interés de la India ha estado puesto en el medio interno".

"Interés de muy pocas personas", comentó K.

"Pero son sólo los pocos quienes crean la cultura. ¿Cómo surge la cultura?", pregunté.

Después discutimos qué era lo que había separado las dos mentes, qué había llevado a moverse en distintas direcciones a la mente india y a la mente occidental. Krishnaji habló del clima, de las tendencias políticas, del interés en los asuntos mundanos que condujo en Occidente a la mente inventiva. En la India, con su antigua civilización, el interés superior se había dirigido a la vida religiosa y a la búsqueda interna.

"En alguna parte a lo largo de la línea, la gente de un origen racial, aparentemente se dividió de la otra", dije. "El Occidente se volcó al descubrimiento externo en su diálogo con la naturaleza. De esto emergieron verdades significativas concernientes a la ciencia y la tecnología. La India también tenía un diálogo con la naturaleza, pero era de un orden diferente".

"¿Está usted diciendo", preguntó K, "que la mente india se interesa más que la mente occidental en las cuestiones religiosas? En la India el interés en la religión ha sido profundo. La tradición india ha sostenido que la comprensión del ser, del universo, del Principio Supremo, es la más significativa de las búsquedas".

"Hay cierta rapidez en el modo con que la mente india inicia una investigación interna. Las grandes percepciones son diferentes en la India y en Occidente", dije.

"En Oriente, la duda, el escepticismo, el cuestionamiento, forman la base de la investigación religiosa. En Occidente, lo fundamental es la fe", comentó K.

"Ambas culturas están hoy en crisis", dije.

"Sí. La conciencia humana, la cultura humana está en crisis".

"¿Distinguiría usted la conciencia, de la cultura?", pregunté.

"No, son la misma cosa", dijo K.

"La crisis está en las raíces mismas de la mente humana. Los seres humanos, percibiendo su insuficiencia, se vuelven hacia otras culturas", dije.

"Yo me pregunto si en su búsqueda alejada de la perspectiva materialista, no quedan atrapadas en la superstición, en ideas románticas, gurús, etc. Si la conciencia humana está en crisis, como lo está, la pregunta es si la crisis puede ser resuelta, o si es inevitable que los seres humanos jamás puedan ir más allá de sus limitaciones".

"Lo externo y lo interno, lo material y la búsqueda interior, son dos imágenes que se reflejan en el espejo", dije. "Si el hombre ha de sobrevivir, ¿pueden los dos aspectos reunirse en uno solo? ¿Puede nacer una cultura humana capaz de sostener y contenerlos a ambos?"

"¿Qué entiende usted por la palabra cultura?", preguntó K.

"Todo lo que contiene el cerebro", respondí.

"El adiestramiento del cerebro y el refinamiento del cerebro; el adiestramiento del cerebro en la acción, en la conducta, en las relaciones, y también un proceso de investigación que conduce a algo no contaminado por el pensamiento. Yo diría que eso es la cultura", comentó K.

"¿Incluiría usted dentro del campo de la cultura la investigación en lo profundo? ¿No es la cultura un circuito cerrado?"

"Uno puede hacer que lo sea, o puede ir más allá", dijo K.

"Tal como existe, la cultura es un circuito cerrado".

"¿Qué es la cultura?", insistió K.

"Las percepciones, la manera como miramos las cosas, los pensamientos, los sentimientos, las actitudes; la operación de los sentidos. Usted puede seguir añadiendo a esto", dije.

"Incluir la religión, la fe, la creencia".

"El contenido puede continuar creciendo, pero dentro de un contorno. Cuando usted habla de búsqueda, ¿la incluiría en la cultura?", pregunté.

"Por supuesto", dijo K. "Estoy investigando, con cierta vacilación y escepticismo, si el cerebro, evolucionado a través de los años, de miles de años, habiendo experimentado sufrimientos inenarrables, desesperación, intentando escapar de sus propios temores a través de todas las prácticas religiosas, si ese cerebro puede cambiar alguna vez. ¿Puede producir una mutación en sí mismo? De lo contrario, no podrá generarse jamás nada nuevo, ninguna cultura diferente".

“Si el cerebro no produce una mutación dentro de sí mismo, ¿es posible alguna otra cosa?”, pregunté.

“Los hindúes han formulado esta pregunta hace siglos, si existe un agente externo, el Principio Supremo, capaz de operar sobre el cerebro condicionado”, dijo K”.

¿O puede despertar algo que se encuentra dentro del cerebro?”, pregunté.

“Existen dos posibilidades: o hay un agente externo operando como energía, o desde el interior de las células cerebrales hay un despertar que transforma”. K continuó inquiriendo si hay un agente externo capaz de producir una mutación en las células cerebrales condicionadas.

Yo escuchaba profundamente, y respondí desde lo profundo de ese escuchar. “El hecho es que el flujo de la energía que opera en la naturaleza, raramente toca las células cerebrales. Hay tantos obstáculos que uno ha construido, que el fluir de la energía natural jamás parece afectar creativamente el cerebro”.

De pronto, Krishnaji preguntó: “¿Qué estamos discutiendo?”

“La posibilidad de una cultura que, sin ser india ni occidental, contenga a toda la humanidad y sus percepciones. En la que haya terminado la división entre lo interno y lo externo. La percepción es percepción; no es percepción en lo externo o en lo interno. Si el instrumento es el cerebro, algo tiene que ocurrir en el cerebro”, dije.

La respuesta de Krishnaji fue preguntar si eso podía suceder sin la idea de que había un agente externo que produciría la mutación en un cerebro condicionado. ¿O el cerebro condicionado podía despertar a su propio condicionamiento, percibir sus propias limitaciones y permanecer ahí? “Todo el tiempo estamos tratando de hacer algo. Y yo pregunto: ¿Es el hacedor diferente de aquello que hace? Veo que mi cerebro está condicionado y que todas mis actividades, mis relaciones, son limitadas. Veo que la limitación debe ser derribada. Pero es el ‘yo’ el que opera sobre la limitación. Y el ‘yo’ es limitado; no está separado de la limitación que trata de derribar. La limitación del ‘yo’ y la limitación del condicionamiento no están separadas. El ‘yo’ no está separado de sus cualidades”.

“¿De lo que observa?”

“Una parte observa a la otra parte”, fue la respuesta de K.

“Usted dice eso, pero nosotros estamos todo el tiempo tratando de operar sobre lo otro”, dije.

“Toda la vida es eso. Aparte del mundo de la tecnología, el cerebro está condicionado por esta tradición de que el actor es diferente de la acción. Y así el condicionamiento continúa. Pero cuando uno se da cuenta de que el actor es la acción, entonces cambia toda la perspectiva. Nos estamos preguntando, Pupulji, qué produce un cambio en el cerebro humano”.

“Esto es crucial: ¿Qué hace que la división se termine?”

“El hombre siempre ha sido igual por un millón de años -y, psicológicamente, somos tan primitivos como éramos. Básicamente, no hemos cambiado mucho. Buscamos poder, posición, nos matamos unos a otros. Estamos corruptos. Los seres humanos somos hoy psicológicamente lo mismo que éramos. ¿Qué hará que la humanidad cambie todo eso?”

“¿El discernimiento?”, pregunté.

“¿Es la llamada cultura la que impide la percepción directa, el discernimiento?”, fue la pregunta de K, quien dijo que pocas personas habían investigado en la India esta cuestión del discernimiento, mientras que el resto tan sólo repetía. “La tradición es una cosa muerta, y la India vive con esta cosa muerta. También aquí la tradición tiene un poder tremendo”.

“En Occidente están los pocos que tienen grandes percepciones en el campo de la ciencia”, dije.

“Sí. ¿Pero qué hará que los seres humanos produzcan una mutación en sí mismos? La cultura está tratando de producir ciertos cambios en la conducta humana. Las religiones han dicho, ‘no mates’, y el hombre mata. Están los edictos, las sanciones, y nosotros hacemos todo lo opuesto”, dijo K.

“Las culturas han fracasado”.

“Eso es lo que quiero averiguar: si es que las culturas han fracasado y el hombre no puede volver a ellas nunca más. En tal caso, el hombre se encuentra ahora perdido. ¿Qué es lo que podrá dar origen a una mutación en las células cerebrales?” El interés apasionado de Krishnaji era evidente.

“Estábamos diciendo que la matriz india puede ser diferente de la matriz occidental. Pero el problema es idéntico. ¿Cómo producimos una mutación en la matriz humana, en el cerebro humano?”, pregunté.

“Después de todo, los indios sufren aquí igual que los europeos; la desesperación, la desdicha, son las mismas. Así que olvidemos el Oriente y el Occidente y veamos qué es lo que impide que esta mutación ocurra”.

“¿Hay algún otro modo de percibir lo real?”

“Eso es lo que hemos estado diciendo por años. Lo real, lo factual, es más importante que la idea. Los conceptos ideales no tienen valor alguno porque se apartan de ‘lo que es’. Parece que resulta muy difícil no tener ideales”.

“En el acto de percibir lo real, ¿no hay movimiento del cerebro?”, pregunté.

“Es todo cuanto estoy diciendo. Si uno observa muy cuidadosamente, son los hechos mismos los que producen un cambio. El dolor humano no es oriental ni occidental. Siempre estamos tratando de escapar del dolor. ¿Podemos comprender la profundidad y el significado del dolor? No con una comprensión intelectual, sino sondeando

realmente en la naturaleza del dolor. El dolor no es suyo ni mío; ¿qué es, entonces, lo que bloquea al cerebro humano impidiéndole investigar profundamente en lo interno?"

"Usted usa las palabras sondear, investigar dentro de uno mismo. Ambas palabras se vinculan con el movimiento -pese a que usted habla de una cesación del movimiento".

"Por supuesto... por supuesto... el movimiento es tiempo… es pensamiento. Tiene que haber una cesación del movimiento. ¿Puede realmente cesar, o pensamos que puede cesar? Nosotros separamos a la entidad que ha de ser investigada. Esa es mi objeción -ése es el mayor bloqueo".

"Cuando usted usa la palabra 'investigar', ¿la usa en el sentido de una percepción?", pregunté.

"Percepción - observación", fue la respuesta de K. "¿Qué hará que los seres humanos cambien el modo en que se comportan? Expresado muy sencillamente: ¿Qué cambiará toda esta espantosa brutalidad? ¿Quién la cambiará? No lo hará el político, ni el sacerdote -ni las personas que hablan del medio ambiente, los ecologistas, etc. Ellos no pueden cambiar al ser humano. ¿Quién lo cambiará si el hombre mismo no lo hace? La iglesia ha fracasado en querer cambiar al hombre. Las religiones han tratado de transformar el mundo, de humanizarnos, de hacernos más inteligentes, más afectuosos. No han tenido éxito".

"Todo esto lo vemos, Krishnaji, pero eso no genera en el hombre una percepción del hecho", dije.

"¿Qué le hará tener esta percepción? Usted puede tenerla -pero si yo no la tengo, ¿qué efecto tendrá su percepción sobre mí? Formulo una pregunta más profunda: ¿Por qué, después de milenios, los seres humanos son así? ¿Por qué un grupo lucha contra otro grupo, una tribu contra otra tribu, una nación contra otra nación? ¿Traerá el cambio una nueva cultura? ¿*Quiere* el hombre cambiar? ¿O piensa que todo está bien, que el hombre evolucionará hasta cierto nivel? Mientras tanto, nos estamos destruyendo unos a otros".

"¿Cuál es el momento real de afrontar un hecho? ¿Cuál es la realidad de ello?", pregunté.

"¿Qué es un hecho? Es lo que se hizo en el pasado y lo que se está haciendo ahora. El actuar ahora y lo que ha sucedido, constituyen el hecho.

"Seamos claros. Cuando vemos el hecho, el hecho de ayer o el de hace una semana, el suceso ha pasado, pero yo lo recuerdo; el recuerdo está almacenado en el cerebro. Lo que se está haciendo ahora es también un hecho, coloreado por el pasado, controlado por el pasado. ¿Puedo ver todo este movimiento como un hecho?"

"¿Diría usted que el ver eso como un hecho, es ver sin acumular?, pregunté.

"Ver sin prejuicio".

"Sin nada que rodee al hecho".

"Correcto. ¿Y qué significa eso?"

"Negar todas las respuestas que surgen".

"Negar los recuerdos".

"Que emergen de ello", interrumpí.

"¿Es eso posible, entonces?"

"Es posible. La atención misma disipa el movimiento".

"Eso significa: ¿Puede el cerebro estar tan atento que el suceso que ocurrió la semana anterior se revele? Usted no carga con el recuerdo. Lo que ocurre es que mi hijo ha muerto y yo sufro. Y la memoria de eso está tan fuertemente impresa en mi cerebro que hay un constante surgir del sufrimiento, que es recuerdo".

"De eso emerge el movimiento del dolor. La atención termina no sólo con el dolor, sino que le impide emerger". Yo estaba sondeando.

"Investíguelo un poquito más", dijo K. "¿Qué significa eso? Mi hijo ha muerto. Yo lo recuerdo y está el retrato de él cerca del piano o en la repisa de la chimenea. Existe este constante fluir del recuerdo hacia adentro y hacia afuera".

"La negación del dolor y su disolución, ¿no tienen una acción directa sobre el cerebro?", pregunté.

"¿Y eso qué significa? Mi hijo está muerto. Ese es un hecho. No puedo cambiar el hecho. Suena cruel decirlo, pero él se ha ido para siempre. Sin embargo, lo llevo conmigo todo el tiempo. ¿Correcto? El cerebro lo conserva como recuerdo y carga con ese recuerdo todo el tiempo. Vivo de recuerdos, que son cosas muertas. El recuerdo no es lo real. Tiene que haber una terminación. Mi hijo está muerto. Eso no significa que he perdido mi amor por él".

"¿Pero qué queda?"

"¿Puedo decir algo sin que resulte chocante?", preguntó K. "No queda nada. Mi hijo se ha ido -lo cual no es una afirmación de crueldad ni una negación de mi amor. Lo que se ha terminado no es el amor por mi hijo, sino la identificación del amor con mi hijo".

"Usted establece una distinción entre el amor por el hijo y el amor".

"Si yo amaba a mi hijo en el más profundo sentido de la palabra, amo a la humanidad. Si amaba a mi hijo, amo a todo el mundo -amo la tierra, los árboles, la totalidad del universo. ¿Qué ocurre cuando hay una pura percepción del hecho, sin ningún prejuicio, sin ningún escape? ¿Puede uno ver el hecho completamente? ¿Es eso posible? Cuando me encuentro sumido en el dolor, estoy perdido. Es un gran choque emocional, y en el momento de la

muerte uno no puede decir nada a la persona que sufre. Pero cuando sale de su confusión, de su aislamiento, de su desesperación, entonces tal vez tenga la suficiente sensibilidad para ver este hecho".

Le pregunté si la percepción del hecho requería un gran estado de observación. "A una persona que nunca ha observado, uno no puede decirle que termine con el dolor".

"Eso sería cruel. Pero un hombre que ha observado, que ha inquirido en la muerte y ve que ésta es común a toda la humanidad, el hombre sensible, ése necesita encontrar una respuesta".

Comencé: "Señor, en ese nivel, tan sencillo como es..."

"Tenemos que mantenerlo sencillo, no introducirlo en el campo intelectual de las teorías y las ideas".

"¿A la mente le asusta lo sencillo?", pregunté.

"¡Somos tan intelectuales! Hacer que las cosas sean complejas forma parte de nuestra educación, de nuestra cultura. Las ideas son tremendamente importantes. Consideramos que son esenciales..."

"Para usted, el punto supremo de la cultura es la disolución del yo. Cuando se refiere a la disolución del hecho, se trata esencialmente de la disolución del yo".

"Sí. Pero la disolución del yo se ha vuelto un concepto, y nosotros le rendimos culto al concepto. En todo el mundo se hace eso. Los conceptos son elaborados por el pensamiento. ¿Qué hará que los seres humanos en todo el mundo se comporten, no a mi modo ni al suyo, sino de modo tal que no maten, que estén llenos de afecto? Nada de lo que hemos hecho ha conseguido esto. El conocimiento no ha ayudado al hombre".

"Viviendo de la manera en que el hombre lo hace, el miedo es su sombra".

"Y el hombre quiere conocer el futuro...", dijo K.

"¿Forma eso parte de su miedo?", pregunté.

"¿Debido a que busca seguridad en tantas cosas y todas ellas fracasan, y siente que tiene que haber seguridad en alguna parte?" Hizo una pausa. "Pongo en duda que haya seguridad en ninguna parte".

"¿Qué acción ejerce sobre las células cerebrales la disolución del hecho?", pregunté.

"Yo usaría la palabra discernimiento. El discernimiento instantáneo no es cuestión de memoria, de conocimiento o de tiempo, todo lo cual forma parte del pensamiento. Yo diría que ese discernimiento es la completa ausencia de todo el movimiento del pensar, del tiempo y de la memoria. De modo tal que haya percepción directa. ¿Puedo ver que he estado yendo al Norte por los últimos diez años? ¿Que mi cerebro se ha habituado a ir al Norte? Entonces viene alguien y dice: 'Eso no llevará a ninguna parte. Vuélvete al Este'. Cuando me vuelvo al Este, las células del cerebro experimentan un cambio. Si veo que todo el movimiento del pensar es limitado y que el pensamiento no resolverá ninguno de mis problemas, entonces dejo de marchar hacia el Norte. En la terminación del yo reside la terminación de un movimiento que ha estado prosiguiendo por miles de años. Eso es el *discernimiento* de que hablamos. Eso da origen a una mutación, a un cambio en el cerebro. Pienso que esto lo vemos muy claramente. ¿Pero esa percepción hará que la humanidad cambie? ¿Qué hará que mi hijo, que mi hija cambien? Ellos leen esto, y continúan con su viejo modo de vivir. ¿Es tan fuerte la tradición del pasado? He estado pensando en mí mismo por los últimos mil años, y sigo pensando en mí mismo. Esta es mi condición. Esta es mi tradición. ¿Es el pasado tan tremendamente fuerte? Y el pasado está encarnando todo el tiempo. ¿Es eso parte de la cultura -continuar en nuestra condición?"

"Yo diría que es parte de la cultura", dije.

"Obsérvelo. He estado observando esto muy seriamente, lo fuerte que es la tradición. Hablo de la tradición como una continuidad del pasado, que se prolonga mediante su propio impulso. Y nosotros somos eso. Nuestra cultura, nuestros conceptos religiosos son nuestra tradición. ¿Qué ha de hacer, pues, el cerebro?"

"Yo siento, señor, que nosotros hablamos de observar el pensamiento, pero que eso es por completo diferente del verdadero estado de atención".

"Eso es el pensamiento percatándose de sí mismo. El problema central es que el mundo se ha vuelto más y más superficial, más y más afecto al dinero, más identificado con el yo-yo-yo.

"¡Es tan fácil convertir lo que usted dice en un concepto! ¿Pero puede haber una cultura viviente, viviente porque su vida es el discernimiento?"

"Yo no usaría la palabra 'cultura'".

"Usted comenzó diciendo que la palabra 'cultura' alude a algo que contiene más que sólo la cultura humana -que quizás es la cultura de la mente. En un estado semejante, ¿qué ocurre con todas las civilizaciones que el mundo ha visto y conocido y contiene?"

"Eso significa, Pupulji, '¿Qué es la libertad?' ¿Nos damos cuenta de que somos prisioneros de nuestras propias fantasías?"

"Creo que sí".

"Si nos damos cuenta, se han extinguido".

"Usted no admite un estado intermedio. Ese es todo el problema".

"El hombre que es violento y trata de ser menos violento en un estado intermedio, es violento".

"No necesariamente. ¿No existe también, en lo que usted dice, todo el movimiento del tiempo y del pensar?"

“¿Y eso qué implica? El pensamiento es limitado. Se que el pensamiento investigándose a sí mismo es limitado”.

“La diferencia, señor, es que yo podría ver esto -pero la atención necesaria para que eso ocurra, puede no permanecer activa durante todas mis horas de vigilia. La capacidad, la fuerza de esa atención puede no estar ahí en el momento justo”.

“Esa pasión, ese movimiento sostenido de energía, no se disipa por el pensamiento, por ninguna clase de actividad, y esa energía adviene cuando uno comprende el dolor. En la terminación del dolor hay compasión. Esa inteligencia, esa energía, no experimenta depresiones”.

“Usted quiere decir que ni se eleva ni decae”.

“No, si se eleva o decae, uno tiene que darse cuenta de que está elevándose o decayendo, y de quién es el que se da cuenta...”

“¿Pero es posible sostener eso durante todo el día?”, pregunté.

“Sólo esté atenta, dése cuenta, no lo sostenga. Es como un perfume -está ahí. Usted no tiene que sostenerlo. Por eso pienso que uno ha de comprender todo el condicionamiento de nuestra conciencia. Creo que ésa es la verdadera investigación. La verdadera exploración es dentro de la conciencia, que constituye el suelo común a toda la humanidad. Y eso jamás lo investigamos. Nunca decimos... ‘Voy a estudiar esta conciencia que soy ‘yo’’.

“Y estar libre del ‘yo’ es una de las cosas más difíciles que hay, porque el ‘yo’ se oculta bajo diferentes rocas, en diferentes hendeduras”.

Capitulo XLIII

"¿HASTA DÓNDE PUEDE UNO VIAJAR?"

A la mañana siguiente Krishnaji entró mientras yo estaba tomando mi primera taza de té matinal. Comenzamos a hablar. Más tarde, durante ese día, habríamos de sostener un diálogo, y me dijo: "Pupul, ¿podríamos discutir hasta los límites mismos del pensamiento y viajar más allá?"

Él se encontraba en un estado de ánimo exaltado. Yo tenía una fea tos y no me sentía particularmente brillante esa mañana. No pensaba en el tema que estábamos discutiendo ni intenté siquiera despertar el cerebro.

Después, cuando ambos estábamos sentados frente a frente, yo todavía no sabía qué decir. Entonces comencé a hablar, y las palabras fluyeron como si hubieran sido programadas. Me sentía lúcida, locuaz; había un sondeo profundo y un ver extensivo. Dije que recientemente había leído acerca de una nave espacial que viajaría hasta los límites exteriores del universo, y que el viaje no terminaría jamás. Al no haber fricción ni tiempo, tampoco habría un final. Pregunté: "¿Existe en los dominios del ser, en la mente humana, un espacio interno de las cosas? ¿Hay espacios vastos, inmensurables que están en lo interno de la naturaleza?"

"¿Está usted preguntando si dentro del cerebro humano -preferiría usar 'mente' como algo separado del 'cerebro' -si existe allí o puede existir un espacio infinito, una eternidad más allá del tiempo? Podríamos especular al respecto, pero la especulación no es la realidad".

"Pero había una percepción de que era posible explorar el espacio exterior, y ésta capacitó al hombre para explorar el espacio exterior. Si no postulamos una cosa, no podemos explorar y probar que es así", dije.

"¿Estamos especulando, o estamos realmente investigando si existe una inmensidad semejante, si hay un movimiento que no pertenezca al tiempo, un movimiento eterno?"

"Para investigar esto tenemos que formular la pregunta. Lo que surja de ello determinará si la pregunta es especulación o investigación".

"Nos hemos preguntado si el cerebro puede descubrir la verdad acerca de la existencia o no-existencia de la eternidad. ¿Cómo empezamos a investigar? ¿Cómo sondea uno diligentemente en esta pregunta, una pregunta que el hombre se ha formulado por miles de años? ¿Está el hombre atado para siempre al tiempo? ¿O hay -o puede haber- realmente dentro del cerebro una comprensión de que existe un estado de eternidad?"

"¿Cómo procede usted en esto? Comenzó haciendo una distinción entre cerebro y mente. ¿Querría explicarse?"

"El cerebro está condicionado. El condicionamiento es producido por el conocimiento, la memoria, la experiencia. El cerebro es limitado. De modo que para descubrir algo nuevo, tiene que haber un período, aunque sea transitorio, en que el pensamiento no se mueva, en que se encuentre ausente".

"El cerebro es una cosa material, tiene su propia actividad".

"Sí, una actividad no impuesta por el pensamiento", dijo K.

"Para nosotros, la operación del cerebro ha sido la operación del pensamiento", dije.

"Sí, el movimiento del cerebro, la parte del cerebro que está siendo usada, se halla condicionada por el pensamiento. El pensamiento es siempre limitado, está condicionado por el conflicto. Lo que es limitado, debe por fuerza crear conflicto. La mente es una dimensión por completo distinta que no tiene contacto con el pensamiento. Déjeme explicarlo. El cerebro que ha estado funcionando como un instrumento del pensar, ese cerebro ha sido condicionado; y en tanto esa parte del cerebro permanezca en esa condición, no hay una comunicación completa con la mente. Por lo tanto, cuando el pensamiento psicológico no funciona, hay comunicación, la cual constituye una dimensión por completo diferente; esa dimensión puede comunicarse con el cerebro utilizando el pensamiento".

"¿Está usted postulando un estado fuera del reino del pensamiento?", pregunté.

"Así es. Aquello está fuera del reino del tiempo", dijo K.

"Como el tiempo y el pensamiento parecen ser el núcleo esencial de este problema, tal vez podríamos investigar el fluir del tiempo, descubrir en qué instante es posible la intercepción".

"¿Qué entiende usted por 'intercepción'?", preguntó K.

"No me refiero al interceptor, sino a un contacto directo que es la cesación del tiempo. ¿No proviene el tiempo de un pasado inmemorial y se proyecta en un interminable futuro?"

"No, el pasado condiciona el futuro".

"Entonces, a menos que los seres humanos dejen de estar..."

"Dejen de estar condicionados", dijo K.

"Pero uno aún seguirá usando el pensamiento. Su contenido experimentará un cambio, pero el mecanismo del pensamiento continuará", dije.

"Ahora bien, el pensamiento es el principal instrumento que tenemos. Después de miles de años de fricción, de guerras, ese instrumento se ha embotado. No puede ir más allá de su propia cuerda. El pensamiento es limitado, está condicionado y se halla en un perpetuo estado de conflicto".

"He usado la palabra 'intercepción' para indicar un contacto con el movimiento desde el pasado como el ayer".

“Como el hoy”, dijo K.

“¿Qué es el hoy? ¿Cómo hacemos contacto con el hoy?”

“El hoy es el movimiento del ayer modificado. Somos un manojo de recuerdos. ¿Qué implica eso? El pasado, el presente y el futuro constituyen un movimiento del tiempo-pensamiento. ¿Cómo percibe usted eso?”

“¿No hay algo así como un contacto táctil con ello?”

“¿Cómo toca usted esta cosa? ¿Cómo establece uno contacto con el hecho de que uno es toda una serie de recuerdos, que son tiempo-pensamiento?”

“Seamos concretos. El pensamiento de que yo me voy esta tarde y le dejaré a usted, es un hecho”.

“Es una realidad”.

“De eso surge una cierta nostalgia de dejarle, la cual es algo emocional, psicológico, que encubre el hecho. Con lo que hay que establecer contacto, ciertamente, no es con el hecho de que me voy, sino con la pena que me ocasiona el irme”.

“La pena de irse, mil siglos de pena, de ansiedad, de dolores. ¿Está eso separado de usted que lo siente?

“Puede no estar separado. ¿Cómo toco eso?”, pregunté.

“¿Qué quiere decir?”

“Es sólo en el presente que yo puedo entrar en contacto con todo este edificio”, respondí. “El *ahora* contiene al pasado, y también al futuro y al presente”.

“El presente es el pasado y el futuro. El presente se mueve. El presente es un millar de ayeres del pasado que se modifican, y el futuro es ‘ahora’, es el presente”.

“El presente tampoco es estático. En el momento que uno trata de verlo, se ha ido. ¿Qué es, entonces, lo que uno observa?”, pregunté.

“El hecho de que el presente es todo el movimiento del tiempo y del pensamiento. ¿Puede uno ver la verdad de eso? ¿Puede uno tener un discernimiento instantáneo, una percepción en el hecho de que el ahora es todo tiempo y pensamiento?”

“Esa percepción, ¿emana del cerebro?”

“¿O la percepción es un discernimiento que nada tiene que ver con el tiempo y el pensamiento?”, dijo K.

“¿Surge dentro del cerebro?”, pregunté.

“Sí, ¿o surge fuera del cerebro?”, contestó K. “¿Está dentro de la esfera del cerebro, o hay un discernimiento que adviene cuando uno está libre del condicionamiento? Este discernimiento, esta mente, es inteligencia suprema”, dijo K.

“No entiendo”.

“El cerebro está condicionado por el tiempo y el pensamiento. En tanto ese condicionamiento exista, el discernimiento no es posible. Usted puede tener un discernimiento ocasional, pero este discernimiento de que hablamos es la aprehensión de lo total, una percepción de la totalidad. ¿Correcto? Este discernimiento no está atado por el tiempo-pensamiento. Forma parte de ese cerebro que pertenece a una dimensión diferente”.

Hubo una pausa. El escuchar había penetrado a una gran profundidad.

“Sin la visión [*sight*] no puede haber discernimiento [*insight*]”, dije. “Por lo tanto, el ver, el percibir, el escuchar, parecen ser esenciales para el discernimiento. La palabra ‘discernimiento’ implica ‘ver dentro de’. ¿Es un ver dentro del ver?”

“No. Ver, aprehender la totalidad, la inmensidad de algo. El discernimiento sólo es posible con la cesación del pensamiento y el tiempo. El pensamiento y el tiempo son limitados. Por lo tanto, en una limitación así, no puede haber discernimiento”, dijo K.

“Para comprender lo que usted dice, tengo que tener oídos abiertos y ojos que ven. Fuera del sonido, de la forma, surge un ver que va más allá. Usted habla del discernimiento, pero el discernimiento no puede surgir sin la visión”.

“El discernimiento no puede surgir en tanto haya tiempo, pensamiento”.

“¿Qué viene primero? Yo no puedo empezar con el discernimiento. Sólo puedo empezar con la observación”, dije.

“Usted sólo puede empezar viendo que el tiempo psicológico es siempre limitado, y así, cualquier cosa que haga será limitada. El tiempo y el pensamiento han traído estragos al mundo. Uno puede ver eso. La pregunta es: ¿Puede esa limitación cesar alguna vez? ¿O el hombre ha de vivir siempre en esa condición?”

“¿Qué relación hay entre las células cerebrales y los sentidos? ¿Qué ocurre cuando uno escucha una declaración como ésta: que el tiempo y el pensamiento son limitados? Es como decirme: ‘Usted es una ilusión’. Pupul es un haz psicológico constituido por el pasado, el tiempo y el pensamiento”.

“El yo forma parte de la psique, y cualquier cosa que haga será limitada”, dijo K.

“¿Qué hay entonces de malo en eso?”, pregunté.

“Nada, si usted quiere vivir en perpetuo conflicto”.

“¿Cuál es la naturaleza de esa terminación a que usted se refiere?”, pregunté.

“¿Qué implica terminar?”, Krishnaji me devolvió la pregunta.

“Ver que la corriente cesa de fluir”, dije.

“Sí, ver que el tiempo y el pensamiento cesan psicológicamente”, agregó K.

“Hay un punto de percepción, que es un punto de discernimiento, ¿En qué tiempo-espacio veo eso?”, pregunté.

“Mire, Pupul, seamos sencillos. El tiempo y el pensamiento han dividido el mundo. ¿No puede usted ver ese hecho?”

“No, señor, no veo el hecho. En el momento que viera el hecho, habría detenido el tiempo y el pensamiento. Si la cosa fuera así de simple -pero no lo es. Hay caminos muy tortuosos”, dije.

“¿Puede usted percibir que el movimiento del tiempo y del pensamiento, a cualquier nivel, en cualquier terreno, en cualquier área, es un reino de interminable conflicto?”, preguntó K.

“Uno puede verlo afuera, en el mundo”, dije.

“Si usted lo ve externamente, entonces internamente puede ver que la psique es tiempo y pensamiento. El movimiento divisivo psicológico ha creado el hecho divisivo externo. El sentimiento de que soy un hindú; me siento seguro en la palabra, en pertenecer a algo -éste es el factor de división y conflicto”.

“Todo esto puede terminar. Uno puede verlo como un movimiento del tiempo, del pensamiento, pero dentro de todo ello hay una sensación de ‘yo existo’. Ese es, esencialmente, el problema. ¿Por qué no lo vemos?”, pregunté.

“Porque hemos considerado a la psique como algo diferente del estado de condicionamiento”, dijo K. “Hemos considerado que hay algo en nosotros, en nuestro cerebro, que es intemporal, y que si pudiéramos alcanzarlo, todo estaría solucionado. Eso forma parte de nuestro condicionamiento. Sentimos que Dios, el Principio Supremo, nos protegerán”.

“¿Cuál es la naturaleza de ese suelo del cual brota el discernimiento?”, pregunté.

“El discernimiento sólo puede tener lugar cuando estamos libres del tiempo y del pensamiento”, dijo K.

“Este es un proceso interminable”.

“No, no lo es. Vivir en paz es florecer, comprender el mundo extraordinario de la paz. La paz no puede ser generada por el pensamiento”, dijo K.

“¿Es el cerebro el que está escuchando lo que usted dice?”

“Sí. Observe entonces lo que ocurre”.

“Está quieto. No parlotea, está quieto”.

“Cuando está quieto y escucha, entonces hay discernimiento. No tengo que explicarle de diez maneras diferentes las limitaciones del pensamiento”

“¿Existe algo más allá?”, pregunté titubeando.

“Oh, sí existe. Muchísimo más. ¿Escucho un sonido, un sonido dentro de un área, o escucho lo que usted dice sin este sonido verbal? Si usted quiere comunicar algo más que palabras, entonces, si hay sonido en mi escuchar, no puedo comprender la profundidad de lo que está diciendo. El presente es el ‘ahora’. En ese ‘ahora’ llega a su fin todo el movimiento, toda la estructura del tiempo-pensamiento. El ‘ahora’ tiene entonces un significado por completo diferente. El ‘ahora’, entonces, es ‘nada’. ‘Nada’ en el sentido de que el cero contiene todos los números. Por lo tanto, la ‘nada’ lo contiene todo. Pero nos asusta ser nada”.

“Cuando usted dice que la nada lo contiene todo, ¿significa eso toda la naturaleza, todo el cosmos que nos rodea?”, pregunté.

“Sí, sí. ¿Ve usted el hecho de la existencia de esa nada? El yo es un manojo de recuerdos -recuerdos muertos. Funcionan, pero surgen de un pasado que ya no existe. Tengo un discernimiento en eso, y se terminó. Veo que en el ‘ahora’ está la ‘nada’”.

“Usted dijo algo acerca del sonido y del escuchar. Sí, es posible escuchar así cuando la mente está por completo silenciosa”.

“No hablaremos de la mente, pero cuando el cerebro está absolutamente quieto, ello implica que no existe sonido alguno producido por la palabra. Este es el verdadero escuchar. La palabra me dice solamente lo que usted quiere comunicarme. Yo escucho lo que usted dice”.

“El cerebro, ¿no tiene otra acción que la del escuchar?”, pregunté.

“Cuando el cerebro está activo, es ruidoso. Resulta interesante investigar el sonido. El sonido puro sólo puede existir cuando hay espacio y silencio. De otro modo, es sólo ruido. ¿Podemos volver a nuestra pregunta? Toda la educación, el conocimiento, es un movimiento en el devenir, tanto externa como psicológicamente. El devenir es la acumulación de la memoria. A esto lo llamamos conocimiento. Mientras exista ese movimiento, habrá miedo de ser nada. Pero cuando uno ve la ilusión del devenir, y ve que ese devenir es tiempo interminable, pensamiento y conflicto, entonces hay un final para eso. Un final del movimiento de la psique que es tiempo-pensamiento. Ese final implica ser ‘nada’.

“Esa ‘nada’ contiene entonces la totalidad del universo -no mis insignificantes temores, ansiedades y sufrimientos. Después de todo, Pupulji, esa ‘nada’ implica todo el mundo de la compasión. La compasión es la ‘nada’ y, por tanto, es suprema inteligencia.

“Pero a nosotros nos asusta ser nada. ¿No veo, acaso, que no soy sino una ilusión andante, que no soy sino un montón de recuerdos muertos? ¿Puedo, pues, librarme de la memoria como tiempo-pensamiento y ver el hecho de que en tanto exista este movimiento del devenir, tiene que haber conflicto interminable, dolor?” Hizo una pausa, estaba hablando desde lo profundo.

“Los astrofísicos están tratando de comprender el universo. Sólo pueden comprenderlo en términos del mundo material, en términos de sus limitaciones. Pero no pueden comprender su inmensidad; la inmensidad es parte del ser humano; no sólo allá, sino aquí” -puso las manos sobre su pecho- “lo cual implica que no debe haber vestigio alguno de tiempo y pensamiento. Esa es la verdadera meditación. Eso es lo que significa *sunya* en sánscrito.

“Ofrecemos cientos de comentarios, pero el hecho real es que no somos sino un montón de palabras. ¿Puede uno captar que el cero contiene todos los números? Así, en la ‘nada’, todo el universo existe”. Las percepciones fluían como un río atronador.

“Pero en la vida, cuando sufro o hay temor, ésa es la única cosa que conozco; no veo que son todas cosas pequeñas e insignificantes. ¿Cómo escucha usted todo esto? ¿Qué es lo que comprende? Sería bueno que pudiera ponerlo en palabras. ¿Qué es lo que siente? Las personas que van a leer esto, ¿qué es lo que sentirán? Puede que todo esto sea inservible, o puede que sea verdadero; ¿qué es lo que usted capta o comprende? ¿Alcanza a ver la inmensidad de todo esto?” Hizo una larga pausa.

Con mucha vacilación, dije: “Esto implica el fin de la naturaleza psicológica del yo”.

“Sí. He formulado una pregunta. Sería de gran ayuda para todos nosotros si, cuando usted escucha esto, pudiera decir cuál es su respuesta. ¿Cuál es el perfume de todo esto?”

Yo no podía encontrar las palabras necesarias para expresarme. “No me formule esa pregunta. Cualquier cosa que yo pudiera decir, sonaría *totalmente* inadecuada. Porque mientras usted hablaba, había inmensidad”, dije.

“Sí. Uno podía sentir la intensidad de ello. ¿Es algo temporario? ¿Es por un momento, y después se ha ido? Entonces está otra vez la tensión de recordarlo, de captarlo”, dijo K.

“No. Uno se ha alejado de eso”, dije. “Hay otra cosa que se comprende: Lo más difícil en el mundo es ser totalmente sencillos”.

“Sí. Si uno fuera totalmente sencillo, desde ahí podría comprender toda la complejidad de la vida. Pero empezamos con la complejidad y nunca vemos la sencillez. Hemos adiestrado nuestro cerebro para ver lo complejo y tratar de encontrar una respuesta a lo complejo. Pero no vemos la extraordinaria sencillez de los hechos”. Hubo nuevamente una pausa.

Dije: “Según la tradición de la India, del sonido nacieron todos los elementos, los *Panch Maha Bhutas*. El sonido que reverbera y sin embargo no es audible”.

“Así es. Pero al fin y al cabo, en la tradición india, el Buda, Nagarjuna, dijeron que el hombre debe negar toda la cosa. Nagarjuna lo negaba todo, todos los movimientos de la psique. ¿Por qué la gente no prosiguió con eso?”, preguntó K. “No negando el mundo como lo hicieron -uno no puede negar el mundo- sino mediante la total negación del ‘yo’”.

“La renunciación es la total negación del ‘yo’”, dije. “Básicamente, la renunciación nunca está en lo externo”.

“La renunciación es en lo interno: no estar apegado ni siquiera al propio taparrabo. Pienso que nos hallamos presos en una red de palabras, no vivimos de realidades. Yo sufro, y el modo de acabar con eso es no escapar hacia la ilusión. ¿Por qué los seres humanos no se han enfrentado al hecho y han cambiado el hecho? ¿Es porque estamos viviendo con ideas, ideales -irrealidades? Vivimos con la historia de la humanidad. La humanidad soy yo, y el ‘yo’ es dolor inacabable. Por lo tanto, si uno quiere terminar con el dolor, tiene que haber una terminación del ‘yo’”. Krishnaji exploraba mientras hablaba.

“Eso es realmente la terminación del tiempo, ¿verdad?”

“Sí. Terminar con el tiempo-pensamiento, o sea, escuchar sin el sonido. Escuchar el universo sin el sonido”. Hizo una pausa. Krishnamurti estaba muy lejos. “Un médico en Nueva York me dijo que el problema fundamental es si las células cerebrales, que han estado condicionadas por siglos, pueden producir una mutación. Yo dije que eso es posible sólo a través del escuchar. Pero uno no está dispuesto a escuchar enteramente. Si el hombre dijera de verdad, ‘quiero vivir en paz’, entonces habría paz en el mundo. Pero no quiere vivir en paz. Es ambicioso, arrogante, mezquino. Y así hemos reducido la inmensidad de todo esto a algunas insignificantes reacciones. ¿Se da cuenta de esto, Pupul? Llevamos vidas tan pequeñas -desde la más alta a la más baja”. Se quedó en silencio.

“¿Qué es el sonido para usted, señor?”, pregunté. Otra vez hubo un largo silencio, desde el cual Krishnamurti habló: “El sonido es el árbol. Tome los cánticos indios y los cantos gregorianos, son extraordinariamente similares. Uno escucha el sonido de las olas, del fuerte viento, el sonido de una persona con la que ha vivido por muchos años... se ha habituado a todo ello.

“Pero si no lo ha hecho, entonces el sonido tiene un significado extraordinario. Entonces uno lo escucha todo de nuevo. Usted me dice que el tiempo y el pensamiento son todo el movimiento de la vida del hombre. Me ha comunicado un hecho sencillo. ¿Puedo escucharlo sin el sonido de las palabras?

“Entonces he captado las profundidades de esa declaración, y es algo que ya no puedo perder. La he escuchado en su totalidad. Me ha comunicado el hecho de que es *así* y lo que *es así*, es siempre absoluto. En la tradición hebraica es sólo Jehová, El Innominado, el que puede decir ‘Yo soy’. Ese es el *Tat Twam Asi* en sánscrito”.

Capítulo XLIV

“LA BUENA MENTE”

Mientras se encontraba en Bombay, en enero de 1.983, Krishnaji comenzó a hablar de “la buena mente”. Nandini y yo estábamos cenando con él. Durante la tarde anterior, en su plática había preguntado: “¿Cómo miran ustedes el vasto movimiento de la vida? ¿Ven que cada uno es un ser humano relacionado con todos los otros seres humanos? El cuerpo no separa jamás. No dice, ‘yo soy’. Es el pensamiento el que separa”. Había estado hablando del caos en el mundo, y preguntó si el hombre cuestiona alguna vez la raíz de todo este caos”. ¿Cómo abordan ustedes el problema? ¿Cómo entran en contacto con un problema semejante?” Nos atraía hacia él para que estableciéramos contacto con su mente. “¿Pueden ustedes aproximarse y abrirse a la pregunta? Porque si permanecen alejados, no están abiertos, no están atentos a la pregunta. ¿Pueden abordar la pregunta sin ninguna dirección ni motivo? El motivo distorsiona la percepción. Para descubrir cuál es la raíz del caos, la mente tiene que ser libre”.

Nos dijo: “La mayoría considera que una buena mente es una mente que ha leído muchísimo, que está llena de conocimientos acerca de muchas cosas. Una mente como la de Aldous Huxley, Gerard Heard y otros -ellos tenían mentes enciclopédicas. En la India, ¿la buena mente sería la mente brahmínica? Uso la palabra ‘brahmínica’ para incluir la corriente que el cerebro ha cultivado durante siglos -para descubrir un cerebro que se ha vuelto, muy agudo, pero que no ha perdido internamente la cualidad de lo profundo. Uno puede fabricar un instrumento muy afilado; éste puede cortar, pero también ha de usarse para cosas delicadas. ¿Comprenden? Una mente así ¿es una buena mente?” Hubo una pausa. “La condición de una buena mente debe estar vinculada con la acción, con la relación, con la profundidad. Grandes científicos llevan a veces vidas de lo más vulgares. Son ambiciosos, codiciosos, se pelean entre sí por la posición y el aplauso. ¿Dirían ustedes que ellos tienen buenas mentes?”

Respondí: “Una buena mente no significa por fuerza una vida buena. El científico puede ser un gran científico, pero como ser humano puede ser un desastre. Vea, señor, una mente buena de verdad, debe ser capaz de penetrar meditativamente dentro de sí misma. Tal vez de esta meditación proviene el discernimiento”.

“Sí”. K continuó: “¿Diría usted que una buena mente carece de un centro a partir del cual esté actuando?” Hablaba haciendo muchas pausas, como siempre que discutíamos algo serio. “Siendo el centro, el yo”. Formuló la pregunta y la respondió él mismo: “Una buena mente no tiene yo. Cuando una mente se halla en estado de completa atención, atendiendo, escuchando, no hay en ella lugar para el yo. El yo se manifiesta después. La clave es el escuchar. Este escuchar es uno de los grandes sustentadores del cerebro”. K estuvo escuchando y ponderando lo expuesto; después habló nuevamente: “Vean, una buena mente debe tener compasión. Debe tener un gran sentido de la belleza y ser capaz de actuar; tiene que haber en ella una relación con lo verdadero, con lo justo. ¿Es imposible encontrar mentes así? Aristóteles, Sócrates... ellos tenían buenas mentes”.

Tenían mentes que podían cuestionar, penetrar en la materia, en la energía. Para ello la mente ha de poseer una condición de totalidad”. Yo retaba a Krishnaji.

“¿Diría usted que una buena mente es una mente holística?”, preguntó K.

“Cuando en la plática de ayer usted dijo que el cuerpo no separa, ésa fue una declaración que jamás había hecho antes”, dije. “Luego siguió diciendo que con esta mente, el instrumento adiestrado en lo tecnológico, en la comprensión de los grandes conocimientos, en el estudio de las técnicas para hacer cosas -con esta mente técnica el hombre es propenso al dolor. Y así el dolor jamás se termina. Porque no hay relación alguna entre ambos. ¿Cómo surgen estas percepciones? Su mente lanza percepciones todo el tiempo. ¿Cómo surgen? ¿Surgen cuando usted se encuentra sobre el estrado, o desarrolla eso antes?”

“Las percepciones, el discernimiento, se manifiestan todo el tiempo”, K hizo una pausa. “Surgen constantemente cuando hay una conversación seria”. Otra vez permaneció en silencio. “Vea, si la define demasiado -la buena mente- entonces lo elimina todo. No debemos, pues, definirla demasiado claramente. Eso la limita”.

“Y sin embargo la lógica es esencial -la mente debe moverse paso a paso. Me pregunto qué harán de sus mentes en los siglos por venir”, comenté.

“¿Podemos decir que una mente sana, buena, posee una originalidad que va contra la corriente?” K ignoró mi comentario y continuó con la pregunta: “¿Sócrates? Él abogaba por algo”.

“Estamos hablando de una mente desde la cual fluye la compasión -de lo contrario, ¿qué importancia tiene?”, pregunté.

“¿Cómo se origina una mente así?” Otra vez K inquiría. “¿Es el resultado de la tremenda evolución de un grupo de mentes -la mente inquisitiva, que ha cultivado el cerebro, la moralidad, la austeridad, por siglos y siglos? Pueden no haber sido todos austeros, pero se desarrollaba en lo profundo de ellos el movimiento interno. Tenemos que investigar si ese largo trasfondo de investigación da origen al Buda”.

“¿Hay densidad interna y discernimiento en el trasfondo racial de la mente?”, pregunté.

“Por supuesto”, dijo K. “O existe un depósito del bien que no tiene ninguna relación con el mal. Ese depósito existe y, dada la oportunidad, origina al Avatar, cualquier cosa que eso pueda significar. ¿De acuerdo? ¿O se trata de lo otro? ¿Una conciencia de grupo que por siglos ha pensado y pensado y pensado en ‘aquello’, y eso pudo

haber producido al Buda?" Calló. "Estuve pensando el otro día... los egipcios tenían el calendario 4.500 años a.C. Eso no ocurrió de golpe. Tienen que haber tenido trasfondos tremendos para haber producido eso. Puede ser que los hindúes contribuyeron a ello. Puede ser la misma cosa -estas inmensas percepciones".

"¿La convergencia de ellas?", pregunté.

"Pienso que la buena mente debe ser *absolutamente* libre. Puede conocer el temor, pero ha de haber una energía capaz de disiparlo. ¿Pueden los científicos almacenar una energía semejante?"

Le pregunté: "La ciencia, ¿nada tiene que ver con 'lo otro'? ¿Puede el científico terminar con su interés egocéntrico? ¿Puede disiparlo? El problema es la actividad egocéntrica. ¿Depende ella de lo que uno hace?" Mi papel consistía en tratar de formular la pregunta correcta.

"No. Vea, dicen que el Buda abandonó su casa, se convirtió en un *sannyasi*, ayunó, y finalmente llegó al estado de Buda. Yo no acepto eso. El ayuno, las austeridades, nada tienen que ver con lo otro".

"Los budistas sostendrían que el Buda pudo pasar por todo eso, pero que el estado de Buda no tiene nada que ver con eso".

"Vea, hemos hecho de la austeridad un medio para llegar a 'aquello'"

"¿Pero no es necesario reunir energía para 'aquello'? 'Aquello' se vuelve posible sólo cuando uno empieza por ver que la energía no se disipe. Eso es esencial", dije.

"Sea cauta. 'Aquello' significa un sentido de conocimiento propio y percepción alerta. No diga que para eso 'uno *necesita* energía'". Se revelaba la sutileza de la mente de K.

"Pero tiene que haber una preparación del terreno".

"Por supuesto".

"Sus ojos y oídos tienen que estar abiertos. Eso puede no tener nada que ver con la moralidad. Pero las energías que se disipan constantemente por el chismorreo, las trivialidades, la actividad egocéntrica, tienen que dejar de malgastarse", dije.

"Eso sí", respondió K. "Pero si usted dice que todas las actividades egocéntricas tienen que cesar, entonces hay una relación entre 'aquello' y lo otro. No existe tal relación".

"Lo cual no significa que uno puede disipar la energía".

"Uno no puede decir. 'Eso tiene que terminarse'". K permanecía firme.

"¿Qué es, entonces, lo que uno puede decir, señor?", pregunté.

"Yo soy egocéntrico, y usted me dice: 'Eso tiene que terminarse' -lo cual también es devenir", K me apremiaba.

"De acuerdo. ¿Su enseñanza tiene que ser enfocada, entonces, de un modo diferente? ¿Es una enseñanza para el despertar de la vida, vida en la que se manifiesta la actividad egocéntrica -el mundo exterior penetra y surge el dolor?"

"¿Y usted elimina todo eso?", preguntó K.

"Todo lo que llega desde ahí es eliminado", dije.

"No eliminado", insistió K.

"Todo 'lo que es', es observado; hay un escuchar, un ver".

"'Lo que es' no tiene intención ni devenir". K se mostraba inconmovible.

"¿Pero es ello una corriente en la que todo existe?"

"Sí".

"Veo que su enseñanza no es la terminación del devenir, sino la observación del devenir. Existe una diferencia entre la terminación del devenir y el ver 'lo que es' -sea lo que fuere".

"Sí, verlo y salirse de ello," La mente de K era como una flor abierta.

Más tarde yo habría de comprender la naturaleza de esta aparente contradicción. La observación del río lleno de impurezas -sin ningún tipo de exigencia, sin esperar cambiar su naturaleza -disuelve las impurezas, dejando al río transparente e incontaminado. La sutileza de la enseñanza era absoluta.

Más adelante, consideramos en Bombay el reto que implicaba la biogenética y su posibilidad de transformar al hombre. Krishnamurti dijo: "Si es posible manipular los genes, ¿qué es, entonces, el hombre? Los seres humanos han sido programados en múltiples direcciones, y ahora los ingenieros genéticos quieren programar al hombre en otras direcciones. Pero de todos modos, el hombre sigue siendo programado". K reflexionaba, meditaba.

"¿Existe algo como la evolución psicológica?", preguntó. "Los ingenieros genéticos pueden interesarse en cambios de valores, pero ese es un viaje de lo conocido a lo conocido. ¿Puede la ingeniería genética conducir a una ampliación del cerebro y de sus capacidades operativas, o se ocupa de introducirle una serie de valores determinados por el hombre mismo? La ingeniería genética sólo puede operar con lo que está dentro de lo conocido".

"Intervino Achyut Patwardhan: "Todos los científicos aceptan lo que ven como los límites de su telescopio".

Pero las preguntas de Krishnamurti se dirigían a sí mismo. Dijo: "¿Es el 'yo' parte del proceso genético o forma parte del proceso psicológico?" Hizo una pausa permitiendo que la pregunta penetrara a fondo. "La misma mente tecnológica que en su evolución descubrió la bomba nuclear, está ahora planteándose la cuestión genética y

emprendiendo la investigación en los genes. Pero es el mismo instrumento. La evolución tecnológica condujo a la bomba atómica, la evolución no ha cambiado al hombre. Sólo una porción del cerebro humano está operando. Este desequilibrio ocasiona grandes estragos. La pregunta que surge, entonces, es: '¿Puede ayudar la ingeniería genética a producir un cambio en el hombre?'".

K hablaba lentamente, sondeando el problema en profundidad. Se suscitaron algunas preguntas en medio de la discusión. K dejó que se expresaran, y de pronto interrumpió diciendo: "¿Podemos descartar la evolución?" Los participantes quedaron en silencio, y luego comenzaron los cuestionamientos.

"Eso vendría a ser un salto cuántico. ¿En qué dirección? El conocimiento es necesario". Y, "Si continúa habiendo un salto en la evolución, el hombre que determina la evolución genética ya debe haber dado el salto para saber lo que hace". De nuevo, K interrumpió: "¿Es posible cambiar al hombre instantáneamente, y no a través del proceso genético? ¿Es posible detener la evolución en cualquiera de sus direcciones?"

"Puede ser posible con el individuo, pero no con la masa", fue la respuesta.

"¿Qué es la masa?" preguntó K.

"Los muchos".

"¿Por qué se interesa usted en los muchos? ¿Está separado de la masa?", K replicaba. Otra vez se hizo el silencio.

"¿Es posible detener el tiempo, que es evolución?" K había reunido los hilos e investigaba la pregunta a fondo. "¿Qué implica eso? La ingeniería genética necesita tiempo. Este es parte de la evolución. La crisis está ahora aquí. ¿Es física o psicológica? ¿Está en la conciencia del hombre? ¿Dónde está la crisis? ¿En el mundo tecnológico? Una crisis es un fuego, y la mente ha de tener la inmensidad que la crisis exige".

Prosiguió: "El intenso impulso del pensamiento en la dirección de la tecnología, ha llevado a descubrimientos tremendos. Parece no haber fin para este impulso de resolver problemas. Usamos el mismo impulso para abordar los problemas psicológicos tales como la codicia, el odio, el miedo. En la psique no hay evolución. La codicia y el miedo, no pueden disolverse en sus opuestos. Esta es la falacia y la gran ilusión. El devenir es ilusión. La codicia sólo puede aumentar y fortalecer su propia naturaleza; jamás puede llegar a ser no-codicia.

"¿Es posible, entonces, descartar la idea de evolución en la psique? ¿Puede uno dejar de pensar en términos de tiempo como devenir? La mutación es eso. En eso hay un cambio fundamental".

Durante su estada en Bombay, habló de "vivir mesuradamente, como un huésped en la propia casa, o en el propio cuerpo. Ser un huésped es no tener sentido alguno de apego; caminar con levedad sobre la tierra".

También habló de un nuevo uso de los sentidos, "de modo que al funcionar, los órganos de los sentidos no destruyan la energía sino que la dejen fluir. La Eternidad", dijo gravemente, "es ese fluir intemporal".

Capítulo XLV

"¿QUÉ ES EL TIEMPO?"

Desde comienzos de los años 60, Krishnamurti había estado muy interesado en el problema del tiempo. En la mesa del desayuno, en los paseos y en las pláticas y discusiones de grupo, se refería a las muchas dimensiones del tiempo. En noviembre de 1.983, cuando estábamos juntos en mi casa de Safdarjung Road, Nueva Delhi, continuó con el tema.

"¿Qué es el tiempo? ¿Podemos ser muy sencillos e investigar tan profundamente como sea posible la naturaleza del tiempo? Conocemos toda una serie de movimientos continuos del tiempo. Conocemos el tiempo físico y el tiempo psicológico como devenir, y el movimiento del no-devenir. Entre 'lo que es' y 'lo que debería ser' hay tiempo. El tiempo físico es distancia, de aquí hasta allá. Ahora bien, ¿está el tiempo físico relacionado internamente con el tiempo psicológico?"

"Respondí. "Conociendo el tiempo físico del reloj, uno aplica el mismo tiempo como un medio de llegar a lograr algo internamente. La ilusión es introducir el concepto de tiempo físico en lo interno, y querer moldear la estructura interna a base del movimiento lineal del tiempo físico. La medida del devenir es la medida del tiempo interno".

"Cuando el movimiento externo se extiende a los estados psicológicos, se introduce la ilusión del tiempo. La idea de evolución en lo externo se traslada a lo interno". Mientras K hablaba, escuchaba profundamente, nos escuchaba a nosotros y se escuchaba a sí mismo. El escuchar era, en sí, una investigación.

"El movimiento del devenir es el 'yo debería ser'. Es un proceso de la fantasía; construye de ilusión en ilusión. La mente rumia: '¿Qué será -qué irá a ocurrir después?' Las ansiedades y los temores forman parte de esta estructura.

"El cerebro extiende el tiempo físico a la esfera interna psicológica, porque el cerebro está condicionado al tiempo lineal en lo externo. Como está condicionado para eso, acepta el tiempo psicológico en lo interno. Yo cuestiono esa ilusión que condiciona al cerebro. El cerebro está acostumbrado al movimiento del devenir. Se ve a sí mismo como un movimiento en el tiempo. Opera dentro de esta ilusión. El cerebro ha evolucionado en el tiempo, y entonces lo juzga todo en términos de tiempo. 'Yo soy, yo fui', modificado en 'yo seré'. Ahora pregunto: ¿Es así? ¿Hay un mañana en la psique?", preguntó K.

"Hay un mañana físico; por lo tanto, el mañana psicológico es inevitable", dije.

"Eso es continuidad", comentó K.

"Yo existo; por consiguiente, habrá un mañana. ¿Por qué la proyección del mañana queda enredada entre fuertes sentimientos de miedo?", pregunté. Hubo un rato de silencio.

"No existe el tiempo", dijo de pronto Krishnaji. "El tiempo físico lo conocemos como movimiento. No hay modo de medir el tiempo físico sin el movimiento. Si en la psique no hubiera un movimiento como el pensar, se terminaría la rueda del tiempo.

"Véalo", dijo. "El movimiento es tiempo. El movimiento es pensamiento. El pensamiento es un proceso material. Eso es sencillo, ¿por qué lo complicamos? ¿Pueden aceptarlo, aunque sea lógicamente?"

"¿Qué significa aceptar una declaración como ésta lógicamente?", pregunté.

"Ver que cualquier movimiento psicológico es un proceso del devenir. Ahora bien, ¿hay un movimiento donde el tiempo no exista? Si uno se sienta en una habitación a oscuras, sin movimiento alguno, sin un solo pensamiento, ¿hay tiempo? Esto es también así en lo interno. Cuando no hay pensamientos, ni movimiento en el tiempo, lo externo y lo interno son el mismo movimiento"

Dije: "Puede haber una cesación del movimiento físico en el cerebro por unos instantes, pero la acción del tiempo como duración, como continuidad, es una actividad que opera en cada célula de mi cuerpo. También actúa en el cerebro. La acción del tiempo es inevitable".

"El cerebro es una cosa física. El cerebro envejece. Se deteriora. El interrogante es si el cerebro necesita por fuerza deteriorarse", dijo K.

"Si es un proceso material, tan material como el hecho de que mi cabello se pone gris -tiene que deteriorarse. ¿Cómo es posible que una parte del organismo permanezca sin ser afectada?", pregunté.

"Usted dice que el cerebro se vuelve senil. La senilidad es el envejecimiento físico a causa del tiempo. Para mí, el cerebro no necesita envejecer jamás".

"¿Cómo distingue usted entre el cerebro y los otros órganos? ¿Cómo puede ser que sólo el cerebro tenga la capacidad de renovarse?", insistí.

"¿Está claro para nosotros lo que entendemos por tiempo? Es el mismo movimiento en lo externo y lo interno. No están separados. Ese movimiento ha proseguido milenio tras milenio. La pregunta es: ¿Puede ese movimiento detenerse? Ese movimiento constante es declinación, es el factor de deterioro, tanto orgánicamente como en la psique".

"El cerebro recibe estímulos físicos, de modo que siempre responderá al reto como movimiento", dije.

“Vaya despacio, vaya despacio”, dijo K. “Hay reacción y acción -de lo contrario el cerebro está muerto. Pero esa acción tiene poco significado en sí misma”.

“El cerebro no puede estar totalmente en silencio”, dije. “¿Se presenta la vejez debido al movimiento de fricción?”

“El movimiento, tal como lo conocemos, es fricción. El movimiento es el factor de deterioro. Es como el pistón en una máquina. Cada movimiento en el cerebro desgasta físicamente al cerebro. Es el proceso psicológico el que afecta al cuerpo y al cerebro. No es a la inversa”, dijo K.

“¿Puede haber un movimiento sin fricción?” Habló Asit.

“Si no hay movimiento psicológico, entonces el movimiento ocurre como en un espacio absoluto, no hay fricción”, dijo K.

“Y sin embargo, hay un movimiento tremendo en el espacio exterior”.

“Cuando no hay movimiento psicológico, el tiempo como devenir no existe. Pero uno puede sentarse muy quietamente en una habitación oscura durante veinte años y el cerebro continuará envejeciendo -porque el pensamiento, como devenir, sigue operando. Pero cuando el pensamiento se aquieta, cuando no se mueve, entonces no hay tiempo en la psique. Si no hay un movimiento como el pensar, no hay devenir. El devenir crea la dualidad; en consecuencia, hay conflicto, deterioro, tiempo. El tiempo es la barrera, es limitación. Sólo una nave espacial que se mueve sin fricción, puede viajar ilimitadamente. Si la fricción como movimiento, como tiempo psicológico, cesa, ¿hay factor de deterioro?”, preguntó K.

“Cuando el cerebro está quieto, ¿funciona el cuerpo naturalmente?”, quiso saber Asit.

“Sí, el cuerpo tiene su propia inteligencia”, dijo K. “¿Es esto una realidad? ¿Puede el cerebro estar alguna vez sin movimiento, excepto por su propio movimiento natural? El movimiento psicológico interfiere con el cuerpo. ¿Puede ese movimiento detenerse? Eso implica a su vez: ¿Puede no haber acumulación de ninguna clase?”

“¿Qué es lo que distingue la negación de todo tiempo como movimiento?”, pregunté. “¿Cómo se percata uno del tiempo?”

“Me doy cuenta de él cuando hay un reto”, dijo K.

“El cerebro extiende su mirada hacia atrás o hacia adelante, y formula preguntas”. Yo continuaba inquiriendo.

“Eso es movimiento”, dijo K.

“Pero lo real es que el cerebro está rumiando todo el tiempo”, dije. “Cuando no lo retan seriamente, se las pasa haciendo juegos consigo mismo. Lanza recuerdos”.

“El cerebro es memoria”, dijo K. “El remordimiento, la culpa, son un movimiento constante en el cerebro -la memoria. El cerebro es memoria, un movimiento desde el pasado, a través del presente, hacia el futuro”.

“La continuidad es eso. El cerebro crea la memoria. ¿Juega con ella?”, preguntó Asit.

“El cerebro sobrevive mediante la memoria”, dijo K.

“Conocemos la función del corazón. Bombea sangre a través de arterias y venas. ¿Cuál es la función del cerebro? ¿La de crear conocimiento como memoria acumulada?”, preguntó Asit.

Yo pregunté: “¿Cuál es el movimiento que debe detenerse? ¿O usted dice que todo el movimiento tiene que cesar?”

“El cerebro siente que en la memoria está la seguridad”, dijo Asit.

“En la terminación de este movimiento, ¿nace un movimiento nuevo que implica seguridad total para el cerebro? ¿Hay un movimiento fuera del tiempo?”, pregunté.

“No plantee esa pregunta”, dijo K. “Tal como el corazón funciona naturalmente, el cerebro tiene su propio movimiento -cuando la memoria no interfiere. El cerebro tiene un movimiento que le es propio, sobre el cual ha superpuesto la memoria. Escuchen”, dijo, “el corazón no recuerda. El corazón late sin recuerdos. El cerebro puede funcionar sin el movimiento de la memoria si así se lo permite el pensamiento. No es a causa del conocimiento que el corazón bombea la sangre”.

“Deducir semejanzas entre el corazón y el cerebro no es correcto”, dije. “El cerebro físico ha evolucionado gracias a la memoria, gracias a las capacidades y experiencias del hombre. Pudo sobrevivir sólo confiando en su búsqueda de supervivencia”. “¿El cerebro enseña al cuerpo a sobrevivir?”, preguntó Asit.

“El cerebro que conocemos, ¿está formado a base de memoria? Hay una parte del cerebro de la cual no somos conscientes. Cuando opera la totalidad del cerebro, éste no tiene límites”, dije.

“El cerebro enseña las destrezas manuales. El pensamiento mismo crea la memoria para sobrevivir”, dijo Asit.

“Todo el cerebro no está ligado a la memoria”, dije yo.

“El cerebro ha buscado la seguridad en el conocimiento”, dijo K.

Pregunté: “¿Es a causa de su capacidad que el cerebro humano se ha vuelto más grande? ¿Está la mutación dentro del cerebro? ¿Seguramente la mutación no puede hallarse fuera del cerebro?” “¿Qué es lo que muta?”

“El conocimiento ha hecho que la base del cerebro fuera muy limitada. Al conocer, el cerebro descubre que la base que él mismo ha creado es inestable, y siente que la fricción como movimiento es indispensable para su

supervivencia. ¿Qué ha de hacer, pues?", preguntó K. "El cerebro ve que no hay seguridad en el conocimiento, se da cuenta de que su base fundada en el conocimiento es muy débil".

"¿Puede ver que es posible una base por completo diferente?", intervino Asit.

"Tal como funciona, el cerebro jamás puede desprenderse del pasado. Todo movimiento es tiempo. Así que pregunto: ¿Ha de permanecer uno en la vieja casa?" dijo K.

"Cuando no me muevo, no hay base sobre la cual la vieja casa pueda levantarse. Moverse lejos de la base inestable, crea la nueva base", dijo Asit

"Cualquier movimiento implica dualidad", dijo K.

Asit prosiguió: "Cuando no hay tiempo, no hay espacio. Si no hay movimiento, no hay tiempo. Cuando no hay nada en el espacio -ni objeto alguno ni pensamiento- ¿dónde está el tiempo? Pero lo que digo se encuentra en el nivel intelectual".

"Si no hay medida, ¿es el mismo cerebro el que funciona sin movimiento? Cuando el cerebro está silencioso, opera la mente. Esa es la inteligencia del universo. Krishnamurti había dado un salto inmenso, y nosotros nos quedamos muy atrás. No teníamos palabras. Después, fui yo quien rompió el silencio: "¿Acaso la inteligencia es una facultad propia del cerebro?"

"La inteligencia es la que ve el movimiento de la continuidad; lo ve como el proceso de envejecimiento. La inteligencia que ve esto, se encuentra fuera del cerebro", declaró K.

"Si el cerebro no puede alcanzarla, ¿quién o qué es lo que ve la limitación del cerebro? Para ver eso, el cerebro tiene que hacer contacto con aquello", dijo Asit.

"En su funcionamiento, el cerebro tiene su propia inteligencia. Ese cerebro limitado no tiene relación alguna con lo otro", dijo K.

"¿Qué es, entonces, lo que puede detener el movimiento del cerebro?", preguntó Asit.

"La percepción de su propia insuficiencia", contestó K.

"Si el cerebro es solamente un movimiento del tiempo, ¿qué es, entonces, lo que ve su propia limitación?" Krishnaji habló después de un largo silencio. "¿Aceptaría usted el discernimiento directo como una operación de la totalidad del cerebro?"

"La operación del discernimiento, ¿no está relacionada, entonces, con la estrecha operación del cerebro?", pregunté.

"El discernimiento en la limitación, libera al cerebro de la limitación. El discernimiento sólo puede surgir cuando la memoria no opera y, por tanto, no hay tiempo", dijo K. "Cuando la totalidad del cerebro está operando, éste no tiene una dirección, un motivo. Está libre del pasado. El discernimiento total es la mente operando sobre el cerebro". Otra vez hubo silencio.

Pregunté: "El cerebro es limitado. ¿Cómo puede la mente operar sobre el cerebro?"

"K ha observado cuidadosamente, sin motivo alguno. En ese observar hay una atención tremenda. Es como enfocar la luz sobre algo. Esa atención, la profundidad de esa atención, es la mente. Esa atención concentra luz sobre las limitaciones del cerebro. El amor está fuera del cerebro. El amor no es sensación. El discernimiento no es sensación; no es una reacción. Hemos llegado a un final", concluyó el sabio.

El 28 de diciembre de 1.983, me encontraba en vuelo de Nueva Delhi a Madrás. Había estado corrigiendo mi manuscrito, cuando súbitamente se me hizo clara la diferencia entre el sermón y el diálogo. En Occidente, el diálogo rara vez había jugado un papel fundamental en el despertar de la investigación religiosa. Había sido usado en la disertación filosófica; los diálogos socráticos se interesaron en el descubrimiento de la verdad a través de una indagación lógica y rigurosa. Pero los ecos de la intensidad indagadora generada por Sócrates, permanecieron como una caja armónica para la estructura de la lógica y la razón. Al final de los diálogos, se afirmaba la razón. ¿Qué ocurriría con los otros participantes -en su fluir las dos corrientes se unían en una sola? ¿Cesaba toda división?

En la mayoría de las religiones, la verdad era una verdad revelada, establecida a través de la doctrina -la Biblia o el Corán- cuya aceptación se basaba en la fe. Cualquier vestigio de duda o de cuestionamiento, se consideraba herejía; esto era así entre los cataros de Francia, las antiguas sectas coptas, los gnósticos. La verdad de la iglesia no era la verdad que surgía de la prístina percepción, de la autoindagación y de la energía generada por el diálogo.

La investigación religiosa en la India, desde los tiempos más remotos, había perfeccionado el diálogo como un instrumento de sondeo en lo profundo de las cosas; usando la herramienta de la lógica hasta sus últimos límites, podía liberarse de la lógica e inquirir más allá.

Krishnaji había dado al diálogo hondura y dimensión. Mediante el escuchar a gran profundidad, la dualidad llegaba a su fin y se abrían las puertas hacia lo interno de la mente y de la naturaleza. La calidad, la percepción, y los espacios de la mente experimentaban un cambio. Si uno lo observaba, al escuchar un sermón o una lectura, había aceptación o rechazo, hasta un cuestionamiento; el pensar estaba en suspenso, entremezclado con pensamientos erráticos atrapados en el devenir como pasado o futuro.

En el diálogo religioso serio, el oído está abierto, la energía se concentra, los sentidos despiertan y operan en simultaneidad; la atención llena la mente. Contenida en la atención, la mente permanece indiferenciada. Desde esta base, todas las respuestas eran posibles. Para participar de lo profundo, tiene que haber un escuchar desde lo profundo. En este estado, el que investiga y el que escucha pierden sus identidades separadas.

Yo vacilaba, insegura sobre las implicaciones de lo que había surgido. Al llegar a Vasanta Vihar, hablé de ello con Krishnaji. Como un azogue, su mente reflejó las plenas implicaciones de lo que yo había estado percibiendo. El se encontraba totalmente despierto, ansioso de proseguir con el tema, de hacerlo asequible, de sondear en sus profundidades.

Esa tarde iniciamos una discusión sobre la naturaleza del diálogo intenso y sobre su papel de liberar al cerebro del tiempo.

Krishnaji dijo: "Hablaremos del tiempo y del diálogo, y lo haremos como dos personas religiosas. Religiosas en el sentido de que están libres de toda tradición, de toda autoridad, de todos los sistemas. En un diálogo así, existen un preguntar y un responder; la respuesta provoca una pregunta ulterior, y de este modo la pregunta se mantiene en permanente movimiento. En un diálogo semejante, hay un estado de escuchar en el cual las dos personas desaparecen y sólo queda la pregunta".

"Los diálogos no necesariamente implican dos personas", dije. "Esencialmente, su significado parece ser el de indagar en algo mediante un escuchar y una situación de reto. Veo que todos los problemas que se suscitan en el cerebro, nacen del tiempo. Surgen debido a la necesidad de cambiar 'lo que es'. El movimiento del cerebro que desea cambiar 'lo que es' en otra cosa, crea el tiempo".

"El tiempo físico es la salida y puesta del sol", dijo K. "El cubrir la distancia de un punto a otro punto. Psicológicamente, el tiempo es el devenir, el "llegar a ser' esto o aquello. El tiempo es todo el proceso de la evolución, tanto en lo psicológico como en lo físico".

"Mi pregunta es: ¿Existe un tiempo por completo diferente? ¿Tiempo como no-movimiento? El tiempo tal como lo conocemos es movimiento, la división entre una acción y otra acción; el tiempo como esperanza; el tiempo es el movimiento del pasado, a través del presente, hacia el futuro. El tiempo es el movimiento de la realización, del logro, del devenir. El tiempo es pensar acerca de algo y después actuar. El intervalo es tiempo. Pregunto: ¿Hay un tiempo que no pertenezca en absoluto a ninguna de estas categorías?" Krishnaji se había sumergido en la pregunta.

"Usted dice que el tiempo del que habla no pertenece a la categoría del movimiento. ¿Pertenece a la categoría de la materia?", pregunté.

"No tal como la entiendo. Me han dicho que la materia es energía manifestada, solidificada. El tiempo como el árbol que crece".

"El cerebro es materia. En esa materia, la evolución tiene que existir", dije.

"Por supuesto. Éramos monos; después de millones de años somos *Homo Sapiens*", dijo K.

"Vinculamos esa evolución con el contenido interno del cerebro. El cerebro es materia. La evolución es inherente al cerebro. El Contenido del cerebro es la memoria. Ligamos la evolución del cerebro con la evolución de la memoria". Escuchando, surgía la respuesta.

"Veo de qué está usted hablando. ¿Se ha desarrollado la memoria a través de un proceso de evolución?", preguntó K.

"El problema se suscita porque aplicamos a la memoria las mismas pautas que aplicamos a la materia", dije. "La evolución es inherente a la materia. El problema es que tomamos el contenido del cerebro, que es memoria, y sentimos que hay una entidad que puede cambiar ese contenido. Todo eso es el proceso del devenir. Es el tiempo de lo interno".

"Pero toda evolución implica tiempo", dijo K.

"La evolución que es inherente a la sustancia del cerebro, la aplicamos a su contenido. ¿Existe la evolución en el tiempo interno?", pregunté.

"La evolución es tiempo". Krishnaji era inconmovible.

"Si la evolución es tiempo, ¿por qué no puede ser aplicable al devenir?"

"El devenir implica tiempo. Soy esto, seré aquello. Pupulji pregunta si el contenido del cerebro forma parte del proceso de evolución". K se había vuelto hacia los demás.

"No", prosiguió. "El cerebro mismo es un producto del tiempo como evolución. Pero el contenido del cerebro -e1 cual es la acumulación de experiencias a través de milenios- ¿es idéntico a la naturaleza de la propia sustancia cerebral?"

"Comprender que el devenir es ilusión, resulta sencillo. Pero hay mucho más que eso. Usted da a entender que hay un tiempo externo del reloj y un tiempo interno del devenir. Luego pregunta si hay *otro* tiempo que no pertenezca a estas dos categorías. El tiempo y el espacio son una sola cosa. También lo son el tiempo y la materia". Yo impulsaba la indagación.

"El tiempo *es* materia. El tiempo es energía manifestada. La manifestación misma es un proceso de tiempo", dijo K.

“Por lo tanto, ¿el tiempo no puede existir sin la manifestación?”, inquirí.

“Conocemos el tiempo como pasado, presente y futuro”, dijo K.

“Nosotros proyectamos el tiempo en el futuro. ¿Cuál es la naturaleza -la percepción de ese instante en el cual la realidad existe?”, pregunté.

“Veo que el futuro es el pasado modificándose en el presente. Eso es tiempo: ‘Yo haré, yo llegaré a ser’. Ahora bien, ¿existe una acción intemporal que es percepción -una acción sin intervalo?” Krishnamurti había iniciado la pregunta destinada a abrir las puertas.

“¿Qué es lo que se modifica en el presente?”, pregunté.

“El pensamiento”, dijo K.

“¿Podemos examinar ese instante en que tiene lugar la modificación?”, pregunté.

“Me asusta lo que podría ocurrir mañana. Mañana es tanto el presente como el ayer. El presente, el ‘ahora’, es tanto el pasado como el futuro”, dijo K.

“La percepción en el presente, ¿niega tanto el pasado como el futuro?”

“Esa percepción requiere una terminación del pasado. La percepción es intemporal. Correcto. Uno percibe que está lleno de prejuicios, conocimientos, conclusiones, creencias, y con ello mira el presente, y ese presente se modifica a causa del reto. Uno puede alterar eso, pero sigue estando en el mismo campo”, respondió K.

“Sí, éste es un estado donde no hay punto alguno de percepción. Pero comprender el tiempo que no pertenece a esta corriente, es comprender la percepción del ‘ahora’”, dije.

“La percepción no pertenece al tiempo. No contiene el pasado”, dijo K.

“¿Qué es el ‘ahora’?”

“Se lo diré: El ‘ahora’ es el pasado y el presente. El ‘ahora’ es la totalidad del tiempo como tiempo pasado, tiempo futuro y tiempo presente”, dijo K.

“¿Puede uno experimentar el tiempo pasado? ¿Puede uno experimentar el tiempo futuro? ¿Qué es la experiencia de la totalidad del tiempo?” Yo retaba a Krishnaji.

“Usted no puede experimentar eso. Experimentar eso implica el experimentador, el cual está experimentando en el tiempo”. La respuesta había llegado rápidamente.

“Por lo tanto, cuando usted dice que el ‘ahora’ es la totalidad del tiempo -¿qué es lo que quiere decir realmente?” Hubo una larga pausa. “¿Existe un verdadero contacto con el ‘ahora’?”, pregunté.

“El pasado ha creado el presente”, intervino Achyut.

“Eso es fácil de verse. Yo estoy tratando de sondear a mayor profundidad. Krishnaji dice que el pasado y el presente están ambos contenidos en el ‘ahora’. Pregunto qué es este ‘ahora’”. Yo presionaba hasta donde podía.

Intervino Sunanda. “Pupul, obsérvelo. El ‘ahora’ es lo que es’ -en ‘lo que es’ está la totalidad del pasado”.

“¿Pero qué es ‘lo que es’?”, insistí.

“¿Cómo afirma usted que el pasado está contenido en el presente? ¿Lo experimenta realmente o es una teoría? Esta es mi pregunta. Pupulji pregunta: ¿Qué le hace decir a usted que el pasado está contenido en el presente? ¿Es ello una idea, una teoría, o de verdad lo percibe?” Krishnaji se interrogaba a sí mismo.

“Veamos lo que Krishnaji está diciendo”, dije. “Él pregunta: ‘¿Hay un tiempo que no es el tiempo lineal, ni el tiempo del devenir? ¿Hay un tiempo independiente de estos dos tiempos?’”.

“Eso es todo”, dijo K.

“Sólo la percepción o la revelación pueden hacer que ese tiempo se manifieste en el presente. ¿Cómo llego a ese ‘ahora’ de la experiencia?”

“Usted no puede llegar a él. No puede experimentarlo. No puede concebirlo.

“Vea lo que ha ocurrido. Usted no puede experimentarlo, pero su cerebro está condicionado para la experiencia, para el conocimiento. Está condicionado para medir con las palabras. Y esto no puede abordarse de ese modo. ¿Correcto? Esta es la mente religiosa -ha borrado las teorías, las ideas. Nosotros estamos tratando con realidades. ¿De acuerdo? Aquí es donde comienza la indagación religiosa”. Krishnaji estaba en el núcleo mismo de la investigación.

“¿Es posible indagar en este tiempo del que usted habla?”, preguntó titubeando.

“Es posible en el sentido de que uno puede usar palabras, pero las palabras no son la cosa”.

“Uno no puede dividir el pasado, el presente y el futuro con palabras”. Habló Sunanda.

“Sí. Pero la pregunta subsiste”, dijo K.

“Sí, la pregunta subsiste. Eso es lo extraordinario. La pregunta subsiste, pero los que preguntan no subsisten”, dije.

“Sí, los que preguntan dejan de existir”, dijo K.

“¿Pero es ésa en absoluto una pregunta verbal?”, intervino Radhika.

“¿Sobre qué opera la pregunta?”, preguntó Asit.

“Investiguémoslo. Decimos que el tiempo es evolución. El tiempo es devenir. El tiempo es desde aquí hasta allá -física y psicológicamente. Conocemos ese proceso del devenir y del no devenir -lo negativo y lo positivo- y

proseguimos a lo largo de estas líneas durante toda nuestra vida. Entonces viene alguien y pregunta: '¿Con qué fin?' Nos ha dejado con esa pregunta. Nosotros reflexionamos sobre ella y decimos: 'Observémosla; vamos a descubrirlo'. Vemos que entre el ver, el pensar y el ser, hay tiempo. Ese intervalo es tiempo, está en el campo del tiempo. Uno también ve que todo el tiempo está contenido en el presente. Entonces Pupul pregunta: '¿Podemos explorar dentro del presente?' Yo digo: 'No.' Si uno lo experimenta, el experimentador es el pasado y la experiencia misma es del tiempo. ¿Cuál es el estado del cerebro que ha descartado todas las teorías y las conjeturas? ¿Cuál es el estado del cerebro que ve como una sola cosa la acción y la percepción? Ve que no hay intervalo y que, por tanto, no hay tiempo. La percepción está libre del tiempo. ¿Qué es ese estado del 'ahora'? La percepción es el 'ahora'. La percepción no es del tiempo. No existe el 'aprenderé' para percibir'.

"¿Qué es la percepción? No pertenece al tiempo. ¿Puede uno experimentar eso? Es imposible. La percepción no tiene un percibidor. La percepción es 'ahora' -por tanto, es intemporal. En consecuencia, la acción que nace de la percepción es intemporal." La pregunta había florecido.

"¿Entonces, en esa percepción, el pasado y el futuro quedan totalmente aniquilados?", pregunté con vacilación.

"¿La percepción de qué?", preguntó Asit.

"¿Qué necesidad tiene la percepción de percibir, señor?", preguntó Sunanda.

"'¿Qué es el ahora?' dice K, 'éste contiene el presente, el pasado y el futuro'. Entonces el cerebro se pregunta: '¿Cómo entro en contacto con eso?' Y dice: 'No es posible establecer ese contacto. Sólo puede haber percepción'. Entonces el escuchar, percatándose de esa percepción, anula el pasado y el presente..." Yo tentaba mi camino en la pregunta.

Habló Krishnaji: "Vea, eso está sucediendo ahora. El escuchar no es del tiempo. Si escucho, eso ocurre 'ahora'. No existe el tiempo en el escuchar. Por lo tanto, no hay tiempo horizontal".

"¿Qué es la investigación, entonces?", preguntó Asit.

"Del preguntar surge el escuchar; del escuchar, surge la pregunta", dije.

"No teorice". Krishnaji vio rápidamente que mi respuesta carecía de profundidad.

"No estoy teorizando".

"La percepción es intemporal".

"Entonces yo le formulo una pregunta. ¿Es posible indagar en ella?"

"Yo digo, sí. Al indagar, la mente misma se desembaraza de todos los conceptos, de todas las teorías, las esperanzas, los deseos. Ahora se encuentra en un estado de pureza. En ese estado, usted puede investigar. Yo le digo: 'El amor no es del tiempo" ¿Cómo escucha eso? ¿Cuál es su respuesta? Usted oye palabras, las palabras tienen un significado. Usted las interpreta de acuerdo con su capacidad. ¿Puede escuchar la verdad de eso *sin* la palabra?, preguntó K.

"Uno no puede escuchar así. Uno escucha las palabras", dijo Asit.

"La palabra no es la cosa", fue la respuesta de K.

"Yo escucho la palabra, pero no comprendo", reiteró Asit.

"Vengan, dialoguen conmigo". Krishnaji atraía a los oyentes hacia él.

"Si puedo decir algo, ¿cómo escucha uno? ¿No es ésa la pregunta fundamental?", dije.

"Uno no puede escuchar las palabras sin traducirlas", dijo Asit.

"En un diálogo con Krishnaji, pese a que uno escucha sin que el pensamiento opere, uno abarca plenamente lo que él dice. Hay un escuchar a tal profundidad, que hace accesible lo que se está investigando", dije.

"¿Qué entiende usted por 'abarcar'?", preguntó Sunanda.

"¿Puede uno generar un diálogo con la declaración: 'El amor no es del tiempo'?"

"No verbalicen. Todos hemos sido educados para ser altamente intelectuales. Un pobre hombre que no parece brillante, entenderá una declaración sencilla", dijo K.

"¿Cómo puede investigarse en un estado de atención?", preguntó Asit.

"Sólo escuche", contestó K. "Yo le digo: 'El amor no es del tiempo'. Para mí ése es un hecho tremendo. Usted dice que realmente no lo comprende, y yo le digo que no lo comprenderá del modo en que quiere comprenderlo. ¿Capta lo que estoy diciendo? Usted quiere comprenderlo a través del proceso intelectual, a través de argumentos, de un proceso verbal de reacción. Pero no lo comprenderá de ese modo. Usted dice: 'Es el único instrumento que tengo'. Y yo le digo que hay un instrumento por completo diferente. Usted dice: 'Hábleme de ese instrumento'. Yo respondo: 'Deje de lado su capacidad, su conocimiento, que es tiempo'".

"¿Dice usted, 'Deje de lado su instrumento intelectual?", preguntó Asit.

"Por supuesto que no", contestó K. "Yo dije: 'Deje de lado el conocimiento.' El conocimiento es evolución. ¿Existe una captación, un discernimiento, una percepción instantánea sin la palabra, sin introducir en ello el conocimiento? Yo digo que sí. ¿Puede haber un estado de pura percepción de algo, y puede uno inquirir en ese estado?"

Las discusiones sobre la cuestión del tiempo habrían de continuar en Madrás. El 4 de enero de 1.984, en Vasanta Vihar, el tema fue discutido nuevamente. Asistieron a las discusiones el profesor George Sudarshan y el Pandit Jagannath Upadhyaya.

George Sudarshan comenzó exponiendo lo siguiente: "Nuestro amigo ha planteado el interrogante sobre el funcionamiento de las diferentes clases de tiempo. Vale decir: ¿Existe un tiempo que entra a operar, que funciona aun cuando deja de existir el devenir? Cuando han cesado la causa y el efecto, cuando el proceso normal de causación, de memoria y expectación, de anticipación -todo el trasfondo acumulado durante la vida de uno e incluso antes de eso- ha desaparecido, ha muerto, ¿hay todavía una clase de tiempo donde se desarrollan los acontecimientos?"

Yo agregué: "Krishnaji también habló del surgimiento de una percepción que simultáneamente niega ese surgimiento, una simultaneidad de surgimiento y negación; y, ¿cuál es la naturaleza del tiempo en relación con el 'ahora'?"

"Hemos dicho: 'El presente, que es el pasado, también es el futuro'. Asimismo, dijimos que el tiempo no es sólo devenir, anticipación, esperanza, sino que el tiempo también es posesión -el sentido de poseer, de acumular conocimientos y vivir con esos conocimientos; eso también es tiempo. Y preguntamos: ¿Existe otro movimiento del tiempo? El movimiento del pensar, ¿es un proceso material? -el pensamiento, que también es tiempo. De modo que el tiempo y el pensamiento son similares. Está el tiempo físico, de aquí hasta allá.

"Ahora usted formula una pregunta: '¿Existe un no-movimiento cuando uno se ha salido del tiempo psicológico? ¿Hay un movimiento por completo diferente del movimiento del tiempo y del pensar?" El instructor había dado comienzo a la investigación.

"¿Habla usted del cerebro que deja de funcionar, o de la mente que deja de funcionar?", preguntó Sudarshan.

"Quisiera separar el cerebro de la mente. El cerebro está condicionado. La mente está fuera del cerebro. La mente, para mí, es algo que no tiene relación alguna con el cerebro condicionado y, por lo tanto, no puede ser medida por las palabras o el pensamiento. Mientras que la actividad del cerebro y el desgaste de esa actividad son mensurables, y la medida es tiempo. Entonces, cualquier función que surge del conocimiento acumulado en el cerebro, es lo conocido -como el sí mismo, mi ego, mi actividad egocéntrica. ¿Es posible, pues, no ser egocéntrico? ¿Cabe preguntarse si uno puede estar completamente libre del yo?

"El 'yo', el ego, es producto del tiempo -evolución. Es la actividad del cerebro egocéntrico -'mi' posición, 'mi' poder. Y en tanto exista ese 'yo' que es conocimiento acumulado, memoria, experiencia, existirá la limitación del tiempo", dijo K.

Intervino Jagannath Upadhyaya: "Uno puede hablar del tiempo en cualquiera de sus aspectos -tiempo como pensamiento, tiempo como movimiento, etcétera. Está el tiempo de nacer y el tiempo de morir, que constituyen el proceso del devenir en que vivimos. Pero detrás de eso, ¿existe la mente en la que no hay comienzo ni fin? Si es así, entonces está fuera de nosotros, uno nada puede hacer al respecto. No podemos actuar sobre ella ni investigarla".

"No, no podemos. En tanto el 'yo' esté surgiendo, muriendo, surgiendo, terminando y otra vez surgiendo, este constante proceso de devenir, es tiempo".

"No sólo el devenir sino el ser", explicó el budista.

"Cuando Upadhyaya habla del ser, él quiere decir 'yo soy'. Existe un devenir, pero también está el sentido de 'yo soy'". Radha Burnier se había incorporado al diálogo.

"Vemos este proceso de surgir, devenir -e1 pensamiento que surge, el pensamiento que se termina. Cuando esto se detiene, ¿qué ocurre?"

"¿Cómo sabe usted que se detiene?", preguntó K.

"Para expresarlo sencillamente: Cuando el devenir llega a su fin, ¿existe el ser?", continuó Radhaji.

"¿Qué entiende usted por 'ser'?"

"El sentido de 'yo soy'", sugirió Achyut.

"Existir", intervine yo.

"¿Qué es existir? En el momento en que uno reconoce que está viviendo, pone en actividad todo el proceso del yo", dijo K.

"No, no aceptaré eso", dije. "Con el final de la existencia, termina el devenir. Para la mayoría de nosotros es posible terminar con una proyección del pensamiento, que es terminar con el devenir. Pero ese estado no es una cosa muerta. Es un estado de existencia".

Sudarshan preguntó: "Cuando usted habla del ser, ¿se refiere a una condición o función, o está hablando acerca de un objeto? Si es un ser, por definición es un objeto".

"No estoy hablando del ser como objeto".

"Entonces, cuando habla de vivir o ser, hasta el punto en que no hay separación de una persona conocida con respecto al resto, hasta el punto de *vyaapti*, identificación completa, sin reclamar nada para uno mismo, no existe división alguna entre uno y todas las demás cosas", dijo Sudarshan.

“¿Por qué niega usted el ser? Ser es el sentido de que algo ‘es’. ¿Dice usted que nada hay?”, pregunté.

“No hay diferencia entre ser y devenir. Cuando cesa el devenir, cesa el ser”, respondió el pandit.

“Sí”, dijo K.

“Devenir y ser son la misma cosa. Donde hay devenir y ser, existe el yo con todas sus actividades, etcétera, y cuando aquello se termina, también eso llega a su fin. Pero cuando hay un final para todo esto, para el pensamiento, etc., ¿existe algo en lo que todo se sustenta?”, preguntó Jagannath Upadhyaya.

“Si puedo preguntarlo, ¿cuál es la distinción que usted hace entre devenir y ser?”, le pregunté al pandit.

“En sánscrito, no hay dos palabras. *Bhava* significa tanto ser como devenir”, explicó Radhaji.

“El panditji dice que lo que usted llama inteligencia, no está relacionado con el intelecto. Sólo cuando este intelecto reconoce su fragmentación y su limitación, deja de ser y nace la inteligencia”, dijo Achyut.

“Me gustaría investigar un poco más el devenir y el ser. El ser es un estado de no diferenciación”, dije.

“¿Por qué distingue usted entre ser y devenir?”, preguntó K.

“Hay un estado del cual las cosas surgen y en el cual las cosas desaparecen”, contesté”.

“¿Es el yo ese estado?”, dijo K.

“En un estado de atención, un estado de percepción, ¿qué es lo que hay ahí?”, pregunté.

“En la atención no hay yo”, dijo el Instructor.

“¿Cuál es, entonces, la naturaleza de la atención?”, pregunté.

“¿Pregunta usted cuál es la naturaleza de la atención, o si hay una base o sustrato del cual la atención surge?”, Radhaji se dirigía a mí.

“La atención no tiene un trasfondo”. Krishnaji nos trajo de vuelta a la cuestión central.

El científico Sudarshan comenzó a explorar. “Hay dos clases de funcionamiento en el universo físico. Está el funcionamiento que se caracteriza por acontecimientos separados en los cuales encontramos una cronología, una secuencia de cosas, y entonces construimos leyes que relacionan los acontecimientos entre sí. De ese modo, decimos que el viento es causado por diferencias de temperatura, y descubrimos que un suceso es causa de otro suceso que, a su vez, da origen a otro suceso, y somos capaces de comprender una cantidad de cosas. Después, hay otra clase de funcionamiento donde no diferenciamos, por ejemplo, un objeto que se mueve libremente. Fue un gran descubrimiento de la física cuando se decidió que el movimiento libre no requiere explicación. Uno no se pregunta por qué eso se mueve continuamente; lo atribuye a la naturaleza de las cosas, dice que está en la naturaleza de los objetos moverse. Y se puede ampliar, generalizar el alcance de esto, de modo que en cierto sentido, ningún sistema funcione sin esta condición. Un sistema aislado -aislado en el sentido de que no hay otro- un sistema completo, no tiene historia, no contiene acontecimientos. Los acontecimientos surgen cuando ponemos el sistema, que funciona por sí mismo, en la matriz de alguna otra cosa, y entonces decimos que algo que se está moviendo en un sistema cerrado, no es natural, porque nos gusta pensar de manera consecutiva. Y entonces nos preguntamos: ¿Por qué eso no se mueve de manera consecutiva? Y así el tiempo cronológico del desarrollo se manifiesta cuando tenemos un sistema incompleto, incompleto en el sentido de que hay modelos para el comportamiento del sistema que no son externos al sistema, y cuando medimos el comportamiento real del sistema confrontándolo con estos modelos, entonces hablamos de acontecimientos y de cronología. Pero cuando el sistema es completo en sí, si bien no carece de peculiaridades, en su funcionamiento no hay cronología, no hay acontecimientos dentro del sistema. Desafortunadamente, estamos tan habituados a la idea de cronología, que la evolución natural es siempre incomprensible: una evolución en la que no hay sucesos. Por lo tanto, siempre que hay un movimiento que contiene cosas que ocurren pero a las cuales no podemos atribuir de modo definido una causa y un efecto, nos sentimos muy ansiosos, sentimos que no las comprendemos plenamente. Queremos dividirlas, separarlas.

“Tal vez estas dos posibles clases de funcionamiento puedan ser útiles como modelos para esta discusión. Hay una clase de tiempo -el tiempo físico en el que los sucesos tienen lugar, en el cual se cumple la segunda ley de causa y efecto. Y hay otro tiempo en el cual no se puede decir cuál es la causa y cuál el efecto, porque no hay al respecto una división de los acontecimientos”. Sudarshan se detuvo.

“¿Cuándo ocurre eso?”, preguntó K.

“Cuando el sistema no tiene un modelo con el cual compararse”, dijo Sudarshan.

“¿Y eso qué quiere decir?”, apremió K.

“Nos referimos a él como un sistema cerrado, pero entendemos que puede ser un sistema completo”, contestó Sudarshan.

“¿Todos los sistemas -burocráticos, científicos, religiosos- contienen de manera inherente el deterioro, la entropía?”, preguntó K.

“Sí”.

“Por lo tanto, mientras el cerebro es colectivo, forma un sistema”.

“Completamente de acuerdo”.

“¿De modo que el proceso de deterioro, de degeneración, forma parte inherente de lo colectivo?”

“Krishnaji, me preocupa la atención que usted dedica al cerebro. El cerebro también forma parte del sistema físico, y no tengo por qué dedicar mucha más atención al cerebro que a los árboles o a los pájaros”, dijo el Dr. Sudarshan.

“No”, dijo K.

“A veces lo uso, pero del mismo modo uso a veces el árbol. ¿Por qué, pues, debo sentirme tan atado a lo que ocurre en mi cerebro -las ondas de pensamiento, la actividad de las distintas conexiones y así sucesivamente? ¿Debo también interesarme en lo que hace el cerebro?”, preguntó Sudarshan.

“Mientras mi cerebro está condicionado, se vuelve muy limitado. El cerebro tiene una capacidad infinita, y esa capacidad es negada por su propia limitación. Usted es un científico y yo no lo soy. Usted ha adquirido tremendos conocimientos y tiene ocasionales percepciones en algo. Usted se mueve constantemente, sumando más y más. Esta suma es el factor de condicionamiento. Obviamente. Por lo tanto, el cerebro se vuelve limitado, y esa suma, esa adición, es el ‘yo’. No examinaremos las diferentes terminologías. En tanto el yo esté ahí, el yo es un sistema, y el yo es el factor de deterioro”, dijo K.

“Eso es lo que llamamos el ‘yo’ con ‘y’ minúscula en vez de la ‘Y’ mayúscula”, replicó Sudarshan.

“El yo es el yo, no la gran ‘Y’ o la pequeña ‘y’. Uso esa palabra solamente en un contexto, el de la ‘y’ minúscula. Para mí no existe la ‘Y’ mayúscula en relación con el yo”, dijo K.

“Volviendo a lo que Pupulji expresó, señor, usted dijo que la atención no tiene trasfondo”, apuntó Radhaji.

“Aquí hay un científico. ¿Qué es la atención para usted, señor? Sea sencillo”. Krishnaji se volvió hacia Sudarshan.

“Bien, yo diría que la atención existe cuando no hay separación, cuando no hay identificación con ninguna otra cosa. La atención es un estado en el cual no hay anticipaciones ni recuerdos”.

“¿Eso qué quiere decir? ¿Que no hay trasfondo?”

“Ni trasfondo. Siento que ésa es la enunciación más sencilla. En la atención no hay trasfondo porque el trasfondo supone una matriz, un modelo. En la atención no hay comparación alguna. La atención es una sin lo segundo”, dijo Sudarshan.

Habló Krishnaji: “Cuando hay atención no hay trasfondo. Estuvimos discutiendo el tiempo. Digo que en el amor no hay tiempo. En el amor no hay reminiscencias. El amor no es la actividad del deseo o del placer. Esta actividad involucra al tiempo, y en el amor no existe el tiempo”.

“Ese es un salto extraordinario”, comenté.

“Es un *Brahmastra*. Es un arma que lo aniquila todo”, agregó Upadhyaya.

Pero Krishnaji no aceptaría esta declaración. “Es algo accesible”, dijo. “No pongo eso en un pináculo y luego digo que es inaccesible”.

“¿Tiene el amor un comienzo y un final?”, preguntó el pandit.

“No. Si hay un comienzo y un final, no es amor”.

“Entonces está más allá de toda discusión”, dijo Upadhyayaji.

“¿Qué es un diálogo? Un diálogo es: usted pregunta y yo contesto; así, usted y yo quedamos olvidados. No existimos. Sólo la pregunta permanece. Y si uno deja la pregunta, ésta florece, tiene vitalidad, suministra una respuesta”, dijo K. “¿Ha comprendido, Panditji, mi respuesta?”

“El acepta lo que usted dice -que hay una pregunta y que fluye una respuesta, pero dice: ¿Qué tiene esto que ver con el amor?”, explicó Radha Burnier.

“Yo hago una declaración: ‘Donde hay amor no existe el tiempo’. Usted escucha, usted la cuestiona y yo respondo. Hay una conexión, tanto verbal como no verbal, y la pregunta permanece, el hecho permanece. Si usted lo deja estar, ello comienza a moverse”.

“¿Dice usted que en el amor no existe el tiempo...?”, pregunté.

“Vea la belleza de ello”.

“Es una buena pregunta y no surge ninguna respuesta, pero la pregunta subsiste”, dije.

“Entonces permanezca con ello, Pupul, tome una flor de loto, mírela”.

“Miro”.

Hubo una larga pausa. Entonces Radha Burnier se volvió a Jagannath Upadhyaya y dijo: “En el mirar no hay preguntas”.

“Yo no sé cómo responder a la pregunta de Krishnaji”. Percibiendo cierta aridez en la dialéctica, Krishnaji súbitamente abandonó la discusión y dio uno de sus grandes saltos: “En la muerte no existe el tiempo”.

“Por gentileza hacia nosotros, ¿podría usted acortar un poco esos saltos? Porque ya Panditji está diciendo que encuentra difícil responder a su declaración, con la cual puede estar completamente de acuerdo. ¿Cómo se relaciona esta declaración particular, con la cuestión del ‘ser, devenir?”, intervino Sudarshan. Y continuó:

“A mí me parece que antes de movernos hacia la muerte, tenemos que hablar sobre el amor y su relación con la pregunta. Usted ha dicho anteriormente que cuando hay un diálogo entre dos o más personas, y el propósito está realmente en el diálogo mismo, las personas cesan de existir como tales y lo que permanece es la pregunta en

movimiento funcionando entre ellas con su propia vitalidad. Pienso que Panditji dice que no sabe cómo responder, no porque esté en desacuerdo con usted -no porque lo que usted dice sea un *brahmastra*, el arma final que todo lo destruye, incluyendo la plataforma de lanzamiento- sino que no sabe cómo responder a su formulación anterior de que el diálogo tiene vitalidad propia".

"¿Usted la ha comprendido?", le preguntó Krishnaji a Sudarshan.

"Sí".

"Entonces explíquesela a Panditji", dijo K.

"Pienso que lo que Krishnaji dice, es que el propósito del diálogo no es que una persona formule preguntas y otra las conteste, sino que la pregunta y la respuesta circulen y, en cierto sentido, se muevan por sí mismas entre los que dialogan. Así, no hay una persona que suministra información a otra persona, sino que la propia pregunta se responde a sí misma utilizando las voces de las personas como instrumento. Pero nosotros siempre sentimos que tiene que ser en la forma de catecismo -una pregunta y una respuesta. Krishnaji sostiene que si hay un momento en que la pregunta cesa, ése es también un momento muy valioso, es de hecho algo muy natural. En cierto sentido, lo que eso revela es una imagen, un eco de lo que él estuvo considerando anteriormente -o sea, ¿hay un ser en este punto, hay un devenir, o hay algo que es diferente de ambos? Visto desde un punto de vista, está el ser; visto desde otro punto, cuando cesan todas las preguntas, ¿quién está ahí para formular pregunta alguna, quién está para comprender? Ese contener la pregunta dentro de uno -o contener la respuesta si no hay más preguntas- de algún modo es en sí mismo un diálogo. Es una meditación en la que no se pronuncian palabras porque se trata de un *yato vaacho nivartante*, un estado donde las palabras no llegan".

"Sí. Por lo tanto, hablemos de la muerte. ¿Qué es la muerte según los budistas, según Nagarjuna?", preguntó K.

"Cualquiera que sea la causa por la que surge la vida, por la misma causa la vida se termina; eso es la muerte", dijo el budista.

"Yo existo porque se encontraron mi padre y mi madre, y por eso nací. Vivo ochenta y nueve años o cien años. Al final de los cien años muero. Hay un proceso causativo y el fin del proceso causativo, ¿Correcto? ¿Es eso lo que usted llama muerte?", preguntó K.

"Este proceso causativo no está en el nivel de las cosas, o sea, en el nivel biológico; pero está en el nivel de la memoria, en el nivel del pensamiento. Nagarjuna dice que en ese movimiento están el pasado, el presente y el futuro".

"Si usted dice que el pasado y el presente contienen el 'ahora', ese ahora es muerte. Devenir y morir. ¿Es eso la muerte?", reiteró K.

"Sí", dijo Jagannath Upadhyaya.

"Eso es lógico", dijo K.

"Sí, lógico".

Krishnaji prosiguió: "Es un concepto intelectual".

"Sí".

"Eso no me interesa", dijo K, "estoy muriendo".

"En todo instante hay un final, cada instante está separado del otro. Hay una muerte todo el tiempo", dijo Upadhyayaji.

"Pero tengo un hijo que se está muriendo y estoy sumido en el dolor, derramo lágrimas, me siento solo, estoy deprimido. Viene usted y me habla del proceso causativo. Pero yo estoy sufriendo. ¿Qué hará usted al respecto?"

"Cualquier cosa que surge a la vida, muere de instante en instante", dijo Upadhyayaji.

"He escuchado todo eso antes", dijo K. "Pero estoy sufriendo".

"Pero lo que conecta entre sí los instantes es la memoria", insistió Upadhyaya.

"Muy bien. Acudo a usted y usted me explica eso. Y le digo: 'Váyase al infierno'".

Intervine yo: "Lo que Upadhyaya dice es que ninguna de las enseñanzas budistas han abordado la muerte, excepto como un surgir y un terminar".

Krishnaji dijo: o Hace algunos años, señor, estuve con un hombre. Se estaba muriendo. Vino su mujer y me dijo: 'Está preguntando por usted'. Fui a verle, me senté a su lado y sostuve su mano. Dijo: 'Me estoy muriendo, no me predique filosofía. Me estoy muriendo y no quiero morir. He vivido una vida bastante buena, bastante moral, tengo mi familia, mis recuerdos, todas las cosas que he acumulado... y no quiero morir. Pero me estoy muriendo'. ¿Cuál es su respuesta a eso? No me venga con su 'comenzar y terminar'".

"La respuesta es que él tiene que morir", dijo Upadhyayaji.

"¡Oh, Dios!", gritó Krishnaji. "¿Es eso lo que le dice usted a su hijo, a su mujer, a su amigo? '¿Tiene que morir? Está enfermo, de cáncer, de tuberculosis... Es muy joven, y dice: 'Dios mío, ayúdame a comprender'".

"Pero la muerte es parte de la vida", dijo el pandit.

"Panditji, ¿está usted diciendo que no hay terminación para el dolor?" Traté de aclarar la situación.

"A menos que la causa del dolor sea eliminada, el dolor no puede terminar", dijo Upadhyaya.

“Pero el hombre que está muriendo no lo ha eliminado. Usted tiene que tratar con este hombre que está muriendo. Nadie ha sostenido su mano. Por lo tanto sostengo su mano y él siente que hay amor. No le hablo del comienzo y del final”, dijo K.

“¿Cuál es aquí la dificultad? Él puede morir o puede no morir. Alguna vez morirá. Pero nosotros estamos muriendo en este momento, estamos muriendo a este sentimiento. Sufrimos, de eso no hay duda. La cuestión no es si nuestro hermano está muriendo. Somos nosotros quienes estamos sumidos en el dolor y pedimos ayudar protección. Él desea ser consolado. Pero yo no le doy cosa alguna -no podemos darle la vida. El que está muriendo no muere fuera de sí mismo, está muriendo dentro de sí mismo, y ese es su problema. ¿Es cuestión de cómo trata usted con esa persona?”, preguntó Sudarshan.

“No”, dijo K. “Es cómo trata usted con la muerte”.

“En el proceso hay dos cosas. Una es mi sentir que mi amigo está muriendo y que tiene miedo, que es desdichado y no está preparado para la muerte. La otra es qué puedo hacer yo para ayudarle en este punto. ¿Cuál de los dos aspectos estamos discutiendo?”

Krishnaji replicó: “Ambos. Quiero saber acerca de la muerte. Voy a morir. En mayo cumpliré ochenta y nueve -probablemente viva otros diez años. No tengo miedo. No necesito que nadie me ayude. He vivido simultáneamente con la vida y la muerte todo el tiempo, durante toda mi existencia. Debido a que no poseo cosas, tampoco poseo nada internamente. Estoy muriendo y viviendo al mismo tiempo. No hay separación para mí. Puede que esté viviendo en una ilusión, pero tómelo como es.

“Y mi amigo se está muriendo. Nadie lo ha amado y él no ha amado a nadie. ¿Lo que decía el Buda puede ayudarle? El necesita que alguien lo ame, que lo acompañe. Alguien que le diga: ‘Mira, estamos juntos en esto. Tú te sientes solo, ¿y qué implica la llegada de la muerte?’ Veo que está totalmente aislado, separado de todos los demás. Y hay ‘un miedo espantoso. Y viene usted y habla del comienzo y del final. Y yo le digo a usted: ¡Por el amor de Dios!”

“Si yo amo, ¿puedo darle mi amor a él? ¿Es algo que puede darse a otro?”, preguntó Jagannath Upadhyaya.

“No”, dijo Krishnaji, “él está conmigo, no que yo le doy amor. No es algo que yo le doy”.

“Si está enfermo y va a morir y no quiere morir, ¿cómo le damos amor?”, dijo Upadhyaya. “El amor no puede sobrepasar el proceso causativo, no puede estar fuera de la causa y el efecto. Por grande o profunda que sea la compasión, no puede ser independiente de lo causal”.

“Señor”, dijo K. “Él no se interesa en su filosofía. No está interesado en lo que dijo el Buda. Se está muriendo. No le hable de comienzos, surgimientos y finales. No está interesado en eso. Nos enfrentamos al morir con un montón de palabras, y estas palabras son para él como cenizas, incluyendo las palabras de Buda. Se está muriendo y dice: ‘Dios mío, ¿qué pasa con mi vida? ¡No me hablen de todo esto!’ ¿Puede uno llegar a él con nada y sostener su mano? ¿Puede uno decir: ‘Amigo mío, cuando mueres, una parte de mí también está muriendo? Jamás te he conocido antes. Pero tu mujer vino a verme y me pidió que te visitara. Así que ambos vamos a morir hoy. Yo sé lo que significa morir. He vivido mi vida muriendo y viviendo, sin separar jamás ambas cosas. Muero cada día’. De modo que le digo: ‘Amigo mío, muramos juntos. Comprendo tu temor’. Entonces la muerte no es miedo”.

Capítulo XLVI

"EL LINAJE DE LA COMPASIÓN"

En abril de 1.984 me encontraba en Arya Vihara, Ojai. El libro de memorias estaba a punto de completarse, ¿pero cómo sería el final? El río estaba en plena creciente. ¿Era posible destilar la esencia de la enseñanza? A veces parecía tan lúcida, clara, sencilla, y después tan distante, inmensa, universal, que desafiaba una percepción unificada de la misma. Me encontré con Krishnaji en la Cabaña de los Pinos el 28 de abril. Su cabello estaba blanco, el tiempo había dejado su huella en el rostro, pero sus ojos que reflejaban los míos eran los del muchacho Krishnamurti en la fotografía tomada después de su primera iniciación -ojos límpidos, incontaminados, ojos que nunca habían mirado hacia atrás en el tiempo.

Le pregunté cuál era la suma de su enseñanza. Para mí era inmensa. Integraba e incluía las enseñanzas de Buda y del Vedanta. Él podía negar el super-Atman, el Brahman, pero en la negación misma emanaba de él la energía que esas palabras comunicaban. Eso me condujo a la tan frecuentemente formulada pregunta: "¿Quién es Krishnamurti? ¿Cuál es su linaje?" ¿Era un punto de ruptura en la evolución? Tomaría siglos abarcar totalmente el reto que Krishnamurti le había planteado al cerebro humano -a la raíz de la mente humana.

De pronto Krishnaji tomó mi mano: "Quédese con eso -quédese con el reto- trabaje con eso -olvídese de la persona". Su contacto estaba cargado con la fuerza de la naturaleza tal como se la encuentra en las tempestades de los océanos. "Mire lo que han hecho las religiones: se han concentrado en el instructor y han olvidado la enseñanza. ¿Por qué damos tanta importancia a la persona del instructor? El instructor puede ser necesario para manifestar la enseñanza, pero más allá de eso, ¿qué? El vaso contiene agua; uno tiene que beber el agua, no adorar el vaso. La humanidad adora el vaso, olvida el agua". Mi cuerpo y mi mente respondieron: "Aun el hecho de comenzar una real investigación en la enseñanza, implica una ruptura en la conciencia".

"Sí, así es", dijo K. "La tendencia humana es concentrarlo todo en la persona del instructor -no en la esencia de lo que dice, sino en la persona. Esa es la gran corrupción. Mire a los grandes instructores del mundo -Mahoma, Cristo y también el Buda. ¡Vea lo que los seguidores han hecho de eso! Los monjes budistas son violentos, matan. Todo lo contrario de lo que el Buda ha dicho.

"La manifestación tiene que ocurrir a través de un cuerpo humano, naturalmente -la manifestación no es la enseñanza. Tenemos que ser extraordinariamente impersonales en esto. Ver de no proyectar al instructor a causa de nuestro amor y afecto por la persona, olvidando así la enseñanza. Ver la verdad en la enseñanza, ver su profundidad, penetrar en ella, vivir con ella -eso es lo importante. ¿Qué valor tiene si el mundo dice que K es una persona maravillosa? ¿A quién le importa? Pero si K es un punto de ruptura, la palabra no es su medida, La palabra no es importante. Si estuviéramos viviendo en los tiempos de Buda, yo podría sentirme atraído hacia él como ser humano, podría sentir un gran afecto por él, pero estaría más interesado en lo que él dice. Mire, Pupulji, nuestros cerebros se han empequeñecido tanto por las palabras que hemos utilizado. Cuando uno habla a un grupo de científicos, a especialistas en diversas disciplinas, ve que sus vidas se han vuelto muy triviales. Lo miden todo en términos de palabras, de experiencias. Las palabras son limitadas, todas las experiencias son limitadas. Cubren un área muy pequeña".

Titubeó un poco. "Empecemos de nuevo. Él yo es un manojo de recuerdos. Él yo es la esencia del conocimiento. El conocimiento está siempre en el campo del tiempo. K está diciendo que el yo es memoria heredada y acumulada. Cuando el yo está ausente, no existe el tiempo. La energía no tiene pasado. Pero el hombre ha puesto énfasis en el pasado. Cuando existe esa energía no limitada por el yo, la energía no contiene tiempo. Es energía".

"Pero en toda manifestación, ¿no nace un tiempo, limitado a esa manifestación?", pregunté.

"Sí. La manifestación necesita del tiempo. Por lo tanto, habiéndose manifestado como una flor o un árbol, o como un ser humano, esa energía es limitada. Cuando el yo está ausente, existe un estado por completo libre del tiempo. Lo que me pregunto es si la evolución del cerebro ha de continuar como hasta ahora, modificándose, creciendo, acumulando más y más conocimientos. Veo algo muy interesante. La meditación tal como la conocemos, es práctica, disciplina, recitación de mantras. Se basa en el conocimiento. Por eso es un asunto muy insignificante. ¿Existe una meditación que no se base en el conocimiento, que no sea deliberada? En tanto exista la conciencia, la conciencia tiene que implicar manifestación. Tiene que haber tiempo. Por lo tanto, esta meditación sólo puede existir cuando la conciencia, tal como la conocemos, llega a su fin.

"En el último año, hay un estado que no es mensurable en palabras, que no se encuentra en el campo del conocimiento' es inmenso, totalmente intemporal. Está ahí cuando cierro los ojos para hacer mis ejercicios, cuando doy un paseo. Soy escéptico, lo observo para ver si es una realidad o una fantasía".

Krishnaji se había alejado liberándose de la discusión; un nuevo estado era evidente.

"Eso debe alterar totalmente la naturaleza del cerebro", comenté.

"Probablemente lo hace".

"¿Puede afectar el cerebro de la humanidad?"

“Sí, sí”. La voz de Krishnaji fluía, profunda y compasiva. Entonces, súbitamente me preguntó. “Pupulji, usted ha leído los textos antiguos, ha discutido con pandits; ¿con *qué* hace contacto?”

Dejé que la pregunta flotara; luego, vacilando, hablé: “Vea, Krishnaji, he leído los textos antiguos, pero introduzco en los textos el *escuchar* que ha surgido de escucharle a usted. De ese modo escucho los textos y, a causa de que existe ese estado, puedo entrar en contacto con algo, aproximarme a ello”.

“Por qué”. Habló K -no era una pregunta, sino un modo de incorporarme al viaje.

“Porque el contacto con ‘aquello’ no reside en las palabras. Usted habla y la mente, debido a que está quieta, se siente próxima a ‘aquello’. Entonces, cuando leo los textos antiguos y la mente está quieta, o cuando me siento a solas en el jardín y escucho el canto de los pájaros, o el viento entre las hojas, puedo percibir cierta proximidad a ‘aquello’”.

“La persona de K, ¿se vuelve importante?”

“No. La energía que emana es, ciertamente, importante. Usted nos introduce dentro de ella en el momento que la mente está quieta. Comienzo a ver algo: la energía en esta mente, tal como es, no puede alcanzar ‘aquello’. Puede llegar hasta cierto punto y no más allá. También comprendo esto: al yo hay que dejarle el menor espacio posible”.

“Sí”. Krishnaji rió. “Dejarle representar su papel lo menos que se pueda”.

“Veo que ha quedado muy poco del Krishnamurti personal”.

“Sí”.

“Uno puede sentirlo en el instante que toca las puertas de acceso a su mente; la base de esa mente está saturada con ‘aquello’”.

“Sí”.

“En el último año usted ha tratado -no, ‘tratado’ no es la palabra correcta- de traer a la gente más y más cerca de ‘aquello’”. Hice una pausa. “Pero entonces aparece el bloqueo de la evolución, que es el karma”.

“Como siembras, cosecharás”, Krishnaji volvió a reír.

“El karma, la esencia de: ‘lo que fuiste, eso eres y eso serás’. También veo que uno debe dejar correr el pensamiento, que sea muy fluido, no permitirle que cristalice. Y uno ha de desarraigar el pensamiento, desenterrarlo”.

“Desarraigarlo, eso es correcto”.

“De modo que se pose con levedad en la mente”.

Espere un momento”. K interrumpió mi flujo. “¿Cómo comunicaría usted lo que está diciendo, a cincuenta personas, o a cinco mil?”

“La clave para la comunicación es la observación. No se necesita nada más”.

“¿Cómo responde usted, quién es el observador?”

“La única respuesta es observar. Estar abierto, descubrir, ¡Qué extraordinario es este viaje de descubrimiento, las percepciones en lo infinito!”

Cuando dejé la habitación, la pregunta volvió a surgir en mi mente. ¿Quién es Krishnamurti? ¿Cuál es su *gotra*, su linaje? De la pregunta emergió la respuesta: Toda la humanidad. Porque en todos los seres humanos está la capacidad de abrirse paso a través del cautiverio; de pertenecer al linaje de la compasión impersonal.

Más adelante le pregunté cuál era la naturaleza de la palabra *samadhi*. Dijo: “El cerebro permanece en silencio durante el día; se dice una palabra, y el cerebro ve instantáneamente todo su contenido. El cerebro no acumula. Lo que surge es pleno. Dentro del cerebro no hay movimiento de tiempo, pero hay un movimiento infinito, el ritmo propio del cerebro. Hay un sentido de protección, de protección eterna, intemporal”.

El 11 de mayo de 1.985, Krishnamurti cumplió noventa años. Ese día yo estaba con él en Arya Vihara, Ojai, y por la mañana golpeé a la puerta de su habitación que tenía vista al pimentero, donde sesenta y tres años antes él había experimentado sus misteriosas transformaciones. A mi llamada Krishnaji abrió la puerta. Me incliné para tocar sus pies; pero él se echó a reír, y en lugar de eso me abrazó. Nada especial sucedió ese día. Krishnamurti tenía noventa años y transcurrió un día más.

Capitulo XLVII

"NI PRINCIPIO NI FINAL: KRISHNAMURTI A LOS NOVENTA"

En el Bhagavad Gita, Arjuna le pregunta a Krishna acerca del Inmutable, el Ser Iluminado: "¿Cómo camina, cómo habla, cómo se comporta?"

La misma pregunta la formulan muchas personas que han visto a Krishnamurti y le han escuchado. Este capítulo ofrece quizás algunas respuestas a esa pregunta, pero así y todo constituyen una respuesta incompleta, porque el misterio de Krishnamurti sigue siendo insondable,

A los noventa años, el día de Krishnamurti es poco diferente de lo que ha sido por cuarenta años. En la India se despierta con la salida del sol, permanece en la cama con todos los sentidos del cuerpo despiertos, pero sin que surja un solo pensamiento hasta que hay un regresar desde inmensas distancias. Comienza el día con *asanas* yogas y *pranayama*. Hace por treinta y cinco minutos sus *pranayamas*, los ejercicios respiratorios, y otros cuarenta y cinco minutos los dedica a los *asanas* yogas, las posturas físicas que tonifican el cuerpo, los nervios, los músculos y las células que forman el tejido de la piel -la apertura de cada célula del cuerpo para que respire naturalmente y en armonía.

A las ocho, Krishnamurti se desayuna con frutas, tostadas, manteca y trigo integral. Su desayuno incluye a veces *idlis* o *dosas* de la India del Sur, tortas de arroz condimentadas con coco y cocidas al vapor. En la mesa del desayuno, sus íntimos asociados de la India se reúnen para discutir la educación y las escuelas, la conciencia, la semilla de la desintegración en el hombre, las computadoras y el papel de la inteligencia artificial. El hace preguntas sobre las novedades en el plano internacional y en la India. Se discute libremente el estado del país -la violencia, la corrupción, la declinación de los valores, el futuro del hombre o la mutación de la mente humana. Cada problema es expuesto e investigado; todos participan; incluso las discusiones están penetradas por un gran sentido de orden y quietud.

El es casi como un niño en su actitud ante las situaciones, especialmente las políticas; pero una suprema gravedad se hace evidente en su interés por la psique y los espacios interiores de la mente. Hace frecuentes pausas, dejando que la mente permanezca con las preguntas, y responde con pasión y dignidad.

Cuando tiene que sostener sus diálogos matinales, la sesión del desayuno es corta. Nos dispersamos para volver a encontrarnos a las 9,30 hs., cuando el pequeño grupo se ha reunido a fin de participar en los diálogos. Las discusiones continúan hasta las once, después de lo cual los individuos aquejados por sufrimientos o problemas especiales, se quedan para hablar con él. A veces los lleva a su habitación por unos minutos. Cuando no hay discusiones de grupo, las conversaciones con sus colaboradores continúan por dos o tres horas. Discutimos la muerte, la naturaleza de Dios, el problema del observador y lo observado. Algunos de los más intensos destellos de discernimiento se han revelado en estas sesiones.

Alrededor de las once y media, va a su habitación y se acuesta por media hora con el *Economist*, el *Time* o el *Newsweek*, o libros con ilustraciones de árboles, montañas, pájaros o animales, o una novela de misterio. Raramente lee libros serios, pero está bien informado sobre el estado del mundo, los avances de la ciencia y la tecnología, y los procesos degenerativos que corroen al hombre. A mediodía recibe un masaje de aceite y toma un baño muy caliente. El almuerzo es a la una. Se sirve comidas de la India, pero nada frito y muy pocos dulces. Le gustan los encurtidos muy picantes, y se permite porciones diminutas. También a la hora del almuerzo hay discusiones, y a menudo participan invitados.

La conversación varía desde los asuntos internacionales a los descubrimientos científicos, la guerra, el desarme nuclear y sus insolubles problemas. Krishnamurti siente una gran curiosidad por estos temas y hace preguntas muy profundas. Le fascinan los nuevos descubrimientos en la ciencia. A veces es profético y sondea en el futuro. Sus declaraciones están muy adelantadas a su época. Tiene lúcidas percepciones en el significado de los acontecimientos mundiales, y puede relacionarlos con una totalidad global. Interroga frecuentemente a sus visitantes: "¿Qué está sucediendo en el país? ¿Por qué ha perdido toda creatividad?" Ninguna respuesta le satisface. El individuo serio tiene que contener dentro de sí esta pregunta imposible y así despertar a sus insinuaciones. La pregunta sobre la degeneración en los procesos internos ha de formularse, y la mente tiene que permanecer con el problema, examinarlo.

El nivel y la intensidad de su atención son formidables. Una vez me dijo que algunas preguntas tienen que ser contenidas en la mente por la eternidad.

En el almuerzo, Krishnamurti continúa con el tema que ha estado considerando en la mesa del desayuno, y a veces cuenta historias -anécdotas de sus encuentros con animales salvajes, o historias de San Pedro, el paraíso y el infierno, de Rusia y los comisarios, historias que repite con elocuencia, deleite y buen humor. Carece completamente de malicia. Con los extraños es tímido, y algún otro tiene que llenar los embarazosos silencios.

A través de los años vio a un vasto número de personas. *Sanyasis*, monjes budistas, *siddhas*, yoguis errantes, convergían hacia él en busca de respuestas o de consuelo. Jamás rehusó verlos. La túnica ocre o azafranada de los ascetas, evoca en él una profunda compasión. A principios de 1.970, dos monjes Jain comenzaron a visitarlo todos los años. Su cita tenía que ser fijada con un año de anticipación, con fecha, tiempo y lugar exactos. Porque durante los *chaturmas*, los cuatro meses de los monzones, los monjes descansaban y tocaban a su fin todos los viajes. Después de esos cuatro meses, los dos monjes comenzaban su peregrinaje para ver a Krishnamurti, a veces caminando setecientas millas a fin de encontrarse en Bombay el día fijado. Uno de los monjes tenía leucemia; el otro era muy joven y poseía unos ojos muy bellos. Llevaban máscaras de algodón blanco atadas alrededor de la boca, para asegurarse que ni siquiera con la respiración pudieran dañar a un insecto. No conocían el inglés, y yo tenía que traducir todo lo que se decía. Me sentaba en el umbral de la puerta, mientras ellos compartían una estera con Krishnaji -porque según las ordenanzas monásticas no les era permitido sentarse en la misma estera con una mujer. Eran apasionados en su inquirir. Desde muy jóvenes habían negado severamente sus cuerpos, y la prometida liberación seguía lejana. Krishnaji se mostraba muy gentil con ellos y tenían lugar largas discusiones. Un año, estos monjes vestidos de blanco no aparecieron para su cita. Es difícil decir qué puede haber ocurrido. Tal vez el jefe de la orden a que pertenecían, intuyendo una rebelión contra la autoridad, les había negado el permiso para sus entrevistas con Krishnamurti.

Después del almuerzo, Krishnamurti descansa. Alrededor de las cuatro comienza a ver gente otra vez. Llega una mujer a punto de quedarse ciega, y él pone las manos en sus ojos. Una visitante que ha perdido un hijo pequeño se sienta con él, y K sostiene su mano y simbólicamente enjuga sus lágrimas, sanándola internamente. Un joven confundido, perdido en este mundo violento, busca respuestas.

Desde fines de 1.970 K veía a menos gente, pero a los noventa años es otra vez asequible para quienes le buscan; jamás cierra sus puertas a nadie -e1 joven alucinado que se comunica con los platos voladores; la mujer sumida en el dolor; el adolescente; el anciano; el ciego. Nunca está demasiado ocupado o demasiado cansado.

Su nombre y sus enseñanzas se conocen por todo el país, tanto entre los *ashrams* de los Himalayas como entre los académicos. Los budistas de la India todavía hablan de él como de un gran maestro en la tradición de Nagarjuna; los gurús hindúes y los *sadhus* lo consideran un gran ser liberado en la tradición advaita o no-dual. Lo aceptan como el más profundo Instructor de la era.

Cuando el sol está por ponerse, sale a dar un paseo. A los noventa años, sus pasos son largos, su cuerpo sigue siendo derecho y erguido. Sus amigos íntimos, acompañados por hijos y nietos, pasean con él. A veces toma la mano de una niñita y pasea y ríe con ella. Camina tres millas, aspirando la tierra, los árboles, escuchando los sonidos distantes. Hay muy poca conversación. En ocasiones, prefiere estar solo, con su mente muy lejos. Ha dicho que ni un solo pensamiento toca su mente durante estos paseos.

En la casa vuelve a lavarse, y practica algunos *pranayamas* más. Come una cena liviana -ensalada, frutas, nueces, sopa, vegetales. En raras ocasiones, permanece en la mesa después de una cena con unos pocos amigos, y entonces surgen insinuaciones de una eternidad que se extiende más allá de la mente. Su voz experimenta un cambio, se llena de poder y de una energía inmensa; los silencios recorren la habitación.

Un río de quietud fluye dentro de él. Su mente jamás se cristaliza. Está dispuesto a escuchar cualquier crítica. Recuerdo un día de 1.978 en Colombo, cuando él y yo parábamos en la misma casa. Krishnaji había estado inquieto. Le dije: "Señor, lo noto agitado". No me contestó. Comenzamos a discutir otra cosa. Por la noche, en la cena, se volvió hacia mí y exclamó: "Usted dijo que yo estaba agitado. Esta tarde llevé la cuestión conmigo a la cama. Me pregunté: '¿Estoy agitado? ¿Es a causa de la dependencia?' Y de pronto lo vi. Buscar una respuesta es darle a la agitación raíces en la mente; y se terminó. No estaré agitado otra vez. He estado observando y prestando atención a todo, a mi cuerpo, a mi mente, para desarraigar cualquier vestigio de agitación".

Está abierto a todos los retos. Jamás cesa de observar de escuchar, de cuestionar. La mente de Krishnamurti contiene pocos símbolos; no obstante, tiene una estrecha relación personal con los ríos. En 1.961, hablando en Bombay, describía así al Ganges: "Puede tener un comienzo y un final. Pero el comienzo no es el río, el final no es el río. El río es la corriente entre ambos. Pasa a través de aldeas y ciudades, todo lo arrastra en su seno. Se contamina, arrojan en él basura y aguas servidas, y unas millas más adelante se ha purificado a sí mismo. Es el río en el que todo vive, el pez que está debajo y el hombre que toma el agua en su superficie. Ese es el río. Detrás de él está esa tremenda presión de agua, y éste es el proceso auto-purificador que constituye el río. La mente inocente es como ese río. No tiene comienzo ni final -en ella no existe el tiempo".

No desperdicia energías cuando camina, cuando habla o cuando trabaja en alguna ocupación sin importancia -lustrar sus zapatos, levantar una piedra y sacarla del camino. Al envejecer, se ha ido incrementando el temblor de sus manos -la altamente sensible respuesta del cuerpo al mundo del ruido y de la contaminación. Ha sufrido con frecuencia misteriosas enfermedades. Durante ellas delira, su voz cambia, a veces se vuelve como un niño pequeño, formula preguntas extrañas, se desmaya con facilidad, particularmente cuando se encuentra cerca de personas en las que puede confiar; con frecuencia se cura a sí mismo.

Su relación con la naturaleza, con los árboles y la tierra tiene un significado especial; posee la capacidad de penetrar en espacios internos de la naturaleza, de percibir el movimiento de la vida. Recientemente principió a hablar del sonido que reverbera en las entrañas de un árbol cuando todos los otros sonidos externos han cesado.

Los animales y los pájaros confían en él. Le he visto sentarse solo en un jardín y arrojar arroz tostado sobre el césped; los pájaros picotean el arroz a pocas pulgadas de su cuerpo, y algunos se posan en sus hombros. Describiéndose a sí mismo, cita equivocadamente a Browning: "Tímido como una ardilla, indócil como una golondrina".

Alrededor de las diez y media está durmiendo. Justo antes de dormirse, todas las acciones de ese día pasan rápidas por su mente; en un destello, se extinguen el día con sus eventos y todos los ayeres. Durante el sueño, el cuerpo de Krishnamurti, como un pájaro, se repliega sobre sí mismo. No le gusta que lo despierten de golpe. Dice que rara vez sueña. Cuando se levanta, apenas si hay una arruga sobre la sábana.

Está dispuesto a probar toda clase de remedios herbáceos y ayurvédicos; huye de todas las drogas modernas. Es caprichoso con los alimentos; a veces mezcla leche con jugo de naranjas, otras veces rechaza la leche; en ocasiones vive de alimentos crudos. Estos caprichos alimenticios hacen sonreír a sus amigos. Jamás permitió que nadie se inclinara para tocar sus pies. Si alguno lo hace, él mismo se inclina y, toca los pies del otro.

En sus pláticas públicas, a algunas de las cuales suelen asistir unas setecientas personas, sigue vistiendo un amplio *dhoti* ribeteado de rojo y una larga túnica de tonos dulces. Mientras camina hacia el estrado está rodeado por gente, pero nadie se acerca a él como para tocarlo. Una vez sentado en su lugar, la presencia de Krishnamurti se expande y atrae a los oyentes hacia él.

Comienza a hablar. La espalda se mantiene recta, la voz es clara y permite que florezca cada matiz. El rostro no ha sido contaminado por el tiempo. Las manos descansan sobre su regazo; las mueve ocasionalmente, y éstas asumen posturas simbólicas, como pimpollos abriéndose a la luz. Por casi dos horas el vasto auditorio se mantiene silencioso, y apenas si hay algún movimiento. Cuando la plática ha finalizado, Krishnamurti permanece quieto por un minuto, luego pliega sus manos en *pranams* y el gentío se dirige hacia el estrado. El cuerpo tiembla con la energía que ha fluido a través de él. Extiende ambas manos y permite que las sostengan aquellos que han logrado llegar. Con lentitud se va desembarazando de la gente.

Krishnamurti desciende del estrado. Muchos presionan sobre el pequeño corredor por el que tiene que pasar, se inclinan para tocar sus pies y él toca sus rostros con las manos, manteniéndolas extendidas a ambos lados. Camina como un león, pausadamente, con inmensa dignidad. Sus ojos se encuentran con cientos de ojos que lo rodean. Un desborde del gentío parece inevitable, pero el silencio de su presencia crea orden. La gente retrocede. El camina solo. En el automóvil, cuando sus compañeros tratan de cerrar la ventanilla, él los detiene. Sus brazos se extienden hacia afuera. En todo el camino hacia la salida, hombres y mujeres se apretujan contra el auto tocando sus manos y llevándose las propias a los ojos. Un policía, al ver la presión de la multitud, ordena a la gente que se disperse. Krishnamurti desciende, toma la mano del policía y la retiene en la suya. El policía deja a un lado su vara y se postra él mismo a los pies de Krishnamurti. Este lo levanta y, aún sosteniéndole la mano, entra otra vez en el automóvil. La portezuela queda abierta. Cuando el auto comienza a andar, el policía corre a la par negándose a abandonar la mano.

Niños le esperan en el piso de Peddar Road con una guirnalda de dulce fragancia entretejida con jazmines y rosas -perlas, rubíes y esmeraldas florales. Él la toma con gracia, la coloca alrededor de su cuello por unos momentos antes de entregarla a los niños que están más cerca.

Permanecer en su estrecha proximidad siempre ha sido arduo. Él arde en llamas, y a los cuerpos de sus asociados les toma cierto tiempo acostumbrarse a su presencia. A veces cuestiona a sus amigos, exigiéndoles que estén atentos y observen. Él, por su parte, observa con cuidado cuando ellos reaccionan fuertemente ante ciertas personas o ante afirmaciones de otros. Para mentes deterioradas es imposible demorarse en torno de él -o uno se mueve, o es dejado atrás. Fluyen inmensos volúmenes de energía; uno tiene que ser parte de esa energía o no tiene lugar.

Su cuerpo es frágil, pero su mente jamás afloja. Ha dicho que a medida que se vuelve muy viejo, opera a través de él una energía ilimitada. La urgencia ha aumentado, así como el impulso interno. Nada parece cansarlo. Apremia el cuerpo, caminando más rápido, probándose a sí mismo, de tal modo que personas con la mitad de sus años no pueden seguirle el paso. Es sólo cuando no está haciendo nada, cuando permanece en la cama, que se le ve frágil y envejecido. Sus manos tiemblan, el cuerpo se contrae. Pero en la discusión, en el desayuno o en el almuerzo, en sus pláticas, se borran todas las arrugas. La piel es translúcida, parece etéreo, iluminado desde adentro.

A los noventa años, Krishnamurti continúa viajando, hablando, en busca de mentes despiertas y capaces de percibir con claridad. Esas percepciones, floreciendo sin sombras, transforman el cerebro.

En 1.980 me dijo que cuando dejara de hablar, el cuerpo moriría. El cuerpo tiene un solo propósito: revelar la enseñanza.

EPÍLOGO

"¿Pero cómo os enterraremos?"
"Del modo que gustéis", dijo Sócrates,
"eso si podéis agarrarme y no me deslizo
entre vuestros dedos".

-PHAEDO, Los Últimos Días de Sócrates.

La historia de Krishnamurti ha terminado. El 17 de febrero de 1.986, diez minutos después de la medianoche, hora del Pacífico, murió en la Cabaña de los Pinos, Ojai, donde había estado mortalmente enfermo con cáncer de páncreas. Murió en la habitación que da frente al pimentero, bajo el cual, hace sesenta y cuatro años, experimentó inmensas transformaciones de conciencia.

Fue cremado en Ventura, California. Sus cenizas se dividieron en tres partes: para Ojai, la India e Inglaterra. En la India fueron depositadas en el río Ganges: en el medio de la corriente en Rajghat, Varanasi; en Gangotri, el origen del río en lo profundo de los Himalayas; y en la playa de Adyar en Madrás, donde fueron colocadas en un estrecho catamarán sobre las turbulentas olas para que se sumergieran en el océano.

Antes de morir, Krishnamurti había dicho que el cuerpo después de la muerte, no tenía importancia. Como un leño, debía ser consumido por el fuego. "Soy un hombre sencillo", dijo, y como el de un hombre sencillo tenía que ser su último viaje. No debía haber rituales después de su muerte, ni plegarias, ni agitación, ni grandes procesiones ceremoniales. Ningún tipo de monumento debía erigirse sobre sus cenizas. Bajo ninguna circunstancia debía divinizarse al instructor. El instructor carecía de importancia; sólo la enseñanza era importante. Era la enseñanza la que debía ser protegida de toda distorsión y corrupción. "No hay lugar en la enseñanza para la jerarquía ni para la autoridad; no hay sucesor ni representante que haya de continuar con estas enseñanzas en nombre mío, ni ahora ni en momento alguno del futuro". Sin embargo, instruyó a sus colaboradores más cercanos para que las Fundaciones que llevaban su nombre tanto en la India como en los Estados Unidos e Inglaterra, continuaran, lo mismo que las escuelas fundadas bajo su guía.

Sus cenizas se trajeron por avión a Delhi. Las recibí a los pies del avión y de allí regresé en automóvil directamente a mi casa. Apenas crucé la puerta, cayó un repentino y fuerte aguacero con granizo. Continuó por unos cuantos minutos, hasta que la urna fue depositada bajo una higuera de Bengala en el jardín. Entonces, tan repentinamente como había comenzado, la lluvia cesó.

Fue en Rougemont, Suiza, en julio de 1.985, que aparecieron dentro de Krishnaji las primeras insinuaciones de la muerte que se aproximaba. Yo me había encontrado con él a fines de septiembre en Brockwood Park. Me estaba aguardando en la pequeña cocina del ala occidental de la casa vieja. Dijo que tenía algo muy serio que comunicarme: "Desde Suiza, sé cuándo voy a morir. Conozco el día y el lugar, pero no lo revelaré a nadie". Y agregó: "La manifestación ha comenzado a debilitarse".

"Quedé aturdida y permanecí en silencio.

El 25 de octubre llegó a Nueva Delhi, donde habría de descansar por unos días antes de partir para Varanasi. El 29 de octubre se entrevistó con R. Venkataraman, vicepresidente de la India y amigo íntimo, y con Rajiv Gandhi; lo hizo primero durante el almuerzo en la casa del vicepresidente y después en la cena que tuvo lugar en mi casa. Esta era la primera vez que Krishnaji se encontraba con Rajiv desde la muerte de Indira Gandhi acaecida el año anterior, y el encuentro fue muy emocionante.

Desde Delhi Krishnaji viajó a Varanasi, donde se había organizado un campamento al que asistieron trescientas personas. Los monzones habían sido abundantes y se observaban signos de una nueva vida que brotaba en árboles y arbustos; plantas de mostaza de brillantes colores verdes y amarillos, comenzaban a aparecer en las márgenes del río. El festival de Diwali se celebró mientras Krishnaji estuvo residiendo aquí; miles de lámparas de aceite se encendieron en la casa donde él se hospedaba, y el río se veía brillante con las lámparas de aceite que flotaban titilando bajo la brisa nocturna. (Diwali, el festival de las luces, se celebra en la noche más Oscura del mes, cuatro meses después de que los monzones han terminado y la tierra despierta a una nueva vida. El festival anuncia la siembra, y es una celebración para invocar a Laksmi, la diosa de la prosperidad. Aun el más pobre de los aldeanos enciende una lámpara de aceite hecha de barro, a fin de que la diosa no pase por su casa sin entrar en ella).

Krishnaji habló a la gente reunida, sostuvo discusiones con los pandits de Varanasi y con eruditos en la tradición budista, y consideró el futuro de Rajghat con los miembros de la Fundación. El profesor Krishna, que enseñaba física en la Universidad Hindú de Benarés y a quien Krishnaji había conocido varios años atrás, accedió a abandonar su empleo y hacerse cargo como Rector del Centro Educacional de Rajghat. Dos peregrinos, R. Upasani y Mahesh Saxena, acompañaban a Krishnaji cuando éste paseaba por los alrededores, mirando y sonriendo a otros peregrinos y a los labriegos, escuchando el pulso de este antiguo país.

Upasani había vivido por tres décadas en Rajghat cuidando la tierra; su solicitud e interés lo acercaron a Krishnaji y a Mahesh Saxena, el recién llegado, ex jefe de policía en Delhi. Vulnerable y apasionado, Saxena renunció a su trabajo en la policía y se convirtió en un buscador de la verdad. Vivió por algunos años en los Himalayas, y luego se echó a andar hasta que llegó a Rajghat. Su presencia e intensidad lo llevaron hasta la proximidad de Krishnamurti, y pronto él también habría de incorporarse a la Fundación hasta ser su secretario.

Desde Rajghat, Krishnaji viajó al Valle de Rishi, donde mantuvo discusiones con estudiantes y educadores. Las lluvias habían sido copiosas, el suelo árido revivía, los campos recuperaban su verdor, y un gran número de jóvenes árboles plantados por los niños cubrían las laderas rocosas.

Los paseos de Krishnaji se estaban haciendo más cortos, y perdía peso en un grado alarmante. Yendo a su habitación un día, Radhika oyó que Krishnaji charlaba con una abubilla: "Tú y tus hijos son ciertamente bienvenidos aquí. Pero puedo asegurarte que no te gustará. En pocos días yo me habré marchado, clausurarán la habitación, cerrarán las ventanas y no podrás salir". Cuando Radhika entró, vio al pájaro en el paisaje enmarcado por la ventana; estaba posado en la rama de un árbol escuchando a Krishnaji, quien permanecía acostado en la cama hablando con tonos mesurados. Krishnaji explicó que al pájaro le gustaba el tono de su voz, y que había estado allí por algún tiempo oyéndole hablar. Muy a menudo, cuando pequeños grupos de nosotros nos sentábamos con K sobre la alfombra de su habitación, el pájaro solía abalanzarse contra la ventana, picoteando el vidrio y haciendo por lo general un gran alboroto. Krishnaji decía entonces: "Aquí llega mi amigo".

Acortó su estada en el Valle de Rishi y vino a Vasanta Vihar, Madrás, donde ofreció tres pláticas públicas. También aquí las lluvias le habían precedido. El jardín estaba exuberante, y pesados brotes amarillos habían aparecido sobre la 'tabubea argentina', floreciendo fuera de estación. Krishnaji tenía mucha fiebre, pero rechazó cualquier intervención médica y prosiguió con sus pláticas. Asistieron a las mismas grandes multitudes, porque ya era evidente que Krishnamurti estaba enfermo y que ésta podía ser su última visita. Habló de la muerte y la creación, y de aquello que se encuentra más allá del principio y del final. La inmensa energía que acostumbraba inundar el cuerpo y la que solía reverberar en la atmósfera, estaban ahora en un nivel más bajo de intensidad; el frágil cuerpo, aunque radiante y erguido, temblaba como incapaz de contener el poder y el empuje de la energía que se derramaba a través de él. Después de la plática, Krishnamurti pidió a su auditorio que permaneciera en silencio y meditara con él.

Un niño subió al estrado con una blanca flor de campacán. Krishnamurti se volvió sonriente hacia él y lo tocó. El niño sonreía. El sermón terminó con el silencio y la sonrisa. El había dicho que era la última plática.

Durante los días que siguieron se vio con sus amigos y colaboradores de la Krishnamurti Foundation India, a veces a solas, a veces en grupo. Les habló de muchas cosas, de las escuelas, de los centros de estudio y del silencio. Al terminar la última reunión, dijo. "Estén absolutamente alertas y no hagan ningún esfuerzo"[1]. Asit le preguntó si éstas eran sus últimas palabras para nosotros, y él sonrió.

Krishnamurti decidió regresar a Ojai el 10 de enero. Esa tarde salió para su paseo habitual por la playa de Adyar. Muchos de sus amigos caminaban con él. Una fuerte brisa llevaba hacia atrás su cabello como la cola de un cometa, exponiendo la altiva cúpula de su frente. Tenía el aspecto de un antiguo sabio de los bosques. Caminaba por la playa donde había sido "descubierto", adoptado e iniciado. Aquí, junto al mar, en Adyar, setenta y cinco años atrás, la última vez que el cometa Halley entró en la órbita que lo llevaría hacia el sol. Cuando regresamos, nos pidió que le esperáramos en la casa de Radha Burnier, que se encontraba dentro del complejo residencial de la Sociedad Teosófica. Krishnamurti se demoró en la playa, mirando el mar rugiente. Después se volvió hacia cada una de las direcciones cardinales y se detuvo por un minuto; tranquilamente cruzó la entrada y regresó.

Esa noche, una hora antes de partir, bajó de su habitación. Estaba inmaculadamente vestido con ropas occidentales, su abrigo de lana echado sobre el brazo y una chalina de seda -regalo mío- alrededor del cuello. Saludó a sus amigos, que formaban un semicírculo; después vino hacia mí y estrechó mi mano. "¿Cómo me veo?", preguntó.

"De cuarenta", respondí. Aludí a su chalina. "Mi favorita", contestó. El sabía que era la última vez que habría de encontrarse con muchos de estos amigos. Pero había eliminado toda emoción, todo dolor y todo sentimiento de separación. Fue su bendición total. Esa noche partió, vía del Pacifico, en vuelo directo a Los Ángeles.

En Ojai su condición se volvió crítica y le diagnosticaron un cáncer de páncreas. Yo llegué allá el 31 de enero para encontrarle desesperadamente enfermo. Su cuerpo sumamente vulnerable, tan cuidadosamente protegido a través de los años, estaba devastado por la violencia de la enfermedad. El primer día nos vimos como a través de una niebla. Él había perdido todo sentido de tiempo y lugar. Pero al día siguiente se reanimó, y lo encontré con su mente lúcida, sus ojos claros, y completamente restablecido. Le leí las cartas que había traído conmigo -de Nandini, Sunanda y del Primer Ministro Rajiv Gandhi, quien había enviado un mensaje personal. Krishnaji tomó mi mano; el apretón fue firme, y una gran corriente de amor fluyó hacia mí. Dijo que estaba demasiado débil para escribir, pero que enviaba su amor a todos los amigos de la India.

Durante los siguientes tres o cuatro días, su fuerza retornó. Pidió que lo llevaran en una silla de ruedas hasta el pimentero. Allí permaneció solo, se despidió de las montañas de Ojai, de los naranjales y de los numerosos árboles.

También caminó con alguna ayuda hasta la sala de estar y se echó sobre el sofá contemplando el fuego. Esa tarde vio una película en televisión, y los médicos sintieron que incluso podría haber una remisión de la enfermedad. A mí me dijo: "Venga a verme mañana y todos los días que me encuentre aquí". De modo que vi a Krishnaji todas las mañanas. Me sentaba al lado de la cama, sostenía su mano con las dos mías y permanecía en silencio con él.

Noté los libros que había en la cabecera, libros en inglés, italiano y francés -el *Tesoro Dorado* de Palgrave, *El Libro de Oxford del Verso Inglés*, narraciones de Italo Calvino, el *Diccionario Berlitz de ltaliano*, cuentos de Alphonse Daudet, un libro de Gustave Doré y *El Cuarteto de Alejandría* de Lawrence Durrell.

El domingo 8 de febrero, el tumor recomenzó su implacable ataque y Krishnaji tuvo que permanecer en cama, desesperadamente enfermo. No pude verle ese día. A la mañana siguiente envió por mí. Me dijo: "Fui a dar un largo paseo por las montañas. Me perdí y no lograron encontrarme. Por eso no pude verla ayer". Por un instante el rostro fue joven, supremamente bello.

Vi a Krishnaji alrededor de la una del 16 de febrero, el día de mi partida. Me senté con él por un rato. Sufría grandes dolores, pero su mente estaba clara y lúcida. Le manifesté que no le diría adiós, porque no habría separación. Con gran esfuerzo levantó mi mano y la llevó a sus labios. El apretón aún era firme. Permanecía acunado en un silencio que me envolvió. Cuando me estaba yendo, dijo: "Pupul, esta noche iré a dar un largo paseo por las montañas. Las brumas se están levantando". Dejé su habitación sin mirar atrás.

Esa noche, a las nueve hora del Pacífico, Krishnamurti se durmió para iniciar su largo paseo en las altas montañas. Las brumas se estaban levantando, pero él pasó a través de las brumas y se marchó.

NOTAS

I. "Uno nace en el espacio y nace hacia el espacio."

1.1 Mary Lutyens, *Los Años del Despertar;* también B. Shiva Rao, *El Nacimiento y los Primeros Años*, manuscrito sobre la infancia de Krishna, -Archivos de la Sociedad Teosófica, Adyar, Madrás.

2 Sarvapalli Radakrishnan, "Los Principales Upanishads", *El Chandoga Upanishads*.

3 Relato de Naraniah sobre la niñez de Krishna, tomado por Mrs, Katherine Taylor, una teósofa inglesa que vivía en Adyar. La declaración está firmada por Naraniah, y como testigos, Von Mannen y Mrs, George Gagorin, -Archivos de la Sociedad Teosófica, Adyar, Madrás.

4 Ibíd.

5 Ella le habló de sus sentimientos por una vecina, quien más tarde seria la abuela de Radha Burnier, Burnier, que pertenece a una prominente familia de teósofos, fue una del grupo más intimo de Krishnaji en la India, En 1986, era presidenta de la Sociedad Teosófica.

6 J, Krishnamurti, *Autobiografía.* K comenzó a escribir su autobiografía en 1915, mientras se encontraba en Varengeville, Normandía. Anotó sus reminiscencias hasta 1911. (Adyar, Madrás, Archivos de la Soc, Teosófica).

II. La Sociedad Teosófica y la Jerarquía Oculta

1 Annie Besant, *Autobiografía*.

2 Annie Besant, conclusión de dos conferencias ofrecidas en el Hall of Science, Londres, el 4 y 11 de agosto de 1889, bajo el título "Por qué llegué a ser una Teósofa". Archivos de la S.T. Adyar, Madrás.

3 Jawaharlal Nehru, *Una Autobiografía*.

4 Gregory Tillet, *El Hermano Mayor.*

5 J. Krishnamurti, *Autobiografía.* Archivos de la S.T.

6 Mary Lutyens, *Los Años del Despertar*.

7 Tillet, *El Hermano Mayor*.

8 Ibid.

9 Annie Besant, "Sobre Krishnamurti", *The Theosophist*, 1923

III. El sueno. "¿Eres tú, mi Señor?"

1 Esta conversación entre Krishnaji, el Pandit Jagannath Upadhyaya y un pequeño grupo de miembros de la Krishnamurti Foundation, India, tuvo lugar en Vasanta Vihar, Madrás, en enero de 1985. Fue transcripta por Sunanda Patwardhan, Archivos de la Krishnamurti Foundation India.

2 Archivos de la S.T. Adyar, Madrás, Carta original, Archivos K&R, Ojai, Calif.

3 Ibid.

4 Ibid.

5 Ibid.

6 *Atharva Veda Samhita*

7 De mis diarios, Krishnaji a George Sudarshan en Brockwood Park, en la época de la reunión de científicos en octubre 1974

8 Arthur H, Nethercot, *Las cuatro últimas Vidas de Annie Besant*.

9 Esther Bright, *Viejos Recuerdos y Cartas de Annie Besant*.

10 Archivos de la S.T. Adyar, Madrás. Originales K&R Foundation, Ojai, Calif.

11 Ibid.

12 Ibid.

13 Ibid.

14 Ibid.

15 Archivos de la S.T. Adyar, Madrás, Originales K&R Foundation, Ojai, Calif.

16 Ibid.

17 Ibid.

18 Ibid.

19 Ibid.

20 Nethercot, *Las últimas cuatro Vidas de Annie Besant*.

21 Mary Lutyens, *Los Años de Plenitud*.

22 "La Teosofía en la India", *Literary Digest* (1974) Archivos S.T. Adyar, Madrás.

23 Mary Lutyens, *Los Años del Despertar*.

24 De mis diarios.

IV. "Madre, por favor toca mi rostro, ¿está ahí todavía?"
1 Informe del Congreso de la Estrella, Ommen, Archivos S.T. Adyar, Madrás.
2 Para un relato detallado, ver Mary Lutyens, Los Años del Despertar.
3 Archivos S.T. Adyar, Madrás.
4 Ibid.

VI. "Yo y mi hermano somos uno"
1 Tillet, *El Hermano Mayor*.
2 Mary Lutyens, *Los Años del Despertar*.
3 Nethercot, *Las Cuatro Ultimas Vidas de Annie Besant*.
4 "Nitya murió menos de cuatro meses después de pronunciadas estas palabras". George Arundale, escribiendo en el Heraldo de la Estrella (diciembre 1925).
5 Nethercot, *Las Cuatro Ultimas Vidas...*".
6 Tillet, *El Hermano Mayor*.
7 Archivos de la S.T. Adyar, Madrás.
8 Manuscrito de Shiva Rao, "La Historia de Krishnamurti", Archivos de la S.T. Adyar, Madrás.
9 Archivos de la S.T. Adyar, Madrás.
10 Ibid.

VII. "La personalidad de J. Krishnamurti ha sido devorada por las llamas".
1 Archivos de la S.T. Adyar, Madrás.
2 j. Krishnamurti, *El Reino de la Felicidad.*
3 Mary Lutyens, *Los Años del Despertar.*
4 Ibid.
5 Esther Bright, *Viejos recuerdos y Cartas de Annie Besant.*
6 Annie Besant en carta a George Arundale, 10/12/1926. La Teosofía en la India (1933).
7 De mis diarios.
8 Lutyens, *Los Años del Despertar.*
9 Ibid.
10 "¿Quién trae la Verdad?" Archivos de la S.T. Adyar, Madrás.
11 Nethercot, *Las Cuatro Ultimas Vidas..."*
12 Ibid.
13 Nethercot, *Las Cuatro Ultimas Vidas..."*
14 Archivos de la S.T. Adyar, Madrás.

VIII. Krishnamurti en Ojai: Los años olvidados, 1.938-1.947.
1 Nethercot, *Las Cuatro Ultimas Vidas..."*
2 The Theosophist (abril-septiembre 1934)
3 Cartas a Padmabai Sanjeeva Rao con Smt. Sudha Raman, Mysore. Archivos de la Krishnamurti Foundation, Adyar, Madrás.
4 De mis diarios.
5 A K. Ramanujam, *Hablando de Siva*.
6 Sybille Bedford, *Aldous Huxley* - Una Biografía.
7 Anita Loos, *Kiss Hollywood Goodbye*.
8 Christopher Isherwood, *Mi Gurú y su Discípulo*.
9 De mis diarios.
10 Bedford, *Huxley*.
11 Isherwood, *Mi Gurú*.
12 Henry Miller, *Los libros en mi Vida*.

IX. Los amigos se reúnen
1 J. Krishnamurti, *Comentarios sobre el Vivir*.

X. "Uno es el mundo".
1 De mis diarios.
2 Ibid.
3 J. Krishnamurti, *Pláticas en Bombay, 1948.*
4 J. Krishnamurti, *Comentarios sobre el Vivir,*

5 De mis diarios, 1948.
6 Krishnamurti, *Pláticas en Bombay, 1948.*
7 De mis diarios, 1948.
8 Krishnamurti, *Pláticas en Bombay, 1948*.
9 De mis diarios.
10 Ibid.
11 De mis diarios.
12 Ibid.
13 J, Krishnamurti, *Tradición y Revolución*.

XI. "Vaya y trabe amistad con los árboles".
1 J, Krishnamurti, *Comentarios sobre el Vivir.*

XII. "El rostro estaba junto a mí".
1 Asit Chandmal, *A Thousand Moons*.

XIV. "Bajo los últimos rayos del sol, las aguas tenían el color de las flores recién nacidas".
1 J, Krishnamurti, *Comentarios sobre el Vivir.*

XVI. "La religión llega cuando la mente ha comprendido su propio funcionamiento".
1 De mis diarios. Una conversación con M. Joshi en Rajghat, Varanasi, en 1983.

XVII. "La mente parecía expandirse sin fin".
1 J Krishnamurti, *Comentarios sobre el Vivir*. "2ª, serie.

XVIII. "¿Puede haber una acción sin consecuencia?"
1 De mis diarios. Estuve presente en la discusión.
2 Apa Sahib Pant, del Servicio Exterior de la India, que estaba retirado y vivía en Poona, me envió una carta describiendo la reunión entre Krishnaji y el Dalai Lama Apa Sahib estuvo presente.
3 Lo concerniente a Vimala Thakkar y Krishnaji, me fue relatado por Dada Dharmadhikari, uno de los lideres del movimiento Sarva Seva Sangh, murió en 1986. Vimala Thakkar dejó a Vinobaji y comenzó a disertar acerca de su propia búsqueda y liberación. Cuando está en la India, vive en Mount Abu y Dalhousie. Escribió un libro sobre su encuentro con Krishnaji, bajo el titulo *Sobre un Viaje Eterno*.

XIX. "Hablar con la totalidad de la cabeza".
1 Nirmala Deshpande es la hija de P.Y. Deshpande, Vivía en el ashram de Vinobaji, en Paunar, Maharashtra, y trabajaba como su secretaria. Acompañó al sabio de Paunar en todos sus viajes, tomando notas de sus importantes conversaciones y recibiendo a visitantes en su nombre. Estuvo presente en la reunión entre Krishnaji y Vinobaji, y tomó notas de las discusiones.

XX. "A través de la negación hay creación".
1 Krishnamurti, Pláticas en Madrás, 1959.
2 Krishnamurti, Pláticas en Bombay, 1960.
3 Ibid.
4 Ibid.

XXI. "La mente que investiga en las profundidades de sí misma, emprende un peregrinaje del cual no hay retorno".
1 Krishnamurti, Pláticas en Bombay, 1961.
2 Ibid.

XXII. "Manténgase despierta".
1 Mary Lutyens, *Los Años de Plenitud*.
2 Krishnamurti, *Diario.*
3 Ibid.
4 Ibid.
5 *Krishnamurti y la Educación.*
6 Ibid.

XXIII. “Afortunado el hombre que nada es”. Cartas a una joven amiga.
1 Nandini Mehta, Bombay.

Epílogo
1 Asit Chandmal, “*El Último Paseo*” Bombay Magazine (Marzo 7, 1986).

ÍNDICE

PREFACIO 7
"Canto para un pájaro amarrado" 9

Primera Parte. EL JOVEN KRISHNAMURTI 1895-1946.
Cap I "Uno nace en el espacio y nace hacia el espacio" 25
" II La Sociedad Teosófica y la jerarquía oculta 32
" III El sueño: "¿Eres tú, mi Señor?" 42
" IV "Madre, por favor toca mi rostro. ¿Está ahí todavía?" 59
" V "Nuestra vida aquí es una vida de intensa actividad interna" 73
" VI "Yo y mi hermano somos uno". 80
" VII "La personalidad de J, Krishnamurti ha sido devorada por la llama" 87
" VIII Krishnamurti en Ojai, los años olvidados, 1938-1947 98

Segunda Parte. KRISHNAMURTI EN LA INDIA 1947-1949.
Cap IX Los amigos se reúnen 113
" X "Uno es el mundo" 127
" XI "Vaya y trabe amistad con los árboles" 141
" XII "El rostro estaba junto a mí" 156
" XIII "¿Por qué no empieza por limpiar el umbral frente a su casa, la parte de la calle que es usted mismo?" 165
" XIV "Bajo los últimos rayos del sol, las aguas tenían el color de las flores recién nacidas" 173
" XV "La mente operando como parte de la totalidad, es infinita" 186

Tercera Parte. EL DESARROLLO DE LA ENSEÑANZA 1950-1959.
Cap XVI "La religión llega cuando la mente ha comprendido su propio funcionamiento" 207
" XVII "La mente parecía expandirse sin fin" 224
" XVIII "¿Puede haber acción sin consecuencia?" 229
" XIX "Hablar con la totalidad de la cabeza" 244

Cuarta Parte. LOS RÍOS DEL DISCERNIMIENTO 1960-1962.
Cap XX "A través de la negación hay creación" 261
" XXI "La mente que investiga en las profundidades de sí misma, emprende un peregrinaje del cual no hay retorno". 269
" XXII "Manténgase despierta" 276
" XXIII "Afortunado el hombre que nada es". Cartas a una joven amiga 287

Quinta Parte. CAMBIANDO DE HORIZONTES 1962-1977
Cap XXIV "Las personas sin creatividad, forman instituciones muertas" 315
" XXV "Es necesario formular preguntas para las que no hay respuestas" 330
" XXVI "El amor no sufre" 341
" XXVII "El observador es lo observado" 349
" XXVIII "El guijarro en el estanque" 361
" XXIX "Cabalgando sobre el lomo de un tigre" 377
" XXX "Ella es muy vulnerable" 387
" XXXI "No conserve recuerdos de ella en su mente, eso la retiene en la tierra. Déjela irse". 398

Sexta Parte. LA SUMA DE LA ENSEÑANZA 1978-1985
Cap XXXII "¿Puede usted mirar desde el hoy los treinta años del pasado? ¿Y no desde los treinta años mirar el hoy?" 413
" XXXIII "La energía es cosmos, y también es caos. Esa es la fuente de la creación" 424
" XXXIV "La negación y la vieja mente" 430
" XXXV "Uno tocó la fuente de energía de todas las cosas" 438
" XXXVI "La duda como esencia de la investigación religiosa" 445
" XXXVII "Súbitamente vi el rostro" 455
" XXXVIII "¿Es posible conservar el cerebro muy joven?" 460
" XXXIX "La naturaleza de Dios" 465
" XL "El significado de la muerte" 475
" XLI "Aprenda a morir completamente para sí misma" 485
" XLII Los límites del pensamiento 494

“ XLIII “¿Hasta dónde puede uno viajar?” 506
“ XLIV “La buena mente” 516
“ XLV “¿Qué es el tiempo?” 522
“ XLVI “El linaje de la compasión” 545
“ XLVII “Ni principio ni final”: Krishnamurti a los noventa 550

EPILOGO 557
NOTAS 563
INDICE 567
INDICE TEMÁTICO 569

Abandono del yo, pensamientos sobre el, 265
Achebal, 244-248
Acción, 198: y consecuencias, 229; y conocimientos, 488
Adeptos, 82
Adhikaram, 160
Adi Kesava, templo, 174
Adi Shankara, templo, 174
Adyar, ver Sociedad Teosófica
Agastya, Rishi, 80
Aghori Bawas, 237
Agrícolas escuelas, planes para las, 218
Agua, como símbolo, 246
Ajanta, cuevas de, 230
Alerta, percepción, reflexiones sobre la, 225 226
A los pies del Maestro (Krishnamurti), 47-75
Amarnath, 249
Amor: continuidad del, 460; y la muerte, 540; negación del, 135; reflexiones sobre el, 289; y el tiempo, 529
Anandmai Ma, 169
Animo, estados de, reflexiones sobre los, 301
Anirvanji, 179
Apóstoles, 87
Araña, el ritual de la, 105
Arhat, 81
Artificial, falsedad de lo, 197-199
Arundale, George, 50-52, 81; como apóstol, 87; como Arhat, 82: como Presidente de la sociedad, 103
Arundale, Malti, 73
Arundale, Rukmini, 81-82
Arya, Vihara, 60; jardinería en, 104
Asamblea Constituyente, 165
Atención: función de la, 365; naturaleza de la, 488; y del yo, 537; pensamientos sobre la, 452
Autorrealización, 251
Ayer, mirar hacia atrás él, 413

Bal Anand, 211
Balasundaram, Dr Vishalakshi, 119, 121, 158, 318, 375; 1968, encuentro con, 325; en 1975, 382; como Secretario de la Fundación, 327
Balliol, Oxford, 55
Bangalore, visita a, 158, 162
Besant, Annie, 33-34: y los Apóstoles, 82; muerte de, 99; y muerte de Nitya, 85; y la duda, 447: en Inglaterra, 1911, 47; en Huizen, 81; y Krishna, 40; colapso nervioso de, 92; en Ojai 1926-1927, 89; vida política de, 80; como Presidenta de la Sociedad, 35: su separación de, 49; G.B. Shaw, sobre, 99; y las tensiones en la Sociedad, 87; gira por los EE.UU., 1908, 36; en Varanasi, 42
Bhagwat, Durga, 211, 231
Bhakti, 126
Bharat natyam, 98
Bhavan, Rashtrapati, 399
Bhave, Vinoba, 217-218; en Pahalgam, 250-257
Bhoodan movimiento, 217-218
Bienamado, El, 91
Bien y mal, actitud acerca de, 495
Blavatsky, Helena Petrovna, 32-33
Bombay, diálogos en, 1970, 335
Bradlaugh, Charles, 33
Bright, Esther 48; en el Campamento de Ommen, 1926, 89
Brockwood Park, Inglaterra, 325-326
Brooks, Ferdinand, 34

Buda, 33; en el templo de Adi Kesava; 174; conciencia de, 480; divinidad de, 91; sentimientos hacia, 79; verdad de, 417
Buda Jayanti, 1956, 232
Buena mente la, reflexiones sobre, 516-521
Burnier Radha, 424-426; y Adyar, 453; y la mente condicionada, 451; y la duda, 447; y la discusión sobre el tiempo, 537

Cambio, discusión acerca del, 354-355
Cáncer, pensamientos sobre él, 494
Caos, significado del, 148, 439-440
Ceguera, curación de la, 406
Celos, reflexiones sobre los, 372
Cerebro, deterioro del, 523-524; y evolución, 530; y discernimiento, 527; y conocimiento, 526: y el escuchar, 514; y la memoria, 525; diferencia con la mente, 506-507, 535; seguridad del, 358-359
Cibernética, 132
Ciencia y funcionamiento, 516, 535-536
Científica, mente, 271
Clarke, Russel B., 37, 50
Color, reflexiones sobre el, 453
Colectivo, naturaleza de lo, 333
Comentarios sobre el Vivir (Krishnamurti), 128; y la danza, 120
Compasión, reflexiones sobre la, 345
Computadoras, consideraciones sobre las, 455-456
Conciencia, 186-190; de Buda, 480-481; definición de la, 479-480; y terminación de la, 418-419
Conocimiento: y cerebro, 524
Conocimiento propio, 234, 251; y dignidad, 172; introducción al, 282: iniciación en el, 127; discusión en Madrás sobre el, 265; necesidad de, 318-319
Continuidad, reflexiones sobre la, 298
Cordes, John, 73, 77
Creativo, pensamiento, 137
Cristo, divinidad de, 91
Cultura: y discernimiento, 499; significado de la, 497-498
Curación, 128; ceguera de Huxley 106: sordera de Vimala Thakkar, 235-236
Custodia, acción de Annie Besant, 49
Chandmal Asit, 161, 242, 330-333, 406, 424, 524; sobre el cerebro y la memoria, 526 527: en Sri Lanka, 455; y las palabras, 533-534
Chaplin, Charlie, 107
Chari, Ahalya, 424
China, revolución cultural en, 355 marcha por la paz a, 238
Chinmoyee, 178-180
Chubb, Profesor, 138

Dalai Lama, 232
Dalal, Rajesh, 352-354; discusión sobre la mente, 432-433
Dal Lake, cabaña, 261-262
Delfos, seminario, 407
Deo, Shankar Rao, 231, 233-234
Desai, Morarji, 177
Descontento, reflexiones sobre el, 302-303
Deshpande, Nirmala, 250
Deshpande, P.Y., 242
Desintegración, fuerzas de la, 167
Despertar en Ojai, 60-72
Dharmadhikari, Dada, 231, 234, 237, 239
Dhopeshwarkar, Profesor, 211-212
Diálogo: y sermón, 527-528: uso del, 135-137
Diarios (Krishnamurti), 280
Dignidad, reflexiones sobre la, 300

Dinero, consideraciones sobre el, 301
Dios, 221: naturaleza de, 465 474: búsqueda de, 254
Discernimiento y el cerebro, 529-530; y la cultura, 499; naturaleza del, 503: y percepción, 509; y transformación, 366
Dodge, Miss, 55
Dolor, 221, 267-268; y la muerte, 475; terminación del, 424-425
Dormir, reflexiones sobre él, 303
Duda, pensamientos sobre la, 445 454
Dwaraka, 159, 162
Dwarkadas, Jamnadas, 118, 145
Dwarkadas, Kawli, 230

Educación, 221; significado de la, 299; pláticas sobre, 282 289
Ehrwald, Austria, 75
Elephanta, Cuevas de, 184-185
Ellora, Cuevas de, 230
Elwin, Verrier, 212
Emergencia, estado de, 380-381
Energía; del campo, 193; pensamientos sobre la, 428
Enfermedad como purificación, 459
Enseñanzas de Krishnamurti, elemento de las, 350-351
Escuchar y el cerebro, 509 intensidad del, 416; metodología del, l36; cualidad del, 365
Esotérica, Sección, 41-43; cierre de la, 92
Espiritual, despertar, Ojai, 60-72
Estrella, Campamento de la, 90
Estrella, Congreso de la, 87
Evolución: y el cerebro, 530
Éxito, reflexiones sobre él, 292
Exploración, reflexiones acerca de la, 270-271

Felicidad, evolución a través de la, 76
Feliz, Fundación del Valle, 89: *ver* Happy Valley Foundation
Fernandes, George, 392
Festival de la India, celebraciones, 465
Florecimiento, 283-285
Forbes, Scott, 472-473
Friedman, Maurice, 117, 141, 144, 146, 149, l58, 160, 174, 195, 201
Frost, Lucille, 186, 190
Fuller, Buckminster, 316-317

Galloway Mr., 325
Gandhi, Indira, 336, 343, 377-379; muerte de, 409; encarcelamiento de, 390-391; y el gobierno Janata, 392: viajes a Karnataka, 1978; 390; vacaciones en Kashmir, 402; en 1976, 383-386; derrota en 1977, 361; 1977 visita de, 389; 1981, visita de, 399-402; en 1983, 403-405; en 1984, 405-409; derrota política de, 387-388; estado de emergencia en 1975, 379-381; reflexiones sobre él, 398-399; ansiedad de, 403 404; en Vasanta Vihar, 391-392
Gandhi, Mahatma, 9; asesinato del 15-16; y Maurice Friedman, 117; y Achyut Patwardhan, 124; visión revolucionaria de, l68-169
Gandhi, Maneka, 395
Gandhi, Priyanka, 395
Gandhi, Rahul, 395
Gandhi, Rajiv, 377, 395, 396, 403, 558
Gandhi, Sanjav, 385, 387, 388, 394-395
Gandhi, Sonia, 392, 395, 396
Gandhi, Varun, 405
Garbo, Greta, 107
Gautam, 162
Gawande, 162
Genética, reflexiones sobre la, 520-521

Ginsberg, Allen, 237
Goddard, Paulette, 107
Green, Felix, 108
Gstaad, Suiza; en 1961, 279-280; en 1965, 1966, 321
Guerra Mundial I, 53-54
Guerra Mundial II, 104
Guerra, respuesta a la, 105
Gurtu, Pandit Iqbal Narain, 176, 177, 212
Gurú, papel del, 427
Gyanchand Dr., 172

Happy Valley Foundation, 89
Heard, Gerald, 106, 108
Herencia, reflexiones sobre la, 465
Hermandad Universal de la Humanidad, 32
Herzberger, Hans, 422
Hill Stations (Estaciones en las Colinas), 144
Himmat Nivas, 177, 330-331
Hiroshima, bomba de, 105
Holístico, ver, 413
Homeopáticas, medicinas, 262
Humi-Kut, Maestro, 33; discipulado para, 43
Humor, de Krishnamurti, 75
Huxley, Aldous, 106-107, 140; en 1961, 285
Huxley, María, 106-107

Identificación, experimentos con la, 308
Illich, Ivan, 341-348
Inconsciente: y el temor, 339-340; y los recuerdos 188
Independencia de la India, 112
India, la Eterna, (Gandhi), 390
India Foundation, Ver Krishnamurti Foundation,
India, regreso a las ropas de la, 115
Individuo, reflexiones sobre el, 333
Inocente, importancia de la mente, 291-292
Integración, tuerzas de, 167
Inteligencia, significado de la, 527; consideraciones sobre la, 308
Intemporal, existencia, 130
Interna, observación, 280, 369 370
Interrupción, del movimiento, 192
Investigación cómo realizarla, 270; y percepción, 501
Isherwood, Christopher, 106-107
Iyengar B.K,S., 246
Iyengar, Rajagopal, 160

Janata. Gobierno, 393
Javdekar, 231-232
Jayakar, Manmohan, 9; muerte de, 337-338
Jayakar, Radhika, 9, 13, 145; casamiento de, 286; 1958, visita de, 242; 1978, visita, 422; en Ojai, 1961, 278; en Varanasi, 174
Jayalaxmi, Smt., 322, 325, 328
Jehan, Nur, 245
Jha, L.K., 262, 383, 394, 400
Jinarajadasa, C., 39, 51, 56; como Apóstol, 87; como Arhat, 82; y el Bienamado, 91; en Madrás, 121
Joo, Laxman, 262
Joshi, S.M., 211
Joven amiga, Cartas a una, 287-314
Jubileo, celebraciones del, 84

Kailash, 179
Kalle, Dr., 217
Kamakoti Sankaracharya de Kancheepuram, 355
Kapila, Muni, 174
Kashmir (Cachemira), 1959, 244
Kasi, 174-175
Kathakali 119
Kaviraj, Gopinath, 42
King George's, Hospital, 53
Knotten Helen, 73
Kollerstron, Oscar, 82
Kripalani, Acharya, 445
Krishna, Profesor, 559
Krishnamachari, V.T., 216
Krishnamurti Foundation, 328; y Radha Burnier, 424; primera Reunión Internacional de la, 349; en 1966, 321; en 1967, 322; en 1968, 324-326; Presidencia de la, 363; y el estado de emergencia, 1975, 380-381; en los EE.UU., 375
Krishnamurti y la Educación, 281
Krishnamurti Writings Inc., 103; separación de la, 240
Kumar, Sanat, 32-33
Kundalini energías del, 60
Kut-Humi, Maestro, 33; discipulado para, 43

Lakshmanjoo, Pandit, 403
Lalita, l59, 162
Leadbeater, Charles Webster, 35, 37, 38, 40; como Apóstol, 87; y *A los Pies del Maestro*, 47 y Naraniah Jiddu, 49; discusión sobre, carta desde Ojai 60; paz con, 454; y Rajagopal, D., 55; y la reunión en Sydney, Australia, 59
Liberal, Iglesia Católica, 59, 81
Libertad. 222, 302; y compasión, 348; y la buena mente, 518; de la mente, 296; y negación, 356
Libertad Primera y Ultima, La, (Krishnamurti), 108
Lonaula, 244
Londres, Universidad de, 55
Loos, Anita, 107
Lutyens, Betty, 73
Lutyens, Edwin, 54
Lutyens, Emily, 54, 55, 73, 76, 77, 82, 83
Lutyens, Mary, 73

Lluvia, reflexiones sobre la, 294

Madhavachari, R., 141, 142, 148; en Bangalore, 160; y la Indian Foundation, 323; en Kashmir, 244; y Alain Naudé, 321; en 1963, 316; y Radhika, 292; y Rajagopal, 208; Y el conflicto de Rajghat; 319-320; en Ranikhet, 225; renuncia a la Fundación, 326; en Vasanta Vihar, 240; y las discusiones de Vithal Wadi, 211
Madanapalle, 25
Mahachohan, 85
Maharshi, Ramana, 117
Mahatmas, 33
Maheshmurti, 184-185
Maitreya, 84, 57, 492; y el pensamiento, 201
Mal, el; y el temor, 494-495; el bien y el, 495; reflexiones acerca del, 332
Malibú, California, carta desde, 361
Manifestación, naturaleza de la, 546
Mansarovar, Lago, Tíbet, 42, 224
Manziarly, familia, 56
Marido y esposa: relación entre, 16
Marxismo, 172; y las discusiones en Vithal Wadi, 211-212
Materialismo, reflexiones sobre él, 497

Matriz, significado de, 468
Meditación, descubrimiento de la, 462; y el ser individual, 473; introducción a la, 282; meditación verbal, 1980, 438-439
Mehta, Amru, 244
Mehta, Bagwan, 180
Mehta, Chunilal, 12, 99, 116-117 180; en Ooty, 144; las pláticas públicas y, 129-130
Mehta, Ghanashyam, 183
Mehta, Iravati, 161
Memoria: y cerebro, 525; como conciencia del 'yo', 138-139; y la mente, 186, 437
Mente: diferencia entre cerebro y, 507; mente condicionada, 451; emergencia de la, 274-275; libertad de la, 296; la buena mente, 516-521; la mente india, 496; y memoria, 186-187; y negación, 430-437; pureza de la, 428; y el tiempo, 490
Miller, Henry, 109
Mirar interno: reflexiones sobre él, 280
Misra, Dr. Ram Dhar, 217
Morarji, Ratansi, 10, 15, 116, 121, 218
Morya, Maestro, 33
Movimiento, el tiempo como, 523
Muerte, 230; de Annie Besant, 99; como destrucción del cerebro, 461; el miedo a la, 304; de Indira Gandhi, 409; de Krishnamurti, 561-562; de Jayakar, M., 337-338; aprender sobre la, 335-485; Madrás, discusión sobre la, 265; significado de la, 475-484; de Nitya, 85; de Patwardhan, Rao Sahib, 329; reflexiones sobre la, 282; y el tiempo, 542; y la verdad, 173
Mylapore, Escuela de, 35

Nacionalismo, consideraciones sobre el, 347
Nagarjuna, 487; y la muerte, 542
Nagasaji, bomba, 105
Nandini, 9, 10, 17, 116, 142, 150, 318, 378, 383; en Bombay, 186; discusiones con, 195; enfermedad de, 209-210; crisis matrimonial de, 180-183; en Ooty 144; en la residencia presidencial, 399; acciones de separación por parte de, 207; la experiencia del viento silencioso, 276; en Sri Lanka, 457 y la discusión sobre el suicidio, 494; en "Varanasi, 174; y las discusiones en Vithal Wadi, 211-212
Narada, leyenda de, 334
Narain, G., 220
Narain, Jai Prakash, 124
Naraniah, Gurumurti, 25
Naraniah, Jiddu, 25; en Adyar, 36; acción por la custodia, 49-51; y la primera iniciación, 44; y Leadbeater, C.W., 49; 1921, visita a, 56-57
Naraniah, Sanjeevamma, 25; muerte de, 29
Narayan, A., 375
Narayan, G., 416, 43O-437
Naturaleza, lo interno de la, 506
Natya Sastras, 119
Naudé, Alain, 319-320; y Madhavachari, 320; ruptura de las relaciones con, 329
Nauroji, Malti, 230
Negación, 192; y la creencia en, Dios, 466; y la mente, 430-437; del dolor, 502
Nehru, Jawaharlal, 15, 98, 125, 126, 146; y Annie Besant, 34; e Indira Gandhi, 377; 1931, encuentro con, 445; visita a la Teen Murti House, 167-169
Nehru, Motilal, 34
Nityananda, 27-28; como Arhat, 83; en Inglaterra, 54; primera iniciación, 44; en Ojai, 61; en Pergine, Italia, 73-79; en Sydney, Australia, 59; enfermedad final de, 83; plegarias por la vida de, 84; muerte de, 85-86
No-oído, el escuchar con el, 365-366
Noventa años, Krishnamurti a los, 550-556
No-violencia, 16; el ideal de la, 359
Norman, Dorothy, 343
Nueva Educación, Fundación para la, 323, 326, 330

Observación, naturaleza de la, 357, 373

Ojai, California: primer viaje a, 60-61; en 1926-1927, 98-110; retiro en, 1950, 207; 1961, viaje a, 278; 1976, visita a, 375; 1986, 561; rutina en, 104-105
Olcott, Henry Steele, 21-23
Ommen, Campamento de, 81-82, 88-89
Ooty 144; acontecimientos en, 149-150; 1961, referencias a, 277-278
Orden de la Estrella, 91; disolución de la, 92
Organizaciones, pensamientos sobre las, 94-95
Orgullo, reflexiones sobre él, 293-294
Orlovsky, Peter, 237

Pada, Mukund, 120
Padgounkar, Mangesh, 211
Pahalgam, 249-250
Pakistán: formación de, 112; tensiones con, 337; guerra con, 341
Palabras, escuchar las, 532-533
Pant, Apa Sahib, 232
Parameswaran, 245
Parchure, Dr. 416-417
París, viaje a después de la I Guerra Mundial, 56
Parthasarthi, G., 378
Partición de la India, 113
Patel, Dr. Nathubhai, 225, 263
Patel, Sardar 125
Patwardhan, Achyut, 10, 122, 125, 146; sobre el Ser, 536; y el movimiento Bhoodan, 218; en Bombay, 183-184; en Delhi, 172; sobre la negación, 436; discusiones con, 193-194; y la duda, 446; en el primer encuentro internacional de la Fundación, 349; e Indira Gandhi, 383; aislamiento de, 317; y el encuentro con Nehru-Kripalani, 445; 1981, visita, 491-493; en Ranikhet, 225-227; reincorporación a la Fundación, 330; renuncia a la Fundación, 326; y el conflicto con la Escuela del Valle de Rishi, 214-217; y el *sadhu*, 463; y la ciencia, 520; y los sentidos, 440: y el pensamiento, 201; en Varanasi, 1949, 174; en Varanasi, 1963, 317
Patwardhan, Pama, 213, 424; en Lonaula, 244; en Ojai, 1976, 375; en Vasanta Vihar, 1976, 376
Patwardhan, Rao Sahib, 101-104, 114; interrupción, 192; y el movimiento Bhoodan, 218; en Bombay, 183-184; y los Deshpande, 242; diálogos con, 193-200; y la mente, 187; en Rajghat, 177; renuncia a la Fundación, 326; y el silencio, 193; en Varanasi, 1949, 174; y las discusiones en Vithal Wadi, 212-214; retiro de, 318; muerte de, 329
Patwardhan, Sunanda, 120, 159, 162, 212, 424; viaje a las cuevas, 230; en Delhi, 170; e Indira Gandhi, 383; infertilidad de, 264; en Lonaula, 244; y la mente, 438; en Ojai, 1976, 375; y la percepción, 533; y Rajagopal, 240; reincorporación a la Fundación, 330; renuncia a la Fundación, 326; en Vasanta Vihar, 1976, 376
Payne, Muriel, 159, 214-215
Pearce, Gordon, 214
Pensamiento, 16-17; y el 'yo', 167; límites del pensamiento, 494-505; como proceso material, 460; mecanismo que produce el, 200; raíces del, 296; percepción del, 370-371
Percepción: y el ver holístico, 413; e investigación, 501; y el discernimiento, 511; naturaleza de la, 171; reflexiones sobre la, 319; y el tiempo, 529-532; y la totalidad, 452
Percepción de uno mismo, reflexiones sobre la, 225-226
Pergine, Italia, 73-79; diario en, 73-79
Periferia, de la periferia al centro, 189-190
Personal, trasfondo, 163-164
Petit, Hilla, 144, 149
Pláticas públicas: en Bombay 1950, 183; en Bombay, 1959, 266-267; en Bombay, 1961, 269-275; en Rammacha, 176; a los noventa años, 555; en Saanen, 1966, 321; en Vasanta Vihar, 1981, 460
Poder, deseo de, 291
Política, 168
Poona, 162-163
Posguerra II, fenómeno de la, 132
Prabhavanand, Swami, 108
Prasad, Jadunandan, 73, 100
Pratt, Doris, 277, 278
Pregunta, contener la, 472

Preguntas, recepción de, 365-366
Presente, significado del, 506-507
Psicológico, tiempo, 134
Puja, habitación del, 26-27

Quit, movimiento de la India, 124
Qutub Minar, tragedia de, 399

Raíces, reflexiones sobre las, 344-346
Rajagopal, D., 55, 76-77, 78, 84, 96, 102-103; como Arhat, 82; Bombay, 1953, 189; crisis con, 239-240; descontento con, 315; y Dwarkadas Jamnadas, 218; y la Krishnamurti Writings Inc., 103; en 1950, 207; l951, viaje a la India, 208; en Varanasi, 1953, 220; y las discusiones en Vithal Wadi, 212
Rajghat: Ivan Illich en, 343; visita a, 319; 1967, plática en, 322; 1976, visita a, 352; 1978, visita a, 362
Raksasa Tal, 224
Ramakrishna, 25
Rann Charit Manas, 13
Ranikhet: en 1955, 224-228; en 1958, 241-242
Rao, B.N., 165, 166, 169
Rao, Kitty Shiva, 161, 166, 220, 225; carta desde Dal Lake, 261; carta desde Delhi, 264; renuncia a la Fundación, 327; en Varanasi, 1955, 230
Rao, Murli, 242
Rao, Padmabai, 98, 100-101, 121, 165; y las discusiones en Vithal Wadi, 211 -212
Rao, Rama, 73-77; enfermedad de, 102
Rao, Sanjeeva, 9, 98, 121, 141, 142; en Bangalore, 159; en Delhi, 165; en Varanasi, 174; y las discusiones en Vithal Wadi, 211 212
Rao, Shanta, 119-120, 149, 159
Rao, Shiva. 73, 82, 165, 220; y la muerte de Nitya, 85; enfermedad de, 334; y las celebraciones del Jubileo, 84
Rao, Subha, 159, 161, 176
Realización, frustración en la, 302
Recordando la infancia, 70, 71
Reddy, Shri Sanjeeva, 398, 399
Reforma, reflexiones sobre la, 252, 253
Reino de la Felicidad, 95
Relaciones, reflexión sobre las, 175
Religión, 222, divisiones en la, 251; la duda y la, 445-452; *ver también Buda*, Dios.
Religiosa, la mente, 271-272
Renunciación, reflexiones sobre la, 514
Revolución Total, movimiento de la 380
Riñones, infección de los, 261
Río metáfora del 344; como símbolo, 553; reflexiones sobre él, 295
Riqueza, 129, arrogancia de la, 301; después de la independencia india, 132
Rishi, Trust del Valle de, 176
Rishi Valle de, 123, 160-161; y Rajesh Dalal 352 353; e Indira Gandhi, 347-351; y Naraln G., 220; 1961, visita a, 280; Radhika en 422; relación con él, 285; reapertura de la escuela, 214-216; carácter sagrado del, 426
Rishi Vana Sangha, 161, 162
Roma; en 1961, 276; en 1962, 315
Rostro, apariencia del, 457; el fenómeno del cambio de, 157-158
Russell, Bertrand, 107
Rutina diaria a los noventa años, 550-556

Saanen, pláticas de 1966, 321
Sadhana, 235
St. John, Theodore, 82
Saivismo, Kashmir, 262
Samadhi 101
Sanat, Kumar, 32-33
Sandup, Rimpoche, 351, 487
Sankaracharya, Adi, 149

Sanyasis, 88, 249; reflexiones sobre los, 169-170
Sánscrito, 255
Sarabhai, Vikram, 158
Sarva Seva Sangh, 122 sede central del, 233
Saxena, Mahesh, 559
Scaravelli, Vanda, 277, 279, 315
Secreta, Doctrina (Blavatsky), 32
Sentidos, reflexiones acerca de los, 438-440
Ser, significado del, 536-537
Sexo, consideraciones acerca del, 354
Sexta raza raíz, 81
Sharada, G. 57
Shaw George Bernard, 33, 98-99
Shivakamu, Dr. 73
Shrowthulu, Kumara, 27
Silencio, experiencia del, 186; necesidad de, 342, 1951, año de 456-457
Sí, mismo, concepto del, 229-230
Sinqh, Karan, 261, 378, 394
Sistemas, deterioro existente en los, 538-539
Sociales, reformas, 132-133
Socialismo, 172; y las discusiones en Vithal Wadi, 212-213
Sonido, significado del, 511-512
Sri Lanka, visita a, 455
Suarez, Carlo, 109
Subbulakshmi, M.S., 392
Sudarshan, George, 47, 335; y la discusión sobre el tiempo, 535-544
Sueño, estado de, 84-85
Sufrimiento, terminación del, 347-348
Suicidio, discusión sobre el, 494
Sunanda, *Ver* Patwardhan, Sunanda
Sutcliff, G.E., 44
Sydney Australia, 59-60, 81

Tagore, Abanendranath, 493
Tai, Vimala, 242
Tapas, 178-180
Teen Murti House. 167-169
Temor enfrentarse al, 311; liberarse del, 168, naturaleza del, 494 reflexiones acerca del, 282; y el inconsciente, 338-339
Teosófica, Sociedad, 19, 21-29; infancia en la, 27; última visita a, 498: 1969, discusión sobre la, 292; 1980, visita a, 402; renuncia de Krishnamurti a la, 80 tensiones en la, 70
Terminación de lo conocido, 121; del tiempo pensamiento, 514: *ver también* Muerte.
Tettener, Ruth, 73
Thakar, Vimala, 235-237, 315
Tiempo: y muerte, 542; discernimiento dentro del, 134; el tiempo y el amor, 540; significado del, 522; y la mente, 489; y la percepción, 530; reflexiones sobre el tiempo físico, 522; comprensión acerca del, 273
Tilak, Bal Gangadhar, 231
Tiwari, Narain Dutt, 400
Totalidad y percepción, 452
Trabuco, 108
Tradición, reflexiones sobre la, 504
Tradición y Revolución, 336
Transformación de la conciencia, 60; del individuo, 133; y el discernimiento, 366; discusión con J. Nerhu, 47; y la mente, religiosa, 274
Tukoram, Saint, 126
Tulsidas, 13

Upadhyaya, Pandit Jagannath, 351, 434-436; y la discusión sobre el tiempo, 535-544

Upanayama, 27-28
Upasani, R., 559
Uttar Pradesh, 165,176

Vaishnava, 118
Varanasi, 25, 87; 1949; visita a, 173-175; 1955, visita a, 220; 1963, visita a, 229; *ver también* Rajghat
Vasanta Vihar 141; Indira Gandhi en, 391; en l951, 208; en 1976, 376; 1981, plática en, 460; 1985, visita a, 559
Vejez, reflexiones sobre la, 523-524
Venkataraman, R., 558
Venkataraman. S., 399
Ver: el ver holístico, 413; el de la mente, 135; cualidad del, 368; ver 'lo que es', 136, 140, 288-289
Verdad, 92-96; la verdad y la muerte, 173
Vestir, cuidado en él, 227 Tapas y el, 179
Vida accidentes de la, 309; movimiento de la, 307; reflexiones sobre la, 287
Viejos recuerdos y cartas de Annie Besant (Bright), 48
Violencia, comentarios sobre la, 16
Vishudanand, Swami, 42-43
Visiones, 457-458
Vithal Wadi, discusiones en, 211-213
Vithoulkas, George, 319
Warrington, A.P., 59, 62, 63, 64
Webb, Sydney y Beatrice, 33
Wedgwood, James, 59, 81; como Apóstol, 87; como Arhat, 82; y las celebraciones del Jubileo, 83
Williams, Rosalind, 61, 62, 63, 65-66, 102; y las celebraciones del Jubileo, 84; en 1950, 208; en Varanasi, 1955, 229-230
Wimbledon, Inglaterra. 1961, 277-278
Wood, Ernest, 36
Wood, Evelyn, 160
Worli, viaje a la playa de, 219

Yo: la vida sin él, 79; naturaleza del, 546
Yoga, experimentos con él, 106
Yogi. Maharishi Mahesh, 350

Zimbalist, Mary, 319, 320, 362, 408, 445; y la duda, 448; e Indira Gandhin 292; y la meditación, 458; y la naturaleza de Dios, 171-467; en Sri Lanka, 455